NARIÑO Y MIRANDA
Dos vidas paralelas

Armando Barona Mesa

NARIÑO Y MIRANDA
Dos vidas paralelas

Anzuelo Ético
EDICIONES

Primera edición: Agosto de 2010

Nariño y Miranda: dos vidas paralelas
© Armando Barona Mesa
ISBN: 978-958-8428-15-4

Diseño y diagramación:
Orlando López Valencia

Ilustración de carátula:
Orlando López Valencia

Impreso en Anzuelo Ético
Cali - Colombia

INDICE

PARTE 1 NARIÑO		7
I	La primera gran desgracia	11
II	La detención y el juicio	19
III	Sus pasos en España y Francia	25
IV	Sus pasos en Inglaterra y el regreso	29
V	Los nuevos años de dolor y la Milagrosa	35
VI	El comienzo de nuevas desventuras	45
VII	Su reincorporación a la vida pública y los negocios. Nuevas luchas. La Bagatela, el poder	53
VIII	La dictadura, la elección de presidente en propiedad y las banderías partidistas. Lo llaman tirano	63
IX	El gobierno, el congreso, los carracos y los pateadores. La guerra civil. Comienzo de la desventurada campaña del sur	73
X	La campaña del sur: victorias del alto Palalacé y Calibío, el triste paso del Juanambú. Cebollas y Tacines. Ejidos de Pasto y casi la victoria. Traición del Mosca Rodríguez y el gran desastre. entrega a los pastusos	93
XI	El nuevo cautiverio: Pasto, Quito, Lima, Cádiz. La revolución de Riego y los liberales.	111

Las cartas publicadas de Enrique Somoyar. Viaje a Londres y a París. El regreso en 1821

XII Encuentro con bolívar, la vicepresidencia. 125
El congreso de Villa del Rosario de Cúcuta.
El lío de Mary English y el general Devereux.
La renuncia. De nuevo la enfermedad. Batalla de Carabobo.
La ley fundamental y la Constitución

XIII Enfermedad. Elección de Santander como vicepresidente 141
en oposición a Nariño como candidato. La lenta recuperación del precursor.
Regreso a Bogotá, la familia, paseos a algunos pueblos, la Milagrosa.
Elección como senador. Odio de Santander hacia Nariño.
Polémicas entre los dos personajes y publicación de Los Toros de Fucha

XIV Acusación ante el senado. Discurso de Nariño en su defensa 153

XV Días finales, viajes por el campo, Villa de Leyva. La muerte. 177
Los funerales que no dejó practicar el general Santander

PARTE 2 MIRANDA 193

I Miranda en la encrucijada final. Su muerte En presidio, 195
su destino y el comienzo de una Intensa vida

II Los primeros años y el ambiente americano. 203
Viaje a España e ingreso al ejército. Sus Lecturas y viaje a Gigraltar. La Masonería.
Primeras frustraciones e intrigas

III Conoce a Cajigal y se prepara Para ir a Cuba. La independencia norteamericana. 219

La guerra de los siete años. El «pacto de familia» entre Francia y España.
Intrigas y arresto. Viaje a Cuba

IV Traslado a cuba con Cagigal. Campaña de Pensacola. Una nueva misión clave a Jamaica. 225
Las acusaciones. Apresamiento de Cagigal y Fuga de Miranda que marcará su vida

V Estados Unidos, notas de viaje. La trashumancia y las aventuras de un caballero de la ilusión 243

VI Londres y Europa. Sus largas aventuras. La corte de Federico el Grande. Italia, Grecia Y Turquía. 261

VII Rusia y Catalina II. Sus amores. Moscú. San Petesburgo. La protección de la Zarina y su apoyo económico 287

VIII Regreso de Rusia. Suecia y Dinamarca. Holanda, Bélgica, Suiza. 297
Regreso a Italia buscando La ciudad de Cristobal colón. Francia en vísperas de la Revolución.
Regreso a Londres y presentación del «Plan Miranda» de independencia de América al Ministro Pitt

IX Regreso a Francia, mariscal de los Ejércitos revolucionarios. Sus luchas Y sus batallas. 315
Conocimiento de los personajes de la revolución. Disgusto de catalina.
Campaña en Bélgica. Triunfo de Valmy. Ascenso a teniente general.
Derrota de Neerwinden. Primera detención y libertad.

X Segunda detención. Encarcelamiento en la Force. Caída de la Gironda. 335
Golpe de estado de Robespierre. El asesinato de Marat. El Terror.

Incertidumbre de la muerte y amores con Delphine Custine.
Caída de Robespierre el 9 Brumario. Su ejecución. De nuevo la libertad.
Lujos de sátrapa. El directorio. Nueva detención y nuevamente absuelto.
Persecución de Fouché. Los comisarios americanos y «Acta de París». Otra vez Inglaterra.

XI Otra vez en Londres. La larga espera. 355
La carrera vertiginosa de Napoleón. Italia,
Egipto, el Consulado. Cónsul vitalicio, el Imperio.
Tensiones en Europa. Temores de invasión a Inglaterra

XII Viaje a Estados Unidos. Entrevista con los viejos amigos. Con el presidente Jefferson. 385
Compra el Leandro y dos embarcaciones pequeñas.
Primera excursión a Haití, Trinidad y Venezuela. El fiasco

XIII El hogar, los hijos, la abnegación de la compañera. De nuevo los sueños y la espera. 407
La enfermedad mientras suceden en España los hechos que se habían temido.
La amistad con Wellington. Todo listo para la expedición a Venezuela cuando sucede la invasión a España. Inglaterra entra con los patriotas españoles.
Miranda arrecia sus operaciones y envía despachos. Funda el periódico El Colombiano.
Las Juntas de Gobierno Americanas. La de Caracas envía Comisionados a Londres al coronel Simón Bolívar, a Luís López Méndez y a Andrés Bello. Viaje de Miranda a Venezuela con Bolívar

XIV La Guaira y Caracas. Recelos de la junta. Diputado al congreso por el Distrito de Pao. 431
La sociedad patriótica y el nuevo jacobista.
El poder y la dictadura. La fiebre federalista.

La independencia absoluta y La Constitución. Batalla en Valencia. El terremoto.
Llegada de Monteverde a Coro. Nombrado Miranda Generalísimo y dictador

XV El breve mandato de Miranda. La pérdida de Puerto Cabello en manos de Bolívar. 445
El armisticio. La entrega de Miranda por Ramos, Peña y Bolívar.
El premio de Bolívar y elogio a sus servicios por Monteverde.
La campaña admirable y genio de Bolívar. Longaniza

XVI Cautiverio de Miranda. San Felipe y la Carraca. 475
Derrota de Napoleón y libertad de Fernando VII. Desconocimiento de la Constitución.
Nuevo absolutismo y la reconquista. Planes de fuga de Miranda y la apoplejía.
Su muerte

PARTE PRIMERA

NARIÑO

COMISIÓN NACIONAL PARA LA CONMEMORACIÓN
DE LOS BICENTENARIOS DE LA INDEPENDENCIA
DE LAS REPÚBLICAS IBEROAMERICANAS

Juan Romero de Terreros
EMBAJADOR

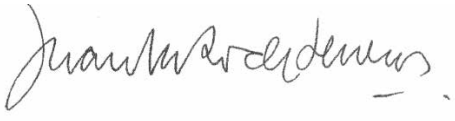
Es para mi un placer, en nombre de la Comisión Nacional del Bicentenario de las Independencias de las Repúblicas Iberoamericanas, poder apoyar institucionalmente la obra titulada. *Nariño y Miranda, dos vidas paralelas*, de Armando Barona Mesa.

El Sr. Barona Mesa es un reconocido jurista colombiano radicado en Cali, además de escritor e historiador. De su extensa carrera profesional destacan sus actividades como parlamentario, miembro de las Academias de Historia del Valle y de Santander, diplomático y embajador. Ha contribuido con la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes con su obra *El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal* y es autor además de varios ensayos de carácter histórico, crónicas periodísticas y libros de poesía.

Nariño y Miranda, dos vidas paralelas es, como su nombre indica, un riguroso ensayo sobre la vida de estos dos precursores de los procesos de emancipación americana, que tanta influencia desempeñaron en los acontecimientos posteriores de Colombia y España.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo muy oportuno y una importante contribución en el marco de las celebraciones de los Bicentenarios de las Independencias de las Repúblicas Iberoamericanas.

Estoy convencido que la publicación de este ensayo será todo un éxito y aprovecho la ocasión para enviar un cordial saludo.



I

LA PRIMERA GRAN DESGRACIA

Parecía una sombra más de la noche, pero en realidad era solo un hombre cansado y enfermo. Venía del dolor y la desesperanza, después de la fatigante travesía por el proceloso océano que separaba dos mundos. Y como si fuera una sombra, en aquel amanecer del 17 de marzo de 1796, furtivamente se arrojó al mar a sotavento en las agitadas y gélidas aguas de la bahía de Cádiz.

Por el momento, a bordo del San Gabriel, no hubo persona que se hubiera percatado de la arriesgada fuga que así comenzaba, cobijada por la oscuridad profunda que precede las primeras luces del nuevo día.

Nada indicaba que se tratase de la misma persona que un año atrás discurría su vida entre la opulencia y el esplendor, en una lejana villa, detrás de la inmensidad del Atlántico y de la escarpa de una cordillera que en sus alturas doblaba y hasta triplicaba los picos más altos de esa vieja Europa. En aquella época era el Tesorero de la Caja de Diezmos del Capítulo de la Santa Iglesia Catedral de Santa Fe, en una colonia dos veces más grande que la metrópoli española, llamada el Nuevo Reino de Granada.

Cualquiera habría pensado que era un ser vencido, porque las adversidades le habían golpeado hondo y sin clemencia. En realidad no lo estaba, aunque nada le era atractivo hacia el porvenir.

Había sido condenado en primera instancia al ergástulo, que debía pagar en una cárcel africana donde sería deportado. Marchaba separado de su esposa, doña Magdalena Ortega, y de su tierna prole de seis hijos a los que dejó sumidos en la mayor orfandad y sin esperanzas de volver a verlos. Sus hijos se llamaron Francisco, Gregorio, Vicente, Antonio, Mercedes e Isabel.

Su historia es apasionante y asombrosa:

De joven arrogante, gárrulo, gracioso, atrayente en el vestir, lector profundo y de una inteligencia cautivadora, que a los veinticuatro años había

sido nombrado alcalde ordinario de Santa Fe, para pasar de modo inmediato al rumboso destino de Alcalde Mayor Provincial del muy Ilustre Cabildo, pasaba a ser ahora un desterrado sumido en la agobiadora situación de reo de los muy graves delitos de desfalcador del tesoro de la Iglesia Católica y subversivo contra el gobierno de Su Augusta Majestad el Rey de España.

Se llamaba Antonio Nariño Álvarez y había nacido el 9 de abril de 1765 en Santa Fe, hoy Bogotá, en una elegante mansión en la que, adaptada y remodelada al paso de los tiempos, pero la misma al fin y al cabo, con su nombre de Casa de Nariño, viven los presidentes de Colombia.

Quince años atrás, en 1750, en Caracas, había nacido ese otro hombre marcado, como con un designio griego, hacia la gloria y el infortunio, llamado Francisco de Miranda y Rodríguez, Las suyas iban a ser existencias tan similares, que parecen arrancadas a las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Ambos ostentan para la historia americana, los honrosos títulos, el primero de ellos de Precursor de la Independencia de la Nueva Granada –hoy Colombia-, el segundo, de Precursor de la Independencia de América,

Esta obra, precisamente, pretende, a la manera del gran historiador griego, establecer el paralelo y presentar las trágicas aristas de esos dos destinos, con sus grandes fracasos, sus delirios y la gloria que aun, al paso interminable de los años, los envuelve.

Nace pues Nariño en el hogar ejemplar formado por su padre, don Vicente, quien llegó de España, de su tierra gallega, investido del importante cargo de Contador Oficial Real de las Cajas de Santa Fe. Su madre, doña Catalina, vástago de hogar español así mismo muy importante, vio la luz en las pródigas tierras americanas. Empero y no obstante la lujosa residencia donde nació, la suya era una familia pobre, y él también lo fue.

De mediana estatura, muy blanco, con el perfil afilado de una nariz prominente y fina, tal vez rezago genético del paso de los romanos por España, y del óvalo característico de los gallegos. O sea que su imagen no era, ciertamente, la de un hombre atractivo o apuesto. Pero tenía encanto y magnetismo, que cultivaba con una distinción natural.

Personaje de versátiles facetas. Había asimilado toda la cultura que almacenaban los libros de entonces, que con avidez encargaba a la vuelta de los barcos que salían cargados de mercancías que él remitía en pos del mercado europeo. Quina, cacao y azúcar, sobre todo. Poseía pues una biblioteca sin par en la rutina soñolienta de esa Santa Fe, que apenas tendría unos veinticinco mil habitantes.

Gustaba del esplendor de los salones al estilo europeo, en los que brillaba. Hablaba con gran dominio de la palabra, en giros elegantes, y escribía con igual soltura, quizás un poco ampulosamente, como era uso de los escritores y oradores de esa época en la que predominaba, con un eco inflamado en el mundo entero, el verbo retórico y encendido de los girondinos franceses, cuyo paradigma era Mirabeau. Nariño era lo que podría llamarse un dandi ilustrado. A más de eso, era cautivador y ambicioso. Tal vez demasiado ambicioso.

En esa madrugada gaditana, cuando el barco aun no ha tocado puerto y Nariño aprovechando las sombras se desliza hacia las aguas de la bahía, va a cumplir, en pocos días, 31 años. Es decir, es un hombre ya formado, pero muy joven aun para la época. Lo han embarcado en Cartagena rumbo a la Habana. Pero, tal vez por precaución especial, no han viajado con él los otros diez condenados en la misma causa subversiva contra la Corona. Ellos lo precedieron en la terrible travesía .

Los han repartido en tres naves. En el San Juan Bautista, como lo anota el doctor Jorge Ricardo Vejarano[1], embarcan a F. Zea, Sinforoso Mutis, José María Cabal, Pedro Padilla y Enrique Umaña. En el Santiago de España, aislado, va el médico francés Luis de Rieux, a quien juzgan de la más alta peligrosidad, tal vez por ser francés En el San Gabriel, que sale de último, lo despachan a él y a José Ayala, N. Sandino. y el portugués Manuel Froes. Son los diez prisioneros de la que fue la primera causa criminal contra patriotas de la Nueva Granada.

¿El crimen? Nariño ha publicado el catálogo revolucionario de los Derechos del Hombre, y ha mantenido con los otros comprometidos tertulias permanentes y conformado, según lo dijeron las autoridades, la primera organización revolucionaria contra el Rey, a la sazón Carlos IV. Nariño va, como se ha dicho, con otro crimen asaz de grave: ha desfalcado al Caja de Diezmos del Cabildo de la Catedral.

El San Gabriel ha llegado a Cádiz en los comienzos de ese año cargado de ominosos presagios. La travesía ha sido lenta y agitada. Pero eso, realmente, no importa a Nariño. Es la desesperación interna la que lo asedia. Ha utilizado como recurso máximo su propio encanto y se ha hecho un poco amigo del contramaestre. De ese modo ha logrado percatarse de que él, tal vez por haber llegado de último a la Habana, no figuraba en la lista de los prisioneros. Dato muy valioso que utiliza para desaparecer sin ser buscado.

[1] Nariño, su vida, sus infortunios, su talla histórica, autor citado.

Es entonces cuando en la rada del puerto, en medio del gran movimiento de chalupas y barcos de gran calado, se arroja al mar sin que lo vean. Y nada con desespero, pero seguro. Empero, no es un náufrago. Es a partir de allí un ser en busca de un destino que intuye, sin saber por qué, superior. Y luchará denodadamente para no dejarse hundir.

Llegar a la posición de Tesorero de Diezmos no había sido empresa fácil. Los canónigos de la catedral se habían opuesto con ahínco a la idea, que les fue consultada por el recién llegado Virrey José de Ezpeleta, de quien rápidamente Nariño se ha hecho amigo. No obstante la oposición, y pasando por encima de una vieja tradición de independencia de los miembros del Cabildo de la Catedral, contra viento y marea el Virrey lo nombra en el codiciado cargo, en el que habría de manejar fondos cuantiosos de los que podía disponer, a manera de un banco, en operaciones mercantiles con tal de que en un momento dado pudiese hacer un arqueo de caja y devolverlo intacto. Para eso se prestaba una fianza cuantiosa.

Cuando ese nombramiento ocurre, los clérigos, justamente, se disgustan con Ezpeleta y apelan al Rey, solicitando además que dicho recurso sea en el efecto suspensivo, es decir, que no se cumpla el nombramiento sino en el caso de que se confirme. El Virrey mediante resolución de 13 de agosto de 1789 impone su criterio de que debe ser en el efecto devolutivo, es decir, de cumplimiento inmediato, lo que quiere decir que Nariño debe posesionarse antes de que se surta el recurso. Ante estas circunstancias impositivas, los clérigos, como si tuvieran algún presentimiento, rodean esa posesión de las mayores dificultades y garantías, con una fianza casi imposible de cubrir. Pero Nariño es recursivo y tiene muchos amigos. Y es así que, con la asistencia de éstos, cumple la fianza y toma posesión.

El fondo de los diezmos, en sonantes patacones de oro, ascendía a la impresionante suma de ochenta mil pesos. En todo el país carecía de parangón otro fondo y riqueza, salvo el de la Corona que manejaba el Virrey. Pero en verdad, era un fondo muerto porque permanecía inactivo, creciendo vegetativamente con los nuevos diezmos, pero ocioso en los arcones de roble, solo expuesto a la mirada codiciosa de los viejos monseñores.

Nariño, que buscó con tanto empeño y habilidad el nombramiento, sabía para qué lo quería. Tenía un temperamento extrovertido y emprendedor, y digamos que enormes conocimientos de economía moderna. Así, asistido por su propia inventiva personal de que estaba superdotado, dio rienda suelta a la imaginación. Eso, precisamente, era lo que temía el instinto conser-

vador de los canónigos. Y aplicó la máxima de que dinero atrae dinero, y además, de que dinero guardado nada produce. El dinero debe ser dinámico y circulante, para que así estimule la economía y la producción en general. Estos principios habían sido descubiertos por los banqueros italianos del Renacimiento y solo de ese modo el dinero se torna en factor de riqueza que sirve al progreso y genera trabajo y bienestar. Y como si esos postulados fueran poco, también ha sido hecho para conquistar otros bienes y comodidades. Especialmente, poder.

Por supuesto no había bancos de fomento. Entonces Nariño, cuyas obligaciones con el Fondo eran solamente recaudar los nuevos diezmos, pagar la nómina de los funcionarios de la Catedral y responder por la totalidad del mismo, para lo cual estaba constituida la fianza, decide convertir el fondo en una especie de banco de desarrollo para su propio servicio.

Movió entonces los caudales en orden a incentivar la producción del agro. Compró Azúcar, sembró quina, café, añil y cacao y se lanzó a la exportación negociando con las grandes casas comerciales de México, llamado entonces la Nueva España, de la Habana y de los grandes puertos de la vieja España, sin haber salido de Santa Fe. Asombrosamente, por cartas, consiguió corresponsales en los principales centros comerciales, conoció las compañías navieras y adelantó los trámites y papeleos correspondientes. Se lanzó pues al comercio mundial como si fuera el mayor potentado que estas tierras conocieron.

Pero proveyó con la misma munificencia a su propio confort y al de su familia. Montó una casa a donde se llevó el fondo, y la dotó del más lujoso mobiliario. Lucía bastón con empuñadura de oro y sombrero reluciente de copa con el que remataba la indumentaria de levita de terciopelo importado. Terminó la dotación de la mayor biblioteca conocida en la recoleta ciudad, al tiempo que abría un salón como los elegantes de un París que él intuía a través de la lectura de los clásicos franceses. Y por supuesto brilló la tertulia ingeniosa y erudita, porque conformó una élite de pensadores y escritores a cuyo alcance puso la biblioteca. En el año de 1789, cuando se reúnen los Estados Generales en París que dan el grito de la Revolución, Nariño ha fundado en Santa Fe la tertulia de corte masónico que llama Arcano Sublime de la Filantropía. Es de entender que las inversiones son solo suyas pero correlativamente, ya se ha dicho, él ha asumido la obligación de responder por ellas en el momento en que le sea exigida la devolución. Él y sus fiadores,

Claro que todo este esplendor y algunos otros planes que uno puede adi-

vinar, pero para los que no hay prueba escrita, estaba incompleto si no fuera porque desde entonces pone sus ojos en una imprenta que está funcionando en el Camellón de los Carneros. Formidable instrumento de cultura piensa él que puede ser productivo económicamente, aunque eso en realidad no importa. Lo que tiene significado es la posibilidad de influir en el desarrollo inmediato de la historia. Ya hablaremos de eso.

Todo iba viento en popa, en medio del deslumbramiento de las mentes pacatas de la parroquia. Mas Nariño era un personaje contradictorio. Al par de sus flamígeras ideas, era un ser desorganizado. No llevaba más que un libro corriente de contabilidad y todo lo demás lo confiaba a su cabeza. Nada en él era permanente. Su vida fue una llamarada y los contrastes acudían sin anuncio alguno.

Pertinente es advertir que los negocios a veces no funcionan como se espera en los planes. Existen muchos elementos imprevistos que varían el curso de los mismos: el comportamiento de los precios, de la demanda, del transporte oportuno, de la habilidad del corresponsal, etc. Y de acuerdo con eso, las cosas no marchaban conforme a sus deseos y proyectos. Es precisamente en tal momento cuando, a esta situación ya de por sí calamitosa, sobrevendría un primer golpe de la mala fortuna.

Y es así que cuando en esa Santa Fe amodorrada brillaba él como el genio de esa bonanza aparente, que a todos debía impresionar menos a los canónigos, llega de España un día cualquiera de 1791 la apelación que habían interpuesto los prelados contra su nombramiento. El Rey les daba la razón.

Ahí se anunciaba por primera vez el infortunio. Él, por supuesto, no se arredra y maquina respuestas y nuevos recursos. Pero el Cabildo nombra tesorero interino al canónigo Agustín Alarcón y le ordena que se posesione y reciba el fondo inmediatamente. Claro, Nariño no tiene juntos los ochenta mil patacones de oro, que han volado en inversiones y gastos. El balance que le encuentran es lastimoso.

Sin embargo, éste no es un personaje que se asuste. Se mueve con agilidad de felino, y rebusca por todas partes los dineros evaporados. Y tan alto es su crédito y confianza entre las gentes de la ciudad, que veinte días después ha reunido todo el tesoro para entregarlo completo.

Ahora, el asunto es que el nombramiento del doctor Alarcón es interino. Y es precisamente de tal circunstancia de donde Nariño logra, con gran genialidad y con la clara interferencia de su amigo el Virrey Ezpeleta, que se convoque a un concurso de méritos para que se adjudique el cargo a quien

mejor propuesta haga y mayor fianza ofrezca. Vaya sorpresa: Nariño vence con creces. Todos los ricos lo fían; y los miembros del Cabildo no tienen otra alternativa válida que volverlo a nombrar.

Triunfo rotundo e inverosímil, característica de la vida apasionante de este hombre sin par.

Ya como Tesorero en propiedad, redobla sus temeridades económicas. Compra y siembra más quina y azúcar que exporta en consignación a las grandes casas comerciales de México y Cuba. Pero los precios se caen en el mercado mundial. La quina es la corteza del árbol de quino que se produce en América y sirve para combatir, como único remedio, la malaria. Entonces deja embodegados los grandes cargamentos, expuestos a la polilla y al calor que derrite el azúcar, en espera de que el mercado mundial se reactive. Un desastre que anuncia otro desastre. Pero de alguna manera, como son múltiples sus negocios, o sea que, como dicen los economistas no ha puesto todos los huevos en una sola cesta, se defiende y prolonga su febril labor de comerciante.

Y es para entonces cuando compra la imprenta del Camellón de los Carneros, que le maneja un amigo de toda su confianza de apellido Espinoza. Éste será, durante todo el curso de su vida cambiante, su editor de confianza. La imprenta trabaja, por supuesto, en las pocas cosas que requiere el mercado local, acostumbrado más a la tradición de publicidad boca a boca, que a las publicaciones en letras de molde. Pero la imprenta trabaja en medio de la poca demanda y con casi ninguna competencia en el pequeño burgo.

Con el auxilio de Espinoza edita, en los inicios de 1794, la famosa página subversiva de los Derechos del Hombre, atribuida al francés Galart de Montjoie, pero adoptada como documento fundamental por la Asamblea Nacional. Era sin duda una reproducción conceptual del Bill of Rights de los revolucionarios ingleses del siglo XVII. Una conquista verdadera de los derechos mínimos del ser humano. Pero para las romas mentalidades españolas era un documento demoníaco que provenía de los ateos regicidas de la Revolución Francesa, en busca de una revolución universal. Empero, para las mentes cultas, iluminaba con connotadas y profundas proyecciones el destino de la humanidad.

Cuando la publicación ve la luz, por toda la trascendencia que tiene, Nariño mismo pega unos ejemplares en algunas esquinas, y hasta logra vender uno. Otro lo regala. Es natural que había un fin político con un alto peligro, que el dandi, favorito del virrey, no desconocía. Sabía todo lo que arriesgaba.

Pero claro está que esas actividades febriles de revolucionario incipiente no han sido desplegadas solo por él. De sus amenas tertulias ha ido floreciendo un pensamiento y, por supuesto, un deseo de acción. Y claro está, resulta obvio que en el reducido medio santafereño tales actividades no pueden pasar desapercibidas. Así, sin que hayan transcurrido muchos días, el chisme se va abriendo camino. Es elemental que una conseja de esas cunda en una sociedad tan recogida y timorata, manejada por clérigos oscurantistas de la época, y por unas autoridades de chapetones que miran con recelo y gran desconfianza el despertar que habrán de tener estos pueblos sojuzgados.

Y ante el temor de lo que viene, es cuando el mismo Nariño despega de las esquinas el escrito, devuelve el dinero al que le compró el ejemplar y solicita su devolución al que se lo regaló.

Éstos, con el resto de la edición, son quemados silenciosamente por Nariño, sin que quedara huella aparente, siquiera para darle cabeza al proceso, como él mismo dirá posteriormente. Pero sí que quedó una huella.

Todo este conjunto de sucesos presagian nuevos acontecimientos, todos desgraciados. Las presiones poderosas de la Iglesia, la certidumbre de que se había despilfarrado el fondo de los diezmos, y la convicción de que incubaba, con un grupo de diez hombres ideas subversivas, fueron elementos inconfundibles de convicción en su contra.

Y como consecuencia, vendría la prisión, inicialmente domiciliaria, y un segundo arqueo de caja. Ya estaba en las garras de un derecho atrabiliario y de una administración de justicia que horrorizaba por el sistema inquisitorial del código canónico y por el despotismo de sus operadores. Todo sería en adelante el fruto de una pesadilla interminable.

II

LA DETENCIÓN Y EL JUICIO

Sobre el tema específico de la fecha en que fue detenido, hay dos posiciones que adquieren marcada importancia en el estudio de la vida de Nariño. La primera, que es la que él sostuvo en varios documentos, entre ellos su famosa defensa ante el Senado, pieza de oratoria maravillosa que por su enorme importancia incorporamos al final de esta historia, afirma que su detención ocurrió el 29 de agosto de 1794. La otra, sostenida entre otros autores por el brillante biógrafo Ricardo Vejarano, atribuye ese hecho desgraciado como ocurrido el 9 del mismo mes.

Por la primera, la detención ocurrió con motivo de la publicación de la página de origen francés y, por lo tanto, su estatus fue el de un delincuente político. Como consecuencia y de contera, la detención precipitó al abandono de los negocios y al segundo arqueo deficitario de la caja.

Por la segunda, la detención fue motivada por el desfalco de los diezmos, y por lo tanto fue éste el que lo llevó a la cárcel. Veamos cómo cuenta el doctor Ricardo Vejarano[2] la segunda tesis:

> Es el vértigo lo que azota el alma de este revolucionario en economía, antes que revolucionario en política. Su confianza en los demás marcha paralelamente al desorden de sus cuentas. Cuando llega el concurso presenta un libro que era titulado "Libro de Cuentas Corrientes con varios Sujetos", abierto el 1º de enero de 1792 y que consta de muchas páginas en papel marquilla. Pues bien: en 1794 apenas había llenado ocho de sus páginas con anotación de las personas que le debían y con las cuales llevaba negocios. En las cuatro primeras partidas de este libro aparece que entre Andrés Otero, Dionisio Torres, José Caicedo y Salvador Cancino, le deben una suma aproximada a treinta mil pesos. Inútil decir que estos deudores, si exceptuamos tal vez a Cancino, cuando se les reclama el valor de su deuda la niegan formalmente, o aseguran que ella proviene de negocios que están

[2] Autor, ob. cit.

aun por liquidar. No habría habido caja alguna, por bien alimentada que estuviera, capaz de resistir a tamañas filtraciones.

Y agrega sobre la detención:

> Hemos dicho que Nariño fue arrestado y confinado en su misma casa el 9 de agosto de 1794. Parece que Mosquera y Figueroa fue solamente acompañado de los cuatro o cinco soldados que debían custodiarlo, y limitándose a cerrar la pieza que servía de Tesorería sin ponerse a hacer arqueo de caja ni a demandar cuentas, se retiró en seguida. Pero inmediatamente después llegan los comisionados del señor Arzobispo y del Cabildo Eclesiástico, quienes van a recibir lo que puedan y lo que resta en la Caja de Diezmos. Estos comisionados son el doctor Cristóbal de Palacios y don Pedro de Echavarría. Nariño está acompañado de su cajero, don Martín Urdaneta, del escribano Franqui y de un amanuense. Los soldados permiten la entrada a los agentes del Cabildo y delante de todos se hace el sumario arqueo. No quedan sino 533 pesos en moneda corriente, 213 pesos en reales y medios reales falsos y un vale firmado por Juan Nariño (hermano de Antonio) el 6 de noviembre de 1793 por la suma de 6.286 pesos. Cuando en el curso de la ejecución este vale se va a hacer efectivo Juan Nariño le negó todo valor, aunque sí reconoció la autenticidad de su firma y se engolfó en una serie de explicaciones y de penosos incidentes con su hermano prisionero…

Para respaldar su aserto sobre la fecha, consigna el siguiente párrafo:

> Esta fecha, 9 de agosto, es definitiva y ella no deja lugar a alguna duda, sobre el origen del calvario del Precursor y sobre las consecuencias que éste tuvo sobre su carrera y sobre el desenvolvimiento de la causa de la independencia de la Nueva Granada y en general de todo el Continente Sudamericano. Esta fecha, nueve de agosto, dada con absoluta precisión en un oficio dirigido al oidor Mosquera y Figueroa, por los diputados, el Venerable Deán y Capítulo Eclesiástico que lleva fecha seis de septiembre, es decir, menos de treinta días después, infirma de manera incontrovertible el dato dado por Nariño en su célebre defensa ante el Senado de 1823 y en la cual afirma, habérsele reducido a prisión el 29 de agosto del 94, fecha que han seguido teniendo como exacta todos los historiadores que de él se han ocupado. No. Nariño fue reducido a prisión, o si quiere a reclusión, en su propia casa, el 9 de agosto del 94.

Empero, no obstante la seguridad que demuestra el doctor Vejarano, existen otras versiones y pruebas que aseguran, con abundancia de razones, que Nariño cae preso es el día 29 de agosto de 1794. En ese sector militan,

además de Nariño, los serios historiadores Raimundo Rivas [3], autor de "*El Caballero Andante Don Antonio Nariño*", y Guillermo Hernández de Alba [4], quien escribió la documentada obra *"El Proceso de Nariño a la luz de documentos inéditos"*., Ambos concluyen que la detención ocurrió ese 29 de agosto, atribuyendo el error en que otros incurrieron a la interpretación de la copia del oficio del oidor Mosquera y Figueroa, de que habla la cita anterior, en el que cayó de buena fe el doctor Vejarano, innegablemente un gran biógrafo de este apasionante personaje.

Vendría una encendida discusión en abril de 1939 en el seno de la Academia Colombiana de Historia entre los mencionados historiadores Vejarano, Raimundo Rivas y Guillermo Hernández de Alba, en la que se exhibieron papeles históricos y documentos. Uno de ellos, muy contundente por cierto, proviene del mismo oidor Joaquín Mosquera y Figueroa, en el que se destaca que la detención de Nariño y el proceso instruido por él mismo, no fue el resultado del faltante de los diezmos sino consecuencia de su actividad revolucionaria al haber publicado Los Derechos del Hombre. Se trata de una carta enviada por aquel el 23 de septiembre de 1797 al Virrey de México, marqués de Braciforte:

> …el expediente particular formado por mí contra Nariño está reducido a la averiguación de haberse impreso clandestinamente en una imprenta propia suya cierto papel francés traducido al castellano … habiendo principiado yo la causa a últimos de agosto del citado año de noventa y cuatro se dio cuenta al Rey el 19 de septiembre inmediato por el excelentísimo Virrey don José de Ezpeleta, remitiendo testimonio del expediente, hasta la confesión. [5]

No pareciera adquirir un matiz de duda el aserto de los que defienden la tesis de Nariño de su detención el 29, o sea a finales de ese agosto, como lo expresa Mosquera. Y en relación con el debate a que se hizo alusión, agrega [6]:

> Por su parte, el historiador Guillermo Hernández de Alba al acoger y reforzar los argumentos del doctor Rivas, señaló un factor eminentemente reivindicativo de Nariño, cual es la declaración del ilustrísimo señor Obispo Estévez, "el mismo a quien, como juez hacedor de Diezmos, le correspondió

[3] Raimundo Rivas "El caballero andante Don Antonio Nariño"

[4] Guillermo Hernández de Alba, "El proceso de Nariño a la luz de documentos inéditos"

[5] Cita de Joaquín Piñeros Corpas en un importante ensayo que concierne a esta polémica sobre Nariño.

[6] Ensayo del mismo autor anterior

estudiar los autos sobre la quiebra inesperada de Nariño". El obispo, respondiendo a una cita del doctor Azuero, empeñado en tachar la elección de senador en la persona de Nariño, con el cargo de que había desfalcado la Caja de Diezmos y por lo mismo merecido prisión por tal causa, expresó:

> Que su señoría no podía atreverse a calificarlo de deudor fallido, a causa de que el dinero de diezmos lo había empleado en grandes negocios cuyo producto existía entonces en Londres, Francia y Habana.

La discusión quedó zanjada a partir del 24 de enero de 1948, cuando el doctor Guillermo Hernández de Alba, a la sazón cónsul colombiano en Madrid, buceando en el archivo histórico de esa ciudad, encontró dos documentos irrefutables que daban razón al Precursor:

> PRIMERA DILIGENCIA DE ASEGURACIÓN DE PAPELES Y PRISIÓN DE DON ANTONIO NARIÑO
>
> En la ciudad de Santa Fe a veintinueve de agosto de mil setecientos noventa y cuatro: el señor don Joaquín de Mosquera y Figueroa, del Consejo de S. M., su oidor y alcalde de Corte en esta Real Audiencia, en virtud de la comisión que le está conferida para la práctica de estas diligencias, pasó a la casa, morada de don Antonio Nariño, acompañado del señor alguacil mayor de Corte y de nos los infrascritos testigos de actuación y habiéndolo encontrado en la pieza de su estudio, le previno S. S. que para practicar cierta diligencia que le estaba cometida, le pusiese de manifiesto todos sus libros y papeles; lo ejecutó diciendo que cuantos libros y papeles tenía se hallaban en la citada pieza de su estudio, la inmediata a su alcoba, gobernadas todas por una sola puerta y entrada, y habiendo expresado en este acto el citado Nariño, que ya entendía poco más o menos a lo que se reducía la diligencia por las voces públicas que andaban, y que por ellas, si S. S. se hubiese dilatado un poco, no se le hubiera encontrado en casa, pues se hallaba con el ánimo de irse a donde el doctor Inciarte, a que le formase un escrito relativo a las actuales incidencias para presentarlo al excelentísmo señor Virrey, y habiendo pedido otra vez S. S. dos hombres y un cabo de tropa de la guardia inmediata del puente de San Francisco, le dejó en calidad de detenido en la misma pieza con centinela de vista, mandando se mantuviese así mientras iba a practicar otra diligencia urgente, como se verificó. Y de todo lo dicho certificamos nos los infrascritos testigos y firma S.S. con el señor alguacil mayor, y el nominado don Antonio Nariño. Joaquín de Mosquera y Figueroa – José Malo. - Antonio Nariño. – testigo, José Antonio Orcacitas. Testigo. Carlos Manuel de Ledesma.

TRASLACIÓN EN CALIDAD DE PRESO AL CUARTEL DE CABALLERÍA

> En la noche del mismo día veintinueve de agosto del expresado año, en cumplimiento del decreto antecedente, pasó S. S. a la casa de don Antonio Nariño, y acompañado del señor alguacil mayor y de nos los infrascritos testigos de actuación, condujo a don Antonio Nariño al cuartel de Caballería y lo entregó al capitán don Cayetano Ramírez de Arellano en calidad de preso para que cuidase de su custodia y seguridad en conformidad de las anticipadas prevenciones hechas al intento por el excelentísimo señor Virrey; habiendo dejado los libros y papeles de don Antonio Nariño en las mismas piezas donde se hallaban, previniendo a la guardia que las custodiaba, continuasen teniendo cuido en ellas, como también de la pieza de la Tesorería, cuya llave recogió el oficial real don Martín de Urdaneta y la de la puerta de dichas piezas su señoría. Con lo que quedó finalizada esta diligencia que firma S.S. con nosotros los testigos de actuación. Mosquera. - Testigo José Antonio de Orcacitas. – Testigo Carlos Manuel de Ledesma.

Queda pues demostrado que la fecha de la detención fue el 29 de agosto de 1794, cumplida en su residencia solo durante unas horas y luego en el cuartel de caballería, y que esa detención se debió a razones políticas que, de hecho, condujeron a la cesación de pagos y la inicial quiebra de la Caja de Diezmos.

Es preciso anotar que este oidor Joaquín de Mosquera y Figueroa, quien llegó a ser Regente de España y en esa condición promulgó la Constitución de 1812 de la península, había nacido en Popayán y era hermano, tanto del señor Marcelino Mosquera y Figueroa, dueño de la famosa hacienda Calimío donde se libró la gran batalla en que triunfó Nariño, que veremos adelante, como de don José María de Mosquera y Figueroa, gran aristócrata como sus hermanos, hombre muy rico de esa ciudad pero patriota, a diferencia de los otros dos, y padre de don Joaquín de Mosquera Arboleda, elegido presidente de la república después de la renuncia de Bolívar, cargo que por cierto ejerció brevemente, del general Tomás Cipriano de Mosquera Arboleda cuya historia llenará un largo período de mandatos presidenciales y revoluciones, de don Manuel José Mosquera Arboleda, quien fuera arzobispo de Bogotá, y de don Manuel María Mosquera Arboleda.

Se precipitó el juicio, que fue tortuoso. Testimonios múltiples y un abogado que hacían equipo con el sindicado, quien era en verdad el que ejercía la defensa con extensos alegatos que pulía y pulía como obras maestras. Para mal de sus culpas, ese defensor único que nombró era el doctor José

Antonio Ricaurte, cuñado suyo y persona de alta respetabilidad, tío del prócer y mártir Antonio Ricaurte, quien como ha de recordarse voló el polvorín en San Mateo inmolándose él, antes de que lo tomara victoriosamente el jefe realista Boves. Nombramiento desgraciado, porque cuando el defensor puso su firma al lado de la del inculpado en uno de esos extensos escritos defensivos elaborados por Nariño, también lo pusieron preso a él, habiendo sido deportado a las bóvedas de Cartagena donde, al cabo de muchos años, aherrojado y vencido, murió cuando ya le iban a dar la libertad.

Nariño se enferma cuando se le recepciona la indagatoria. En alguna oportunidad deben por ese motivo suspender la diligencia. El comportamiento del preso es contradictorio, pues al lado de sus protestas de inocencia, un día parece rendirse y confiesa crímenes, entre ellos el de la publicación de la página francesa ya mencionada. Luego dirá que era una página conocida en el mundo entero, pero que cuando se dio cuenta de sus alcances, él mismo la recogió con su propia mano. Después no tiene empacho en hacer declaraciones y escritos en que desmiente tales asertos y se retracta con veleidosa convicción, a que lo mueven su indecible terror. "Protesto -a Dios y al Universo- que todo lo que pasó entonces, confesión y cuanto se quiera desapareció al recobrarme, como la ilusión de un sueño." Y aduce que por su enfermedad postrada se encontraba amnésico.

Así, pues, lo que inicialmente fue una causa política, se tornó en dos causas. Y vino el terrible cautiverio bajo la mano del oidor Mosquera y Figueroa, presionado con furia por el Virrey Ezpeleta que se siente el mayor traicionado. La privación de todos sus bienes y la deportación, son el principio de las más aciagas desventuras que pudieren sobrevenir en existencia humana. Pero la fuga de Cádiz es una esperanza que indica que, a pesar del agobio, Nariño rescata fuerzas de su personalidad y resurge a la vida.

III

SUS PASOS EN ESPAÑA Y FRANCIA

Es con desesperación que busca una salida. Y es de advertir que nadie tuvo jamás una confianza mayor en sí mismo que igualara a la suya. Era irreductible y tozudo, en las buenas y en las malas. Claro que éstas apenas comenzaban. Y de esa manera increíble, va a la conquista de la tierra de sus mayores, hoy su enemiga. Nada lo arredra. Carece, por supuesto, de recursos. Ni siquiera se sabe si logró llevar consigo sus ropas. Pero de alguna manera vence dificultades de logística y transporte, para hacerse presente ante el comerciante Esteban Amador, con quien parece ser que mantuvo negocios y al que seguramente su esposa doña Magdalena, ha enviado un giro por cuatrocientos pesos, proveniente de la venta de un sofá sobre el que no alcanzó a llegar la mano de aquel implacable oidor payanés, don Joaquín Mosquera y Figueroa, que instruyó los procesos.

Y, como si fuera un hombre de alto mundo, se dirige a la Corte de Madrid. ¿Pero, cómo logra, sin dinero y sin ropas, moverse, presentarse bien y hacerse oír? Es un misterio, sobre todo cuando uno medita acerca de la estirada corte española, en la opulencia del Palacio de Oriente de Madrid y en el refinado ambiente del palacio de Aranjuez, consagrado maravillosamente en la guitarra de Joaquín Rodrigo.

Tal vez hay algo que puede explicar el asunto: Nariño era masón, y en ese momento la masonería florece en Francia, en Inglaterra y en España clandestinamente con los liberales. Era la época de los contrastes en esa península recalcitrante de religión y cerrada a las ideas modernas del iluminismo, pero en la que también destacan ya perfilados personajes afectos a las nuevas ideas. Dentro de ellos cuenta el gran pintor don Francisco de Goya. Así, pues, es fácil explicarse que los hermanos masones pudieran darle apoyo de toda índole a ese revolucionario de ultramar, cargado de una erudición admirable y de una fe sin par en la historia y en su vida.

Entonces envía, con su prosa elegante y rica, a más de su cultura a flor de labio, un largo memorial al Rey solicitando justicia.

El monarca absoluto es a la sazón Don Carlos IV. Pero también era ese el tiempo del Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, primer ministro y huésped del lecho real de doña María Luisa de Parma, la fea y desdentada reina a la que el pincel de Goya ha dejado plasmada en el esplendor de su insultante fealdad en varios cuadros. Él era el favorito. Y el que gobernaba en nombre del monarca valetudinario y achacoso.

Godoy era un rígido estadista conservador, omnímodo y altanero. Realmente gobernaba con absoluta libertad, sin contrapeso alguno por parte del Rey. El dominio del Príncipe de la Paz, como se hacía llamar Godoy, se volvió odioso para todos los españoles. De ahí que se tornara en el objetivo de los vertiginosos acontecimientos que vendrían algún tiempo después y que, inicialmente tuvieron escenario en Aranjuez. Para destituirlo a él, a Godoy, se planificó un golpe de estado al rey haciéndolo abdicar a favor de su hijo de diecisiete años Fernando VII. Antecámara de los sucesos de Bayona, cuando Napoleón, en la plenitud de su poderío, los hace ir, a padre y a hijo, a aquella ciudad vasca francesa.

Es entonces cuando ambos, enfrascados en sus propios rencores y ambiciones, deben entregar, con documento redactado por Napoleón, el milenario trono español al emperador, con tal de que no lo tuviera el otro.

La respuesta a Nariño no tarda. El rey, es decir Godoy, confirma la sentencia y ordena el arresto inmediato del peticionario, quien con nombre cambiado y un apoyo superior, todavía se mueve con soltura en los altos círculos cortesanos. O sea que es un prófugo de la temible justicia española, pero misteriosamente se desplaza con desenvoltura y sin cohibiciones hacia donde quiere.

Viaja a Francia, comprometida en los afanes revolucionarios. El Terror anestesia la sensibilidad de los franceses presenciando diariamente el desfile de las carretas repletas de gente hacia la Place de la Concorde, donde, ante un público ebrio y delirante, la alta cuchilla levantada en el pesado marco de madera, hace fluir la sangre a borbotones y rodar las cabezas aristocráticas hacia burdos cestos de basura. Un tal Joaquín de Urrutia le presta la irrisoria suma de veinte pesos, a cambio de una letra sobre Santa Fe. Pero de un momento a otro Nariño recibe dos mil pesos, a los cuales se refiere él mismo como un giro, casi imposible, de su lejana ciudad.

En Francia pasa como un agudo observador de las innovaciones institu-

cionales que se precipitan como en un carrusel. Y en tanto estudia la Constitución y las leyes, ve la manera de que los jerarcas de un mundo nuevo le presten apoyo a sus empeños libertarios de su patria. Ya para entonces es un revolucionario integral. El dolor ha acrisolado su fiebre aventurera y la brújula de su lucha. Entonces pondera a interlocutores poderosos, como la perspectiva de una inversión económica, las enormes riquezas y perspectivas del Nuevo Mundo. Habla en nombre de toda la América Hispana. De su país resalta la agricultura y los minerales aun no suficientemente explotados. Y ofrece concesiones a cambio de dinero y armas para su causa. Afirma que todo está maduro para insubordinar a los pueblos mestizos y afirmar la libertad en esas latitudes enormes.

Claro que Nariño, que ha traducido como se ha visto, los Derechos del Hombre, no domina el francés. De ahí que su permanencia en París no trasciende los dos meses. En esa cuna del mundo nuevo consagrado a la libertad, no halla eco para sus proyectos americanos. Pero sí tiene oído en otro gran patriota, identificado con iguales propósitos libertarios de América, con el cual se encuentra. Es el caraqueño don Francisco de Miranda, general y mariscal de la Francia del comienzo de la Revolución, luego perseguido por los jacobinos y Robespierre. Miranda, igual que Nariño es masón, y lo es también otro importante personaje granadino, don Pedro Fermín de Vargas, recalado en París huyendo de la justicia española. Hombre erudito, versado en economía, involucrado hondamente con Miranda en los planes que esperaban proponer al gobierno del Primer Ministro inglés.

Miranda ha consagrado su vida a trabajar desde la distancia a favor de la independencia americana; y aunque no son muchos los datos que reflejen las entrevistas de Nariño y Miranda y los contactos con los que éste lo relacionó, sí se sabe[7] que aquel participó en la elaboración de un importante documento que éste llamó el *Plan de París*, suscrito por varios Comisarios americanos, forma como llamaba el caraqueño a los que llegaban a París en busca de ayuda dentro de los mismos propósitos. De igual modo le entrega cartas de presentación para sus numerosos amigos del gobierno inglés.

Nariño se embarca para Inglaterra, porque circula el fuerte rumor de una guerra entre este reino y España. Él piensa, por su propia conveniencia, que su lugar es al lado de los ingleses y que con ellos puede regresar a levantar los ánimos en pos de esa libertad e independencia, que hoy son el motivo de su existencia.

[7] Lo sostiene Alfonso Rumazo, *Francisco de Miranda, protolíder de la Revolución Americana,* Edit. Intermedio, Bogotá.

Tanto Nariño como Miranda conservan una grata impresión, recíproca, sobre la formación intelectual de ambos. La biografía de Miranda la veremos en el segundo tomo de esta obra. Por cierto es el único que pudo salir airoso en plena época del Terror de una acusación instigada por Robespierre ante el tribunal del pueblo, en ese París hirviente en pasiones y de sangre. Miranda es todo un personaje en Europa. Y para él, igualmente, el gran objeto de su vida es la independencia de los países americanos y por su puesto del suyo, vecino al de Nariño. El primero ostenta en la historia el justo título de Precursor de la Independencia americana. El segundo de Precursor de la Independencia colombiana.

Estos días de Nariño en Francia son reportados por el embajador de España en París, José Nicolás de Azara, cuando ya aquel ha dejado a Europa, así [8]:

> París, 26 de julio de 1797. Excelentísimo señor: el año pasado se apareció aquí un cierto Nariño de Santa Fe, en América, que parecía venía huyendo de la justicia. Se presentó a este gobierno proponiendo revolucionar a aquellos países y mostrando las conexiones y amistades que tenía allí con varios sujetos traidores y enemigos del Rey y de su gobierno. Aquí, no obstante las máximas de propagar la democracia, no le dieron oídos, y se fue a Londres proponiendo a Pitt que si le ayudaba con dinero, municiones y alguna escuadra haría levantar toda la ”Tierra Firme”

Y así, perseguido y paupérrimo, parte Nariño hacia la Gran Bretaña.

[8] Autor, obra cit.

IV

SUS PASOS EN INGLATERRA Y EL REGRESO

El por qué, no se sabe —hay mucha bruma en la vida de este personaje contradictorio—, pero llegó a Londres, seguramente por recomendación de Miranda, a hospedarse en la casa de don Esteban Palacio, el idealista tío del Libertador Simón Bolívar. Claro que usaba un nombre cambiado y nacionalidad española.

Bien pronto alguien lo puso en contacto con dos judíos de apellidos Camphell y Short, agentes financieros de alto vuelo, con entronques en el alto gobierno. Éstos oyeron a Nariño y se entusiasmaron con él. Secundario resulta saber si éste hablaba inglés o aquellos español. No importa. Le ofrecieron hablar e interesar al ministro William Pitt, hijo, al que le mostrarían las enormes posibilidades que se le abrirían a Inglaterra si daba apoyo a la causa independentista americana, después de la de los Estados Unidos que había apoyado Francia y la misma España. Pitt mantuvo, al igual que su padre, una obsesión contra los franceses. Y dentro de esos planes no estaba pelear con España, aunque el rumor callejero daba por hecha esa guerra. Es lo cierto que bien pronto España sería su aliada en la lucha contra Napoleón. O sea que la cautela con que tomó el asunto el ministro inglés, era apenas un resultado de la alta y variable política europea, que no podía comprometerse con las promesas de un aventurero.

Nariño, un tanto incrédulo con los dos judíos, le escribe de su propia iniciativa a Pitt. Pero no recibe respuesta. Los judíos le hablan del ministro de Colonias Liverpool. Pero igual suerte se corre con éste.

Se sabe que, con esta nueva frustración, Nariño se fue de Inglaterra en octubre 4 de 1796, y volvió a un París de intrigas y muerte. Siempre con la ayuda de Miranda, busca afanosamente tener contactos con el Directorio. Pondera las riquezas de allende el mar, cita la Constitución francesa, que bien pronto desaparecería, e invoca por terceras personas el deber de ayudar

a los pueblos que luchan por su libertad. En balde. Nada en concreto, como era de esperarse. Era lógico, porque embusteros y petardistas abundan en todas partes, y él podía ser uno de ellos.

Se va a Burdeos esperando embarcarse de regreso. Todo se ha vuelto intolerable. Se enferma. Entre tanto le llegan noticias de Madrid. Son buenas noticias: sus compañeros de causa, todos, han sido liberados con la única condición de que no regresen a su país. Por supuesto él también podría lograr la misma gracia. Pero para ese momento ya está marcado con la causa revolucionaria, superior a su propia vida. Y se embarca en un velero que lleva el raro nombre de Sicilia del Baston. Es el 12 de diciembre de 1796.

Oigamos lo que suscribe la pluma erudita del doctor Jorge Ricardo Vejarano [9] en relación con este episodio:

> Enorme odisea fue la suya en las Antillas menores y aunque faltándonos las fechas que Nariño no da, podemos seguirlo en todas sus pintorescas peripecias. Llegado a San Bartolomé se hace a recomendaciones que para él solo valían como medio de rendir visita. Una vez que se presentaba, la conquista de su visitado podía tenerse como segura. Lleva cartas de San Bartolomé para San Tomás entre otras, para un tal Mr. Toulousan, quien se apresuró a obsequiarlo y a hacerlo obsequiar también de otro personaje importante de la isla, llamado Mr. Petiloll. En el curso de la comida dada por éste, el anfitrión se muestra sorprendentemente instruido de todo lo que concierne a la Nueva Granada, a sus riquezas, a su fertilidad, etc., etc. Nariño se intriga y pregunta cómo ha adquirido tan completos conocimientos sobre su patria. Y el otro no hace un misterio al decirle que él había tenido asilado a otro granadino, un tal Fermín, a quien tanto se había apegado que acababa de escribirle a Jamaica, en donde vivía el médico y cirujano, invitándole a venir a acompañarlo.
>
> Nariño comprendió en el acto: se trataba de otro errante y prófugo de todas las cárceles, de otro sempiterno revolucionario, de un criollo granadino, don Pedro Fermín de Vargas, a quien pesaba tanto la castidad y la calma de la vida colonial, que un día se fue de Zipaquirá con los fondos de una caja que le habían confiado los chapetones y llevándose de paso la mujer de un amigo íntimo, una tal Bárbara, quien encontró también aburridora la vida de su pueblo.

El prófugo santafereño había conocido a Vargas en París, según lo afirma Rumazo[10]. Es en realidad su émulo, y hombre de iguales agallas. Está en

[9] Ob. aut. citados
[10] Autor, obra cit.

Jamaica y lo anima el mismo empeño. Entonces no vacila y le escribe. Le propone que emprendan juntos la hazaña de la insurrección. Pero Vargas guarda silencio. Años después, cuando el triunfo ilumina a Nariño y es elegido presidente de la primera república, vuelve a pensar en él para integrarlo a su gobierno y averigua sobre su suerte. Se le da una respuesta que lo sume en dolor y hasta en lágrimas, según cuentan algunos historiadores: Pedro Fermín, ese otro patriota tan visionario como él, había muerto asesinado hacía poco tiempo en Nueva York por un hombre americano y mulato, llamado Diego Correa.

Nariño continúa su viaje. Pero no va hacia Cartagena. Se propone llegar a Venezuela, donde supone que es absolutamente desconocido. Así, pues, toma rumbo a Curazao, escala obligada. Y de allí se enruta a Coro en un bergantín español, asumiendo de nuevo esa nacionalidad. El destino del mismo es Maracaibo. Pero él logra arribar a Santa Rosa. Le espera un largo camino. Empero, con el mismo misterio de antes, Nariño tiene dinero. De este modo obtiene caballerías y hasta un mozo de estribo que le presta oficios menores.

Asume como estrategia llegar a las aldeas y contactar al cura, en cuya casa, según las circunstancias, se hospeda. Tiene un método de manejo sicológico. Va tanteando para ver qué piensa el cura. Y luego, si le es afín, se descubre y lo prepara.

¿Cuánto tiempo tarda en este peregrinar cuyo destino era volver a Santa Fe, es decir, a su esposa e hijos? No se sabe. Pero a comienzos de junio del 97 está cerca de San Gil. Realmente no ha pasado tanto tiempo desde que se embarcó en el viaje maldito. Mas su peripecia lo ha enriquecido. Ha conocido el mundo civilizado, ha visto a los grandes personajes, sabe lo que es la falsía y él mismo se ha tornado discreto y cauto. Jamás entrega todo lo que sabe ni habla de sus verdaderas intenciones.

Teme, por encima de todo, la traición en esa posición del fugitivo, incierta, insegura, llena de zozobra, de noches agitadas y, especialmente, de incertidumbre en el porvenir que, no obstante su reciedumbre ante la adversidad, le carcome en esos interminables días sin destino.

Y he aquí que un día se presenta el peligro que tanto teme. En un camino, ya cercano a su ciudad, se encuentra a dos jinetes conocidos. Son de Santa Fe. Dos hermanos de apellido Mendoza. Nariño los evade, voltea la cara. Y sigue para la capital. Los hombres esperan al mozo de estribo que regrese. Y lo asedian a preguntas. Éste les da las respuestas que están a su alcance, que no son muchas, pero sí las necesarias para que, sobre el humo, Manuel

Mendoza oficie dando toda la información al entonces Oidor, un español de apellidos Hernández de Alba. Nariño ignora esto, pero lo presiente. Y así, caminando entre las sombras, logra hacer arribo a Santa Fe.

Se ha resguardado en los extramuros, hasta las horas de la madrugada, en que se decide a salir y va hasta su casa. Con el alma en vilo golpea a la puerta. No hay nadie. Su esposa se hospeda donde su hermano. Agitadamente se traslada allá y al fin sucede el reencuentro. Las lágrimas copiosas y ese corazón estrujado de ambos. Lo más duro es saber que allí no termina la jornada de la clandestinidad. Son horas tan esquivas y fugaces como la alegría. Porque ya se conoce que el Oidor lo busca.

A la vuelta de seis días debe volver a las sombras. Y ambula por los pueblos y villorrios de lo que hoy es Cundinamarca y Boyacá. En su desesperación se aferra al desvarío de la emancipación. Sueña despierto. Piensa que, en los mercados, puede con su verbo insurreccionar al campesino. Y aun a los bandidos de oficio conocido. Sabe que nadie ejerce la palabra como él. Y piensa que si se levanta la chispa, él al frente en las montañas, el gobierno inglés les puede enviar los fusiles y los cañones de que tanto habló en las febriles horas de su peregrinaje.

Le anima el pensamiento de que en la zona del Socorro y de los pueblos comuneros que antaño se levantaron, todavía permanece el rencor por la traición infame el arzobispo Caballero y Góngora, y un heroísmo como el suyo para ir en pos del tiempo perdido.

Cree que todo está maduro y que el catalizador que falta es su palabra. Tampoco cree que haga falta mucho dinero para organizar un ejército. Se le antoja que basta con la voluntad de luchar y triunfar.

Idealismo puro, porque tamaña hazaña hacia el futuro inmediato se divorcia enteramente de la realidad. Nadie con sensatez puede encontrar ligeramente realizable ese sueño afiebrado. Sin embargo, curiosamente, ante el virrey Mendinueta, que ha venido a reemplazar al que fue alternativamente su amigo y luego enemigo Ezpeleta, Nariño pasa a ser una especie de enemigo público número uno. No es que se viera posible un triunfo inmediato de algo tan complejo. Pero para ellos era un comienzo. O mejor, una secuencia de la aventura anterior de Los Comuneros. Y una levadura, sin lugar a dudas, hacia el inmediato futuro. Tenían razón, y eso lo sabía igualmente Nariño en su adversidad. Por ese motivo, para el Virrey era imperativo combatir al rebelde e impedir, a como fuera, que se fortaleciera.

Vuelan en consecuencia informes del virrey al Príncipe de la Paz y éste

a su vez, que ya conoce de Nariño, imparte instrucciones rígidas y perentorias, como eran las suyas y las de la corona española: debe ser capturado y ejecutado.

Entonces se desata la persecución más implacable. Se ofrecen recompensas para el que de informes y castigos para el que lo auxilie o sepa de él y no lo comunique. La situación se vuelve insostenible, especialmente para la familia. A tal punto que la recogida sensibilidad de doña Magdalena, mujer timorata y creyente en la religión y en la autoridad real que viene de Dios, de iniciativa propia envía un contacto al señor Arzobispo, que es al parecer un buen viejo llamado Baltasar Jaime.

Le propone que busque la manera con el virrey Mendinueta de hacer unas capitulaciones que garanticen la vida y libertad de su esposo. A cambio éste se entregaría y pondría a disposición de las autoridades todo lo que al alcance de su mano estuviere. Se le da vuelta al asunto, y se tiene la sensación de que hay alguna predisposición para aceptar la propuesta.

Doña Magdalena, mediante los recursos de la clandestinidad, hace saber a su esposo. Y a continuación vienen las lágrimas y súplicas de la esposa y de los hijos que conmueven la desgracia insular y solitaria del líder. Y vienen emisarios y entrevistas; finalmente, Nariño regresa. Es el 13 de julio del año 97. Entra a una Santa Fe expectante de su presencia. Una atmósfera de recelo pesada circunda el recogido ambiente santafereño. Los viejos amigos de la revolución se alejan discretamente. Y a Nariño, al que se le ha hecho saber que tendría reconocimientos a su dignidad y que estaría al lado de su familia en el seno de su hogar, se le muestran otras caras no afables.

Es preciso que suscriba un documento y que antes de eso también suscriba una confesión citando los nombres de todas las personas con las que conversó y qué conversó a partir de su fuga en Cádiz.

El asunto de los diezmos parecería olvidado frente a la gravedad de sus acciones perturbadoras del orden y la ley. Pero no lo estaba. El perseguido manifiesta que de ninguna manera dirá nombres comprometidos sobre los que pueda recaer la inconmovible justicia peninsular. Mas la presión es demasiada, hasta el punto de que Nariño tiene momentos de vacilación. Empero se mantiene firme en no suministrar nombres. Veamos cómo narra Vejarano la secuencia [11]:

[11] Aut. ob. cit.

> El 19 de julio de 1797 Nariño, ya entrada la noche, escoltado por el secretario del Arzobispo, llega a la puerta del palacio virreinal, en donde es aguardado por el Oidor Hernández de Alba quien lo conduce a uno de sus salones. El acta en que se da cuenta de esta dramática escena es por desgracia demasiado lacónica para podernos dar una idea de cómo el representante del rey y el pobre fallido y miserable proscrito de pocos meses antes, supieron mantener su dignidad uno frente al otro. En todo caso el documento es aun cobarde, pues estableciéndose en él que Nariño se compromete a relatar en sus menores detalles todo lo que le hubiera sucedido, hubiera visto, hubiera escrito o hubiera hablado desde la noche en que se fugó del San Cristóbal (sic), en Cádiz, hasta este en que se encuentra frente al Virrey, éste hace resaltar en el acta que la clemencia que él ha prometido es contando con que Nariño "no ocultará ni disimulará cosa alguna de cuanto pudiere servir para la tranquilidad pública, pues de otro modo, a pesar de su piedad y consideración, usando de las altas facultades que las leyes le franquean, se verá en la dura pero precisa necesidad de usar con el referido Nariño el rigor que las mismas previenen para iguales casos.

Nariño firmó, aunque se negó como estaba dicho, a comprometer nombres de personas que pudieran ir a prisión. Eran tan pocos, que el virrey aceptó. Pero la primera traición se operó cuando al terminar, en vez de irse para su casa como estaba prometido, se lo condujo "por pocos días" que se volvieron años, al cuartel de caballería, donde vivía el Oidor Hernández de Alba.

V

LOS NUEVOS AÑOS DE DOLOR Y LA MILAGROSA

Volvía a estar Nariño traicionado, empobrecido, abatido y frustrado, en la sima de la desolación. Solo el cariño y la abnegación de doña Magdalena, a quien él llama cariñosamente Matica, y de sus hijos, que en medio de las privaciones y miseria iban creciendo, lo acompañaron en los años tristes y desesperanzados de un cautiverio que él creyó injusto, pero que, por las vueltas de la vida, ya no tenía para sus conciudadanos el atractivo romántico del revolucionario, sino que había vuelto a ser el del ladrón de la caja de diezmos. En cumplimiento del acuerdo, Nariño escribe un dispendioso memorial que suscribe como su "Confesión".

Pule el documento con su elegante retórica. Y cuenta toda su odisea desde que logró la fuga en Cádiz. Menciona nombres a los que disculpa porque justifica expresando que solo lo oyeron por cortesía o consideración personal. En punto a sus acciones revolucionarias, las explica con meliflua ambigüedad diciendo que eran "hijos de la razón perturbada que lo condujo hasta los bordes del precipicio". Es decir, canta la palinodia.

Pero no consigue conmover al inexorable virrey Mendinueta, duro como el granito. Éste, con el conjunto de sus altos funcionarios, examina con lupa el documento para entresacar veintisiete puntos sobre los que debe haber una explicación más amplia del prisionero, si es que aspira de verdad y con sinceridad a obtener el perdón de Su Majestad para los graves desvíos de aquello que llaman "la conjura del 94", fecha en la cual, como se vio, publicó Nariño los Derechos del Hombre.

Y debe comenzar a escribir una nueva confesión aclarando los veintisiete puntos. Es larga y dispendiosa. Está humillado y arrepentido. Vencido en otras palabras. En ella se descubre el tufillo de la amargura, pero no deja por ello empequeñecer el elegante estilo literario.

No, nada conmueve al agente del rey, que envía correos y representacio-

nes a éste de la pluma del cautivo, pero con cartas explicativas para el ministro Godoy en las que descubre la farsa con la que ha tramado al prisionero. Hubo necesidad, explica el virrey, de firmar un documento con aquel, pues en ese momento no estaban en condiciones de capturarlo. *"Si el gobierno hubiera tenido los auxilios necesarios para mantener con vigor sus respetos, hubiera despreciado tal vez la presentación de Nariño… pero admitido este hombre bajo la palabra que se le dio, calmaron los males que se veían tan próximos…*", dice cínica y pérfidamente en una de ellas el señor Mendinueta.

Hay una burla sangrienta, porque los meses van pasando y con ellos la desesperación de Nariño. Pero sobre todo la de su esposa, a quien duele más que la miseria y la mendicidad a que debe sumirse y sumir a los suyos, el acto de candor por medio del cual se atrevió a confiar en un arzobispo, sin tener en cuenta el pavoroso antecedente de Caballero y Góngora, y en un virrey que encarnaba la más dura tradición de lo que fueron los sucesivos regímenes absolutistas y tiránicos de la dominación española.

Reducido a pocos metros de movimiento, Nariño se pasea. Un raquítico haz de sol en esa Bogotá fría y lluviosa, es su compañía. En esa tétrica mazmorra del batallón de caballería, vive el paso lento de los meses de esperanza, al que sobreviene el paso igualmente lento de los meses sin esperanza. Y de la enfermedad que habría de llegar con sus poderosas garras opresivas. Las oquedades de sus pulmones se llenan de un líquido espeso y mefítico que provoca esputos insoportables iniciales, y luego sangre, cuando la fuerza de la tos, o la tisis misma, desgarran los vasos sanguíneos.

Ya no soporta ni el agua. La fiebre sube y baja. Sin embargo, siempre lo acompaña. El desfallecimiento y la pérdida de las carnes se torna permanente y abrumador.

Entonces los médicos pronostican la muerte inmediata, de cuya certidumbre también participa el traicionado prisionero, si no se produce de inmediato un cambio de sitio de vivienda y la libertad. Él desfallece cada vez más, sin esperanza alguna. Pero como va a morir, y no por reparo de conciencia sino en previsión de responsabilidades futuras, el Virrey informa a España. No hay respuesta rápida, como es de suponerlo, en toda la dificultad de comunicaciones y distancias. Finalmente el virrey ordena que se le confine, con todas las seguridades y fiadores que la peligrosidad del preso hacen ineludibles, a la Casa de Montes, que es una granja del gobierno cercana a la capital.

Cualquier enfermo en sus condiciones habría muerto inexorablemente. Pero no Nariño. Él es de otra estirpe. Él se aferra a la vida y sabe que la vida le pertenece, porque presiente el destino. Él sabe renacer de la adversidad. Él se reconforta por sus mismas fuerzas intelectuales y biológicas, y por la energía que lo anima, a más de la nobleza de su misión en la tierra, que sabe que aun no se ha cumplido.

Y entonces el clima, la libertad del campo y el aire puro, empiezan a generar el prodigio. Su salud va restableciéndose aceleradamente. Era la época en que morían sin exclusión los ricos y poderosos por la tuberculosis, a más de los pobres. No había remedios contra el mal de Koch, porque aun éste no había producido su gran descubrimiento. Se trataba el grave mal con ungüentos y pócimas. Y leche de burra que a Nariño recomiendan, pero que él no puede adquirir por su miseria. Solo un tiempo después un viejo conocido le facilita a su esposa tres de esos animales. Y bebe su leche. Esto ocurre al iniciar el mes de agosto de 1803. Parece mentira: han pasado casi seis años del más terrible sufrimiento.

Pero ahora la vida cobra vida. No se sabe el por qué, con la misma frialdad con que se le confina a la muerte, ahora el Virrey le permite algunas libertades, entre tanto le da autorizaciones para sembrar y trabajar la granja de Montes. Nariño es dinámico, voluntarioso y sabe aprovechar las oportunidades. Con afiebrada pasión inicia el cambio de la hacienda que debía ser muy grande, y toma tierras vecinas que le ofrecen en arriendo. Siembra, arregla cercos, cría animales de corral y animales de potreros. Doma potros y los monta garboso. Levanta bueyes que salen al mercado. Reboza de energía y de actividad creadora. Ese es él, oscilando entre el abismo y la altura.

Su actividad trasciende una vez más los negocios de la capital. Los antiguos amigos vuelven a verlo con simpatía. Antes lo ignoraban, ahora lo saludan con afecto y desean volver a hacer negocios con él.

En poco tiempo se va gestando una nueva bonanza, que quizás, por sí misma, atrae un elemento fundamental de cambio. Entonces hace aparición un personaje providencial que llega a su vida: se trata de un tío de su esposa muy adinerado, don Francisco de Mesa, que es el párroco de Turmequé en las cercanías de la capital, con quien nunca habían mantenido cercanía. Pero ahora le ofrece su amistad íntegra y desinteresada. Nariño ha hechizado con su encanto personal al cura Mesa.

Éste busca cualquier pretexto para ir a Montes a disfrutar de la charla de Nariño. De sus gracejos ingeniosos, del relato de sus viajes, de sus lecturas y

del bagaje inagotable de su inteligencia. Parece ser otro hombre, y de hecho lo es. Solo el campo le atrae y su producción bucólica. Incluso escribe poesía epigramática. Nada quiere saber de la revolución y del pasado.

El padre Mesa inicia dando aportes para las empresas de nuestro héroe. Generosamente suelta el dinero, y Nariño lo vuelve a gastar con manos rotas y sin organización contable. Parece ser que la experiencia de nada le ha servido. Pero el cura no desconfía y sigue haciendo alardes desmedidos de su generosidad, aunque no haya cuentas claras. Pero a pesar de esa incorregible temeridad, los negocios marchan. Es tanto el afecto de éste por aquel, que Nariño se permite escribirle sin ambages: "si su bolsillo y el mío son uno mismo, Vuestra Merced es el que va ganando porque se descarga el cuerpo del peso…"

Amigos de Nariño, para estar cerca de él, compran en las vecindades de Montes. Uno de ellos, que antes lo esquivaba, el español don Bernardo Ramón Calvo, compra una hermosa propiedad y transforma la casa en una mansión. Muy ufano, invita a la inauguración a Nariño, su familia y al padre Mesa, muy integrado al cuadro familiar. Se deslumbran todos con la hacienda, grande y rica en agricultura. Y ¡oh! prodigiosos hados del destino. El cura le ofrece compra a Calvo, para obsequiarle toda la heredad a su amigo entrañable. Regatean el precio y el contenido, que Nariño quiere, como hoy se diría, todo de puertas para adentro.

Al pasar de unos días las resistencias de Calvo se vencen y se realiza el negocio, que previsivamente se hace a nombre de la sobrina del clérigo, doña Magdalena Ortega de Nariño. ¿Quién hubiera creído tal prodigio ? Es el 3 de julio de 1804. Nadie podía comprender estos golpes alternativos de la suerte. Y a este regalo del cielo, lo llaman acertadamente "la Milagrosa". Hoy, con el crecimiento desmesurado de aquella pequeña Santa Fe, esa finca se encuentra dentro del trazado urbano de Bogotá y en esa casa funciona el Museo Nariño.

Lo que sigue es la magnificencia. Pero con un trabajo intenso, porque Nariño es lo que hoy podría llamarse un hombre intenso, con una vida muy intensa. Trabaja como nadie, y todo le sale bien. Como en la parábola de José de las siete espigas y vacas gordas. Pero ya volverán, cíclicamente, las flacas.

Todo es tan sonriente, que a quienes fueron sus fiadores, que debieron entregar tierras hoy ociosas, les da la mano para que pongan a producir tales fundos, que así mismo corresponden a los esfuerzos del trabajo. De esa

forma se paga casi toda la deuda de los diezmos y sus fiadores recuperan su dinero y sus créditos.

Tiene recursos para enviar a su primogénito, Francisco, a estudiar a Londres. Esa ciudad que él había conocido en circunstancias tan precarias y esquivas como aquellas de 1796. Ahora la Fortuna lo ha vuelto a tener de su mano. Y al viaje a Inglaterra del primogénito sigue el del segundo hijo Gregorio, un adolescente.

Que triste y bello al mismo tiempo, para la madre que ha sufrido tanto, asumir el sacrificio de separarse de sus hijos que van en busca de una esmerada educación y de un destino superior al recortado de estas tierras coloniales, tan inestable e incierto. Pero el fatum también a ella perseguía, y es lo cierto que la vida no le daría la oportunidad de volverlos a ver.

Mas es verdad que nada hay más veleidoso que la suerte. O mejor, que los designios de la diosa Tique de los griegos, Fortuna de los romanos, caprichosa e inasible. Ya ésta había dado muestras sobre la existencia del santafereño Nariño al depositar sus golpes aleves. Ahora daba sus dones con generosidad. Pero volvería el ataque artero.

Para ese año de 1809, ya no estaba el Virrey Mendinueta. Lo reemplazaba Amar y Borbón. Hombre funesto, como lo fueron casi todos los virreyes, pero éste más. Y aunque Nariño en verdad no había tenido tiempo y voluntad, como había prometido, para dedicarse a los devaneos de la emancipación, la colonia estaba agitada por los nuevos sucesos peninsulares.

En 1808 se había producido el golpe de Bayona dado por Napoleón a Carlos IV y a Fernando VII, acontecimientos que atrás mencionamos. La ascensión de José I como usurpador del trono de España había causado, como es natural, una reacción social muy honda. Las protestas del 10 de mayo con la consiguiente masacre del pueblo español por las tropas francesas en las calles de Madrid, páginas inmortalizadas por el pincel de Francisco de Goya, desató un odio visceral contra Napoleón y su hermano, ya consagrado por la imaginación popular española, por el amor a la bebida que demostraba, como Pepe Botellas.

Vendría como reacción nacional una verdadera epopeya de heroísmo, desarrollada espontáneamente por la gente contra el invasor. Y todos amaron a ese muchacho al que la posteridad peninsular habría de llamar Narizotas, pero que en ese momento denominaban El Deseado, preso en el castillo francés de Valençais: Fernando VII.

Y naturalmente, mientras en Cádiz y en otras partes se reunían las Cor-

tes[12] para ver la manera de oponerse al usurpador, Juan Martín Díaz El Empecinado, desplegada una gesta heróica de gran coraje contra los franceses. En Indias no era ajeno el mismo sentimiento y había efervescencia y rechazo a las fuerzas napoleónicas. De allí que algunos, pensando con lealtad en defender el trono español, estuvieran promoviendo el reinado directo en estas tierras de El Deseado. Otros vieron marcada la coyuntura para utilizar esos términos de amor al Rey verdadero, pero pensando, primero en que tal eventualidad de reinar entre nosotros un rey prisionero sin voluntad era imposible, y segundo que sería el momento para ensayar el retozo de autonomía y gobierno criollo, preliminar del gran empeño emancipador, ya presente en el corazón de esa generación que precisamente había abrevado sus ansias patriotas en los Derechos del Hombre y en el pensamiento liberal francés.

Por supuesto Nariño, por derecho propio, hacía parte de éstos. Todo lo escrito antes así lo acredita. Pero sus sufrimientos anteriores y la bienandanza presente lo habían alejado de esas perspectivas. Sus afanes actuales eran, quizás merecidamente, otros.

Y veamos unos desarrollos muy curiosos. Un canónigo de la catedral, locato y suelto de lengua, además rico, llamado Andrés Rosillo, es un convencido americanista. Piensa que constituye un imponderable la idea de que el monarca Fernando VII, prisionero como estaba, pudiese venir a gobernar a estos lejanos reinos. Acudamos en estos desarrollos casi inverosímiles a la pluma del doctor Ricardo Vejarano [13]:

> ¿Qué quedaba, pues, por hacer? Prescindir por completo de él y de sus agentes y hacer en el virreinato de Nueva Granada (sus planes no se extendían más lejos) una vida aparte, de acuerdo con los medios de que se disponía y utilizando los hombres en cuya lista seguramente se colocaba a la cabeza el ardoroso canónigo. Piensa en juntas autóctonas que principiarán por deponer al insignificante Virrey Amar, por adueñarse de las cajas del Tesoro cuyos caudales estaban bien contados: ciento cincuenta mil pesos exactamente. Se cuenta además con el caudal privado de la virreina cuya cuantía también se conoce con exactitud: "Ochenta mil pesos en perlas y alhajas". El nuevo gobierno se establecería poniendo como presidente a don Luís Caicedo, pero solo por dos años, pues en la alternabilidad republicana había que dejarle lugar a otros. Vendrían luego don Pedro Groot o Nariño y luego otros y sobre todos ellos, su autoridad indiscutible. Esto constituía una de las fachadas que se proyectaban para el nuevo edificio público. Pero el canónigo era

[12] Cortes es el nombre del parlamento español

[13] Autor, ob. Cit.

> imaginativo y pensaba luego en otras fórmulas: se podría prescindir de la semi-república y de la separación definitiva de la Metrópoli y echar mano del Virrey Amar proclamándolo sencillamente rey, lo que convertiría de hecho en reina a la virreina. En prosecución de esta nueva fórmula, Rosillo va dos veces a entrevistarse con la mujer de Amar, quien a pesar de que la oferta de llegar a ser reina no podía dejar de tentarla, encontró aquello tan extravagante que le respondió sin mayor gracia, que ella no quería ser más reina que la de los cielos. En una segunda visita al palacio, para una nueva presión sobre la virreina, ésta no encuentra otra manera de deshacerse del inoportuno que asegurándole haber hablado ya del asunto a su marido pero que éste seguramente no lo había comprendido a causa de su sordera…

Lo demás del "proyecto" Rosillo era tan delirante como esto: La conformación de un ejército de cuarenta mil hombres. Fácil. Con plata o sin plata. Pero ellos, además, tendrían los fondos ya mencionados. En realidad, como se ve, Rosillo iba más allá de lo que pensaba afiebradamente Nariño unos años atrás.

Pero Rosillo era rico, tenía poder y entrada a los altos círculos. En otras palabras, era un canónigo de la Catedral. Podía además dar empleos y eso le daba popularidad.

Y es aquí donde se presentan otros hechos inusitados y asombrosos, que vale la pena también leer de la obra del doctor Vejarano [14]:

> En una tarde de los primeros días de octubre de 1809, la sala del doctor Rosillo estaba llena de solicitantes esperando encontrar la ocasión de conversar con él, quien como de costumbre, se entretenía con alguien de sexo femenino en una pieza vecina cuya puerta se mantenía siempre cerrada. Nariño entra a la sala, pregunta por el canónigo, se le dice que está ocupado en la pieza inmediata, pero que aguarde un poco y será recibido. El hombre toma asiento, espera unos momentos y luego se levanta y sale diciendo en alta voz que volverá a las ocho de la noche del mismo día. Casi inmediatamente después entra al salón el doctor Rosillo, pregunta por Nariño y se enfada gravemente al saber que se le había dejado partir. ¿había venido espontáneamente o había sido citado por Rosillo ? Esa simple escena determinó el nuevo y terrible golpe. Entre los que aguarda el canónigo se encuentra el doctor Pedro Salgar, abogado y cura vicario de Girón y un su sobrino llamado Carlos Salgar. El cura, según su primera confesión, venía a pedir al canónigo una casa en arrendamiento, y de paso le solicita un puesto para su sobrino, de los muchos vacantes que iba a tener en breve el

[14] Autor, ob. Cit.

político magistral. Entre el cura de Girón, un tanto desorientado de lo que pasa en Santa Fe, y su sobrino, ese sí bien al corriente de todas las fantasías de que se habla, la súbita entrada y salida de Nariño al salón del canónigo ha provocado un enorme interés y dio pábulo a que el sobrino contara al tío todos los detalles de la misteriosa conspiración y ser Nariño uno de los conspiradores. Lo que acababan de ver uno y otro no dejaba lugar a dudas: la conspiración era una realidad y era terrible.

El cura de Girón no se dio reposo para ir a contar al oído de cuantos querían escucharlo lo que su sobrino le había contado y la entrada teatral de Nariño a la casa del canónigo. Como el cura quería un empleo, buscó a un don Andrés Rodríguez para descargar su conciencia de los graves secretos que guardaba y que a su vez Rodríguez los comunicara al secretario del Virrey, que era su íntimo amigo. El Virrey, a pesar de su sordera, comprendió esta vez; pero comprendió que todo aquello era sencillamente ridículo. Con todo, con fecha 15 de octubre se dirige a la Real Audiencia manifestándole lo que había venido a su conocimiento y que "aunque todo ese proyecto le parece algo complicado, remoto y acaso improbable, puesto que ninguna noticia llega de los parajes que citan como centros de la conjura no obstante habérseles ordenado gran vigilancia, la noticia no es despreciable y por consiguiente él la comunica para que se obre en consecuencia". En la Real Audiencia está Hernández de Alba y él se va derecho a buscar al culpable: es Nariño. Un enorme expediente comenzó a levantarse. Se cita al cura de Girón, don Pedro Salgar, en cuya persona han tomado cuerpo todas esas habladurías, pero el cura parece asustarse y solo con gran trabajo se consigue que se presente ante el Juez instructor, doctor Crisanto Valenzuela. Allí, jurando *in verbo sacerdotis tacto et corona*, va a decir lo que sabe, pero atemorizado pide lastimosamente que en el proceso se oculte su nombre poniéndolo en una clave aparte a fin de evitarle tremendos peligros personales. Así se le promete y el cura habla.

Parece mentira que así se levante una sindicación, y que la misma, en mentes torpes y adocenadas, tenga todo el eco que tuvieron las palabras de un mojigato.

Pero había otra óptica para mirar el asunto: La del juez para quien se levantaban, como un grito, una ruma de antecedentes e indicios vehementes que proclamaban por sí mismos, relevantemente, la culpabilidad del acusado. Leamos de nuevo lo que escribe Vejarano[15] en relación con este importante aspecto:

[15] Autor, ob. Cit.

El juez ha sacado en limpio un hecho de cuya autenticidad no puede dudarse: que Nariño estaba en contacto expreso y misterioso con el canónigo Rosillo y esto bastó. El hombre de los pasquines del 94; el que se había paseado por Francia, Inglaterra y Las Antillas buscando apoyo para sublevar estos reinos; el mal espíritu que estuvo a punto de lanzarse a la rebelión desde las rocas del Socorro; el perjuro que hacía confesiones falsas y promesas falaces al Virrey Mendinueta y al Arzobispo de Santa Fe. El moribundo a quien se dejó salir de la prisión y aparece pocos días después lleno de salud y de bienes, que él explica como provenientes de un sospechoso protector. El fallido que arruinó tantos hogares y a quien aun maldicen las gentes, ese está allí, agitándose y agitando nuevamente, y él personifica todo lo impersonal que hay en esta atmósfera de pavor y de angustia que sacude en estos días a la sociedad santafereña y a las autoridades aterradas, entre los cuales está el implacable Oidor Hernández de Alba. Para que la culpabilidad de Nariño se acentúe aun más no hay sino que conectarla con la súbita aparición en Santa Fe del Oidor de la Real Audiencia de Quito, don Baltazar de Miñano, quien se asegura que es agente de los conspiradores que acaban de ensangrentar la capital ecuatoriana y han osado lanzarse abiertamente a la rebeldía.

VI

EL COMIEZO DE NUEVAS DESVENTURAS

Lo que vendría entonces sería una cadena de dolor. El día 29 de noviembre de 1809 se hace presente un pequeño pelotón en La Milagrosa. Preguntan por Nariño. Cuando éste contesta que es él, sin agregarle nada, le responde el ordenanza que necesita que lo acompañe, pues el señor Virrey desea transmitirle un mensaje importante. A Nariño se le hiela la sangre. Pero no le dan evasiva alguna. Nada prepara para el camino. Sale como estaba, solo poniéndose la levita y el sombrero. En el camino hay silencio. Mas al llegar a la ciudad, en vez de dirigirse al palacio del señor Amar, lo llevan al cuerpo de guardia donde le dicen que debe esperar. Él, por supuesto, ya presiente. Ha recorrido el mismo camino e igual iniquidad antes. Pasa allí el resto del día y a la madrugada lo conducen a un lugar que abomina y cuyos recuerdos pueblan sus noches de desvelo: el batallón de caballería.

Allí encuentra al famoso Oidor Baltasar Miñano, que viene de Quito. Es delegado de la Real Junta de Regencia, pero es un patriota americano. A su presencia en Quito hubo disturbios y sangre. O sea que, como se anotó atrás, su presencia en el altiplano santafereño era indicativa de que también los habría acá. Y para adquirir la absoluta seguridad de que así sería, bastaba con saber, como se sabía, que Nariño, según el relato del cura Salgar y de su sobrino, estaba involucrado en la conjura.

Es preciso meditar en que estamos a ocho meses de que se produjera el estallido del 20 de julio de 1810. Y también es de advertir que cuando el chapetón Llorente se niega a prestar un florero para el recibimiento que se debía hacer a don Antonio Villavicencio levanta un incidente que se extiende como pólvora, lo único improvisado fue el incidente. Lo demás hacía parte de un proceso largo y dispendioso en el que tomaban parte destacados intelectuales no solo de Bogotá, sino de todas las latitudes americanas.

La chispa que en el 94 prendió Nariño, así en sus cartas pidiendo indulgencia a la Corona pareciere arrepentido y hasta lo negare, estaba bien prendida. Los patriotas de Cartagena observaban el momento de dar el paso adelante. Los de Cali irían a ser los primeros en tomar la decisión, y en Santa Fe eran una multitud callada, pero decidida. Iban desde el afiebrado canónigo Rosillo, hasta José Fernández Madrid, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas, Camilo Torres Tenorio, José Acevedo y Gómez; y Nariño ante ellos, con sus contradicciones y el cargo de desfalcador del tesoro de los diezmos, de todas maneras era un símbolo, no obstante los recelos que suscitaba por ambiciones personales de cada cual.

Es de resaltar que la coyuntura histórica ofrecía un momento cenital: el descabezamiento de la monarquía española y la prisión de Fernando VII en Valençais, la usurpación por los franceses del trono, la ninguna importancia que le atribuía Napoleón a las colonias de ultramar americanas, sin olvidar que vendió en 1803 la Lousiana por una suma irrisoria de cuarenta y ocho mil dólares al gobierno de los Estados Unidos.

Un maduro sentimiento de independencia albergaba ya en la cabeza de los patriotas. Sentían, en todo el continente, que había llegado el momento; pero naturalmente con la precaución coyuntural de mantener la sujeción a la corona española, es decir, que el joven monarca Fernando VII, a quien las gentes españolas inyectadas de patriotismo llamaban, como ya se apuntó, El Deseado, viniera con su propia presencia a gobernar desde aquí. Esa ciertamente era un condición imposible de cumplir.

Hay muchos críticos sobre los alcances de los que fueron los primeros pronunciamientos de independencia, tomando literalmente esas manifestaciones. Tales críticos en forma deliberada pretenden ignorar el temor que los emisarios de España infundían en las gentes criollas, confundidos en su propia comodidad de escritorio. Pero es preciso que se mire con comprensión que, si por algún motivo algo salía mal, aquella condición era un seguro de vida. Era suficientemente conocida la brutalidad de los españoles –como se demostró en los años de la Reconquista- en punto a los derechos políticos de los americanos.

La historiadora Margarita Garrido [16] relata los antecedentes de esta segunda detención de Nariño y la cadena de hechos que estaban sucediendo, así:

[16] "Antonio Nariño", Editorial Panamericana, Bogotá 1999

José Pando y Sanllorente, capitán de fragata enviado por la Junta Central, llegó a la Nueva Granada en agosto de 1808, para asegurar la lealtad de las colonias y su apoyo económico. Por tanto, se programó la Jura de Fernando VII, la cual tuvo lugar el domingo 11 de septiembre de 1808. Se realizaron reuniones de bienvenida al enviado con los criollos notables, pero Pando demostró poco tacto y su llegada dio ocasión para que los criollos experimentaran un trato inadecuado. El punto principal pareció ser la declaratoria de guerra a Napoleón y el consiguiente recaudo de donativos para financiarla.

Entre mayo y junio de 1809, en Nueva Granada se realizaron las elecciones de diputados americanos a las Cortes ordenadas por la Junta Central. Los nombramientos de tres candidatos en cada provincia, entre los que se sortearía el diputado, produjeron una lista de nombres de los criollos notables que conformaban una cierta red y gozaban de cierto reconocimiento. Algunos de los amigos de Nariño figuraron en esas listas: Luis Eduardo Azuola, Joaquín Camacho, Camilo Torres y José María Lozano, con quienes había intercambiado libros e ideas desde los días de la tertulia. Entre tanto Nariño estaba en La Milagrosa y no aparecía entre los candidatos a diputados. Los sucesos de Quito y las denuncias sobre la nueva conspiración, lo pondrían de nuevo en la mira de las autoridades coloniales.

El 10 de agosto de 1809, algunos criollos notables de Quito formaron una Junta de Gobierno. Por la presión de los criollos de Santafé, el virrey Amar convocó a una junta el 6 y el 11 de septiembre. Allí aparecieron las diferencias que separaban a españoles y criollos. Los primeros propusieron enviar tropas para someter a los juntistas de Quito, y los segundos enviar una comisión para lograr un compromiso. El virrey, inseguro, envió ambas. En aquellas reuniones se propuso que la Junta de Notables criollos , reunida antes que la venida de Pando Sanllorente y ahora para los sucesos de Quito, debía ser permanente y ejercer una suerte de coadministración. Pero no lograron persuadir al virrey.

Antes bien, el clima de desconfianza, recelo y secreto inundó el ambiente. Como la junta pensaba que el virrey era afrancesado, los criollos buscaban confirmarlo para desunir más a estas dos autoridades. El virrey ordenó a la audiencia vigilar estrechamente a los criollos considerados sospechosos. La censura de los documentos que llegaban a la colonia se volvió más estricta. Se trajeron las tropas de Cartagena, y con ello la política de mayor control y menor reconocimiento a los criollos, iniciada por los reformadores borbónicos, llegó al extremo.

> Fue en este momento cuando aparecieron las denuncias sobre un gran plan de rebelión en tres etapas. De acuerdo con lo documentado los habitantes de La Mesa atacarían en El Portillo a las tropas enviadas hacia Quito, y les quitarían las armas. El canónigo Rosillo, el alcalde Luís Caicedo, Antonio Nariño, Sinforoso Mutis, Pedro Groot, Ignacio de Herrera y el oidor Miñano darían un golpe hacia el mes de septiembre. Otros estarían encargados de reclutar milicias en los llanos de Casanare para marchar, armada, hacia Santafé. Así, las armas de Quito pasarían a manos de los llaneros, quienes entrarían a Santafé para apoyar el golpe que darían los notables.
>
> La veracidad de este plan aun no ha sido examinada con suficientes elementos, aunque es aceptada por varios autores. Y también se ha señalado que un número importante de rebeldes comuneros, refugiados en los llanos desde aquellos tiempos, estaban atentos a estos planes."

Esa era la situación, según el lado del virrey. De donde podría decirse que, comprometido o no el Precursor Nariño en el plan, cosa que seguramente sí ocurrió, los informes de inteligencia y el espionaje permanente y gratificado, habían conducido a que sin fórmula de juicio ni expediente, que según el virrey sobraba porque con el anterior era suficiente, sobrevino esta nueva detención que de paso comprometía al oidor Miñano, y que, por motivos de alta precaución para los españoles, debía cumplirse después de un tránsito inmediato hacia las bóvedas de Bocachica en Cartagena, lo más distante posible: en Puerto Rico.

Pasa la noche pues Nariño sin comodidad alguna en la guardia del batallón de Caballería. Nada le notifican ni a él ni a Miñano. No aparece Hernández de Alba ni ninguno otro, así fuera para disimular un expediente. Al amanecer le ordenan que monte en un jamelgo macilento con las mismas ropas que usaba la víspera. Y los ponen en movilización hacia el río Magdalena. El jamelgo, como Nariño mismo lo esperaba, solo llega hasta el puente de Fucha. Y queda a pie. Mas providencialmente, movido por la justa alarma que se había generado en La Milagrosa, su hijo de diecisiete años Antonio, llega al cuartel, donde le informan que han tomado camino con los prisioneros y allá parte llevando a su padre una cabalgadura reposada y vigorosa. Y el muchacho lo acompaña con sinigual amor filial.

El camino es más largo cuando se va en condiciones de prisionero, dejando a la pobre mujer con sus dos hijas menores asumiendo responsabilidades para las que no estaba preparada, recogiendo dinero para enviar a su marido milagrosamente, y sumida otra vez en el llanto del abandono. El piquete que los conduce va a cargo de un alférez muy joven de nombre Ángel González.

Éste, realmente, es amable, quizás por la respetabilidad de la apariencia de Nariño y de Miñano.

Y llegan a Honda, donde deben dejar los agrestes caminos de herradura, para embarcarse en rústicos champanes. Para entonces ya han sido conocidas las palabras de la desparpajada virreina, aquella a la que Rosillo se atrevió a ofrecer la corona autónoma de la Nueva Granda: con desenfado y en alta voz cargada de odio, ha expresado públicamente que el destino de los prisioneros es una bóveda en Cartagena, donde permanecerán hasta morir, privados de papel y tinta para escribir y de cualquier comunicación con el mundo.

El camino es tortuoso y lleno de presentimientos. Nariño, que ya conoce la ruta y el destino aciago, se forja la idea de escapar a como de lugar. Y estando atracados en la población de El Banco, en noche oscura como ala de cuervo, con el poco dinero que le queda paga a un rústico boga de canalete y, en medio de las sombras, en la fiel compañía de su hijo, toma el camino del río, navegando a la velocidad de la noche. Los otros duermen, entre ellos Miñano y el alférez Ángel González, quien, como se ha dicho, fue caballeroso. Entonces el fugitivo tiene un acto de consideración –y de ironía y humor- y le deja una nota escrita en toda la incomodidad de la situación: "*Muy señor mío: la imperiosa ley de la necesidad me obliga a dar un paso contrario a mis sentimientos. La compañía de los ángeles es muy buena para ir al cielo, pero no a un castillo a ser cargado de cadenas y de grillos. Esta razón me impele a separarme de su buena compañía. Su atento servidor Antonio Nariño."*

Al entrar el día, los dos Antonios están distantes. Toman tierra por la margen derecha del río. A la izquierda está el canal del Dique y Cartagena con sus bóvedas y mazmorras. Es de allí de donde hay que huir. Y entonces se emprende el camino que antes, en su vagabundeo de la primera fuga, había conocido. Y llega a la población de Ciénaga donde, según su práctica anterior, busca igualmente al cura y con él traba amistad. Es de suponer que la gran mayoría de los curas criollos, a fuerza de ser letrados, albergaban un sentimiento patriótico. El de Ciénaga era uno de ellos y le da asilo. Y allí, muy oculto con su joven hijo, pasa muchos días sin que se sepa cuántos.

Pero a pesar de las precauciones, el escondrijo es visto por muchos ojos traidores. El fugitivo siempre deja un rastro. Y así, el 20 de diciembre de ese año 1809, o sea un mes después de su segunda detención, Nariño es encontrado, vuelto a aprisionar y llevado a Santa Marta.

Y sin que haya un ángel que lo proteja o lo trate con respeto, por los

antecedentes de sus fugas lo cargan de cadenas a él y a su hijo. Los españoles eran expertos en cadenas y grillos. Entonces lo despojan de sus últimas pertenencias. Del reloj de oro y de su cartera con las últimas monedas. Y en medio de la canícula les hacen emprender la amarga marcha a pie, bajo un sol que quema con sus treinta y cinco grados a la sombra.

Qué distante está Santa Marta de Cartagena, cuando se va a pie cargado de cadenas y grilletes, sin un solo real, mal comido y sin esperanzas de que algo mejore su terrible estado de prisionero. Y así caminan los dos Nariños desgarrando sus carnes en los tobillos y las muñecas. Y llegan a esa ciudad tan ardiente como es el desierto para el que tiene sed.

Entre tanto en Santa Fe le toca a la pobre doña Magdalena soportar una vez más el despojo. Lo que se ha hecho con tanto esfuerzo en los años intensos de trabajo que subsiguieron al primer cautiverio, todo se va como el viento. Empero no les es posible quitarle La Milagrosa que, previsivamente, su tío el cura Mesa ha comprado a su nombre. Mas los ganados y las bestias vuelan ante la avidez de los esbirros. Sus brazos, por supuesto, son muy débiles para asumir los trabajos que su marido hacía. Pero su fe y su dolor son muy grandes y la sostienen.

Nariño llega finalmente a Cartagena en los estertores de ese 1809. El nuevo año lo sorprende sumido en un calabozo de tétricas dimensiones, en los sumideros del albañal del cuartel y donde hacinan a los condenados a muerte. Su hijo, en la pobreza más inclemente, ha sido separado. Él es inocente y acreedor a la libertad. Y camina sin una mano amiga en esa ciudad nueva para él, opulenta para los demás, mendigando el bocado diario.

El 2 de enero al prisionero se lo saca del calabozo y, arrastrando una cadena de siete metros que por su peligrosidad le han aumentado, enfermo, con hambre, y en el insoportable tratamiento del más nefando criminal, lo pasean por toda la ciudad amurallada hasta el puerto, en donde se lo confina en una embarcación que va directo al castillo de San José en las bóvedas de Bocachica, tal como había sentenciado la virreina. Lo acompaña en esta desgracia, por supuesto, el señor oidor Miñano, aunque separados de comunicación. No hay medicinas, la ración es famélica y en la oscuridad, sin lumbre, solo le llega, oblicuo en unas horas del día, un mortecino rayo de sol que alumbra y calienta a los prisioneros.

La enfermedad bronquial retorna como ayer. A su lado no hay voces, ni amistad alguna. Solo el embate del Caribe se oye a toda hora golpear sin pausa los sólidos cimientos de roca y calicanto del castillo.

Son días como aquellos de los Heraldos Negros de Vallejo en que "el hombre, pobre hombre, vuelve los ojos locos y todo lo vivido se empoza , como charco de culpa en la mirada." Tan desesperada es su situación económica, que el gobierno asigna una partida de seis pesos semanales para alimentación del preso, que él prefiere, sobre el derrumbamiento de su propia existencia, sacrificarse en la inanición, para que ese mísero recurso, acumulado, lo pasen a su esposa e hijas en Santa Fe.

La prisión de Bocachica duraría cuatro meses. Un término aparentemente breve para el que no sepa lo que es estar en uno de los círculos profundos del infierno, como lo concibió Dante. Y ha de saberse que no hubo proceso escrito ni verbal. Su mismo carcelero, el señor Montes, que fue tan cruel y rudo como un verdugo, escribiría el 14 de mayo de 1810: "*Ignoro las causas que han originado la prisión del señor Oidor de la Real Audiencia de Quito, don Baltasar de Miñano y de don Antonio Nariño."* Y todavía habría de escribir el 1º de julio: "*Ningún conocimiento tenemos de los motivos que han impulsado a la Real Audiencia , con cuyo parecer se ha conformado el excelentísimo señor Virrey, para confinar en esta plaza en los arrestos en que se hayan a los señores Oidor, don Baltazar Miñano y don Antonio Nariño*."

Antonio Nariño hijo ha estado, como es de suponer, en el mayor desamparo. Ni siquiera podía acercarse a su padre, distante a tres leguas en plena agitación del mar. Pero, tal vez por su buen aspecto que denotaba su clase, y el rictus de dolor que lo signaba, un español de noble corazón, don Enrique Somoyar, lo encuentra en la calle y lo recoge. Lo lleva a su casa, lo viste, lo baña, le da alimento y escucha su historia. Conmovido le ofrece cama, y algún auxilio económico que el joven se da mañas para pasar a su progenitor. Así, en lo más negro de la noche, una mano caritativa surge y mitiga las terribles penalidades de los dos.

Y sobreviene otro elemento providencial: Llega a Cartagena el enviado real de la Junta de Regencia, don Antonio Villavicencio, noble caballero nacido en Quito, elevado por sus méritos liberales en el régimen de la Constitución de Cádiz, y de pensamiento democrático. Por cierto habría de terminar en el patíbulo cuando la reconquista española, por su participación activa posterior en las gestas que tuvieron lugar a partir del 20 de julio, cuando precisamente el florero que buscaban los criollos era para adornar la mesa donde iba a ser agasajado. Después haría parte de los cuadros directivos americanos.

Este hombre en su tránsito por Cartagena se entera de la horrenda si-

tuación de don Antonio Nariño y de Miñano. Al saber la injusticia que se estaba cometiendo, por su elevado rango y autoridad ordena a Montes que detenga el envío de Nariño para Puerto Rico, ya ordenado por el Virrey. Y dado este primer paso, ordena igualmente que lo saquen de la mazmorra y lo conduzcan, inicialmente a otro sitio, donde el prócer se repone un poco de sus dolencias y se reconforta con la compañía de su hijo. Luego habría de determinar definitivamente su libertad, sin que se sepa más que ello ocurrió en los inicios de ese julio glorioso en que habrían de suceder tantos hechos en su ciudad del alma, lamentablemente sin su presencia pero sí con la de ese benefactor que acababa de llegar a Cartagena y proseguía a Santa Fe. Para entonces allá nadie recordaba sus padecimientos en pro de la patria idealizada.

Pasan varios meses sin que Nariño pueda viajar hasta su casa y al seno de los vertiginosos acontecimientos libertarios. El restablecimiento de su salud y su deplorable situación económica se lo impiden. Solo el 8 de diciembre entra a Santa Fe y va a la cama directamente. La enfermedad aun lo doblega, pero más que otra cosa le atribula, la que, hasta allí, parece ser la ingratitud de todos.

VII

SU REINCORPORACIÓN A LA VIDA PÚBLICA Y LOS NEGOCIOS. NUEVAS LUCHAS. LA BAGATELA. EL PODER

La revolución ha evolucionado por sus propios medios. Como no había antecedentes en América, salvo el de los Estados Unidos, separados geográfica y étnicamente de todo el territorio de habla hispana, pero además con la gran barrera del idioma, eran aquellos patriotas sudamericanos los pioneros en esa empresa fascinante en que, a tientas, hacían camino con sus propios pasos, como en el poema de Machado. Y es de reconocer que para entonces ya habían abandonado la idea primigenia de pedir la presencia de Fernando VII, aun prisionero por otros cuatro años más de los franceses en Valençais, que, con el espíritu de avanzada en su momento, obedecía a lo que habría de llamarse "el pacto de la Corona", según el cual, si el rey estaba imposibilitado para ejercer su poder omnímodo en sus colonias, ellas podían ejercerlo libremente, puesto que la sujeción de éstas era con el monarca y no con España.

Ahora se hablaba plenamente de un nuevo Estado independiente. Es importante leer lo que el historiador Javier Ocampo López [17] consigna sobre el tema los siguientes atinados comentarios:

> La idea principal que se colige de ello es que, con su independencia, las antiguas colonias españolas recobran su libertad y reasumen aquellos derechos propios que les conceden el rango de Estados nacionales libres y soberanos. Libres, porque ellos los desligan de los lazos que los ataron con España; y soberanos, porque pueden ejercer la autoridad suprema sin intromisión directa de ninguna metrópoli.
>
> Para llegar a la justificación de la independencia, los criollos patriotas desentrañaron los derechos aducidos por España para retener sus territorios de ultramar: la donación papal, el señorío universal del emperador español, la fe cristiana, el derecho de descubrimiento, la inferioridad natural de los

[17] Nueva historia de Colombia, tomo 2, Edit Planeta

indios, la tiranía de los bárbaros caciques y sus leyes inhumanas, la libre elección, la libre donación hecha por los caciques indígenas, etc., justifican la guerra justa ante la oposición de los aborígenes para que la Corona española hiciera efectivos sus justos títulos. En segundo lugar, negaron estos títulos y derechos; y en tercer lugar, justificaron la idea de independencia como la acción de los pueblos hispanoamericanos para reasumir sus propios derechos.

Una descripción y refutación de los títulos aducidos por España para retener jurídicamente a sus colonias, nos la da el precursor ideólogo costeño del Nuevo Reino, Juan Fernández de Sotomayor en su perseguido Catecismo o instrucción popular, publicado en Cartagena en 1814, en el cual con los mismos argumentos del padre Francisco de Victoria en su obra Reelecciones de Indios y del derecho de guerra, y de los teólogos fray Bartolomé de las Casas y fray Antonio de Montesino, negó los títulos de conquista y justificó el alzamiento contra las autoridades Españolas. En la lección primera expuso las siguientes preguntas:

Lección I. Refútanse los fundamentos contrarios a la independencia:
P.- ¿De quién dependía la América antes de la revolución de España?
R.-De sus leyes.
P.-¿Esta sumisión o dependencia tenía algún fundamento en la justicia?
R. Ninguno tuvo un principio.
P.-¿ Qué títulos se han alegado para mantener esta independencia?
R.- Tres: a saber, la donación del Papa, la Conquista y la propagación de la religión cristiana… (34).

Uno de los títulos presentados por España para legalizar la conquista de América, que más fueron atacados por los hispanoamericanos en la Independencia, fue la donación papal. Se refiere al título o el derecho que el Romano Pontífice concedió a los reyes de España para la posesión de las nuevas tierras descubiertas, el cual tiene sus raíces en la Doctrina Hostiense y su expresión en el documento del Requerimiento.

El padre Juan Fernández de Sotomayor expresó lo siguiente sobre la donación papal en su Catecismo:
P.- ¿La donación del Papa no ha sido un título legítimo?
R.- No, porque el Vicario de Jesucristo no puede dar ni ceder lo que jamás ha sido suyo, mucho menos en calidad de Papa o sucesor de san Pedro que no tiene autoridad ni dominio temporal…
P.- Pues qué, ¿el papa Alexandro VI –el papa Borgia-, autor de esta donación no conocía que no tenía tal poder?
R.- Bien puedo no haberlo conocido; y no es de extrañar en aquel siglo de

ignorancia en que atribuían los pontífices romanos el derecho de destronar a los mismos reyes, nombrar otros y absolver a los vasallos del juramento de fidelidad como sucedió en Francia y otros reinos".

Otro de los títulos presentados por España para legalizar sus derechos en América, fue el derecho de conquista y el derecho de hallazgo o descubrimiento, teniendo en cuenta que las cosas que están desiertas o vacantes pertenecen por derecho de gentes y, por el natural, al primero que las ocupa; y como los españoles fueron los primeros que encontraron y ocuparon estas tierras, resulta que ellos tienen el derecho de poseerlas y conquistarlas. El padre Fernández de Sotomayor en su Catecismo o instrucción popular negó este título del derecho de conquista, cuando expresó en una de sus respuestas:

La conquista no es otra cosa que el derecho que da la fuerza contra el débil, como el que tiene un ladrón que con mano armada y sin otro antecedente que el de quitar lo ajeno, acomete a su legítimo dueño, que o no se resiste o le opone una resistencia débil. Los conquistados, así como el que ha sido robado, pueden y deben recobrar sus derechos luego que se vean libres de la fuerza, o puedan oponerle otra superior.

Estos mismos argumentos los encontramos en los planteamientos que hizo el Precursor don Antonio Nariño en la Bagatela No. 5 que apareció en Santa Fe el 11 de agosto de 1811, en los cuales dio una alerta sobre la reacción española y a la forma como se pregonara "la vergonzosa Bula de Alejandro VI que regaló un mundo que no era suyo, que no sabía en dónde estaba situado ni quien era su dueño…

Como se ve, pues, hay ya entre la generación culta de criollos americanos una madura serie de razonamientos jurídicos para negar el derecho que, por siglos, alegó España ante los sometidos, especialmente el que se derivaba del tratado de Tordesillas de 1494 y de la autoridad del papa español Alejandro VI Borgia, no por cierto un dechado de virtudes y sapiencia.

O sea que aquellos críticos de lo que fue la declaración del 3 de julio en Cali y el 20 de julio en Santa Fe cometen una gran injusticia. Porque desde un principio los patriotas como Nariño, Lozano, Torres, Caldas, Acevedo y Gómez, el mismo canónigo Rosillo, Joaquín de Caicedo y Cuero y José María Cabal, para no citar sino a unos pocos, estuvieron resueltos a asumir la colosal empresa de la Independencia, pregonando la personería de un nuevo Estado, y creando, desde la opresión de la que se levantaban, toda la complejidad de un país con sus poderes públicos, tomados a ejemplo de la

Constitución Francesa, con la división tripartita del barón Charles Louis de Montesquieu.

Todo esto señala que la imponderable tarea suponía no solo el enfrentar a la poderosa metrópoli, jugándose temerariamente sus propias vidas, bienes y familias, como se demostró a la vuelta de pocos años, sino que realmente la conversión de una colonia en estado libre suponía tantas dificultades o más que lo primero.

Nariño ha llegado a Santa Fe enfermo, como se dijo, el 8 de diciembre. Para entonces los patriotas, conformados en Junta de Gobierno, han hecho el 29 de julio la convocatoria de un congreso constituyente que agrupe a las provincias de la Nueva Granada. Pero el país, por celos, inexperiencia y falta de visión, o solo por un contagio romántico de la revolución americana, no comprende que la única salvación es la unidad y el fortalecimiento de un régimen central.

Y solo llegan a Santa Fe los representantes de seis provincias: Santa Fe, que están en casa, Socorro, Pamplona, Neiva. Mariquita y Nóvita, a las que se sumaron los representantes de algunas ciudades que se separaron de sus provincias respectivas, tal el caso de Mompox separada de Cartagena, y Sogamoso, separada de Tunja.

Esta circunstancia hizo que un hombre de tanta importancia para la Revolución, como el doctor Camilo Torres Tenorio, se retirara de las deliberaciones airado por la admisión de estas ciudades que carecían de la autoridad de sus respectivas capitales. Poca vida pues tendría este Congreso que se instala el 22 de diciembre de ese año 10.

Al instalarse, lo primero que hacen es elegir a dos secretarios que tendrían la función de organizar administrativamente el Congreso, presentar un proyecto de Constitución y hasta fijar en otro proyecto los honorarios de los participantes. De igual modo se crearían los nuevos cargos administrativos y políticos y se proveerían de manera provisional. Empresa grande y prometedora en importancia para un estadista como Nariño, sin más experiencia que sus padecimientos anteriores. Esos secretarios, pues, son el doctor Crisanto Valenzuela y Antonio Nariño.

El presidente del mismo es su respetable tío, don Manuel Bernardo Álvarez, de avanzada edad. Hombre noble pero sin perspectiva distinta a la que le pudiera brindar la impetuosidad del sobrino. Los emolumentos que se han fijado para los secretarios alcanzan la suma anual de mil quinientos pesos. Igualmente eligen una Junta de Gobierno provisional.

Es imperioso que meditemos con criterio filosófico en lo que estaba ocurriendo. Todos creían a pie juntillas en los principios de la Revolución Francesa. Eran sus devotos y fervientes discípulos. Ella era su guía, su *leit motiv* , su biblia. Por supuesto el primer predicado era la igualdad de todos los ciudadanos, y por supuesto de todas las provincias que, a regañadientes, aceptaban hacer parte del nuevo estado. Ese principio de igualdad era un postulado irreductible, que provenía, por supuesto, de la Revolución Francesa y de la revolución americana. Ninguna de las provincias podía ser inferior a la otra.

De ahí que el federalismo, al estilo de los Estados Unidos, tenía que ser el único componente de cualquier constitución. Es por eso que el ampuloso encargo de los dos secretarios iniciales no tendría duración, pues Nariño tenía una visión más amplia que la recortada de aquellos patriotas dilettantes. Realmente pocos eran los partidarios de la idea centralista animada por el Precursor.

De otro lado, cada uno de los líderes creía ser el líder. Pero eso sí, ninguna provincia tenía dinero para aportar, no obstante los tributos impuestos por las leyes y ordenanzas. Se habían eliminado de tajo los odiosos monopolios coloniales, y por lo tanto no había rentas. Pero sí gastos, como que cada provincia quería y debía tener su propio ejército.

Y en esa especie de comedia de las equivocaciones, pasaba un tiempo precioso. Enfrentada la Junta al Congreso, aquella determinó convocar para que se reuniera, primero la asamblea de padres de familia, que tuvo lugar el 19 de enero de 1811, en la que se elige un Colegio Electoral que debe instalarse el 28 febrero de ese mismo año. Éste a su vez conformó la Junta de Gobierno de Cundinamarca, en la que ya no figuraba ni Nariño ni su tío. La Junta se instala por derecho propio el 27 de marzo y nombra presidente del Estado de Cundinamarca al doctor Jorge Tadeo Lozano y vicepresidente a don José María Domínguez. Una labor ímproba y agitada les espera a estos dos prominentes patriotas en circunstancias tan precarias.

Entre tanto nuestro héroe, separado de lo que parecía ser un festín burocrático y quizás movido por sus apremiantes necesidades económicas, elabora con todo derecho una dispendiosa demanda por perjuicios que presenta a los improvisados tribunales. Hace la salvedad de que lo que cobra obedece a aquello que hoy llamamos el daño emergente y el lucro cesante. No a los perjuicios morales y al sufrimiento ingente que ha padecido por la patria, que eso no tiene precio. Lo que demanda es su fortuna dilapidada por

la arbitrariedad del virrey Amar y Borbón, de cuyo amplio patrimonio, dejado en el abandono cuando huyó luego del 20 de julio, pide que se le pague.

Pero los tribunales ignoran realmente quien es el peticionario y enredan con trámites dispendiosos su causa. Primero dicen que pruebe los daños y los perjuicios. Nariño contesta con las Siete Partidas que, debido a su pavorosa situación de prisionero cargado de cadenas, estaba imposibilitado para ir reuniendo la prueba, en la medida en que se causaba el atropello; que es por eso que aquellas leyes recopiladas por el sabio rey español Alfonso X remitían en la preparación de los libelos al perjuicio sostenido por el actor –término jurídico que hoy identifica al demandante- bajo juramento. Y, acudiendo al testimonio del rematador de sus bienes en su último cautiverio, calcula las perdidas en once mil setecientos catorce pesos, que es la cuantía de la demanda.

Mas después del patético relato, conmovedor hasta el extremo, el juez coloca un auto sustanciatorio en el que ordena anexar como prueba imprescindible la orden de detención del pérfido virrey Amar y el expediente, que no existieron procesaltamente, por la supina circunstancia de que no hubo proceso y todo fue consecuencia de una acción de hecho y órdenes verbales.

Nariño va perdiendo la paciencia y escribe alegato tras alegato imprecando por una justicia que no existe, sin ningún resultado satisfactorio.

Entretanto los hechos del nuevo gobierno son erráticos, mientras se baja la guardia en preparar adecuadamente unos cuadros y un verdadero gobierno que prepare la defensa contra la reconquista que todos presienten pero ninguno advierte con seriedad, engarzados en debates inútiles, reyertas y disputas.

Así las cosas, Nariño hace una beligerante reaparición en público con una ardiente página periodística que ve la luz por primera vez el 14 de julio de 1811, y lleva por título La Bagatela. Es un tábano urticante y combatiente contra el molondronismo que se ha apoderado de los patriotas. Nariño no solo toca la campana a somatén, sino que zahiere y agita, con la pasión y la fogosidad que le son conocidas. En cada entrega de su pluma, al lado del lenguaje patético y apasionado, va una carga innegable de razones. Es un panfletario que incendia y apaga al mismo tiempo las pasiones.

Mas los golpes aciagos de la fortuna siguen ensañados contra él. Dos días después de la aparición de La Bagatela, le asesta uno más terrible que todos los anteriores, porque su dulce, abnegada y fiel compañera, la Matica, a quien también llamaba cariñosamente Emma, la que vivió intensamente

sus infortunios, sus terribles derrotas y sufrió las humillaciones y el desprecio, la señorial matrona doña Magdalena Álvarez, cae abatida por la muerte. Nariño no soporta tanto dolor, se derrumba y se sume en el abatimiento.

Pero tampoco está vencido. Vuelve a sacar su página, y al lado de la nota de dolor en la que exclama; "… *ahora yo… solo, en medio de las sombras de la noche, rodeado de un pavoroso silencio, levanto mi voz trémula… Emma… Emma… querida mitad de mí mismo, respóndeme o haz que se entreabra la loza que te oculta y me reciba en su seno*.", vuelve a darle pábulo al potro indómito que hay en él y lanza su carga de caballería contra los que han llegado a la última hora a la cita con la patria sin tener ni experiencia ni decisión para afrontar un destino marcado por la certidumbre de lo que vendrá.

Edita varios números cada uno más inflamado de su retórica panfletaria. Los otros, los zaheridos, le contestan en otras páginas así mismo panfletarias, enrostrándole el pasado de los diezmos. En adelante este será su talón de Aquiles y él lo sabe y no le importa. Nariño siempre tendrá una respuesta elocuente a flor de labio para todo. Contesta altanero, y habla en todas las esquinas y en la plaza. Es un adalid ante el apocamiento de los que detentan el precario poder. Y así, el efecto de zapa va logrando su objetivo, y entre la ciudadanía va generándose un ambiente de disgusto contra los gobernantes, que por supuesto, mira hacia Nariño.

No pasa mucho tiempo. Generada la inconformidad y el malestar, los gobernantes piensan que lo mejor es llevar a Nariño al gobierno como participante del mismo. Que demuestre lo que sabe hacer. De ese modo, en agosto del año 11 el presidente Lozano lo llama no solo para un cargo, sino que el mismo decreto lo nombra inverosímilmente para un cúmulo de destinos: Corregidor de la ciudad, Gobernador del Estado, Intendente, Justicia Mayor y hasta Juez de Teatro, extraño cargo rezago de la época isabeliana de Shakespeare y de los españoles y sin ningún antecedente en el derecho público.

Nariño acepta encantado, toma posesión ostentosamente, pero lejos de silenciarse dentro de las nuevas responsabilidades, continúa con La Bagatela y arrecia sus críticas y llamados hacia un orden diferente. Quiere todo el poder, es decir, lo que resta de él: la cabeza del presidente. Siente que su momento ha llegado y lo espera con elaborada impaciencia.

Por lo demás, él tiene razón. El camino lo ve claro y sabe que no es momento para enzarzarse en sutilezas bobaliconas de emulaciones internas,

mientras los españoles preparan la reconquista con mayor furor y crueldad que antes, según las informaciones que llegan a troche moche en las grandes naves mercantiles.

En tales circunstancias Nariño, para el 19 de septiembre, lanza una edición extraordinaria de su página con "Noticias muy gordas", en la que arremete con patetismo y muestra al desnudo con clarividencia lo que ha de ser el futuro inmediato si no se adoptan decididamente y con resolución las medidas adecuadas.

> ¿En qué fundamos la esperanza de conservar nuestra libertad? Por fuera se aumentan los peligros, y por dentro la desconfianza y la inacción. La Patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa ¿¡La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria!? Pues a ello: vencer o morir, y contestar los argumentos con las bayonetas. ¿Habrá todavía almas tan crédulas que piensen escapar del cuchillo si volvemos a ser subrayados? Que no se engañen, somos insurgentes, rebeldes, traidores y a los traidores, a los insurgentes y a los rebeldes se les castiga como a tales." Y agregaba: "desengáñense los hipócritas que nos rodean: caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza, porque nuestros conquistadores no vendrán a disputar con palabras como nosotros, sino que segarán las dos hiervas sin detenerse a examinar y apartar la buena de la mala; morirán todos, y el que sobreviviere, solo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo y al marido…

La gente toda lee, se asusta, se enardece, y de modo espontáneo, pero encabezados por el doctor José María Carbonell, se vuelca a la plaza pública improvisándose, como ocurrió el 20 de julio, un cabildo con enconados discursos que obligan a que se reúnan las autoridades en la Sala de Justicia, donde nuevamente, y sin que Nariño intervenga pues se halla en su finca de Fucha La Milagrosa, al frente de la cual se encuentra y a la que ha vuelto a dedicar sus cuidados. Los discursos presionan con resolución una salida.

Un vocero de la Junta de Gobierno anuncia que se ha disuelto la Compañía de Alabarderos, o de Challerda, como se la llamaba, que es un batallón español que inexplicablemente se conservaba intacto a pesar de las voces de Nariño. Pero eso no calma la ira popular que se declara en sesión permanente.

Es entonces cuando el primer magistrado Lozano, ya sin ninguna credibilidad, dimite de su cargo y así, de modo igualmente espontáneo, la gente pide a Nariño en su reemplazo. El pueblo emocionado corea el nombre de Nariño. De ahí que deciden enviar una comisión de notables a su finca para

que le hagan saber la decisión popular y para conducirlo con honores a la reunión.

Nariño llega sorprendido. Dice que su labor es meramente periodística y se niega a aceptar. No obstante el pueblo vuelve a gritar repetidamente su nombre. Mas a pesar de tal designación con clara estirpe ciudadana, Nariño, legalista y previsor, deja que se desvanezca la emoción y pide una asamblea que decida democráticamente.

Dos días después se celebra la asamblea denominada de la Representación Nacional, y algunos amigos de Lozano proponen a éste para conservarlo en el cargo. Otros proponen el nombre del Precursor, que en ese momento tiene la edad de cuarenta y seis años, restablecido plenamente de sus dolencias del inmediato pasado, aunque cojeando un poco consecuencia de los pesados grillos que debió arrastrar.

Impetuoso y decidido, conocedor del presente y consciente de lo que había por hacer para garantizar el inmediato porvenir, Nariño, que ha ganado holgadamente la elección que se decide a las diez de la noche, con el respaldo casi unánime de los militares y comandantes de los pocos batallones patrióticos, acepta. Es el 21 de septiembre de 1811.

Pero Nariño, como Cincinato en la vieja Roma, dadas las precarias circunstancias que él mismo ha avizorado, habla y dice que su aceptación será solo por tres meses y asumiendo el mando con la totalidad del poder. Es la dictadura la que pide, como lo hiciera el gran patriota latino. Y es la dictadura la que se le concede.

VIII

LA DICTADURA, LA ELECCIÓN DE PRESIDENTE EN PROPIEDAD Y LAS BANDERÍAS PARTIDISTAS. LO LLAMAN EL TIRANO

Muchos problemas había necesidad de sortear en una naciente república en la que todavía ni se tenía una conciencia clara de querer serlo. Nada de lo que había qué hacer era sencillo, porque eran muchos los intereses en juego y ya se habían despertado enconadas pasiones. Ordinariamente por temor, como antes se analizó, una gran parte de los criollos era partidaria de no romper de tajo con la monarquía. Otros eran decididos partidarios de la ruptura total, entre ellos Nariño. Y fue precisamente bajo su presidencia cuando en abril de 1812, se proclamó el Estado Soberano de Cundinamarca, declaración que habría de tomar presencia formal y materialmente el 16 de julio de 1813, hecha pública cuatro días después, para la celebración de los primeros tres años de independencia.

Cartagena proclama su independencia total el 11 de noviembre de 1811, Antioquia y Tunja en agosto y diciembre de 1813, en el Valle del Cauca se ha producido la declaración de Las Ciudades Confederadas que se suman al gobierno central. Pero por su lado Santa Marta y Pasto hacen su declaración de querer seguir como colonias de la Corona.

Hay que adicionar a este panorama que lo que en un principio se pensó, producido el grito del 20 de julio, era que, desaparecida la autoridad virreinal, lo que quedaba de vida institucional era la autoridad de las provincias y su organización política. Por tanto lo que debía existir no era la fusión central de estas colonias, sino la confederación de las mismas al estilo de lo qua había ocurrido en la organización de las trece provincias norteamericanas convertidas en Estados Unidos confederados. Tal era el pensamiento predominante, a cuya cabeza estaba el gran patriota Camilo Torres Tenorio. En otros términos, según este pensamiento que se basaba en el respeto a esa tradición regional, cada una de esas provincias debía tener su propia cons-

titución y no una constitución central, que nunca se expidió en esta primera fase republicana.

Vale la pena transcribir lo que en términos de Constituciones anota el profesor Diego Uribe Vargas [18]:

> El conflicto entre el Congreso y la Junta Suprema surgido de la rivalidad y el celo entre los componentes de ambos órganos, llevo a disolver al Congreso dos meses después de instalado, sin haber conseguido el objetivo que inspiró la convocatoria. De este fracaso inicial nació la decisión de la Junta Suprema de Santa Fe, en el sentido de erigirse en Colegio Constituyente de Cundinamarca, e integrar una comisión que se encargara de redactar el proyecto de Carta Fundamental, integrada por los siguientes ciudadanos: Luis Eduardo de Azuola, José María del Castillo y Rada. Jorge Tadeo Lozano de Peralta y Miguel de Tobar.
>
> Convocados los padres de familia de cada parroquia para elegir sus diputados, solo el 27 de febrero de 1811 consiguieron poner en marcha lo que pomposamente se apellidó Serenísimo Consejo Constituyente. A dicho Cuerpo llegaron los proyectos elaborados por Lozano y Azuola y otro por don José María del Castillo y Rada. Fue así como nació la Constitución de Cundinamarca del 30 de marzo de 1811, fruto del fracaso de la política centralista de la Junta Suprema de Santa Fe, ya que lejos de ostentar carácter nacional, dejaba por fuera a secciones importantes de la patria que reclamaban autonomía administrativa.
>
> Interesante es analizar la primera Constitución de Cundinamarca tanto desde el ángulo de los principios políticos que la inspiraron, como de las tendencias jurídicas y filosóficas de que fue receptora. En primer lugar, es constitución monárquica. Reconoce a Fernando VII por la gracia de Dios y la voluntad y el consentimiento del pueblo. Mezcla extraña de los principios revolucionarios, con el formalismo del antiguo régimen. Contiene reparto de competencias estatales en que exagera la misma tridivisión de poderes de Montesquieu, con celo evidente de proteger los sagrados e imprescriptibles derechos del hombre. Combinación del constitucionalismo norteamericano, con los principios que informaron la del Directorio en Francia. Calvinista antes que jacobina o girondina.

A la promulgación de esta primigenia Constitución, uno de sus autores estaba elegido presidente de Cundinamarca. Y en el acto de promulgarla, impuso esta fórmula:

[18] Autor citado, "Las Constituciones de Colombia", tomo I, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1977

> Yo, don Jorge Tadeo Lozano de Peralta, presidente del Estado, viceregente de la persona del Rey, encargado por la misma Constitución del alto Poder Ejecutivo, ordeno y mando a todos los tribunales, justicias, jefes, corregidores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas de cualquier clase, condición y dignidad que sean, que guarden, hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes la Constitución o pacto solemne del pueblo cundinamarqués, a cuyo fin se circulará y publicará en la forma ordinaria.

Hubo también, como gran antecedente porque fue la primera, la Constitución del Estado Libre e Independiente del Socorro de 15 de agosto de 1810, que recogía la misma fórmula de reconocimiento del rey español, privado de libertad.

Nariño, ya se ha anotado, lideraba la posición contraria de expedir una sola constitución, centralista, y constituir una sola autoridad, fuerte, que pudiera hacer frente a una reconquista española que se veía venir con todo el rigor de la vesania tradicional de los españoles, conocida suficientemente en estas tierras por largo período de cuatrocientos años.

Pero al mismo tiempo había ciudades que querían desligarse o mejor, independizarse de sus capitales regionales y asumir su propia identidad. Tal era el caso que ya se mencionó de Mompox, cuyo deseo era desprenderse de Cartagena, y Sogamoso con el deseo de liberarse de la tutoría de Tunja, porque en cada región existía su propia ansia de autonomía. Consta en un documento de la representación mompoxina esta elocuente declaración: "*Mompox tiene poder y luces para figurar por sí solo en el teatro político y su felicidad es incompatible con la dependencia de otra provincia."*

Y es así que Torres se disgusta porque se le da entrada a algunas ciudades independientemente de sus capitales. Todo esto fue complejo y complicado. Hay que recordar que después de la conformación de la primera Junta de Gobierno constituida provisionalmente el 20 de julio, se convocó un primer congreso para el 12 de diciembre de ese mismo año. Y es de resaltar que esa Junta Suprema se negó a admitir a diputados de ciudades que se separaran de su capital provincial. Allí comenzó el problema que habría de agrandarse cuando compareció el representante de Sogamoso, ciudad que alegaba sus propios títulos de autonomía y no quería estar representada por Tunja.

Veamos cómo presenta este panorama y estos sucesos la historiadora Margarita Garrido [19]:

[19] Antonio Nariño, Edit. Panamericana, pág. 72 y ss.

> La Junta, enfrentada al Congreso porque éste había admitido representantes que no eran de las grandes provincias, en febrero de 1811 reunió un Colegio Constituyente de Cundinamarca, y con su presidente Jorge Tadeo Lozano determinó la organización del nuevo gobierno en cuatro estados. Primero se habló de Cundinamarca, Tunja, Cartagena y Popayán. Más tarde se incluyó a Tunja en Cundinamarca y en su lugar se erigió a Quito como cuarto estado. Estas medidas exasperaron a los notables y a las juntas de las provincias que quedarían incluidas como "círculos" del Departamento de Cundinamarca: Neiva, Mariquita, Tunja, Socorro, Pamplona, Llanos de Casanare y San Martín, Santa Marta y Riohacha. Hubo una doble reacción, por un lado de las provincias que no querían perder su diputación directa y su protagonismo, y por el otro contra el sistema de federación de cuatro grandes estados, por ser poco funcional.
>
> Las provincias defendieron su unidad y jerarquía: el 27 de noviembre de 1811 los diputados de cinco provincias –Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja- decidieron confederarse como Provincias Unidas de la Nueva Granada, y firmaron un acta aunque no redactaron una Constitución. Los diputados de Chocó y Cundinamarca no firmaron el acta. Un poco antes, en lo que respecta a Cundinamarca, el gobierno del presidente Lozano había sido reemplazado por el de Nariño, quien definitivamente aboga por un sistema centralista y no tuvo inconveniente en admitir adhesiones de cabildos que se saltaban las capitales de provincia. Un discurso de soberanía muy difundido legitimaba estos actos…El enfrentamiento quedó claro a fines de 1811. Camilo Torres, como diputado por Pamplona y redactor encargado del Acta de la Federación, encabezó la resistencia contra el esfuerzo centralista dirigido por Antonio Nariño.

El congreso al que se refiere es un rezago del primero que tuvo lugar como consecuencia del 20 de julio, muy reducido por cierto, y se reunió en Santa Fe en noviembre de 1811. A él asistieron como diputados solo siete delegados, a saber: el doctor José Manuel Restrepo por Antioquia, Enrique Rodríguez por Cartagena, el presbítero Manuel Campos en representación de Neiva, Joaquín Camacho por Tunja y el doctor Camilo Torres por la provincia de Pamplona. Eran, como es conocido, federalistas abiertamente opuestos al pensamiento y voluntad de Nariño, ya presidente de Cundinamarca. Antes de que tuviera lugar la instalación, el presidente, en un gesto desesperado, acreditó igualmente como diputados, con las mismas iguales credenciales de los anteriores, a su tío don Manuel Bernardo Álvarez y al ilustre doctor Ignacio Herrera, caleño con domicilio permanente en Santa Fe.

Nada lograron éstos contra el criterio mayoritario de los otros cinco, que impusieron, con la brillante redacción del doctor Torres Tenorio, a quien eligieron presidente del Congreso, el Acta de Federación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, que era una especie de Constitución, de fecha 27 de noviembre, muy a despecho del presidente Nariño.

Así las cosas, éste en el número 19 de La Bagatela debió escribir con ardor e ironía:

> El Congreso va a convertir las piedras en oro, y yo se cómo: se reúnen seis, siete u ocho sujetos con la plenitud de sus poderes, y en virtud de esta plenipotencia decretan que las provincias sean libres, soberanas, independientes, ricas, sabias, poderosas; y las providencias como el primer día de la creación salen de la nada…

Este congreso, haciendo honor al ingenio bogotano, fue llamado el "Congreso del Canapé" porque todos cabían sentados cómodamente en un sofá o canapé. Posteriormente y durante muchos años, siguió siendo motivo de mofas hablar del "canapé republicano" para indicar los extremos a los que puede llegar un legalismo de golillas intensamente aferrado a los formalismos.

En edición extraordinaria de La Bagatela Nariño habría de zaherir más a los del canapé con estas palabras:

> …¿Y nosotros qué hacemos ? Acalorarnos sobre las palabras, disputar con argumentos muy bonitos sobre nuestros derechos, solicitar empleos, honores, rentas y también soberanías, que hay con abundancia. Más parece nuestra revolución un pleito sobre tierras, que una transformación política para recuperar la libertad. Hay más papeles en el día en el reino sobre los linderos de las provincias que en las antiguas audiencias sobre los linderos de las haciendas. Pero como seamos sabios sobre el papel, más que seamos majaderos y bobos en lo demás; como ganemos el pleito, más que nos lleve el diablo y volvamos a ver bajo el solio a los golillas….

Pero a pesar de estas cosas, Nariño no se detiene en sus buenos propósitos de gobernante, organiza al ejército durante los tres meses de su dictadura, da forma y ejecución a las rentas, a la fábrica de municiones, y se multiplica con proyección en todas las esferas del gobierno. Se lo ve en todas partes, y sigue escribiendo, ya por supuesto no a favor de una oposición que antes era él. Ahora se afianza en sus creencias y busca por todos los medios cumplir con lo que ha avizorado con tanta claridad a pesar de las dificultades.

Y unos días antes de que se le venciera el precario plazo que él mismo se impuso, hizo convocar a los miembros de la Representación Nacional, que era la que lo había elegido, y ante sus miembros hizo ver en un memorable discurso la necesidad de que se convocara un Colegio Electoral que debía contar con sesenta diputados y que asumiera, en representación del constituyente primario, las funciones primordiales de expedir una constitución y elegir en propiedad, acorde con ella y con otras leyes, a un nuevo mandatario para un período que fue fijado de tres años.

En ese discurso el presidente formula tres cuestionamientos que deben ser parte fundamental de la Carta que debía elaborarse:

> Habiendo[20] declarado en los meses anteriores la independencia absoluta de España tanto Caracas como Cartagena, ¿no sería mejor borrar de la constitución aquello de que el rey de Cundinamarca era Fernando VII, máxime estando preso en Francia ? ¿No sería mejor dar más autoridad al ejecutivo para que en realidad fuera primer responsable del gobierno ? ¿No sería mejor que el ejecutivo, enterado in continenti de los problemas del gobierno, elaborara proyectos de ley y los sometiese a la sanción del legislativo?

El vuelo del pensamiento de Nariño iba en pos, como se ve, de una independencia absoluta, sin eufemismos ni cálculos futuristas de medias tintas manteniendo una dependencia de España y su monarca, así fuese con condiciones imposibles como la de que Fernando VII viniese a gobernar aquí, situación que por cierto estaba pasando con el rey de Portugal exiliado en Brasil.

Y así sucede que el 24 de diciembre de ese año 11 se lo elije en propiedad por el período de tres años como presidente y que se aprueba la separación plena y total de España y su monarca. Entonces entra a ejercer el mando en todos los aspectos de un gobierno que no se restringía al estado de Cundinamarca, sino a todas las provincias que se habían unido en la definición federalista que hicieran los del canapé.

Por supuesto los radicales del federalismo, con el doctor Torres a la cabeza y otros ilustrados patriotas, expresan por todos los medios su inconformidad y hasta se van a sesionar de modo permanente a Tunja, lugar del que pasarían luego a Villa de Leiva y a otros lares. Escriben páginas y panfletos contra Nariño, a quien ya llaman tirano. Éste contesta diciendo que mientras más tirano le digan, menos lo es.

[20] Antonio Nariño, padre de mi país, autor Jaime Perea

Para enero de 1812 la ciudad de El Socorro, pionera como se vio en promulgar la primera constitución y capital del pomposo Estado Soberano del Socorro, sumido en reyertas y emulaciones con los otros dos cantones San Gil y Vélez que lo integraban, estaban a punta de entrar en una batalla fratricida. San Gil quería anexarse a Cundinamarca rompiendo la unidad estatal, y el Colegio Electoral, que se había dispersado por temor, pidió ayuda a Nariño. Éste integró unas fuerzas con flamantes uniformes y relucientes armas y las mandó en ayuda de los que querían su anexión a Cundinamarca. Ese era su deber dentro de un federalismo constitucional que él quería centralizar, como había hecho con tantas otras provincias .

Y al frente puso a un militar de carrera con grado académico de sargento mayor, ascendido a coronel por el propio Nariño. Era Joaquín Ricaurte y Torrijos, su íntimo amigo, quien iba al mando de unos trescientos hombres.

Ya había enviado a Popayán a su otro gran amigo, el general Antonio Baraya, con tropas bien apertrechadas, a luchar contra las fuerzas realistas que se anunciaban implacables desde Quito, en donde era gobernador el realista don Toribio Montes, pues era obvio que los avances que habían hecho en la capital se podían perder con una invasión española por el Sur.

Antes de Ricaurte llegar a su destino, el solo anuncio de su marcha hizo que el cantón de Vélez acatara la petición de San Gil de unirse a Cundinamarca; y por su parte El Socorro, después de alguna escaramuza, cedió igualmente en su radical posición y los tres cantones se unieron a Cundinamarca. Ricaurte había triunfado fácil.

¿Qué siguió después ? La ciudad de Ocaña pidió igualmente ayuda a Nariño para menesteres similares, con el gran temor de que la reconquista española también proviniera del Oriente. Se sabía que los patriotas venezolanos habían corrido una suerte aciaga. Previsoramente pues, Nariño ordena al coronel Ricaurte que siguiera paso a Ocaña, con las mismas fuerzas iniciales, que se habían aumentado en el camino, al tiempo que le enviaba manducamientos y demás logística. Pero las cosas esta vez no salieron tan bien. A pesar de la íntima amistad del coronel Ricaurte, y abiertas unas hasta ese momento hostilidades de papel con el Congreso de Tunja, resolvió éste pasarse con todo lo que le había entregado el presidente cundinamarqués a unas fuerzas a las órdenes del Congreso, ante el cual formula una grave denuncia penal contra su jefe de la víspera, teniendo como objetivo derribar al tirano, al que acusaban de haber pisoteado la Constitución y las ideas revolucionarias.

En ese batallón marchaba el entonces capitán Atanasio Girardot, entre otros jóvenes.

Duro golpe a la amistad y a los ideales en que, con tanta fe, creía Nariño. Pero de todo hay en la historia. Y es así que, cuando Ricaurte había partido hacia El Socorro, en forma triunfante había regresado del Sur el brigadier general Antonio Baraya, el otro gran amigo, con sus tropas ya veteranas.

Es entonces cuando, como se habían pedido refuerzos de Cúcuta para impedir un ataque realista por Maracaibo, el presidente, con todo el peso de la traición cabalgando sobre su ira y deseo de castigo para la felonía de Ricaurte, le proporciona a Baraya nuevas tropas y avituallamientos y le ordena que parta hacia Cúcuta, pero que de paso, en el camino, emprenda una misión punitiva contra el traidor y lo sancione.

En medio de las mayores expectativas parte Baraya a su misión, pasando obligadamente por Tunja. Pero la traición está midiendo sus pasos otra vez; y sin que se haya salido del primer estupor, lo insólito vuelve a ocupar espacio en los sucesos. Antonio Baraya, el virtuoso militar al que ha colmado de gloria su amigo el presidente, también se entrega a Torres y al Congreso.

Entre sus tropas se encuentran [21] el coronel José de Ayala, segundo comandante, el ingeniero Francisco José de Caldas, el capitán venezolano Rafael Urdaneta, y los subtenientes Francisco de Paula Santander y Luciano D´Elhuyar.

Claro, la reacción en Santa Fe fue mayúscula, y entonces el Congreso, aunque fortalecido con las defecciones anotadas, toma prudentemente una distancia y se va a alojar a Ibagué, donde se instala y comienza a pagar los favores recibidos. A todos los de la traición a Nariño los asciende: A Baraya lo nombran exageradamente mariscal de campo, y a Urdaneta teniente coronel. A Santander y a D´Elhuyar, muy jóvenes, los ascienden a tenientes efectivos y cinco días después a capitanes. Hay premios para todos los desertores.

Duros golpes, uno tras otro, suficientes para desvencijar la moral de cualquier ser humano. Entonces Nariño, enfermo y presa de desengaños, encarga del poder a su tío don Manuel Bernardo de Álvarez y cae en cama en su finca La Milagrosa en Fucha. No por mucho tiempo. Porque la gente santafereña también siente hervir el odio contra sus enemigos; y un día, cuando estaba un poco repuesto de sus dolencias, sus amigos comisionados por el pueblo van hasta la finca y lo sacan de allí, lo llevan a Santa Fe, le inyectan entusiasmo y lo hacen asumir de nuevo el poder. Nariño acepta solo si se

[21] Jaime Perea, ob. Cit.

intenta un diálogo directo; y es así como se integra una comisión de dos por Cundinamarca, a saber Manuel Benito de Castro y José Diago, y otros dos por el Congreso, Frutos Gutiérrez y José María del Castillo y Rada. El diálogo prospera en apariencia, pero al regreso de los comisionados, la pasión retorna a los federalistas con mayor encono. Días más amargos les estaban reservados.

IX

EL GOBIERNO, EL CONGRESO, LOS CARRACOS Y LOS PATEADORES. LA GUERRA CIVIL. COMIENZO DE LA DESVENTURADA CAMPAÑA DEL SUR

Es de imaginar lo que significó para el Precursor, con dolor de patria, saber que después de estos acaeceres desgraciados, en un temperamento rebelde y obstinado como el suyo, movido por principios de honda convicción, lo que quedaba como salida en ese momento era lo que se conoce como la *ultima ratio*, es decir, la guerra, fratricida en este caso. Pero no había más remedio. Y así se arma un ejército, de novatos que alcanza a mil hombres. Los visten bien, les colocan fusil y una bayoneta y con una poco instrucción, quedan listos para marchar hacia Tunja.

La Constitución prohíbe a Nariño, como primer magistrado, estar al frente de tropas. Él, para evitar ese roce, nombra al coronel José Ramón de Leyva como comandante a la vista, aunque en realidad lo era el propio Nariño. Y sale a la marcha con fanfarrias y banderas, en la esperanza de que hubiere oportunidad de un diálogo que permitiera evitar la sangre.

Llega a Tunja el 3 de julio de 1812. Había salido de Santa Fe el 23 de junio del mismo año, y la encuentra desierta de defensas y tropas. El Congreso, como se ha dicho, se ha marchado a Ibagué y también Baraya y Ricaurte, quienes tomaron dirección a El Socorro. El gobernador Juan Nepomuceno Niño tampoco se encuentra en su sede y se ha ido a Santa Rosa de Viterbo.

Ya están en guerra. Nariño, que desde Santa Fe ha mandado una compañía avanzada al mando de don José Miguel Pey, se entera que éste ha tomado la ruta igualmente de El Socorro. Entonces le imparte la orden al coronel Justo de Castro de que vaya al mando de otra compañía de doscientos hombres a reforzar a Pey. Pero cuando aquel llega al sitio de Paloblanco cercano a Charalá, se entera de que Pey había sucumbido ante las fuerzas del coronel Urdaneta, el aguerrido venezolano que llegara a ser gran general en la guerra de independencia al lado de Bolívar y hasta dictador de la Nueva Granada.

Hay picaresca en estos desarrollos. Cuenta en sus memorias don José María Espinosa [22], veterano de estas lides, que cerca a El Socorro, cuando el coronel Justo de Castro se acercaba y fue recibido con descargas de fusilería por Urdaneta, con aire candoroso exclamó: " Que bárbaros, están disparando con balas de verdad." Y en un santiamén Castro también es derrotado.

Ante esos sucesos de folletín, el ingenio bogotano de siempre apuntó: "Son cosas de la patria boba".

Nariño entonces va en busca del gobernador Juan Nepomuceno Niño a Santa Rosa de Viterbo y le ofrece en un diálogo abierto y amplio que firmen una paz, dentro de la cual se compromete él, Nariño, a facilitar la convocatoria a una nueva Constituyente y a que el Congreso mientras tanto se instale en Villa de Leiva, afín a Cundinamarca. Es realmente una capitulación pero no una derrota. Y regresa a Santa Fe con el ánimo en el suelo, nuevamente enfermo y padeciendo los mismos frustrantes altibajos de Tique, la pérfida diosa Fortuna.

En Santa Fe toma la determinación de renunciar a todo, le vuelven los achaques de enfermedades pasadas, se retira del cargo en el que deja encargado a don Manuel Benito de Castro, cierra La Bagatela y se enclaustra en Fucha a lamer sus heridas, con el propósito de nunca volver a lo que acaba de dejar.

Entre tanto el Congreso trashumante se instala en Villa de Leyva. Ya no caben todos en un canapé, pues ya no son siete sino once. Ahora son [23]Juan Marimón y Enríquez, diputado por Cartagena; Joaquín Camacho y José María del Castillo y Rada, por Tunja; Frutos Joaquín Gutiérrez y Camilo Torres, quien seguía presidiéndolo, por Pamplona; Joaquín de Hoyos y José María Dávila, por Antioquia; Andrés Ordóñez, por Popayán y Juan José de León por Casanare. A estos se agregaron en cumplimiento del acuerdo de Santa Rosa, Manuel Bernardo de Álvarez y Luis Eduardo de Azuola, por Cundinamarca.

Por supuesto el Congreso continúa en sus hostilidades hacia Nariño, al cual odian profundamente. Los colombianos ya desde esa época son gente de pasiones opuestas y extremas, sin que haya términos medios . Y es así como en su furor acuden a todos los expedientes. Un día, dentro de esta agitada sucesión de tragicómicos sucesos, unos federalistas se encontraban en una esquina santafereña leyendo con deleite "El Carraco", que era un periodiquillo urticante adepto al Congreso, en el que con burlas y chascarrillos se

[22] "Memorias de un abanderado", José María Espinoza

[23] Jaime Perea, ob. Cit.

presentaban sesgadamente las noticias. Y se contaba, entre otras, la historia del coronel de Castro que narró don José María Espinosa y que se acaba de comentar. Los federalistas se burlaban ostentosamente, y en ese momento pasó don José María Carbonell, centralista amigo de Nariño, y les arrebató el periodiquillo, lo arrojó al suelo y le dio patadas. A partir de ese momento a los federalistas los llamaron los carracos y a los centralistas los pateadores.

Bien después de este incidente, los pateadores se fueron a Fucha como ya lo habían hecho en el inmediato pretérito, alertaron a Nariño sobre lo que iba a acontecer, no solo con los realistas sino con los enconados federalistas y las fuerzas del Congreso y le insistieron con apremio para que regresara. Y así lo convencieron del retorno a Santa Fe, lo posesionaron una vez más y le entregaron todos los poderes, ejecutivo, judicial, legislativo y militar, para mayor indignación del Congreso instalado en Villa de Leyva.

En tales circunstancias a Nariño se le renuevan los bríos. Toma parte en todo y lo prepara todo. Entonces llega una noticia que lo estremece: se informa que a las costas colombianas ha llegado, procedente de España, el nuevo virrey don Benito Pérez.

Los del Congreso, enterados de esta nueva resurrección del líder santafereño, maquinan e intrigan. Entonces los carracos, subidos en su prepotencia, envían un ultimátum de rendición a Santa Fe producido en términos humillantes: entregan las armas, es depuesto Nariño, se permite que Santa Fe sea solo la capital de un estado federal y que allí funcione el Congreso como autoridad suprema, o entran a la fuerza y acaban con todo. Es dramático e inminente.

Nariño convoca para el 22 de octubre de 1812, en el Colegio de San Bartolomé, a todas las fuerzas vivas, a las autoridades, a los cuerpos colegiados, a los eclesiásticos, a los militares, a los padres de familia, a los artesanos y a los ricos, y les impone que van a contestar un plebiscito con un sí o un no a cuatro preguntas a saber: 1. Si el pueblo acepta que se le suprimieran los poderes excepcionales de que gozaba el Presidente. 2. Si estaban dispuestos a ceder las armas y pertrechos a D. Antonio Baraya. 3. Si estaban dispuestos a que la provincia de Cundinamarca se redujera solo a Santa Fe para servir de sede al Congreso. Y 4. Si estaban de acuerdo con que Cundinamarca cuidara por sí misma de su defensa y no aceptara la Federación. Por unanimidad las fuerzas vivas contestaron negativamente a todas las preguntas. En realidad solo un voto no negativo, que fue el del canónigo Rafael Lasso de la Vega, que votó en blanco.

Es entonces cuando los carracos, como lo cuenta el doctor Vejarano [24], hasta envían a un sicario[25] bien adiestrado, para dar muerte al tirano. Se creen Brutos en la conspiración contra César. Nariño se entera, también tiene espías que escuchan y transmiten, como siempre ha ocurrido, y hasta le señalan cuál es el hombre. Y ocurre que cuando el sicario le pide una audiencia, Nariño se la otorga y lo recibe solo en su despacho. Y así, en el momento en que el hombre entra listo a cometer el magnicidio, Nariño cierra la puerta con llave que le entrega al asesino. Éste, muy sorprendido, le inquiere sobre la razón para obrar de esa forma. Nariño contesta imperturbable: *"Yo se que usted ha venido a matarme, y le entrego la llave para que pueda huir fácilmente sin ser capturado. No deseo que sufra cautiverio por mi culpa*." Y el asesino, estupefacto, le hace entrega del cuchillo y confiesa arrepentido el crimen que estuvo a punto de cometer. Nariño entonces, desconcertante como era, lo invita a sentarse mientras le dice: "*Ahora sí, vamos a hablar de la patria*."

Ante tal desafío, los arrogantes del Congreso expiden una ley que en la parte dispositiva decía: [26]

> Declaramos a don Antonio Narino usurpador y tirano de la enunciada provincia de Cundinamarca y con todas las personas de su facción refractarios y enemigos de la Unión y de la libertad de Nueva Granada… A los diputados de Cundinamarca, don Manuel Bernardo Alvarez y don Luis Eduardo de Anzuola, cómplices de la misma facción, separados del Congreso, desnudos de las calidades de la representación y retenidos en este lugar para la providencia que sobre ellos dictara después….

Luego de esta página nefanda, encarcelados los dos diputados de Cundinamarca, entre ellos el respetable y anciano tío de Nariño, los trashumantes decidieron regresar a Tunja para estar atentos a los preparativos bélicos del Mariscal Baraya para atacar a Santa Fe, al cabo de lo cual entrarían triunfantes a la capital.

Nariño no tuvo más remedio que armar un nuevo batallón de reclutas que llegaba a ochocientos hombres. Repitió la historia de su anterior salida, encargó del gobierno a don Manuel Benito de Castro y nombró de comandante al coronel José Ramón de Leiva y salió el 25 de noviembre de ese año

[24] Jorge Ricardo Vejarano, ob. Cit.

[25] La palabra sicario viene de sica, un cuchillo que usaban los asesinos a sueldo romanos y que llevaban oculto entre los pliegues de las mangas de la túnica.

[26] Perea, ob. Cit.

12 a encontrar a Baraya en el camino hacia Tunja. Éste vendría con fuerzas cuatro veces superiores a las suyas y cuadros de oficiales muy competentes: Joaquín Ricaurte, Rafael Urdaneta, Atanasio Girardot, Francisco José de Caldas, José María del Castillo y Rada, Francisco de Paula Santander y otros. Sus soldados, por supuesto, estaban bien adiestrados.

En Hatoviejo hubo una primera escaramuza y los de Nariño derrotaron, como en una falsa premonición, una avanzada de Baraya. Continuaron la marcha y llegaron a Ventaquemada en donde se atrincheraba el grueso de las fuerzas del Congreso. El 2 de diciembre Nariño entra en acción, pero todo es un desastre para él. Y es así que, después de las primeras bajas, sintiendo artillería pesada de verdad, como antes lo advirtiera patéticamente don Justo de Castro, las atolondradas fuerzas de Nariño salen en desbandada. El presidente trata de atajarlos, y en ese empeño, como necesita una bandera para que lo sigan, se va hasta donde está en su montura don José María Espinosa [27] con la suya, a quien le han enseñado que solo la suelte con la muerte, y le pide que se la entregue, a él que es la autoridad mayor, pero Espinosa se resiste hasta el punto de que Nariño, que no soporta un no, lo embiste con su caballo y se la arrebata; y ya con la bandera, avanza seguido únicamente por el abanderado Espinosa, en un acto heróico de valor y grita: Que todos me sigan. Pero nadie lo sigue porque todos están en fuga. Y así Nariño, lleno de vergüenza, debe dar la grupa con el valiente abanderado al combate.

De los ochocientos hombres de Nariño solo quedaban setecientos muy asustados. Cien hombres se habían perdido entre muertos y prisioneros, al igual que los cañones que quedaron a campo traviesa abandonados. Y regresaron a Santa Fe sin mucha moral. Pareciera ser el fin.

En la capital los reciben con pánico. Las mujeres saben que vendrán encima los potros de Atila. En la conseja y el chisme se ha dicho de qué manera llegarían al saqueo y a las violaciones. Todo es inminente. Mas se tiene por conocido que Nariño no es de los que se asusta. Mueve con su nervio y el verbo encendido a todos los estamentos. Las monjas bordan escarapelas y gorros con el nombre de Jesús, y ferviente católico como es, nombra a Jesús Nazareno general de las fuerzas de defensa y sale la imagen de la iglesia de San Agustín.

Pero al lado de esta parafernalia, Nariño sabe que los van a avasallar con arrogancia y sin clemencia. Y sus ímpetus no son tantos como para ignorar lo que está a punto de suceder. Es así que de muchas maneras envía men-

[27] "Memorias de un abanderado"

sajes y comisiones de curas respetables al orgulloso Baraya ofreciéndole la capitulación y el reconocimiento de la autoridad del Congreso, que el mariscal devuelve con cajas destempladas. Nariño se humilla, ofrece la entrega de la ciudad, el abandono del cargo y de la política por su parte, solo a cambio de salvoconductos para los presos políticos y para él mismo y su familia, dispuesto a abandonar el país. Pero todo es inútil. La rendición debe ser incondicional.

En una de esa misivas Nariño le expresa al contrincante, su antiguo íntimo amigo:

> Recorre primero con la imaginación todo el reino desde Quito hasta Caracas y dime si hay alguna provincia en el estado en que se haya Cundinamarca. Vuelve los ojos luego a lo interior, en donde he ejercido toda esa tiranía que se me atribuye, y dime también si hoy por un milagro de la Providencia nos abrazamos todos, olvidando lo pasado, ¿qué casa se haya arruinada ?, ¿qué familia destruida ?, ¿qué manantial de las riquezas públicas agotado ? En una palabra, ¿qué mal real y físico se encontraría ? Ninguno. Pero es más: cualquier otro en mi lugar habría quitado a sus enemigos y derramado sangre en los cadalsos; tengo la gloria de haberlos conservado, haciéndome ellos cuanto mal han podido, no por debilidad sino por mis principios.

Baraya contesta con una carta inundada de orgullo:

> Estoy resuelto y conmigo mis oficiales y tropas a sacrificarlo todo a trueque de remover cualquier resistencia que se intente hacer al acercarme… ¿Cuáles son los enemigos que aguardarán en los muros ? Los mismos que huyeron de Paloblanco y Ventaquemada … entrégame inmediatamente las armas, pertrechos y municiones … este es el único partido que puedes abrazar en honor tuyo y mío.

El presidente, ya sin mando alguno ante los enemigos, insiste con una carta a Baraya en la que le reitera su propósito de retirarse de la política, de entregarles la ciudad y hacer que sus habitantes acaten como la máxima autoridad la del Congreso, que tendría por sede la misma. Pero debía haber un tratamiento decoroso.

La carta tiene respuesta inmediata de Baraya, pero con un estilo que no es el suyo, y que Nariño conoce bien, el que a juicio del doctor Enrique Santos Molano y del propio Precursor, era el del doctor Torres. En ella, socarronamente le dice a Nariño: "*Antonio, tomo también el lenguaje de la amistad para contestar tu carta de ayer, que acabo de recibir. El asunto de ella es*

espinoso y delicado. Hacer a un tiempo sentir la autoridad del Congreso en una ciudad refractaria y proporcionarte salir con honor de la presidencia. He aquí la gran dificultad…"

No obstante la suficiencia del corresponsal, dejando a un lado el orgullo, Nariño piensa que si se encontraren frente a frente, el afecto que los unió vencería los odios del presente y podría llegarse a una solución honorable, para quien ha sido elegido por el voto de sus conciudadanos y ha dejado sus dolores y afrentas como un tributo, hoy intangible, a la causa republicana y de la libertad. Y envía otra misiva pasando por encima de las ofensas, en la que pide el encuentro en un lugar neutral, asistido cada uno por solo veinte escoltas. Baraya, que se encuentra en Usaquén, es decir en las goteras de Santa Fe, responde altanero que él no se moverá de su cuartel, que es un antiguo convento de monjes de San Juan de Dios, y que si es tan macho vaya a buscarlo allá. ¡ Que insolencia!

Los asesores del gobernante, le dicen que rechace la carta, pues que todos están listos a morir ante el cuchillo de los invasores. Pero el Precursor, en una de esas actitudes impulsivas y temerarias, que dos años después adoptaría en Pasto y que lo han caracterizado, toma un caballo y una bandera blanca y parte en solitario hacia las fauces del lobo. Cuando los centinelas de la tropa federalista lo ven al igual que el resto del ejército, no se dan crédito ante el insólito espectáculo de valor, y le allanan con respeto el camino. Llega ante el despacho de su antiguo camarada, se baja de la cabalgadura y con paso firme avanza hasta encontrar los brazos abiertos de Baraya, quien no se resiste al encanto personal de aquel hombre. Y dialogan por largas horas. Nariño insiste en su abandono de la política y la entrega incondicional de la ciudad, a la que se debe tratar con respeto.

De este modo el acuerdo se insinúa ante el despliegue argumentativo incontrastable de Nariño, cuyo verbo no se agota. Pero finalmente se aplaza hasta que se realicen las consultas propias de un general que obra *ad referendum* de los líderes del Congreso. Y con éstos la cosa es diferente. Así, cuando Nariño se despide con otro abrazo conmovedor, ya ronda la Diosa Eris de los griegos, Discordia de los romanos, en el ambiente burlándose de la diosa Razón de Robespierre.

El acuerdo no solo no se da, sino que a continuación se le imparte la orden a Baraya de que rodee físicamente y por todos sus costados la ciudad. Los habitantes tienen el filo del cuchillo en la garganta y la fusilería y los cañones, que antaño habían salido de allí, apuntando en un silencio expec-

tante, que de un momento a otro se volverá estruendo y sangre. Era el treinta de diciembre de 1812.

Nariño ante sus conciudadanos expresa vehementemente que para evitar la ordalía él se entrega sin condiciones. Pero todos rechazan por honor y solidaridad con su gobernante el ofrecimiento. Las monjas se alistan, reparten gallardetes y oran con los curas, al tiempo que pasean al Generalísimo de las Milicias, Jesús Nazareno, por todos los rincones mientras suenan salmos y huele a incienso.

Pero al mismo tiempo se instalan los cañones de la defensa y baterías de rechazo en puntos estratégicos escogidos por el propio Nariño, que se bate como un león dando instrucciones y órdenes. Estaban emplazadas en San Diego, San Victorino, Monserrate y Los Laches. Al frente de uno de de los cañones se encuentra la hija del presidente, doña Mercedes Nariño Ortega, quien habrá de tener el privilegio de disparar la primera carga.

Por supuesto los carracos también habían tomado sus posiciones muy bien estudiadas. No se trataba de un ejército extranjero, sino de militares que conocían muy bien la ciudad porque allí habían nacido, o se habían educado o contraído matrimonio y por lo tanto sabían en cuales sitios era más vulnerable.

Empero, hubo otra entrevista, a insistencia de Nariño, con Baraya en pleno campo. Tan solo duró tres minutos, que fueron los que tardó el presidente en repetir su ofrecimiento y Baraya en contestar tajantemente que lo único que se aceptaba era una rendición incondicional. Al cabo de ese breve y altanero desplante, Baraya dio la espalda y salió a impartir las órdenes respectivas que no tardarían en ejecutarse.

Cuando Nariño se despide por última vez de Baraya, éste manda una orden escrita dirigida al punto quizás más estratégico del sitio a la ciudad, que era el de Monserrate a cuya cabeza estaba el futuro héroe, capitán Atanasio Girardot, resuelto y valeroso. La orden que le envía el jefe es perentoria: a las primeras acciones él debe entrar de inmediato en la ciudad desplegando todo su poder bélico en el sector de San Diego.

El estafeta que envía Baraya, para disimular, va vestido de civil y es visto por milicianos de Santa Fe. Cerca a Chapinero, que entonces era un sector apartado de la ciudad, lo interceptan y capturan. En esas pasa Nariño por allí y se entera de la captura. Sin más, se lleva al prisionero para la sede del gobierno. No ofrece ninguna dificultad que éste le entregue el papel que contiene la orden. Entonces Nariño, muy satisfecho, llama a un experto fal-

sificador, que siempre ha habido tales sujetos, y le encarga que reproduzca el documento con las mismas grafías de Baraya, pero con las órdenes totalmente contrarias: el capitán Girardot, pase lo que pase, debe permanecer en su lugar en Monserrate.

Y el papelito apócrifo con la orden falsa se va a su destino y es recibido satisfactoriamente por su destinatario. Y se cumplirá en su momento, al pie de la letra. Todo vale en la guerra, incluso la astucia y la superchería.

La misma noche, hacia los lados del Chicó -hoy un barrio de Bogotá- se encuentra a discreción un destacamento numeroso de federalistas, cuya misión tiene una gran importancia para el momento de dar la orden definitiva de ataque. Esto lo sabe Nariño por el juego de informaciones que van y vienen entre fuerzas que son de la misma ciudad, con vinculaciones familiares y de amistad. Y ocurre que Nariño ha ascendido a coronel a un joven militar venido de Cuba, de ascendencia francesa, llamado Antoine Bailly. Es valiente, inteligente y audaz, calidades que conoce muy bien el presidente. A él le confía, al amparo de la noche, el ataque sorpresivo a ese destacamento, que Bailly cumple a cabalidad.

Del ataque quedan muertos doce carracos y treinta son hechos prisioneros. Es la primera acción de las hostilidades. El resto del destacamento se desbanda en la mayor anarquía y van finalmente a dar con las fuerzas del coronel Joaquín Ricaurte, quien enardecido al igual que Baraya con este primer revés, se preparan dentro del mayor sigilo para dar un golpe certero a la ciudad, con el grueso del ejército sitiador que ascendía a unos 4.000 hombres, en el punto que han estudiado como el más vulnerable: San Victorino. Esto va a ocurrir el 9 de enero de 1813.

Pero ellos, los carracos, quizás por las humillaciones que le han irrogado al dictador y que éste ha padecido con humildad de vencido, subestiman al líder enemigo, que no descansa en la noche y que fue quien inventó aquello de trabajar, trabajar y trabajar. Y con su red de espionaje, a pesar del sigilo de los agresores, se entera de planes tan secretos y todo lo dispone la noche del 8 de enero, de tal manera que cuando al 9 se inicia el pavoroso asalto, los carracos reciben la primera andanada de cañonazos. El primer cañón, ya se había dicho, es disparado por doña Mercedes Nariño Ortega, que es, en ausencia de la inolvidable doña Magdalena, la Matica, una especie de primera dama. Pero también pelea su hermana Isabel y su hermano Antonio, al mando de un pelotón de caballería. Todos son hijos del mismo tigre y tienen las mismas rayas.

Los invasores, han penetrado por partidas nutridas a través de todas las calles adyacentes. Y hacia allá van los cañonazos y las descargas cerradas de fusilería. Los carracos disparan con todo lo que tienen, pero no esperaban que los pateadores se multiplicaran de ese modo, gritando vivas continuos de enardecimiento a Jesús Nazareno, quien silencioso, determina al cabo de unas dos horas que los carracos reculen y den vuelta a sus caballerías buscando salvarse de una reacción tan inesperada, cuando todos daban por pan comido el ataque.

Veamos lo que consigna Jaime Perea [28] sobre esa batalla del 9 de enero:

> He aquí el testimonio de dos participantes, uno carraco, otro pateador. El capitán Francisco de Paula Santander, que guiaba una compañía, cayó herido y fue capturado, lo contaría así: "… Entramos en San Victorino por las calles que van al campo, y se nos recibió con un fuego de artillería y fusilería vivísimo, que después de haberlo sostenido por más de una hora perdimos doscientos hombres, más de la mitad de nuestras fuerzas (las orientadas por él). El terror ocupó a nuestra cobarde caballería y ello puso en desorden a los lanceros y fusileros, quedando solo los oficiales, expuestos a quedar hechos prisioneros. Perdimos todas nuestra artillería, fusiles, todos los pertrechos, y se hizo una fuga en vez de retirada…

Por la otra parte el santafereño D. José María Caballero lo relató así*:*

> … Los nuestros viendo la fuga los perseguían para acabarlos de desordenar, todos tiraban las armas para con más libertad poder huir; las mujeres nuestras, con tan varonil denuedo, se botaban a coger prisioneros, y se les rendían como a los capitanes más valerosos, unas con las mismas armas de ellos que les quitaban, otras con palos de las cercas, que traían al hombro a modo de fusiles; traían en medio a 8, a 10, a 12 prisioneros y los presentaban al señor presidente, otras venían cargadas con cajas de metralla, de pólvora, con cañones y armas blancas y otra infinidad de despojos. ¡Cosa admirable! Y que yo la vide pues me hallé en el tiroteo…"

Según el mismo historiador, los pateadores perdieron unos doscientos hombres y mujeres, que también, como se ha visto, peleaban. Pero los carracos invasores tuvieron perdidas de quinientos combatientes y más de mil prisioneros, que fueron tratados con magnanimidad por Nariño. Más de mil hombres huyeron con Baraya, Ricaurte y Caldas. El capitán Atanasio Girardot permaneció en Monserrate, fiel al cumplimiento de las órdenes reci-

[28] Autor, obra cit.

bidas, hasta después de la batalla cuando el coronel Antoine Bailly con sus comandos, lo dispersaron a él y a sus hombres.

Y allí, en la batalla del 9 de enero de 1813, quedaron los cañones, las lanzas, los fusiles y los pertrechos que le habían sido confiados por Nariño a Ricaurte y a Baraya. Volvían a sus dueños.

Nariño no hizo tragar el polvo de la derrota a los prisioneros. Los trató bien y con dignidad, no obstante el rencor que todos los santafereños sentían. Incluso se indispuso con muchos conciudadanos que querían la expiación de aquellos invasores. Es decir, que la frase del caudillo galo "Ay de los vencidos"[29] no tuvo espejo en su comportamiento.

A Santander, por ejemplo, que nunca quiso a Nariño y que le prodigó hasta la muerte su odio taimado, herido como estaba, lo mandó a curarse en un cómodo arresto domiciliario.

Unos días después, aprovechando una carta del Congreso suscrita por el cartagenero don José María del Castillo y Rada, encargado de la gobernación de Tunja, pues el gobernador titular Juan Nepomuceno Niño se encontraba prisionero en Santa Fe después de ese terrible –para ellos- 9 de enero, en la que le proponía un canje de prisioneros para entregar a los dos diputados Manuel Bernardo Álvarez y Luis Eduardo de Azuola, abusivamente encarcelados desde hacía varios meses violando incluso la inmunidad parlamentaria. Nariño ordenó la liberación del gobernador y de todos los oficiales, que eran muchos, entre ellos Santander. Y así regresaba el noble y amado tío y su amigo Azuola.

La generosidad de Nariño fue más lejos. Invitó para las fiestas regionales, próximas a realizarse en la capital, al mismo Castillo y Rada con otro cartagenero ilustre, don José Fernández Madrid, quienes gustosos aceptaron y pasaron un mes encantados con las atenciones.

Para entonces Nariño tiene el propósito muy definido de abandonar la presidencia e irse al frente del ejército, ya experimentado, hacia el Sur, pues son muchos los llamados de auxilio de Popayán. Se sabe que el gobernador de Quito, ya ostentando el rango de presidente, Toribio Montes, ha designado al general Juan Sámano para que pacifique a los revolucionarios, y ya son conocidas las represalias de este español sanguinario.

Pero Nariño cae enfermo de sus recurrentes dolencias, que va a curar a su finca de Fucha.

---

[29] Breno, jefe de los galos que en 390 a. C. invadió y saqueó a Roma. Cuando se pactó la paz también se pactó un tributo de mil libras de oro. Cuando se pesaba en la balanza el metal precioso, Breno puso sobre esta su espada para aumentar el peso y exclamó "Vae victis", Ay de los vencidos.

Claro que la victoria no había por el momento arreglado las diferencias enormes con los líderes del Congreso. Camilo Torres, tan grande como era y tan patriota, seguía cultivando sus rencores y equivocaciones contra Nariño. Y cuando simultáneamente se había producido el vertiginoso despliegue victorioso del coronel venezolano Simón Bolívar, que había llegado a Cartagena derrotado en octubre de ese amargo año 1812, fatal para él después de la traición de Puerto Cabello, y a quien el presidente de Cartagena Manuel Rodríguez Torices había dado una misión secundaria, que el venezolano había excedido en una acción brillante de limpieza de españoles por el río Magdalena, como culminación de la cual ya había emprendido la marcha con rumbo a Venezuela en una campaña que por lo demás se consideraba vital para los intereses neogranadinos, Torres le ofrece su apoyo y lo estimula con tropas frescas de refuerzo, que son las que Nariño ha liberado, y recursos logísticos. Pero tiene otras oscuras intenciones.

Cuando Bolívar se detiene en Cúcuta para organizarse mejor, le envía unos emisarios a halagarle los oídos. El Congreso está dispuesto a hacerlo ciudadano, general de brigada y a aumentarle las ayudas, pero Bolívar le hará el favor de someter a la díscola Santa Fe. Y Bolívar, necesitado como está de todas las ayudas, no obstante que en el manifiesto escrito unos meses antes titulado "Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño" coincide en sus apreciaciones con todo lo que Nariño ha escrito y hablado durante todo ese período, acepta el compromiso.

Pero no obstante que ciertamente es ascendido a general de Brigada por Torres, no se devuelve a Santa Fe sino que promete a éste que la acción contra Nariño la dirigirá después, como quiera que su interés mayor era Venezuela y ya había comenzado su "campaña admirable". En realidad después cumplió esa palabra.

Empero, envía a su pariente el coronel venezolano José Félix Rivas, primero a que visite a Torres, y luego a Nariño en Santa Fe. Éste, cuando unos pocos meses atrás se enteró del manifiesto de Bolívar de Cartagena, por la extraordinaria afinidad del pensamiento, le envía cartas y le promete ayuda física para su campaña. Y así es que cuando a fines de marzo de ese año 13 Rivas llega a Santa Fe, Nariño, que como se dijo había caído enfermo, lo recibe con aprecio en La Milagrosa y manda a su sobrino José María Ortega y Nariño, que ya ostenta el grado de capitán, a que le reclute unos hombres con destino a Bolívar; entre tanto que a su viejo amigo el español Enrique Somoyar, que como se recordará fue quien le dio la mano en Cartagena a

él y a su hijo cuando la desgracia de su segundo cautiverio, y cuyo nombre utilizó Nariño como uno de sus seudónimos, le pide que reúna entre los comerciantes una suma digna de la obra en que está empeñado el general Bolívar. Y de esta forma le entrega un contingente de ciento cincuenta hombres y veinte mil pesos, que son un dinero significativo de aquella época. A esto había que agregar la provisión de armas, artillería y municiones con que completó la ayuda. Ese era Nariño.

Somoyar, no sobra decirlo, vivía para entonces en Santa Fe y gozaba de la protección y aprecio del presidente.

Restablecido de las dolencias, Nariño está en la acción de nuevo. Decreta, como símbolo de la nueva era, que se consagre un culto al Árbol de la Libertad, que se debían sembrar en todas partes el 28 de abril. Pero antes de que el mandatario hiciera lo propio, Santa Fe se estremeció con la noticia de que el criado había dado muerte al valeroso coronel Antoine Bailly, a quien tanto apreciaba el presidente. No obstante, los árboles se sembraron y Nariño plantó el suyo; constituyéndose una costumbre prevaleció a los variados tiempos que siguieron, hasta que lamentablemente se extinguió. Es obvio que el día del árbol debiera ser hoy el símbolo no de la libertad, que teóricamente ya tenemos, sino de la naturaleza que estamos liquidando aceleradamente.

Luego Nariño convoca al Colegio Electoral, máxima autoridad democrática que lo había elegido a él y había expedido la Constitución, para que estudiara unas reformas a la Carta. Instalado el Colegio, sorprendente como era, pronunció un discurso de hondas proyecciones. Se pueden entresacar algunos párrafos que así lo muestran en su magnífica proyección humana: "*Es indudable que el Congreso no puede subsistir sin Cundinamarca. Lo es igualmente que Cundinamarca no puede sostenerse por si sola dando auxilio a todas las provincias, con que es indubitable que no podemos subsistir en el estado en que nos hallamos….*

> …Si el Congreso se obstina en no ceder de su opinión y Cundinamarca en no ceder de la suya, otra guerra doméstica es inevitable, porque solo la fuerza de las armas pueden decidir la cuestión…

> …Luego si queremos subsistir y que no haya una nueva guerra civil es preciso mudar el sistema general o entrar Cundinamarca en federación con las demás provincias…

> ….Opino que entremos en federación, no porque crea ésta el mejor sistema para nosotros en las circunstancias actuales, sino porque es el único camino que nos queda para no concluir inmediatamente con nuestra libertad y nuestra existencia. Digo más, que ya que nos decidamos a abrazar este partido, sea sin restricción ninguna poniendo nuestra suerte enteramente en manos del Cuerpo Nacional…

O sea, pues, que Nariño, aun presidente, de una vez por todas abrazaba el partido de sus enemigos los federalistas, hasta ese momento maquinando por todos los medios en contra de Cundinamarca, mientras el viejo líder de los carracos, Baraya, intentaba inutilmente buscar nuevas fuerzas en los pueblos para desquitarse con ellas de su derrota de 9 de enero, que enmoheció sus relucientes galones de mariscal de campo.

Nariño, como se ve, contra sus convicciones más íntimas, acepta para Cundinamarca el federalismo. Está pensando en que quizás por ese medio se pudiera conquistar alguna unión y ahuyentar del todo el fatídico fantasma de la guerra civil.

Anuncia su retiro y presenta la renuncia, que el cuerpo soberano deja en suspenso, mientras anuncia nuevos e importantes hechos. Y así, a la vuelta de pocos días, el Colegio decreta el grado de Teniente General para Nariño, que era el mismo que ostentaba el presidente de Quito, don Toribio Montes, contra quien se autorizaba a Nariño a conducir la campaña libertadora del Sur. Y el 16 de julio el Colegio Electoral, con rango de constituyente, proclama a los cuatro vientos:

> Declaramos y publicamos solemnemente, en nombre del pueblo, en presencia del Supremo Ser, y bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción de María Santísima, patrona nuestra, que de hoy en adelante, Cundinamarca es un Estado libre e independiente, que queda separado para siempre de la corona y gobierno de España y de toda otra autoridad que no emane inmediatamente del pueblo o de sus representantes que toda unión política de dependencia con la metrópoli está rota enteramente y que como Estado libre e independiente tiene plena autoridad de hacer la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, establecer el comercio y hacer todos los otros actos que pueden y tienen derecho de hacer los Estados independientes. Y llenos de la más firme confianza en el Supremo Juez que conoce la rectitud y justicia de nuestros procedimientos, nos obligamos al sostenimiento de esta declaración con nuestras vidas, nuestros bienes y nuestro honor, que después del solemne juramento que prestamos nos es lo más sagrado sobre la tierra. Santafé de Bogotá a diez y seis días del mes de Julio de mil ochocientos trece.

Hay por supuesto un ingrediente teocrático y religioso en la definición, ajenos a las fórmulas laicas de los girondinos y jacobinos. Pero no hay que olvidar que en Cundinamarca se había ganado una batalla imposible y decisiva solo por ese sentimiento, y por un general silencioso que determinó el resultado, según era creencia de todos. Solemnemente se juró la declaración y se hizo jurar en todos los confines del Estado, con el ceremonial propio a lo más noble y sagrado del ser humano.

Y hecho esto, el Colegio Electoral procedió a estudiar la renuncia de Nariño, que por motivos superiores no acepta y, al contrario, lo consagra Dictador, otra vez al estilo de Cincinato, el romano legendario, para que marche ungido con todo el poder delegado de sus conciudadanos. Empero, procedió a elegir a don Manuel Bernardo Álvarez como presidente del Colegio Electoral y presidente encargado del Estado de Cundinamarca, en la misma forma como ya antes había ocurrido.

Separado del cargo en agosto de 1813, todas sus energías se consagraron a robustecer el ejército en formación, con el cual iniciaría la marcha.

Se sabe que Don Juan Sámano, brigadier general de los realistas, bajo las órdenes de don Toribio, había tomado Pasto donde todos eran realistas. En Popayán, donde entró a sangre y fuego el 23 de junio de ese año, había cumplido uno de los más humillantes saqueos, y le habían sobrado arrestos para enviar algunas fuerzas hasta Cartago, a cargo del valiente mayor Asin.

Por lo demás, don Toribio Montes muy envalentonado, le intima rendición a Nariño y le anuncia que marchará hacia allá en plan de victoria. O sea que lo que está ocurriendo no es un proyecto provocador del Precursor ni contra los pastusos ni contra el Sur. Es un acto de defensa que se sabe –los hechos futuros lo confirmaron- revestía los más alarmantes anuncios acerca de lo que iba a suceder a los patriotas.

Nariño hace conocer su misión a todas las provincias y pide ayuda de contingentes y logística. Trata de encender con sus escritos el sentimiento patriota contra los españoles, un poco desdibujado por las reyertas intestinas. Y le van llegando algunos soldados, mal vestidos, sin ninguna instrucción militar ni armas. El primer día de la creación.

En uno de esos despachos, procedente del gobernante de Cartagena, don Manuel Rodríguez Torices quien también ha sido investido del rango de dictador, con un destacamento de reclutas y una carta personal, le envía a un prisionero, capturado al servicio de las armas españolas en Mompox. Se trata de Gregorio Nariño Ortega, el hijo a quien no veía hacía diez años, cuan-

do lo envió a Londres, siguiendo la huella de su hermano mayor Francisco, a estudiar y a formarse. Este hijo, que había regresado al país no se sabe en qué momento, no había estado absolutamente ligado a las luchas de su padre, tampoco estuvo en las postrimerías de su madre, y ahora resultaba matriculado en la causa realista, que era como una bofetada para su progenitor.

Éste, dándose cuenta de los cambios producidos en el vástago, aguantó la respiración y el impulso de lanzarse a sus brazos, y espero que el hijo hablara. Y lo hizo despectiva y desafiantemente: ¿*Me vas a detener, padre* ? El padre no contestó de inmediato. Sentía el dolor doblegándolo al interior. Vio allí, en ese instante, a la madre y a los demás hijos conmovidos por la partida de ese muchacho inquieto y recordó aquella despedida sentimental diez años atrás; luego acudieron a su mente los agobios del infortunio, en los que no estuvo aquel hijo, hoy casi un extraño. Pero en vez de soltarle un reproche, lo instó paternalmente a que regresara a Cuba donde había estado viviendo; y masculló su aflicción hacia dentro como un hombre de Estado.

Se separaron secamente, sabiendo todos los presentes que a ese hombre, aun siendo enemigo, nadie lo podía tocar. No se sabe de cierto si Nariño lo volvió a ver o no. Se piensa que su regreso de Europa a finales del año 20 y comienzos del 21, cuando discurrió por las Antillas como antes se vio, también debió realizar algún esfuerzo para verlo, pero todo cae en la bruma.

Empero, es conocido que Gregorio vivió en Venezuela donde se casó con la española Mercedes de Lemonte, luego la pareja se estableció en Cuba habiéndose dedicado él al comercio, como su padre en los inicios, e hizo alguna fortuna. Tuvo un hijo llamado Jorge, que vivió en París donde falleció y dejó una viuda y varios hijos y una excelente posición económica y social.

En relación con Francisco, el hijo mayor, es posible que su padre tampoco lo volviera a ver y que solo hubiera mantenido con él un contacto epistolar. Se conoce de él que se radicó igualmente en Cuba en donde se casó y tuvo hijos.

Se entiende hoy, en el terreno de la sicología, que ese hijo Gregorio, un párvulo cuando la primera detención, jamás perdonó los pesares de su madre y de sus hermanos, el hambre que pasaron y la desolación y orfandad que debieron padecer por los que él juzgaba eran los desaciertos de ese padre aventurero que pensaba en todo, menos en la dulzura de un hogar en paz.

Qué tarea es improvisar un ejército sacado de una ciudad pobre y aun muy pequeña, y de otras poblaciones menores aun más pobres que la integraban al estado, asistido solo de buena voluntad. ¿Cuánto cuestan los uniformes,

los fusiles, las bayonetas, las lanzas, la artillería, las tiendas, los morrales y equipos, las raciones diarias, y aun algo intangible pero más esencial como la disciplina; agréguele medicinas para los enfermos, los sueldos de todo el personal y, en fin, el levantamiento de la moral diariamente? Hay cosas que el verbo y la asistencia personal del Dictador cubren sin costar nada. Pero las otras demandan infinitos recursos que por supuesto en Santafé de Bogotá, como ya se llama, una ciudad que acaba de librar una guerra costosa con los intransigentes federalistas, no existen.

Nariño piensa en obtener un empréstito de los ciudadanos acaudalados, y logra así reunir una suma que asciende a trescientos mil pesos. Ese es mucho dinero, podría pensarse, pero realmente es poco para la magnitud de la empresa. Y pignora la renta de las salinas y otros rubros para garantizar el pago.

Naturalmente todos los días el gasto se acrecienta en la medida en que se integran a las filas más de dos mil hombres, que vienen en pequeñas partidas de todas las regiones. Hasta de Tunja. Empero, no obstante todas estas dificultades de logística y preparación, Nariño no deja decaer el entusiasmo. Ese era, en realidad, el sueño de su vida de patriota. Allí están los años oscuros y flagelantes de su existencia, y las desveladas ensoñaciones por la libertad. El va a ser, seguramente con Bolívar que ya ha llegado victorioso en solo cuatro meses a Caracas, el gran libertador de Sudamérica, cuando derrote a los españoles desde Popayán hasta Quito. Sueño de gran envergadura en el que el más templado se ablandaría simplemente al imaginar lo que era el largo camino, la escarpa de la cordillera central, el calor infernal del Tolima, la cuenca del Magdalena y del Patía; los desfiladeros, los abismos sin fondo, los caminos levantados con barro y piedras en el aire glacial de los páramos, por donde debía pasar la soldadesca, la caballería y los cañones. Y a esas terribles dificultades era preciso agregarle la fiereza de los godos, mejor apertrechados y con número doblado de efectivos; y la taimada astucia de los pastusos sumada a la brutalidad criminal de los patianos.

La imaginación de todas estas dificultades era para tornar a cualquiera el sueño en pesadilla. Pero no para Nariño, el hombre irreductible, el sempiterno optimista, el soñador impenitente.

Nada era fácil en estos desarrollos tormentosos. Es el mes de septiembre de 1813, y de acuerdo con los planes, ya han salido destacamentos de avanzada hacia Ibagué donde recibirían instrucción, que son seguidos por otros de ciento cincuenta y más soldados. Tendrían cita de encuentro en Purificación.

El 19 de ese mes ya ha marchado el último contingente. El presidente se reserva para salir después y alcanzarlos. Empero, los líderes del Congreso de Tunja, siempre en oposición, vieron con negatividad, quizás por celos, la idea de Nariño a la que ya se habían opuesto antes. Eso han dicho algunos, mientras otros oponen el criterio previsor de que en la mente del doctor Torres Tenorio había una visión negativa sobre las consecuencias de este desafío, que era como jugar a los dados la suerte granadina. Mas, con celos o sin celos, desaprobaron el proyecto.

Siempre es bueno recordar que los federalistas del Congreso permanentemente tuvieron objeciones que hacerle a Nariño. Pero esta vez no solo las formularon, sino que incluso mandaron una comisión a Santafé de Bogotá a disuadirlo del empeño.

Cuando llegan los de la comisión, Nariño rápidamente reúne a la Representación Nacional y sesionaron a la mañana del 20 de septiembre con el único punto en la agenda de estudiar el veto del Congreso. Y por supuesto mandan a llamar a los comisionados; pero curiosamente éstos se niegan a asistir. Es posible que tuvieran algunos motivos apabullantes para no acudir a la invitación o quizás porque supieron que nada detendría la marcha. Entonces los santafereños los hacen asistir a la fuerza. La reunión se prolonga desde las ocho de la mañana hasta medio día, hora en que termina con la decisión de proseguir los planes.

Al concluir la misma, Nariño se dispone a emprender la marcha. Regresa a la casa de gobierno y entra presuroso. Reaparece vistiendo un lujoso uniforme, como que amaba las ceremonias y la vistosidad, y con paso marcial, en medio de un nutrido grupo de escoltas y milicianos, que eran una especie de guardia pretoriana, igualmente luciendo relucientes uniformes, monta en un brioso caballo negro. Va decidido a la guerra.

Y no volvería a saber durante mucho tiempo, de Camilo Torres, ni de Caldas, ni de Castillo y Rada y los demás patriotas, equivocados o no, que fueron sus antagonistas más cerrados. La rueda de la fortuna le jugaría en esa campaña del Sur otra mala pasada, de la que sobrevino un nuevo y doloroso destierro y el encarcelamiento en Quito, Lima y Cádiz. Pero solo cuando varios años después, estando encerrado en la prisión gaditana recibió unas cartas casi clandestinas, enfrentaría la noticia avasallante del paso despiadado de Morillo, Sámano y los demás agentes del terror, que habrían de bañar con sangre criolla y noble el suelo de aquella Santa Fe de sus profundos afectos. Y así supo cómo quedaron inmoladas las vidas de Torres, Caldas y

los más conspicuos de aquellos que parecían sus enemigos, pero que eran tan patriotas como él, enfrascados en las pequeñas cosas de la libertad.

X

LA CAMPAÑA DEL SUR: VICTORIAS DEL ALTO PALACE Y CALIBÍO, EL TRISTE PASO DEL JUANAMBÚ. CEBOLLAS Y TACINES. EJIDOS DE PASTO Y CASI LA VICTORIA. TRAICIÓN DEL MOSCA RODRÍGUEZ Y EL GRAN DESASTRE. ENTREGA A LOS PASTUSOS

La marcha fue aciaga aun en el descenso de la meseta bogotana. Los soldados, que en un principio debían formar de ocho en fondo, en las tortuosidades de los caminos de herradura hechos por los aborígenes americanos, se retrasaban, se distraían y les tocaba casi todo el tiempo marchar en fila india. A su lado, en un gran desorden, iban las "voluntarias" que, en un número superior a trescientas mujeres, se habían alistado de modo voluntario para seguir la huella y la suerte de sus hombres. Nariño, formalista y severo, desde un principio se negó a admitirlas. Pero ellas se hicieron las desentendidas y a pesar de lo que se les dijera y prohibiera, marcharon.

Ese ejército, habría de vadear las dos riveras del río Magdalena con toda la dificultad del movimiento. Al calor atosigante se fueron sumando las nubes de zancudos o mosquitos feroces que a los serranos fueron venciendo con fiebres ardientes de malaria. Afortunadamente Nariño había sido exportador de quina y conocía lo que era el paludismo y el amargo y único remedio de la quinina.

Llegaron a Purificación el día 1º de octubre, como el punto de encuentro con los avanzados, pero fue allí donde debió abrirse un gran hospital, que afortunadamente la tozudez de las voluntarias en no retirarse, como lo ordenaba el teniente general, hizo que hubiera un cuerpo de enfermeras que atendieron con eficacia y ternura a sus hombres, vencidos antes de la batalla. Y fueron dos semanas de espera, que además suponía aguardar la llegada del coronel José María Cabal con su batallón, quien venía a marchas forzadas desde Ibagué. Se trataba, por supuesto, del mismo valiente bugueño que había estado preso dieciocho años atrás con Nariño en Cartagena y al que deportaron en otro barco con destino a España, como se vio al comienzo.

Pero igualmente habría de ocurrir allí, en Purificación, otro acontecimiento que tuvo proyecciones hacia el futuro. A las órdenes del general Na-

riño a través del coronel Cabal, se sumaban un francés que habría de ser un gran militar patriota del ejército libertador y entregaría la vida en los llanos orientales: el coronel Manuel Roergas de Serviez, quien llegaba de Popayán huyendo de Sámano, acompañado de un cundinamarqués de nombre José Ignacio Rodríguez, conocido como el Mosca Rodríguez, por ser un muisca, lo que significa mosca. Éste venía al mando de un pequeño contingente que enviaba, con reservas hacia Nariño, el presidente-dictador de Antioquia, Juan Bautista del Corral, ferviente federalista adicto al Congreso de Tunja.

Cabal escribió a su general pidiendo instrucciones y éste, temeroso de lo que estaba ocurriendo en Popayán y de las amenazas de don Toribio Montes, los acogió en sus filas y le dio la orden a Rodríguez de que se pusiera con sus hombres al frente de las avanzadas en las entradas del Quindío para que informara cualquier movimiento hacia Santafé de Bogotá de los realistas. Serviez, que era un instructor militar, seguiría con las fuerzas de Cabal hasta Purificación a encontrarse con Nariño, ya listo a emprender el camino a La Plata y de allí a Popayán, conforme eran sus planes originales.

Y superados estos primeros episodios, pudieron proseguir la marcha que siguió siendo lenta. Llegarían a Natagaima, luego a Neiva el 18 de octubre. En La Plata estuvieron el 27 del mismo mes. Y allí, como emisarios espías, según se dijo, del Congreso, iban a estar esperándolo muchos hombres, entre ellos cuatro mercenarios europeos a saber: un coronel español de nombre Manuel Cortés Campomanes, otro español de apellido Carretero, un capitán alemán que se hacía llamar barón de Schambourg y otro francés de apellido Bovin. Algunos sostienen que fue aquí en donde encontró a Serviez.

El asunto es que Nariño, ingenuamente, los tomó al servicio del ejército, creyendo de inicio que había ganado mucho con tales adquisiciones. Y Schambourg trató de cambiarlo todo, según dijo a la manera de la milicia prusíana de Federico El Grande, hasta los toques de corneta incluyendo la diana. Pero un día se emborrachó con esa intensidad alcohólica de los alemanes; y ya ebrio, después de amenazar a varios con sus pistolas, se desató a hablar mal de Nariño al que calificó de general de opereta y con cuyo mando todos estaban perdidos. Y agregó que era un deber patriótico eliminarlo. Por supuesto él se ofrecía voluntariamente para cumplir esa misión, sabiéndose suficientemente capaz de hacerlo.

El incidente se sobrellevó por los contertulios adictos al teniente general con cierta prudencia. Primero no le sirvieron más trago, luego le quitaron las pistolas y finalmente lo sometieron a la fuerza. Enterado Nariño de lo

ocurrido, les instruyó proceso a los cuatro europeos en una corte marcial y sin más apelación, ordenó el envío de tres a las bóvedas de Cartagena, donde él mismo había estado. Así remitieron a Schambourg, a Campomanes y, lamentablemente a Serviez, quien se había puesto del lado de ellos. Carretero se salvó de esta, pero habría después de traicionar a Nariño en la escabrosa batalla del Juanambú.

Y así, todo estaba listo para la pavorosa marcha sobre los lomos de la cordillera oriental, empinada, agreste, con escabrosos abismos y el gélido páramo de Guanacas, rumbo a Popayán. Es el 20 o 22 de diciembre, mes de lluvias. Dominando todas esas dificultades, ocho días después, el 30 de diciembre, Nariño está en Popayán. El camino ha sido tormentoso como se sabía, pero hay algo más y es que Nariño ha utilizado un truco múltiple durante todo el camino, que disimula por todos los medios, y que además disfraza alrededor de sus verdaderas intenciones de ruta, mandando avanzadas por Almaguer al mando de un indio andaquí de Tierradentro de apellido Astudillo, muy alto y conocedor de toda la región y el que se le había unido en Bogotá y ya es capitán. El indio, astuto y malicioso, va por las tierras serranas haciendo creer a todos que detrás de él viene su general; y simultáneamente ha mandado, como atrás se comentó, otras avanzadas por el actual Valle del Cauca, todo con el fin de despistar a Sámano.

Frente a Popayán, Nariño, que ha ido aprendiendo el denominado arte de la guerra sobre la marcha y sus derrotas, envía por delante al esforzado coronel José María Cabal al mando de un piquete de trescientos hombres que vadean el bajo Palacé, más o menos el mismo lugar donde dos años antes el entonces amigo, General Antonio Baraya, derrotó al gobernador de Popayán Miguel Tacón; y allí encuentran a Sámano al frente de setecientos soldados, que disparan a discreción.

Nariño refuerza a Cabal y envía al coronel José María Vergara a reforzar la cabecera del puente, mientras saltan los fusileros y los granaderos con enorme despliegue. El combate es inevitable y se da, aunque sin mayores consecuencias, pues Sámano huele el tocino y sale en retirada no obstante su superioridad numérica. Llega a Popayán en su huida, donde hace estallar el polvorín para no dejarlo a los patriotas, dando muerte de paso a varios civiles. Y sale pies en polvorosa rumbo a El Tambo, seguido un trecho corto por Cabal y Nariño, que lejos de perseguir al enemigo hasta liquidarlo, como suele ocurrir en la guerra, descansan su hambre y su fatiga al lado de una Popayán saqueada e indiferente.

Dificultad le cuesta a Nariño aprovisionarse de los avituallamientos apropiados para un ejército que tiene la costumbre de alimentarse y dormir a veces, en una ciudad fría que lejos de aclamarlo como el libertador, se encierra en sus casas. En esas condiciones, el teniente general debe levantar el vivac en los alrededores de esa Popayán que entonces no pasaba de unos quince mil habitantes, en un campo conocido como Las Monjas.

Es la terminación de aquel año crucial 1813, que cierra con una victoria escasa y huidiza. Mas victoria al fin y al cabo. Su ejército está cansado, pero listo para la batalla aparentemente decisiva del día siguiente.

De Cartago viene el grueso de las fuerzas de Sámano. Al mando del corajudo coronel español Ignacio Asín, avanzan mil quinientos combatientes bien provistos. Sámano los había mandado en dirección al Norte, siguiendo el despiste de Nariño y la falsa avanzada del Mosca Rodríguez y del coronel Gutiérrez. Y pasa el primer día de 1814 en un relativo descanso. Pero el 2 de enero Nariño manda con un grueso destacamento al capitán Francisco Urdaneta a encontrar a Asín, al que sobre la marcha, encuentra en un paraje entre Piendamó y el río Palacé.

Debe conferenciar con él bajo bandera blanca. Urdaneta en nombre de Nariño que se siente ufano con la primera victoria, le intima rendición y le ofrece un retiro honorable. Pero Asín, que es fiero y orgulloso como todos los peninsulares, responde que había vencido catorce veces a los rebeldes y que con ellos serían quince las victorias.

Y, conocedor de la zona, se repliega hacia un lado del Palacé, en donde sabe, por correspondencia recibida, que confluiría su general Sámano. Es el hermoso campo verde de la hacienda Calimío, de la que es dueño el realista don Marcelino Mosquera y Figueroa, rico aristócrata del que hablamos en el comienzo, hermano del Oidor don Joaquín Mosquera y Figueroa, instructor de la primera causa de Nariño y del patriota don José María, padre del general Tomás Cipriano y de don Joaquín, ambos presidentes de la república, y también del arzobispo Manuel José Mosquera.

Se trata de una extensa planicie serena, sin altibajos ni accidentes. En ella se acomodan los dos ejércitos, como en las grandes batallas de la historia europea. A su talante cada uno de los generales dispone su despliegue. Y mientras estos preparativos se adelantan, llegan las fuerzas del Norte con el Mosca Rodríguez y Gutiérrez, exhaustas. Nariño ordena que se les deje descansar un buen rato. Sámano, que con su catalejo está viendo todo lo que ocurre, en un gesto caballeresco, de los pocos que se dieron

en esta cruenta guerra americana por la independencia, lo permite.

Al cabo de un buen rato, inicia los bombardeos la artillería española que son contestados de inmediato por la de Nariño. Es el 14 de enero de 1814 El combate es ardoroso. Los cañones braman y la fusilería aturde, mientras la caballería y la infantería, en medio de la humareda oscura, casi negra, entran en el cuerpo a cuerpo de un combate sangriento de bayonetas y sables.

En la refriega sobresalen como héroes griegos Nariño, desafiando el peligro en su brioso corcel en el que se mueve por todo el campo con su sable al aire y su voz de hermosas sonoridades de mando e Ignacio Asín, el español bravío y altanero, que con el mayor pundonor ya sabe que va a morir, pero vende cara su sangre y su furia, arrebatando al enemigo las suyas como una ira de dios. Y cae con un balazo en la frente.

Para entonces la batalla esta decidida con el triunfo de los patriotas americanos. Y es entonces cuando el Mosca Rodríguez, con vengativo gesto cobra su victoria como Aquiles sobre el cadáver de Héctor, ultrajando el despojo mortal y desgajando la cabeza cárdena del cuerpo de Asin, que engarza en su sable y lleva con orgullo a la presencia del general victorioso. Nariño, que ha apreciado con admiración el coraje del español vencido, reprocha a su subalterno el acto de impiedad, y ordena que se le de sepultura.

El Mosca, que el año anterior había participado en la guerra civil contra Nariño al lado de Baraya, como un caballo tasca el freno, pero no olvidará la humillación y el reproche.

En el campo oscurecido quedaron cuatrocientos muertos y muchísimos heridos y prisioneros. Y mientras los que pudieron, entre ellos Sámano, escaparon atropelladamente, al ejército libertador le quedaron las piezas de artillería y casi toda la fusilería de los realistas.

Una actuación especial tuvo al lado del coronel Cabal y del Mosca Rodríguez, el teniente coronel inglés Henry Verge, esforzado militar al que los compañeros, al castellanizar su nombre, llamaron Enrique Virgo. También demostró su talento el joven teniente José Hilario López, futuro presidente de los Estados Unidos de Colombia, y por supuesto el capitán Antonio Nariño Ortega.

Esta vez Nariño entra triunfante a Popayán y es bien recibido. Allí deberá permanecer hasta el mes de marzo en los preparativos de su viaje vindicativo hacia Pasto. Sabe lo que significará el paso por el Patía ardiente, infestado de guerrilleros sin alma, y luego la odisea de meterse en la entraña de la cordillera y las selvas tupidas de Berruecos y las inexpugnables alturas

de Pasto, rodeadas de los declives del Juanambú y el Guáitara, dos ríos encañonados y muy profundos en el abismo de piedra y espanto, con gente recalcitrante que no entiende ni quiere la independencia.

Todo acerca de la imponderable empresa de la lucha lo sabe Nariño. Reúne a las familias ricas y les exige su contribución a la guerra. Igual cosa hace a los clérigos. Su exigencia es perentoria: las contribuciones deben ser voluntarias, pero nadie puede escapar a ese compromiso. Así, pues, todos deben acudir a sus casas y volver con los doblones de sus riquezas, con el ganado, con los platos, bandejas, alhajas de metal precioso que inmediatamente son llevados a la casa de moneda y acuñados con todo el escrúpulo y la vigilancia de Nariño.

En ese ínterin envía mensajes de cultivada prosa a don Toribio Montes, Presidente de Quito, al que hace ver el avance victorioso de su tropa. Allí están como anuncio los triunfos frescos del Palacé y Calimío y la derrota de su mejor agente Sámano. Son el preludio de lo que va a ocurrir a su avance con un ejército fortalecido y experimentado en la lucha de sangre. Montes contesta con igual prosa inflamada y desdeñosa diciendo [30] que los triunfos de Nariño se le parecen a los de Bolívar, que para entonces, en el avance relámpago de la que denominaron la "campaña admirable", ya se habían desaparecido con un ejército vencido y disperso en Venezuela, frente a la pujanza de las fuerzas realistas de Monteverde y Boves, de la misma manera que se habían perdido los combates que libraba Belgrano en la tierra Argentina.

También le escribe e intima rendición al cabildo y a las gentes de Pasto, que hacían tan solo dos años -1812- habían fusilado al prócer caleño, a la sazón Presidente del cabildo, don Joaquín de Caicedo y Cuero conjuntamente con su libertador el norteamericano Alejandro Macaulay. "*Por las entrañas de Cristo* –les dice Nariño-*, no me obligue el cabildo a proceder contra mis principios arrasando y destruyendo la ciudad."* El cabildo responde [31] con altivez y fina lógica -para ellos los pastusos-, que *"respete el nombre de Jesucristo que invoca"* Y agregan: "*Usía es quien nos viene a hacer la agresión más injusta. Hemos padecido violencias, incendios, robos y escándalos y hasta ahora no podemos comprender con qué autoridad se han formado aquellas revoluciones pretendiendo por la fuerza sujetarnos o destruirnos al mismo tiempo que se le canta a la libertad."*

[30] Vejarano, ob. Cit.
[31] Vejarano, ob. Cit.

Ellos amaban al rey español y el modo de vida apacible que tuvieron antes, sin entender por qué la revolución, que no querían, tenía que intentar someterlos a sangre y fuego, cosa que recurrentemente hicieron todos los adalides de la independencia. Por supuesto no les faltaba razón.

Nariño pues se prepara, sin perder tiempo, así hayan pasado dos meses largos, para la marcha que hace preceder del envío de farsantes a cuya cabeza está el dramático capitán Astudillo, que van por pueblos y villorrios en loca carrera de desplazados anunciando lo que ha sido el paso del ejército victorioso del general neogranadino, arrasándolo todo a su paso, para infundir un miedo anticipado, que desempeña un gran papel en la guerra.

Y al fin sale, presuroso, a finales de marzo. Deja a Popayán cubierta bajo la autoridad del general español José Ramón de Leiva, afecto a los patriotas y ya probado en acción, al mando de doscientos hombres. Para entonces don Toribio, enterado de las dos derrotas de Sámano, lo ha relevado del mando y en su lugar ha designado a un mariscal de campo español, don Melchor de Aymerich, que ha reclutado y adiestrado nuevas tropas, y se encuentra ansioso por enfrentar a Nariño.

Nariño va por las tierras de Timbío y Rosas, dejando el clima suave para aproximarse al temido valle del Patía. Ya en la primera noche, junto a un río pequeño, mientras el ejército vivaquea, cae un chubasco terrible con huracán, que causa estragos en las tiendas y con las ropas de la tropa. Pero con estoicismo soportan y siguen adelante. En el delirio calcinante del Patía, según lo cuenta Espinosa [32], asaltan guerrilleros crueles y sin piedad, aisladamente a los soldados. Un día encuentra éste a una mujer, de las voluntarias que siguen a la tropa, llorando desconsolada en un camino. A un lado aparece el cadáver de su hombre, al que unos patianos le clavaron una estaca en el vientre y luego lo colgaron.

Finalmente pasan Mercaderes y entran en el territorio de lo que hoy es el departamento de Nariño, con la fatídica montaña de Berruecos tupida de bosque húmedo y nebuloso al frente y el paso del Salto de Mayo, igualmente escabroso , donde Nariño, el 9 de abril, cumple 49 años de edad. Le quedarán diez años más de vida, intensos y de altibajos, como ha sido toda su existencia. El 14 está frente al río Juanambú, custodio arcifinio de aguas torrentosas y encañonadas entre las rocas profundas del abismo. No hay puentes ni gradas, la gente cruza por unos andariveles artesanales e inseguros. Y Nariño porta toda la impedimenta de los cañones, semovientes,

[32] José María Espinosa, Memorias de un abanderado

equipos de carpas y tiendas, mujeres y hombres cargados con sus propias armas y dotaciones personales. Pero eso no es todo. Al frente, entre riscos y montañas tupidas de un bosque impenetrable, están apostados, con cañones y culebrillas, los realistas al mando del ansioso mariscal Aymerich, que lleva horas de espera silenciosa y paciente.

Nariño recorre más de una legua buscando un vado o por lo menos un lugar accesible para pasar. Y no lo encuentra. Solo en lo profundo del río y por un lugar muy difícil que después se supo que llamaban Las Pailas, ve posible la hazaña. Y aunque los españoles disparan y disparan, todos se vuelven insensibles a ese fuego enemigo. Y pasan cinco días de incertidumbre, desde el 15 de abril.

Entonces el general, que es intrépido y audaz, acuña un plan. Utilizará la noche profunda. Ya había visto a Asín hacerlo, y conocía la historia de Napoleón suficientemente para saber de las grandes movilizaciones nocturnas, al cabo de las cuales obra el factor sorpresa. Espera que mientras el enemigo duerma, él pasará en tres frentes, primero por el andarivel o tarabita ubicado enfrente al Boquerón, y luego el coronel Virgo pasará por lo profundo de Las Pilas y saldrá en sitio en el cual los españoles estarían rodeados. Todavía quedaba otra posibilidad que era atravesar por otro sitio una cuerda desde la cual podrían poner una segunda tarabita. El plan, ciertamente, es imperfecto e inseguro. Pero no hay otro. Así, pues, lo preparan minuciosamente todo.

El 19 de abril pasan un contingente de cincuenta hombres por el andarivel, que llegan al sitio conocido como el Platanal, con todo su armamento. Estos hombres, ya en el otro lado, aspiran a sorprender al enemigo. Pero dos oficiales realistas dan la alarma; y a partir de allí caen unos veinticinco de los patriotas ante los tiros de los enemigos, no obstante que ellos, a su vez, disparan con toda la intensidad, mientras Nariño los cubre con fuego de artillería, culebrillas y bombardas, que penetran también en las filas adversarias. Empero, pasó el día sin que el teniente general patriota pudiere lograr su objetivo de alcanzar la otra orilla del Juanambú. Y al caer la noche se suspendieron las hostilidades. Es entonces cuando se sabe que el español Carretero, que se había unido a Nariño en La Plata y al que por algún sentimentalismo había salvado de enviar a las bóvedas de Cartagena, se había pasado al enemigo.

No durmió Nariño esa noche, ni las siguientes. Pero cinco días después, o sea el 25 de abril, su hijo Antonio descubrió la existencia de un puente de madera fuerte, llamado El Tablón de los Gómez, a dos leguas de distancia,

frente a Buesaco y el Boquerón. El plan del general se reajusta y se decide que por allí debía enfilar el día 28 el coronel inglés Virgo, al mando de quinientos hombres, mientras Cabal, simultáneamente con otros quinientos, intentaría el paso por Las Pailas. Lucha feroz con todos los inconvenientes.

En primer lugar, cuando Virgo llega al puente, lo encuentra casi destrozado y protegido por cien soldados pastusos que disparan encarnizadamente. El paso por supuesto se dificulta y, por lo tanto, el de Cabal, que encuentra en Las Pailas la misma resistencia. Nariño apoya a éste en el aparatoso cruce por el vado, con sus culebrillas y artillería pesada de cañones; y finalmente, Cabal logra pasar con grandes pérdidas. Pero cuando sus tropas suben por el cerro, son recibidas por los soldados e indios de Aymerich con gran despliegue de artillería, sin que apareciera el coronel Virgo a la vista.

Cabal entonces debe dar la orden de repliegue, cosa que fue peor, como que el mariscal ordena a los pastusos atacar hasta con piedras rodantes en la ladera, que avasallan a gran parte de sus hombres, mientras otros, en la retirada, caen al río, sufriendo pérdidas hasta de doscientos hombres. Pareciera que todo estaba perdido.

Pero sobreviene el prodigio. Un soldado pastuso de los cien que cuidaban el puente del Tablón de los Gómez, huyendo llega hasta donde está el jefe realista y le cuenta cómo, sobre la marcha, después de dominar a Buesaco, viene el coronel Virgo triunfante. Esa sola noticia es suficiente para el mariscal de campo español, que calibrando sus escasas municiones y sintiéndose vencido, da la orden de retirada, para tomar de inmediato el camino de Pasto. Y así, entre tanto ondean las banderas tricolores de la patria en las manos de la gente de Virgo sobre los cerros del Juananbú, todo el ejército logra pasar a pesar de las grandes pérdidas patriotas. Es increíble, pero se ha triunfado.

Entre las sensibles bajas se encuentra la del francés Bovin, uno de los extranjeros que se unió al ejército libertador en La Plata. Había inventado éste un curioso aparato dizque para oír al enemigo a larga distancia; y por lo demás, era apreciado por Nariño porque había dado muestras de gran valor en toda su participación en la campaña, pero al que seguramente, según lo cuenta Espinosa [33] sorprendió dormido el enemigo y así lo fusiló.

No obstante que el Precursor agradece su victoria a Dios con una misa campal, duda en realidad de que sea una victoria. Es evidente que se trata de un triunfo pírrico. Ha perdido a tanta gente no recuperable, que sus fuerzas

[33] José María Espinosa, "Memorias de un abanderado", ya cit.

están diezmadas y todo pareciera indicar que ya no resistiría otra batalla de esas, temor que comparten sus altos oficiales. Se retira unos pocos días [34] a descansar y a reponerse de la fatiga física y espiritual a la hacienda de Pajajoy.

Está a cuatro días de Pasto. Y como a Aymerich, que allí se encuentra, le comunican los espías que Nariño viene a toda marcha, decide salir de esa ciudad, que es su mayor baluarte, para ir a enfrentar con todo a su enemigo. Es el 3 de mayo. Curiosamente Aymerich, que ha visto el denuedo y coraje de los patriotas, también piensa en una derrota inexorable para sus fuerzas, que trata de cubrir con retiradas. En ese momento, según cuenta Restrepo [35], el jefe realista tiene a su mando ochocientos soldados de vanguardia, que pone al mando de los comandantes Juan María de la Villota, Ramón Zambrano y Francisco Javier Delgado; y setecientos cincuenta pastusos y otros cuantos indios y un reducto de peruanos que no pasan de cincuenta, a los que coloca de retaguardia al mando de Mariano Cucalón.

Aymerich marchó el día 4 con el resto de las fuerzas. Un día después, el 5 de mayo, se trabó la primera acción en un cerro helado conocido como Cebollas, en donde se habían emboscado los realistas a esperar el paso del coronel Virgo, que venía con fuerzas adelantadas. Como todos los episodios de esta guerra, este también fue cruento y cruel. Los patriotas no sabían a quien disparar, porque no se veía al enemigo; pero éste sí veía bien a la gente de Virgo. Y hubo dos casos de cobardía de dos altos oficiales de los republicanos, que posterior a los hechos fueron sancionados con gran sentido del honor por Nariño, degradándolos a soldados rasos e impidiéndoles tomar parte en las acciones. Solo cuidarían como centinelas los campamentos.

Pero hubo un acto de heroísmo muy grande en medio de esas dificultades y desventajas: el coronel Virgo se enfrentó a esgrima de sable con cinco realistas armados de lanzas y peleó como un león acorralado. Cuando ya no pudo más y se le acabó el terreno, lo empujaron por el abismo profundo y de inmediato fue dado por muerto, para angustia de los patriotas. Empero, otro incidente equilibró las acciones: el capitán Juan María de la Villota, que comandaba a los pastusos, encontró la muerte en combate cuando, sin poder saltar al abismo como Virgo, recibió heridas mortales de manos de los soldados de éste. Como consecuencia la muerte del valeroso capitán pastuso, los otros paisanos, llenos de temor, se retiraron para ir a buscar a Aymerich.

[34] José Manuel Restrepo, Historia de la revolución en Colombia, tomo I
[35] José Manuel Restrepo, obra citados

Informado Nariño de la desaparición de Virgo, fue al sitio y mandó a rescatar a lo profundo del abismo su cadáver. Bajaron con una tarabita y lo encontraron. No estaba muerto ni herido de gravedad. Solo presentaba contusiones y magulladuras, pero estaba en líneas generales bien, para felicidad del general.

En realidad no se sabe quien ganó en Cebollas. Los realistas tuvieron muy pocas bajas, pero fueron los que abandonaron el terreno. Los patriotas, con más bajas, conservaron el campo en el que pasaron dos días bajo la inclemencia del frío.

Mas como quiera que reinaba el desaliento por las terribles pérdidas, allí mismo, a pedido general, celebró Nariño una reunión de estado mayor con asistencia de todos los oficiales para examinar la situación en que se encontraban. Muchos opinaron que lo que correspondía hacer era devolverse hasta Popayán y de allí a Bogotá, salvando lo que se pudiera. Mas no todos tenían esa manera de pensar. Hubo un oficial muy joven antioqueño, el capitán Baltasar Salazar, que fue de opinión de seguir adelante para consolidar las victorias que ya habían obtenido y concluir victoriosamente la guerra, que poco faltaba para eso.

Luego habló el general con todo el poderío de su palabra. Restrepo lo cuenta así: [36]

> El general hizo ver con la mayor claridad todo lo que se había adelantado en la campaña; que si volvían a perderse las líneas abandonadas por los realistas, se necesitaría para tomarlas de nuevo, derramar mucha sangre y grandes sacrificios; que estaba hecha gloriosamente la mitad de la campaña, y que habiendo pasado el Juanambú nada tenían que recelar del ejército, mucho menos de tropas que habían abandonado aquellas posiciones, el baluarte de Pasto y de Quito; que no se presentaba una razón convincente para que los republicanos, por capricho o cobardía, perdieran las ventajas adquiridas. "En caso de una retirada, añadió el general, los enemigos nos perseguirán en masa por lo menos hasta el Juanambú, donde será necesario abandonar la artillería y perecerá gran parte de nuestros soldados. El resto, ¿con qué municiones contará para defenderse de tantos enemigos que le atacarán hasta Popayán ? ¿Con qué víveres hará la marcha de catorce días cuando no los hay para uno solo ? En Pasto, que dista bien pocas horas de camino, se encuentran en abundancia, y tenemos municiones bastantes para tomar esta ciudad, aun cuando sea necesario batir a los realistas en tres diferentes posiciones.

[36] Restrepo, ob. Cit., tomo I

El consejo de oficiales acogió este pensamiento, a pesar de las voces discordantes. Y salieron a la lucha. El 8 de mayo subieron montaña hacia el páramo de Tacines, en donde conocían, por la red de espionaje, que los realistas habían ocupado posiciones estratégicas, siempre emboscados. Hay que reconocer que el temple de estas gentes pastusas fue todo el tiempo irreductible, y que en esa región todos, incluso Bolívar y Sucre, tuvieron las mayores dificultades de la guerra. También es preciso que se admita que la conducta de los pastusos, perennemente atacados por los patriotas, era sincera al abrazar la causa del rey de España y su gobierno, recordando la paz de que gozaron en esos buenos tiempos del dominio español.

Tacines era un hueso muy duro de roer. Un ala del ejército patriota entró al mando del ya ascendido mayor general José María Cabal. Pero los realistas lo reciben con una carga incesante de artillería y descargas cerradas de fusilería. Cabal piensa que hay que tomar acción inicial por los lados del sitio conocido como el Panecillo, a donde acude el día 9 de mayo. Se divide el contingente en tres, para responder a los otros tres contingentes de indios pastusos. Y mientras disparan en esa dirección los cañones patriotas, los indios salen en desbandada. Son las 11 de la mañana y parecería que la acción estaba decidida. Pero no fue así, porque al volver la fuerza republicana hacia Tacines, los realistas ubicados en el páramo arremetieron violentamente a los soldados patriotas que subían la ladera en desventaja, expuestos a la vista de las atalayas y posiciones pastusas. Y dejaron, por supuesto, la sensación de una derrota en el batallón Cauca, cuyos efectivos fueron pavorosamente diezmados. Cuando reconociendo esa realidad echaron hacia atrás, Nariño, en uno de sus característicos arrojos de valor, con el sable en la mano, montado en su caballo y lanzando consignas sonoras a somatén, se puso a la cabeza de las tropas indicándoles cómo se podía morir con honor. Y ante ese gesto heroico, las tropas reaccionaron y siguieron al jefe. Eran las 4 de la tarde. A las 5 habían desalojado a los realistas de sus posiciones que abandonaron para tomar la fuga.

El entonces teniente José Hilario López, libertador de los esclavos en Colombia cuando fue presidente de la república, gran general, y quien participó en Tacines, apuntó en sus memorias[37] lo siguiente:

> Ya habíamos perdido muchos buenos oficiales y más de un tercio de nuestros soldados, cuando observando el general nuestra crítica situación, hizo el último esfuerzo por vencer: se colocó a la cabeza del ejército y

[37] José Hilario López, Memorias

> ordenando que le siguiesen los que quisieran morir con gloria, haciendo que nuestra caballería desfilase al mismo tiempo por la falda del cerro, a la derecha del enemigo, nos arrojamos ciegamente sobre los parapetos y logramos, por el ejemplo del general, desalojar al enemigo, aunque del triunfo no reportamos otra utilidad que la gloria de haber rechazado al enemigo de otras de sus posiciones, después de una sangrienta batalla.

Los realistas, con el propio Aymerich a la cabeza, recularon sus posiciones y volvieron a tomar rumbo a Pasto.

El general Cabal, que estaba al mando del batallón Bogotá, con quinientos hombres, tenía órdenes terminantes de Nariño de no perseguir a los realistas por ningún motivo. Sin embargo, lo hizo durante una legua, picándoles la retirada en forma exitosa. Pero no contaba con que en el pleno páramo, región altamente lluviosa en el mes de mayo, se desataría una fuerte tempestad de lluvia, granizo y agitada ventisca helada que le impidió después el movimiento debiendo soportar la larga noche a la intemperie y sin tener nada qué comer.

En el combate los republicanos perdieron a más de un centenar de efectivos y siete oficiales, entre ellos estaba el valiente y esforzado capitán Baltasar Salazar, aquel que había hablado con tanta elocuencia en Cebollas en pro de continuar la lucha. Los realistas solo tuvieron un oficial muerto y nueve soldados.

Desde ese punto de vista, no hay duda que Tacines fue otra victoria pírrica y muy triste para los patriotas. Pero si bien el ejército libertador se sentía sumamente debilitado, el de Aymerich lo estaba aun más. Éste, de regreso a Pasto en cuyas goteras se encontraban, acusaba una gran decepción de los pastusos, porque habían abandonado muchas posiciones ante la pujanza de un ejército que él, mejor que nadie, conocía era menor en número, en dotación y en logística en todo sentido, y sabía lo escaso que estaba de rancho. Y es así que el esforzado mariscal Aymerich no solo estaba dispuesto a dejar Pasto, sino que su propósito era volver a Quito, cosa que inició el 10 de mayo de ese año 1814, dejando absolutamente desprotegida a aquella ciudad de los Pastos, en donde solo quedó el pequeño destacamento de los veteranos de Lima al mando del teniente coronel Pedro Noriega y los capitanes Mariano Cucalón y Francisco Soriano. Tres leguas[38] después, en la conocida como hacienda de Mejía, Aymerich acampó.

Empero de todo este cuadro desolador para los republicanos, desde el

[38] La legua era una antigua unidad de distancia que equivalía a dos kilómetros y medio

mismo campo de Tacines, Nariño escribió al cabildo de Pasto instándolos a una rendición honorable, como siempre quiso. Era alcalde de esta villa don Ramón Bucheli, quien contestó de inmediato que al otro día se reuniría el cabildo y él les presentaría la carta de Nariño y esperaría la respuesta. Nariño no espera. Ha aprendido a movilizar a sus tropas de noche y, al mando de unos doscientos hombres, dejando el grueso del ejército como retaguardia al mando de La Mosca Rodríguez en el campo de Tacines, toma el avance de la noche en delantera, y se ubica al amanecer en los ejidos de Pasto, más exactamente en un monte que allí llaman el Calvario.

Es el 10 de mayo. Desde el Calvario Nariño anuncia a sus soldados y oficiales, dentro de los cuales se encuentra su hijo y el abanderado Espinosa, que en pocas horas comerán pan fresco recién horneado. Y movido por esa ansiedad, con la información que le ha entregado el soldado que llevó la carta al alcalde de que no había tropas en la urbe, da la orden de entrar. Algunos oficiales le responden que espere unas horas a que se seque la munición que está mojada por la lluvia que les cayó en la noche, pero Nariño, incómodo, no acepta tales razones y se pone en su brioso corcel negro al frente de los que quieran acompañarlo y avanza. No mucho trecho, porque de todas las casas de Pasto les cae atronadoramente una lluvia de balas que los habitantes disparan, con furia de reses bravías.

Han tomado la defensa de su ciudad como cosa de honor, para morir antes que verla arrasada por el odiado enemigo.

Son guerrillas urbanas que ha preparado y motivado el teniente coronel Pedro Noriega, con los curas y una procesión intempestiva de la Virgen de las Mercedes, de gran advocación en Pasto, que se complementa con el olor a incienso en todas las esquinas, suceso que recuerda lo que un año antes había ocurrido en Santa Fe con el Jesús Nazareno a instancias de Nariño.

Nariño, que como se ha dicho tantas veces es intrépido y temerario, sigue adelante. Pero su caballo negro recibe una bala y se desploma muerto, con su jinete arriba que no alcanza a bajarse. Así, pendientes de la peripecia, le caen varios indígenas encima para ultimarlo, pero el general, todavía montado en el noble animal, dispara sus pistolas y mata a uno de sus atacantes. En ese momento los demás compañeros auxilian al prócer y lo conducen a parte segura, si es que las hay en esa boca de lobo.

Y regresan al Calvario, desde donde Nariño con su catalejo divisa por la calle principal el avance de la procesión, que confunde con una movilización de tropa hacia él. Ya en ese momento no tiene más remedio que dar la

orden de retirada y lo hacen en un recorrido de una legua, seguido por los pastusos que se han dividido en tres ramas.

Al término de la legua, Nariño se detiene y ordena tres compañías que respondan al avance igualmente en tres brazos de los pastusos. Las columnas del centro, al mando del propio Nariño, y la del este, logran repeler el empuje de los realistas. Pero no así la del oeste, al mando del coronel Monsalve, a quien, según unos, Nariño mandó la orden de que dejara el mando al capitán Correa y se fuera a llamar a las tropas acantonadas en Tacines para venir en su ayuda, según otros el mismo coronel se fue, de iniciativa propia, pensando en que Nariño estaba acorralado y listo a entregarse. Allí comenzó la traición.

El asunto es que se fue y comunicó distorsionados los hechos al pérfido José Ignacio Rodríguez, alias La Mosca, quien, como ya se narró, estaba al mando en la retaguardia con el grueso de las tropas libertadoras. Este mosca o muisca era valiente y taimado, pero viscoso y solapado. Mantuvo desde la batalla de Santa Fe un odio disimulado con el jefe de los centralistas, ahora su general, que se había elevado con gran rencor contra Nariño por la reprensión pública que le hizo cuando cercenó la cabeza al cadáver del valiente coronel español Asin, muerto como se recordará en la batalla de Calimío.

Mosca pues, estaba a la atalaya de la oportunidad para poder desahogar su odio de federalista contra el Precursor. Y es así que cuando Monsalve le entrega el perverso parte, entró en las peores manifestaciones contra Nariño denostándolo en todas las formas. Y lejos de cumplir con su deber de acudir en auxilio del general y sus compañeros de avanzada, ordenó de inmediato la retirada y partió dejando clavados los cañones y tiendas, en una marcha desordenada y sin control, poseída por el miedo y el odio. Es el 11 de mayo y son las cinco de la mañana.

Todo fue el desastre. Cuando Nariño se da cuenta que no llegan los refuerzos, marcha él mismo hacia Tacines, y encuentra allí, a las siete de la mañana del mismo día, el abandono de algunos heridos y enfermos y de la artillería pesada y las tiendas de campaña. Sabe entonces del comportamiento atroz de La Mosca y de la perfidia cobarde de Monsalve. Con él están muy pocos hombres, que pronto no serán sino 13, entre ellos su hijo Antonio, el general Cabal, y los oficiales Pombo, Díaz y Pardo.

En medio de su desesperación y del delirio, Nariño les ordena que se vayan a alcanzar lo que puedan del ejército y lo hagan devolverse. El hijo dice con nobleza que se queda corriendo la suerte que sobrevenga con su padre.

Pero éste aspira a internarse solo en una selva que lleva el nombre de Lagartijas, donde esperará el regreso, si ello fuere posible, de los fieles oficiales con los refuerzos. Entonces el padre general ordena al hijo que cumpla las órdenes; y sin más dilaciones, parten los leales oficiales a cumplir su misión, cosa que les fue imposible por la terrible desbandada, mientras el general Nariño, que ha estado tan cerca de la victoria a la que ha visto la cara y la sonrisa, y que sin la traición y con el mando pleno de su ejército nadie le habría arrebatado, se queda en la soledad de la montaña sin alimento.

Es triste llegar a este punto de la vida de un hombre tan grande y pundonoroso, para verlo cómo cae hundido, víctima del tremedal de las pasiones humanas, de los sentimientos viles y la deslealtad. Tal vez por esto y por lo que siguió, y la nobleza y el valor del prócer, los habitantes de esa región del sur de Colombia le han rendido un homenaje perenne a quien postreramente hicieron su mentor y cuyo apellido llevan con orgullo en la organización geopolítica que ocupan.

Lo demás de este capítulo es absolutamente negativo. Mosca devora las horas del regreso con sus efectivos en derrota, siendo atacado por los pastusos que se dan cuenta de su vergonzosa retirada y le disparan a desde todos los sitios. Es un regreso lleno de ludibrio por el Tablón de Gómez, por el Patía y Popayán, lugares por los que, en medio de un universo de dificultades, Nariño había pasado con ellos victorioso.

Entre tanto el Precursor solitario, metido en la selva de Lagartijas, pasa sin comer y sin poderse despojar de su ropa mojada, secada por el cuerpo y vuelta a mojar por las intensas lluvias de mayo. Ve pasar en retrospectiva toda su existencia accidentada, recuerda a su amada esposa La Matica, vuelve a sentir los grillos horadándole el tobillo, siente la locura de las noches del ergástulo y el delirio del día carcomido por la fiebre, y sabe que ese vuelve a ser su destino en el mejor de los casos. En el peor, del que estuvo muy cerca, el patíbulo.

Tres días permaneció allí, 12, 13 y 14 de mayo, hasta que las lagartijas y la desolación le hicieron perder la esperanza. Entonces, gran lector que había sido de Plutarco, recordó como Napoleón después de Waterloo, a Temístocles y decidió entregarse al comandante enemigo. Salió al camino principal en donde sabía que había bandadas de soldados buscándolo a él y a los oficiales independentistas. Y vio a un indio y a un soldado realistas, que a su presencia, levantan las lanzas y se le vienen encima. El grita: "*No me mates, llévame a tu jefe el general Aymerich y a él le entregaré al general*

Nariño." Los dos hombres vacilan y el ya prisionero insiste en que solo al jefe le hará la valiosa entrega.

Finalmente acceden y lo llevan con las dificultades propias de los malos caminos, a Pasto, esa ciudad bastión de los realistas que estuvo a punto de tomar. Entran en medio de la expectativa de un pueblo en estado de alerta por la guerra. Y por supuesto llama la atención de los paisanos, aunque nadie lo conoce. Llegan al palacio en plena plaza principal al que, aprovechando las nuevas circunstancias causadas por la traición de Mosca Rodríguez, Aymerich ha vuelto y se ha instalado. Lo conducen a su presencia. El jefe español está acompañado de un gran caballero realista y jefe político y militar de Pasto, don Tomás de Santacruz, quien ostenta el grado de coronel. El pueblo sigue intrigado por el cautivo que conducen los dos indígenas con lanzas y siguen al pequeño cortejo.

Ya en la presencia de Aymerich y Santacruz e Informados por los indios de lo que les ha dicho el prisionero, aquellos le inquieren a éste: "*¿Y bien, dónde está Nariño ?* El prisionero contesta: "*Llevo varios días sin comer, y procederé a cumplir mi palabra solo después de que me den un poco de caldo."* Le preparan el alimento entre tanto conversan de temas variados, que dan cuenta de la cultura del prisionero.

Después de tomar el caldo, y como el pueblo se ha agolpado en multitud en la plaza y claman a gritos la cabeza de ese general Nariño que tantas angustias y bajas les causara, el prisionero pide permiso para asomarse al balcón y lo hace. En ese momento se ilumina en medio de sus ropas sucias y el semblante marchito por las vigilias y fatigas de una semana de sobresaltos. Es el orador, el hombre prodigioso de talento, de voz sonora y grave y dice en forma de arenga que causa un inmediato silencio entre el pueblo encrespado: "*Pastusos, he admirado el valor de su raza, la indoblegable altivez de sus convicciones, el heroísmo en la batalla que han demostrado, no obstante haber militado yo en contra de esas creencias sagradas. Así nos ha puesto la vida. Yo también creo en otros principios por los cuales he combatido. Mi creencia es sincera y noble. Debo agregar que es un honor morir en un pueblo que suscita mi más profunda admiración. ¡Si queréis al general Nariño, aquí lo tenéis. Yo soy Antonio Nariño!"* [39]

[39] La arenga no es textual, como que nadie la tomó en taquigrafía, que era lo que existía en esa época.

XI

EL NUEVO CAUTIVERIO: PASTO, QUITO, LIMA, CÁDIZ. LA REVOLUCIÓN DE RIEGO Y LOS LIBERALES. LAS CARTAS PUBLICADAS DE ENRIQUE SOMOYAR. VIAJE A LONDRES Y A PARÍS. EL REGRESO EN 1821

Es apenas natural que un gesto como el que se acaba de narrar en el que está de cuerpo entero el genio de Nariño con toda su intrepidez y arrojo, y sobre el que existe una tradición oral de las gentes de San Juan de Pasto y documentos de su archivo, debió causar una honda impresión en Aymerich, en Santacruz y en el pueblo mismo. El ser humano siempre será susceptible de conmoverse ante aquello que los romanos llamaron la *virtus* y que admiraron en la bella historia de Cayo Muncio, despreciando el dolor ante el rey etrusco Porcena, invasor de Roma, al colocar su maño hasta arder en el fuego sagrado, para defender su ideal patriótico. Por supuesto Aymerich y Santacruz, no obstante que lo hicieron conducir a una cárcel con todas las medidas de seguridad y grillos en los tobillos, le tuvieron alguna consideración y respeto.

Nariño, por su parte, dialoga y pide que le permitan comunicación con su homólogo don Toribio Montes para proponer un armisticio, que es su última carta de momento. Quizás todos estén cansados de la guerra. Pero los españoles tenían otro pensamiento, podría decirse que con la lógica de la guerra, de abrirle un juicio sumario y ejecutarlo, como ya había pasado con el presidente Joaquín de Cayzedo y Cuero y con su libertador Alejandro Macaulay.

Y es así que cuando Aymerich informa a su jefe Montes de tan importante captura y de su propósito de abrirle causa al prisionero y "*proceder a lo que haya lugar y convenga a la justicia",* aprovechando la situación también envía carta a Popayán en la que les intima rendición y al mismo tiempo propone canje con los prisioneros que conservan en esa ciudad, naturalmente casi todos pastusos, con un prisionero de tanta alcurnia como Nariño.

Tal vez en ese punto preciso ganó Nariño su vida, porque cuando Montes, a vuelta de correo, ordena que se lo ajusticie, el hidalgo doctor y coronel

al mismo tiempo de las milicias pastusas, don Tomás de Santacruz, se opone con autoridad, porque él está detrás de la liberación de sus paisanos con el canje. Al fin y al cabo a Nariño no lo capturaron los españoles sino los pastusos; y es de suponer que si fusilan a Nariño, habrá represalias por parte de los rebeldes de Popayán que en contrapartida fusilarán a los pastusos. Y dicen que hizo un juramento público ante Aymerich: "*Juro por mi honor que mientras no se acepte o deseche el canje, no caerá un solo cabello de la cabeza de Nariño."* [40] Y claro, ante esa situación, la vida de éste estaba asegurada.

Entonces, no obstante la penosa situación que ha retornado a la vida de quien la víspera era un acatado general y al mismo tiempo dictador de una poderosa provincia, vistiendo pobres ropas y una ruana, desde su calabozo, con papel que se le ha suministrado seguramente por el doctor Santacruz, escribe extensas y convincentes cartas a don Toribio al que propone un armisticio de dieciocho meses, al Congreso, a su tío el presidente de Cundinamarca y al comandante de Popayán de origen español, general José Ramón de Leyva, al que el mismo Nariño había colocado al mando, en las que propone, además del armisticio, un canje de prisioneros, que éste por su parte, también propone a Aymerich. Tiene en su poder a setenta oficiales realistas, la mayoría pastusos, que ofrece a cambio del Precursor.

En ese momento, quizás por su condición de prisionero, la concepción política de Nariño va dando un cambio, impuesto por las circunstancias adversas. Es natural que al haber perdido la libertad también ha perdido la libre capacidad de análisis y el derecho a obrar como representante legal de una causa y una nación, porque para serlo se necesita ser libre.

Al Congreso y a Torres, con los cuales mantuvo, no sin razón una altiva controversia y hasta una guerra, grandilocuentemente les dice: "*Después de la intempestiva dispersión del ejército que venía a mi mando en los términos en que V. E. habrá sabido, determiné quedarme atropellando con mil peligros de mi vida mucho peores que las balas, para tratar personalmente con el excelentísimo señor presidente de Quito, sobre la suspensión de hostilidades que diera tiempo de ver cómo quedaban las cosas en Europa, sin una efusión de sangre inútil e infructuosa."* [41]

Esta carta, por cierto, fue tomada entre los enemigos múltiples del Precursor como una confesión y fue sustento a los diez años para uno de los cargos de que fue acusado en el Senado, cuando se le endilgó el delito de

[40] Vejarano, ob. Cit.

[41] Vejarano, obra citada

cobardía y traición al haberse entregado al enemigo. En el capítulo siguiente veremos cuál fue esa acusación y oiremos la defensa del propio prócer ante el cuerpo legislativo ya consolidada la epopeya de la independencia. Por supuesto que un análisis imparcial de la situación debe conducir a pensar que esa "dispersión del ejército" de que habla Nariño, no fue causada por él sino por una felonía cobarde. Al contrario, la entrega posterior, a sabiendas de que lo que le seguía era el fusilamiento, constituía sin duda un gesto de valor y dignidad, de ese jefe vencido a traición por los rencores de un sujeto cruel y perverso.

Curiosamente la idea del armisticio no cae del todo en el vacío en la mente del presidente Montes y la recoge pidiendo que se borren todas las conquistas hechas por el jefe vencido, esto es que se restituya durante ese año y medio una línea al norte de Popayán hasta Cartago, de la cual hacia abajo sería territorio realista. Muy seguramente de haberse adelantado una negociación seria, los españoles habrían podido aceptar no solo el canje de los prisioneros en que estaba empeñado el general Leyva y don Manuel Bernardo Álvarez, sino una línea divisoria un poco al sur de Popayán. Nariño, por su parte, pensaba que podría ser el Cabuyal en la provincia de La Cruz o el Tablón de los Gómez, tal como era su propuesta.

Pero las cosas no se perfilaban con entusiasmo por parte del Congreso que entendía muy bien que todo ese esfuerzo se enderezaba a obtener la libertad de Nariño. Naturalmente los patriotas a cuya cabeza estaba Torres, aun conservaban un gran resentimiento contra aquel.

Restrepo [42] recoge el ánimo favorable al armisticio de parte de Montes, y expone el contenido de la misiva que éste envía al Congreso, y en la que sostiene

> que era ya tiempo de terminar la guerra y la desolación; que no se dejara cegar por miras ambiciosas, como don Antonio Nariño, a quien había propuesto la paz creyéndole jefe supremo de la Nueva Granada, pero no habiéndola querido admitir, halló en Juanambú y Pasto la pérdida de su ejército y de su libertad; que desengañado últimamente por varios documentos aprehendidos, de que Nariño, aunque a pesar suyo, dependía del Congreso, se dirigía ahora a este cuerpo con la esperanza de que sus propuestas hallarían mejor acogida; que cesara la guerra nombrándose diputados para exponer las quejas de la América ante el gobierno de España, y fijar las bases que pudieran asegurar la suerte futura de los jefes de la revolución, sin que fueran aquellas las de la sangre, el fuego, la destrucción

[42] José Manuel Restrepo, ob. Cit.

> y la muerte. "¿Por qué añadía en lugar de alarmar al padre contra el hijo, y al hermano contra el hermano, queriendo al golpe destruir la obra lenta en que los intereses y la sangre han trabajado trescientos años, no se trata de sentar principios y bases en razón y justicia, que concilien los derechos de la nación con los intereses de las provincias ?"

Claro, don Toribio era taimado y tenía conocimiento de que se preparaba una gran expedición desde España que habría de aniquilar a los rebeldes. De donde es preciso concluir que su discurso, aparentemente conciliador, no era otra cosa que la manera de ganar tiempo, a base de engaño. Debe recordarse cómo en aquella propuesta de paz que socarronamente recuerda le hizo a Nariño, lo que planteaba, a manera de intimación, era la rendición total o la tierra arrasada. Y en esta carta, realmente lo que pide es que los patriotas vuelvan a reconocer a España como la metrópoli de todas estas naciones, reconociendo como un error el trecho independentista. Absolutamente inaceptable.

Hubo una primera respuesta a Montes, altiva y llena de dignidad y patriotismo del presidente Camilo Torres en nombre del Congreso, en la que recuerda, él que fue precisamente el autor del famoso Memorial de Agravios, lo que fue el intento del diálogo y la súplica a España de un mejor trato para la América, que ahora propone una vez más el señor Montes. Con alto sentido de su deber expresa Torres en la parte final: "*Haga V. E., pues, marchar las huestes de Aymerich; sepa que ya no hay en el reino otra autoridad a quien hacer intimaciones, y tenga entendido que nuestra causa no la decidirán ya súplicas y quejas a la ingrata España, sino la justicia divina, vengadora de sus ultrajes, y nuestra espada."*

Pero luego vendría otro mensaje en el que, al desgaire y sin reconocerle absolutamente sus títulos de gobernante a don Toribio, el Congreso le anuncian que designarían a un comisionado, como lo pidió el español, para el diálogo alrededor del armisticio; pero recuerdan que debe observarse el respeto que se debe tener entre naciones civilizadas. Es decir, se trataría de un tratado entre potencias soberanas. A don Toribio por supuesto no le cayeron bien ninguna de las dos misivas que encontró arrogantes. Un español combatiente y recalcitrante como él, que había bañado en sangre patriota el territorio de Quito donde gobernaba después de los sucesos independentistas de 1809, entendía que aquellos subversivos no podían igualarse con los españoles que habían gobernado, como lo recuerda, trescientos años. Y prefirió dejar la cosa así.

Su respuesta es relevar a don Melchor Aymerich, que se había negado a cumplir la orden de ejecución a Nariño cuando aun era tiempo, con pretexto de un canje de prisioneros que naturalmente jamás se dio, como tampoco el armisticio. Creía don Toribio que el mariscal tenía simpatías por Nariño, a pesar de su encierro en el tétrico calabozo y las cadenas. Y es posible que así haya sido en parte.

En su reemplazo nombra a otro español, teniente coronel curtido en muchas luchas en la guerra contra Napoleón en la propia España, de nombre Aparicio Vidaurrázaga, quien debe marchar de inmediato a Pasto.

También da la orden de traslado de Nariño hacia Quito con todas las seguridades del caso, pues se oyen serios rumores sobre intentos de liberar al jefe patriota. Nariño ha pasado trece largos meses en la prisión de Pasto, en el horrible y nauseabundo cuartucho en el que solo existe estrechamente un camastro lleno de pulgas que martirizan las noches de desvelo.

Así, con todas las incomodidades del caso, Nariño llega a Quito después de diez días de camino, como un prisionero más, cargado de cadenas. Su vida es tan miserable, que ese inconmovible y rudo castellano, don Toribio, resuelve no matarlo y dejarlo sufrir en la mazmorra. Pero vuelve el murmullo de que los patriotas sobrevivientes de Quito quieren levantarse una vez más para tomar en libertad a Nariño y proclamarlo presidente de ese país. Rápidamente Montes ordena que se lo traslade a Guayaquil, de donde, para evitar el paso por Buenaventura, la Nueva Granada y Panamá, debe seguir por la ruta del Sur para dar la vuelta por el confín de América y seguir a España. Sale entonces con una fuerte escolta de doscientos hombres, acompañado de otros prisioneros, entre los que cuentan el obispo de Quito de apellido Cuero, quien habría de morir en Lima, el tesorero de la catedral, don Francisco Rodríguez Soto y el provisor o juez de la misma diócesis don Manuel José Caicedo.

Estos prelados estaban acusados de haber tomado parte en los hechos revolucionarios de Quito, sucedidos seis años atrás, tiempo que duraron en prisión. Sumado a los anteriores y con el mismo destino a España, también iba prisionero el prócer don Carlos Montúfar y Larrea, hijo de aristocrática familia quiteña, marqués de Selvalegre, amigo íntimo de Humbolt con quien hizo la conocida ruta científica inolvidable, y patriota de hondas raíces, no obstante los abolengos de su familia, realista con todas las letras de sus apellidos. Precisamente, como Montúfar no era conocido en la Nueva Granada, su viaje desde Guayaquil a España se dispuso por la ruta de Pana-

má, en donde logró fugarse y llegar a la ciudad heroica de Cartagena, para ese momento un hervidero de actividad patriótica, y se enroló con las fuerzas de Bolívar que estaba iniciando una nueva salida.

Pasado el tiempo, siempre en el ejército libertador, fue hecho prisionero en la infausta batalla de la Cuchilla del Tambo, donde se perdió definitivamente el esfuerzo de Nariño, para luego, sin ninguna otra consideración, ser fusilado en Buga el 31 de julio de 1816.

El provisor Caicedo, por su parte, iba con otro destino, a Filipinas, y también logró escaparse en Panamá para volver a Cali, su ciudad.

Nariño, que era esencialmente un escritor, lamentablemente no dejó escritos de su penosa travesía, que demoró más de ocho meses, según las cuentas. De Guayaquil hubieron de seguir a El Callao, de donde pasaron por tierra a Lima, ciudad en la que, como se anotó, habría de morir el virtuoso obispo Cuero. Regresaron al Callao y de allí se embarcaron en una nave llamada La Preciosa, siguiendo por el agitado camino de Magallanes, pasando por Santiago, luego por el cabo de Hornos, para llegar penosamente a Buenos Aires, lugar del cual, hechos los aprovisionamientos de rigor, partieron hacia el puerto de Cádiz, sin que se pueda negar que también recalaron en puertos de Brasil. Un viaje hórrido en aquellos tiempos, con el frío antártico metido en los huesos, mientras el movimiento de la frágil embarcación en medio de un oleaje de espanto, extraía los hígados por boca y nariz.

Se sabe de cierto que Nariño entra en la prisión real de Cádiz, que no en la Carraca donde estaba todavía Miranda, quien habría de fallecer 14 de julio de ese mismo año en esa prisión, el 16 de marzo de 1816. Duraría allí cuatro años, hasta el 23 de marzo de 1820, conforme lo certifica el alcaide de tal establecimiento, absolutamente sumido en la pobreza, sin el consuelo de familiares ni amigos. Un cuarto nauseabundo, la comida insoportable, la enfermedad recurrente y su paso casi permanente por la enfermería, le esperan por cuatro largos y silenciosos años. Días y meses sin alivio ni esperanzas en los que cualquiera se derrumba, pero no Nariño, hecho a los rigores del infortunio y conocedor de mazmorras iguales o peores. Por supuesto nada más se sabe sobre este oscuro período.

Pero sí se conoce, incluso por deducciones, que pasado algún tiempo se fue haciendo apreciar en la prisión y eso le posibilitó tener acceso a periódicos con los que se documentaba sobre el paso de los acontecimientos políticos de España.

Por supuesto que de vez en cuando también recibía cartas de la tierra, de los amigos y de los hijos , con noticias sobre lo que fue la reconquista española y las hazañas del Pacificador, don Pablo Morillo, quien para entonces estaba de regreso a la península. Así se enteró del tratamiento despiadado y atroz que infligió a los que habían expresado de alguna manera sus deseos de independencia y libertad. Supo con dolor y estremecimiento cómo los cadalsos se llenaron de sangre y caían vidas proceras de hombres con los cuales pudo tener diferencias, pero con los que compartía el hermoso sentimiento por la patria. Ya no existía su tío amado, don Manuel Bernardo Álvarez, ni José Ayala, ni Antonio Baraya, ni Emigdio Benítez, ni José María Cabonell, ni Francisco José de Caldas, ni Miguel de Pombo, ni Custodio García Rovira, ni Frutos Joaquín Gutiérrez, ni José Ramón de Leyva, ni Jorge Tadeo Lozano, ni Liborio Mejía, ni Pedro Monsalve, ni Francisco Morales, ni Juan Nepomuceno Niño, ni Manuel Rodríguez Torices, ni Camilo Torres, ni Antonio Villavicencio. Todos habían sido cegados por la fiera brutalidad de don Pablo Morillo, ese bondadoso señor que ahora se paseaba por los bulevares de Madrid con una novia recatada y pura, mientras ostentaba sobre su pecho el peso ostentoso de sus múltiples condecoraciones.

Nariño estaba al día en noticias. Se enteró a fondo sobre los desarrollos del movimiento liberal español, el bando de los constitucionalistas, las actitudes de Fernando VII, y finalmente la revolución de Riego, que era como el acicate de nuevos tiempos contra el abominable absolutismo real que la mediocridad de El Deseado añoraba. La situación era insoportable en aquella España convulsionada y adolorida por la guerra y ahora por las ejecuciones de aquellos liberales que habían librado la batalla durante seis largos años contra el usurpador francés para que ese monarca recuperara el trono. Así habían sido fusilados muchos de los héroes de la resistencia española, símbolos de la lucha del pueblo español por su patria.

Claro, el pueblo ya no quería al soberano por sus crueldades, y eso contribuía a que, en algunos momentos, Fernando hasta llegare a pensar en abandonar la península para gobernar desde México, como hiciera el rey de Portugal desde Brasil. En efecto, es conocida una carta que tal rey le envía a su virrey Apodaca de Nueva España, como se llamaba a México, en la que le dice que haga lo que esté a su alcance para mantener ese reino independiente del de España, y agrega que es posible que él se viniera a América a gobernar.[43]

[43] Vejarano, ob. Cit.

Vale la pena recordar que Fernando VII recupera su libertad y vuelve a España como rey el 22 de marzo de 1814. Y bajo el impulso de un furor reconcentrado por el poder recortado que le ha correspondido, de un tajo, en el mes de mayo siguiente, borra por medio de un decreto real lo que habían hecho en su ausencia las Cortes en Cádiz, incluso su Constitución, que queda derogada para volver al absolutismo. Desde entonces los liberales hicieron varios pronunciamientos en el intento de retornar a la monarquía constitucional, que fueron ahogados en sangre por el mediocre monarca. Esa lucha habría de durar casi un siglo, en lo que después se llamaron las guerras carlistas.

Hay un dato curioso que cuenta Jaime Perea[44] sobre un aspecto masónico, que debió tener mucha importancia para Nariño en la prisión real donde se encontraba, sucedido casi un año antes de obtener su libertad.

> A mediados de 1819 fue trasladado del presidio La Carraca al Real de Cádiz un preso americano masón enfermo. Al poco tiempo este dedujo que el médico del Real era un iniciado por las preguntas que le hizo acerca del general Francisco Miranda, muerto en La Carraca en 1816. Andrés Rodríguez, el paciente, le comentó al médico que había tenido oportunidad de hablar con Miranda varias veces, inclusive en la semana anterior a su muerte. Por cierto, en la última conversación le contó que a la Real había llegado el hermano Antonio Nariño quien, como él, comenzó a luchar por la independencia americana desde veintitantos años atrás. El médico, liberal español de los que por entonces fueron acérrimos pugnantes del régimen absolutista de Fernando VII y partidarios de restablecer la Constitución gaditana de 1812, se aproximó a Nariño, captó su presciencia (sic) y admiró sus ideas definidas que le desplegó sin ambages. El galeno logró que tres cofrades, a quienes por su rango se les facilitó el acceso a la prisión, visitaran a Nariño. Se trababa de los generales Rafael del Riego y Núñez y Antonio Quiroga y del joven capitán Antonio Alcalá Galiano. Ellos que pasarían a la historia española, quedaron encantados con la parla del viejo aristócrata americano que coincidía en mucho con su liberalismo y las visitas se repitieron en el resto del año.

Hacia finales de su prisión, o sea en los comienzos de marzo del 20, son conocidas tres cartas escritas por el propio Nariño para la prensa de la Isla de León, que son publicadas. En esa isla se albergaban los principales constitucionalistas liberales de España que seguían las ideas de Francisco Espoz y Mina, Juan Diaz Porlier, Felipe de Arco-Agüero, Antonio Alcalá Galiano

[44] Autor citado, "Antonio Nariño, padre de mi país"

y por supuesto el general Rafael del Riego, quien precisamente al mando de los batallones y en nombre de las fuerzas armadas, acababa de hacer un pronunciamiento terminante desde la población Cabezas de San Juan, mediante una carta que le fue entregada al rey en la que exigía que éste acatara y volviera a poner en vigencia la Constitución de Cádiz de 1812, o marcharía con sus tropas hacia Madrid. Esa carta tenía fecha 1º de enero de 1820 y provocó motines populares de respaldo en toda España. Era masón.

No sobra recordar que esa Constitución fue promulgada, como ya se dijo, por el antiguo oidor en la causa de Nariño, don Joaquín de Mosquera y Figueroa, que no tenía nada de liberal, en su calidad de regente de España.

Como el pronunciamiento de Riego fue aclamado en todo el reino, muy contra su voluntad el monarca debió restituir el imperio de aquella Ley de Leyes en marzo del año 20.

Hay pues un nuevo aire a favor de las libertades públicas que significa que la suerte de Nariño y las consideraciones que se le tenían habían mejorado. Es conocido que había logrado acumular documentos y escritos que le dieron una sólida preparación intelectual como estadista, conocedor de cifras, estadísticas y movimientos políticos europeos.

Las cartas que escribe son altamente polémicas y, dada la posición actual de España en relación con sus posesiones de América y su futuro inmediato, convocaban una amplia discusión, como de hecho la tuvieron. Fueron escritas con el seudónimo de Enrique Somoyar, aquel español de amplios recursos económicos que en Cartagena le dio la mano a su hijo y luego sería su amigo en Santa Fe, como habrá de recordarse. Su hijo le había escrito informándole de la muerte de este amigo.

En la primera carta, cuya fecha es imprecisa, pero ha sido calculada para finales de febrero [45] de 1820, Nariño hace una serie de elucubraciones sobre el despotismo y el derecho de los pueblos, a través de toda la historia, para luchar contra él. Pensamiento que era como repetir el dictado de los Derechos del Hombre de resistir válidamente a la opresión. Teniendo en cuenta que el rey Fernando ha restituido la Constitución y ha perdonado a los que levantaron las armas para buscar ese hecho, halaga al rey al que reconoce sus buenas intenciones y plantea cómo la mejor política para España es la de aceptar la independencia política de los países americanos de habla hispana, y creado ese hecho de confianza, conformar con ellos unos aliados naturales en el campo del comercio y del afecto.

[45] Vejarano, ob. Cit.

Pero esos objetivos no se logran si España continúa con su carnicería y su desprecio por los americanos, como lo practicaron Sámano y Morillo en esas extensas y lejanas naciones. En relación con Morillo cuenta cómo su teniente de apellido Latorre había hecho un pacto con los patriotas en Santa Fe, que salvaba la vida de todos; pero luego, cuando llega Morillo, desconoce lo pactado y pérfidamente ordena la muerte de los crédulos americanos. Nariño escribe:

> Al cuarto o quinto día llegó el héroe Morillo ¿y cuáles fueron sus primeras palabras ? Que Latorre no tenía facultad para haber concebido y publicado semejante indulto. Que él no lo había mandado a divertirse sino a castigar insurgentes. Desde la misma noche de su llegada comenzó la más terrible y bárbara proscripción. Todo padre de familia que tuviera luces, caudal, representación o influjo, debía morir. Así fue: hombres venerables por su edad, septuagenarios, respetables por sus anteriores servicios al rey o a la patria, por sus virtudes domésticas, fueron conducidos a un cadalso; jóvenes ilustres por su nacimiento y por sus luces siguieron la misma suerte. Allí se vio al padre, en un mismo calabozo despedirse de los hijos que le arrancaban de los brazos para llevárselos al patíbulo mientras él quedaba designado a morir en un presidio: allí se vio sacar en parihuela a los hombres moribundos para colgarlos en la horca antes de que expirasen; allí se vieron a las mujeres mismas salir en medio de una plaza a ser fusiladas y las inocentes y tiernas doncellas de once y doce años, huérfanas y sin amparo desterradas sin misericordia porque habían sido engendradas por padres insurgentes; y allí finalmente, se vio el singular espectáculo de una ciudad de cuarenta mil almas de población, toda vestida de luto sin quedar una familia de distinción que no hubiere visto a uno de los suyos acabar de una muerte infame. Criollos, españoles, nobles, plebeyos, hombres, mujeres, niños y ancianos, todo cayó bajo la guadaña destructora del héroe Morillo.

La carta se leyó. Y no faltó un polemista de Isla de León, un matemático de apellidos Sánchez Terquero, que mediante carta dirigida al periódico y publicada, trabara en forma altanera una polémica con Somoyar, al que dijo conocer, al tiempo que negaba las crueldades especialmente de don Pablo Morillo, consagrado héroe ante la opinión pública. Nariño pensó para qué soy bueno, y se devolvió con la segunda carta, que ostenta el 2 de marzo como fecha, y en ella presenta un formidable alegato sobre los crímenes cometidos por los españoles, especialmente por don Pablo, presentando la larga lista de ejecuciones que había realizado en la Nueva Granada y en Venezuela. ¿Quién podría negar el poder ardiente de la pluma de Nariño ? Y eso hace con elocuencia y acritud en su carta.

Curioso que el inverecundo don Pablo Morillo, mariscal de campo de los gloriosos ejércitos españoles, a la sazón, como ya se anotó, novio –algunos dicen que ya estaba casado- de una dulce, joven y casta mujer –otros sostienen que era una arpía-, la que en la plaza pública gaditana donde vivía arrojó el periódico al suelo, maldijo al autor de la nota y con llantos y blasfemias pidió castigo para él. Por su parte don Pablo, muy sentido y afectado por la publicación, se dirige al rey en procura de que se le dieran satisfacciones. En su queja dice "*Yo he sido atrozmente insultado en Cádiz bajo el nombre de Enrique Somoyar, y presentado a todos los pueblos de un modo capaz de envilecerme a su vista y de favorecer las miras ambiciosas de los disidentes. Yo lo he sido igualmente en la Habana con la impresión de los escritos de Somoyar."*[46]

Hay necesidad de acotar que Morillo, al llegar a América, en verdad pensó en la amnistía y en el perdón para los insurgentes. Así aparece en sus primeras proclamas. Incluso, en isla Margarita, perdonó la vida y dio libertad al rebelde venezolano general Juan Bautista Arismendi, quien había caído prisionero, y contra las voces de sus segundos que le hacían ver la peligrosidad de aquel patriota venezolano, dio esas muestras de generosidad. Pero luego, por esa locura de guerra a muerte, Arismendí, como el propio Bolívar, fue implacable con los españoles. Así era la época. Por supuesto, tales cosas endurecieron y tornaron sanguinario e inconmovible al Pacificador Morillo.

El gran biógrafo de Bolívar Salvador de Madariaga [47] cuenta que, estando presos los cabecillas de la revolución en Santafé de Bogotá, y después de haber fusilado a otros 112 patriotas americanos, varias damas se acercaron a Morillo a suplicarle con lágrimas y humillación, por la vida de sus seres queridos. El biógrafo de Bolívar pinta así la escena:

> Morillo había intentado el modo magnánimo, pero con cerrar los ojos le bastaba ver otra vez a Arismendi llorando arrepentimientos a sus pies y degollando guarniciones españolas en cuanto él volvía la espalda. Leamos a Sevilla: "El 30 de mayo, el día del rey, el ayuntamiento de Santa Fe daba un espléndido banquete al general Morillo y a su estado mayor… una vez terminada la ceremonia, se presentaron al general más de cincuenta damas y señoritas, las más llorando, pidiendo perdón, con motivo de ser los días del monarca, las unas para sus esposos, otras para un hijo y no pocas para sus hermanos; todos los cuales, por incidentes, se hallaban presos en los calabozos de la cárcel y de la Inquisición… las lágrimas, los sollozos y las

[46] Vejarano, ob. Cit.

[47] Salvador de Madariaga, Bolívar Tomo I, Biblioteca de la Historia, Madrid

> súplicas de aquellas damas eran capaces de ablandar una roca… Morillo hacía visibles esfuerzos para no conmoverse; pero permanecía silencioso, y solo un "levántese usted señora", articulaba de vez en cuando, teniendo en su mano enguantada a las que se tiraban a sus plantas. Durante un rato las dejó hablar a todas. Por fin dijo con voz mal segura: Señoras, mi rey, que, como caballero español, tiene sentimientos generosos y humanitarios (todo esto era por desgracia tan oficial como falso) me invistió con su soberana facultad, la más bella que tiene un monarca, la de perdonar. Me encargó que perdonase siempre lo que permitiera la salud de la patria. Así es que, al pisar por primera vez tierra americana en la isla Margarita, perdoné a cuantos me hicieron súplica análoga a la que ahora me hacéis. ¿Sabéis el pago que me dieron aquellos ingratos, que con lágrimas invocaron la clemencia de Su Majestad ? Pues así que volvía la espalda, tornaron a levantar el pendón rebelde y, más sanguinarios que nunca, pasaron a cuchillo a los oficiales y soldados que allí dejé. Los que tan alevosamente han sido asesinados, cada uno por cien sicarios, también tenían madre, esposas e hijas que hoy maldecirán mil veces al general imprevisor que tuvo la candidez de creer en las protestas fementidas de aquellos miserables. Si en vez de perdón hubiera yo fusilado a veinte cabecillas, no pesarían sobre mi conciencia los remordimientos que hoy me acosan. ¿Quién me asegura a mí que si yo pongo en libertad a vuestros deudos no perezcan a sus manos los leales de Santa Fe? Señoras, yo siento mucho el dolor que veo pintado en vuestros rostros… Pero … no puedo perdonar cuánto no lo permite la salud de la patria.

La nueva carta de Nariño también provocó ardiente polémica, pues surgió otro corresponsal de apellido de Mier, seguramente nacido en América, que se sintió ofendido con las diatribas de Somoyar. Nariño le contestó en los mismos vigorosos términos de las anteriores cartas con una tercera misiva que ostenta la fecha del 12 de marzo.

Y no hubo lugar a más cartas, porque once días después, o sea el 23 de marzo de 1820, se presentó en la prisión, con su luminoso uniforme de brigadier de los ejércitos reales, teniente rey y gobernador militar de la plaza, don Manuel Francisco Jáuregui, un liberal que tuvo conocimiento de las cartas y de Nariño, igualmente masón, y lo hace llamar a su presencia. Ya ante él le notifica que, de conformidad con un artículo de la Constitución del año 12, está en libertad.

Sale Nariño de la prisión sin afán, recoge sus numerosos papeles, y le escribe en respuesta a una suya, una efusiva carta a su compatriota, amigo y también hermano masón Francisco Antonio Zea, a la sazón Vicepresidente de la República de Colombia nombrado por Bolívar, y en misión especial ante el gobierno inglés donde iba a gestionar un empréstito.

Luego visita la Isla León y a sus correligionarios los liberales y masones que lo han favorecido, y es introducido en la Sociedad Patriótica de San Fernando. Pero no había pasado un mes cuando le dicen en secreto lo que todo el mundo, incluso él mismo, esperaban: que el rey, atendiendo las quejas de Morillo y otros recalcitrantes godos[48], había vuelto a librar la orden de captura en su contra. Es así que, sin pensarlo dos veces y reventando su caballo, se va de huida a Gibraltar pasando por Algeciras. Son horas angustiosas, ciertamente, pero que él disfruta por los bellos paisajes que describe emocionado a su amigo Luis Fernando Caicedo y Flórez celebrando el parecido con su nativa sabana santafereña. Días después, en una carta a su hijo Antonio, le comenta sobre ese momento, que volvía a presagiar el regreso a las más terribles desdichas: "*No me anduve con más cumplidos; tomé a la hora que lo supe un caballo y bien protegido y asistido de cuantos me habían tratado en los dos meses anteriores, me largué para Gibraltar en solas veinte horas siendo así que ya estoy viejo, viejo …"*

¿De dónde sacaría recursos para desplazarse y vivir Nariño ? No es cosa de preguntarse cuando gran parte del liberalismo de España pertenecía a la Hermandad Masónica. Pero se dice igualmente que Nariño, cuando fue capturado en Lagartijas, portaba bien escondidas unas monedas de oro con las cuales pudo sobrevivir a todas las zozobras y necesidades de su nuevo cautiverio.

Está en Gibraltar, la posesión inglesa donde se hizo masón Miranda, visita el templo, y estando allí, lejos de la mano española, le llega la noticia de que ha sido propuesto para elegirlo –o nombrarlo mejor- como diputado ante las Cortes Españolas por las colonias. Qué ironía y cuánta contradicción. Le escribe entonces a su hijo Antonio: "*¿Qué te parece hijo mío ? Por un lado andan las requisitorias para prenderme y por otro soy fracción de la soberanía española. Que nombren a quien les de la gana que yo ya estoy cansado de sus perfidias y mala fe con los americanos y mucho más conmigo."*

Simultáneamente recibe la invitación apremiante de Zea, a quien seguramente ha enterado de estos nuevos acontecimientos, para que vaya a Londres a ayudarle en la gestión del empréstito. Para ese momento hay otro personaje en escena de nombre Luis López Méndez, quien había sido nombrado como agente de Venezuela en Inglaterra. Alegando tal investidura se oponía a que fuera el neogranadino Zea, a pesar de ostentar el cargo casi en

[48] Así se llamaba a los absolutistas.

ciernes de Vicepresidente de la naciente e incierta república de Colombia, hiciera tales gestiones, que con un gran egoísmo entendía que solo correspondía realizar a él. Y es así que el gobierno real inglés, como consecuencia de tan curiosa disputa, entra en una desconfianza que generó que los funcionarios ingleses se negaran a atender a ambos personajes.

Nariño por supuesto se desplaza a Inglaterra donde goza a plenitud de los favores de la libertad. Por primera vez en ese largo tiempo de casi seis años, se siente libre, y además útil a su patria. Permanece allí dos meses, y finalmente, hombre ducho y sin inhibiciones ni timidez, después de su intervención, se les anuncia la aprobación del empréstito de que tan necesitado estaba Bolívar.

Y decide entonces viajar de regreso a América. La ansiedad lo acosa y quiere entrar en acción. Sabe que Bolívar, como presidente, después del Congreso de Angostura, se encuentra en los llanos, cerca al Orinoco, con el grueso de su ejército al fin triunfante, y adelanta conversaciones de paz con los españoles, esta vez a solicitud de ellos. Y por supuesto Nariño es portador de las buenas nuevas sobre el empréstito y de otros documentos que rebatían y aclaraban las intrigas epistolares de Luis López Méndez. Pero no obstante su premura para ir a encontrarse con el Libertador, decide atender una voz interior que le pide visitar una vez más a París, aquella ciudad donde estuvo en tan precarias circunstancias más de veinte años atrás. Y parte a la deslumbrante Ciudad Luz, ya sin las escabrosas intrigas del Terror, donde también está otros dos meses en que conoce a gente importante, entre ellos Benjamín Constant y dialoga con Humbolt, ese sabio que tanta fama había ganado con su excursión científica a América. Compra libros, que eran su pasión, y pequeños presentes para sus hijos. Y luego se traslada a Burdeos, como había hecho en el pasado, y se embarca con destino a las Antillas.

El primero de enero de 1821 está en Guadaloupe, luego pasa a Martinica. Trinidad y Tobago, Granada. Parece no darse afán. Quizás sabe que es su última oportunidad de tomar un descanso, de meditar y leer los nuevos libros que ha adquirido, antes de enfrentarse a su nuevo fragoroso destino.

XII

ENCUENTRO CON BOLÍVAR, LA VICEPRESIDENCIA. EL CONGRESO DE VILLA DEL ROSARIO DE CÚCUTA. EL LÍO DE MARY ENGLISH Y EL GENERAL DEVEREUX. LA RENUNCIA. DE NUEVO LA ENFERMEDAD. BATALLA DE CARABOBO. LA LEY FUNDAMENTAL Y LA CONSTITUCIÓN

Zea, que ha sido el presidente del Congreso de Angostura de diciembre de 1819, le ha contado a Nariño de la creación constitucional de lo que hoy se conoce como la Gran Colombia, que entonces no era sino Colombia, de su integración por Venezuela, la Nueva Granada y la perspectiva del ingreso de Ecuador. Nariño medita en tales asuntos y se da cuenta que ahora no podría pensarse en el centralismo por el cual peleó tan arduamente en el pasado, sino que la única forma de gobierno posible debía estar animada de un federalismo que diera aliento a tan vastos territorios nacionales. Todo esto lo piensa, porque tiene en mente la redacción de una Constitución de verdad, que aun no se ha dado en forma definitiva la naciente república.

Y después de esa larga travesía, finalmente se dirige hacia el puerto de Angostura, sobre el Orinoco. Ya es frebrero de 1821. El 25 de ese mes y año le escribe desde ese mismo puerto una carta a Bolívar, que como ya se dijo, se encuentra bien adentro del Orinoco en Achaguas.

> Excelentísimo señor: Tengo el honor de participara a V. E. mi llegada a este puerto el 20 del presente. Después de una larga y dolorosa ausencia, mi alma sintió doble placer: el de respirar el aire natal y respirarlo en un momento de calma dictado por la Sabiduría Divina. De nada son los triunfos, mi ilustre Libertador, si la paz no los corona y la paz no puede presentarse en medio del ruido de las armas. Felicito a V. E. por este paso grandioso que además de dejar unos momentos tranquilos para reconocerse, y de ser el precursor de otros más importantes, nos da ya un carácter , una cierta importancia que hasta ahora no tenían. Que la paz y la organización de un sistema adaptado a nuestras circunstancias sea el fruto de este primer paso. Dios guarde a V. E. muchos años, Angostura 25 de febrero de 1821. Antonio Nariño.

Es preciso anotar que los grillos en los tobillos le habían dejado secuelas a nuestro héroe, que primero se expresaban con intensos dolores en las piernas, los que fueron subiendo hasta la cintura. Y Nariño, después del largo periplo desde su liberación, había venido sufriendo de tan acuciantes malestares. Y es así que, enviada la carta, no esperó allí mismo la respuesta, sino que se hizo al agua subido en un rudimentario champán o balsa de guadua con un techo de palmiche. Era penoso remontar el caudaloso río Orinoco a remo. Y mientras Nariño admiraba el paisaje virginal y pasaba algunas dificultades para adquirir comida para él y el personal que lo acompañaba, pasaron diez días al cabo de los cuales tomó por la desembocadura del río Apure.

En San Fernando recibió la respuesta de Bolívar el 28 de marzo, que lo llenó de regocijo. Sus sueños de libertad en medio de la vasta y cruenta guerra, los crímenes del pasado despiadados y aterradores en un conflicto que debió tornarse salvajemente en guerra a muerte, quedaban cristalizados con las negociaciones de paz que garantizaban el triunfo de unas ideas y de una lucha que comprometía todos los sufrimientos y su vida misma.

La carta de Bolívar dice con no oculta emoción:

> República de Colombia, Cuartel General de Achaguas, a 24 de marzo de 1821. SIMÓN BOLÍVAR Libertador, Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, etc, etc. Al General de División Antonio Nariño:
>
> Con transportes de satisfacción he visto la nota que en 25 de febrero me dirigió V. S. avisándome su arribo a Colombia, y ratificando sus antiguos sentimientos y devoción a la República. Entre los muchos favores que la fortuna ha cocedido últimamente a Colombia, cuento como el más importante el de haberle restituido los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V. S. merece por muchos títulos la estimación de sus conciudadanos, y muy particularmente la mía. Celebraría infinito que acelerase su marcha y me anticipase lo posible el placer de saludarle y estrecharle por primera vez entre mis brazos.
>
> No es la amistad sola la que me instiga estos deseos, el bien de la patria se mezcla también en ellos. Ocupado en estos momentos de negociar la paz con los comisionados españoles, y de instalar el primer Congreso General de Colombia, las noticias y luces que V. S. pueda suministrarme facilitarían el término de estas transacciones.
>
> San Fernando de Apure es el punto que he señalado al enemigo para las conferencias,

Allá me encontrará V. S. o en esta villa,

Dios guarde a V. S. muchos años.

Bolívar.

El encuentro con Bolívar no tiene referencias documentales, salvo un breve diario que escribió Nariño con un estilo lacónico, ahorrativo de detalles. Curioso en un escritor ampuloso como él. Es igualmente de suponer que, aunque efusivo, Bolívar en ese momento no disponía de mucho tiempo para darle la atención debida a aquel hombre de infortunios como los suyos, y el que, cuando tuvo la oportunidad, le había enviado dinero, hombres y armas en los momentos en que él más los necesitaba. La carta lo dice todo en relación con la admiración que le tuvo. Y la mejor prueba radica en que allí, en pleno furor de todo el tremendo esfuerzo de finiquitar con los españoles la guerra en Venezuela y de organizar una república, Bolívar encuentra en la persona de Nariño al hombre capaz de ir a llevar su vocería e instalar el Congreso de Villa del Rosario de Cúcuta, que había sido ordenado por el Congreso de Angostura de 17 de diciembre de 1819, donde debía expedirse una Constitución real y definitiva.

Ese era el patriota de Los Derechos del Hombre, de La Bagatela, de la campaña del Sur donde casi gana a los españoles, de la procelosa travesía por todo el océano Atlántico para llegar preso a Cádiz y, al final, aun con bríos y energías, a la edad de 56 años, llegaba hasta donde él, el Libertador, para ponerse a la orden. Una semana permaneció Nariño en Achaguas.

De aquí partió el Precursor con la segunda investidura después de la Bolívar, como Vicepresidente de la República de Colombia. Era el 4 de abril. Es de anotar que como Zea, el Vicepresidente que fue elegido en el Congreso de Angostura, estaba por fuera del país en el ya conocido destino de adelantar gestiones en Inglaterra, el Libertador en su reemplazo había designado al prócer venezolano Juan Germán de Roscio, para esa posición; pero Roscio había fallecido igualmente de muerte natural a los pocos días. Entonces, como debía instalarse con apremio el Congreso, Bolívar volvió a nombrar interinamente al general Luis Eduardo de Azuola, aquel antiguo amigo de Nariño que había sido diputado por Cundinamarca, en el cargo. Azuola se trasladó a Villa del Rosario de Cúcuta y unos días después también fallecería, dejando la sensación de que había un mal agüero en aceptar ese cargo. Algo no convenía de todo ese conjunto.

Igualmente hay que destacar que en aquel Congreso de Angostura, primigenio de todas las instituciones, fuera de la presidencia de Bolívar y la vicepresidencia de Zea, también se escogió al general Francisco de Paula Santander como vicepresidente de Cundinamarca y a Juan Germán Roscio vicepresidente de Venezuela. O sea que cuando estos sucesos se están desarrollando, el poder ejecutivo de Cundinamarca estaba siendo ejercido por Santander.

El día 7 de abril tomó camino Nariño, investido con toda la preeminencia, desde lo profundo del territorio venezolano, en una fatigante jornada a lomo de caballo hasta la Villa del Rosario de Cúcuta, donde desde el comienzo del año habían ido llegando desde la vasta república de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, las delegaciones que estaban citadas para enero.

Dos semanas después llega el 29 de abril. Se instala en el mejor sitio que puede encontrar, que es un alojamiento público. Están allí en la Villa del Rosario algunos de los viejos contendientes que conservan su rencor. Otros nuevos que lo miran como si fuera un fantasma. Y lo peor es que el Congreso no ha reunido el quórum de las dos terceras partes que debía ser de 63, para instalarse y deliberar. Se trata del primer Congreso después del de Angostura con carácter de congreso constituyente para los tres estados unidos. Pero no hay sino 57 delegados. Un gran problema que para los golillas de la exégesis y la letra muerta era insalvable. Pero no para el Precursor, instruido en problemas de derecho público y, además, imaginativo. Así, sin rendirle culto al fracaso, dicta un decreto en su calidad de vicepresidente encargado del poder ejecutivo, con el que subsana la cuestión:

> …1. Que el Congreso General de Colombia se instale con el mismo número de cincuenta y siete diputados presentes, que hacen la mayoría absoluta de la totalidad de noventa y cinco que corresponden a las diez y nueve provincias que oportunamente han estado en actitud de nombrarlos, y se aproxima a las dos terceras partes requeridas por el reglamento de la convocación. 2. Que el acto de instalación se verifique para el 6 del corriente, precediendo la publicación de un edicto citatorio…

E instala el Congreso en la fecha indicada, con un acta formal:

> En la villa del Rosario de Cúcuta, a los seis días del mes de mayo del año del Señor de mil ochocientos veintiuno , se reunieron en virtud de precedente citación, en la posada del Excelentísimo señor Vicepresidente interino de la República de Colombia, General deDivisión Antonio Nariño , mandado a

convocar por la Ley Fundamental de17 de diciembre de 1819, los cincuenta y siete diputados que se hallan presentes en esta villa.

En este congreso hay diputados de muy altas notas intelectuales, tribunos, juristas, ideólogos y hombres de estado, algunos de ellos muy jóvenes y muy amigos de Santander y enemigos de Nariño. Es de anotar que, para entonces un hombre tan grande como Santander, mostraba su animadversión de vieja data por el Precursor y hasta una emulación actual con éste, para ocupar el cargo en propiedad de vicepresidente de Colombia. Vale destacar los siguientes nombres de los congresistas de 1821: José Ignacio de Márquez, representante de Tunja, de 27 años, fue presidente del Congreso y años después presidente de Colombia; José María del Castillo y Rada, cartagenero, de 45 años, fue uno de los redactores de la antigua constitución de Cundinamarca; el doctor José Félix de Restrepo representante por Antioquia, a la sazón tenía 61 años, y había sido como el anterior miembro del Congreso de las Provincias Unidas, del cual fue presidente; José Manuel Restrepo, protagonista e historiador muy brillante de todos estos acontecimientos, entonces de 40 años, representaba al Chocó; el abogado Miguel Tobar, gran amigo de Santander y enemigo de Nariño, de 39 años, también uno de los autores de la constitución de Cundinamarca, representante del Chocó; el doctor Vicente Azuero, de 34 años y representante del Socorro y Casanare, muy amigo de Santander y principal acusador de Nariño en el debate que tendría lugar después; el abogado Francisco Soto Montes de Oca, de treinta y dos años, representante de Pamplona y El Socorro, muy amigo de Santander; el doctor Diego Fernando Gómez, abogado de 35 años, igualmente muy amigo de Santander y por supuesto enemigo y acusador de Nariño, diputado por Neiva y Mariquita; el jurista Alejandro Osorio, de treinta y un años, había sido secretario de Hacienda y Guerra del vicepresidente de Cundinamarca Santander, muy amigo suyo y representante de Cundinamarca; Salvador Camacho Roldán, brillante jurista de 30 años, educador del Colegio de San Bartolomé, más tarde presidente de la república, elegido por Boyacá; Casimiro Calvo, de 37 años, abogado y elegido por Mérida, Venezuela; y muchos otros de iguales calidades.

Iniciado así tan solemnemente el acto, el vicepresidente y su gabinete en asocio de los congresistas, se trasladaron en desfile público hacia la iglesia, en donde, con el visto bueno del cura, el templo se había adornado para el acto solemne como un hemiciclo con baldequino y sillas en redondel, propias del recinto de un congreso deliberante.

Se comienza, como es de rigor, con un discurso ampuloso del vicepresidente: "*Acabado de llegar de Europa, aparezco en medio de vosotros como una especie de prodigio…"* No cayó bien lo que dijo, porque el ego de los congresistas se sube cuando saben que son soberanos y además porque allí había radicales del anterior Congreso de Tunja, como Fernando Peñalver, que no olvidarían nunca la guerra civil y el antagonismo de los centralistas de Nariño con ellos que eran los federalistas. Ahora todo estaba cambiado. La organización de la nueva y grande república, en ese momento con dos estados pero con la perspectiva inmediata de vincular un tercero cuando las condiciones lo permitieran, que era Quito, los que siempre tuvieron una existencia diferente, sin comunidad alguna salvo el idioma, hacía imprescindible el federalismo que permitiera la cohabitación, como se llamó en Francia en los tiempos de Mitterand, de esas tres naciones libres pero asociadas alrededor de un líder como Bolívar, a quien se debía esa emancipación por la que todos habían luchado.

Ese no era un Congreso de militares sino de letrados, gente de biblioteca y pensamiento con formación civil y académica. De allí que cuando el vicepresidente hablaba de las formas federalistas con la vehemencia que le era propia, no faltaron algunos diputados que sin respeto alguno le gritaron "volteado", según expresión coloquial muy socorrida para glosar el cambio intempestivo de convicciones.

Cumplida la ceremonia, fue elegida la mesa directiva con el doctor José Félix de Restrepo como presidente, Fernando Peñalver como vicepresidente, y Secretario Francisco Soto. Luego, tal como ocurre en la actualidad dentro de las prácticas parlamentarias, el magistrado los deja solos para que inicien su labor. Nariño pues sale y va camino a su casa, cuando aparece un correo especial que manda Bolívar desde Barinas. Hay allí una carta personal a Nariño y otra dirigida al Congreso en la que solicita que acepten su renuncia a la Presidencia. La primera es una carta que muestra el interior de un Bolívar contrariado por los sucesos de la política, desprendido de honores y dignidades, como lo expresó tantas veces en su vida. Está fechada el 21 de abril:

> Mi muy estimable amigo y señor: Mucho celebraré que usted haya llegado a Cúcuta sin ninguna novedad particular. Debe ser un poco triste para Ud. el pronto término de sus predecesores, y no quiera el cielo que Ud. los siga en su viaje a la patria de los muertos. Aquí se ha asegurado que

nuestro común y digno amigo Azuola debe haber expirado: muy sensible me será si tal desgracia le sucede a la República y a su familia.

Yo tengo mucha confianza en que Ud. allanará todas las dificultades que se opongan a la instalación del Congreso, y es el objeto, en el día, más ardiente para mi corazón. Deseo, sobre toda exageración, que el cuerpo legislativo se reúna para que eche los últimos cimientos al edificio de la República, que aun está por construir; pues que no tenemos más que despejado el terreno de veinte y dos provincias, y un libro que no habla con nadie, que llaman constitución.

Pero usted verá por sí mismo, que no haya otra cosa, porque la transición del gobierno, la comisión de unos individuos en países extranjeros, la muerte de dos vicepresidentes, la ausencia de los ministros, la dificultad de la reunión del Congreso, la no existencia de una dirección general de rentas, y la incoherencia de todos los ramos, mi ausencia de la capital, y mi estada en el ejército, todo esto y otras muchas cosas tienen, por decirlo así, la República en orfandad. Colombia se gobierna por la espada de los que la defienden, y en lugar de ser un cuerpo social, es un campo militar. Por consiguiente, los abusos, las negligencias y la carencia de todo elemento orgánico, es inevitablemente el efecto de aquellos principios que no ha estado en mi poder corregir, por muchas razones: la primera, porque un hombre en muy poco tiempo, y escaso de conocimientos generales, no puede hacerlo todo, ni bien ni mal; segunda, porque me he dedicado exclusivamente a expulsar a nuestros enemigos; tercera, porque hay muchas consideraciones que guardar en este caos asombroso de patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos, y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos; de suerte que, amigo, yo he tenido muchas veces que ser injusto por política, y no he podido ser justo impunemente.

Convencido íntimamente de que a la cabeza del gobierno se debe poner otro que no sea un soldado como yo, siempre en la frontera; y de que debe dividirse el mando del ejército y de la República, mando mi dimisión, para que, tanto usted como los demás buenos ciudadanos, se empeñen en que se acepte. De no, cuente Ud. con la orfandad eterna del gobierno, y aun con mi deserción, el día mismo que bata a los enemigos. Crea Ud., amigo mío, que yo he meditado mucho esta materia, en ocho años que he gobernado la república. Yo no se, ni puedo, ni quiero gobernar: para hacer eficazmente una cosa es menester tener inclinación a ella, y aun quererla con pasión vehemente.

> Por mi parte, cada día me siento con más repugnancia por el mando, y si continúo y continuaré a la cabeza del ejército, es porque desde el primer día de mi vida pública me encontré fuertemente animado de la ansia de contribuir a la expulsión de nuestros antiguos opresores. De suerte, que este servicio lo hago por pasión, no por mérito. Yo espero que Ud. emplee todo su influjo en que no se me fuerce a cometer una acción más contraria a mí mismo que al crédito de la república, y en que ambos padeceríamos más de lo que se puede prever; porque suponga Ud. que impresión haría a los extranjeros la deserción del jefe del estado y ¡qué anarquía la que se establecería en nuestro pueblo colombiano!
>
> Si Ud. no quiere ser presidente, puede Ud. indicar otro que lo sea tan dignamente como Ud. mismo. El general Santander es excelente sujeto; y si no, Urdaneta, Montilla, Restrepo, Peñalver, Zea y otros muchos que tienen más o menos méritos que los procedentes. …
>
> Mi opinión en esta parte es que el presidente debe ser militar y cundinamarqués; y el vicepresidente paisano y venezolano para evitar celos y discordias.

Recibido y leído el correo, Nariño manda al ministro de Relaciones Exteriores a que vuelva al reciento y anuncie su regreso para leer la nota dimisoria del Libertador. En ella, entre otras cosas, el Libertador decía:

> *Nombrado por el Congreso de Venezuela presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy el Presidente de esta República, porque no he sido nombrado por ella. ..*

Y allí fue Troya. Peñalver, a quien Bolívar por ser su amigo había pedido en el *post scriptum* de su carta privada a Nariño que se la mostraran, se negó a recibir al vicepresidente porque si el presidente no había sido nombrado por ellos tampoco lo había sido el vicepresidente y, por lo tanto –que ironía-, no podía entrar al recinto del Congreso que él mismo acababa de instalar. Nariño hizo saber que él regresaba para comunicar el mensaje de Bolívar solo por respeto con éste; y después de un áspero debate, prevaleció la razón y se permitió al entrada del segundo funcionario del estado, encargado del poder ejecutivo, con la designación de una comisión protocolaria de cuatro congresistas para que saliera a recibirlo.

Luego, después de los saludos y explicaciones, leyó el mensaje de su jefe el presidente, y adicionó su propia renuncia. Desde luego que en el Congre-

so había inteligencias claras y patriotas que entendían el momento histórico y pensaban en el bien de la patria. El mismo presidente, doctor José Félix de Restrepo, tenía un gran ascendiente sobre todos y era claro su don de orientación. Y es así como no aceptaron ni la renuncia de Bolívar, a pesar de su insistencia, ni la de Nariño, a los cuales eligieron para los respectivos cargos. O sea que, en el caso de Bolívar, aunque su deseo era retirarse, quedaba ratificado para orgullo de los congresistas y de la historia colombiana. En el caso de Nariño también, lo que quiere decir que nadie osaría en adelante desconocerle su alta investidura.

Y agotados estos trámites, en verdad agotadores, Nariño se retira a su morada, donde algunos extranjeros y contertulios que allí mismo se hospedan, lo reciben con aplausos. Nariño responde con venias. Pero hay entre ellos una mujer rubia de ojos azules, adornada aun por un fresco esplendor que, confianzuda y coqueta, haciendo alarde de sus encantos, se le acerca y le da un abrazo. Tiene ojos soñadores y es gárrula y zalamera. Se llama Mary English. Nariño queda un poco anonadado. Una mujer hermosa siempre perturba a un hombre. Pero como puede, se zafa de la fémina y se reclina a la intimidad de su habitación.

Mas al otro día, muy temprano, cuando va al comedor a tomar su desayuno, sale a su encuentro la atractiva mujer y lo aborda con la misma zalamería insinuante. Le pide una audiencia especial para tratarle un asunto personal y al mismo tiempo de Estado. Nariño, hombre galante y refinado, no puede rehuir y la invita a desayunar. La mujer se sienta a su lado y mientras toman el chocolate, ella le cuenta brevemente su historia. Es la viuda de un coronel –o general- irlandés, como ella, de nombre James Towers English, del que poco se conoce y el que hizo parte de la llamada Legión Británica que con tanto heroísmo peleó la batalla de la independencia. English era valiente y buen militar. Estaba subordinado en la campaña de Venezuela al general Rafael Urdaneta, quien mantenía algún recelo o emulación con él. Un día English se le insubordinó porque, estando éste en desacuerdo con los planes de aquel que encontraba altamente peligrosos, Urdaneta atacó en forma desventajosa a Cumaná, tomada por los realistas. En realidad fueron tres loa ataques, y esa imprudencia desató un desastre en el que se perdieron la mitad de las tropas patriotas. English, muy disgustado por la terquedad del general, terminó retirándose de la campaña. Se fue entonces para la Isla Margarita con los partidarios que le quedaban, con el ánimo de regresar a su país, pero a los pocos días murió de fiebres y otras enfermedades acumuladas en esa isla.

Mary sabía contar la historia un poco diferente y a su narración, por supuesto, agregaba un ingrediente de su prometedor encanto femenino. Terminaba el cuento solicitando el pago de los sueldos atrasados de su esposo y de una pensión para la viuda desvalida. Se supo igualmente que con la misma pretensión había acudido dos años antes al Congreso de Angostura, donde no tuvo suerte.

No es posible conocer con exactitud si Nariño sintió los efectos de un hechizo, o lo que prevaleció en él fue su habitual cortesía de caballero de mundo. Pero a pesar de que el coronel o general irlandés, esposo de la bella dama, era en realidad un desertor, Nariño prometió que llevaría el caso al seno del Congreso y abogaría en su favor.

Y por su puesto cumplió su palabra. Cuando presentó el proyecto de Constitución que había laborado y meditado largamente, también hizo aporte al Congreso de la solicitud de Mary English haciendo énfasis en una solución favorable a su caso. Las dos iniciativas pasaron, como era de rigor, a estudio de las comisiones respectivas.

Es preciso señalar que de su proyecto de Constitución no cabe resaltar sino sus buenas intenciones. Ni Nariño, ni Bolívar con la suya, fueron acertados. Ninguno sabía derecho público ni de ninguna otra clase. Esa es una materia que fue surgiendo al pulso de los tiempos, después de aclimatada la herencia que fue quedando de la Revolución Francesa y de la Americana, pioneras en el establecimiento de la división tripartita de los poderes que salió de la mente de Charles de Secondant, más conocido como el Barón de Montesquieu, y del espíritu democrático de los enciclopedistas que inauguró la Edad Moderna.

En el proyecto Nariño se distingue una mezcla de teoría, filosofía y articulado, sin técnica legislativa que, lejos de ordenar como debe ser un mandato legal, se disgrega en elucubraciones de tipo filosófico. Por ejemplo, en el capítulo correspondiente a los derechos individuales, se puede leer:

> ARTICULO 1º. Entre las infinitas ventajas que el hombre adquiere al entrar en una sociedad bien organizada, la principal, la más importante, la que abraza todas las otras, es la seguridad de sus propiedades. La masa entera de los hombres que pudieran oprimirlo, se convierte en su favor para defenderlo. ARTICULO 2º. Poder disponer conforme a su voluntad de su persona, de sus talentos, de su industria y de sus bienes con entera seguridad, es tener el ejercicio pleno de su libertad, es tener el ejercicio pleno de sus felicidad. ARTICULO…Los derechos del hombre en sociedad tienen no obstante, unos límites fijos e invariables. Los derechos cesan

> en donde comienzan los deberes. ARTICULO…. Mas como los derechos y los deberes del hombre nacen de sus necesidades y de sus medios de satisfacerlas, no siendo las necesidades y los medios iguales en cada hombre, sus derechos y sus deberes no pueden ser iguales. ARTICULO…El hombre, pues, aumenta sus derechos en razón de sus necesidades y de sus deberes en razón de los medios de satisfacerlas. El pobre tiene más derechos que reclamar y el rico más deberes que cumplir. ARTICULO…Como la voluntad general se compone de la suma de las voluntades individuales, esta voluntad es infalible. Porque queriendo cada individuo su bien y componiéndose la voluntad general de todas las voluntades individuales, ellas forman la voluntad del bien de todos o del bien público.

Es, como se ve, una extraña mezcla de definición literaria combinada con un buen catálogo de deseos.

Además es del caso glosar que en otra parte llama a esta unión de estados que fue la Gran Colombia, "la república de los estados equinocciales", porque según dijo en esa forma dizque se lo señaló el barón von Humbolt, que era un botánico naturalista, lo que constituye un verdadero disparate, que por cierto cayó mal entre los cincuenta y siete diputados.

Pero sigamos con la historia, aparentemente picante, de la irlandesa señora English y Nariño. Cuando él presenta su iniciativa para que se le reconozcan los auxilios, ella queda satisfecha, pero digamos que arrecia sus devaneos con el vicepresidente, no se sabe si con el interés de éste o no. Empero, un día adopta una postura de matrona de gran dignidad y se va donde el general Jhon D´Evereux o Devereux, destacado allí en la Villa del Rosario como comandante de las fuerzas de vigilancia y de la Legión Irlandesa y le tuerce el cuento diciendo que Nariño había abusado, o intentado hacerlo, de ella, tan desamparada.

Devereux, inglés de ascendencia francesa, monta en cólera y, como hombre de tradiciones caballerescas, en defensa del honor y la virtud de la pobre viuda, le manda una carta altanera a Nariño en que le pide satisfacciones para la ultrajada señora English o, de lo contrario, lo reta a un duelo a muerte.

Por supuesto Nariño no era hombre de bajarle la cabeza a nadie. Para su conciencia sentía que todo era una farsa de la irlandesa manipuladora y un despropósito de un general extranjero frente a un hombre de edad avanzada, enfermo como estaba él pues sus males se habían recrudecido, pero sobre todo una ofensa imperdonable contra alguien con la ostentación personal de estar ejerciendo el poder ejecutivo. Su respuesta fue mandar a poner preso

al insolente, y como no había en Villa del Rosario de Cúcuta una cárcel, lo recluyó en una buhardilla o cocina inapropiada para quien, gustara o no al mandatario, ostentaba los soles de general del ejército libertador. Nariño era, como se ha visto, impulsivo, pasional, desconcertante.

Y aunque el episodio de por sí debía ser intrascendente, no lo fue porque la señora se dedicó a visitar amigos de ella y enemigos del Precursor presentando la historia con características patéticas.

Devereux por su parte escribió un libelo a lápiz desde su tétrico lugar de encierro, en su lengua nativa al Congreso; y cosa igual hizo un coronel británico de apellido Low, presentando quejas de otra índole contra el mandatario. Así, sin que las cosas tuvieran la sin igual trascendencia que por motivos políticos se le dio, el Congreso tomó parte en el asunto haciendo sentir su plenipotencia institucional; y escribió una comunicación a Nariño pidiendo información sobre ambos casos. Nariño les mandó el expediente de Devereux, que fue leído en la Corporación y sendos informes sobre los dos casos.

A partir de allí se encarnizó un debate de discursos encendidos, que revivieron en los antiguos federalistas el encono contra el que antes ya habían calificado de tirano. Aun un representante moderado, como el diputado Pedro Gual, que había visitado al prisionero que era su amigo, y se percató de las condiciones humillantes en que se encontraba el general inglés, protestaba con un discurso vehemente por el inadecuado tratamiento, impropio de una democracia que apenas comienza, y digno de "los métodos de una monarquía argelina".

Al término de esta sesión, el diputado Miguel de Tobar, que antes estaba a favor de Nariño, pidió con dramático acento: "*Que se deponga al vicepresidente de la república por arbitrario y criminal."*

El informe de Nariño no se leyó en la sesión del 8 de junio. Al día 9 Nariño envía una nota sentida en que se queja del tratamiento y de la no lectura de su mensaje, no obstante el interés que inusitadamente había demostrado el Congreso en ese asunto. Viene otro debate candente; y un diputado da como explicación, un tanto ridícula para no haber leído el informe, que no traía mensaje de urgencia. Vuelve a tomar vuelo oratorio el Congreso. Parece el club de los Jacobinos. Mas no obstante los furiosos diputados que a ultranza y desde antaño combatían a Nariño y otros de nuevo cuño que también lo atacaban, la mayoría del Congreso quería seguir adelante en el encomioso encargo que se les había confiado. Así, cuando eran presenta-

das proposiciones que suscitaban unas sustitutivas, en un cuento de nunca acabar, finalmente el día 12 le enviaron al vicepresidente una comunicación terminante:

> Que estando instruido el Congreso que el general Devereux tiene una pieza indecente e indecorosa al carácter de un general, se prevenga al gobierno que lo traslade a una prisión decente y proporcionada a su grado, con la comunicación de que está privado , y que, por lo demás, se continúe la causa por el Tribunal competente a cuyo fin se devolverá el proceso acompañado de la representación de dicho general y que ha dado motivo a la anterior resolución.

Nariño, que no era ciertamente tolerante, que se encontraba enfermo, que sentía su dolor pasado de patria y el nuevo por la incomprensión, que se sabía inocente de las tretas de la irlandesa que había tejido una encerrona en su contra y víctima de la grosería de un oficial que le estaba subordinado, redacta el dÍa 12 de junio, bajo el impulso de su propia indignación, una nota imprudente y ofensiva contra el órgano soberano, y le dice entre otras muchas cosas, que el Congreso "*se ha ido degradando hasta el punto de convertirse de repente no tan solo en tribunal ordinario de justicia, sino también en simple guerra y hasta en un tribunal de policía"*. Adelante los llama "*grupo de facciosos*".

Días tormentosos siguieron en los que en la Corporación legislativa no se legislaba sino que se encendía el fuego de la lengua y el dicterio. Todo el tiempo se hablaba con reproche del vicepresidente y de Devereux, que continuaba encerrado. Entre tanto nuestro héroe soportaba los ardores de sus acuciantes dolores de las piernas y la cintura, la fiebre de la malaria que había pescado en su viaje por el Orinoco y sobre todo el dolor acumulado de los desengaños. Le parecía aborrecible que ese Congreso le impartiera órdenes para acatar sin reparos en relación con Devereux.

Y así, el día 2 de julio, decide enviar a éste con una fuerte escolta de doce hombres ante el Libertador, pero atendido por dos edecanes y otros dos asistentes, en consideración a su grado. Bolívar sabrá que hacer con él. Para esos momentos el Libertador se ha llenado de una gloria plena e irreversible, porque es de advertir que el 24 de junio de ese 1821 había ganado la batalla crucial que selló la libertad de Venezuela y aseguró definitivamente la de la Nueva Granada en el campo de Carabobo contra las fuerzas realistas comandadas por el general Miguel de la Torre, el que había reemplazado en el mando al general Morillo, y era tan feroz y sanguinario como éste.

El triunfo de Carabobo repercutió en todos los rincones de América hispana y aseguró la campaña del Sur, con miras a la libertad del actual Ecuador. Por supuesto, en la mente afiebrada de Bolívar ya se veía como en un delirio el elevado campo de Junín y el de Ayacucho y hasta vislumbró su viaje libertario a las tierras de Brasil, lo que no pudo cumplirse por las desavenencias con el general Santander.

Luego de la remisión de Devereux a Bolívar, Nariño envía el día 5, una nota sencilla pero comedida al Congreso en la que, por haberse minado su salud, y porque sus ministros ya están familiarizados con el cargo y sus responsabilidades, presenta renuncia a la vicepresidencia y se pone a discreción para cuando haya recuperado su salud. El Congreso acepta el mismo día la dimisión, pero le pide que continúe al frente hasta que se nombre el reemplazo. Advertencia inane, pues también el mismo día, y como si tuvieran mucha prisa, nombran interinamente en su lugar al prócer José María del Castillo y Rada, el cartagenero que había sido miembro del Congreso de Tunja.

De estos lamentables episodios hubo, por supuesto, un gran desgaste institucional. Nadie allí obtuvo una victoria. Todos perdieron. La rubia irlandesa jamás obtuvo la pensión y en los años siguientes se fue marchitando en su gris y pobre existencia. Dicen que tuvo algunos amores hacia 1927 con un inglés de la delegación británica, pero que solo se casó un tiempo después con otro inglés de apellido Greenup. Devereux recibió buen trato de Bolívar, y cuando Santander fue nombrado vicepresidente, muy poco tiempo después, le pagó sus servicios nombrándolo embajador en Rusia y en Estonia y Letonia, destinos a los que se fue, aunque no pudo presentar las cartas credenciales porque no fue acreditado por los gobiernos. Regresó pobre y desengañado a morir en el cuasi olvido de los militares en la paz, en su patria adoptiva.

Nariño, el eterno proscrito, se fue unos días a Cúcuta. Sus males eran terribles. Padecía de hidropesía de la cintura para abajo y lo subyugaban terribles dolores y fiebres. Tomó descanso y recuperó en parte su menguada salud, para continuar el periplo cansado de la vida. Su situación económica volvía a ser precaria. Cuando supo de su enfermedad y la renuncia al cargo, su abnegado hijo Antonio Nariño Ortega viajó con todas las dificultades de la época a Cúcuta para atender a su padre. Y unos días después, en "guando" [49], como solía decir el propio Precursor, fue llevado por su hijo a Pamplona,

[49] Parihuela o camilla de arrastrar

sin que pudiera continuar su viaje a Santafé de Bogotá como era su deseo. Peor, por motivos económicos, el noble vástago tampoco pudo quedarse a su lado.

Solo había durado como vicepresidente tres meses, que fueron más intensos que los cuatro años de prisión de Cádiz. Pero, a pesar de los enemigos, no había perdido ni su prestigio ni el apoyo de los pueblos y aun de un número muy importante de los congresistas.

El Congreso expidió la Ley Fundamental de la Unión de los Pueblos de Colombia el 12 de julio de 1821, marco institucional de la Carta que habría de expedirse, ley que en su parte principal declara: "En *el nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo, hemos venido en decretar y decretamos la solemne ratificación de la Ley Fundamental de la República de Colombia, de que va hecha mención, en los términos siguientes:*

> Artículo 1º. Los pueblos de la Nueva Granada y Venezuela quedan reunidos en un solo cuerpo de nación, bajo el pacto expreso de que su Gobierno será ahora y siempre popular representativo.
>
> Artículo 2º.. Esta nueva nación será reconocida y denominada con el título de REPÚBLICA DE COLOMBIA.
>
> Artículo 3º. La nación colombiana es para siempre e irrevocablemente libre e independiente de la monarquía española, y de cualquiera otra potencia o dominación extranjera. Tampoco es, ni será nunca, el patrimonio de ninguna familia ni persona.
>
> Artículo 4º. El Poder Supremo nacional estará siempre dividido para su ejercicio en Legislativo, Ejecutivo y Judicial.
>
> Artículo 5º. El territorio de la República de Colombia será el comprendido dentro de los límites de la antigua capitanía general de Venezuela, y el Virreinato y Capitanía general del Nuevo Reino de Granada; pero la asignación de sus términos precisos queda reservada para tiempo más oportuno.
>
> Artículo 6º. Para la más ventajosa administración de la República, se dividirá su territorio en seis o más departamentos, teniendo cada uno su denominación particular, y una administración subalterna dependiente del Gobierno nacional.
>
> Artículo 7º. El presente Congreso de Colombia formará la Constitución de la República, conforme a las bases expresadas y a los principios liberales que ha consagrado la sabia práctica de otras naciones.(…)

Fue sancionada por el vicepresidente Castillo.

El 30 de agosto el mismo Congreso expidió la Constitución de la República de Colombia[50], que ha sido nuestra primera Carta Fundamental como Estado organizado y conjunto, conformado por la Nueva Granada y Venezuela y abierta la perspectiva para el ingreso de Ecuador, cosa que sucedería muy pronto. Bolívar se hizo presente en la Villa del Rosario de Cúcuta y la sancionó solemnemente como presidente el día 6 de octubre del mismo año 21.

[50] Puede estudiarse en la obra "Las Constituciones de Colombia", Tomo I, del profesor Diego Uribe Vargas, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

XIII

ENFERMEDAD. ELECCIÓN DE SANTANDER COMO VICEPRESIDENTE EN OPOSICIÓN A NARIÑO COMO CANDIDATO. LA LENTA RECUPERACIÓN DEL PRECURSOR, EL REGRESO A BOGOTÁ, LA FAMILIA, PASEOS A ALGUNOS PUEBLOS, LA MILAGROSA. ELECCIÓN COMO SENADOR. ODIO DE SANTANDER CONTRA NARIÑO. POLÉMICAS ENTRE LOS DOS PERSONAJES Y PUBLICACIÓN DE LOS TOROS DE FUCHA

El congreso, por supuesto, siguió sesionando, ya expedida la Constitución que organizaba el estado. Y el paso siguiente fue elegir en propiedad al Libertador Bolívar, a pesar de sus reiteradas protestas de no querer el mando del estado sino del ejército, como primer mandatario de los colombianos. Él había venido siendo presidente en distintas y accidentadas oportunidades, como cuando lo fue de Venezuela y todo se perdió en batalla de La Puerta frente a Boves, situación que irónica y fatalmente se repetiría en el mismo fatídico lugar ya frente a Morillo. Así, pues, que era el primer presidente de la República de Colombia.

Nombre soñado para su patria por Miranda, al igual que la bandera tricolor del amarillo, el azul y el rojo que, según leyenda, fue un arrobo poético de aquel venezolano genial y galante, que en ese forma perpetuaría su recuerdo de una bella dama rubia, de ojos azules y labios rojos, nadie menos que Catalina de Rusia. Esa elección se hizo el 7 de septiembre, sin dificultad alguna.

Pero a continuación debía seguir la elección del segundo más alto dignatario; y aunque el entonces vicepresidente interino de Cundinamarca, general Francisco de Paula Santander, había expresado a sus amigos que no aspiraba a esa elección, fue postulado por sus amigos. Pilar Moreno de Ángel [51] cita una carta de éste a su entrañable amigo Vicente Azuero en que le dice en una parte: "*No miraré como amigo a ninguno que apoye mi continuación en el mando."* Por supuesto que todo esto era de dientes para afuera.

Los diputados, naturalmente, tenían preferencias políticas. Eran políticos

[51] Autora citada, "Santander", edit. Planeta

para ser más exactos, y eso hizo que la elección se tornara complicada. De inicio se nominaron siete candidatos dentro de los cuales estaban Nariño y Santander; hay que resaltar que dentro de la bancada venezolana Nariño gozaba de un gran prestigio, porque, resulta irónico, lo habían visto defender con ardor el espíritu federalista que en esos momentos convenía a la nueva patria, en contraposición a los nuevos centralistas que buscaban soterradamente socavar la unión que acababa de hacerse.

Así, pues, se fue marcando una polarización entre los venezolanos que apoyaban a Nariño y los granadinos que apoyaban a Santander. Después de tres votaciones se acordó, acorde con la nueva Constitución, dejar a los dos que tenían más votos, que fueron los mismos que habían polarizado la representación nacional. Y a partir de allí fueron necesarios cinco dilatados escrutinios más, habiéndose llegado al empate, y de todas maneras sin que se hiciera palpable la mayoría calificada que se requería a favor de alguno de ellos. Finalmente, a la octava votación, ganó Santander con 38 votos contra 20 de Nariño.

Lo que quiere decir que, a pesar de su lamentable papel como vicepresidente y de los escándalos y los debates ardientes, Nariño enfermo y viejo, tenía muchos partidarios en ese congreso ante el que había tenido que presentar renuncia. Un hombre de grandes virtudes, de inigualable talento y cultura, de méritos cargados como sus propios grillos, al que podría prodigársele la frase que dijeron a Arístides de que sus propias virtudes le servían de defectos. Temperamental y terco, continuaba siendo un símbolo de patriotismo no obstante la ceguedad de las pasiones políticas del momento.

Cuando estas dos elecciones se produjeron, salieron dos correos especiales, uno para Maracaibo donde se encontraba Bolívar, y el otro para Bogotá donde se encontraba Santander. Se les comunicaba su designación y se les pedía su presencia para tomar posesión. Para el 1º de octubre ambos estaban en Villa del Rosario. En esta fecha Bolívar, antes de tomar posesión, le dirige una carta [52] al doctor José Ignacio de Márquez, presidente del Congreso, en la que le expone con alta franqueza y sinceridad:

> Excmo. Señor: Llamado por V. E. para venir a prestar el juramento como presidente del estado, tengo la honra de decir a V. E. que he obedecido, con gratitud, a la voluntad del Congreso General. Pero V. E. tendrá la bondad de someter a su sabiduría las siguientes consideraciones, antes de obligarme a aceptar un destino que tantas veces he renunciado.

[52] "Simón Bolívar", obras completas, vol. I, Edit. Librería Piñango, España.

> Cuando las calamidades públicas me pusieron las armas en las manos para libertar a mi patria, yo no consulté mis fuerzas ni mis talentos. Cedía a la desesperación del espectáculo de horror que ofrecía ella en cadenas; y poniéndome a la cabeza de las empresas militares, que han continuado la lucha por más de once años, no fue con ánimo de encargarme del gobierno, sino con la firme resolución de no ejercerlo jamás. Yo juré en el fondo de mi corazón no ser más que un soldado, servir solamente en la guerra, y ser en la paz un ciudadano. Pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo, sin embargo, hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar a Colombia, no conociendo ningún género de administración. Yo no soy el magistrado que la república necesita para su dicha; soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo o en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio. Mis inclinaciones naturales me alejan de él, más cuanto que he alimentado y fortificado estas inclinaciones por todos los medios que he tenido a mi alcance, con el fin de impedirme a mí mismo la aceptación de un mando, que es contrario al bien de la causa pública y aun a mi propio honor.
>
> Si el Congreso General persiste, después de esta franca declaración, en encargarme del poder ejecutivo, yo cederé solo por obediencia; pero protesto que no admitiré el título de presidente sino por el tiempo que dure la guerra, y bajo la condición de que se me autorice para continuar la campaña a la cabeza del ejército, dejando todo el gobierno del estado a S. E. el general Santander, que tan justamente ha merecido la elección del Congreso General para vicepresidente, y cuyos talentos, virtudes, celo y actividad, ofrecen a la república el éxito más completo en su administración.!

He aquí el pensamiento reiterativo del gran caraqueño, desprendido de los atractivos del poder, como tantas veces lo expresó en su vida. Son de resaltar las manifestaciones de reconocimiento y aprecio, que también suenan sinceras y acordes con muchos otros elementos de convicción que la ratifican, a las ejecutorias de Santander. Pensar que el destino jugaba sus trucos y trapisondas y que, menos de siete años después, encontramos a Bolívar tildado de tirano y de conservador; y a Santander, condenado a muerte por el atentado contra este ser prodigioso que solo pensaba en la libertad.

El Congreso, por supuesto, sabe que Bolívar se compromete en la campaña del Sur y que el poder ejecutivo irá a ser desempeñado por un hombre que aun no ha cumplido los treinta años que requiere la novísima Constitución para ser presidente, por lo cual, con pleno conocimiento, el Congreso le habilita la edad. Y siendo así, le pide a ambos próceres que se posesionen,

lo que sucede el 3 de octubre. Primero se posesiona solemnemente ante un Congreso presidido por el doctor José Ignacio de Márquez, el Libertador. Después lo hace Santander. El primer acto de Bolívar como presidente constitucional de Colombia fue la sanción de la Ley Fundamental y la Constitución.

Para el día 7 entre Bolívar y Santander acuerdan un gabinete de cuatro ministros, que son nombrados por decreto de Bolívar: don Pedro Gual, venezolano, ejercería la Secretaría de Relaciones Exteriores, el granadino José Manuel Restrepo, historiador de todos estos hechos, sería el Secretario del Interior, José María del Castillo y Rada, también granadino, entraría a la Secretaría de Hacienda y el venezolano Pedro Briceño Méndez ocuparía la cartera de Guerra y Marina.

El 8 de octubre Bolívar dicta un nuevo decreto encargando del poder ejecutivo al vicepresidente Santander y obtiene licencia para salir del país en busca de la gloria en Quito y Guayaquil. Días muy duros le esperarían a él y a Sucre en el fatídico camino del Patía y Pasto, los mismos que habían padecido Joaquín de Caicedo y Cuero, quien había pagado con su propia vida, y Antonio Nariño en la terrible página que hemos visto. Pero aun un mes después, antes de continuar la epopeya del Sur, volverían a reunirse en Santafé de Bogotá el Libertador y el vicepresidente.

Fue para esa época en que el gobierno presidido por Santander le otorgó en compensación por sus servicios a Bolívar la conocida Quinta de Bogotá, para que pudiera llegar y hospedarse decorosamente en ella el Libertador-presidente.

Bolívar estuvo allí tantas veces al lado de Manuelita. Precisamente, en los días tormentosos de la dictadura y el rompimiento con Santander, a pesar de que el Libertador se alojaba en el entonces Palacio de San Carlos, hoy sede de la cancillería colombiana, aquella "amable loca", como la llamó Bolívar, allí habría de fusilar en efigie al Hombre de las Leyes. Ya los designios incontrolables de la vida habían definido unos linderos irreconciliables entre los dos grandes hombres. Bolívar llamaba Casandro, por lo sibilino, a Santander; y éste manejaba a voluntad a un grupo de exaltados que, transportados a la historia de Roma, se sentían cada uno de ellos Bruto, y llegaron a pensar que la solución era eliminar violentamente a Bolívar, en quien veían a César.

Santander, no obstante haber sido condenado a muerte por el general Rafael Urdaneta, a la sazón ministro de guerra y encargado por el propio

Libertador de adelantar la investigación por los hechos de la noche del 25 de septiembre de 1828, era inocente porque no aceptó los planes de muerte a Bolívar que le transmitió don Florentino González, su gran amigo. Mas su pecado, que sí lo tuvo, radicó en que, conocedor de tales gravísimos hechos, no los informó a las autoridades no obstante que conllevaban un crimen de lo más execrable. No podía hacerlo, por cierto, porque eran sus hermanos masones los comprometidos en el asunto y él era el jefe. Insistentemente les dijo que no cometieran tal despropósito, pero ellos continuaron el complot.

Empero, Bolívar, a instancias de su lejana amiga y enamorada Bernardina Ibáñez, como es conocido, condonó la pena capital a Santander por el destierro a Europa, que marcó una parte muy importante en la vida de este personaje.

Don Manuel de Pombo, citado por Pilar Moreno [53], describe a ese Santander que él conoció tan bien así:

> Santander era un hombre hermoso y arrogante, de gran talla, robustos miembros y apostura imponente. La palabra sonora y acompasada caía de sus labios llenos de grandeza y gracia, y en sus modales la distinción y la dignidad se revestía de soltura y donaire. Afluente, llano y jocoso, en el trato común descendía hasta la última escala social, hasta cantar, comer y jugar con el pueblo; pero ni aun entonces dejaba de ser quien era: bajaba él hasta ellos, pero ellos no subían un punto hacia él; poseía el raro don de mantener a cada cual en su puesto por un mero ascendiente y sin imponerse ni suscitar descontento.
>
> "Trabajador incansable y severo e incontrastable en el mando, era fuera de él el hombre más popular: concurría a fiestas, bailaba en los bailes, replicaba en los certámenes, jugaba ropilla en casa de sus amigos, visitaba los religiosos en sus conventos y a los soldados en sus cuarteles, paseaba por las calles, tertuliaba en los almacenes de los comerciantes, estaba en fin en todas partes; sabía toda la crónica, se adaptaba a todas las situaciones y para todo lo alcanzaba el tiempo. Tenía buena forma de letra y la manía de escribir; así era que colaboraba asiduamente en los periódicos oficiales y particulares y sostenía activa correspondencia epistolar con el extranjero y con personas de gran parte de los distritos de la república. Leía además cuanto salía de la prensa, y aun le sobraba espacio para anotar los libros que le venían a las manos. Por eso decían algunos que el Libertador adolecía de intemperancia de lengua, y el general Santander de intemperancia de pluma.

[53] Pilar Moreno de Ángel, obra citada

En verdad que a Santander habría de causarle varios problemas su "intemperancia de pluma" a que se refería don Manuel de Pombo.

Pero volvamos a la secuencia de ese octubre de 1821. Cuando Nariño, en guando, logra salir de Pamplona donde ha sido muy bien atendido por sus gentes, se dirige a Bucaramanga, ciudad que le brinda igualmente todas las manifestaciones de aprecio. Pero sigue enfermo y lo seguirá hasta el final de sus días, con algunas mejorías pasajeras y recaídas recurrentes.

Empero, en el mismo Congreso se va a elegir a los miembros de la legislatura que tendrá comienzo en 1823. Es un congreso, como se ha dicho, plenipotenciario con rango de constituyente y por lo tanto, según la Carta que acaban de expedir, a él corresponde hacer elección de presidente, vicepresidente y senadores. Y vaya sorpresa, el día 9 de septiembre, al ir a elegir a los senadores por Cundinamarca, los venezolanos postulan el nombre de Nariño, en una bella señal de desagravio al gran Precursor.

Es un motivo, más que suficiente, para que se vuelva a prender el debate de los malquerientes del gran hombre, lanzando desde ese momento las aviesas acusaciones que después sostendrían en el célebre debate en el Senado Vicente Azuero y Diego Fernando Gómez. Pero, a pesar de esas voces coléricas, Nariño es elegido senador por 29 sufragios, la mayor votación que se obtuvo entre los 26 candidatos propuestos para esa senaturía.

Producida la elección a un Congreso que como ya se dijo solo habría de reunirse en los primeros meses de 1823, los acusadores, usando las mismas diatribas y argumentos, buscaron con su verbo encendido que se anulara la credencial y se procediera a elegir de nuevo. Y usando de todos los recursos parlamentarios buscan que se declare la sesión permanente, que no logran.

Así, el debate debe proseguir al día siguiente 10 de septiembre. Ya en esa sesión los amigos de Nariño presentan una proposición, ya trabajada, con la que difieren el asunto al propio Congreso de 1823. La proposición decía: "*Que manteniéndose al general Nariño en la elección de senador, decida el futuro Congreso sobre las tachas que se le objetan."* Y fue aprobada por 21 votos contra 20. No hubo pues más debate en la legislatura, sino que todo ese debate quedó aplazado para la reunión del nuevo Congreso.

Para esa época Nariño ha llegado, maltrecho pero animado, a la finca Las Monjas, que su hijo Antonio ha alquilado a la congregación del monasterio de Santa Inés y en la que dispone una alcoba con vista al lago de Fúquene, para alojar allí a su amado padre. En ese lugar, rodeado de un amor que hacía muchos años no se le prodigaba en medio de la familia, los nietos y

uno que otro amigo, Nariño pasa el final del año 21. Iniciado el año 22, el Precursor está en Bogotá, su ciudad, con la hermosa sabana que añoraba en las tierras españolas de Algeciras, que tanto se le parecieron al lar nativo..

El vicepresidente Santander, en el mando, ha recrudecido su desafecto por Nariño. Hasta el punto de que, conforme lo ha contado don José Manuel Groot, citado por Pilar Moreno [54], Santander dizque dijo en una tertulia, al saberse que Nariño llegó a Cúcuta como vicepresidente: "*Cuando Nariño entre a Bogotá, yo salgo por Santa Bárbara."* Y a pesar de que Santander tuvo varios actos de deferencia con ese Nariño enfermo, que en la victoria sobre las fuerzas federalistas a las que pertenecía el hoy encargado del poder, herido y prisionero, no podía ocultar su animadversión hacia él.

En el primer trimestre de 1822 Nariño está en La Milagrosa, la finca de su querencia, de sus recuerdos, de todos los afanes de veinte años atrás. Está dedicado a sus libros. Sale a la ciudad, conversa con la gente y es acatado y admirado por todos. Su discurso de tertulias es a favor del federalismo que, como antes se observó, creía era el sistema conveniente, ya rotos los vínculos con España. Igual metamorfosis se ha operado, pero a la inversa, en Santander que ahora es centralista a ultranza. Éste, como jefe del gobierno, tiene su red de informantes que todo lo vigilan para mantenerlo al tanto de lo que está ocurriendo, y así se entera de todas las andanzas y comentarios de Nariño. Un día le cobran a éste un impuesto de cuatrocientos pesos por ser el propietario de varias fincas, entre ellas Las Monjas. La finalidad del tributo era sostener al ejército del Sur. Noble propósito; pero injusto en el caso de Nariño, por la simplísima razón de que no era el propietario de tal bien, como lo conocía a la perfección el vicepresidente, ya que él había sido el fiador de Antonio Nariño Ortega en el contrato de arrendamiento.

Nariño protesta, y los áulicos de Santander lo insultan porque si no tenía esa finca, era propietario de muchas otras. Nariño monta en cólera, a pesar de que paga el impuesto. Ya se ha insinuado una tormenta que amenaza el horizonte. Escribe Nariño a Santander una carta como las suyas, empenachada, en la que le dice:

> ¿ …No hubiera sido más conforme con la justicia y la liberalidad de un gobierno popular el haberme contestado por qué fincas se me hacía semejante repartimiento ? Yo le habría manifestado que aun no las tengo. Pero no, el empeño es ultrajarme y no la contribución. Yo no he sacrificado mi vida y todos mis intereses por cambiar de amo, sino por asegurar

[54] Pilar Moreno de Hoyos, ob. Cit.

> nuestras propiedades y nuestras personas de la arbitrariedad de un gobierno despótico que no conoció más ley ni más justicia que su voluntad: y la misma contribución que se nos exige parece que no tiene otro objeto que el de asegurar nuestros sagrados derechos. ¿Cómo pues se comienza por violarlos ? En casos más apurados y urgentes he exigido yo, estando al frente de este gobierno, iguales empréstitos, y no por haber oído la justicia dejé de ver socorridas las necesidades del Estado…

Por esos días apareció un nuevo periódico en Bogotá con el nombre de El Insurgente, que no tenía identificación. Por la índole de los escritos oposicionistas le endilgaron, aun el propio Santander, la autoría del mismo a Nariño. Era época en la que cualquiera escribía un periodiquillo de una o dos páginas que la gente compraba y leía. No había, como era obvio, ni televisión ni cine y el entretenimiento era leer esas páginas políticas, de buen escribir muchas veces. De inmediato hubo eco en el Correo de la ciudad de Bogotá, que era un periódico de los amigos de Santander, antes federalistas ahora todos intransigentes centralistas, en el que se aludía a la publicación y a su autor Nariño. No medían el calibre de las palabras, en un estilo inflamado, que era el que manejaban entonces. El trópico al fin y al cabo.

El Precursor, esencialmente un escritor y periodista, respondió a la defensiva en una carta abierta: "*Sale ahora un periódico intitulado "El Insurgente" y sin más dato que este título y cierta forma en el papel, se desata una tormenta contra mí… Y después de este sartal de injurias y de insultos, ¿qué diremos cuando se sepa que no soy el autor de ese papel ? Pues no solo no soy el autor de estos papeles, sino que desde mi vuelta a esta ciudad no he puesto un solo renglón en la imprenta…"* Estaba casada esa pelea.

Empero, todavía en Santander se iluminaba un poco la concordia, y tratando de apaciguar al general retirado, lo nombra en dos cargos de alguna importancia: el primero era Comandante General de Armas de Cundinamarca, y el segundo era el de Presidente de la Comisión de repartimiento de Bienes Nacionales.

Nariño aceptó y parecía establecida la paz. No fue así lamentablemente. En tres meses un español renegado que había luchado, incluso a las órdenes de Nariño en la campaña del Sur, de nombre José María Barrionuevo y el que había alcanzado el grado de teniente coronel, abusivamente había golpeado a un viejo y otros hombres humildes. Nariño, como era de esperarse, lo sancionó. Pero Santander, solapadamente, le levantó el castigo.

La desautorización era, naturalmente, un agravio a Nariño –y a la justicia

por cierto- y éste renunció con dignidad, mientras el militarote Barrionuevo, en forma insolente lo retaba a duelo. Ya eran dos los militares extranjeros que se atrevieron a ese mismo irrespeto. ¿Cómo pensar que Santander, el Hombre de las Leyes, pudiese cometer esa bajeza ? Pero así fue.

Era, naturalmente, una declaración de guerra retórica. Y ya era enero de 1823. Santander manda a sus amigos, sin que apareciera su nombre, a fundar otro periodiquillo llamado El Patriota, que se vendía por medio real, en el que escribe, sin firmar, sus notas contra Nariño y el federalismo. Esa costumbre la tuvo siempre. La intemperancia de pluma, de que hablaba don Manuel de Pombo.

Nariño entonces, calculando lo que vendría, y el encono de sus relaciones con el encargado del poder ejecutivo, escribe una página, a manera de periódico como había sido La Bagatela, que le publica su viejo editor y amigo Espinoza, cuya primera edición sale el 5 de marzo de 1823, y la titula "Los toros de Fucha". Fucha es el río que pasa al lado de La Milagrosa, en el que Nariño se extasía recordando épocas mejores. Pero Fucha en lengua chibcha significa lucha, pelea. En una de sus "corridas", forma en que llama a sus escritos, después de quejarse sobre la falta de libertad de prensa que negaba el vicepresidente, a quien llama Patriota de a medio –por el medio real a que se vendía el periódico-, entre otras cosas apunta:

> Mis opiniones, señor mío, sobre federación no necesitan ni de sueños ni de anónimos como los de Ud. … Ellas son y han sido las siguientes: que el gobierno central es el más fuerte, el más conveniente para asegurar nuestra independencia, como que en él hay unidad de acción, pero que también es el más expuesto al abuso. Que el gobierno federal es más débil, más tardío en sus deliberaciones, pero es el más adecuado para la libertad y el más opuesto al abuso por el contrapeso que oponen las partes federales. … De aquí se deduce que mientras tengamos sobre nosotros al gobierno español, mientras éste no reconozca nuestra independencia, lo que nos conviene es unidad de acción y el sistema actual; pero que reconocida la independencia por la España, hallándonos sin peligros y con los elementos necesarios, la federación será el áncora de la libertad porque en la extensión de nuestra actual república y en la tendencia que se nota a la servidumbre, como fruto de nuestros antiguos hábitos, estaremos siempre muy expuestos al abuso. Tal vez nuestra opinión es absurda, pero esta es nuestra opinión. ¿No le parece a Ud., señor Patriota que todos podemos tener opinión como Ud. tiene la suya ?

Vejarano [55] reproduce una página con algunas apostillas de las "corridas" de Nariño:

> Usted señor Patriota en palabras distintas a las que aquí empleamos, está empeñado conmigo en lucha desigual, puesto que yo pago mi publicación y usted (alude a la impresión gratuita del periódico de Santander) sin riesgo ninguno está cogiendo sus medios reales de los patriotas"…. "Así es que usted tiene razón y justicia en todo lo que dice. Así es como usted puede insultar a cuerpo seguro. Así es como usted puede engañar a los que no lo conocen"… "Un quidam[56], señor mío, es un ciudadano, y una amenaza de derramar sangre (?) no es para mí una jocosidad. El que ataca la seguridad de un solo ciudadano, ataca la seguridad pública y ninguno está seguro cuando un quidam puede amenazar impunemente a un escritor." "… Alerta con estos anónimos que con el disfraz de patriotas nos quieren alucinar y aterrar con los auxilios directos o indirectos con que cuenta la España. ¿No será este disfrazado patriota uno de los auxilios con que cuenta ? Alerta, pues, que hay operarios muy amaestrados en aquello de dividir para figurar." "… ¿Con que al ilustre Bolívar, mi amigo, con que a nuestro Libertador, sin embargo de la mucha moderación que tiene, debe serle sensible verse escrito en compañía de Nariño ? Que poco nos conoce usted buen hombre. ¿Creerá usted que Bolívar o Nariño tienen sus mezquinas pasiones ?" … " Pero a los menos díganos usted, aunque sufra algo su modestia: ¿ nada le ha valido su patriotismo ? ¿No hay algunos dobloncejos en el baúl ? ¿No hemos pillado algún empleíto con buen sueldo o alguna casita de campo [57] para retirarse a filosofar de cuando en cuando ? ¿Aflojamos para la patria o agarramos para la patria?" … " De manera que lo que usted me propone es que calle y lo deje hablar solo; y yo lo debiera hacer como cuando oímos hablar a un loro." … " Yo creo que entre los modelos que usted nos propone para ser patriotas, ninguno es tan adecuado para excitar la gana de serlo como usted mismo… Porque todas esas veleidades cívicas como usted mismo se honra son capaces de mover a otros menos dignos que yo a ser patriota en su molde, o por lo menos no se verá precisado a cacarear padecimientos por la patria, sino comodidades y provechos de la patria. ¡Dulce y sabroso patriotismo!

[55] Jorge Ricardo Vejarano, ob. cit.

[56] Quidam, persona insignificante o despreciable. En latín significa uno determinado.

[57] Se refiere a la Hacienda Hatogrande, en la actualidad lugar de descanso de los presidentes de Colombia, por compra que se hiciera a los descendientes de Santander. Esa hacienda hacia 1819, época en la cual éste prócer entró a ejercer la vicepresidencia de Cundinamarca después de la batalla de Boyacá, pertenecía a un cura español de nombre Pedro Martínez Bujande, quien fue desterrado. Luego le fue adjudicada a Santander, en su mismo gobierno, por servicios prestados a la independencia. Muerto el prócer, los hermanos don José Asunción y Antonio José Silva, que eran uno médico y otro comerciante, la adquirieron de los herederos e hicieron una hermosa casa. En 1864 unos forajidos entraron una noche y mataron a don José Asunción, abuelo del poeta del mismo nombre, e hirieron gravemente a su hermano Antonio José .

Santander, que es quisquilloso y legalista, manda a llamar a Nariño a su despacho presidencial. Cuando Nariño llega, él con tono suficiente, colocado en la cima del poder, manda a sentarse a alguna distancia a quien en época pasada también estuvo allí sentado, sin tanto alarde. Y olvidando el resto del contenido de la diatriba, le dice lenta y acentuadamente [58]: "*Señor General, me informaron de su escrito sobre la falta de libertad de prensa en Colombia,* y le lee un párrafo que dice: "*Dejémonos señor Patriota de coplas de libertad y de coplas de calaina, lo que nos importa es libertad práctica y esta no la hay cuando se quiere tapar la boca."* Luego pregunta con cálculo y fríamente: *¿Lo cree usted?* Nariño contesta sin alterarse: *Excelencia, yo escribí que quienes insultan sin pudor y con amenazas a quienes no siguen sus ideas son quienes tienen mudas las imprentas.* Santander carraspea un poco y continúa con severo aplomo: *Pero lo escribió usted y lo publicó usted. ¿Hay o no libertad de prensa en Colombia ?* Nariño no tiene alternativa que contestar: *Sí excelencia, sí la hay.*

El vicepresidente, por sus "excesos de escritura", volvió a cargar en El Patriota. Nariño no se quedó atrás y editó el segundo número de Los Toros de Fucha. En la corrida número dos, Nariño, ya en la pelea, escribe:

> *... Le juro a usted por el dios Baco, mi buen "Patriota", que cuando llegué a este célebre pasaje de su periódico fue tanta la risa que me dio, que allá va cólera, miedo, y hasta su papel fue a parar que se yo dónde por reír a todas mis anchas…"* Y luego agrega [59]: *"... Seguiré escribiendo sin arredrarme, y si mis enfermedades me lo impidieren, buscaré compañeros que, sin ser de los que comen en los potreros de Fucha* –Nariño obviamente se refiere de modo perverso a que por aquella época doña Nicolasa Ibáñez, quien había sido amante de Santander, vivía en una hacienda en Fucha- *, me ayuden, poniendo también sus propios nombres…*

A la tercera corrida, editada el 9 de abril de 1823, cumpleaños 58 de Nariño, ya ad portas de presentarse al Senado, el Precursor apunta en son de paz:

> De modo que lo que usted me propone es que calle y lo deje hablar solo; y yo lo debería hacer porque oímos un loco; pero me parece más justo que callemos entre ambos. Por mi parte no hay rodeos ni pujidos; no me toque Ud. ni directa ni más directamente y hable de federación o de centralismo, de sus virtudes o de sus méritos, de su patriotismo o de su "Patriota", o de

[58] Jaime Perea, ob. cit.
[59] Jaime Perea, ob. cit.

lo que le venga en gana que yo no volveré a despegar mis labios. No es armisticio el que propongo y deseo, sino paz eterna para Ud., para mí y para toda la República.

XIV

ACUSACIÓN ANTE EL SENADO. DISCURSO DE NARIÑO EN SU DEFENSA

Según la Constitución de Cúcuta, artículo 40, "*El Congreso de Colombia estará dividido en dos Cámaras, que serán la del Senado y la de Representantes."* El general Antonio Nariño, como se recordará, fue elegido como miembro de la Cámara del Senado. Y cuando los impugnadores de su elección buscaron anularla en la misma legislatura, también ha de recordarse que finalmente los amigos de Nariño, por mayoría absoluta de un voto, difirieron el debate ordenando que la acusación se formulara después de la instalación de ese Congreso que el de Villa del Rosario de Cúcuta había conformado.

Convocado por decreto ejecutivo para que sesionase en el claustro de Santo Domingo, pues en aquella época no había ningún recinto apropiado para el funcionamiento del cuerpo legislativo, las dos Cámaras se instalaron el 23 de abril de 1823, con la presencia del vicepresidente encargado del poder ejecutivo, general Francisco de Paula Santander, quien pronunció el discurso de instalación, como antes lo había hecho Nariño en iguales circunstancias en aquella Villa, según se vio.

Las dos cámaras eligieron sus dignatarios y pasaron a ocuparse de la agenda legislativa. Había, por supuesto, expectativa por el debate que estaba planteado y aplazado. Pero el general Nariño, retirado en La Milagrosa y agobiado por la enfermedad, no concurrió ni a la instalación ni a las sesiones siguientes. Empero, hizo saber que tan pronto se sintiera mejor de sus dolencias, acudiría a responder los cargos que, puntualmente, los señores senadores Vicente Azuero y Diego Fernando Gómez habían radicado en la Secretaría de la Corporación.

Esos cargos eran tres: Que el general Antonio Nariño, quien acababa de dejar la vicepresidencia de la República para el momento de la impugna-

ción, había desfalcado la Caja de Diezmos de la Catedral, en segundo término, que había cometido el delito de cobardía al entregarse al enemigo en Pasto en 1814, y el tercero, aunque parezca inverosímil, era que no reunía la condición constitucional de haber residido en el territorio nacional un mínimo de tres años, después de su regreso de Cádiz.

El artículo 95 de esa Constitución establecía: "*Para ser senador se necesita, además de las calidades de elector:*

> *1º Treinta años de edad.*
> *2. Ser natural o vecino del departamento que hace la elección.*
> *3.Tres años de residencia en el territorio de la República inmediatamente antes de la elección, con las excepciones del artículo 87.*
> *4. Ser dueño de una propiedad que alcance al valor libre de cuatro mil pesos en bienes raíces; o en su defecto, tener el usufructo o renta de quinientos pesos anuales, o ser profesor de alguna ciencia".*

El artículo 87 decía: "*No podrá ser representante el que además de las cualidades de elector, no tenga:*

> 1. La calidad de natural o vecino de la provincia que le elige;
> 2. Dos años de residencia en el territorio de la república inmediatamente antes de la elección. Este requisito no excluye a los ausentes en servicio de la república, o con permiso del gobierno; ni a los prisioneros desterrados o fugitivos del país por su amor o servicios a la causa de la independencia.
> 3. Ser dueño de una propiedad raíz que alcance al valor libre de dos mil pesos, o tener una renta o usufructo de quinientos pesos anuales, o ser profesor de alguna ciencia."

A pesar de la alta connotación jurídica de los dos acusadores, uno de los cuales, Azuero, había sido nombrado por Santander magistrado –ministros los llamaba la Constitución- de la Corte Suprema de Justicia, la excepción clara y diciente a la exigencia de los tres años de vivir en la república, no se tuvo en cuenta en el caso de la ausencia del general Nariño. La acusación se radicó previamente y el Senado la avocó el 24 de abril, suspendió en el cargo de senador al acusado, al que se le notificó y conminó para que asistiera a la sesión del 15 de mayo y asumiera su defensa. Nariño, con la gentileza que le era característica, hizo saber que concurriría a la sesión. Pero la cita se fijó para el día 14, hacia el comienzo de la tarde.

El salón del templo de Santo Domingo se llenó con la presencia de todos los senadores y representantes, al igual que estaba lleno todo el espacio

dedicado a las barras. Uno de los concurrentes a éstas fue un joven llamado Mariano Ospina Rodríguez, que después habría de narrar con altas notas de admiración la intervención del acusado de aquella tarde.

Hacia las dos de la tarde entró el Precursor acompañado de un ujier, en medio del gran silencio que dominaba el ambiente. Su figura respetable, sus canas y los surcos profundos de la frente acentuaban su dignidad que enmarcaba una levita bien cortada, recuerdo del dandi que siempre fue no obstante sus infortunios. Caminaba lento y cojeaba del pie derecho, en cuyo tobillo había soportado los grillos de la ignominia española. Tenía el rostro avejentado, los ojos entrecerrados, pero dominaba el halo de grandeza que lo revestía.

Después de un saludo reverencial a la presidencia de la Corporación, se dirigió hacia donde señalaba el ujier, una silla vacía que era la suya naturalmente, al lado de la de uno de sus acusadores. Se sentó.

La sesión ya había comenzado con el llamado a lista y la lectura del acta anterior. Al reanudarse, el presidente preguntó a los miembros de la Corporación si reconocían al recién llegado como senador. La respuesta afirmativa fue unánime, por lo cual de inmediato procedió a juramentarlo en el cumplimiento de tal encargo. Luego volvió a preguntar si la Cámara del Senado quería oír en esa sesión al acusado Antonio Nariño Álvarez, y como la respuesta volvió a ser afirmativa, ordenó a la secretaría que se leyera la acusación y el auto de avocamiento, cosa que así se hizo, sin que en ningún momento se alterara el rostro del acusado.

Terminado este trámite de rigor, volteó a ver a Nariño y le dio la palabra para que se defendiera. El senador abandonó su curul y pasó a la barra de los acusados. Él lo era y estaba, al igual que la Corporación que habría de juzgarlo, inteligenciado de los cargos que pesaban en su contra. A partir de ese momento pronunció, con su voz aun hermosa y clara, un discurso que ha sido considerado como una de las piezas oratorias mejor construidas en la historia. Comparable con el discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César y el pueblo romano. Solo que este último discurso salió no de los labios del tribuno latino, sino de la pluma de Shakespeare. Por esa importancia magistral, lo incorporamos completo. Dijo:

Señores de la Cámara del Senado [60]:

Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido

[60] Discurso tomado de "Oraciones forenses" de Edit. Temis

nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he instalado, y que ha hecho este nombramiento. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del Congreso, nada tenía de particular esta acusación; lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habían quizá nacido cuando yo ya padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la República, política y militarmente en los primeros puestos sin que a nadie se le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones.

¡Qué satisfactorio es -para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón [61], acusado ante un senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho a la República, y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio: "Oíd a mis acusadores —decía aquel grande hombre—, oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo, daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado"!

Tres son los cargos que se me hacen, como lo acabáis de oír:

1°) De malversación en la tesorería de diezmos, ahora treinta años;

2°) De traidor a la patria, habiéndome entregado voluntariamente en Pasto al enemigo, cuando iba mandando de general en jefe la expedición del Sur, el año de 1814;

3°) De no tener el tiempo de residencia en Colombia que previene la Constitución, por haber estado ausente por mi gusto y no por causa de la República.

Seguiré el mismo orden en que se ha propuesto la acusación. La Tesorería de Diezmos no está en el caso de los demás empleos de administración de rentas. A mí no se me pasaba casa, cajas, faltas, ni moneda falsa, no se hacía tanteo cada año ni nunca; presentaba mi libro de entradas y los libramientos

[61] Timoleón era un general y político griego, nacido en 410 en Siracusa, muerto en Corinto en 336 a. de C. , En 343 fue enviado a auxiliar a las ciudadades griegas de Sicilia contra la tiranía de Siracusa, a cargo de Dionisio el Joven, al cual expulsó en 344 y luego derrotó a los cartagineses en Crimiso 339 a. de C. Tras lograr la pacificación de la isla e instruir una oligarquía moderada, renunció al poder en el 337 y regresó a Grecia, donde fue acusado.

que había pagado, y por uno y otro se veía lo que quedaba en mi poder. Mi obligación, en una palabra, era recibir los enteros, pagar los libramientos y entregar la tesorería cuando llegase el caso, como lo verifiqué el año de 1791. El dinero entraba en mi poder, no en depósito, sino bajo la fianza ilimitada que había dado, para poder negociar con los sobrantes, como lo habían hecho mis antecesores con menos fianza, y como lo hacía públicamente con conocimiento de todos los interesados, sin que a nadie le pudiese ocurrir que yo pagase las oficinas, los libros, las faltas de moneda, las cajas, y que diese una fianza ilimitada solo para percibir 850 pesos que se consumían en los gastos enunciados. El manejo, pues, de los caudales sobrantes no era un abuso, una falta de confianza ni un procedimiento que desmintiese mi hombría de bien; y la prueba de este concepto público la voy a demostrar; yo desafío a mis acusadores a que presenten en su favor un documento igual o que se le parezca.

El año de 1791 se me manda entregar la tesorería al cabildo eclesiástico; es público y notorio a cuantos existían en esta ciudad en aquel tiempo, que ya tenía las mismas negociaciones de comercio que el año de 94; es igualmente notorio que en aquella época tenía en giro más de cien mil pesos, y que a los veinte días de habérseme mandado entregar, rendí mis cuentas y entregué el dinero. Yo llamo aquí la atención del Senado y del público: ¿Cuánta sería mi reputación de hombría de bien cuando no solo encuentro en veinte días modo de cubrir la caja sin alterar ni tocar mis negociaciones, sino fiadores que después de esto respondan por mí de más de trescientos mil pesos? Reflexionad, señores, qué numero de personas, todas pudientes, se necesitan en una ciudad como la nuestra para llenar estas dos partidas en tan corto tiempo; los unos me auxiliaban con su dinero, los otros con sus fincas, para ofrecer y dar una fianza de que no ha habido ejemplo. Y en el día, ¡Dios Justo!, ¡Dios Eterno!, me veo tratado, por esta misma causa, de ladrón... ¿y por quiénes?... el público los conoce mejor que yo, y no es tiempo de distraer vuestra atención del asunto principal.

Toda la ciudad se reunió a mi favor, y contra la prevención y sentimiento del venerable Deán y cabildo, vuelvo a ser nombrado tesorero por el mismo cabildo. Pasan tres años sin que en todo ese tiempo se oyera una reclamación de ninguno de mis fiadores, a pesar de que todos sabían mis negociaciones. Llega el día funesto de mi prisión, no por este motivo, como han dicho mis calumniadores, sino por haber publicado los sacrosantos Derechos del Hombre; y arrastrado a un encierro, se apodera el juez de mis papeles, "y se me forma un alcance sin intervención mía", a pesar de las disposiciones legales que previenen lo «contrario».

Dos meses se pasaron sin que el reverendísimo arzobispo y venerable

cabildo pensasen en proveer el empleo, porque estando asegurados sus caudales, y no habiendo dado motivo para que se me despojase de él, solo mi causa podía obligarlos a dar este paso. Así se verificó, y convencidos ya de que debía continuar arrestado, se trató de nombrar tesorero, y por de contado de entregar la cantidad que por las cuentas del contador resultaba contra mí. Si yo me hubiera hallado en el caso del año de 91, todo se habría concluido como se concluyó entonces; pero las circunstancias eran muy diversas: el aspecto de un criminal en causa de estado, mudó toda la escena en mi contra; era preciso hablar y obrar en contra mía, o hacerse sospechoso para con el gobierno y la real audiencia; no había medio, los momentos eran críticos, y el partido que se había de elegir, fácil de adivinar; me quedé solo con un corto número de parientes y amigos que arrostraron el peligro, y el resto me declaró la guerra.

Se formó el concurso a mis bienes, y todo habría quedado concluido en muy poco tiempo, si la naturaleza de mi causa no lo hubiera impedido. Me hallaba encerrado, no podía por mi mismo dar un paso en el asunto, no sabía otra cosa que lo que el juez me traía a la prisión para que firmara, cuando mí cabeza estaba ocupada solo en pensar cómo la salvaría. Mis fiadores, después de muchos meses de contestaciones inútiles, insignificantes y perjudiciales a sus intereses y a los míos, se vieron precisados a pagar, pero se les entregaron mis bienes, nombraron ellos mismos administradores, y hasta hoy ignoro el resultado de esta administración, ni lo que los bienes embargados produjeron.

Los señores Gómez y Azuero no deben ignorar la enorme diferencia que hay entre una quiebra fraudulenta y un descubierto, que hubiera sido momentáneo, sin las circunstancias que lo acompañaron. ¿Será fallido un negociante, que teniendo arreglado su comercio a crédito, se le prende intempestivamente, se le embargan sus bienes, se almacenan y dejan podrir sus frutos, perder sus deudas v disipar su caudal? Hasta hoy, señores, hay bienes míos almacenados, hasta hoy. después de 29 años, hay deudas cobrables sin cobrar, hasta hoy hay cantidades en depósito, sin pedirse. Y seré yo culpable de que lloren estas familias que se hicieron cargo de estos bienes, de estas deudas y de estos depósitos, cuando a mí no me ha sido permitido hacerlo? Sería justo que aun cuando yo hubiera adquirido nuevos fondos, les hubiera pagado. sin que me dieran cuentas, o me entregaran lo que se me había embargado? Pues con cuánta menos razón se me debe hacer cargo, cuando siempre me he visto imposibilitado de hacerlo, porque padeciendo. o mandando, siempre he estado ocupado en servicio de la patria; de esta patria contra quien hoy también se me acusa de haber sido traidor.

La exposición que aparece en el acta que se acaba de leer es una equivocación nacida del transcurso de los años que han pasado desde aquel

tiempo hasta el día. La fianza que di, como se ve por la certificación del escribano público, documento número 2, no solo fue de 80,000 pesos, sino ilimitada; y constando por el documento número 11, que en el año de 98 se dio carta de lasto a mis fiadores, mal podía deberse cantidad alguna a diezmos hasta la época de la revolución.

Los bienes embargados subían a 126,000 pesos, y el alcance formado sin intervención mía, porque estaba en un encierro, solo llegó a 81,264 pesos 6 reales 7 y cuarto mrs. Tanto el Venerable Cabildo. como mis fiadores se disputaron la posesión de estos, y si los fiadoras vinieron al fin a lastar, fue por culpa suya, pues que no solo se les propusieron por el arzobispo y V. C. moratorias para que fueran pagando con el producto de mis bienes embargados, sino que se conformaban con estos, para cubrir la caja; y los fiadores resistieron lo uno y lo otro, como se ve en los documentos 4 y 6 ya citados.

Al tiempo de mi prisión había en Cúcuta, en poder de don Pedro Chauveau, entre otras partidas, la de 300 cargas de cacao, compradas a 21 pesos, con un año de anticipación, para remitirlas a Veracruz y que se vendieron en Cúcuta mismo a 36 pesos 4 reales. La cuenta con Chauveau subía a más de 15,000 pesos. En Cartagena había 5,555 arrobas de azúcar para remitir a España, cuyo principal y costos hasta aquella plaza, subía a 10,164 pesos 2 y cuarto reales. En La Habana, en poder de don Manuel Quintanilla, había 80 churlas, con 9,925 libras netas de quina, que se estaban vendiendo desde 12 hasta 13 reales libra. Las primeras 15 churlas vendidas antes de mi prisión, produjeron 2,785 pesos, como se ve por el documento número 10, que pido se lea.

A esta proporción las 80 churlas hubieran producido 14,863 pesos, si no se hubiera interrumpido su venta; sin contar el mayor precio de las que se remitieron a Veracruz, de 4 reales más en libra a que se vendieron. En Cádiz, en poder de don Manuel Corsés Díaz, había 166 churlas, con peso neto de 26,282 libras de quina, y en esta ciudad, además de mi casa adornada, de las joyas y alhajas de mi mujer, de mí librería, avaluada en más de 5,000 pesos, se me debían, en sujetos abonados, 41,447 pesos 5 y cuartillo reales. En las moratorias que el reverendo arzobispo y su venerable cabildo propusieron a los fiadores, la mayor cantidad que se les pidió de contado, era de 16,000 pesos, y lo demás a irlo pagando por meses de a 1,000, 2,000 y 3,000 pesos, según iban corriendo los años. Vistas las partidas de arriba, ¿quedará duda de que hubieran podido cumplir con las moratorias, sin poner un real de su bolsillo? Y si fue culpa suya y no mía el no haberlas admitido, ¿seré yo el responsable, el culpado en que después se les haya obligado a hacer el lasto? ¿Se me podrá dar el honroso título de fallido, porque teniendo en su poder los fiadores mis bienes, los han dejado perder? Yo he pedido muchas veces esta

cuenta, yo me he presentado a la Real Audiencia demandando a los fiadores para que me la den, y paguen el sobrante que debió resultar a mi favor, y ni aun pude conseguir que se pagase la dote de mi mujer, graduada con preferencia a los mismos fiadores. ¿Qué extraño es, pues, que haya otras deudas, como la dote de mí mujer, sin pagarse, si los fiadores no han querido rendir las cuentas? ¿Seria indiferente para mí el que se pagase o no la dote que debía entrar en mi bolsillo? Esta es una prueba clara, indubitable de que me ha sido imposible vencer la resistencia que se me ha opuesto constantemente a la liquidación de esta ruidosa cuenta.

Queda, pues, demostrado que el año de 1791 entregué a la tesorería de diezmos, al venerable Deán y Cabildo, por disposición del rey, y que en el manejo de 482.351 pesos o cerca de medio millón de pesos, no me resultó ni un solo real de alcance, porque pude por mí mismo formar mis cuentas y entregar el empleo.

Queda igualmente demostrado que en el año de 94, aunque por la cuenta del contador de diezmos, formada sin intervención mía, resultó un alcance de 81,000 y más pesos, se me embargaron bienes que no solo cubrían esta cantidad, sino que me quedaba un sobrante de muchos miles.

Tercero: que habiéndose los fiadores hecho cargo no solo de los bienes suficientes para cubrir el alcance de la cuenta, sino del total, que subía a más de 126,000 pesos, aunque lastaran al principio la fianza, por el mal modo con que se manejó el asunto, ellos y no yo, son los responsables a la cantidad sobrante, para cubrir la dote de mi mujer, y alguna otra pequeña deuda que resulte de mis negociaciones.

Cuarto: que siendo mis fiadores responsables a todos los acreedores que se presentaron al concurso de estos bienes, por haber cantidad suficiente con qué pagarlos, no habiendo dado cuenta de su producto; y no debiendo yo en el día ni a particulares, ni al tesoro público, ni a la mesa capitular, de diezmos, el epíteto de fallido que se me da es un insulto, una calumnia de Diego Gómez, inventada para sus fines particulares. Que se lean las certificaciones de los ministros del tesoro público y del notario y contador de diezmos.

Vosotros los acabáis de oír, señores, con documentos incontestables: no solo no soy deudor al tesoro público, a los diezmos, ni a los fiadores de la tesorería, sino que estos me son responsables del sobrante de mis bienes, después de cubierto el concurso que a ellos se formó, por efecto de la prisión que sufrí, por haber publicado los Derechos del hombre.

Fijad ahora, ilustres senadores, vuestros ojos sobre el acusado y los

acusadores: fijadlos por un momento y comparad... ¿Qué eran Diego Gómez y Vicente Azuero el año 94, cuando sonaba esta ruidosa causa, que dio el primer impulso a nuestras ideas? ¿En dónde estaban? ¿A qué clase pertenecían? . . . Pero no vamos tan lejos. ¿Qué eran al principio de nuestra transformación? ¿Quién los conocía? ¿Se habían oído sonar sus nombres?. . . ¿Y cuáles son sus servicios durante estos doce años?...¿Qué campañas han hecho? ¿A qué riesgos se han expuesto por salvar la patria? ¿Cuáles han sido los sacrificios personales o pecuniarios que debemos a estos dos amigos, dignos el uno del otro?... Escuchadlos: sus nombres se han comenzado a conocer desde el año de 19. El día memorable de la entrada en esta ciudad de las tropas libertadoras, mientras todas las gentes corrían a las armas para auxiliarse, para defenderse, para rechazar al enemigo, que aún no estaba enteramente destruido, el señor Diego Gómez corría hacia la casa de la Botánica, en donde estaban los bienes secuestrados por los españoles, forzaba y rompía las ventanas de la pieza en que se habían almacenado, y cargaba con los fardos que le vinieron a las manos ¿No os parece, señores, este un paso brillante, un mérito para sentarse en el Congreso y obtener después una toga? ¿No da una idea clara de su patriotismo, de su desinterés, de su amor a la santa causa, por que todos se armaban y peleaban aquel día? ¿No es este benemérito ciudadano, este valiente atleta, el que me debe llamar criminal?... ¿Y como no se le ha formado una causa? Que lo diga su amigo, que era presidente de la junta de secuestros; y si no lo puede decir, porque recíprocamente se sirven, que lo diga el fiscal nombrado por la Corte Superior de Justicia, que lo denunció hace ya algunos meses, y cuyo resultado ignoramos... ¿Y su amigo, su digno compañero de acusación, se empleaba con mejor éxito, sacaba mejor partido de la regeneración de la patria? Sí, señores: después de la presidencia de secuestros, de que ignoro si ha dado cuenta de su conducta, logró que lo nombraran juez de diezmos de Soatá; y en año y medio en solo el manejo de 35,000 pesos, se comió 24,000. ¿No os parece que no desperdiciaba el tiempo? Y con esta quiebra fraudulenta, este verdadero fallido, se sienta también en el Congreso, y tiene la avilantez de tomarme en boca para imputarme su infamia. En el día que hablo, hoy señores, aún no ha cubierto esta quiebra, y lo que tiene satisfecho no creáis que ha sido todo del dinero de los diezmos, no: en libramientos, dados por el gobierno, con los novenos de su hermano, con los sueldos retenidos de su amigo, y los suyos; con los sueldos de unos empleos, que por temor de no conseguirlos o de perderlos, es como se esforzaron a calumniarme para que no me sentara en el Senado.

Comparad, vuelvo a decir, las rapiñas de estos dos hombres, con los sacrificios pecuniarios que por mis cuentas y negociaciones se ve que he sufrido por amor a la causa de la libertad. Aquí veis a Gómez y a Azuero pillando para vestirse, para figurar, para darse una importancia que no se

podían dar por sus servicios; y allá me veis sacrificando por la patria unas negociaciones que en menos de diez anos me habrían hecho un hombre millonario. En solo Cádiz, Veracruz y La Habana, tenía 326 churlas de quina, que, como se ha visto por la cuenta del documento número 10, solo 15 churlas que se habían vendido antes de mi prisión, produjeron 2,785 pesos, a cuya proporción las 326 churlas dan 58,680 pesos; y computando las que había en camino, en esta ciudad y en contratas que aún no se han acabado de satisfacer, que pasaban de 600 churlas, al mismo precio, subía su importe a 108,000 pesos, que por la mayor parte se han dejado perder. La negociación de cacaos, como se ve por la última cuenta, que corre en los autos, de don Pedro Chauveau, aun sin remitir a Veracruz, se vendieron en Cúcuta mismo a 36 pesos, cuando solo habían costado, el año antes, a 21 pesos. ¿Y qué diremos de la negociación de azúcares comenzada al tiempo que se acababa de perder la isla de Santo Domingo, con la revolución de los negros, y de donde salían todos los años dos millones de cajas? Aquí llegué a comprar la arroba al mismo precio que se llegó a vender la libra en Europa. No hablo de otras negociaciones tan bien calculadas como estas, porque esto basta para que se conozca, hasta por los más alucinados, si seré un fallido fraudulento, como Azuero, que se come los diezmos para figurar, o un hombre que ha sacrificado una fortuna brillante, por amor a la libertad. Suponed, señores, que en lugar de haber establecido una imprenta a mi costa; en lugar de haber impreso los Derechos del hombre; en lugar de haber acopiado una exquisita librería de muchos miles de libros escogidos; en lugar de haber propagado las ideas de libertad, hasta en los escritos de mi defensa, como se verá después, solo hubiera pensado en mi fortuna particular, en adular a los virreyes, con quienes tenía amistad, y en hacer la corte a los oidores, como mis enemigos se la han hecho a los expedicionarios. ¿Cuál habría sido mi caudal en los 16 años que trascurrieron hasta la revolución? ¿Cuál habría sido hasta el día?... ¿Y porque todo lo he sacrificado por amor a la patria, se me acusa hoy, se me insulta, con estos mismos sacrificios, se me hace un crimen de haber dado lugar con la publicación de los Derechos del hombre, a que se confiscaran mis bienes, se hiciera pagar a mis fiadores, se arruinara mi fortuna y se dejara en la mendicidad a mi familia, a mis tiernos hijos? En toda otra república, en otras almas que las de Diego Gómez y Vicente Azuero, se habría propuesto, en lugar de una acusación, que se pagasen mis deudas del tesoro público, vista la causa que las había ocasionado, y los 29 años que después habían trascurrido. Dudar, señores, que mis sacrificios han sido por amor a la patria, es dudar del testimonio de vuestros propios ojos. ¿Hay entre las personas que hoy me escuchan, hay en esta ciudad y en toda la república una sola que ignore los sucesos de estos 29 años? ¿Hay quien no sepa que la mayor parte de ellos los he pasado encerrado en el cuartel de caballería, de esta ciudad, en el de milicias de Santa Marta, en el del Fijo de Cartagena, en las bóvedas de Bocachica, en el castillo del príncipe de La Habana, en Pasto, en el Callao de Lima, y últimamente en los calabozos de la cárcel de Cádiz? ¿Hay quien

no sepa que he sido conducido dos veces en partida de registro a España y otra hasta Cartagena? Todos lo saben; pero no saben, ni pueden saber, los sufrimientos, las hambres, las desnudeces, las miserias que he padecido en estos lugares de horror, por una larga serie de años. Que se levanten hoy del sepulcro Miranda, Montúfar, el virtuoso Ordónez, y digan si pudieron resistir a solo una parte de lo que yo por tantos años he sufrido: que los vivos y los muertos os digan si en toda la república hay otro que os pueda presentar una cadena de trabajos tan continuados y tan largos como los que yo he padecido por la patria, por esta patria por quien hoy mismo se me está haciendo padecer. Sí, señores, hoy estamos dando al mundo, el escandaloso espectáculo de un juicio, a que no se atrevió el mismo gobierno español; él ha dicho, en términos claros, que se retenga el sobrante de mis bienes, después de pagado el alcance a disposición de la real audiencia; él ha creído que había un sobrante y, por lo mismo, nunca me juzgó fallido. Pero quizá mis acusadores tendrán razón en el otro punto que voy a tratar, veámoslo..

El segundo cargo es el haberme entregado voluntariamente en Pasto al enemigo, cuando iba mandando la expedición del Sur el año de 13. Es decir, que después de 20 años de sacrificios y servicios hechos a la causa de la libertad de mi patria, siendo presidente dictador de Cundinamarca y general en jefe de esta expedición, siempre victoriosa, me dio la gana de entregarme al furor de los pastusos y al gobierno español, de cuyas garras había escapado milagrosamente, no una vez, sino tres ocasiones diferentes. ¿Y será preciso, señores, que yo me presente ahora cargado de documentos para justificarme ante el senado? Es preciso ser un Diego Gómez, un Azuero, para atreverse, con tanta desvergüenza a estampar, en medio de un congreso, semejante acusación. ¿Qué era lo que yo iba a buscar a Pasto? ¿Qué servicios los que iba a presentar al gobierno español? ¿Conduje conmigo algún tesoro, algunas personas importantes? ¿Entregué el ejército que iba a mis órdenes? ¿Llevaba conmigo documentos que justificasen mi amor y fidelidad al rey?... Y si nada de esto llevaba, ¿qué es lo que iba a buscar a Pasto? Los hombres, en semejantes momentos, no se mueven, sino por el interés, la ambición, la gloria, o el amor a la patria. Yo pregunto a mis acusadores: ¿cuál de estos móviles me conducirían a Pasto voluntariamente? ¿Iría a buscar una fortuna entre los pastusos a quienes acababa de destruir sus ganados para mantener mis tropas? ¿Iría tras unos empleos superiores a los que dejaba en el seno de mi patria? ¿O buscaría la gloria de abandonarla, para hacerle la guerra y destruir una libertad que me costaba ya tantos años de sacrificios?. . . No hablemos del último motivo, porque por cualquier lado que se le mire, siempre resulta, o imposible, o glorioso para mí; sí el amor de la patria me obligó a hacer los sacrificios que hice; y exponerme a los riesgos a que me expuse, este paso sería un mérito y no un delito; y si se cree imposible que en tal caso me pudiese conducir este motivo, yo no hallo cuál pudiere ser el que me condujo voluntariamente entre los enemigos. Que lo digan mis

atrevidos acusadores. ¿Sería acaso el miedo? Pero además de que no habrá un solo oficial, ni soldado que me lo pueda echar en cara, esto sería lo mismo que correr hacia las llamas un hombre que tuviese miedo al fuego. ¿Pues cuál fue el motivo, se me dirá, que lo condujo a usted a Pasto? Vosotros lo vais a oír, señores, pero no de mi boca, sino de la de un hombre imparcial que fue testigo de vista,, que presenció lo que refiere. Que se lea el parte que de oficio dio el mayor general Cabal al Colegio Electoral de Popayán, después de estar yo prisionero en Pasto, señalado con el número 13. (Se lee hasta estas palabras: "… este fue el momento en que yo vi a nuestro general más grande y más heroico. A todas partes atendía, sin reparar en los peligros; recorría todas las divisiones; animaba con su ejemplo a aquellos a quienes la fatiga hacía ya flaquear, y puesto al frente de la división del centro, ataca a la fuerza principal del enemigo, entrando muchas veces en sus tilas, en donde le mataron el caballo. Pero siempre impertérrito y valiente, no afloja un solo instante, continúa con la misma impetuosidad con que había comenzado, y consigue rechazarlo completamente.") Que se detenga por un momento la lectura y se observen con atención estas últimas expresiones del mayor general Cabal. ¿Y cómo compaginamos el concepto de un hombre imparcial que acaba de ser testigo ocular de lo que dice, y el del ilustre Diego Gómez, que en aquel mismo tiempo no sabíamos dónde estaba, quién era, ni si existía tal hombre sobre la tierra? ¿Cómo sería que parecía grande y heroico en medio de las balas, al que presenciaba mis acciones; y. criminal y traidor en el mismo momento a los que estarían a 500 leguas del enemigo? Ahora, señores, ¿recorrería las divisiones, como dice Cabal, animaría con mi ejemplo a los que la fatiga hacía flaquear; entraría en las filas donde me mataron el caballo, y continuaría impertérrito con la misma impetuosidad, hasta rechazar al enemigo, para entregarme después voluntariamente? ¿Cabe esto en otras cabezas que las que están alucinadas por una frenética pasión: por una ambición de mando que los atormenta y los ciega hasta este extremo? Que prosiga la lectura, que ella acaba de aclarar más lo que por ahora podía yo decir. (Prosigue la lectura del parte oficial hasta estas palabras: "Y después de estar bien cerciorado que el general no podía ya venir por tener al enemigo encima, comencé a retirarme").

Que se suspenda por otros momentos la lectura. Aquí dice Cabal: que hasta que no estuvo bien cerciorado de que yo no podía ya ir, por tener al enemigo encima, no comenzó a retirarse; esto es, que hasta que vio imposible mi retirada, no se vino con la tropa que lo acompañaba. ¿Lo queréis más claro, señores? ¿Es esto entregarse voluntariamente al enemigo, o ser entregado por los que me abandonan? ¿Y cuándo es que me entrego? Después que él y todos se vinieron, después que me dejaron solo, después que no me quedó ninguna salida, después que aguardé tres días con sus noches la vuelta de las tropas, después que no veía más puertas abiertas que las de la eternidad y las de Pasto, fue cuando determiné ir a tratar con el presidente de Quito

sobre una suspensión de armas, porque temí lo que pudiera suceder, y lo que hubiera sucedido infaliblemente, si no voy a Pasto y entretengo con mis propuestas la persecución de nuestras tropas amedrentadas. Yo conocía que debía morir en Pasto, pero podía morir sirviendo, y esta consideración fue la que me hizo exponerme a morir sobre un patíbulo con utilidad, más bien que a la sombra de unos árboles inútilmente.

¿Es esto ser criminal o haber cumplido hasta el último instante con mi deber? ¿Y cómo es que el enemigo me había envuelto? Al lado de la artillería que encontré clavada, aguardando la tropa que había mandado llamar, y con solo un puñado de hombres haciendo fuego. El general, dice poco antes el parte, "que siempre conservaba aquella presencia de espíritu que caracteriza a las almas grandes, no se desconcierta por esto. Trata de sostener el honor de las armas que tantas veces habían triunfado, y se decide a hacer frente". Y cómo es que mis acusadores, que los señores del congreso que votaron este Juicio no habían visto este parte que anda impreso en las Gacetas de Cundinamarca del año de 14? Y si lo habían leído, ¿cómo pudo más la simple acusación sin documento ni prueba de unos hombres que desde los primeros pasos del congreso se habían declarado abiertamente mis enemigos? Pero vosotros, señores, y el ilustre pueblo que nos escucha, acabáis de oír la pintura del suceso escandaloso de Pasto, y juzgaréis por lo que dice un testigo tan irrecusable, y a la vista de los mismos oficiales y soldados de quienes habla. ¿Si en el sitio sobre que se me hace este inicuo cargo, merecería un monumento de execración o un monumento de gloria? ¿Si el no haberme desconcertado, si el haber conservado presencia de espíritu, si el haber tratado de sostener con un puñado de hombres el honor de las armas que tantas veces habían triunfado, hasta el punto de ser cortado por los enemigos y abandonado por los míos, merece el título de criminal con que se me ha honrado en el acta, o el de un ciudadano que todo lo ha expuesto por amor de su patria? Vosotros, señores, vais a decirlo para satisfacción de Diego Gómez o para su eterna ignominia. Pero su hijo, se ha dicho, que estaba a su lado, ¿cómo pudo escapar y no pudo escapar el padre? Es verdad, señores, que estaba a mi lado, que jamás me desamparó, que era el único edecán que me había quedado; y esta es otra de las pruebas incontestables de mi resistencia al enemigo hasta el último instante, y en que ni el amor de este hijo querido pudo hacerme vacilar un momento de lo que me debía a mí mismo y a la patria. Que se lea la posdata del mismo parte de Cabal. "El se mantuvo siempre al lado del general, dice el parte, y si no ha corrido la misma suerte que él, como buen oficial y buen hijo, se debe a una corta separación que hizo con el objeto de comunicarme una orden, en cuyo intermedio fue cuando se apoderó el enemigo de nuestro campo, y que yo lo obligué (dice Cabal) a que se salvase con la tropa que había reunido". Con lo que queda respuesta la objeción de la venida de mi hijo, sin necesidad de más documentos ni reflexiones.

Hasta aquí habéis oído, señores, el parte que el mayor general Cabal dio al Colegio Electoral de Popayán. Este parte es dado por uno de los oficiales más impávidos y valientes que llevaba conmigo, por un oficial que presenció todo lo que dice, por un oficial de contraria opinión a la mía, por un oficial que nada tenía que esperar ni temer de mí, y que hablaba delante de mil testigos oculares de lo que dice. Este parte se imprimió y publicó desde el año de 14 y circuló por toda la república. No sé si Diego Gómez, si su compañero de acusación o sus patrones, podrán presentar un documento igual en prueba de lo que han dicho contra mí. Pero si el mayor general Cabal, cuya memoria debe estar siempre grabada en los corazones de todos los amantes de la libertad, de todos los buenos ciudadanos de Colombia, y su nombre escrito entre los primeros héroes de nuestra trasformación, dijo cuanto vio hasta el día 11 de mayo de 1814, en que nos separamos; él no pudo decir: que el día que me presenté en Pasto, llevaba una semana sin comer ni beber; que hasta el 14 lo pasé debajo de unos matorrales aguardando la vuelta de la tropa, a cincuenta pasos del sitio en que quedó la artillería; que al saberse en Pasto mi llegada, se pidió a grito entero por el pueblo mi cabeza; que se me encerró al momento, que se me pusieron un par de grillos, que se dio orden por el presidente de Quito para que se me pasase por las armas. El no dijo, ni podía decir, que a mi firmeza y serenidad debí el haber escapado del furor de los pastusos y de la orden de Montes.

Yo os presentaré, señores, documentos de una parte de lo que él no dijo, porque fue todo posterior a su venida. ¡Pero no hablo hoy a los nueve años de estos sucesos! ¡No hablo después de estar sometido Pasto y hecho prisionero Aymerich! ¡No habrá en este ilustre senado, en este numeroso auditorio, quien pueda deponer lo que digo o contradecirlo! ... Yo ruego a los miembros del senado y a todos cuantos me escuchan, que si hay alguno que pueda agregarse en este momento a Diego Gómez y contradecir lo que llevo referido, se levante y lo diga. (nadie se levanta) Pues si no hay quién apoye ni contradiga; que se lea la carta del general Aymerich al general Leiva, y la contestación de este en el documento número 16. Acabáis de oír, señores, en la Gaceta Ministerial de Cundinamarca, del jueves 23 de junio de 1814, número 178, que escribiendo el general enemigo don Melchor Aymerich a nuestro inmortal Leiva, que tenía el mando de nuestras tropas en Popayán, le dice estas notables palabras. “A la vista del descalabro que ha sufrido el ejército de que es miembro y del destino de don Antonio Nariño que tengo «prisionero» en este cuartel general”. “SÍ V. S. se somete otra vez a la obediencia que debe guardar a nuestro gobierno nacional y me entrega las armas que hay en esa provincia, yo seré pronto a protegerle, etc.”. El general Aymerich trata de seducir al general Leiva, para que le entregue las armas y vuelva a la obediencia de su gobierno, y apoya su solicitud en el descalabro del ejército y en el destino que se me aguarda, teniéndome prisionero en su cuartel general, ¿No parecía más natural, más conforme

con sus ideas, el que le dijera, como Diego Gómez, Nariño se ha entregado voluntariamente, Nariño ha abierto los ojos, ha conocido sus yerros, siendo americano y habiendo sacrificado su vida en servicio de esta causa; sígalo usted que es español y que su vida la ha pasado en servicio de la España? Pero Aymerich, que no es testigo recusable, dice, en términos claros, que "me tiene prisionero". ¿Y con qué lo desmentirá Diego Gómez? ¿Cómo no se sepulta de vergüenza al oírse desmentir por un general enemigo? Pero el señor Diego Gómez es de aquellos hombres a quienes no pueden salir los colores a la cara, a quienes no se les puede conocer vergüenza. Sigue Aymerich y propone canje de prisioneros. ¿Cuál es la respuesta del virtuoso Leiva? Que la oigan esos vampiros miserables y se avergüencen si pueden: "añadiré —dice con fecha 28 de mayo, en cuanto al canje de prisioneros—, que supuesto que la equidad de V. S. lo indica, la primera proposición que tengo que hacer es que, si se devuelve al general Nariño, entregaré por su rescate al coronel, teniente coronel y demás oficiales que constan en la planilla que acompaño; añadiendo cualquiera otro u otros que denominadamente desee V. S., de los que hasta cosa de sesenta están en mi poder". . . ¿Cómo es, pues, que el general Leiva propone canje, ofreciendo más de sesenta oficiales por un traidor, un criminal, que se había entregado voluntariamente a los enemigos? ¿Ignoraría Leiva los motivos de mi quedada en Pasto, después de haber hablado con el ejército y recibido comunicaciones del general enemigo? ¿Lo ignoraba la representación nacional de Popayán, que hace igual encargo a Leiva para mi canje? Solo Gómez y Azuero y sus ilustres cómplices lo ignoran hasta hoy, o suponen que lo ignoran para llevar su intriga al cabo. Que eche el público una mirada sobre sus enemigos, y a todos los verá en los primeros puestos de la república; que la eche sobre los papeles públicos, desde que dejé la vicepresidencia, y en todos verá ese encono, esa intriga, ese espíritu de partido, ese empeño de deprimirme y calumniarme. Veamos si este era el lenguaje del año 14, cuando me acababa de entregar voluntariamente al enemigo, según se expresa Gómez. Suplico que se lea la nota numero 7 de la Gaceta, de 23 de junio, de aquel año.

Advertid, señores, que este no es el lenguaje de la adulación o la lisonja, que solo se emplea con los que se hallan en los puestos; aquí se habla de un hombre reputado ya muerto, de quien nada habría que esperar ni que temer; y por lo mismo debe reputarse como el lenguaje imparcial de la posteridad. Después de un elogio de mi conducta anterior, se leen estas palabras: "¿Quién verá con impavidez. . . en poder de los tiranos, sin experimentar la más extraordinaria sensación, sin exaltarse, sin hacer los mayores esfuerzos y sacrificios, por rescatarlo y vengar su sangre inocente", mi sangre inocente, Diego Gómez, esta sangre que manchó los campos de Pasto, estos campos en donde me llamáis criminal con vuestra inmuda boca. "Ingratitud sería esta, continúa, digna del oprobio de las naciones civilizadas". Solo digna, digo yo, de Diego Gómez y de los que lo han acompañado. "Compatriotas,

sigue, no manchemos nuestra reputación con una nota tan fea: corramos a las armas, desprendámonos de todos nuestros haberes y volemos a Pasto a expiar con la sangre de Aymerich y de sus compañeros, cualquier agravio que se le haya hecho al ilustre Nariño". ¿Qué nombre daremos, pues, a la acusación de Diego Gómez, sostenida por Azuero, cuando el no correr a las armas, el no desprenderse de sus haberes, el no volar a Pasto para vengar mi sangre inocente, se miraba como una ingratitud digna de oprobio de las naciones civilizadas, como una mancha hecha a la reputación de nuestros compatriotas? ¿Cuál será la infamia, el oprobio, que debe caer sobre los que ahora me acusan por este mismo suceso? ¿Los colocaremos entre los defensores de la virtud y el mérito, o entre los impostores, entre los inicuos calumniadores, que por saciar sus bajas pasiones han intentado esta monstruosa acusación?

Pero quizá el lenguaje de las Gacetas no será para mis acusadores una prueba del concepto general que merecía en toda la república el año de 14 cuando me hallaba prisionero en Pasto. Veamos si lo será el lenguaje reunido de estas Gacetas con el del mayor general Cabal, con el del general Leiva, con el de los generales enemigos, con el del Colegio Electoral de Popayán, con el del gobierno de Cundinamarca, con el del soberano congreso de Tunja y con el del general Bolívar desde Caracas. Ya habéis oído, señores, una parte de boca de Cabal, y en los oficios de Montes y Aymerich con la contestación de Leiva; que os lean ahora los documentos números 15, 17, 18, 19 y 20, en los lugares que están señalados, para no molestar vuestra atención con lo que no es del caso.

Entre lo que acabáis de oír, señores, es de observarse como más notable: que en la comunicación del secretario de gobierno con el enviado al congreso, se dice: "En la tarde del día de ayer se recibió por la posta un oficio del excelentísimo señor presidente propietario de este Estado, don Antonio Nariño, incluyendo apertorio un pliego para el soberano congreso, en que propone se nombre, de acuerdo con esta provincia, un diputado, que en unión del que elija el presidente de Quito, ajuste un armisticio cual convenga a las dos partes contratantes". ¿Y qué dice el congreso en su acuerdo después de vistos mis pliegos? .. ¿Dice que no puede entrar en contestaciones con un traidor que se ha entregado voluntariamente al enemigo? No, señores, lo que dice es: "Que habiendo tomado en consideración, en conferencia con el enviado de Cundinamarca. los oficios de! general Nariño, prisionero en Pasto, etc.", se me conteste de modo que el gobierno de Cundinamarca, me reconocía por su presidente "propietario" en 2 de agosto, y el congreso oye mis propuestas y manda se me conteste como a un general prisionero en Pasto. Ellas no tuvieron efecto, no por ser propuestas por un traidor, sino por la necedad de la contestación al presidente de Quito, en que se le habla con impersonalidad, negándole el tratamiento correspondiente a su grado,

como si el ser enemigo se lo quitase, y el haber exigido unas formalidades que no eran del caso, ni estábamos en estado de exigir. Esta contestación impolítica, por no decir otra cosa, fue la que frustró el armisticio propuesto; armisticio que nos hubiera puesto en estado de rehacernos, de concertar nuestras opiniones, de unificar los ánimos, de pertrecharnos, v quizá de haber demorado la invasión de las tropas expedicionarias e impedido sus efectos. ¿Y qué dirían mis mordaces enemigos si yo les pudiera presentar el oficio de Montes en que me proponía el statu quo de La Plata si le ofrecía entregar a Popayán y mi respuesta negándome? Figuráos, señores, por unos momentos, que me veis encerrado en una pequeñísima pieza, tendido sobre una mala cama, cubierto con una ruana, con un par de grillos en mis piernas ulceradas, sin un amigo, sin un libro para distraerme y esperando de hora en hora correr la suerte de Caycedo y Macaulay, y que en este estado recibo el oficio del presidente de Quito en que me hace la propuesta. ¿Qué habrían contestado Gómez y Azuero al oír que no solo se les ofrecía sacarlos de aquel estado angustioso, sino que se les ofrecía restituirlos a sus antiguos honores y empleos? Pero no les hagamos el honor ni aun de dudar lo que habrían hecho, ni aun de traerlos a comparación en semejante momento. ¿Qué habrían hecho, qué habrían contestado otros de mis enemigos que ocupan hoy puestos más señalados? ¿Hubieran contestado lo mismo?... Yo lo dudo. Mas ya que no puedo presentaros estos oficios, que quizá después aparecerán, os presentaré, a lo menos, lo que en la misma situación escribí al congreso y al gobierno de Cundinamarca: en ellos veréis que a presencia del mismo Aymerich, doy igual tratamiento al presidente de Quito, que al presidente del congreso y al de esta provincia; en ellos veréis el lenguaje no de un hombre abatido, que vende los intereses de la patria al temor o a sus miras personales, sino el lenguaje de un Jefe que en medio de los enemigos y de los sufrimientos y peligros que lo rodean, quiere conservar la dignidad de la república, y hace que estos mismos enemigos la respeten. Que se lean los dos oficios insertos en el documento número 16. Y bien, señores, ¿es este el lenguaje de un "adocenado charlatán", de un traidor, de un hombre vendido a los enemigos? Que se me presente en toda la república, en los trece años que llevamos de contiendas con la España por nuestra independencia, otro ejemplar, otro documento como el que acabáis de oír. Pelópidas entre los tebanos se vio en igual situación a la mía; pero si aquel libertador de su patria sufrió como yo, y mantuvo todo su carácter en medio de las prisiones, él no tuvo la desgracia de verse acusado por sus compatriotas por haber pasado personalmente a tratar con el enemigo; aunque hubo la notable diferencia de que aquel hombre extraordinario no se vio, como yo me vi, forzado por la necesidad. E! volvió como yo a verse en libertad, y murió peleando contra el mismo que lo había aprisionado, como yo hubiera muerto peleando contra las tropas de Aymerich si se me hubiera permitido, cuando lo solicité.

Parece, señores, que no hay necesidad de abundar de pruebas para desmentir una calumnia que a cuantas partes volvamos los ojos en toda la república, la hallamos desmentida. Pero no será fuera de propósito el que os recuerde estas palabras de la carta del presidente de Quito, don Toribio Montes, escrita a mí mismo hijo, inserta en la Gaceta número 167 y la nota que las acompaña: "Su señor padre de usted continúa en Pasto, y como me ha representado hallarse enfermo de las piernas, le he contestado y prevenido a aquel general se le quiten las prisiones". Ved aquí, dice la nota, confesado por boca del mismo Montes, el tratamiento que el ilustre Nariño ha recibido de él y de Aymerich: "opresión, encierro, calabozos, grillos y cadenas". ¡Y luego se burlan mis enemigos de mis padecimientos. ¡Y se burlan de mis enfermedades! ¡Y se burlan de que hoy mismo estén mis piernas padeciendo, con las cicatrices de aquellos grillos, de aquellas cadenas que me oprimían en Pasto, no seguramente por traidor y criminal, sino por amigo de la libertad y la justicia! A la vista, señores, de cuanto he expuesto hasta aquí, de cuanto habéis oído, ¿creéis que esta acusación se ha intentado por la salud de la república, o por un ardiente celo, por un amor a las leyes? No, señores, hoy me conducen al senado las mismas causas que me condujeron a Pasto: la perfidia, la intriga, la malevolencia, el interés personal de unos hombres que por despreciables que sean, han hecho los mismos daños que el escarabajo de la fábula. En Pasto, al concluir la campaña, porque ya era el último punto enemigo para llegar a Quito, se me hace una traición, se me desampara, se corta el hilo a la victoria, y por sacrificarme, se sacrifica la patria. ¡Qué de males van a seguirse! ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre va a derramarse! ¡Qué calamidades va a traer a toda la república este paso imprudente, necio, inconsiderado! No hablo, señores, ante un pueblo desconocido; hablo en medio de la república, en el centro de la capital, a la vista de estas mismas personas que han sufrido, que están sufriendo aún los males que ocasionó aquel día para siempre funesto. Yo me dirijo a vosotros y al público que me escucha. ¿Sin la traición de Pasto hubiera triunfado Morillo? ¿Se habrían visto las atrocidades que por tres años continuos afligieron este desagraciado suelo? ¿Hubieran Sámano y Morillo revolcándose en la sangre de nuestros ilustres conciudadanos? No, señores, no, siempre triunfante habría llegado a Quito, reforzado el ejército, vuelto a la capital, y sosegado el alucinamiento de mis enemigos con el testimonio de sus propios ojos, hubiéramos sido fuertes e invencibles. Santa Marta, antes que llegase Morillo, habría sido sometida a la razón, y sin este punto de apoyo. Morillo no habría tomado a Cartagena, y esta capital habría escapado de su guadaña destructora. Y después que se sacrificó mi persona, los intereses de la patria y se inmolaron tantas inocentes victimas por viles y ridículas pasiones, ¿se me acusa de haber sido sacrificado quizá por algunos de los mismos que concurrieron a aquel sacrificio? Si, yo veo entre nosotros no solo vivos sino empleados y acomodados, a muchos de los que cooperaron a aquella catástrofe; y Gómez y Azuero, que en aquel tiempo ni aun sus nombres se conocían, no

son ahora sino los instrumentos de que se valen, para traernos quizá nuevas calamidades. Hoy se quieren renovar por otro estilo las escenas de Pasto: hoy por sacrificarme se volverá a sacrificar la patria, pues existen los mismos gérmenes, muchas de las mismas personas, los mismos odios, la misma emulación, el mismo espíritu de personalidades, la misma necedad y ceguera que entonces nos perdió. Pero no ¡Dios supremo a cuya vista no se puede ocultar el corazón del hombre, levantad vuestro brazo omnipotente y descargadlo sobre mi cabeza, antes que yo vuelva a servir de pretexto a los enemigos de la patria para sus inicuas maquinaciones! ¡Perezca yo en este instante, perezca mil veces, si he de servir de pábulo para que se vuelva a ver afligida mi adorada patria!

Exhibo, señores, esta esquela de desafío del teniente coronel José María Barrionuevo en prueba de lo que acabo de decir. Deteneos un momento, señores, en su contenido, en su fecha y en la persona que me la dirige. Entre ocho y diez de la mañana del día 12 de febrero entrego la comandancia general de armas, recibo esta esquela y veo partir a S. E. el vicepresidente para su hacienda de Hatogrande. Suponed, señores, que yo, menos sumiso a las leyes, con menos desprecio a preocupaciones y con menos previsión de las consecuencias de este asesinato premeditado, hubiera admitido el desafió, ¿cuáles habrían sido los resultados? Si mato a Barrionuevo, S. E, vuelve, me manda arrestar, se me sigue la causa y se me sentencia a muerte. Si Barrionuevo por una casualidad me mata, estando ausente el jefe del gobierno, ¿creéis, señores, que mi muerte, a manos de un ingrato español, se habría visto con indiferencia en la ciudad ¿Creéis que la vista de mi ensangrentado cadáver no habría causado ningún movimiento contra el agresor? Y si Barrionuevo en un conflicto echa mano de la artillería que tiene a su disposición, ¿qué hubiera sido de esta ciudad?

Este Barrionuevo es el mismo que se quedó el día de la acción de "Las Cebollas"; el mismo que de los primeros se vino el día que me abandonaron en Pasto, arrastrando consigo una porción de tropa del segundo campamento; es el mismo que me insultó el día del juicio de los jurados, el que me ha dado mil disgustos durante mi comandancia de armas; sí, el mismo que dio de bofetadas al anciano Urizarri en medio de la calle a las doce del día; el que ofreció de palos al Mayordomo de Propios de la ciudad, y el que hace su fortuna apaleando a nuestros obreros, como lo hacia cuando grababa el escudo de armas de su paisano Sámano. ¡Y las leyes se violan, y la seguridad del ciudadano se atropella, y se ultraja a los superiores! ¡Y Barrionuevo se pasea, y Barrionuevo campea en la ciudad con descanso! ¡Y Barrionuevo se ríe y hace alarde de la protección del gobierno! Juntad, señores, yo os lo suplico, los procedimientos de este solo hombre con la presente acusación de que me estoy defendiendo, y el lenguaje de ciertos papeles públicos de algún tiempo a esta parte; y juzgad si tengo razón para decir que se quieren

renovar los días funestos de Pasto, y que por sacrificarme a mí se volverá a sacrificar la patria.

Permitidme ahora, señores, que en medio de este santuario de las leyes, lea solo las precisas palabras de la que Barrionuevo ha infringido y que está en vigor entre nosotros, para que sirva de prueba de lo que se me esperaba si hubiera admitido su desafío, y de las penas en que él ha incurrido.

"Pragmática sobre duelos y desafíos.—Por si hubiere quien se desviare de mis justas y paternales intenciones, dice la ley, declaro primeramente por esta inalterable ley real y pragmática, que el desafío o duelo debe tenerse y estimarse en todos mis reinos, por delito infame; y, en su consecuencia de esto, mando que todos los que desafiaren, los que admitieren el desafío, los que intervinieren en ellos por terceros o padrinos, los que llevaren carteles o papeles con noticia de su contenido, o recados de palabra para el mismo fin, pierdan irremisiblemente por el hecho, todos los oficios, reñías y honores que tuvieren, y sean inhábiles para tenerlos toda su vida... y si el desafío o duelo llegare a tener efecto, saliendo los desafiados o alguno de ellos al campo o puesto señalado, aunque no haya riña, muerte ni herida, sean sin remisión alguna castigados con pena de muerte y todos sus bienes confiscados".

A vista de esta terminante ley, ¿estaría yo hoy hablando en el senado cualquiera que hubiera sido el resultado del desafío?... Pero no nos distraigamos más del asunto principal. Examinemos el tercer punto de acusación.

El tercer cargo que se me hace es la falta de residencia que exige la Constitución por haber estado ausente, dice Diego Gómez, "por mi gusto y no por causa de la república". Nada más bello, señores, nada más conforme con las ideas del señor Diego Gómez que este cargo. Si, señores, él acaba de correr el velo a esta maldita intriga; él os descubre las intenciones, las miras, la razón y la justicia con que se me han hecho los otros cargos. Por mi gusto, dejé de ser presidente dictador de Cundinamarca; por mi gusto, dejé de ser general en jefe de los ejércitos combinados de la república; por mi gusto, perdí veinte años de sacrificios hechos a la libertad, las penalidades de ocho meses de marchas y el fruto de las victorias que acababa de conseguir; por mi gusto, abandoné mi patria, las comodidades de mi casa, la compañía de mis amigos y mi numerosa familia; por mi gusto, desprecié el amor de los pueblos que mandaba, para irme a sentar con un par de grillos entre los feroces pastusos que a cada hora pedían mi cabeza; por mi gusto, permanecí allí trece meses sufriendo toda suerte de privaciones y de insultos; por mi gusto, fui trasportado preso entre 200 hombres hasta Guayaquil, de allí a Lima, y de Lima, por el Cabo de Hornos, a la real cárcel de Cádiz; por mi gusto, permanecí cuatro años en esta cárcel, encerrado en un cuarto, desnudo

y comiendo el rancho de la enfermería, sin que se me permitiese saber de mi familia. ¿No os parece, señores, que es más claro que la luz del día, que yo he estado ausente por mi gusto y no por causa de la república? ¡Que no le dé al señor Diego Gómez y a sus ilustres compañeros de acusación un antojo semejante! ¡Cuánto ganaría la república con que tuvieran tan buen gusto! Pero no es solo este mi gusto depravado en que justifica la acusación que se me hace; yo veo sentados en este mismo senado, a donde se me niega el asiento, a personas que no han tenido este tiempo, y que no obstante no las han creído mis acusadores dignas de su censura, porque parece que la verdad es lo que más aborrecen.

Aquí pudiera detenerme a citar algunos ejemplos que acabasen de comprobar que este cargo, no solo es ridículo, sino injusto; pero no merece detenernos en él; todo el mundo sabe que bajo el aspecto constitucional en todo el curso de mi vida, no he estado una sola hora ausente de mi patria. Un asunto más grave va a llamar vuestra atención. Cuando me presenté en Cúcuta como diputado por la provincia de Cartagena, y como vicepresidente interino de la república, nombrado por el presidente Libertador, ya tenía las mismas tachas que se me objetaron después para ser senador. Luego que se instaló el congreso me volvieron a nombrar vicepresidente con totalidad de votos. Yo quiero ahora suponer verdaderas y justas estas nulidades, y por consiguiente como impedimento para obtener algún empleo en la república. El congreso, pues, ha sido nulo como instalado por un hombre impedido que no lo pudo instalar, y por lo mismo no tenemos Constitución, ni senado a donde yo debiera sentarme; sin que sirva la respuesta de que antes de instalarse el congreso, no había Constitución que lo prohibiese, porque para un "criminal", como dice el acta, para un hombre que se "entrega voluntariamente al enemigo", no se necesita Constitución para no admitirlo en un empleo de tanta importancia como el de la vicepresidencia, y la vicepresidencia en semejantes momentos. No hay medio, señores, no lo hay por más vueltas que se le quiera dar a esta reflexión. El congreso se instaló en virtud del decreto de 1° de mayo. que proveí como autorizado por el artículo 5° de! reglamento de convocación; se instaló con mi concurrencia como diputado por la provincia de Cartagena, y se instaló por el poder ejecutivo de la república que yo ejercía, y que era entonces indispensable para su instalación; con que o no hubo congreso legítimo, o es preciso declarar como el mayor atentado la acusación hecha contra mí, que pude darle existencia al primer cuerpo de la república, sin que se me pusiera ninguna objeción.

Decir que pude ser vicepresidente para instalar el congreso y que no pude ser después ni ciudadano de Colombia, es suponer que yo he cometido crímenes después de instalado. Yo era el mismo cuando instalé el congreso; el mismo el día que el congreso, en vista del nombramiento hecho por el Libertador, me confirmó y mandó continuar interinamente. Era el mismo el

día que salió empatada la votación para vicepresidente en propiedad, que el día que se me eligió senador. Con que si siempre he sido el mismo: sí no puedo ser senador, tampoco vicepresidente, y si no pude ser vicepresidente, ¿quedará instalado el congreso? Si podía instalarse sin la concurrencia del poder ejecutivo que yo ejercía, ¿por qué no se instaló antes que yo llegase? ¿Por qué se iba ya disolviendo y retirándose a sus casas muchos de sus miembros? Y si el congreso fue legítimamente instalado, ¿qué responden mis acusadores? ¿Qué responden los que apoyaron esta acusación?

Pero ya habéis visto, señores, completamente desvanecidos los tres cargos que con poca reflexión se me han objetado para que pudiera tener el honor de sentarme entre vosotros; ya habéis visto comprobado con documentos incontestables que es falso que sea deudor al Estado; que es falso que deba a diezmos ni debiera el año de 10, pues el año de 98 se dio carta de lasto a los fiadores; que es falso que mi fianza solo alcanzara a ochenta mil pesos cuando era ilimitada; que es falso que deba a dichos fiadores, pues aunque lastaron, también percibieron bienes que excedían la cantidad del lasto; que es falso que me entregara voluntariamente al enemigo en Pasto, y que, últimamente es falso que haya estado ausente por mi gusto y no por causa de la república, y por consiguiente falso cuanto contiene el acta de acusación. De esta acusación, propuesta por dos hombres que, como el incendiario del templo de Efeso, han querido hacer sonar sus nombres obscuros, ya que no lo podían hacer por sus propios méritos. Si la acusación hubiera tenido por objeto la salud de la república, a pesar de ser contra mí, a pesar de su notoria injusticia, yo, lejos de quejarme, me hubiera defendido tranquilamente y les hubiera celebrado su celo y escrupuloso amor a la patria. Pero cuando solo los ha movido un vil y arrastrado interés personal, unas pasiones vergonzosas y contrarias al sosiego y bien público, la indignación del corazón más tranquilo no puede dejar de manifestarse. Y si no que nos digan estos nuevos Eróstratos[62], ¿porqué habiendo en la república, en el seno del gobierno, en la cámara, en este mismo senado otros hombres a quienes quizá con justicia se les pueden hacer objeciones y cargos, solo hayan desenrollado su celo contra mí ? ¿Solo para mí se han hecho las leyes? ¿Solo para el empleo de senador tienen fuerza estas objeciones? La vicepresidencia de la república a quien debe Gómez y Azuero los empleos que indignamente ocupan hoy, ¿no habría merecido iguales objeciones? Pero entonces no hubieran figurado en el congreso que con la vicepresidencia instalé, entonces no habrían sido ministros de la Corte de Justicia; entonces no habrían tapado sus trampas y rapiñas; entonces -y esta es una de las pruebas demostrativas del interés personal por que han intentado esta acusación- "Como vicepresidente les fui útil y callaron, como senador les puedo perjudicar y entonces hablan".

[62] Eróstrato fue un personaje griego del 356 a. de C., que incendió en Efeso el templo de Artemisa, que era una de las maravillas del mundo antiguo.

Y a la vista de semejante escandalosa acusación comenzada por el primer congreso general y al abrirse la primera legislatura, ¿ qué deberemos presagiar de nuestra república? ¿ Qué podremos esperar para lo sucesivo si mis acusadores triunfan o qué sí se quedan impunes? Por una de esas singularidades que no están en la previsión humana, este juicio que a la primera vista parece de poca importancia, va a ser la piedra angular del edificio de vuestra reputación. Hoy, señores, hoy va a ver cada ciudadano lo que debe esperar para la seguridad de su honor, de sus bienes, de su persona, hoy va a ver toda la república lo que debe esperar de vosotros para su gloria. En vano, señores, dictaréis decretos y promulgaréis leyes llenas de sabiduría, en vano os habréis reunido en este templo augusto de la ley, si el público sigue viendo a Gómez y Azuero sentados en los primeros tribunales de justicia, y a Barrionuevo insultando impunemente por las calles a los superiores, al pacífico ciudadano, al honrado menestral. En vano serán vuestros trabajos y las justas esperanzas que en vuestra sabiduría tenemos fundadas. Si vemos ejemplos semejantes en las antiguas repúblicas, si los vemos en Roma y Atenas, los vemos en su decadencia, en medio de la corrupción a que su misma opulencia los había conducido. En el nacimiento de la república romana vemos a Bruto sacrificando a su mismo hijo por el amor a la justicia y a la libertad, y en su decadencia, a Clodio, a Catilina, a Marco Antonio, sacrificando a Cicerón por sus intereses personales. Atenas nació bajo las espigas de Ceres, se elevó a la sombra de la justicia del Areópago, murió con Milcíades, con Sócrates y Foción ¿Qué debemos esperar, pues, de nuestra república si comienza por donde las otras acabaron? Al principio del reino de Tiberio, dice un célebre escritor, la complacencia, la adulación, la bajeza, la infamia, se hicieron artes necesarios a todos los que quisieron agradar; así todos los motivos que hacen obrar a los hombres, los apartaban de la virtud, que cesó de tener partidarios desde el momento en que comenzó a ser peligrosa. Si vosotros, señores, al presentaros a la faz del mundo como legisladores, como jueces, como defensores de la libertad y la virtud, no dais un ejemplo de la integridad de Bruto, del desinterés de Foción y de la justicia severa del tribunal de Atenas, nuestra libertad va a morir en su nacimiento. Desde la hora en que triunfe el hombre atrevido, desvergonzado, intrigante, adulador, el reino de Tiberio empieza y el de la libertad acaba."

.

XV

DÍAS FINALES, VIAJES POR EL CAMPO, VILLA DE LEIVA. LA MUERTE. LOS FUNERALES QUE NO DEJÓ PRACTICAR EL GENERAL SANTANDER

Cuando Nariño termina la contundente pieza oratoria, muy fatigado pero sereno, con gestos elegantes de parlamentario y tribuno, sudoroso busca la silla para sentarse. El Senado todo se pone de pies y las barras aturden con sus abrumadores aplausos. Pero el juicio no ha terminado.

El presidente, como es de rigor en tales casos, nombra una comisión integrada por los senadores Malo, Cuevas y Barona para que evalúen las pruebas y eleven a la plenaria un proyecto de fallo. Al levantarse la larga sesión, Nariño se incorpora después de descansar y sale rodeado de los senadores que lo felicitan y abrazan efusivamente. No así Azuero y Gómez que protestan por los "insultos" recibidos y solicitan el derecho de réplica. El presidente los remite a que presenten sus observaciones ante la comisión accidental, lo que hacen después de la sesión. A la postre sus quejas y argumentaciones serían oídos porque en la proposición final los comisionado habrán de ordenar que no se tengan en cuenta las palabras de vejamen que contra ellos dirigió el acusado.

Los comisionados rinden informe, como estaba ordenado, en la sesión del 19 de mayo, con una ponencia que termina con una proposición que dice:

> Que declare el Senado válida y subsistente la elección del senador hecha en el general Nariño e infundadas las tachas opuestas a ella y que no deben obstarle en ningún tiempo a su buen nombre y fama y que tilden las palabras injuriosas contenidas en la defensa del señor General Nariño y dirigidas contra los señores Azuero y Gómez y otras varias personas, declarándose que no han podido ofender a la buena reputación y fama de dichos sujetos y que deben tenerse como si no hubieran sido pronunciadas en esta Honorable Cámara.

Cuando se dispone la Corporación a votar, intentan desintegrar el quórum. El senador Francisco Soto y Montes de Oca, que se ha constituido en vocero de los acusadores Gómez y Azuero, se declara impedido por enemistad con Nariño; pero éste replica que él no lo considera su enemigo. Aquel se retira de todos modos, igual que los dos acusadores y otros del grupo. El propio Nariño también lo hace por delicadeza personal. Total, el quórum se ha desintegrado por falta de un miembro.

Pasan unos momentos tensos de angustia, hasta que hace su aparición un senador desprevenido, como tantos que han existido siempre en las corporaciones legislativas, y completa la mayoría exigida para deliberar y decidir. Entonces se vota afirmativamente. Pero como al recinto ha vuelto a entrar el senador Soto, sin que cuente el impedimento de su enemistad que había argumentado, deposita el único voto negativo del fallo. Nariño queda absuelto y bañado con el agua lustral de la democracia, mientras sus gratuitos enemigos tascan el freno.

El prócer, muy cansado por el esfuerzo y por lo que ahora se llamaría el estrés, se va a su casa de Fucha. Tiene todos los papeles que necesita para ordenar la publicación de su defensa, que, como es apenas lógico iba a hacer.

Desde luego el comentario general en la ciudad ensalza a Nariño y envilece a los detractores. Éstos, muy golpeados, desde el mismo día del debate han ido donde el vicepresidente Santander para enterarlo de los pormenores del discurso, que Santander suponía así iba a ser, porque conocía el talento y el talante del acusado. Los acusadores Azuero y Gómez, con el alma abatida, le imponen de sus sentimientos humillados, y del desprestigio que los acecha, estando como están en la flor de la edad. Además le participan de sus deseos de llevar las cosas hasta los tribunales en sendas denuncias por calumnias e injurias. Santander, siempre sibilino, toma dos caminos y aconseja conforme a ellos a sus amigos. El primero, él irá, haciendo de tripas corazón, a visitar a su odiado émulo para felicitarlo por el triunfo. Le dirá que siempre creyó en su inocencia. El segundo, aprovechando su alta investidura en el estado, será seducir a Nariño en la conveniencia de no incluir en la publicación de su discurso las alusiones peyorativas a los dos "sujetos", como los designa el fallo del Senado, con lo cual, para su gloria, estaría relevado de la penosa situación de demostrar sus cargos a éstos, con los intríngulis de un proceso judicial ante jueces ordinarios y la intervención de golillas rabulescos, que tanto odiaba Nariño.

Al otro día, en su coche presidencial, llega a La Milagrosa el general

Santander. Nariño se encuentra en la parte superior de la morada cuando se entera de la ilustre visita. Se dispone a bajar, pero el visitante, solícito y considerado, le dice que no baje, pues será él quien subirá. Sabe de los dolores de piernas que le aquejan y que él ha contribuido en cierta forma a aumentar. Santander es ágil, no ha llegado a treinta años, y por supuesto puede subir las gradas en dos zancadas. Nariño le contesta al vuelo: *General, es necesario que yo baje para que usted suba.* Y baja y se encuentran en la planta baja, donde lo recibe con gran amabilidad.

Santander lo felicita por el triunfo, como lo había pensado y le hace la apología a la paz de los espíritus. Él de su parte, ha depuesto todo resentimiento y admira y quiere por todos sus méritos al gran Precursor. Nariño lo escucha y agradece. Luego el vicepresidente le comenta sobre las intenciones de Azuero, Gómez y Barrionuevo de formular las denuncias penales por los cargos y alusiones que con tanta ardentía les ha formulado en su pieza oratoria. Lo cierto es que ellos se quedarían tranquilos si en la publicación del discurso se omiten las alusiones ofensivas, tal como además lo ordenó el Senado.

Claro, el asunto de limar las asperezas no fue tan sencillo. Pero allí estuvo metida la mano de Santander que propició reuniones que tuvieron sabor a vinagre. De todos modos Nariño oyó argumentos y terminó prometiendo que en la publicación no incluiría las fuertes diatribas que contuvo su defensa. Porque Nariño sabe ser razonable cuando se le exponen razones. Acepta pues las recomendaciones de Santander; y en verdad en la publicación que lleva la fecha del juicio, 14 de mayo, retiró tales expresiones. Pero dejó una nota explicativa que lo dice todo: "*Esta defensa está mutilada no solo por haber dispuesto el Senado contra los artículos 97, 98 y 102 de la Constitución, que se textase, sino por haberlo yo ofrecido voluntariamente a las personas que en ella se nombran."*

Un tiempo después, el vicepresidente Santander volvió a ocupar las páginas de El Patriota y publicó, sin firma como era su costumbre, bajo el título de "*La paz sea con nosotros*", un artículo que dice:

> La paz interior, aquella tranquilidad de espíritu que dulcifica nuestra pena y nuestros esfuerzos, y aquella unión del sentimiento favorable a la patria está entre nosotros. La guerra del periódico y el folleto es verdad que no ha turbado el orden sostenido por las leyes, ni que ha afectado el curso ordinario de la marcha constitucional, pero ¡cuántos resentimientos, cuántos odios no iba engendrando insensiblemente! Las pasiones se pusieron en son de combate y el talento y las luces le vinieron de auxiliares. Las imprentas estaban prontas

> para publicar acusaciones, defensas, vidas pasadas y presentes, dicterios, injurias, qué se yo qué más. La nube iba formándose y la tempestad hubiera sido inevitable. ¡Qué día de placer para nuestros enemigos! Pero el cielo que no abandona jamás la causa de lo justo ha desarmado a los beligerantes, disipó la nube y restableció la calma y la quietud. El Senado de Colombia revestido de aquella firmeza y dignidad romana que tanto asombra en la historia del pueblo dominador del Universo, pronunció su fallo, favoreció la inocencia y dio la paz a nuestros pueblos.

Pero al mismo tiempo que realza el fallo del Senado como un triunfo de la inocencia, en el mismo escrito ensalza el voto negativo del senador Soto, por supuesto su gran amigo: "*El senador Soto es digno del mismo Senado romano. El señor Soto tiene el aprecio de los hombres notables de Colombia y sobre todo , ¡La particular amistad del gran Bolívar!"* Como si Bolívar, en la apretada campaña del terrible desfiladero del Juanambú, que antes había padecido cruentamente el Precursor, estuviere pendiente del debate y apoyando a los acusadores de Nariño. Mas es lo cierto que declara una paz, que ya antes de entrar al Senado Nariño, por su parte, había declarado en el último escrito de una de sus "corridas", que vimos páginas atrás.

Y a partir de allí, el vicepresidente modifica su comportamiento con el Precursor, siempre en afugias económicas. Ordena compensarle por los sueldos atrasados con la entrega de una casa que había sido suya, en la que había vivido con doña Magdalena y en donde habían nacido sus cuatro hijos varones, cerca de San Francisco. Nariño había solicitado inútilmente, desde tiempo atrás, que se le hiciera esa compensación.

Entre tanto el Precursor concurre al Senado con cierta asiduidad en los tres meses que faltan de legislatura, incluso hasta a las sesiones vespertinas, no obstante su mala salud y la distancia a su casa. Es un senador desprejuiciado que vota, según su conciencia, sin que nada lo muestre prevenido. En una oportunidad vota favorablemente el ascenso de Santander como general en jefe de los ejércitos colombianos, después de Bolívar, naturalmente.

En agosto se clausura el Congreso. Nariño queda libre de preocupaciones públicas. Entiende que ha cumplido su misión y que la clepsidra de la vida se está agotando. Un día en La Milagrosa, como obedeciendo a un plan largamente meditado, le propone a un mozalbete hijo de una señora que atiende los oficios de la casa, y a la señora misma, que lo acompañe, puesto que su deseo es ir por los pueblos de la sabana a descansar y a mejorar el clima. Nariño a cambio le dará instrucción, y le pagará algunas monedas.

Tiene entonces los problemas de respiración que antaño le molestaron cuando estuvo preso en el cuartel de caballería, y ha vuelto a tomar, como su remedio natural infalible, leche de burra. El muchacho y la madre aceptan encantados. Y dos días después , montado caballero en una mula segura, nuestro Precursor sale de madrugada como su par Alonso Quijano por los polvorientos caminos de aquel verano. A su lado marcha el escudero, caballero en burra parida, con el trotecito corto de quien va lejos. Al despedirse de sus hijos y nietos, alguien le pregunta ¿ *Hasta cuando ?* El contesta: *Hasta el fin.*

Disfrutan el campo. Moran en posadas y comen el alimento de los campesinos con los que el viajero habla de agricultura, de yerbas, de medicinas botánicas con las que aspira a curar sus dolencias. En el lento divagar por la campiña Nariño conversa con el muchacho de todas las cosas de su vida. Le cuenta en desorden sus experiencias, sus aventuras, los trances amargos, sus victorias. Le descubre su vocación agrícola y sus trabajos en ese sentido de veinte años atrás. Pero al mismo tiempo le desvela su pasión por una diosa inasible y veleidosa que es la libertad, a cuyo servicio entregó su juventud y los años de vigor. Hoy parecería ser una simple nostalgia.

Llegan a Pacho, pintoresco sitio de Cundinamarca, donde sus gentes son francas y amables, pero mantienen un sentido del humor que se ha hecho célebre. El humor y los chistes pachunos de que tanto se habla. Allí pasaron varios días sin apuros gozando de la hospitalidad y la admiración de todos los moradores. Hasta que un día alguien soltó su consabido humor, y Nariño reemprende su jornada lenta del viaje por ese rosario de pueblos y caseríos en los que el clima se dulcifica en una eterna primavera, a diferencia de los fríos y nublosos días de Bogotá y sus alrededores. Tausa y Sutatausa, Ubaté y Susa, hasta llegar a Las Monjas frente al Fúquene. Y disfrutan tres días. Pero no están allí, como dos años y medio antes, su hijo y su nuera, que habían sido como un bálsamo en su agonía, después de la tormentosa vicepresidencia. Por lo tanto se reanuda el viaje hacia los lados de Boyacá en la misma planicie de variados verdes y cementeras ubérrimas, con vallados de piedras coloniales y balidos de ovejas y olor a mejorana. Y llegan a Chiquinquirá donde Nariño, en el santuario de todas sus devociones, ora por los tiempos pasados, por los tiempos presentes y por el poco porvenir que sabe le queda.

Los chiquinquireños lo hacen objeto de atenciones y aprecio general. Como antaño, se hace amigo del cura. No olvida que fueron los curas buenos americanos los que le dieron la mano cuando regresó de la lejanía del

mar y del viejo mundo y era un prófugo. Cuántos sueños le vienen a la mente. Recuerda cuando en su desvarío pensaba, como lo hiciera igualmente otro precursor como él, Miranda en la vecina Venezuela, que el pueblo se levantaría contra la opresión al simple son de su palabra elocuente y de su gesto, igual que se levantaron los atenienses con la palabra altiva y patriótica de Demóstenes. Esos sueños estaban hoy marchitos y olvidados, pero él todavía los vivía, como vivía sus victorias de Calimío y el bajo Palacé, y los dolores y angustias del Juanambú, Tacines y Cebollas y los ejidos de Pasto. Todo eso era su vida, con errores y aciertos, pero siempre con un amor indeclinable a su patria y a los dones de la independencia y la paz que vendría. Tal vez la misma de que gozaba ahora.

Pasó de aquí a Tinjacá y después a Ráquira, donde se fascinó con el trabajo de la cerámica hecha con el barro mojado y pisado con los pies aborígenes, en un arte que ya existía antes de los españoles, y que por cierto aun se cultiva con esmero. Eran los mismos seres humanos de la misma tierra fabricando las ánforas, y las ollas, y las tinajas y los filtros del agua. Cuánto disfrutó el contacto con estas gentes sencillas e ignorantes, ante la que él no era exactamente un forastero. Todos sabían de su nombre y sus hazañas, así nunca lo hubieran visto.

Y finalmente, llega a Villa de Leyva, nombre puesto a la urbe recoleta en recuerdo de aquel viejo virrey, don Andrés Díaz Venero de Leyva, ciudad a la que había ido tantas veces cuando se dedicaba al comercio; que frecuentó igualmente cuando su presidencia de Cundinamarca y cuando el Congreso de las Provincias Unidas, con la presidencia de su entonces enemigo Camilo Torres Tenorio, se había desplazado para refugiarse allí, dentro de una trashumancia que él no entendía entonces y tampoco la entendía ahora, sino como los errores colectivos de los seres humanos. Es obvio que en esa localidad volvía a ver en sus recuerdos las figuras de aquellos hombres que ejercían su misión como radicales jacobinos, de verbos elocuentes y principios indeclinables. Sentía sus pasos y oía sus voces que lo llamaban tirano; pero también advertía su congoja ante el patíbulo abierto por esa reconquista que él había visto anticipadamente tantas veces y había pintado con caracteres de sangre en sus escritos de La Bagatela. Estaba vivo el reproche de sus cartas punitivas de Enrique Somoyar, desde la prisión real de Cádiz, al sanguinario de Morillo, héroe nacional en España, y verdugo de aquellos patriotas que en su momento fueron sus émulos, pero a los que reconocía y apreciaba en sus talentos y amor a la patria.

Allí estaba la casa donde nació Antonio Ricaurte, hijo de María Clemencia Lozano, hermana de Jorge Tadeo, e hijos a su vez del marqués de San Jorge, nobiliario personaje muy rico de aquella Santa Fe que ya no existía como que desde 1820 se llamaba Bogotá a secas, quien se casó contra la voluntad de su padre con Juan Esteban Ricaurte, motivo para haberla desheredado, entrañable amigo de juventud y sobrino del noble doctor José Antonio Ricaurte, su cuñado y abogado en sus primeras desventuras en el año 94, motivo por el cual, como se narró en el inicio de esta obra, pagó con largos años de ergástulo en las bóvedas de Cartagena el ejercicio de su profesión. Cómo le dolían los grillos que le pusieron a ese inocente cuñado y esos años siniestros, que él también vivió en carne viva, en la canícula infernal de Cartagena, sin brisa y hundidos en calabozos pútridos bajo la línea del mar, como galeotes de tierra firme. Ah triste destino el del doctor Ricaurte, quien habría de morir allí muchos años después, cuando finalmente le habían reconocido su inocencia.

Al joven Antonio, de veinticinco años cuando regresó en el año 11, su admirador y hombre de gran valor, combatiente a su lado en Ventaquemada y en la defensa de la ciudad en los ardores de la guerra civil, él mismo lo había enrolado a filas en la compañía que envió en auxilio a Bolívar cuando éste emprendía la conocida campaña admirable. Y habría de morir heroicamente en la hacienda San Mateo, inmolando su vida como Sansón, por defender el polvorín de la toma de los españoles comandados por Boves.

Cuánto dolor le producían esos recuerdos. Pero se sentía bien en esa población de trazados coloniales, con la amplia plaza empedrada y fuente cantarina en el centro, la iglesia severa e imponente, y sobre todo el clima suave y parejo que tanto convenía a sus huesos fatigados y a sus dificultades respiratorias. Esto, por supuesto, mientras fue verano.

Buscó una casa de habitación en el marco de la plaza manchega, que alquiló con muebles por la suma de dos pesos mensuales. Se instaló allí con su ordenanza y, teniendo tintero y pluma, con su hermosa letra mandó cartas a todos sus amigos. Pero unos días después se desata el invierno de octubre y noviembre, es decir la estación de las lluvias torrenciales, que lo mantienen a raya, recluido en su habitación sin poder realizar sus caminatas matutinas. Una de las cartas que escribe tiene como destinatario al general Santander, y casi que en un coloquio de viejos amigos, se queja de su encierro y de la humedad constante que se refleja en sus dolores reumáticos. Pero hace sentir en la misiva el apego maravilloso por la vida,

no obstante su recurrente sentimiento precognoscitivo de que ese era su último invierno.

Santander igualmente, como si fueran los grandes camaradas de toda la vida, con gran deferencia le escribe y participa de los últimos acontecimientos fastos para la república y le agrega con especial aprecio:

> Quiera Dios que instalemos el Congreso el dos de enero para que podamos pensar en nuestra suerte y obrar como si nada tuviésemos que esperar de Inglaterra. Cuando usted tenga lugar no deje de indicarme algunas observaciones en esta espinosísima materia, porque muchos ojos ven más que pocos, y aquí no se trata de vista material, que desgraciadamente ya le falta a usted… le repito que soy su apreciador, atento y servidor y amigo. F. P. Santander.

También supo por esos días que de Inglaterra no había llegado el empréstito y que su antiguo compañero Francisco Antonio Zea, tan viejo como él, había muerto.

Tiene amigos: los curas Diego Silva, José María Arias, Custodio Páez y algunos otros de parroquias vecinas que lo oyen alternados diariamente en el derroche de su palabra erudita y su agudo ingenio. También lo son el juez Ignacio Ferro y el abogado bogotano José Antonio Márquez. Y muchos otros nuevos amigos. Familias santafereñas y de Tunja que allí viven en la tranquilidad de un aislamiento casi monástico, sin el agitado trasegar político, y que lo invitan al chocolate de las tres de la tarde con colaciones y almojábanas de queso campesino. No faltan los músicos de marchas autóctonas y acordes melodiosos en los que resaltan las notas agudas de los tiples. Se diría que en todo ese conjunto de sencillez bucólica estaba la felicidad que nunca conoció sino en esquivos días a los que asociaba a su inolvidable Matica.

Un día le anuncian la visita de su gran amigo el doctor Camilo Manrique, político de Bogotá que va a visitarlo. Era el 1º de diciembre. Nariño organiza lleno de entusiasmo una cabalgata para salir el 2 hasta Tinjacá a recibir al visitante. Y utiliza un garboso alazán que le prestan en el convento de San Agustín. Monta remilgado como un chalán de campo y hace caracolear al bello ejemplar, lo corre, disfruta su brío y el alma se le viene de repente al conjunto jinete y animal, como si ambos sintieran el orgullo de ese instante. La cabalgata cobra vida en las cuatro leguas hasta Tinjacá, con gran regocijo. Llega su amigo Manrique y es tal su euforia que hasta se toman dos

copas de anisado. Les sirven el almuerzo campesino, que de inmediato le cae mal. Entonces, mientras los otros disfrutan el convite, él se excusa y se va acompañado de su ordenanza para Villa de Leyva. Pero al otro día 3 de diciembre, regresa a encontrar la cabalgata que viene de camino y se les une con la misma alegría de la víspera. Al llegar a su destino cada uno se va a su morada y Nariño a la suya.

Al 4 de diciembre, a medio día, Manrique va a visitarlo a su casa y lo encuentra ardido de fiebre. Alarmado utiliza los medicamentos de rutina todo el día y en virtud de esos cuidados, al día 5 le baja la calentura para lograr el 6, como un gran prodigio, levantarse y caminar. Claro que hasta allí todos entendieron que se trataba de un brote de la epidemia viral, con los mismos síntomas de transtornos gástricos y fiebres altas que estaba atacando en la villa como una epidemia. Mucha gente estaba padeciendo de lo mismo.

Al día 7, bastante restablecido, va a visitar a su amigo el juez Ferro, que se encuentra postrado con iguales síntomas. Se sabe ya que en la ciudad han muerto varias personas víctimas de la pandemia. Al 8 va al convento de Santo Domingo muy de mañana y pide prestado el alazán, que monta frenéticamente por todo el pueblo toda la mañana. Cuando lo regresa anuncia a los monjes que parte rumbo a la eternidad. Al día 9 de diciembre arde de fiebre y vomita las entrañas; y cuando no tiene ya nada para trasbocar, fluye en hemoptisis la sangre de las cavernas pulmonares, como cuando estuvo preso en la escuela de caballería. Comprende que nunca se había curado de tal enfermedad y que solo la palió con leche de burra y a veces con la tranquilidad y el reposo. Esta vez no era ese el caso, pero sí era el anuncio definitivo que asumió con resignación espartana. Ya lo sabía.

El 10 de diciembre casi agoniza, aunque conserva su lucidez completa. Para el 11, siente una gran mejoría y manda a enjaezar su benevolente mula, que tanto quería. Contra todas las súplicas de los contertulios y de su médico, doctor Gutiérrez, se monta en la acémila y sale por el pueblo y sus alrededores a despedirse de los amigos y conocidos, cosa que repitió el 12 porque aun le faltaban algunas personas. A todos les dijo que se moriría al día 13. Una fuerza interior lo impulsa. Y todavía le sobran energías y voluntad para jugar al tute al final de la primera tarde.

El día 13, muy débil, se levantó y se hizo vestir marcialmente. Tenía el uniforme de general flamante que había adquirido en Europa. Mandó a buscar a unos músicos que pudieran interpretar música religiosa, y los puso en espera, pero listos. Tenía cincuenta y ochos años de edad. Él tomó el reloj

y les expresó que en su momento les daría la orden de ejecutar los himnos y cánticos sagrados. Entre tanto su amigo el cura de Sáchica, don Buenaventura Sáenz, leía con devoción los pasajes pertinentes de la Biblia para la hora final. Nariño expectaba el paso lento de los minutos, sentado en la silla de cordobán. También estaban allí el doctor Manrique y el médico doctor Gutiérrez.

Pasadas las cuatro y media de la tarde miró el reloj por última vez. Sabía que había llegado el momento de la música, pero no alcanzó a dar como director de orquesta el golpe de batuta, porque su cabeza se dobló sobre el pecho en un sueño aparente que, pasados unos minutos, se convirtió en el sueño de la muerte. No estaba con él ningún familiar.

El doctor Juan Gualberto Gutiérrez [63], profesor de medicina de la Universidad del Rosario, escribió la historia clínica, día a día, del ilustre enfermo, atendido desde su propio lecho. En ella puede leerse el desarrollo final desde lo correspondiente al día 9, en que el médico llegó de Tunja a Villa de Leyva, hasta el 13:

> El día 9 (9 XII 23) a las siete y media de la noche llegué a esta villa y en el momento pasé a visitar al enfermo. Por su relación y la de los asistentes me impuse que desde el 3 le había acometido la epidemia que infesta actualmente el país con síntomas bastante definidos como delirio, síncopes, vigilias, privación absoluta del gusto… Que hacía los días 6 y 7 había sentido alguna mejoría que el 8 recrudeció la enfermedad, padeciendo el 9 un fuerte ataque de hemoptisis de modo que se vio próximo a expirar, que habiéndose recobrado un tanto, se le administraron los Santos Sacramentos, continuando no obstante el esputo de sangre, el horror a los alimentos, particularmente los fáciles de digerir y una suma sensibilidad en cuyo estado lo hallé a la hora indicada… Después de haberle examinado atentamente su estado pasado y principalmente su idiosincrasia, etc., arreglamos el método curativo, previniéndome formalmente no le hiciese la menor aplicación sin su consentimiento, a cuya condición me fue preciso sujetarme, considerando que si me retiraba no había otro que me reemplazara y quedaría sin un profesor que le ayudara a dirigir su tratamiento en circunstancias tan apuradas… Yo solamente proponía al señor general los medicamentos que juzgaba convenientes, y él elegía o desechaba según su parecer. Establecimos pues un método que satisficiera las más urgentes indicaciones que se presentaban, a saber: aumentar las fuerzas sin irritar y quitar y moderar el flujo sanguíneo, empleando para llenar estos objetos vulnerarios, tonificantes, refrigerantes y cardíacos, como los huevos con zumo de berros,llantén, borraja y jumaria (¿ Datura arborea?), cuya composición, me dijo, siempre la había

[63] Perea, ob.cit.

> usado con éxito feliz; cordial preparado en caldo de pollo, cebada y arroz; ligeras fomentaciones de ron y briza (sic); algunas embrocaciones de vino, aguardiente y grama; derivativos a los pies, y gelatina de patas de cordero. No quiso tomar por agua común el cocimiento que le propuse de consuelda mondada, llantén y raíz de ortiga blanca, sino agua natural. No se conformó tampoco con el alimento que le propuse de caldos y sopas claras, sino que dijo que debían ser más fuertes, como lo hizo después. También quedaron indicados los caldos de cangrejos y las salsas de verdolaga…
>
> (…) 13. En este fatal día amaneció casi exánime, sin hallársele absolutamente el pulso, que había sido generalmente pequeñísimo, y todas las cosas, en fin, en el último extremo; a las diez y media tuvo paroxismos mortales, se acumularon todos los auxilios que se pueden proporcionar a estos pueblos tan escasos de recursos, por cuyos medios se le prolongó la vida hasta las cinco de la tarde en que, con la mayor serenidad de ánimo, y en todo su juicio, pagó su tributo a la naturaleza…

A los dos días lo enterraron en un rincón del templo de San agustín, después de haber estado expuesto al público durante un día en el mismo lugar sagrado. Nadie pronunció un discurso de despedida, salvo las palabras de los curas amigos, ni hubo ceremoniales ni recordatorios diferentes a la misa y la liturgia fúnebre. El pueblo de la pequeña población había desfilado con gran sentimiento ante su catafalco y en silencio había expresado la admiración que le tuvo al eximio fallecido. Pero no hubo un ramo de flores del gobierno, ni los acostumbrados tres días de duelo en casos semejantes.

Santander, como presidente de la república, registró el hecho con una nota anodina que salió de pluma ajena y publicó en la Gaceta oficial de Colombia. Pero no dictó un decreto de honores ni envió una comisión a sus exequias, no obstante que hacía solo dos años ese muerto había desempeñado el mismo cargo que él ostentaba ahora. Tampoco el Congreso de la República al que pertenecía el desaparecido general como senador, reunido al mes siguiente, expidió una ley de reconocimiento a sus méritos. Ni siquiera se hizo el encomio por acuerdo municipal del cabildo de su ciudad natal, no obstante haber sido su hijo más preclaro y presidente del estado de Cundinamarca en los momentos más cruciales de nuestra historia.

Para el 13 de febrero de 1824, día en que se cumplirían los dos meses de ese fallecimiento, el teniente coronel Antonio Nariño Ortega en compañía de Mercedes y sus demás hermanos, de iniciativa propia quisieron celebrar las honras fúnebres con todos los honores en la catedral primada, como co-

rrespondía a aquel que había sido jefe de estado y gestor hasta el sacrificio de la independencia de que ahora se gozaba en el territorio nacional. Lo primero que hicieron fue pedirle al más connotado orador religioso que existía adscrito a la catedral, doctor Francisco Javier Guerra de Mier, que hiciera la apología del prócer, encargo que éste, admirador ferviente de su padre, aceptó encantado.

Los hijos, a los que no movía otro sentimiento que ser justos con un hombre de la talla de su progenitor, mandaron a hacer tarjetas en nota de estilo para invitar a las autoridades y a las personas más sobresalientes de la capital; y como conforme era la costumbre, también pusieron carteles en las esquinas invitando a la ceremonia luctuosa. Todo esto fue hecho con anticipación y anuncios en todos los sectores de la población.

Pero ocurrió lo inconcebible. Tres días antes de que tuviera lugar el hecho, el coronel Nariño recibió una esquela del padre Guerra de Mier en la que declinaba el encargo y hacía saber que sobre él había recaído la amenaza de que algo terrible le sucedería si pronunciaba el panegírico. Naturalmente que una amenaza de tal dimensión que aterrorizara al prelado, solo podía provenir de las más alta esfera del gobierno. Dicha carta en su parte principal decía:

> Yo nunca calculé que así sucediera. Pero de tres días a esta parte (y hoy muchísimo más) tengo positivas razones, las más poderosas, no solo para temerlo, sino para esperarlo indudablemente. Es decir: me consta con absoluta evidencia que de hacer yo el elogio que me había propuesto del General Antonio Nariño, me van a resultar gravísimos daños en mi carrera y sin disputa los padecería mi cuerpo.

La familia Nariño recibe la misiva con gran decepción y con ira. En las conversaciones privadas con Guerra no les deja dudas de que las amenazas provienen de arriba. Del general Santander y de su camarilla. Entonces, con las invitaciones repartidas aun a ese presidente de la república, quien ha guardado durante los días siguientes a la defunción un silencio sepulcral y no ha expresado ni siquiera una condolencia a los familiares, publican en carteles una explicación para no celebrar la exequias y anexan copia de la carta del presbítero. Bogotá lo sabe ya, mientras el silencio de palacio continúa con frialdad de acero.

Las únicas explicaciones casi oficiales que se logran [64] son las que salen

[64] Lo afirma la mejor biógrafa de Santander, Pilar Moreno de Ángel, ob. cit.

consignadas en el Correo de Bogotá. ¿Y quienes la firman ? Nadie menos que Vicente Azuero y Francisco Soto, los íntimos de Santander que son los directores del periódico. Sostienen ellos que *"... si el presbítero Guerra quería aprovechar su oración fúnebre para exaltar el gobierno del Precursor de los años 1811, 1812 y 1813 en detrimento del actual gobierno, el ejecutivo tendría todo el derecho de prohibir el sermón por sedicioso."*

Don Tomás Rueda Vargas, el patricio educador del siglo XIX [65], al comentar esta mancha de mezquindad y rencor del general Santander, dijo: "*Otra cosa, y esta sí censurable, es la actitud mezquina de Santander en el caso de las honras fúnebres del general Nariño. Se ha dicho que pecó aquí el vicepresidente contra la caridad. No. Fue algo más lamentable en un hombre colocado en su posición: pecó contra la estética."*

Nariño siguió enterrado en Villa de Leyva, donde al cabo de algunos años sus despojos fueron trasladados de un rincón a otro de la misma iglesia. Luego, en el año 46, es decir después de veintidós años, el semanario bogotano El Día tomó una iniciativa muy altruista: se recogería un bono en todo el territorio de la nación para desenterrar a Nariño, traerlo a Bogotá y depositarlo sobre un monumento. Si la generosidad de los colombianos era abundante, hasta se podría pensar en editar los escritos del Precursor, como ejemplos de virtud republicana.

Pero nada de eso resultó. Los recaudos no dieron ni para poner un ladrillo, de manera que Nariño prosiguió once años más en la morada del olvido. En el año 57 el ya general Ibáñez y su hermano Ramón, hijos de Mercedes Nariño y de su esposo Antonio Ibáñez, prócer de la independencia y hermano de las conocidas damas Nicolasa y Bernardina Ibáñez, nacidos en Ocaña, hechos ya con alguna fortuna, en su calidad nietos debidamente autorizados por su progenitora, exhumaron los restos del general Nariño y los depositaron en una urna que llevaron a su madre, quien para entonces vivía en Chía, cerca a Bogotá. Ella los conservó con amorosa devoción durante muchos años.

Era como la respuesta a la indiferencia de los colombianos con el prócer y su memoria.

Pero en 1885 el mismo general Ibáñez Nariño, muerta su madre en 1875 en Bogotá, y ya dueño único de los restos, por una curiosa afición, similar a la de aquella mujer de los "Cien años de soledad" que llegó a Macondo con los huesos de sus padres que siempre llevó consigo, hizo un viaje a Jamaica

[65] Pilar Moreno, ob. cit.

con escala en Panamá y llevó los restos. En el puerto de Colón, por cosas del destino, el cofre se perdió. O se lo robaron como también se dijo, de lo que señalaron a un español que mantenía vivo su viejo rencor con Nariño, o pensaba que en el cofre iban alhajas o documentos de valor. Finalmente se recuperó el cofre por el hijo del general y volvieron al cuidado familiar doméstico, aunque interrumpido el reposo por otros viajes en los que, inexplicablemente, el general se desplazaba con urna y todo.

Solo en 1907 pudieron ser llevados a la Catedral Primada en Bogotá, donde se depositaron en la capilla de Los Dolores. Pero aun habría otro movimiento más, cuando el 19 de julio de 1913 se trasladaron en la misma catedral hasta el monumento que actualmente existe.

A partir de allí, Nariño estaba reivindicado plenamente, aun para sus enemigos que ya no existían. Era un cristal terso de virtudes resplandecientes, más allá de las debilidades circunstanciales de los seres humanos y de sus aristas. Se habían promulgado varias leyes en su homenaje y honor que resaltaban su existencia como un culto al patriotismo y al valor. Se erigió su conocida estatua que domina varios parques y plazas colombianos y se lo consideró oficialmente como el precursor de la independencia de la Nueva Granada y uno de sus libertadores. Finalmente, el último departamento de la patria nueva, en el suroccidente colombiano, cuya capital es aquella ciudad de Pasto donde tanto sufrió, lleva orgullosamente el apellido de aquel hombre de acción y soñador al mismo tiempo, que trajinó su vida entre el esplendor del fasto y los gustos refinados, los libros, las batallas y la macilenta tristeza de los calabozos y cárceles donde debió caminar con una cadena en el tobillo.

BIBLIOGRAFÍA

JORGE RICARDO VEJARANO, *NARIÑO: SU VIDA, SUS INFORTUNIOS, SU TALLE HISTÓRICA,* edición de la Caja de Crédito Agrario, 1972

VERGARA Y VERGARA JOSÉ MARÍA, *VIDA Y ESCRITOS DEL GENERAL ANTONIO NARIÑO, edit. Minerva, Bogotá 1923*

RIVAS RAIMUNDO, *EL ANDANTE CABALLERO DON ANTONIO NARIÑO,* Impr. de la Luz. Bogotá, 1936

ESPINOZA JOSÉ MARÍA, *MEMORIAS DE UN ABANDERADO,* Imprenta El Tradicionalista, Bogotá 1876

JAIME PEREA RODRÍGUEZ, *ANTONIO NARIÑO, PADRE DE MI PAÍS.* Talleres Gráficos de Edit. Cabel, Bogotá, 1991

MARGARITA GARRIDO, *ANTONIO NARIÑO,* Edit. Panamericana, Bogotá 1999

GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA, *EL PROCESO DE NARIÑO A LA LUZ DE LOS DOCUMENTOS INÉDITOS.*

JOSÉ MANUEL RESTREPO, *HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN EN COLOMBIA, T. 1,* Editorial Bedout, Medellín, 1969

SALVADOR DE MADARIAGA, *Bolívar* T. i, Biblioteca de la Historia, Madrid

DIEGO URIBE VARGAS, *LAS CONSTITUCIONES DE COLOMBIA,* T. I, Ediciones Cultura Hispana, Madrid

SIMÓN BOLÍVAR, OBRAS COMPLETAS, Librería Piñango, España, T. I, 1982

PILAR MORENO DE ANGEL, *SANTANDER,* biografía, Edit. Planeta, Bogotá, 1989

ORACIONES FORENSES, Edit. Temis, Bogotá

PARTE PSEGUNDA

MIRANDA

I

MIRANDA EN LA ENCRUCIJADA FINAL. SU MUERTE EN PRESIDIO, SU DESTINO Y EL COMIENZO DE UNA INTENSA VIDA

La cárcel de La Carraca, en Cádiz, está situada en el fondo de la bahía, parte suroriental del puerto. Fue un fuerte con arsenal y continúa siendo un fuerte, pero en el final de ese 1813, ya llevaba un tiempo largo de ser simplemente una cárcel fortificada. Empero se la siguió llamando indistintamente El Arsenal o La Carraca. Tiene cuatro torres que se elevan en los dos pisos de su construcción, que remata con una terraza, a un lado de la cual existe un cuarto pequeño y aislado, que seguramente en época pasada sirvió para almacenar allí cosas de la defensa, parque, fusiles, cañones, pero ahora, por la misma protección de un prisionero muy especial que va a llegar desde el otro lado de la mar océana, iba a ser su cuarto solitario.

Cuando el prisionero llega, el 10 de enero del nuevo año de 1814, todos lo ven con cierta curiosidad por la fama que lo precede. Había viajado en un bergantín oficial del correo llamado *Alerta*, a cargo del teniente de navío Rafael Santiesteban, con instrucciones expresas y escritas, impartidas por el general Salvador Meléndez, gobernador de la fortaleza San Felipe del Morro, en San Juan, en las que le decía: "*El recluso será muerto antes que entregado con vida en caso de ataque. Con todo, deseo que durante el viaje sea tratado con humanidad y decoro como corresponde a su dignidad militar.*"

Es un hombre de cabello blanco largo, que le da marco a un rostro anguloso y noble, en medio de los surcos y arrugas de la frente y de otras partes de la faz marchita, cumplidos ya los sesenta y tres años. Pero un halo de dignidad natural le acompaña, el que, aun en la adversidad de su situación, infundía un gran respeto entre los guardianes del presidio.

Es americano y viene prisionero desde La Guaira, el puerto cercano a Caracas, tras haber estado un breve tiempo en el mencionado San Felipe

del Morro, el imponente castillo que gobierna la seguridad de San Juan en Puerto Rico. Es un general derrotado al que no se le ha seguido un proceso formal, no obstante sus copiosas peticiones a la Real Audiencia de Caracas y a La Suprema Junta de Regencia. Sin embargo, por su rara distinción y su cultura, en esa nueva prisión, no obstante la rigidez de los reglamentos internos y tal vez por órdenes superiores, se le tendrán algunas consideraciones especiales. Es así, por ejemplo, que se le dotará de diez reales diariamente para que con ellos pueda atender a su alimentación en el casino; y hasta se le asignarán dos ordenanzas del personal de la guardia, uno de ellos español, llamado Pedro José Morán, un hombre al cual, a partir de ese momento, su única felicidad será servir a ese general, hoy derrotado, con una entrega total.

Había sido capturado a traición por sus subalternos, en la madrugada del 30 al 31 de julio de 1812. Noche aciaga, como lo fue ese mes para la entonces recién iniciada revolución independentista de Venezuela, de la cual él era el Generalísimo, con rango de dictador, es decir, ostentaba a plenitud todos los poderes de una república incipiente, asediada por las fuerzas realistas españolas y americanas y por las traiciones y malquerencias de los propios partidarios. O sea que, cuando arriba a Cádiz a su nuevo encierro, ya llevaba un año y medio de cautiverio. Este prisionero especial era don don Francisco de Miranda y Rodríguez.

La situación que precipitó estos hechos desgraciados tuvo su causa precisamente en las diferentes traiciones, que terminaron generando el colapso de todas las esperanzas de la causa emancipadora en Venezuela. Ese colapso que ya se advertía como algo evidente, estuvo bañado por sangre patriota; y al no ubicar otro camino de esperanza y para evitar perjuicios mayores, condujo al Generalísimo a la determinación, amarga pero compartida por otros jefes de la causa, de entrar a una capitulación aparentemente honorable en La Victoria, con el pérfido Domingo Monteverde, el jefe realista. Era una forma casi dramática de escoger el camino menos malo para un porvenir aflictivo que ensombrecía todo el panorama.

Monteverde, hombre sin escrúpulos ni más moral que la de la fuerza bruta, no obstante la solemnidad y el compromiso que adquiría bajo su palabra de honor estampada con su firma en el documento respectivo que contenía la capitulación, de inmediato la pisoteó desconociéndola groseramente en todas sus partes y poniendo en prisión al jefe vencido y a otros de sus seguidores.

La deslealtad de Monteverde atormentaba en sus noches al Generalísimo; pero más allá de la traición del enemigo, dolían a su alma de vencido las sucesivas felonías de los propios correligionarios y compañeros de causa. La noche de su captura eran doce los conjurados. Esperaron que se acostara desprevenido después de una cena. Todo lo tenían calculado. Lo capturaron a las tres de la mañana, para luego entregarlo a los españoles y obtener así algún provecho personal.

Eran ellos: Manuel María de las Casas, jefe comandante de armas de La Guaira, en cuya casa se hallaba con gran confianza porque era su amigo y había sido nombrado por él mismo; Miguel Peña, gobernador civil de La Guaira, también puesto allí por el; los coroneles Juan Paz del Castillo, José Mires y Manuel Cortés; los tenientes coroneles Tomás Montilla, Rafael Chatillon, Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Landaeta; el sargento mayor de la plaza Juan José Valdez; y cerraba el círculo el primero de ellos, o el último según la forma de mirar las cosas, que lo era el coronel Simón Bolívar.

Éste era el comandante del fuerte de Puerto Cabello que acababa de perder con polvorín y armas, por otra traición inolvidable: la del execrable Francisco Fernández Vinoni. Puerto Cabello era, por supuesto, la plaza más importante para la revolución.

Y fue con esta pérdida, asociada a otros desastres, como se malogró definitivamente la primera república de Venezuela.

En esa terrible madrugada hicieron levantar a las tres de la mañana a Miranda, al que esperaba desde el comienzo de la noche el barco inglés Zaphir para llevarlo a salvo a Curaçao; y cuando el coronel Carlos Soublette, secretario del general, alumbró con una lámpara, Miranda tomó el brazo del subalterno y con la misma alumbró los rostros de quienes lo estaban traicionando. Fue en ese momento cuando el coronel Bolívar tomó la palabra en nombre de los otros y le dijo: *Está usted prisionero, general.* Miranda solo alcanzó a decir: "*Bochinche, bochinche, solo bochinche saben hacer estos cretinos."* Y entró al silencio. A partir de ese instante, hasta su muerte, el gran Francisco de Miranda había perdido su libertad e iría a sufrir la infame situación de prisionero de los españoles.

El coronel Bolívar había negociado con Monteverde esa entrega, en una acción perversa que mancha su reputación. Y el jefe de las tropas españolas, a cambio de ella, le otorgó un salvoconducto al coronel, a quien agradeció su servicio al rey de España. Con ese salvoconducto, y una aflicción que

no desaparecería jamás, Bolívar se fue a Curaçao y de allí a Cartagena en donde, con titánico esfuerzo, organizaría unos cuadros con los que volvió, en una campaña que se llamó admirable, a Venezuela. Se tomó Caracas y renació la república; pero a pesar de estos triunfos ilusorios, todo se volvería a perder.

Por su parte el generalísimo Miranda, después del cautiverio en Venezuela que se extendió, como ya se dijo, a Puerto Rico y ahora al Arsenal de La Carraca, iría a pasar dos años y medio en esta prisión, en la que murió víctima de varios ataques de apoplejía el 14 de julio de 1816, curiosamente el día de la Toma de la Bastilla, a la edad de sesenta y seis años.

De estos aspectos habremos de ocuparnos con detalles y pormenores adelante.

La traición a Miranda fue justificada con el señalamiento de que fue un cobarde al haber capitulado. Así se sostuvo por parte del propio Bolívar y otros más. Pero la posteridad ha reconocido, como habremos de examinarlo a lo largo de esta obra, que Miranda pudo haber cometido algún error o muchos, como también los cometió Bolívar. Pero ninguno de ellos fue la cobardía ni la traición.

Sebastián Francisco Párbulo de Miranda y Rodríguez, general casi siempre victorioso, llegó a alcanzar los más altos grados militares en los inicios de la Revolución Francesa, incluso el de mariscal de campo, cuando los líderes eran la pléyade de oradores pertenecientes al movimiento de la Gironda, a cuyo grupo pertenecía. Por supuesto esto fue antes de que llegara el período jacobino bajo la dictadura de Maximiliano Robespierre, que se conoce como la época del Terror.

Había nacido en Caracas el 28 de marzo de 1750, hijo de don Sebastián de Miranda y Ravelo, comerciante originario de las islas Canarias y de doña Francisca Antonia Rodríguez, hija de españoles nacida igualmente en Caracas, hogar del que hubo diez hijos, habiendo sido el primero Francisco, a quien por su vocación unívoca de libertador y padre de nuestra emancipación, la posteridad le ha otorgado el título honroso de Precursor de la independencia de América Hispana.

Su vida fue contradictoria, muy similar a la del colombiano Antonio Nariño. Seguidas ambas de líneas iguales, oscilantes entre el triunfo y la derrota, muy a semejanza de aquellas vidas que estudiara el historiador griego, sacerdote de Apolo, Plutarco en las *Vidas Paralelas* .

Ya estudiamos en la parte primera la vida de Nariño, quince años más

joven que Miranda. Ahora veremos la vida, igualmente apasionante, de este último, a quien de entrada colocamos en los momentos finales de su sacrificio, pero todavía animado de esperanzas. Porque a los dos años largos de reclusión en la Carraca, en la que incluso padeció de una tifoidea, no se sentía vencido. Lo animaban proyectos múltiples, el primero de los cuales era una fuga, que cuidadosamente tenía preparada con la ayuda de amigos externos que dieron dinero y facilitaron todo, pero bajo la dirección del mismo prisionero. Un plan cuyo destino, alcanzada la libertad, era el peñón de Gibraltar de donde pasaría a Londres y de nuevo a la lucha. Algo similar a lo que ocurrió con Nariño en la misma ciudad unos años después.

Naturalmente Miranda mantuvo una frecuente comunicación epistolar con sus numerosos amigos, y por supuesto la salida de sus cartas era precedida de algunas monedas generosas para sus carceleros. Veamos lo que dijo en la penúltima carta a los comerciantes de Duncan Shaw y Compañía:

> Hallándome ya mejor de mis calenturas (es muy seguro que había tenido tifoidea en la prisión), he dispuesto partir el miércoles o jueves próximo para aquel viajecito que usted sabe; todo está preparado con bastante cuidado para que lleguemos con toda felicidad a Gibraltar; pero como los moros nos son ahora enemigos, puede la casualidad llevarnos a uno de los puertos de Portugal, que están enfrente del Estrecho tales como Lagos, y otros, donde sea necesario fletar prontamente un bote o falucho con bandera inglesa, americana o de otro país que esté en paz con ellos, y para esto me sería muy útil que usted me enviase (por si o por alguno de sus amigos de Cádiz) cuatro líneas de recomendación para algún comerciante de dichos puertos, que me ayudasen (en tal caso) a despachar lo más pronto posible, y que al mismo tiempo, si yo necesitara más dinero que el que llevo para ello, tomase mi libranza de 200 pesos fuertes contra la Casa de Turnbull y Cía., de Gibraltar; con esto me parece que llevaré conmigo cuanto necesito para un éxito feliz, sin que usted pueda verse comprometido de ninguna manera. No retrase usted ni un punto el regreso de la señora A. con lo que le pido, y cuídemela interin viene a reunirse con nosotros. El nombre que debe usar siempre conmigo es José Amindra.

Como se ve, estaban cubiertos los más mínimos detalles. Solo que el día proyectado para el "viajecito" no se pudo cumplir por un gasto extra de trescientos pesos –que se repartió por supuesto en sobornos- y, habría otra carta de Miranda informando a sus queridos corresponsales de la firma Turnbull lo que había ocurrido y su pedido adicional de tal dinero. [66]

[66] Biografía de Francisco Miranda, Alfonso Rumazo González, Edit. Intermedio

> Aunque dije a usted en mi antecedente billete del lunes último, que para hoy lo más tarde habíamos de partir para el viajecito que usted sabe, no ha podido esto verificarse por la razón que le dirá a usted la señora A., que ahora lleva entrambos billetes. Con este motivo, y para que el negocio vaya con la mayor seguridad (como usted recomienda y yo deseo), ha sido necesario hacer el sacrificio de 300 pesos del dinero que yo tenía para dicho viaje; y así pido a usted que sin dilación me remita la misma cantidad con la señora A., para reponerlo y partirme, lo que debe verificarse dentro de tres días a más tardar, y que me traiga también la carta de recomendación para Portugal, si puede ser. Buen ánimo, y mande a su afmo. Amigo.

Y cuando la parte logística que implicaba tales sobornos, ya aceptados por los guardas españoles se había superado, la enfermedad se vino encima, y en tres meses penosos agotó la vida del ilustre patriota. Fueron tres meses de dolor en los que la mayor parte del tiempo Miranda no tenía conocimiento de sí mismo.

Casi agónico, pasa a la enfermería, que era un pequeño hospital anexo a La Carraca; y el dinero que se tenía reservado para la fuga, se escapa en gastos imprevistos pero naturalmente prioritarios: los médicos que acuden en juntas dispuestas por Morán, buscando lo mejor para el enfermo, a pesar de haberse visto con la mayor claridad los anuncios fatales del final. Fueron varios los ataques de apoplejía cerebral, cuyos síntomas eran el intenso dolor de cabeza, un zumbido en los oídos y pérdida recurrente del conocimiento. Seguramente inamovilidad de algunos miembros. La agonía fue lenta, pero con algunos períodos lúcidos.

Solo una carta pudo escribir después de estos quebrantos, el 25 de mayo. La dirigió a Sara Andrews, quien había sido por un largo tiempo su abnegada y eficiente ama de llaves en su casona de Londres, durante el largo período de su permanencia en esta ciudad, agotada ya la trashumancia de su juventud. Sara además cumplía, de manera silenciosa, las funciones de compañera en todo sentido del hogar. Sabía plenamente ya Miranda que iba a morir en pocos días.

En esa misiva renueva el testamento que había escrito en 1810, con algunas adiciones; y da otras breves instrucciones a esa fiel inglesa, a la sazón de unos cuarenta años, con la que nunca se casó ni elevó a otra categoría, pero con quien tuvo dos hijos, el mayor llamado Leandro Miranda Andrews y el menor Francisco Miranda Andrews. Ambos tuvieron vidas disímiles y separadas. El primero fue diplomático y banquero. Vivió en Bogotá y en Caracas y luego en Europa. Murió después de haber amasado una fortuna

limpia a base de talento y virtud. El otro, aventurero como su padre, se enroló muy joven en las tropas libertadoras que iban rumbo al Perú, pero las que no lograron llegar antes de la batalla de Ayacucho, dicen que por la parsimonia del general Francisco de Paula Santander, encargado del poder ejecutivo, y ya iniciadas las primeras diferencias con Bolívar. Luego participó en algunas acciones cuando se enderezó una conspiración contra éste en Lima, promovida por el general Bustamante, que fue develada rápidamente. Alcanza el grado de teniente. De regreso, en Bogotá se batió en un duelo por cuestiones de honor con un cónsul de Holanda, habiéndole dado muerte. Huyó a Caracas, pero tan pronto pudo, dio la vuelta y se fue a Popayán, en donde se enroló con tropas del general Tomás Cipriano de Mosquera en 1829; y cuando Mosquera fue derrotado en Cerinza, el teniente Francisco de Miranda Andrews, de solo 25 años, fue fusilado.

De la madre Sara se supo que vivió hasta los setenta y cuatro años en Londres, solitaria cuando los hijos se fueron y no volvieron. Y cuando no tuvo más recursos para vivir, vendió por un buen precio la enorme biblioteca de aquel hombre providencial que había copado en todo sentido su vida y con esos recursos vivió hasta el final.

Es de suponer lo que fue la aflicción interior de Pedro José Morán, solitario con su paciente ilustre en el hospital de La Carraca durante esos largos días. Pero Miranda, aun moribundo, es recio. Cuando se le ve casi cadáver, las monjitas le llevan a un cura para que atienda a los requerimientos religiosos de la muerte próxima. Pero el enfermo, un librepensador, con toda la convicción rechaza la intervención del sacerdote. *Déjeme usted morir en paz,* exclama. No obstante, cuando pierde el conocimiento, las monjitas insisten y vuelven a llevarle al religioso para que le aplique los santos sacramentos. Ya no influye para nada su voluntad, que ha perdido. Y realizado con el cuerpo inerte de su amado amo este último ritual sagrado, Miranda fallece, ante la mirada insomne de Morán, a la una y media de la mañana el 14 de julio de 1816, día de la toma de la Bastilla.

Una que otra monja acompaña el cuerpo del fallecido y reza alguna oración de difuntos, mientras Morán se consume en el dolor silencioso. De resto, nadie se entera del fallecimiento de ese hombre que fue grande entre los grandes y cuyo nombre, por voluntad del rey Luis Felipe I de Francia, el hijo de Felipe de Orleáns, ese príncipe renegado al que llamaron Felipe Igualdad, y quien había sido su subordinado en la campaña de Maastricht, fue grabado en el Arco del Triunfo, veinte años después. Y allí está, consagrado como

uno de los mejores generales de la historia de ese país, cuna de la libertad.

Al amanecer se llevaron el cadáver en rústico ataúd. Se recogieron sus pocas pertenencias que fueron quemadas por temor al tifo que había padecido, y a las fiebres que subsiguieron y que consideraron altamente contagiosas. Y en un ritual rutinario para el que no alcanzó el riego del hisopo con agua bendita, se depositó en una tumba cualquiera, con el aditamento de que era un reo contra el estado español.

En ese lugar permaneció un tiempo impreciso, hasta que, por motivos cambiantes de la vida, se dispuso evacuar las tumbas para otra destinación del suelo; y como nadie apareció a reclamar, los restos, confundidos con otros restos menos ilustres pero iguales al fin y al cabo, pasaron al osario común donde en adelante nadie pudo saber cuáles eran los unos y cuáles eran los otros. De estos últimos días del gran Miranda, solo quedó la partida de defunción asentada por el cura:

> Certifico que en el libro quinto de defunciones del Arsenal de La Carraca, que se custodia en este archivo, al folio 159 vuelto se halla la siguiente partida: En catorce de julio de 1816, falleció en el Hospital Real Arsenal de La Carraca, el particular de causa pendiente y reo de estado, Francisco de Miranda, hijo de Sebastián, natural de Venezuela en Caracas, de estado soltero, edad de sesenta años, no testó, recibió el Santo Sacramento de la Extremaunción y su cadáver fue sepultado en el Camposanto de este Distrito de que certifico."[67]

Veamos ahora cómo fue la apasionante vida de este reo de Estado.

[67] Rumazo, ob. cit.

II

LOS PRIMEROS AÑOS Y EL AMBIENTE AMERICANO. VIAJE A ESPAÑA E INGRESO AL EJÉRCITO. SUS LECTURAS Y VIAJE A GIGRALTAR. LA MASONERÍA. PRIMERAS FRUSTRACIONES E INTRIGAS

El año 1750 y los que siguieron, tuvo alguna resonancia en la historia del mundo. Estaban sucediendo hechos de gran importancia hacia el modernismo. La aparición de las primeras máquinas y por lo tanto el incremento de la producción y del comercio, dejaron una huella que hoy se conoce como la Revolución Industrial. Por cierto aun no ha parado ese vertiginoso movimiento . Por lo tanto, y por la imbricación de los elementos económicos en el proceso histórico, aumentó la producción que dejó de ser artesanal, y a su paso creció el comercio y con él las ciudades o burgos; y por supuesto se forjó la clase burguesa.

Empero el crecimiento no era simplemente económico, porque al mismo tiempo estaba floreciendo el pensamiento humano, que venía del largo eclipse religioso de la Edad Media. Los pensadores franceses, que se aglutinaron alrededor de lo que se llamó La Enciclopedia, se hacían eco de los grandes filósofos como Immanuel Kant, quien levantó como un dogma filosófico el concepto de la razón, al cual naturalmente se asoció la existencia del hombre, conjugando con su desarrollo la libertad. Por lo tanto, es el hombre el personero de toda organización social, y por lo mismo su objeto.

Es natural que a ese pensamiento siguieron otros que fueron dando desarrollo a una concepción diferente a la absolutista que se tenía, la que daba al príncipe una existencia divina delegada, que lo hacía acreedor al derecho de vidas y haciendas sin ningún control. Esa nueva visión, por supuesto, postulaba un cambio radical de toda la organización política, al tiempo que reivindicaba los derechos del individuo y clamaba por una distribución del poder equidistante y con controles, de corte democrático, como había sido en la época de Pericles. Con los enciclopedistas llegaron los masones que conformaron no solo un pensamiento, sino la plataforma de una acción hacia una sociedad distinta y moderna.

Caracas no era la excepción. Con el advenimiento en el 1759 del monarca Carlos III en España, príncipe progresista, amante de la Ilustración, se abrió camino una época de grandes movimientos económicos y sociales, que condujeron, naturalmente, a otros fenómenos económicos consecuencia de los primeros. El incremento del comercio y la industria hizo que se necesitara de una mayor mano de obra, más resistente y menos costosa que la del indio, ya de por sí barata: y detrás de ese objetivo, se incrementó la cacería del negro africano por empresas especializadas en dar un rendimiento óptimo. Y así, cuando en el año del nacimiento de Miranda fueron introducidos como semovientes 5.500 negros en Venezuela, en los otros cincuenta años del siglo XVIII el volumen creció hasta completar 70.500. Un número proporcional iba a llegar a la Nueva Granada, al Perú y a Las Antillas. Y claro, los mayores asentamientos de españoles hacia las tierras americanas, ya cumplidos los primeros dos siglos y medio de esa dominación, hizo que se acentuaran mayormente las clases sociales.

El derecho de conquista siempre dio al peninsular un *status* de gran superioridad, mientras se mantuvo al criollo, mezcla del mismo peninsular con el nativo y al aborigen como si fueran ellos los intrusos. El bello paisaje americano invitó al español mediante una conquista violenta, muchas veces despiadada, a hacerse dueño de estas tierras de las cuales tomaban posesión simbólica desde las playas, batiendo el estandarte español y levantando la cruz, para de inmediato proceder al despojo y sometimiento a la esclavitud para sus verdaderos dueños. Juan de Castellanos describe este descubrimiento con bellos versos:

> Vistiéndose de mantas coloradas,
> Cubiertas las cabezas con plumajes:
> Con voces altas y regocijadas
> Hacen ostentación de nuevos trajes
> Diciendo: "!Tierra buena! ¡Tierra buena!
> ¡Tierra que pone fin a nuestra pena!
>
> ¡Tierra de oro, tierra bastecida,
> Tierra para hacer perpetua casa,
> Tierra con abundancia de comida,
> Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
> Tierra donde se ve gente vestida,
> Y a sus tiempos no sabe mal la brasa;

Tierra de bendición clara y serena,
Tierra que pone fin a nuestra pena. [68]

El autor Leopoldo Zea [69], citado por Rumazo, describe de modo preciso esta situación en el ambiente de la época en Venezuela:

> Por primera vez en la historia de la humanidad, el conquistador de América no quiere ser asimilado, pero tampoco quiere asimilar; no quiere ser identificado con los hombres y pueblos que ha sometido (…) Pese a todo, hubo asimilación, pero tan sorda que no se hizo consciente al hombre que sufrió la conquista y colonización. Para este hombre, lo que le era propio era falso, demoníaco, impropio, inauténtico; en cambio, verdadero, bueno, propio, auténtico será lo que el colonizador le imponga. Pero algo que tampoco podía considerar legítimamente propio. Desde el inicio de esta situación aprendió que era el hijo ilegítimo de una concubina que le era extraña. Que era, también, el bastardo del encuentro cultural de lo indígena (y lo africano) y lo íbero. Tal sucedía con el mestizo, resultado racial de este encuentro, el cual si bien se sabía hijo del conquistador y de la indígena (o negra) tomada por el primero, se sabía extraño al uno y a la otra. Inferior al primero por tener madre indígena (o negra), y superior a la segunda por tener padre íbero. Lo propio, el mestizaje lo hacía inferior; lo extraño, el pasado paterno era lo superior.

Ese estrato social establecía una clase superior, que era el blanco peninsular de sangre pura, a pesar de que pudiese llevar sangre mezclada con moro, o que el conquistador hubiese sido reclutado, al principio, entre personajes de galeras criminales, ignorantes, analfabetas, mozos de cuadra y pastores de cerdos. Eran toscos y bravucones. Pero eran los seres superiores en sangre, cuyo predominio aun se siente entre las familias que han mantenido su hegemonía económica y social en los países indoamericanos.

William Ospina, en *El País de la Canela,* describe el drama de su personaje blanco, de sangre pura, a cuya madre española habían enterrado en Curaçao, y cuyo padre conquistador había muerto en El Quzco, levantado y atendido por una criada india llamada Amaney, la que, después de conocida la noticia de la muerte del padre, en un gesto de suprema confidencia le cuenta que su verdadera madre no existía en ninguna colina de Curaçao. Que la verdadera madre era ella. Duro golpe para el muchacho que se niega a creer. *¿Esperaba que yo me consolara con ello ? La muerte de mi padre*

[68] Cita de William Ospina, *Auroras de sangre*
[69] Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1978

era suficiente desgracia, y esta revelación tan increíble como inoportuna solo podía ser una astucia de la criada para tener parte en el destino familiar. Alegó que había testigos que podían confirmármelo: yo me negué a escucharlos. Toda mi infancia la había querido como a una madre: bastó que pretendiera serlo de verdad para que mi devoción se transformara en algo cercano al desprecio. De creerle su relato me habría impuesto además una inmanejable condición de mestizo."

El hijo de padres españoles, blanco sin ningún cruce, por su poder económico y el predominio de la sangre, se llamó *mantuano* en Venezuela, símbolo de una oligarquía predominante. El blanco canario tenía un condición social menor al primero, que lo discriminaba con mucho desprecio y pasión, pero de todas maneras era prominente, si se lo comparaba con los pardos y mestizos. Tanto el indio y el negro, así los últimos fueran manumisos –que eran bien pocos-, eran esclavos y carecían prácticamente de todo derecho.

El niño Francisco, de todas maneras, gozaba del *status* blanco, al igual que su padre, aunque fuera canario. Éste era comerciante de buenos recursos y vida holgada. Y así, con tales privilegios, el hijo entró a la escuela primaria, en el establecimiento donde se educaban los niños de la clase alta. De allí pasó a la Universidad de Caracas en donde estudió completo el bachillerato de seis años, que incluía latín y griego, lenguas que llegó a conocer y dominar el alumno. También matemáticas, retórica e historia de los clásicos; y por supuesto, filosofía. Es decir, según la tradición española, una formación académica sin trascendencia práctica para ningún oficio, pero que predisponía hacia estudios superiores eclesiásticos. Terminados con gran aprovechamiento esos estudios, Miranda no quiso proseguir en ninguna carrera profesional. Había ocurrido algo en la vida familiar que alertó desde ese momento su inteligencia y rebeldía.

Venezuela, como se sabe, era una Capitanía. Y, con el advenimiento del rey Carlos III en el 1759, se había cumplido un cambio a Capitanìa General en Caracas. Don José Solano y Bote, un capitán de navío, fue nombrado por el nuevo monarca para ese cargo, dentro de los aires progresistas que caracterizaron la nueva era. Y entre las muchas cosas que se hicieron, para reforzar la guardia colonial, el señor Solano conformó un Batallón de Blancos Criollos, dentro del cual designó a don Sebastián de Miranda, que había apertrechado y alistado a un grupo importante de soldados, como capitán de la Sexta Compañía de Fusileros del nuevo batallón. Esto ocurre en el 1763.

Los mantuanos, entre los cuales se encontraban don Juan Nicolás de

Ponte y don Martín Blanco Tovar, ascendientes de quien iba a ser el Libertador Simón Bolívar, muy celosos de su clase social a la que creían pertenecían todos los honores y distinciones, entre ellos la milicia y los altos grados militares, encontraron que el origen canario de don Sebastián y su oficio de vendedor de telas lo hacían indigno de tan relevante investidura, porque además el grado le permitía, estuviere de servicio o no, lucir el uniforme reluciente y el bastón de mando en cualquier ceremonia. Entonces vetaron ante el Capitán General el nombramiento alegando la ridícula excusa de que era canario y que simultáneamente seguía ejerciendo su oficio en el almacén. Ante la disyuntiva de que renunciaba a lo uno o a lo otro, don Sebastián cerró el negocio de las telas. Era ya el 1766. Pero aun así, los agresivos mantuanos mantuvieron el veto, porque el canario no exhibía la pureza de la sangre que sí tenían ellos.

A pesar de que el gobernador le dio su apoyo, la decepción del señor Miranda fue tanta que así mismo renunció a la alta oficialía. En ese momento el señor Solano y Bote aceptó la renuncia, pero mantuvo que en el retiro el capitán Miranda mantendría el grado y sus atribuciones de lucir el uniforme con el bastón respectivo en las ocasiones solemnes. Los mantuanos volvieron a arreciar sus iras y protestas ante el gobernador; y como éste les hiciera caso omiso, apelaron de su decisión ante el rey, haciéndole llegar a éste numerosos escritos difamatorios.

Empero, el rey contestó:

> He resuelto aprobar el retiro concedido a don Sebastián de Miranda por mi Gobernador y Capitán General de Venezuela, con el goce de todas las preeminencias, exenciones, fueros y prerrogativas militares que le corresponden como tal Capitán reformado, y el permiso de que pudiese llevar bastón y vestir el uniforme del nuevo Batallón de Milicias de aquella provincia. … Por tanto, ordeno y mando a mi Gobernador y Capitán General de la expresada provincia de Venezuela, ampare en mi Real nombre al citado don Sebastián de Miranda en el goce de las expresadas preeminencias militares, sin permitir que se le moleste por ningún juez ni justicia por el uso del bastón y uniforme, por ser así mi voluntad.

El rey le daba la razón y amparaba al padre de nuestro héroe, no obstante que, para satisfacción de los impugnantes, aquel pasaba al retiro. El incidente, por supuesto, duró algunos años en los que se hicieron patentes las manifestaciones de discriminación de los mantuanos. De ahí que Francisco, el hijo del capitán Miranda, que aspiraba a la carrera de las armas, no

quiso afrontar esta odiosa situación y pensó en un horizonte más despejado. Caracas, su ciudad del alma, no era garantía para asegurar un porvenir para un hombre que, instintivamente, se sentía predestinado a grandes cosas. Y así, terminado su bachillerato se fue de una vez a España en donde sería un militar de carrera.

No había cumplido aun los veintiún años, cuando Francisco de Miranda parte del puerto de La Guaira, un 25 de enero de 1771. Era un medio día caluroso y brillante. Se embarca en una fragata sueca que ha venido a dejar un batallón. Muy pocos pasajeros le acompañan en esa travesía alucinante. Y durante treinta y siete días, en un recorrido que va por todo el Caribe, Miranda descubre las sonoridades del mar, presencia las noches de infinitos luceros, sabe lo que es la fatiga del marinero, conoce el desempeño de las velas y sus nombres y aprende a descubrir los vientos y los tremebundos movimientos del barco en los chubascos, ante el abismo informe que se abre, mientras se escapan las entrañas al vaivén del movimiento que arranca la vida.

Finalmente llega a Cádiz. Curioso destino. En esta ciudad donde acabaría su vida sumido en el dolor, encuentra el deslumbrante paisaje de la civilización y la opulencia del puerto que le abre las puertas a otra vida. Allí llega a la casa de un tal José de Aniño, amigo de su padre y hombre rico que le atiende con generosidad durante los quince días que permanece en esa importante ciudad. Luego toma un coche de transporte público y se va a Madrid con la lenta locomoción de los caballos de posta, que gastan otros quince días en llegar. Se alberga en las posadas, toma vino abundante con los buenos platos de las tabernas y goza con las aldeanas y posaderas que lo invitan a deleitar una juventud rebosante. Es entonces un joven de una belleza masculina que impresiona, el cabello largo castaño, alto, de cuerpo atlético, elegante porte y bien vestido. Pero sobre todo, tiene naturalmente un ingenio que despliega con naturalidad y cautiva con él a hombres y mujeres. En adelante será un gran amante y su bolsa, para esos menesteres y cualesquiera otros, por supuesto, va satisfactoriamente repleta.

Todo esto lo ha anotado en un diario que desde entonces escribió con asiduidad, tal vez demasiado minuciosa. Sobre la minuciosidad de ese diario Mario H. Sánchez-Barba [70], ha escrito:

[70] *Francisco de Miranda, diario de viajes y escritos políticos,* Mario H. Sánchez-Barba, Editora Nacional, España

> …A no ser que concluyésemos que estamos en presencia de una personalidad poderosamente egótica, no tendría explicación plausible la minuciosidad con que Miranda escribió todos los detalles, hasta incluso los más nimios y menos literarios, que vio, conoció y trató. Se trata de la construcción de un gigantesco monumento a la monotonía…

En Madrid se instala solo con un buen confort. Gasta moderadamente, pero no se abstiene de asistir a lugares elegantes. Necesita relaciones, conocer gente. Él que siempre fue un extraordinario relacionista. Bien pronto conoce a un cortesano llamado Juan Gaspar de Terriegel, a quien el rey, por aprecio, o por servicios a la corona o simplemente porque los compró, le había otorgado la prerrogativa o patente de vender cuatro plazas de capitán. Así era la época. Los cargos, los títulos nobiliarios y las recaudaciones de impuestos, se compraban por licencias que daba el monarca. Eran caros sí, pero el padre de Miranda era un hombre rico.

Don Juan Gaspar le vendió por ochenta y cinco mil reales la plaza de capitán; pero la negociación no se pudo hacer sino un año después, mientras llegaba el dinero de Caracas. Entre tanto el joven Miranda no se daba afán. Vivía en un mundo bien diferente al recogido y pacato de su natal Caracas, que solo tenía veinticinco mil almas, todas las cuales giraban alrededor de la iglesia, los sermones del cura, los prejuicios sociales y se divertían escasamente en simples reuniones familiares. Madrid era el esplendor del teatro, de la música, de los sitios galantes, de los grandes coches, los vistosos uniformes, las mujeres hermosas y la apertura hacia los grandes destinos.

Cuando le llega el dinero, la venta del cargo se perfecciona ante el escribano público. Era el 22 de noviembre de 1772, y don Francisco de Miranda, con veintidós años, es destinado a servir en el Regimiento de Infantería de la Princesa, inicialmente en Granada y luego en Toledo, hasta el año de 1774. Luce el imponente uniforme con galones y sable dorados. Se ve como un gran personaje, español de pura sepa. Y aunque no tenía experiencia ninguna en la vida castrense, su vivaz inteligencia y su voluntad lo llevan a aprender rápidamente lo relativo a los cargos que se había saltado. En esos dos años iniciales ya Miranda es un oficial de cuartel, con conocimientos avanzados en la carrera militar. Porque es un lector voraz y todo lo que lee se le queda definitivamente en la cabeza.

Pero vendría un encuentro providencial para el joven capitán. Entra a tomar clases de francés, lengua que aprende como su lengua madre. Con más tiempo aprenderá el inglés con pleno dominio, y el alemán. Cosa igual

ocurrirá con el italiano, fuera de que domina como persona muy culta el latín y en líneas generales el griego.

El profesor, francés de origen y de apellido La Planche, no solo le enseña a la perfección esa lengua sino que lo inicia en las grandes lecturas de Rousseau y los grandes enciclopedistas, que fascinan el temperamento de Miranda. La Planche le permite adquirir tales libros que la Inquisición tiene prohibidos en España; y Miranda los lee con avidez que alterna con la lectura de los grandes clásicos griegos, que lee en su propia lengua. Admira los discursos de Demóstenes. Desde entonces va conformando su biblioteca a la que dedica gran parte de sus recursos. Esa biblioteca que muchos años después debe vender para subsistir su fiel ama de llaves Sara Andrews.

Y mientras lee de política, clásicos y filosofía, su mente lúcida se explaya en las matemáticas que practica y ejercita con maestría. En compañía de su maestro La Planche, hace excursiones culturales. Va al Escorial en donde admira la espléndida pinacoteca, aprende acerca del arte clásico y valora las expresiones del *cuatrocento* renacentista italiano. El Greco, Tizziano, Rafael, los flamencos, todo esto en un desfile de conocimientos que nutren su sensibilidad. Pero, con impaciencia en la falta de acción, y a pesar de que es deslumbrante su competencia en las lides del amor, comienza a sentir que la vida no es tan fácil y que las oportunidades para sobresalir le son esquivas.

Entonces sucede un conflicto en el norte de Marruecos, en la ciudad de Melilla, posesión española desde un largo tiempo, cuando reinaban los Reyes Católicos Fernando e Isabel. El sultán Sidi Mohamed intenta recuperar para el Islam este enclave y lo invade. El rey Carlos III ordena que se disponga un ejército de recuperación y todo se alista en el término de la distancia. Miranda ve allí una ocasión para demostrar su valor y su talento. Pero como no lo llaman a ese servicio, pide que se le incluya de voluntario.

Y en diciembre de 1774, parte hacia ese destino en el que busca por todos los medios sobresalir. Empero, es un oficial subalterno y limitado a cumplir solo las órdenes que se le imparten. O sea que desempeña un buen papel, pero opaco.

Las tropas españolas sitiaron a Melilla, y al cabo de cuatro meses, el sultán no resistió más, puso bandera blanca y huyó con sus tropas. Cuando esto sucede, sin que haya habido más batalla que el sitio con toda la flota naval española y una tropa de tierra dentro de la cual se encontraba el joven capitán de nuestro relato, se celebra un consejo de oficiales en el cual se presentan dos proposiciones de acción: la mayoría pretende que regresen a

Málaga para avituallarse y mejor disponerse para un regreso a perseguir al sultán. La otra posición propone una persecución en caliente hasta las fortalezas marroquíes. Miranda está con esta propuesta y hasta presenta un plan militar de combate. Pero prevalecen los que sugieren el regreso a Málaga. Sin embargo, en la exposición se ha podido apreciar el valor y el talento de Miranda.

Así, pues, la flota se marcha, pero dejan un destacamento fortificado para defender la plaza. Y dentro de tal destacamento, se encuentra Miranda, que escribe un minucioso Diario de Melilla en el que detalladamente describe lo que fue esa, su primera acción militar, el ambiente y todo lo que vivió. Es un escritor infatigable. Pero se siente un tanto frustrado durante los cinco meses siguientes que dura en ese territorio. Entonces escribe cartas a sus amigos, y lee todo lo que encuentra en los prolongados ocios de la ocupación.

Finalmente regresa a España por el puerto de Málaga. De allí se le destina a Cádiz, aquella ciudad de su destino marcado, en donde habrá de pasar tres años sin ascenso alguno. Manda numerosas cartas pidiendo a sus superiores un ascenso, como veterano que es de la expedición triunfante; y finalmente solo se le hace una mención de reconocimiento, un tanto silencioso. Mas en relación con el ascenso, se le niega porque su desempeño fue como oficial voluntario.

Un tiempo después, cuando se dispone el envío de unos destacamentos a Buenos Aires, pide inútilmente ser incluido en esas tropas. Nada. Tampoco le aceptan ir en una excursión contra Argel, que resulta fallida y que va al mando del importante conde O´Reilly, que después habrá de ser su malqueriente. Casi con desesperación envía notas al comandante de su batallón y al Inspector General de Milicias, don Martín Álvarez, solicitándole que lo pongan en algún lugar donde haya acción. Porque necesita la acción. Y se atreve a escribirle a éste: "*No puedo negar el gran disgusto en que me hallo en la situación actual, falto de facultades con qué hacer uso de las ideas que, por un continuo estudio y algunos viajes he podido adquirir en la profesión, a pesar de haberlas solicitado con instancias repetidas veces y sacrificándome en el sitio de Melilla."*

Tampoco resulta nada; como si sus solicitudes no fueran de buen recibo en el ámbito militar.

Pero no se desanima y se dirige al marqués González de Castejón, ministro de Marina, solicitándole que lo admita en la fuerza naval con el grado de teniente de navío, solicitud que, tiene por respuesta el silencio. Un poco

desesperado se dirige al propio rey, ponderando sus conocimientos en matemáticas y el dominio de los idiomas inglés y francés, que ya conoce a la perfección. Pero no hay respuesta favorable, mientras el tiempo pasa.

Quizás todo esto se debe a que sus antecedentes, sin haber pasado por academia militar alguna y no haberse desempeñado ni como subteniente ni teniente, no dejaban el sabor de un militar de verdad, sino de grado comprado; pero Miranda comienza a creer que toda aquella negatividad ante sus peticiones obedece al hecho de ser americano.

El desespero por entrar en acción se funde en la lectura. Lee vorazmente, intercambia libros y los adquiere. Es definitivamente un hombre de la Ilustración. Conoce a todos los autores franceses y devora las páginas de Voltaire y Diderot. Se sabe casi de memoria el *Contrato Social* de Rousseau y el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu. En su biblioteca sobresalen, entre muchas obras de estudios militares y de ingeniería militar, los 4 tomos de *El espíritu de la Enciclopedia;* 5 tomos de *Misceláneas de D´Alambert;* 10 volúmenes en inglés de los libros de Pope; *Los caracteres* De La Bruyere, 3 tomos de las *Obras Maestras* de Corneille; *Cartas* de Diderot; 6 tomos de *Elementos de Política;* 7 tomos de la *Historia Filosófica y Política de Raynal; Cuentos* de La Fontaine; *Lon Incas,* de Marmontel; varios tomos de Locke; 3 de *Ensayos* de Hume; *Del Espíritu y del Hombre,* de Helvetius; 8 tomos de la *Historia de España y Portugal*; de Hernault *Historia de Francia;* de Bernal Díaz del Castillo, *Historia de México; Don Quijote; La Lógica* de Port Royal; de Moliere, *Obras Maestras;* las obras de Virgilio y Salustio en latín; 3 tomos de *Historia de los dogmas y opiniones filosóficas de la Enciclopedia; Lo Sublime,* de Burke; *La Historia* de Bilingbroke; diez volúmenes de *Aventuras de Telémaco; Religión de la Naturaleza,* de Wollaston. Todos eran libros leídos, subrayados y estudiados.

Pero igualmente trajina en los vericuetos del amor. De un amor directo que, a fuerza de las costumbres francesas que están llegando a la recogida y timorata España, abre sus puertas a los juegos de alcoba que nunca terminan de inventarse y repetirse, pero que cada cual siente que es el primero.

No hay en él romanticismo, ni puede decirse que en la vida tuvo un gran amor al que pudiera asociar su nombre. Quizás porque conocía su alma abierta a los mares y caminos, no permitió nunca que sus aventuras amatorias permeabilizaran algo distinto a la epidermis; o que comprometieran su futuro con la figura de un pródigo burgués, de protuberancias abdominales, dedicado al hogar con hijos y mujer.

No. Miranda ama el amor y las caricias de las mujeres bellas. Seguramente tiene la palabra alada que las conquista, a lo cual agrega su figura elegante, sus ojos soñadores y muy seguramente la pasión ardiente que lo devora y transmite con vehemencia, pero midiendo los pasos del compromiso. Así se paseó por Europa y conoció infinitas mujeres de clase elevada.

Se dice que la bandera tricolor, que es el emblema de aquella Colombeia que él soñaba como su gran patria, recuerda los rizos dorados, los azules ojos y los labios carmesíes encendidos de una bella mujer, a la que él dio la trascendencia de ese amor, siempre ilusorio, que llevaría en el recuerdo de aquella noche de amor en el estandarte de esa patria presentida, con la que él iluminaba sus insomnios. Esta mujer fue Catalina II de Rusia.

En esa Cádiz de su destino, tuvo muchísimas amantes, mientras pasaba la larga espera de una oportunidad. Ha trascendido la historia de algunas de ellas y se han filtrado una que otra carta, que son recogidas en distintas obras [71]. Se cuenta que hubo dos gaditanas que entrabaron una gran pasión, entre ellas una llamaba Pepa Luque, hija de un alto oficial del ejército, y otra María Teresa. Hay varias cartas de ellas. En un párrafo de una se puede leer:

> Vida mía: yo me siento muy desconsolada. No tengo más diversión que leer tus cartas y todas me parecen cortas…No puedo vivir sin ti, pues estoy como una loca sin hacer más que llorar y hablar de ti … Voy temiendo verte acompañado de tu querida y mi competidora. No pongas a otras en lugar mío. Soy más firme que el peñón de Gibraltar…

Pero a pesar de toda esa sensibilidad y su prolija devoción por escribirlo todo y mandar extensas cartas a sus amigos, costumbre que siempre tuvo, no lo hace ni con su madre, ni con su padre, ambos altamente preocupados por su vida y pendientes de él en la distancia. Rumazo [72] anota:

> Recibe cartas de su familia. Su cuñado Marcos de Oreale cuenta: "Esto está cada vez peor y si Dios no nos muda este gobernador, nos comeremos los dedos." ¡Es el clima normal del régimen español en las colonias! También se queja: "No sabe V. M. bien el cuidado con que nos tiene, pues habiendo llegado el S. Miguel y el S. Ignacio, ambos de Cádiz, y no haber tenido carta de V. M. estamos sin saber a qué atribuirlo. Nunca, por Dios, deje de hacerlo, pues de lo contrario perderá el juicio su madre, que no la convencen razones y siempre piensa lo peor. (abril de 1776)". Otro cuñado, Francisco Antonio

[71] Ricardo Carrasco, *Francisco de Miranda, Buenos Aires, Edit. Bell, 1951* y Alfonso Rumazo, antes cit.

[72] Autor citado, ob. cit.

Arrieta, también presenta su reclamo: "Por Dios, Pachito, escribe a tu padre, no puede ser feliz ni honrado el que no cumple con su obligación.

Ni un gran amor de mujer, ni cariño vigilante con su familia! El capitán no parece cuidar con celo sino su personal trascendencia. Ahí donde los humanos suelen detenerse, el pasa de largo, casi indiferente. "Si quieres ser algo, sélo por ti mismo" advirtió Goethe en su segundo Fausto. Dentro de ese carácter que está formándose recio, opera por otro lado, el secreto, misterioso y hábil manejo del destino, que hace que en Miranda se produzcan sorprendentes concatenaciones y coincidencias. Así, en Cádiz, se le destina en guarnición a La Carraca, que será precisamente el lugar donde un día le esperará la muerte. ¿Habría necesidad de que conociera, con mucha anticipación ese sitio trágico ?

Tal vez en uso de unas vacaciones, o en una licencia, Miranda se va a Gibraltar, la posesión de los ingleses sobre el Peñón que ya se remontaba a setenta años, enclave contra el que España ha luchado para su recuperación todo el tiempo. Miranda está invitado y permanece dos meses, muy fecundos, en los que practica el inglés, que ya domina, observa las costumbres británicas, lee nuevos libros, pero sobre todo hace contactos con los miembros de la Masonería. Allí, por supuesto, hay un Logia.

La Gran Logia Unida de Inglaterra se había fundado el 24 de junio de 1717 en una taberna llamada *El ganso y la parrilla,* cerca a Londres, y expidió ese mismo día una Constitución para la Masonería, creando logias que pasaban, a partir de ese momento, de la llamada Masonería operativa de los grandes constructores de catedrales, a la Masonería especulativa y simbólica, nutrida en un pensamiento liberal que rinde culto a la tolerancia, a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad universales. Esas logias rápidamente se habían extendido a Europa.

La Masonería es quizás, en el advenimiento de las nuevas luces que cambiarán el largo período oscurantista religioso de la Edad Media, con su Inquisición y el fanatismo, el crisol en que se funden los pensamientos más avanzados en relación con el Estado, la sociedad y la filantropía, en busca de un nuevo orden. Por tanto allí se aglutinan los grandes pensadores y filósofos de lo que se ha llamado la Ilustración, o el Siglo de las Luces. Y es preciso decir que no hubo ningún escritor, sabio, filósofo, científico o poeta de alguna notoriedad que no hubiera pertenecido a esa Orden. Masones fueron Federico II de Prusia, Jean Jacques Rousseau, D´Alembert, Voltaire, Diderot, Federico Engels y hasta Karl Marx, el filósofo Fichte,

Goethe, Dantón, Robespierre, Desmulins, Mirabeau y todos los girondinos, el músico Haydn, Helvetius, Guillermo Humbolt, Benjamín Franklin, Washington, Jefferson, Jhon Adam, Madison, Kant, La Fayette, Lavoisier, Mozart, el almirante Nelson, Thomas Payne, el poeta Schiller, Sieyés, Tayllerand, Napoleón y sus hermanos José y Jerónimo, Barras y muchísimos más. La brillante nómina se conservó con los grandes personajes del siglo XIX y del XX.

Puede además agregarse que no hubo una organización que ostentara tan clara estirpe intelectual en la historia como la Masonería, sostenida por un secreto prudente sobre la pertenencia a ella y sobre sus ritos, y la que se erigía como gran adalid frente a los gobiernos despóticos de la época y los que siguieron. En España, con gran secreto y medidas de seguridad, se habían fundado algunas logias, entre ellas la Logia Matritense en 1728.

Curiosamente una de las cosas que más atraía a los intelectuales de entonces para su ingreso a la Masonería era la excomunión que sucesivamente le habían hecho los diferentes papas a los masones. Clemente XII los excomulgó y condenó a la Orden en 1738, luego lo hizo Benedicto XIV en 1751, Pío VII en 1814, León XII en 1826, Pío VIII en 1829, Gregorio XVI en 1832 y León XIII en 1884. Por supuesto a Miranda lo fascinó lo que entonces pudo conocer de ella.

Vencidos los dos meses se fue, pero anunció que regresaría pronto para hacerse masón. Ya había introducido una solicitud. Y efectivamente, un año después regresa. Muy seguramente es el año 1777, o sea que ya tiene veintisiete años, y se hace masón, con todo el ceremonial y el aprendizaje.

Por supuesto hace allí unos amigos para toda la vida, que ahora son sus hermanos masones. Entre ellos está el hermano Jhon Turnbull, hombre muy rico y comerciante, que será aquel que al final de su vida es su corresponsal y le surte de los dineros, como ya se vio, hasta para la fuga de La Carraca. En realidad Turnbull siempre le dio la mano sin ningún interés.

Entrar a la Masonería, sin duda, es el paso más trascendental que ha dado en su vida Miranda. Porque fue el gran instrumento que le sirviera para desplazarse por toda Europa, pasearse por palacios y contactarse con la gente de mayor alcurnia, entre ellos príncipes progresistas que eran masones o estaban a favor de esta Orden que otorga una visión diferente del universo y un concepto radical y humano del hombre y de la forma como debe ser gobernado. En el secreto masónico y en su ideario, sin duda alguna, encontró Francisco de Miranda, al igual que ocurrió con Nariño, el gran instrumento

para prender la llama entre los patriotas americanos, así mismo casi todos masones.

De nuevo en Cádiz, Miranda habría de afiliarse a una Logia que ya existía y luego fue masón regular toda su vida. Un largo tiempo después, habría de fundar en Londres la Logia Caballeros Racionales No. 7, por allá en 1810 u 11, de la que fueron fundadores, a más de Miranda, don Andrés Bello que fue su secretario, y compañero venezolano de la primera embajada que fue a Londres con Simón Bolívar y López Méndez. También lo fueron los futuros próceres José de San Martín, Carlos Alvear, y Matías Zapiola. Esta Logia tuvo un gran desempeño en sus propósitos de libertar a América del Sur, y a ella se afiliaron posteriormente gran parte de los líderes americanos.

Y fue Miranda el creador de las conocidas Logias Lautarinas, en homenaje a un líder de la etnia mapuche en Chile, destacado guerrero de las batallas del Arauco, llamado Lautaro, las que operaron en el Sur del continente como agrupaciones paramasónicas, es decir al lado de las logias ordinarias, con el único propósito de poder combatir y actuar en la lucha de la independencia.

Porque es preciso advertir que las logias regulares no pueden combatir ni tomar parte directa en la política; de ahí que, como ocurrió con los Carbonarios italianos, que también hacían parte de logias paramasónicas que combatían para la unificación y liberación de Italia, los afiliados a las Lautarinas eran combatientes por la libertad americana.

Vale la pena citar a vuelo pluma los nombres de algunos masones americanos de esa época: José de San Martín, Bernardo O´Higgins, Simón Bolívar, Francisco Antonio Páez, Santiago Mariño, Francisco José de Sucre, Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander, José María Córdova, Bernardo Monteagudo, Bernardino Rivadavia, Carlos María Alvear, José Francisco Bermúdez, Juan Pío Montúfar, Vicente Rocafuerte, José Hipólito Unánue, Carlos Soublette, Mariano Montilla, José Félix Ribas, Juan Martín Pueyrrendón, Matías Zapiola, Manuel Belgrano, Miguel Hidalgo, José María Morelos. Incluso lo fue también el español sanguinario don Pablo Morillo.

Al regresar a Cádiz comienza a sentir el capitán Miranda la odiosidad de algunos superiores, sin que existiera más razón que su origen americano. El conde O´Reilly, mencionado antes y quien sería uno de sus grandes perseguidores, era a la sazón el comandante del batallón de la Princesa. Un día lo manda a arrestar porque viste algunas prendas que no son militares; y el arresto se da ostentosamente. Miranda comenta en su diario: "*Pocos arrestos se habrán hecho con mayor aparato, de modo que sospecharon*

casi todos que había algo de la Inquisición en el asunto." Y no andaba descaminado. La abominable institución religiosa mantenía una observación permanente, tanto en Cádiz como en Madrid, a donde iba a pasar pronto, quizás porque ya se sabía de sus lecturas abundantes, o porque sospecharon de su ingreso a la masonería, o por sus observaciones de libre pensador. Se le levantó una sumaria. Puede decirse que a partir de ese momento estaba marcado, y esa marca es indeleble.

III

CONOCE A CAJIGAL Y SE PREPARA PARA IR A CUBA. LA INDEPENDENCIA NORTEAMERICANA. LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS. EL "PACTO DE FAMILIA" ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA. INTRIGAS Y ARRESTO. VIAJE A CUBA

Miranda ya lo sospecha, pero no se va hacia atrás. Y al cumplirse la injusta pena de arresto, solicita al ministro de Guerra, que es el conde de Ricla, una licencia dentro del servicio para trasladarse a Madrid. Como le es concedida, se va a la capital con el mismo batallón de la Princesa, en cuyo comando está, por poco tiempo más, el coronel Juan Manuel de Cagigal, amigo personal de Miranda, y, como si fuera poco, su hermano masón. Había nacido, como Miranda, en América. En La Habana para ser exactos.

El traslado inicialmente viene bien. A Miranda lo nombran pronto en una comisión de escolta a la reina madre de Portugal, que regresa de Madrid a Lisboa. Allí tiene algún problema sin mayor importancia con otro capitán, pero finalmente regresa a Madrid cuando se han operado algunos cambios importantes. Veamos:

En primer lugar hay que resaltar el gran malestar que se apoderó tanto de Francia como de España, gobernadas ambas por reyes Borbones muy allegados familiarmente, después de la que se conoció como la Guerra de los Siete años que había terminado el 10 de febrero de 1763 con la firma del Pacto de París –había comenzado en el 1756-. Las dos potencias habían perdido la guerra frente a Gran Bretaña. Como consecuencia, Francia debió despojarse de su posesión y dominio del Canadá y la Lousiana oriental; y España de la Florida. De igual modo Inglaterra había consolidado su dominio en un punto tan vital para España como el peñón de Gibraltar. Ese sinsabor no daba descanso ni bienestar a los dos reyes Borbones.

De ahí que tres años después hicieron un gran acuerdo, que se llamó "el pacto de familia", que consistió en una alianza que sostuvieron Francia y España y que duró por todo el reinado de Carlos III.

Y es así que cuando los colonos americanos que habían sido claves para

la derrota de Francia en aquella guerra, insatisfechos por los terribles impuestos que les cargó el gobierno del rey inglés Jorge III, después de muchos incidentes, pero especialmente del sucedido en Boston en 1773 que se conoce como el "Motín del Te", tomaron la indeclinable decisión de independizarse. Y con ese propósito, se organizó la unión de las 13 colonias, que habría de culminar con la reunión del primer Congreso de Colonos en 1774.

Todo estaba listo en el ambiente para entrar los americanos, a pesar de la desigualdad, en una dura batalla por su independencia contra los ingleses, resistidos a mantener esas posesiones a ultranza. Pero fue por un episodio, diríase que aparentemente menor, que se precipitaron las hostilidades. Ocurrió el 19 de abril de 1775, cuando unos soldados británicos salidos de Boston se enfrentaron en Lexington a 70 milicianos americanos. En la trifulca alguien disparó, sin que se sepa con exactitud de qué bando salió ese primer disparo, que fue seguido de otros muchos, y de muertos y heridos.

Allí comenzó esa guerra que parecía a las fuerzas británicas, bien entrenadas y veteranas de mil combates, un paseo frente a una montonera desordenada que con mucho desprecio los ingleses llamaron de "vagabundos, desertores y ladrones".

No se ha olvidado aun que uno de los generales ingleses se jactó con la mayor suficiencia de su enorme poderío, y hasta se atrevió a decir que "*con mil granaderos podía ir de un extremo a otro de Norteamérica y castrar a todos los hombres, en parte por la fuerza y en parte con un poco de persuasión."*

En mayo de ese mismo año se reunió el Segundo Congreso Continental en Filadelfia y se estableció un primer gobierno, se crearon unas plazas militares claves con la designación de catorce generales, y a la cabeza de todas las fuerzas se colocó a un coronel de milicias virginiano quien, con su espíritu de pocas palabras, su temperamento firme y su aplomo, ganó las simpatías del Congreso. Fue ascendido a General en Jefe de las fuerzas americanas y se llamaba Jorge Washington.

El 4 de julio de 1776, en una sesión del Congreso reunida con asistencia de cincuenta y seis congresistas de las trece colonias, en la sede de Filadelfia, se aprobó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, que comienza:

> Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales, que a todos los confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que

> para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad.

Las cifras señalan que los ingleses en 1778 tenían un ejército de tierra de cincuenta mil hombres, fuera de poseer la mayor armada del mundo, que también entró en batalla. A cambio las fuerzas de Washington en ese mismo año llegaban a cinco mil hombres, fuera de las milicias que se iban formando en cada Estado, y que adoptaron la estrategia de guerra de guerrillas.

La guerra tuvo momentos de gran dramatismo. En 1777 después de una encarnizada batalla, se produce la victoria para los colonos americanos en Saratoga, al el norte de Albany, capital del Estado de Nueva York. Fue una derrota muy cruenta para los ingleses, que los dejó mal parados en la guerra. Habían sufrido una serie de reveses frente a ese ejército mal formado de "vagabundos, desertores y ladrones", como ellos lo llamaron con gran desprecio. Igual aconteció en Yorktown, en Virginia, al lado de lo que hoy es la capital Washington, donde prácticamente se decidió el conflicto y se impusieron los americanos con gran inteligencia y coraje al mando del propio general George Washington sobre los relucientes ingleses de vistosas casacas rojas. Esos colonos cazadores y curtidores de pieles poco a poco aprendieron a constituirse en un ejército de disciplina y valor. En Yorktown fue decisiva la alianza con los franceses y es de destacar la valerosa participación del marqués de Lafayette.

Tal circunstancia es aprovechada de inmediato por Francia, que decidió entrar directamente en el conflicto en 1778 y aportó tropas, dinero y la flota naval, fuerzas muy poderosas con las que enfrentaron a las de los ingleses.

Ya en la guerra Francia, convenció a España, vinculada con los mismos intereses de los primos borbones y con el "pacto de familia" en vigencia, para que igualmente se hiciera presente en esa guerra. Así celebraron secretamente el Tratado de Aranjuez de 12 de abril de 1779, según el cual Francia se comprometía a rescatar para España la Florida, la Menorca y Mobile, la Costa de Campeche y la bahía de Honduras, pero especialmente aseguró que no llegaría a ningún tratado de paz con Inglaterra que no supusiese la devolución plena de Gibraltar a su dueña. Con esas promesas, España entró a pelear en la Florida, se diría que en causa propia, durante dos años, hasta

finales del 81, cuando tuvo lugar el triunfo de Pensacola, donde habría de intervenir nuestro héroe Francisco Miranda.

Y en esa acumulación de derrotas, claudicaron los ingleses y sencillamente se fueron. Pero el final de toda esta epopeya libertaria, solo tuvo lugar oficialmente con la firma del Tratado de Versalles de 3 de septiembre de 1783; y en él Inglaterra, perdedora de la guerra, reconoció la independencia de los Estados Unidos de América.

Volviendo atrás, es preciso recordar que terminada la Guerra de los Siete Años, y en virtud de aquel Pacto de Familia, España y Francia, que no han pasado el bocado de aquella guerra, le declaran nuevamente las hostilidades a Inglaterra, aprovechando la coyuntura de la lucha por la independencia que están librando los Estados Unidos. Y apoyan a éstos solo por cuestiones de política coyuntural, dentro del ajedrez de los monarcas europeos.

A la postre esa participación redunda en grandes beneficios para la Península, que consolida nada menos que la Florida americana, aunque por breve tiempo, porque en 1812 a 14, Estados Unidos se la toma y termina el asunto con la venta por cinco millones de dólares que le hiciera España en 1819, en virtud del tratado Adams-Onís, al gran país norteamericano. Toma además la Menorca, la colonia de Sacramento y se apodera de las Bahamas. Pero es de resaltar que, a pesar de todas las condiciones que se le dieron favorables, España no pudo reconquistar la pérdida que más le dolía, que era Gibraltar.

Y cuando Francia envía al frente para la pelea europea a 40.000 hombres al frente, se decide por el gobierno español enviar una flota muy grande a Cuba, desde donde apoyarán a los norteamericanos.

Como parte de esa flota y con cargo de gobernador en Cuba, se designa al coronel Juan Manuel Cagigal, a quien se asciende a general.

Esa parte es buena para Miranda; pero no lo es el nombramiento que se hace de Inspector General del Ejército del conde O´Reilly, su malqueriente que ya mencionamos, y de quien habría de suceder a Cagigal en el comando del Regimiento de la Princesa, que fue el capitán Juan Roca, a quien ascienden a coronel. Roca había sido su compañero en Melilla, y por las razones que fueran, quizás porque era un valido de O´Reilly, era también un ardiente malqueriente de Miranda. O sea que, al convertirse Miranda en su subalterno, quedaba expuesto a las mezquinas infamias de un mediocre.

Y no se hizo esperar ese resultado. Poco tiempo después manda a poner bajo arresto, que demorará seis meses, al caraqueño, a quien le levanta ex-

pediente con unos cargos infames: 1. Descuido en el manejo de los dineros de la compañía comandada por Miranda, cargo que era falso. 2. No haberle pagado a un soldado. 3. Extravío de 23 casacas. 4. Tratar sin humildad a los soldados, 5. No pagar a tiempo a un soldado. 6. Maltratar y herir a un soldado al darle lecciones. 6. No haber reportado a tiempo estas novedades. Miranda con ardiente ofuscación escribe a su amigo Cagigal que aun está en Madrid y le cuenta sobre la vileza de tales acusaciones de Roca. Cagigal le contesta: "*Veo por la de V. M. lo bien que me ha correspondido el actual coronel. Pero no importa. V. M. cuenta en todo con mi amistad, por lo que escribo al Inspector en los términos que verá en la adjunta."*

Y en la adjunta, le escribe al conde O´Reilly en forma justa:

> Para recomendar a V. E. a don Francisco de Miranda, Capitán del Regimiento de la Princesa del que tuve el honor de ser Coronel y cuya circunstancia me obliga a no desentenderme en cualquier asunto que mire a aquel Cuerpo en general o a un individuo suyo en particular y mucho más siendo de las cualidades del expresado Capitán a quien juzgo como uno de los mejores de su clase, tanto por la subordinación e instrucción de su compañía y no haber tenido noticia contraria a su buena conducta, como por su talento y aplicación militar. Tengo noticia que se halla arrestado y procesado, de cuyo asunto principal me separo por no estar enterado, pero sí de que, según se dice, se le hacen cargos ajenos de la causa. Me intereso con V. E. para que enterado de que estas son emulaciones a lo sobresaliente de este oficial, lo proteja y atienda, para que quede su honor como lo ha sabido conservar. [73]

Ladinamente contestó O´Reilly que "*No admitiré contra Miranda ninguno de los asuntos acaecidos durante el mando de V. S."* Lo que quería decir, obviamente, que lo ocurrido durante la comandancia de Roca quedaba en pie. Y por supuesto, hubo la sanción y la pena.

Cumplido el arresto a los seis meses, Miranda es de nuevo trasladado a Cádiz; sin que se sepa exactamente si ese traslado se debió o no a algunos canales secretos, porque lo cierto es que allí se encuentra el general Juan Manuel de Cagigal, ya con todo el mando, dando los últimos toques a la preparación del poderoso convoy de cuarenta navíos y diez mil hombres, bajo el comando del general Victorio de Navia Osorio, que parte para librar la guerra a Inglaterra y ayudar en la emancipación de sus colonias, según los planes de la Corona, a Cuba. Y así, pues, no es sino llegar Miranda al

[73] Carrasco Ricardo, *Francisco de Miranda*, Edit. Bell Buenos Aires

puerto de Cádiz, para que aquel lo vinculara a la expedición, con cargo muy cercano a él, como que habrá de ser su ayudante y secretario. Cagigal, como ya se dijo, es el nuevo gobernador, con rango de Capitán General.

Y esta situación, para bien o para mal, como lo vamos a ver, habrá de significar un cambio fundamental en la vida de quien todavía no es el Precursor, pero habrá de serlo pronto, como resultado no solo de una vocación de su existencia, sino de otros hechos que fueron sucediendo en el juego impreciso del azar, a partir de los hechos nuevos que vendrán a continuación y que se inician con ese traslado a Cuba, bajo las órdenes del general Manuel de Cagigal, su amigo y hermano masón. Todo esto ocurre en el 1780.

IV

TRASLADO A CUBA CON CAGIGAL. CAMPAÑA DE PENSACOLA. UNA NUEVA MISIÓN CLAVE A JAMAICA. LAS ACUSACIONES. APRESAMIENTO DE CAGIGAL Y FUGA DE MIRANDA QUE MARCARÁ SU VIDA

La travesía fue normal. Ya Miranda, al igual que Cagigal, conocían el camino, a veces tranquilo, a veces siniestro sobre el lomo del proceloso mar. Y conocían el bello puerto de La Habana. El segundo de ellos había nacido allí. Miranda, con treinta años, había estado nueve atrás en una escala fecunda y placentera que le sirvió para conocer a sus gentes, el comercio, la distribución de todas las colonias, sus productos y uno que otro nombre. Cuba y el puerto capital, eran el epicentro del dominio español en América.

Se instala Cagigal en la bella casona de La Habana, que allí permanece en medio de su lejano esplendor, como un museo imponente al frente de la plaza de la Gobernación. Miranda, en el despacho de al lado, se entera de todas las comunicaciones que circulan entre las colonias y la metrópoli, y de todos los planes. Es, por supuesto, un secretario altamente eficiente y goza de toda la confianza del Capitán General.

Naturalmente esta nueva vida, a altísimo nivel, le da una visión diferente a la recortada que ya tenía en Cádiz y en Madrid. Vuelve a las lecturas profusas, adquiere obras de arte, platería mejicana con exquisita orfebrería, vive con lujo, coincidiendo con los similares gustos del santafereño Antonio Nariño y como éste, hace tertulias en las que brilla su ingenio y cultiva la música. Toca la flauta y el piano. Se diría que es un aristócrata.

Pero a pesar de esta aparente frivolidad, está observando con detalle los movimientos que, mientras se libra la batalla de la independencia de los Estados Unidos, se van dando en el subcontinente sudamericano, que, ya no disimula la efervescencia simultánea que va extendiéndose. En Noviembre de 1870, en el marco del antiguo esplendor del Cuzco, la ciudad imperial de los Incas, y por supuesto en Lima, la ciudad que han hecho los españoles con finas reminiscencias de Madrid, sobre las ruinas de lo que fue el rico

imperio de los Incas que ellos habían destruido, con sus ricos palacetes, el paseo de la Alameda y sus citas galantes, se ha escuchado un grito de rebeldía a cuya cabeza está el último Inca, Tupac Amarú. Ha reunido un ejército de cinco mil aborígenes vestidos con sus lanzas ceremoniales y de guerra, usan su engalanamiento de plumajes y pectorales, y marchan a la guerra justa, en reivindicación de sus derechos ante los advenedizos violentos que los desplazaron.

Públicamente ejecutan al Corregidor español Antonio Arriaga, para sancionar sus crímenes; y rápidamente crecen en número hasta veinte mil guerreros, listos a vencer o a morir. Derrotan a un ejército de mil hombres muy bien armados con espadas, mosquetes, bombardas, cañones y culebrillas. Son unos pocos días heróicos de bella esperanza para los pueblos americanos, que luego se tornarían en terror. Porque del virreinato de Buenos Aires y de la propia Lima, llegan otros diecisiete mil hombres del ejército español y acaban con Tupac Amarú y sus bravos guerreros, armados solo de flechas y macanas y lanzas de piedra. A Amarú le infligen una muerte salvaje, bárbara, despiadada. Le cortan la lengua, un brazo y luego intentan el descuartizamiento con caballos, que no logran, para decapitarlo delante de su familia. Su hijo, que presencia el abominable magnicidio, pues su padre es el último príncipe, apenas tiene nueve años.

Miranda por supuesto observa y asocia estos hechos con el subisiguiente levantamiento de los comuneros de la Nueva Granada en Socorro, Charalá, Mogote y Simátoca, en protestas por el aumento de los impuestos, la traición que les hiciera con un pacto de honor incumplido por el propio arzobispo-virrey José Caballero y Góngora y las mismas muertes ignominiosas de barbarie medioeval. Este movimiento se extendería a Venezuela, con represión igualmente brutal y sabe que la insurrección de Tupac Amarú, así la hayan ahogado en sangre como la de los Comuneros, constituye un síntoma indiscutible de que calladamente en los pueblos mestizos de América existe en ebullición un movimiento emancipador, que se expresa a pesar de la iniquidad de los opresores.

Sobre las sucesivas revoluciones de los comuneros ha apuntado la pluma de Germán Arciniegas [74]ñ

> "*El Paraguay fue teatro de varias revoluciones comuneras. En 1543estalla la primera, ocho años después de la llegada de los españoles. El "común",*

[74] Germán Arciniegas, *Los Comuneros*

compuesto de europeos e indios aliados, al grito de "!Libertad!!Libertad!", prende al gobernador Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, le carga de grillos y le devuelve a España en una carabela construida en Asunción y que lleva el nombre de Comuneros.

"En 1640 se inicia la segunda, que tiene por caudillo al obispo Bernardino de Cárdenas. Cuando lo desterraron, la provincia

"Se puso como esparto, no dieron flores los valles,
Trébol no dieron los prados,
Las lomas no dieron rosas
Ni los sotos amarantos;
Trigo, maíz y legumbre,
Todo se queda agostado.

"Cárdenas logra retornar y el común le aclama gobernador el 25 de abril de 1649. La sublevación se mantiene en pie durante veinte años: no fue dominada sino en 1660. En el curso de ella los jesuitas sufrieron su primera expulsión del Paraguay.

"La tercera revolución, la de mayor resonancia, estalla en 1717 y dura hasta 1735, año en que logra someter a los rebeldes el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zavala, gracias a la decisiva victoria que alcanzara en la batalla de Tabapy.

"El acta inicial del movimiento de 1717 no puede ser más perentoria:

"Los religiosos de la Compañía de Jesús tiene y han tenido siempre a esta miserable provincia sujeta, abatida y arruinada. A costa del sudor, cuidado y desvelo de las armas de los vecinos, usufructúan todo lo pingüe de sus riquezas. Avasallan al pueblo con sus amenazas: lo tienen en suma pobreza, cogiéndose las mejores tierras de la provincia, por ocupar las cuales pagan arrendamiento los propios que las defienden de los salvajes con su sangre y con su vida. Ocupan propiedades ajenas, quemando las casas de los vecinos… Todas estas tierras son para un colegio que nunca mantiene más de cinco o seis sujetos, cuando bien pueden acomodarse en ellas más de 200 familias que andan vagando, sin tener un palmo de tierra en el Real Servicio, después de haber conquistado esta tierra a costa de sus vidas. No siendo menos perjudicial esto, por el tajo que hacen de los caminos públicos en todo lo que dicen ser suyo…"

Era esta última, por supuesto, una revolución contra los jesuitas, que finalmente fueron expulsados por el rey. Pero ese no es el tema de ahora.

El fino instinto de Miranda le indica que todo esto ha venido sufriendo una maduración irreversible en el sentimiento de independencia, y él es americano por encima de todas las cosas, no obstante que en el momento actual sea un oficial y funcionario al servicio de España.

Unos meses después, en marzo de 1781, los barcos españoles que custodian el mar de las Antillas divisan barcos de la flota inglesa que se aproximan. En el ínterin parte de la flota española ha establecido un sitio a los ingleses en el puerto de Pensacola, en la Florida que había pertenecido a España desde su descubrimiento, pero de la que había sido despojada a raiz del Tratado de París que terminó la Guerra de los Siete Años, de manera que es fácil colegir que los ingleses vienen a reforzar a los sitiados de esta plaza.

Se da la voz de alarma, y rápidamente se organiza un convoy que irá a dar la batalla al lado de los otros españoles. Al comando va el almirante Solano, como comandante de las fuerzas navales, el propio general Cagigal, con rango de mariscal, en el comando de las tropas de infantería y caballería, y Francisco de Miranda a su lado, como su ayuda de campo.

Zarpan el 9 de abril de 1781. Es realmente la primera oportunidad que se le presenta de entrar en acción, después de la recortada experiencia de Melilla.

Y fue una buena oportunidad, porque aunque no se sepa con detalle más que lo anotado por el propio Miranda en su diario minucioso y en un espacio de treinta páginas, es conocido que la travesía por el mar duró diez días, al cabo de los cuales el contingente de mil seiscientos hombres llegó de refuerzo a unas tropas que, al mando del mariscal Bernardo de Gálvez, quien además era el comandante general de las fuerzas españolas y en ese momento poseía otros dos mil soldados, se hallaban fatigados por lo que fue el duro enfrenamiento. La contienda y el sitio de Pensacola había sido cruento y desventajoso para los peninsulares, asociados a los americanos y a unos indios que combatían de lado y lado.

O sea que el refuerzo fue oportuno y eficaz para redoblar el sitio de aquel puerto, fuera de la ayuda artillada de los barcos de la flota española, disparando a discreción desde la rada. Más o menos veinte días después, que se usaron igualmente en la elaboración de trincheras y emplazamiento de baterías, con bajas españolas diarias y graneadas, el sitiado comandante inglés, general Campbell, ordenó levantar la bandera blanca y se rindió. Era el 9 de mayo, o sea que la aventura para Miranda solo había durado un mes. Pero un mes muy intenso.

Veamos cómo lo narra Miranda en las notas correspondientes a los días 8 y 9 de mayo de 1781 [75]:

A las nueve y media de la mañana oímos desde el campamento una gran explosión que nos alarmó generalmente, sin acertar con el riesgo. El general y el mayor general, se dirigieron inmediatamente hacia la trinchera, que era por donde se sintió el ruido. Veíamos una gran columna de humo que se elevaba a las nubes y luego nos informamos de que la explosión había sido dentro del fuerte circular nombrado, y de que toda su batería ardía ya en llamas, lo que había sido causado por una granada de nuestros obuses.

El general y los jefes inmediatos –dejando el encargo del campo y apresto al general Cagigal- se dirigieron inmediatamente a la trinchera con algunas tropas, y cerciorados del hecho, y del estrago causado, avanzaron las tropas al mando del brigadier Girón por el ramal de la izquierda, y cubiertas por la misma batería que ardía, se apoderaron de dicho puesto.

La prontitud e intrepidez con que lo ejecutaron, hizo que los enemigos se retirasen al puesto inmediato o reducto del Príncipe de Gales, que distará de éste 150 toesas, y que los nuestros tomasen posesión de él sin mayor oposición. Luego se montaron 4 cañones que tenían el reducto tercero inmediato y quedó nuestra tropa retrincherada.

El general Cagigal propuso inmediatamente el que las fragatas que estaban en el puerto se acercasen a atacar por el mar al fuerte Jorge. Se lo avisó al general Gálvez, y pasó la orden correspondiente al comandante Alderete, pero nada hicieron, a pesar de que la ocasión era la más favorable que pudiera jamás presentarse.

A las 3 de la tarde pusieron los enemigos bandera blanca en el fuerte Jorge, y se avanzaron algunos oficiales a conferenciar sobre capitulaciones. El general Gálvez asistió personalmente y duró la conferencia hasta las 11 de la noche. Supimos entonces que en el reducto habían volado 108 hombres de sus mejores tropas y dos guardiasmarinas. (…)

Miércoles 9 de mayo.- A las 7 de la mañana vino a nuestro campo el Sargento Mayor Campbell con plena facultad para concluir la capitulación. A las 2 de la tarde quedó terminado todo, concediendo a la guarnición los honores de la guerra.

A las 3 y media pasó el general Gálvez, con dos compañías de ganaderos a tomar posesión de la ciudad, y fueron muy bien recibidos por el vecindario. (…)"

[75] Francisco de Miranda, *América espera, E*ditorial Biblioteca Ayacucho, Caracas

Vencedores los españoles, tomaron prisioneros; y posesionados los americanos de tan singular victoria que, con la batalla de Saratoga y otras más decidieron finalmente la guerra de la independencia, para la hoja de servicios de Miranda haber tomado parte, como oficial con mando en la batalla de Pensacola, representaba un gran honor. Era a partir de allí un veterano de la guerra de independencia del primer país americano que lo había intentado y conseguido.

Hecho tan significativo, jamás sería olvidado y abriría futuras puertas a nuestro Precursor. Pero al mismo tiempo cerraría otras.

El retorno a La Habana fue inmediato. Y como tenía un gobernador amigo, que también había participado muy activamente en la hazaña, su actuación como combatiente y dominador de la lengua inglesa –conocimiento que por supuesto tuvo mucha importancia en las capitulaciones-, fue tenida en cuenta para que al fin se produjera el ascenso que tanto había esperado. Cagigal lo asciende a teniente coronel.

Al regreso a Cuba el ya teniente coronel halla una serie de comunicaciones de gente notable de Caracas, entre los que se cuentan mantuanos tan eminentes como don Juan Vicente Bolívar, padre de Simón Bolívar, que aun no ha nacido (nacería en Caracas en 1783), el marqués de Mijárez y Martín de Tobar, en que le piden que se ponga al frente de unas tropas para que encabece la rebelión contra la metrópoli. Esa misiva dice:

> Amado paisano nuestro: Ya informamos a usted plenamente por carta que le enviamos en el mes de julio pasado del 81, el lamentable estado de esta provincia toda y la desesperación general en que nos han puesto las tiránicas providencias de este Intendente (José de Ávalos), que no parece ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer; ultrajando él y todos sus secuaces personalmente a todo el mundo, y a su ejemplo, todo pícaro godo hace lo mismo, etc., y lo peor es que el maldito señor Ministro Gálvez (más cruel que Nerón y Felipe II juntos) lo aprueba todo y sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles y acaba de enviar una orden a todos los gobernadores para que ningún caballero americano se pueda ausentar a país ninguno extranjero sin licencia del rey, que es menester que se pida por su mano a Madrid. Con que véanos V. Md. aquí ya reducidos a una prisión desdorosa y tratados peor que muchos negros esclavos de quienes sus amos hacen mayor confianza.
>
> Y así no nos queda ya más recurso que en la repulsa de una insoportable e infame opresión (como V. Md. dice en su carta a don Francisco Arrieta).

> V. Md. es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos también por el amor de Dios; y a la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes: Bien sabemos lo que ha pasado y pasa por un vecindario en Santa Fe y en el Cuzco, pero no nos agrada el resultado y temiendo iguales consecuencias (y con la experiencia de más en casa de la de León) no hemos querido dar un paso, ni lo daremos sin su consejo de V. Md.; en cuya prudencia tenemos puesta toda nuestra esperanza.
>
> Allá enviamos a V. Md con el hijo de (..) firmas y noticias hemos creído necesarias para que en nombre nuestro y de toda la provincia, pacte y contrate con nuestro pleno poder y consentimiento y aun más allá si lo tuviese V. Md. Por conveniente, como potencias extranjeras, a fin de conseguir el rescate de un tan maldito cautiverio.
>
> Esta la fiamos al padre Cárdenas, religioso de la Merced que va a La Habana y es sujeto de quien se puede V. Md. fiar y muy de su hermano de V. Md. Arrieta, quien le contará a V. Md. todo a boca muy pormenor, y nos promete traer la respuesta de esta personalmente para nuestro alivio; por Dios que no deje V. Md. de enviárnosla sin falta. Dios guarde a V. Md. su importante vida muchos años. Sus fieles y amantes paisanos, (etc., etc.) Por todos …".

Por supuesto no aparecía firma alguna. Era altamente peligroso. Pero Miranda, por el portador padre Cárdenas, sí que supo cuáles eran los corresponsales ilustres. Empero, cometió el error de no contestarles, como ellos pedían y correspondía hacerlo con la cortesía propia debida a tan gentiles hombres. Se limitó a contestar a Arrieta y pensó que con eso bastaba. Grave error hacia el futuro, porque ninguno de los tres ilustres mantuanos olvidó y perdonó el desaire. Ya volveremos sobre ese episodio.

De la carta, naturalmente, hay que destacar que entre los mantuanos, y entre ellos muy significativamente don Juan Vicente Bolívar, a dos años antes de que naciera su hijo Simón, ya miraba como una necesidad inaplazable iniciar la lucha por la independencia, no obstante ser consciente de lo que ello significaba de peligro. Allí estaban los antecedentes que recuerda del Cuzco y de los Comuneros del Socorro y la traición de las autoridades españolas desde Santa Fe de Bogotá.

Mas, a pesar de que estos hechos eran altamente significativos, Miranda piensa y analiza el proceso. Una intuición interior muy fuerte le dice que

aun no es el momento, y que es preciso esperar el resultado inminente de la independencia del gran país del Norte. En su diario habrá de apuntar[76]:

> Llamado por vosotros en 1781 al socorro de la patria, extremadamente agitada con los vejámenes y opresión excesiva que en aquellos tiempos ejercían sobre sus infelices habitantes el ministro don José de Gálvez, por medio de sus agentes y visitadores, cuyos excesos habían colocado justamente una insurrección general en el reino de Santa Fe de Bogotá, en el Perú y aun en la provincia de Caracas, no pude en aquellas circunstancias acudir a su socorro, tanto por hallarme liado con un grado superior en el ejército de Su Majestad Católica entonces en guerra con la Inglaterra, como por concebir que en todos aquellos movimientos de insurrección no había combinación ni designio general: lo que me fue patente luego que recibí las capitulaciones de Zipaquirá (junio de 1781), testimonio de la sencillez e inexperiencia de los americanos, por una parte, y de la astucia y perfidia de los agentes españoles por la otra; y así creí que el mejor partido era sufrir aun por algún tiempo y aguardar con paciencia la independencia de las colonias angloamericanas, que sería en lo venidero el preliminar infalible de la nuestra.

Por esos días ocurre algo bien curioso. El general inglés Campbell, el que izó la bandera blanca en el sitio de Pensacola y se rindió a los españoles, al cabo de la batalla no estaba preso como sí lo estaban muchos españoles por otros episodios de la guerra y muchos más ingleses. No. Campbell, días después y retirados ya de la guerra de independencia los ingleses, pasa por La Habana, rumbo a Inglaterra, y allí, con la cortesía propia a su elevado rango, lo atienden bien, desde Cagigal que lo invita a su mesa, hasta los oficiales subalternos. No ha sido posible al autor de este libro descubrir el pequeño misterio que reviste el que Campbell no hubiere caído prisionero de España, como sí cayeron otros oficiales tras el final de la toma de Pensacola.

Mas lo cierto es que estuvo en La Habana y fue tan bien recibido, que Cagigal después del almuerzo dispuso su coche personal para que le dieran un paseo por la hermosa ciudad; y es así que, como en esos días están construyendo uno de los aleros de La Cabaña, en El Morro, que estaba a la vista de todo el mundo, le enseñan con alguna ingenuidad la obra de ingeniería. Esta ingenuidad la cometió de su propia cuenta, como después se estableció, un oficial de nombre José Montesinos.

Pero había un ojo abierto a la perversidad desde el palacio episcopal, en donde oficiaba un prelado de apellido Echeverría. Conocedor éste de los archivos secretos que la Inquisición le había levantado al oficial venezolano,

[76] Rumazo, ob. cit.

y sabedor igualmente de sus lecturas prohibidas y de su dominio del idioma inglés, vio allí propicio el momento de maquinar una acusación proditoria. Y sin detenerse en consideraciones morales ni en cuestiones subalternas de justicia, envió al ministro de Indias, don José de Gálvez, una comunicación sopesada de acentos traidores contra Miranda. El ministro a su vez, ante la gravedad del cargo, entera al Rey. Miranda, el amigo de los ingleses, ha cometido traición a la patria habiendo mostrado fortificaciones militares, no obstante que estaban a la vista de todos, al enemigo inglés. Ambos, monarca y ministro, entran en alarma e indignación.

Mientras estas cosas están pasando a la espalda de Miranda y del propio gobernador Cagigal, en medio de la guerra con Inglaterra, vienen unos planes del alto mando español que buscan apoderarse inicialmente del archipiélago de las Bahamas, y posteriormente de Jamaica, como es sabido, ambas posesiones inglesas. Y Cagigal, que confía plenamente en Miranda, que es su amigo y de cuyos talentos es conocedor, lo escoge para una misión especial en Jamaica.

Esa misión, secreta por lo demás, habrá de durar cuatro meses, que son de gran provecho para el caraqueño. Se trata de ir a negociar, en primer lugar, el canje de prisioneros, de comprar unos barcos ligeros y tomar nota atenta de las defensas y geografía jamaiquinas, para el próximo asalto de toma de la isla por los españoles. Miranda viaja y adelanta a plenitud lo que se le ha encomendado; pero además utiliza su tiempo en la compra de las nuevas ediciones de los libros avanzados de la Ilustración sobre ciencia, política y filosofía, todos traducidos al inglés. Y manda a hacer, conforme a su misión secreta, unos barcos que servirán para los planes de conquista de esa misma isla, y toma nota de todas las fortificaciones de la isla, su topografía y distribución geográfica, que estudia con atención. Miranda, como se sabe, es minucioso y detallista.

El regreso a Cuba lo hace por el puerto de Batabanó, que es una población pesquera. En llegando, le envía un correo a su jefe el gobernador, en el que le comunica:

> Acabo de llegar a este surgidero. Traigo noticia exacta de las escuadras enemigas que ejercen en aquella isla y de las que próximamente se esperan de Europa; del número de tropas veteranas que hay en el día y también de su milicia, etc. Planos topográficos del país que son bastante exactos… ” En relación con la compra de barcos, agrega que ha adquirido “tres embarcaciones ligeras y de superior vela que son excelentes para avisos

> y aun para muy buenos corsarios, con varias otras cosas y negociaciones ventajosas que no puedo fiar a la pluma y que a la vista comunicaré a usted.

Ha comprado dos bergantines artillados hasta con 16 cañones cada uno, ultra ligeros como los que usan los corsarios, y dos goletas de 12 cañones cada una, que le son entregados y en ellos, desplegadas todas sus velas, llega a Batabanó. Ha dejado cuatro más encargados en los astilleros jamaiquinos con el compromiso de su pronta entrega. Es decir, ha cumplido con el mayor éxito una misión de gran confianza, de acuerdo con las órdenes impartidas.

Pero la traición caminaba con los ojos abiertos. En el cumplimiento de su trabajo en Jamaica un ciudadano inglés de nombre Felipe Allwood ayudó a Miranda en las negociaciones. Cuando éstas se formalizaron y los barcos estaban listos, éste le pidió que lo trajera a Cuba, petición que Miranda, con los barcos cargados solo de lastre, aceptó. En el equipaje de Alwood venían algunos elementos de loza o vajillas y unos lienzos, todo lo cual alcanzaba un valor de ocho mil pesos. Miranda por su parte había comprado otras mercancías que había dispuesto adquirir el gobernador para que, con el valor de su venta, se pudiere solventar en parte el costo de la misión. Nada de allí había para uso o usufructo del teniente coronel, como se demostró ampliamente.

Y es así que los ojos muy abiertos de sus malquerientes ven en esto un gran motivo de escándalo. Inmediatamente salen a decir y a asegurar que Miranda es un contrabandista y que ha introducido a Cuba un alijo muy valioso. O sea que mientras está caminando el cargo de traición, llega este nuevo de contrabandista, que tanto el obispo y la Inquisición, sin más prueba que su propia infamia, dan por cierto en medio del escándalo público y judicial que de inmediato se inicia.

En los comienzos de marzo de 1782 le llega un correo sigiloso al gobernador Cagigal con altas alarmas. Procede del ministro Gálvez, quien habla en nombre del rey y con instrucciones perentorias de éste. Dice:

> El rey ha sabido con sumo desagrado que al general Campbell y a otros oficiales suyos, se les permitió ver las fortificaciones de esa Plaza, a influjo y en compañía de don Francisco de Miranda, capitán del regimiento de Aragón, que es un entusiasta y apasionado de los ingleses. Con esta noticia, que los mismos enemigos han publicado en sus Colonias, se ha servido S. M. mandar que inmediatamente separe V.E. a este oficial de su lado y que en primer aviso o correo u otra embarcación que salga de ese puerto para

cualquiera de estos reinos de España, le envíe irremisiblemente a ellos, sin confiarle pliegos ni encargo alguno de su Real Servicio.

También quiere S. M. que proceda V. E. con tan inviolable reserva en la ejecución de esta providencia, que no pueda traducirse por ningún conducto, y así no debería confiarla a persona alguna excepto el Comandante General del Ejército de operación, por ser Miranda de uno de los cuerpos de su mando. 2 de noviembre de 1781.

La carta, como se ve y no obstante los apremios del propio rey, ha tardado varios meses en llegar. Luego le llegará otra del mismo ministro, en la que le previene y ordena:

No puede conformarse S. M. con la comisión que dio V. E. para el canje de prisioneros españoles detenidos en Jamaica a don Francisco de Miranda; por lo mismo, quiere S. M. nombre V. E. inmediatamente otra persona de su entera confianza que releve a aquel oficial.

Cagigal, que comprende cómo la injusticia ha pretendido engañar al propio rey, envía una carta de respuesta al ministro con la mayor altivez:

Debo exponer a V. E. que el día que llegó el general Campbell a esta ciudad, de tránsito para la de Nueva York, por urbanidad y falta de otra prevención, le dejé a comer en mi casa y a la tarde le franqueé uno de mis coches, para que con sus edecanes diese una vuelta al paseo público.

Hallábase Miranda en el campo, y ocupado el ayudante, por lo que previne que los acompañase el distinguido don José Montesinos, a quien no juzgué debía hacer unas prevenciones tan de su profesión y que están generalmente encargadas a los oficiales de los puertos. Supe después que el imprudente Montesinos llevó a Campbell a la fábrica que se hace para Castillo del Príncipe, extramuros de esta ciudad y que entrando en ella vieron su carpintería en que se trabajaba y alguna otra pieza de las mismas que se registran desde fuera, por no estar aun concluida su magistral, obrando en ello más la curiosidad y accidente que el estudio o premeditación …La conducta e inocencia de Miranda no solo se califica negativamente, por no haber intervenido en el hecho que se supone, mas también positivamente, por lo que ha hecho en servicio del Rey y Estado… A Montesinos le reprendí con severidad y nos pareció hacer mayor demostración contra éste, el ingeniero y oficial encargado del Fuerte, porque no se publicase como delito lo que solo había sido descuido … No vio Campbell en general las fortificaciones, sino

> solo una corta parte de la que aun no lo es. … Yo aseguro que no se ha dado ni dará prueba de lo que se ha informado al Rey contra Miranda, y si basta un falso informe para resolver contra tan inmediatos dependientes míos, sin pedir ni esperar el que yo se, prepare V. E. los oídos, y yo el sufrimiento, para no valerme de quienes necesite, para no sacrificarlos a la emulación.

Y enviado este despacho, Cagigal dispone lo necesario a recibir las declaraciones de rigor, entre ellas la del propio Montesinos, en acreditación de sus asertos y de la inocencia de Miranda, que ya para entonces está en Jamaica cumpliendo con los deberes que se le han impuesto, conforme se ha narrado. Y envía otro despacho al ministro con toda la documentación. Y agrega en otra misiva:

> La representación adjunta demostrará a V. E. y persuadirá al Rey , la falsedad y descaro con que la calumnia se ha atrevido a insultar mi honor y manchar el de mi edecán, el teniente coronel don Francisco de Miranda.

Mas a pesar de que le han dado tan terminantes órdenes, las que se supone no eran discutibles, en el convencimiento de la poderosa intriga y de la injusticia cometida, no toma ninguna medida contra su subalterno; y al contrario, cuando todo se ha dado para cumplir con los planes a favor de España que antes se reseñaron, dispone que parta una flota, a su propio mando, con rumbo a las Bahamas. Allí viaja el coronel Miranda como su segundo. Tiene la aprobación del comandante de las Fuerzas Españolas, mariscal don Bernardo de Gálvez, quien es sobrino del ministro . Es abril 22 de 1782.

La misión es exitosa. Los ingleses no están en condiciones de resistir, y en esas circunstancias, Cagigal toma con facilidad la isla de Nueva Providencia y allí la ciudad de Nassau, capital de Bahamas. Producido tan feliz e incruento suceso, dejan allí las guarniciones necesarias a la ocupación, y regresan a Cuba. Cagigal está tan contento con Miranda que por su dominio del idioma inglés le ha sido de mucha utilidad, que pide al comandante Gálvez que ascienda con todos los honores a Miranda al grado de coronel efectivo. Y, con el informe correspondiente, le pide a éste que sea él mismo quien lleve de modo personal los documentos y el informe al mariscal de Gálvez. Miranda toma ruta hacia Cabo Francés en Dominicana, donde tiene su comandancia general aquel.

Pero el asunto del cargo de traición de Miranda no estaba ni olvidado ni aclarado con las explicaciones de Cagigal y las pruebas que había remitido.

Y es así que desde el mismo mes de marzo se había ordenado la detención de Miranda, órdenes que llegan en ese abril clave de 1782 al propio mariscal de Gálvez por el correo real. O sea que cuando Miranda, eufórico, llega a Cabo Francés, el mariscal comandante no le da tregua alguna ni admite explicaciones; y en obedecimiento y sin chistar de las órdenes reales, le intima el arresto y lo remite a Cagigal con una simple nota: "*Va Miranda detenido en cumplimiento de orden de S. M. de 11 de marzo último, en que se me manda asegurar su persona y remitirlo a V. M.*"

Así, pues, Miranda está detenido y se lo envían a Cagigal para que éste a su vez lo remita a España. La Inquisición y el pérfido obispo Echeverría han triunfado con su infamia.

Aparentemente todo está perdido. Pero no es así, porque cuando llega a La Habana el 5 de abril, el pueblo, a pesar de ir prisionero, lo recibe en fiesta, como a un héroe por su decidida participación en el asunto de Bahamas. Y el gobernador Cagigal, con el convencimiento pleno de la injusticia que se está cometiendo, se juega su propia cabeza y desobedece las órdenes. Pone en libertad a su amigo Miranda, libertad que tiene sus días contados, como lo advierte con claridad el propio beneficiado. Sabe él cuál es el poder del rey español y del ministro. En esos días escribe a su amigo el abate Roland [77]:

> Habiendo llegado aquí felizmente el 5 del pasado mes, mis amigos me han recibido más bien en triunfo que otro cosa (vicisitud de las cosas). Mi verdadero y digno amigo, el señor Gobernador, se ha distinguido entre todos y de alguna manera ha mitigado un poco en mí las sensaciones que conservo, y no olvidaré jamás de la conducta de estos señores para conmigo.

Naturalmente que la libertad que le confirió el gobernador Cagigal era una libertad aparente, pues como hombre de honor tenía determinado llevarlo él mismo a España para colocarse ambos a las órdenes del monarca. Pero no alcanzó a hacerlo, porque en el siguiente despacho real llegó el relevo en la gobernación. Venía como reemplazo don Luis de Unzaga y Amézaga.

Éste, sabiendo que su antecesor ya estaba listo para el viaje al igual que Miranda, perfectamente documentados ambos para desbaratar la infamia, en nada perturbó tales planes y a ambos trató con la cortesía propia de su nobleza.

[77] Rumazo, ob. cit.

En efecto, se embarcan en una fragata de la flota española. No por mucho tiempo, porque, bordeando la costa cubana la embarcación, navegando hacia el oriente, se desató una tempestad con rayos y olas encrespadas violentas, que derriba velas y jarcias, obligando al capitán a atracar en el puerto de Matanzas. La fragata necesita repararse por los serios daños recibidos. Y estando en Matanzas, mientras Cagigal regresa por tierra a La Habana, distante unos ciento veinte kilómetros, para regresar al momento calculado para las reparaciones, deja en libertad a su amigo Miranda en aquel puerto. Y allí decide Miranda, ante un hecho inusitado que luego narra en una carta a Cagigal, evadirse de la justicia española, porque ya no tiene esperanza alguna de un juicio honrado. La misiva que le deja a Cagigal dice:

> Hallábame con el permiso de V.E. , en el lugar de Regla tomando los aires, ínterin se metía lastre y recorría un poco la fragata que nos conducía a España, y anteayer se apareció en la casa donde asistía, un ayudante del señor Gobernador yCapitán General de esta isla, inquiriendo por mi persona que justamente estaba fuera de casa, y se fue ofreciendo volver luego. Poco después, y antes de llegar yo a ella, supe confidencialmente que de positivo se había dado orden para arrestarme, privado de toda comunicación por escrito o de palabra, y que esto dimanaba de pliegos que la noche anterior había llegado del Guárico o España. (los amigos cuidaban al viajero…). Suspendí entonces la intención de volverme a la posada y me dirigí a la de un amigo. Allí me ratificaron varios otros lo mismo. … No me quedó ya la menor duda de que el golpe venía dirigido con toda malicia por la misma mano que disparó hace un año otro igual, fundado en la más solemne y más atroz calumnia que pudo levantarse para denigrar mi honor y zaherir el de V. E. ¡No es el delincuente a quien buscan, sino mi persona, sea más inocente y pura que Sócrates!

Y remataba la carta con este párrafo:

> En este supuesto y para precaver así mismo dañados designios, resolví sustraerme de tal autoridad, dirigiendo mi viaje hacia Europa por las provincias anglo-americanas del Norte … Nuestro Señor conceda felicísimo viaje a V. E.

Es de anotar que a partir de este hecho, Miranda, pase lo que pase después, entra a ser prófugo de la justicia española. Huir constituía para el derecho de juzgamiento español el mayor indicio de culpabilidad. Y como Miranda sabe esto, a partir de ese instante ha tomado otro rumbo su vida, que ya no volverá a ser como antes. El episodio, por supuesto, tiene el mismo

valor que el juicio de diezmos tuvo para Antonio Nariño unos años después, que vimos con detalle en la primera parte de esta obra.

Pero aun después de la misiva a don Juan Manuel que acabamos de ver, Miranda todavía le escribirá otra carta más extensa y expresiva, desde los Estados Unidos, la que luego veremos, muy confidencial y en ella le recomienda que le escriba a Filadelfia, donde ya tiene pensado y decidido que va a estar. Lamentablemente ésta no llegaría a las manos de su destinatario, porque estaba ya prisionero.

Es claro que entre los dos hay una amistad verdadera. Miranda además sabe que todos esos dolores de cabeza que habrán de amargar el resto de la vida de tan noble benefactor, lo estaban afectando únicamente por defenderlo a él, por la razón de que seguramente era la única persona que en verdad conocía que Miranda era tan inocente como Sócrates de los cargos que le estaban endilgando. La otra carta dice:

> "Le diré que mi idea en dirigirme a los Estados Unidos de América, no solo fue por sustraerme a la tropelía que conmigo se intentó, sino dar al mismo tiempo principio a mis viajes en países extranjeros, que sabe V. fue siempre mi intención, concluida la guerra; con este propio designio he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de Europa que fueron la profesión en que desde mis tiernos años me colocó la suerte y mi nacimiento. Todos estos principios (que aun no son otra cosa), toda esta simiente que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de treinta años que tengo de edad, quedarían desde luego sin fruto ni provecho, por falta de cultura a tiempo. La experiencia y conocimiento que el hombre adquiere, visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija en el gran libro del universo; las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus leyes, gobierno, agricultura, policía, comercio, arte militar, navegación, ciencia, arte, etc., es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar en algún modo la obra magna de formar un hombre sólido y de provecho!"

He aquí un espíritu integral. Este hombre piensa en el cultivo de su intelecto por encima de la copiosa biblioteca que ya ha leído y estudiado. Su propósito es el de adquirir un conocimiento ecuménico, lo que hoy se llama un estadista que piensa en todo y tiene una gran avidez de conocimientos a los treinta y dos años de vida. Todo eso por supuesto lo ambiciona porque quiere llegar a ser el gran conductor de América Hispana. Y sabía sin duda alguna que nada de eso habría logrado entregándose a una justicia comprometida con el desafuero y el prevaricato.

Lamentable que todos estos taimados sucesos, que no alcanzaron a mellar en Miranda, a quien iban dirigidos, si iban a afectar a un hombre tan respetable como el ex gobernador. Porque, como hombre de honor, el general Cagigal se embarca finalmente rumbo a Cádiz a ponerse a derecho, como dicen los abogados. Mas al llegar a ese importante puerto recibe la primera decepción: las cosas no resultaron como él las pensaba en relación con un estrado judicial puro en el que brillara el derecho. No. Desde el puerto es puesto prisionero y conducido a la cárcel, aunque con algunas consideraciones.

El proceso lo ha tergiversado el ministro Gálvez con toda la perversidad, en acuerdo con su sobrino el mariscal Bernardo de Gálvez. Ambos son intrigantes y maliciosos. Prácticamente se le niega la defensa, y ni siquiera se lo escucha mientras pasan los años y él se sume en la prisión.

El escritor canario Manuel Hernández González[78] se metió en los mamotretos, verificó documentos amarillentos del Archivo Histórico Nacional de Madrid, confrontó la prueba, y descubrió lo que finalmente habría de comprobarse cuando murió el nefando ministro Gálvez y se hizo un juicio justo: que tanto Miranda y por supuesto Gagigal, era inocentes víctimas de una patraña. Leamos como este autor complementa con sus anotaciones este relato, y cómo habla del proceso judicial viciado:

> Un laberinto cuyo desciframiento, que estuvo enmarcado en un procedimiento judicial que originó graves daños y vejaciones a Cagigal, nos puede ayudar a comprender el por qué de la deserción de Miranda. Desde la perspectiva actual se evidencia el acierto de la intuición del caraqueño al evadirse frente a la gravedad de las imputaciones de las que era objeto, a sabiendas de que eran falsas, pero que emanaban directamente desde el centro de decisión del poder metropolitano, maniatado por la red de intereses que gobernaba con mano de hierro José de Gálvez y contra la que poco podía hacer.

> De todo este largo proceso plagado de irregularidades se desprende un hecho contundente que mostramos en estas páginas: la causa solo tuvo resolución final once años después de la muerte de José de Gálvez. Gagigal únicamente pudo declarar una vez acaecida ésta, mientras que se dilataba su injustificada prisión en Cádiz. Una vez que fue escuchado y que su defensa fue posibilitada más tarde con unas mínimas garantías –cuando la huella de su poder e influencia se habían evadido de la Corte y fallecidos ya los

[78] Manuel Hernández González, *Francisco de Miranda y su ruptura con España, Ediciones Idea, Tenerife España*

> principales miembros de ese linaje malagueño- fue cuando de forma bien tardía la verdad resplandeció. Pero "el mal estaba hecho", hasta el punto que en buena medida ha pasado desapercibida. Por esas fechas, la trayectoria personal de Francisco de Miranda iba por derroteros bien diferentes y contrapuestos.
>
> Acaeció de esa forma una causa que condujo a la deserción y ruptura de Miranda con España que solo fue finalizada, nada más y nada menos que el 24 de enero de 1799 en el Consejo de Indias, 18 años después de la primera orden de prisión de su presidente contra Francisco de Miranda. Solo entonces se dictó sentencia sobre las causas en que éste se vio envuelto, imputado de graves cargos de contrabando y de traición a España por ceder información fundamental sobre las fortalezas de La Habana a los británicos. Por esta resolución se le exoneró de todos los cargos imputados y se le hizo acreedor de la estimación de su Majestad, por su eficaz contribución al Estado español con la misión que había efectuado en Jamaica."

Luego del pequeño percance de Matanzas y la decisión, compartida plenamente con Cagigal de la fuga, Miranda permanece por los alrededores campesinos. Ya es un fugitivo que recuerda en carta que su suerte, de ir a Madrid, sería la misma de un patriota mexicano, Miguel de Azanza y sus compañeros, que debieron permanecer por largo tiempo en "*las lóbregas habitaciones de una cárcel con las ventanas clavadas"*.

Se escribe con asiduidad con su mentor Cagigal y ambos se manifiestan el afecto que los une. Éste llega a afirmar que daría su vida por el coronel caraqueño. Y mientras transcurre un mes y medio de zozobra, don José de Gálvez, el implacable ministro, dirige una nueva comunicación con apremios y amenazas contra Cagigal por no haber entregado a Miranda. Le increpa y exige que se lo entregue. Pero Cagigal no se arredra ni baja la cabeza. Le responde al ministro:

> Debo decirle que el teniente coronel don Francisco de Miranda, por quien V. E. pregunta, se halla a mis órdenes por representación mía al rey, contestándome Su Majestad quedaba inteligenciado … etc. … y conviniendo absolutamente a mi honor, y al suyo, vindicarse a los pies del Trono como igualmente lo tengo ofrecido al mismo Soberano, yo respondo al rey de su persona; y este es el destino que tiene en el día, ínterin oyéndome su Majestad se dignase resolver otra cosa.

Para ese momento Miranda no solo es prófugo del grave cargo de traición a la patria que se juzgaría en España, sino que el juez español de residencia,

don Juan Antonio de Uruñuela le ha descargado una sentencia draconiana de cárcel por diez años, a lo cual se agrega la pérdida del empleo y la obligación de devolver el valor pagado por las naves compradas en Jamaica. El grave delito es contrabando. Miranda estaba absolutamente perdido. Pero aun así, en tales condiciones, tanto Cagigal como Miranda se arriesgan mutuamente y se dan una cita por carta que estudian para asumir menor peligro, y se reúnen a las seis de la tarde del último día de mayo. Se despiden con el afecto entrañable, y cada cual toma su destino.

Al otro día, 1º de junio de 1783, Miranda se embarca en una nave norteamericana que lleva por nombre *Prudent*. En tal empresa le han ayudado sus dos amigos James Seagrove e Ignacio Menocal. El mismo día, en la misma rada, se embarca en un convoy español de naves de guerra, rumbo a Cádiz, el ex gobernador Juan Manuel Cagigal cargado de esperanzas. Casi las mismas que también inundaban el alma del fugitivo que ha ganado su libertad. Para ese momento, la Inquisición en España había librado hacía unos meses una orden de arresto contra Miranda, otra de decomiso de sus bienes y otra de incautación de su biblioteca, con examen minucioso de todos los libros que la componían, cada uno de las cuales estaba en el índex.

V

ESTADOS UNIDOS, NOTAS DE VIAJE. LA TRASHUMANCIA Y LAS AVENTURAS DE UN CABALLERO DE LA ILUSIÓN

Miranda comienza, con su estilo y ortografía un tanto arcaicos, el nuevo diario de su nueva vida así:

> Havana- La Mar. 1º de junio 1783. A las nueve de la mañana me hize a la vela en la Balandra americana La Prudente su cap. J. Wilson: mi buen amigo D. Ignacio Menocal estuvo a verme, y despedirse hasta el último momento, ofreciéndome su proceder cada día más y más fundamentos para admirar su providad, y sano juicio en el centro del vicio y la Corrupción…, o grata idea a mi memoria! Así mismo se hizo a la vela toda la Escuadra, y Comboy Español que a las órdenes del teniente General D. Joséf Solano se dirige a Cádiz, llevando a su bordo la maior parte del Exto. de Operaciones, y por valor de cerca de 60 millones pesos en especie, y frutos; cuios productos avían estado retenidos en nuestra América desde la declaración de la guerra.
>
> El viento y corriente han sido tan favorables, que al amanecer solo descubrimos dos pequeñas embarcaciones del todo de la Escuadra, y comboi: al mismo tiempo vimos el Pan de Matanzas; y dirigimos nuestra ruta a desembocar el canal de Bahama-. al día siguiente al amanecer avistamos tierra, y por ella reconosimos ser Cabo Cañaveral y estar por consecuencia desembocados. El viento continuó siempre fresco por el Oriente de suerte que el día 5 pasamos la Latitud de Charles Town donde era mi designio desembarcar; pero el buen capital Wilson, ya sea porque el viento no fuese mui favorable, o porque a él no le acomodase, que es lo más cierto, prosedió desde luego a la Carolina del Norte sin embargo del ajuste y promesa que dio a mi Amigo James Seagrove de llevarme a Charles Town; no parece que es hombre delicado en este género de materias. (…)"

Y de allí, de estas líneas pesadas, parte su relato minucioso, sin pretensión literaria alguna como que lo escribió solamente para él, farragoso quizás y con la peor ortografía imaginable, pero directo y veraz. Ilustrativo de lo que fue su periplo y sus abiertas observaciones a un mundo nuevo, en el que la vida comenzaba con la reciente independencia. Desde el barco, como se observa, recibe un trato distinguido de parte del propio capitán y

de Seagrove, ya sus amigos. Miranda se hacía querer de la gente de bien, cosa que no pudo ocurrir en ese mundo carcomido por el prejuicio social y religioso, en el que dominaban las mentes romas y fanáticas que gobernaban en aquella época en España.

Su descripción es tan minuciosa, que al observar a las mujeres, comenta:

> Las mujeres, con particular las casadas, guardan una reclusión monástica y tal submisión a sus maridos, cual no tengo visto jamás: visten con aseo y toda su vida es doméstica- . Luego que se casan se segregan de toda amistad íntima y sus miras tornan enteramente al cuidado de su casa y familia; el primer año de casadas juegan el role o papel de amantes, el segundo de crianderas, y el tercero y resto de amas de llaves.

Mas o menos como él lo practicó después, aunque sin casarse, con su leal ama de llaves Sara Andrews.

Cagigal le ha provisto de una serie de cartas de recomendación para los principales personajes, sin omitir a George Washington y a todos los líderes de la independencia, a los que une un ideal común y un ideario forjado en los templos de la Masonería. Todos ellos son masones activos; y por supuesto que un hermano de la misma causa, veterano además de Pensacola, tenía un significado valioso para ellos, que lo reciben con trato distinguido. A esto se agregaba la recia personalidad de Miranda, su vasta cultura y su encanto personal que garantizaban el recibimiento respetuoso por parte de aquellos personajes. Miranda, por su lado, siempre los trató como sus iguales, aunque sin disminuir el alto rango que ellos ya habían ganado para la historia.

De manera que cuando, por motivos de mal tiempo en el mar, o por la desidia del capitán Wilson como él mismo lo anota, no llega a Charlestown en la Carolina del Sur sino a la Carolina del Norte, el propósito de Miranda es proseguir por tierra para llegar a aquella. Es realmente un contratiempo menor, que de buen grado el aprovecha para conocer más de ese fascinante país. Así pues, no tiene más remedio que bajar en el puerto de Newberne, donde se hospeda en la taberna de un tal mister Oliver, y describe todos estos movimientos con su pésima ortografía en el diario. Paga un peso por el alojamiento y la comida, precio que, sin dudarlo, le parece muy barato.

Nadie sabe como es el cambio de la moneda, o sea del real español que debía llevar, por el dólar que ya era la moneda en esas tierras norteamericanas que ostentan el nombre, para siempre, de Estados Unidos de América. Pero llega sonriente, sin preocuparse de no tener un empleo, ni provisiones

mayores de dinero en la faltriquera, ni en el baúl o baúles, porque se sabe además, que llevaba todo su ajuar militar y algunos trajes civiles, pero especialmente libros y más libros. Eso hace pensar que no era un equipaje liviano.

Miranda tenía en mente, y así lo cumplió, visitar cuatro grandes ciudades estadounidenses y sus alrededores, que fueron claves en la guerra. Esas ciudades eran Charleston, Filadelfia, Nueva York y Boston. Era realmente un plan de estudios en relación con los desarrollos de la revolución, sus principales batallas, la distribución de las fuerzas, los movimientos de cada uno, las acciones de la artillería y los desplazamientos de la caballería.

Todo esto era como una fascinación para el caraqueño, deslumbrado por toda esa hazaña libertaria que, aunque perseguido y proscrito como se encontraba, además de pobre, sin que pudiera acudir a las remesas que al principio le mandó su padre desde Caracas, pero con una fe desbordada en sí mismo, pensaba que habría de ejecutar él como gran líder en los países del Sur.

Mas su ansiedad también se orientaba al conocimiento de los hombres que habían hecho posible ese prodigio. Y él, que no se arredraba ante nada y que, con su soltura personal, su talento y la cultura que había almacenado se tenía confianza en la presencia del más elevado personaje, los iría a buscar, sin tener nada más a su favor que las cartas de presentación del general Cagigal y su pertenencia a la orden masónica. Sabía bien que todos esos demiurgos de la revolución americana también pertenecían a ella.

Hacía solo tres meses las tropas inglesas habían abandonado esas colonias, absolutamente derrotadas. De manera que lo que se vivía en todo ese país inmenso era una gran euforia. Reinaban el optimismo y la voluntad de trabajo, todo dominado por el embrujo de un sueño convertido en realidad que se palpaba por todos los lados. Era hermoso para él observar los grandes territorios sembrados; y unas industrias que comenzaban con la utilización de brazos negros esclavos, pero que abría caminos y daba trabajo a todo el que lo necesitaba. Esta fascinante visión se apreciaba en todos los lugares donde puso sus plantas, en un fenómeno que hacía aumentar su insaciable curiosidad de visitante.

En su diario, cuando deja el puerto de Newberne, anota con someros detalles la que fue una noche de amor, que casi nunca le faltó, porque el encanto que desenvolvía ante los hombres, se convertía en derroche irresistible ante las mujeres, por castas que fueran:

CAMINO DE BEAUFORT. Carolina del Norte. 12 julio 1783.

El 12 de julio a las diez de la mañana de dexé finalmente a todos mis amigos de New Berne, y pasando el río Trent por el ferry (o barcas) de la Ciudad esta tomé el camino de Beaufort, y a las dos de la tarde llegué a la Posada de Allwayf distante 23 millas de Newberne; el camino es bastante bueno, como lo son en general todos los de este país, pues el terreno es duro y arenoso, e igual por todas partes; pero la casualidad de haver llovido mucho los días anteriores, hizo que todos los Puentes de madera que hai sobre él estuviesen destruidos y no con poco trabajo huve de pasar los caballos y Sulky para seguir mi jornada –esta fue un poquillo fatigosa, pero una comida regular y aseada, y la compañía de Confort y Constance dos hijas del Posadero y muchachas de 15 a 18 años mui bien parecidas, pronto pusieron en olvido la caminata: por la noche huvo buena sena, y mejor conversación con las muchachas; una no tuvo embarazo en venir a mi solicitud, a continuármela en la Cama después que todos se retiraron a dormir. –Al siguiente día a las seis de la mañana emprendí otra vez mi jornada, y habiendo andado 21 millas por caminos semejantes al del día antecedente, atravesando un Swamp (pantano) que tendrá más de una milla de ancho, y millones de mosquitos ensima, llegué a las diez del día a Beaufort." Esa Constance, por supuesto, jamás volvió a contar en su vida para nada.

Y llegó a Charleston después de haber vuelto a embarcarse en Carolina del Norte, en un crucero costanero que vale la pena leer, no obstante los arcaísmos de su prosa, por su humor al celebrar la no existencia de agentes de aduana, la expectativa lisonjera de una noche de amor en busca de la cual se trastea de posada; y la magia de la carta de presentación del general Cagigal, que le abre las puertas más altas, entre ellas la del gobernador, que lo colma de atenciones:

LA MAR- CHARLESTOWN CAROLINA DEL SUR – JULIO A OCTUBRE DE 1783. El 29 de las seis de la mañana nos hicimos otra vez a la vela, y con viento fresco del norte vajamos el río en cosa de dos horas.. á las 8 salimos á la mar, y dexando el Río Santée sobre la derecha á distancia de seis millas más abaxo en prolongación de la costa, montamos Cape-Roman, y sobre la misma costa pasamos las pequeñas Islas Bull, Caters, Davis, Long, y Salivan; a las cuatro de la tarde reclamamos sobre el fuerte Moultry, situado sobre la punta del sur de la última de estas islas a la entrada de la bahía de Charlestown …el fuerte Jhonston, que está en la parte opuesta sobre la punta del norte de la isla James, y forma el canal de dicha entrada nos llamó con una vandera: enbiamos por de contado el bote, y después de haverse infomado el comandante de dónde veníamos, y cobrar un peso fuerte, procedimos atravesando esta hermosa bahía, y á las cinco de la tarde

> nos amarramos en uno de los Wharffs de la ciudad en medio de crecido número de embarcaciones mercantes que entran y salen constantemente en este puerto –inmediatamente saltamos en tierra, y sin que nadie nos dixese una palabra ni guarda o ministro alguno de rentas (porque no hai canalla de esa especie) intentase examinar nuestros equipajes ni cosa alguna, cada uno procedió a buscar alojamiento- yo encontré por fortuna al desembarcarme a Mr. Bourdeaux comerciante de esta ciudad, que conocí en Newberne, y fue tan atento que inmediatamente me acompañó a busca buena Posada: por su recomendación tomé alojamiento en la de Mrs. M. Stone en Trade street No. 13 pagando poco más de un peso diario por comida, y alojamiento; hasta el 23 de Agosto que para mejorar de cuartos y en la expectativa de conseguir el logro de una lisonjera empresa amorosa, pasé a King street No. 80 Miss Melar, ocupando el alojamiento que dejaba el coronel de artillería Carrington y el mayor Eduard.
>
> Al día siguiente estuve a visitar a Thomas Bee Esq. Para quien traje una carta de recomendación de Mr Seagrove en la Havana; me recivió con suma política y atención, y me acompañó a visitar igualmente a su Exa. el señor Governador actual Benjamin Guerard Esq. A quien entregué carta de introducción del General Cagigal; y en su consecuencia me ha colmado de honras y agasajos durante todo el tiempo de mi residencia en esa capital.

Visita los campos de batalla que ha ido a buscar, toma notas, hace dibujos del terreno, los estudia y plasma en su diario solitario sus observaciones objetivas sobre el por qué de la victoria, fuese el que fuese que ganó. Lo hacía fría y serenamente. Porque hay que decir que Miranda, no obstante parecer un soñador romántico, no lo era. Su mente y su corazón funcionaban con frialdad analítica. Y aunque él los cautivaba a todos, muy pocos lo cautivaron a él. Tal vez Cajigal, y los británicos Jhon Turbull, aquel que conoció en Gibraltar y fue su amigo y protector hasta la muerte como antes vimos, y Nicholas Vansittart del que hablaremos luego. Con el universo de gentes que conoció de altas esferas y alto mundo, trabó una amistad que para el caraqueño siempre fue distante, a pesar de que disimulaba su gélido temperamento.

De Charleston pasó, como era su mayor deseo, a la capital de entonces, Filadelfia, una ciudad de treinta mil habitantes, situada en las riberas de los ríos Delaware y Schuyl-Kill, en la que se había reunido el Congreso y se había hecho la Declaración de Independencia en 1776 y ahora se dictaba la hoy Constitución más antigua en vigencia del mundo, con solo 24 artículos, a los que se han aumentado otras tantas enmiendas, y que ordena como un

fin primordial del Estado, en concordancia plena con la Declaración de Independencia, la búsqueda de la felicidad para el pueblo como un objetivo indeclinable.

Fue fascinante llegar allí, instalarse y conocer a algunos de los líderes, con la magia de las cartas que ha recogido en Charleston y las otras de siempre, de Cagigal, un general español caído en desgracia y absolutamente desconocido en el ambiente norteamericano. Pero es que al fondo de todo estaba la Masonería. Masones eran Washington, Jefferson, Franklin, Madison, y todos los demás miembros del Congreso y los grandes patriotas. Curiosamente el agente de España ante los Estados Unidos, de nombre Francisco Rendón, también entra al coro de los circunstantes de Miranda, con otra carta de Cagigal, y se hace su gran amigo, alojándolo en su propia casa.

Para entonces, todavía no ha llegado victorioso el Comandante en Jefe Washington. Lo esperan esos días. Y Miranda narra:

> El 8 de diciembre (1783) entró en Filadelfia el general Washington, de paso para el Congreso que se hallaba reunido en Annapolis, con propósito de hacer allí su dimisión formal, pues ya había tomado posesión de Nueva York y licenciado el ejército (…) Al día siguiente estuve a visitarle en compañía de Rendón, y entregué una Carta que traía de recomendación del Gen Gagigal: debile en consecuencia bastante agazajo y tuve el gusto de comer en su compañía todo el tiempo que estuvo esta ocasión en Filadelfia; su trato es Sircunspecto, taciturno, y poco expresivo; bien que un modo suave y gran moderación le hacen soportable … nunca conseguí verle deponer estas cualidades, sin embargo de que el vaso corría con humor, y alegría por sobre mesa, y que al beber ciertos tostes (o Saludes) se ponía de pie y daba sus tres Cheers como todos nosotros –baxo este supuesto, no es fácil formar concepto fixo de su Carácter …

Y agrega:

> Su entrada fue a las doce del día, acompañado del ministro de Francia y de sus dos edecanes, coronel Humphreys y coronel Benjamin Walker, que venían con él desde Nueva York. También el presidente Dickinson, el señor Sr. R. Morris y algunos otros oficiales americanos que se encontraban entonces en Filadelfia y una compañía de Milicias de Caballería, que salieron a recibirle a una distancia de cuatro o seis millas. Niños, hombres y mujeres mostraban tal contento y satisfacción como si él Redentor hubiese entrado en Jerusalén; tales son las nimias ideas y sublime concepto que este hombre afortunado y singular logra en todo el continente (…) y es cosa bien singular por cierto, que, con tantos personajes ilustres como hay en América, que

> con su virtud y talentos han forjado la grande y complicada obra de esta Independencia, nadie tiene un mayor aplauso general ni la popularidad de este Jefe, mejor dicho, no la posee nadie más que él. Así como los rayos del sol, reflejando un efecto tan admirable, del mismo modo todas las actuaciones y hechos de tantos individuos en América se reflejan sobre la Independencia y se concentran como en un foco, en Washington.

Es increíble todo el quehacer social que desarrolla Miranda en Filadelfia. Se rodea de los más encumbrados personajes de ambos sexos. Lo invitan a todo y hacen comidas en su honor, a pesar de que en ese momento él es el símbolo viviente de España, con cuyo representante Rendón anda para arriba y para abajo, y que gran parte de quienes han participado en las acciones de la Independencia tienen muchas quejas del comportamiento de esta nación en la guerra. Es la prestancia natural de Miranda la que produce esa especie de fascinación alrededor de su persona. Allí hay mujeres de alta alcurnia que se prendan de él, y ministros, jueces y militares que participan de su presencia. Parten a paseos a los contornos y Miranda observa y escribe en su diario sus agudas observaciones sobre la economía, la sociología, el gobierno y las batallas.

Es curioso que en una de sus notas llega a describir hasta cuánto se gana el presidente de la Unión, los congresistas y los jueces de la alta Corte.

	PESOS FUERTES
Presidente ……..,,,,,,,,,	*4.000*
Juez Chief Justice	*2.000*
Dos id Puissne (cada uno 150)	*3.000*
Delegados al Congreso (de 3 a 6 ps diarios, cada uno: esto varía cada año, y comúnmente mantienen dos delegados) ……	*3.650*
Senadores (10 chilines por día)	*495*
Total chelines	*$13.145*

Claro que el propósito de Miranda no era quedarse mucho tiempo en Filadelfia. Este, como ya se precisó antes, era un viaje de estudios muy valioso para este hombre que en su mente ya ha determinado por dónde va su camino y cuál será su ruta.

El estudioso español, don Antonio Egea [79] apunta:

> En Filadelfia, en alguna entrevista, Miranda desvela que viajará a Londres, donde presentará proyectos para emancipar territorios américo-españoles. El teniente coronel español, pues, traiciona a España. El venezolano se propone desligar a América de España. Una nación acabada de nacer es un estímulo extraordinariamente llamativo para un prófugo que puede iniciar la misma gesta en Hispanoamérica.
>
> No sabemos cuándo germinó esa idea en Miranda. Pero qué duda cabe de que el conocimiento directo de la independencia de las colonias angloamericanas era una motivación de primera magnitud para emular la acción. Además Miranda había luchado en el ejército español a favor de los independentistas del Norte contra Inglaterra. Para mayor hincapié, su viaje por la nueva República, y sus conversaciones con los forjadores de ella, y el buen recibimiento que le otorgaban sumaban puntos a favor de esa idea que había expuesto a algunos.

Dentro de sus planes, como ya se anotó, está visitar Nueva York y Boston para partir luego a Inglaterra. Es conocedor que los ingleses, con el trago amargo que acaban de pasar con España y Francia, estarán proclives a las propuestas de independencia de las colonias del Sur del continente americano para sacarse el clavo con España. Por lo menos el pensamiento tenía toda la lógica, no obstante que en el futuro se iba a encontrar con las cambiantes brisas de la política europea.

Pero si bien es cierto que su estada en Filadelfia es muy temporal, el brazo de la maledicencia llegó a su entorno; y a esa ciudad pequeña, de mentes restringidas por el puritanismo, llegó el chisme infame contra tan celebrado huésped, situación que lo obligó a precipitar su partida. Veamos cómo lo cuenta nuestro héroe en una carta al general Cagigal, su confidente y amigo, ignorante de las desventuras que le han caído encima a éste, ya prisionero y con grillos en Cádiz. La misiva, por supuesto, jamás fue recibida por el pobre general y ex gobernador en desgracia.

> A mi arribo a Charleston tuve el gusto de escribir a V. comunicándole mi feliz arribo etc. (…) Todo va bien hasta aquí (en Filadelfia); pero, habiendo llegado hace pocos días algunas cartas de La Havana, donde algún desafecto o pícaro malvado se ha tomado el cuidado de escribir a distintos sujetos de esta ciudad todas las voces vagas que en aquella hayan corrido con mi

[79] *Francisco Miranda,* Edit. Historia 16 Quorum, Madrid.

> ausencia, añadiendo que soy desertor, etc., han llenado este pueblo de las mismas impresiones, y véame aquí en la más desagradable circunstancia que un hombre de vergüenza puede hallarse jamás (…) He determinado apurar mi estancia y sufrimiento, retirándome bajo algún pretexto, sin decir nada a estas gentes por ahora… Dentro de tres o cuatro días pienso marcharme para Nueva York incógnito, y de allí seguir a Inglaterra …"[80]

Dichas pues estas palabras y sucedida la situación que describe, que debió ser bastante embarazosa, Miranda se ve constreñido a marchar *de incógnito*, como lo dice, es decir subrepticiamente a Nueva York. Mas hay algo que positivamente llama la atención de este insidioso episodio. No obstante ser un prófugo de España, acusado de traición por haberse coludido con Inglaterra, y de haber introducido un gran contrabando a La Habana, el agente diplomático de aquella ante el gobierno de los Estados Unidos, don Francisco Rendón, en cuya casa se hospeda, no se le separa de su compañía y sigue creyendo en él como su amigo, al que después le enviará cartas solícitas. Pero no solo eso, sino que, al finalizar precipitadamente su estancia en Filadelfia, le presta seiscientos pesos fuertes, que era una buena cantidad de dinero para asumir los inmediatos requerimientos del porvenir; pero en realidad una suma insignificante para quien nada tiene lisonjero en su futuro, salvo la confianza en sí mismo.

Vale la pena volver al Diario mirandino para leer lo relativo a ese viaje de su propia prosa, bien descriptiva e interesante, a pesar de su ortografía:

> CAMINO A NEW YORK. 16 Enero 1784. Vol: 2º . El 16 a las tres y media de la mañana partimos para New York en el Stage que llaman –este es un coche que sale periódicamente casi todos los días de la semana, y en que los pasageros logran la ventaja de la prontitud en el viajár igualmente que la baratez, y comodidad de llevar el bagage consigo mismo; el precio de Filadelfia a New York es tres pesos fuertes por cada individuo y uno por cada quintal de peso en el bagage; por cuia razón todas las gentes principales del País, viaja por lo general en estos Carruajes… con motivo de estar todo el Pais cubierto de nieve sobre más de dos pies de espesor, y hacer un frío extraordinario, el Stage estaba plantado sobre patines en lugar de ruedas, formando un gran Sledge cubierto con Lona pintada para el abrigo; los Pasageros éramos diez, dos cocheros, y un equipaje que desde luego pesaría 12 quintales; todo este peso iva sobre un solo Sledge tirado por quatro Caballos que corrían a nueve y diez millas por hora; y a no ser por el excesivo frío que muchas veces nos obligaba á detenernos en las

[80] El texto de esta carta ha sido corregido en redacción y ortografia

> casas públicas que a cada paso se encuentran sobre el camino, con el fin de calentarnos los Pies, y manos que se entumecían, y nos dolían bastantemente (sin embargo de traer dos pares de guantes, y escarpines de baieta sobre las botas y medias), huvieramos concluido mui pronto la jornada –a las siete de la mañana llegamos muertos de frío al Lugar de Bristol, mui bien situado sobre el Río Delaware, en la rivera opuesta, o por mejor decir enfrente de Burlington capital del estado de Jersey, una o dos millas de distancia; en una mui buena Posada que aquí hai, nos dieron de almorzar con lo cual y havernos calentado como una hora al fuego, nos sentimos en mucho mejor disposición para continuar nuestro viage….

Dos días supuso el viaje dentro de las circunstancias que describe con tanto frío Miranda, en uno de esos inviernos que congelan el alma. O sea que al otro día llegó a Nueva York donde se hospedó en una posada que le cobraba siete pesos a la semana para él y un criado que no había aparecido antes en ninguno de sus relatos. Se trataba de un muchacho de dieciséis años que había comprado en Filadelfia en el desembarco de un buque negrero. Miranda lo escribe así:

> …excelente Posada secreta, pagando siete pesos fuertes a la semana (fuera de fuego, y licores) por mi Persona; pues el criado que con migo truje de Filadelfia se me huio pocos días después de mi arribo; le havía comprado a bordo de una embarcación Irlandeza, que trajo una Cargazon de mas de 300 esclavos entre mugeres y hombres, por el precio de 10 guineas en Filadelfia obligado a servirme dos años y medio; era nacido en escosia, y tendría 16 años de edad, su nombre John Dean, pareciome honesto, y sin malicia, pero el sugeto probó lo contrario.

Seis meses duraría la estada de Miranda en esta ciudad situada entre el mar Atlántico del Norte, y los ríos Hudson e East. Todavía le quedan cartas de presentación de Cagigal y de otros personajes que fue conociendo en los Estados Unidos, para personas muy selectas que conoce de inmediato. Ya se sabe con cuánta desenvoltura Miranda se mueve en los diferentes ambientes e impresiona desde la primera vez. Y así conoce de entrada al general Henry Knox, quien había sido el edecán y secretario privado del general Wshington durante toda la campaña y por supuesto su amigo y confidente. Para ese momento Knox era el Comandante de la nueva Academia Militar de Estados Unidos. De él escribiría en su Diario:

> Este hombre, que de simple librero pasó a la milicia, y de aquí a los primeros rangos del ejército americano, es uno de los militares más instruidos en la teoría y la práctica del arte de la guerra de cuantos caudillos he conocido en este continente, incluso el ídolo (Washington). Su trato es bastante agradable y su conversación interesante.[81]

De igual modo tiene contacto con el coronel Alexander Hamilton, un poco menor que Miranda. Se hacen, por supuesto, muy buenos amigos. Y a ellos, por primera vez, les expone lo que ya son sus planes y lo serán por los próximos veinticinco años: la independencia no solo de su patria sino de todo el subcontinente américo-hispano. Este Hamilton llegaría a ser, por sus talentos, un personaje rutilante, fundador del partido federalista –porque los norteamericanos también tuvieron ardorosamente su disputa sobre el centralismo y el federalismo-, con enfrentamientos tumultuosos. Hamilton llegaría a ser el primer Secretario del Tesoro de Washington. Su vida, dramática, habría de concluir en un duelo que libró con quien era, a la sazón, el vicepresidente de los Estados Unidos, Aaron Burr.

Cuál no sería su entusiasmo en la exposición de sus propósitos y su capacidad de seducción, que los dos grandes personajes quedan atrapados en la red de su encanto y en la seguridad de que los va a realizar. Y se dedican a atenderlo y a brindarle todo el apoyo. Por cierto mantendría con ellos una correspondencia fluida y prolija durante el curso de los años, comentándoles siempre acerca de esa llama que no declinaría en entusiasmo, no obstante las sucesivas adversidades que se cruzarían en su destino.

Casi resulta inverosímil leer todo lo que significó la entrada de Miranda en el mundo de Nueva York, en ese tiempo solo reducida a la isla de Manhatan, y la acogida que se le tributó por las gentes del alto mundo social en el que se movía con esa soltura que antes se ha detallado. Y a partir de ese momento, en el crudo invierno que se vive, es objeto de invitaciones a comidas, en las que conoce más gente que se le brinda en otras atenciones. Y sale a excursiones por todo el territorio buscando por supuesto los sitios ya históricos en que se libraron las batallas, que se conservan tales y cuales, con los cañones y gentes versadas que cuentan y describen cómo fueron éstas. Miranda describe esos pequeños viajes con abundancia de detalles y lugares, en ese Diario infaltable que es como su compañero silencioso. Veamos cómo relata uno de esos paseos a Brooklin:

[81] Rumazo, ob. cit. Ha corregido la ortografía del texto transcrito

> Cerca de las dos llegamos a las inmediaciones de Brooklin, donde paramos a examinar las fortificaciones construidas por los Britanicos (a una milla de distancia) con el objeto de conservar aquel puesto aun quando el enemigo se hiciese dueño de toda la isla, pues siendo el terreno bastante elevado, y opuesto justamente a New York, les podrían obligar a abandonár dicha Ciudad, spre que se apoderasen de este Puesto; la fortificación principal que llaman New Fort, es un paralelogramo mui bien construido, con 4 baluartes, foso espacioso, almacén á prueba, agua de pozo, y barracas para la guarnición; podrá abrigar mui bien una guarnición de 1600 hombres; dos o tres puestos más construidos con igual juicio, é inteligencia forman como una obra abanzadas del antecedente-. Por alli se ve igualmente los trazos, y restos de las Líneas americanas que los británicos quisieron atacar el año 1776 quando Washington se retiró por la noche con todo su ejército a New York por el Ferry, dexandoles enteramente burlados, y redimiendose seguramente de una ruina irremediable; también se ven the Beights of Guana, donde dos días antes fueron completamente derrotados, y hechos prisioneros los generales americanos Sullivan, Lord Stirling, y Udel, que baxo de las ornes de Putnam, se batieron tenaxmente con un cuerpo de 6.600 hombres, contra el exercito britanico que mandava el gen Howe compto de 22.000 el 27 de agosto- a las tres nos embarcamos en el ferry-boat, y logrando la oportunidad de una clara sobre el East river para evitar el hielo flotante, en un quarto de hora atravesamos el paso.-Long-island es considerada por los newyorks como el Hesperia de la América, y no se puede negar que la superficie del Pais, caminos, aguas, cultura, bosques, y &C, la hacen parecer un jardín ameno, y agradable en el verano-"

Y hay, como siempre, amores múltiples que se deshojan como los pétalos de una flor en los suspiros. Conoce entre muchas a una encantadora dama de la más alta alcurnia, llamada Susan Levinsgton, hija de uno de los próceres de la independencia, Philip Levinston, quien había sido uno de los que redactó con Jefferson y Adams la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Ella lo ama y le escribe hermosas cartas llenas de recato, que se conservan en el archivo privado de Miranda. Pero no es solo Susan, sino su propia hermana Elisa la que también está prendada de él. Y por todas partes surgen otras féminas que suspiran por él, sin que jamás se protagonizara un escándalo o un altercado. Es asombroso el don de manejo de estas cosas por el teniente coronel, quien no solo es el astro en las reuniones frívolas de sociedad, sino en las que sostiene con altos funcionarios del estado, en donde descuellan sus pensamientos agudos y sus observaciones atinadas sobre la política.

Rendón, que sigue la trayectoria de Miranda, le envía recados con los que lo pone al tanto de los últimos acontecimientos en Filadelfia. Entre ellos los relacionados con las suspirantes amigas que allí dejó.

"*A las señoras y señoritas Ross, Penn, Allen, Marshall, Rutledge, Shippen, etc, he dicho mil cosas de Vm. y todas le retornan muy finas memorias, agradeciéndole mucho las que hace de ellas"*.

Un día se va a West Point, lugar en el que después de la guerra funciona la más prestigiosa academia castrense, pero en el que tuvieron suceso muy importantes acciones militares. Como todo en Miranda es descriptivo y detallista, cuenta el viaje, los accidentes geográficos, los terrenos. Y llama mucho la atención de Miranda la estremecedora historia del año 81, cuando un general americano de nombre Benedict Arnold cometió traición a su país con el sargento mayor inglés Jhon Andrée, quien por motivos aparentemente desconocidos logró convencer al general para que entregara su batallón y las instalaciones de West Point a las fuerzas británicas a su mando, habiendo convenido el lugar y todo lo demás para agotar la perfidia. Pero por alguna circunstancia se descubrió el infame plan, siendo así que Andrée fue puesto prisionero en el sitio mismo donde se iba a producir la traición de Arnold. Éste, conocedor de que su plan había abortado, huyó. Pero en lo que respecta a Andrée, fue el propio general Washington quien dio la orden de ahorcarlo, allí mismo donde había sido capturado. Luego se supo que la traición se había precipitado a través de la influencia de la mujer de Arnold, amiga íntima del mayor. Miranda cuenta:

> … 7 millas mas adelante encontramos el Lugar llamado Clarkstown que tendrá como 15 casas de vecindario; aquí nos detuvimos a dar un pienso a los caballos, y tomar un calentón, pues el frío apretaba como un demonio; lo cual verficado seguimos adelante, y andando aun 7 millas llegamos al obscurecer á Orangetown (otros la llaman Tappan, del nombre del districto) donde hicimos noche en una Posada Olandesa, su vecindario está incluido en 16 casas: veese aquí la situación que ocupava el exercito Americano en sus Campamentos, el año de 81. Quando el desgraciado Andrée fue ahorcado; he visto el Cuarto de su prisión, gentes que le asistieron con inmediación … y parage de la execucion: al pie de la horca se enterró su cuerpo, y allí existe aun su sepulcro, con la marca de dos Lápidas comunes sin inscripción, ni marca que indique el menor recuerdo de su memoria … no me queda duda, después de haver examinado profundamente el asunto, y recogido la más autentica información, de que el Plan del Proyecto que le conduxo al suplicio mencionado, fue parto suio enteramente, apoiado

> sobre la estrecha amistad que formo en Filadelfia con Mrs. Arnol (entonces Miss Shippin) cuio conducto le parecio y fue sin duda el mas adecuado p´a manejar el complot: el suceso manifestó mui bien que no le faltaba abilidad para la trama y manejo de gavinete; pero al mismo tiempo nos dexa conocer, que ni hera hombre para la execusión, ni tampoco tenía aquella presencia de animo que es indispendsable para manejar estos lances…

Terminados estos conocimientos que vive con avidez, Miranda se va a Boston, tras conocer Albany y Saratoga. Era un viaje por tierra hacia esa ciudad de tanto renombre, al que le acompañó su estrecho amigo el general Knox y en esa ciudad permaneció otros seis meses. Viaje lento, vivido a fondo; pero cuando iba a llegar a Boston, por alguna circunstancia propia del viaje, tuvo que dejar el equipaje, ya voluminoso, en Providencia al cuidado de un tal Mr. Clark, quien quedó de enviárselo al día siguiente, plazo que se extendió a cinco días. Grave molestia, porque allí llevaba las numerosas cartas de presentación que solían acompañarlo cuando llegaba a una ciudad desconocida. Así, pues, debió esperar pacientemente hasta que tuvo acceso a esas misivas; y ya en poder de ellas, se dio a conocer en esa ciudad cuya sociedad siempre ha tenido fama de aristocrática y estirada.

No era cualquier cosa el núcleo al que llegó a tomar parte. Leamos cómo lo cuenta:

> … Mr Breck, que se me ha manifestado mui amigo vino a buscarme en su coche, y fuimos a Cambrige á comer en casa de Mrs. Tracy, que nos había convidado, y donde encontramos un gran círculo de damas, Caballeros republicanos & á todos fui introducido en debida forma (ceremonia tediosa por cierto) y después de comer nos volvimos á Boston hasta donde hai 7 millas que andar por la parte del ismo o como ellos dicen the Neck –la noche se pasó en sociedad en casa de Mr. Breck.- Nombres de las Señoras principales que aquí he tratado y conocido: Mrs. Hancock, Mrs. Hayley (hermana del famoso J. Wilkes en Ynglat´a, sumamente amable), Mrs. Bowdoin.- Mrs. Amory, Mrs. Knox.- Mirs. Brimmer.- Mrs, Swan (ostentosa y sin instrucción alguna) Mrs. & Miss Lloyd, Mrs. Babcock; Mrs. Bulfinch (vana y ridicula muger), Mrs. Breck, Mrs. Hichborn. –(conocida por haverse casado con el actual marido, que con una pistola mató accidentalmente al antecedente en su propia casa; y al parecer le hacía la corte entonces á esta Dama, por no decir que era su chichisveo) Mrs. Morton (ha leido alguna cosa y por eso tiene vanidad), Mrs. Barrel; Mrs. T. Russell; Mrs. Davis; Mrs. J. Russell; Mrs. Jarvis; Mrs. Lowell; Mrs. Sheaffe; Mrs. Livingstong; Mrs. Waldo; Mrs. Aptborp; Mrs. Deblois; Mrs. Cusbing; Mrs. Prince; Mrs. Warren(viuda del gen. que murió gloriosamente en Bunker´s hill); Mrs.

> Greene; Mrs. Andrews; Mrs. Stillman; … -y siguen veinte nombres más de mujeres- …las mugeres aquí tienen poquísima instrucción en que la sociedad apenas tiene lugar. …

Asombra saber cuánta capacidad tiene para retener todos esos nombres de mujeres a las que va identificando a veces por sus defectos, prevalido, con cierto tono burlón, de que su diario era solo para sus ojos en unos recuerdos que se volvieron monumentales. Pero aun más asombra que todas ellas concurrieran, al lado de sus esposos ilustres e importantes, para hacerlo a él, un desconocido con un grado inferior en un ejército del que ya no era miembro, objeto de sus homenajes en medio de un conglomerado de pequeñas ciudades que iban despejando su futuro a golpes de trabajo.

Miranda tiene un sentido crítico abierto a todas las circunstancias y detalles que observa. Penetra en las cuestiones, todo lo escudriña y no es indiferente a nada y anota el número de casas que componen una pequeña población o una gran ciudad, los gastos municipales, las avenidas, escuelas e iglesias. Asiste a éstas y oye predicadores. Realmente Miranda no tiene una religión especial para sí mismo, pero cree en el Dios Supremo y por lo tanto respeta toda creencia o credo de los tantos que obsaerva. Se diría que todo esto lo hace con objetividad y buena fe.

Conoce y se hace amigo de un ser muy especial, Samuel Adams, uno de redactores de la Declaración de Independencia, varón de grandes virtudes y erudito en cuestiones del estado. Hombre por lo demás afable, a quien le propone sus dudas y observaciones sobre la propia Constitución y algunos contrastes y contradicciones que cree haber encontrado. Todo esto lo escribe a continuación:

> Aquí he tenido el gusto de comunicar al famoso republicano, agente Principal en la pasada revolución, Mr. Sam Adams; es sugeto de talentos y conocimientos extensos en la Legislación. –tuvimos nuestras conferencias mui dilatadas á cerca de la Constitución de esta Republica, y á dos objecciones que le propuse sobre la materia, manifestó convenir con migo después que masticó bien los puntos: La primera fue, cómo en una democracia cuia base era la Virtud, no se le señalava puesto alguno a esta ? y por el contrario todas las dignidades y el poder se daba a la Propiedad ? que es justamente, el veneno de una República semejante- ¡El otro fue, la contradicción que se observava entre admitir como uno de los derechos de la humanidad, el tributar culto al ente Supremo del modo y forma que se le paresca; sin dar predominancia por Ley á Secta alguna; y que después se excluia de todo cargo legislativo, o representativo al que no jurase ser de la religión Christiana! … graves

> solecismos sin duda. –me dio igualmente muchas noticias interesantes sobre el origen, principios, y ocurrencias de la pasada rebolución, favoreciendome con su trato familiarmente.

Este Sam o Samuel Adams es primo hermano de otro gran personaje, John Adams, de quien también se hace muy amigo y por un largo trecho. Jhon Adams, a poco tiempo y cuando se establecen las relaciones entre la antigua metrópolis y el nuevo pujante país, será embajador en Londres y le prestará apoyo a Miranda en su gira por Europa. Pasados ocho años será el segundo presidente de los Estados Unidos, en reemplazo de Washington. La admiración de Adams por Miranda es tal, que al resaltar sus conocimientos sobre la reciente historia de su país, escribió que "*estaba más enterado sobre cada campaña, sitio, batalla o escaramuza, que cualquier oficial de nuestro ejército o miembro de nuestras asambleas."*

Y agrega Miranda en su Diario sus anotaciones sobre otro importante personaje que allí conoce:

> James Bowdoin, esq. Presidente de la Academia Americana de Artes y Ciencias: y ex-presidente de la Convención quando se formo la Constitución del Estado. – es sugeto de Profundos conocimientos en Phisica experimental; tiene alguna erudición, juicio, y suave trato: le he merecido particular amistad y aprecio; igualmente que noticias mui interesantes acerca del verdadero origen, y sucesos de las pasadas turbulencias…

Tiene oportunidad igualmente de ser presentado en Boston a una eminencia del momento en el mundo entero, con quien habría de tener contacto posterior en Francia: el marqués de Lafayette, que había ido a participar con los franceses en la guerra de independencia y era un héroe. De él escribe con cierto desgano:

> El marqués de La Fayette llego aquí en la sason que io me hallava, tuve ocasión de tratarle, y me parece de carácter mediocre, revestido de aquella actividad, y mocion perpetua de un ente Galicano; le acompañava en carácter de su edecan un joven frances Le Crevar de Caraman destituido aun de conocimientos; y el capitan de una fragata de guerra la Nimphe, que fue enbiada a este Puerto para conducirle a Francia, su nombre Le Chevalier de Crandchamp, parece hombre de juicio, é instrucción… este viage del señor Marques, me parece uno de aquellos juegos de manos, con que suela la Francia querer alucinar al genero humano, y que en muchas ocasiones le suele surtir efecto; pero a los ojos de los que véen bien, no son que unas

> ridiculas farzas politicas…estas gentes sencillas, é inexpertas aun en la politica, án procedido a demostraciones excesivas y absurdas (aun los mas pequeños lugarejos como marbrebead) a medida que el heroe paa recibir loores pasava de un Lugar a otro con la velocidad de un Rolando…

Hay necesidad de agregar que esta nota demuestra el conocimiento que tenía Miranda del ser humano, al que, como en el caso del aquel francés, con un sentido de sicología elemental, descubre el fondo de su íntima condición imperfecta, lleno unas veces de vanidad y otras de viento. Precisamente con él, uno de los adalides de la Revolución Francesa en sus comienzos, se volvería a encontrar dentro de unos pocos años.

En sus viajes a los alrededores del Estado, va a Salem, ciudad que se ha convertido en atracción turística –lo sigue siendo- por los horrores de fanatismo religioso que desataron un siglo atrás los pastores y predicadores de la fe. *Las brujas de Salem* , aquella obra tan famosa, llevada al cine y que hoy estremece la sensibilidad de los hombres libres, tuvo lugar allí en una historia abominable de ignorancia y prejuicio. Leamos lo que escribe en su memoria:

> …A las 7 llegamos con felicidad a Salem, y io me aloje en La Posada que llaman Goodhue´s tabern, con mui desente acomodamiento. Por la mañana estuve a ver William Wetmore Esqr. para quien traje una carta de recomendación; este me recivio con sumo agazajo, y atención estuvimos juntos a dar un paseo sobre las alturas inmediatas que llaman Gallow´s hill, porque alli acostumbraban a ahorcar las Brujas en tiempos de craso fanatismo y de aquí vimos en completo prospecto todo el Lugar y la Bahia hermosa vista por cierto – de aquí baxamos, y dimos un paseo por el Lugar, cuia calle principal tendra cerca de 2 millas de largo (es verdad que es casi la unica que hai) vimos de paso la Casa de Ciudad, que es un antiguo pobre edificio casi totalmente arruinado; (b) y la Casa de Mr. Darby que es buen edificio, y la mejor del Lugar – después pasamos a ver los archivos de la Ciudad donde leimos algo particular,
>
> Salem – año de 1667 – County Court . Marido y mujer, por haber cometido fornicacion antes de estar casados, fueron azotados y multados. – Otros por decir by God multados. - Otros por fornicado simplemente, azotados y multados. – Una muger por no asistir a la Iglesia, azotada y multada. – Otros por jugar á los naipes simplemente; multados &c. &c. similitud con el código of the blew- Laws in Newhaven…

No es fácil imaginar cómo, en circunstancias tan desfavorables como las que se palpan en la condición de reo prófugo de una poderosa metrópoli europea que acaba de ser aliada de esta patria nueva, sin dinero ni cargo alguno, puede llegar Miranda a impactar tanto a las gentes de ese país maravilloso y a conocer tan a fondo su historia, su lucha y el significado de ésta ante el inmediato porvenir. Esa permanencia de cerca de dos años en Estados Unidos es para él una experiencia inolvidable y definitiva para el curso de su quehacer inmediato, porque desde allí sale con la idea indeclinable de emprender otra epopeya similar en el vasto continente de habla hispana. Es preciso concluir que solo una personalidad sin par, asociada a su talento y formación intelectual, podía conquistar tanto aprecio y admiración entre gente tan disímil en idiosincracia y cultura. Y así habría de acontecer en todas las partes donde llegaba. Porque Miranda, hay que decirlo, tenía el poder cerebral de encantar a todo el que lo conocía.

Año y medio pues había pasado en este intenso trajinar de estudio y observación. Desde el comienzo del invierno de 1783 hasta el comienzo del invierno del año 84.

El 15 de diciembre se embarca en la fragata Neptuno, en una larga travesía por el Atlántico Norte con destino a Londres. Volvería a los Estados Unidos en un tiempo no tan lejano, cuando habría de emprender su primer intento, fracasado por cierto, de desembarco armado en las playas de su patria. Ahora iba a un país del que no tenía otro conocimiento físico que el que obtuvo de sus dos viajes a Gibraltar, cuando en el segundo se hizo masón y conoció a su amigo de toda la vida John Turbull, mano generosa inagotable, y espíritu noble y altruista, no obstante ser un comerciante. Miranda llegaba lleno de optimismo, a conquistar a Europa, sabiendo de los peligros que debía afrontar con la persecución implacable que habría de mantenerle España, que ya lo consideraba su más poderoso enemigo.

VI

LONDRES Y EUROPA. SUS LARGAS AVENTURAS. LA CORTE DE FEDERICO EL GRANDE. ITALIA, GRECIA Y TURQUÍA

La travesía fue larga y fragorosa en el helado océano del Atlántico Norte en pleno invierno. Pero Miranda lee y lee en esas horas de azaroso viaje. Lee a David Hume y lee todo lo que se le ha quedado rezagado en la intensidad de sus ocupaciones en Norteamérica. Llega a Londres a inicios de febrero de 1785. La ciudad es opulenta, bulliciosa, agitada. Sobre las riberas del Támesis observa sucesivas horcas de las que penden los cuerpos de ladrones y piratas. Miranda se instala bien. Londres habrá de ser su ciudad, a falta de Caracas a la que solo podrá volver esquivamente en un futuro. Va cargado de cartas de presentación, como es su costumbre. Y así, con su consabida prestancia en un país en el que todos tienen esa apariencia de hombres de prestancia, poco a poco va entrando en las esferas que necesita. Él sabe moverse. Va a cumplir en el próximo marzo la edad madura de treinta y cinco años.

Su madre había muerto en 1777, pero su padre aun viviría seis años más. En una misiva a su cuñado Francisco de Arrieta, en la que le urge por la cantidad de dos mil pesos, contándole de su vida en esa ciudad, le expresa: "*La filosofía, el gobierno, las academias de ciencias, asambleas parlamentarias y sociedad de sabios y hombres de Estado, dividen todo mi tiempo por el presente, con sumo provecho, y constituyen en algún modo a mitigar el peso de la dura adversidad.*"

Hechos esos primeros contactos y entronizaciones en aquel país que acababa de librar una guerra con España y Francia, prepara un viaje por Europa, cuyo itinerario está trazado. Nada deja a la aventura, no obstante que es un aventurero. Y mientras minuciosamente prepara el viaje y se provee de nuevas cartas de presentación, redacta como un joyero un memorial al rey de España, que sigue siendo, por tres años más hasta su muerte en 1788, Carlos III. En España, ante el temor de lo que se veía venir en Francia y

el crecimiento vertiginoso de la Ilustración, aquel monarca que fuera tildado de progresista y que adoptó grandes reformas con el ministro Conde de Aranda, da un brusco cambio hacia el despotismo. Nombra al conde José Moñino de Florida-blanca como secretario o ministro de Relaciones Exteriores y fortalece la brutalidad implacable de la Inquisición. Se dan grandes juicios de personajes de alto valor intelectual y representación a los que se encarcela y tortura. El reino es un hervidero, pues las ideas renovadoras se han extendido. Piensa el rey y el ministro que todo debe controlarse bajo los más severos castigos y represiones.

En ese extenso memorial, casi biográfico, desmiente categóricamente las calumnias. Tiene pruebas a la mano y cita testimonios contundentes. Su lenguaje, por supuesto, es esmerado y altamente respetuoso hacia el monarca, aunque sin zalamerías. Pero con cierto candor se atreve a expresarle su deseo de retirarse del ejército y hasta pedirle que, como consecuencia de esa dejación, le sean reintegrados los ocho mil pesos que pagó cuando compró el grado de capitán. Dicho memorial comienza:

> A SU MAJESTAD RENDIDAMENTE SUPLICA EL TENIENTE CORONEL D. FRANCISCO DE MIRANDA
>
> "Señor:
>
> "Permítame Vuestra Majestad que con el más profundo rendimiento ponga a su Reales manos esta Petición, a que da motivo el injurioso y tropélico procedimiento que en mi persona ha querido también ejercer el ministro del Departamento de Indias D. José de Gálvez.
>
> "No quisiera molestar la benigna atención de Vuestra Majestad en una relación tediosa de hechos y circunstancias ocurridas en el tiempo que hace tengo el honor de estar empleado en el Real Servicio; pero siendo indispensable para el fundamento de mi súplica dar una breve idea del curso de mi vida y objetos a que ha sido dedicada; diré sucintamente lo más sustancial de ella. Remitiendo su probanza a los documentos inclusos, y que se citan adjuntamente, cuyos originales, o copias auténticas paran en mi poder, y en la Secretaría del Despacho Universal de Indias; pudiendo asegurar a Vuestra Majestad en mi honor, que nada diré que pueda tocar en engaño o exageración. (…)"

La guerra con España había terminado y las relaciones diplomáticas se habían restablecido. En Londres el Ministro Plenipotenciario era el señor

Bernardo del Campo, quien había recibido expresas instrucciones de vigilancia para Miranda, desde mucho tiempo atrás en la mira del ministro de Indias y el de Relaciones. Miranda ya era considerado un hombre de alta peligrosidad para el reino español, y el monarca estaba enterado a fondo de esta situación.

Pero también llega a Londres por esos días, nombrado por Washington como Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, aquel amigo John Adams, al que había conocido en Boston y quien habría de ser el segundo presidente de los Estados Unidos. Con él, como antes se anotó, había formado una bonita amistad. Le acompaña como secretario de la Delegación permanente otro gran amigo suyo, el coronel William Stephen Smith. Este suceso le dio una gran alegría a Miranda y le serviría mucho para sus planes.

Del Campo ha tomado medidas, y le finge astutamente amistad a Miranda para atraerlo. En el primer informe a Florida-blanca le dice:

> Miranda habita en la calle de Palacio y dispone de dos criados. Como ha traído numerosas cartas de recomendación de Estados Unidos, trata ya en Londres a muchas personas de todas clases, así ingleses como de otras naciones. Con nadie hace misterio de quien es, destino que ha tenido, correrías que ha hecho últimamente y agravios que ha recibido de parte del Gobierno y Generales españoles. Cuantos le frecuentan convienen en ser hombre de mucho talento, de gran travesura y de una instrucción más que mediana; pero que es fanático en sostener los principios de libertad contra todo gobierno … Me dicen también, que, si bien es verdad que frecuenta personas importantes, y otros que podrían parecer sospechosos, como generales, marinos e ingenieros, también es verdad que frecuenta a sabios, artistas y escritores con igual interés. … Me ha molestado profundamente saber que hasta Lord Howe, Primer Lord del Almirantazgo, ha estado a verlo. …

Y agrega el informe diplomático:

> Se jacta de estar en posesión de papeles de la mayor importancia, entre ellos una documentación sobre la verdadera situación de distintas provincias de las posesiones españolas en Indias. … También dice poseer los planos y proyectos de las últimas campañas y la correspondencia de nuestra Corte con sus comandantes navales y militares. … Miranda tiene dos cofres grandes y uno pequeño, llenos de ellos. Su presente ocupación es hacer copiar en libros los que juzga más importantes, con la intención, según debemos recelar, de entregarlos al gobierno británico. …Estoy convencido de que Miranda es capaz de llevar adelante con orden y tesón cualquier empresa atrevida , a la

> que auxiliarían, en momento oportuno, los enemigos de la Corona. El gran talento y la gran energía, juntos, pueden retar al mundo. Miranda posee lo uno y lo otro en abundancia."

El caraqueño, ignorante de estas perfidias, ya ha terminado su memorial al rey. Es un hombre de honor y quiere que su nombre quede lavado descubriendo la injusticia de que ha sido objeto, repugnante a cualquier sentimiento honesto. Así, pues, un día juzga que lo más conveniente es llevarlo a la propia Delegación de España para que se le haga llegar, en sobre lacrado, al rey. Al llegar a la embajada, el 10 de abril, no está el embajador Del Campo, pero deja el sobre. Cuando éste regresa y recibe el sobre y el recado de la visita, se sienta en el escritorio y escribe dos cartas: la primera al visitante Miranda, la segunda al ministro Florida-blanca. En la primera anota con falsa señal de amistad:

> A pesar de que no he tenido el honor de conocerlo, ya que no nos hemos nunca encontrado, e ignoro en consecuencia sus auntos, el interés que tengo por todo español me incita a decirle que dentro de dos o tres días tendré ocasión de enviar su pliego , como cualquier otra cosa que desee. Y le aseguro también que si puedo servirle en algo, gracias a mi influencia en España, quedaré a su servicio con la mejor voluntad.

En la otra carta a Florida-blanca expresa:

> Vino a mi casa don Francisco de Miranda, en ocasión de estar yo fuera, y entregó el adjunto pliego, recomendando su segura remisión a la Corte. Aprovechando la ocasión, le escribí un billete muy cortés, para aparentar que no sospechaba nada … Si fuera posible emplear el sistema de Arnesto[82], para que este hombre, confiado enteramente en la honrada generosidad de Vuestra Excelencia, se aventurase a ir a España, creo que debíamos darnos por contentos, aunque sea a costa de algunos sacrificios.

El rey, por supuesto, fue tajante. Miranda es un reo condenado y separado del ejército. No hay nada que arreglar ni qué hablar con él. Pero estas cosas se ocultan al peticionario, a quien se le hace saber que por los múltiples oficios oficiales del soberano no le ha contestado. Mientras tanto Del Campo sigue maquinando. En otra misiva al ministro le dice:

[82] Arnesto era un personaje perseguido por el gobierno español al que, a base de engaños, lo hicieron ir a Francia en donde fue apresado y conducido a España.

> Estoy a punto de obtener de don Francisco de Miranda que acompañe a Flandes a don Matías de Gandásegui, que irá con su mujer y su hija a pretexto de poner a esta pupila en un convento. Me las arreglaré para que tomen la ruta de Calais, donde deben detenerse dos días. La policía francesa, prevenida, haría detener a los dos hombres cuando se dirigieran a visitar el castillo, como lo hacen todos los viajeros. Los pondrían entonces en celdas separadas para liberar en seguida a Gandásegui, quien regresaría inmediatamente a Londres a reclamar los cofres de Miranda –aparentemente con su consentimiento- para entregármelos o llevárselos a Calais. Gandásegui deberá entonces regresar a su celda para que el verdadero preso no sospeche nada. Una vez asegurado Miranda con sus papeles en territorio de Francia, lo demás dependería de la voluntad del rey.

Es necesario decir que este don Matías de Gandásegui era el vicecónsul de España en Londres y estaba al corriente del habilidoso plan de Del Campo, de quien era su subalterno. Pero el plan le falló, porque, como quiera que habían dicho al personaje que el rey español demoraba su respuesta, y además en Prusia habrían de tener lugar unos ejercicios del ejército ejemplar del Federico El Grande, Miranda le anuncia a Del Campo que viajará a Prusia y sobre la marcha le escribe, un tanto candorosamente en la ignorancia de la perversidad del plan, al ministro Florida-blanca diciéndole:

> Por una rarísima casualidad va a frustrarse, por el momento, mi proyecto. El caso es que a fines de mes tiene el rey de Prusia sus más famosos ejercicios, que alborotan tanto a los militares. El tiempo que concibo se requiere para la determinación de Su Majestad (Carlos III) sobre mis asuntos, es justamente el suficiente para aprovechar la coyuntura ventajosa que ahora se presenta a la investigación de un militar aplicado.

El diplomático del Campo, al ver desbaratado su plan, simula estar satisfecho y hasta le entrega unas cartas de presentación, conforme la costumbre. Una de ellas está dirigida al propio embajador de España, a fin de mantenerlo cerca y en contacto. Miranda ve en ello amistad, del Campo un medio para seguir la huella y mantener el engaño. En el ínterin Miranda le escribe de nuevo a Cagigal, ansioso por tener noticias suyas, perdidas por más de dos años. Nueva carta que se perderá en la oclusión en que vive el digno y virtuoso general.

Listo todo para el viaje, Miranda se percata que no tiene dinero y acude a su fiel amigo Turnbull en demanda de un nuevo préstamo de doscientas libras, que éste le concede. Sabe Turbull que la devolución de ese dinero,

como los préstamos del pasado y el próximo futuro, no será algo con que puede contar. Pero su admiración y fe en Miranda son tantas, que esas bagatelas lo tienen despreocupado. Ya solucionado este aspecto de logística menor, Miranda invita al secretario de la embajada americana, coronel Smith, a que le acompañe a Prusia. Como experiencia militar ese viaje es insinuante y tentador. Smith obtiene permiso para ausentarse esos días y se van por la vía de Holanda. El plan de Del Campo como se vio era que llegara a Calais, pero el plan de Miranda era llegar al puerto holandés de Helleboetsluis. Va acompañado, fuera de Smith, por sus dos criados, que nunca le faltan. En la cubierta del barco Miranda relee una carta de su bella amiga de Nueva York Susan Livisgnton, suspirando ella en las alas de un amor sin linderos. Ni esperanzas. Su ropa queda al cuidado del vicecónsul español Gandásegui, quien además le paga algunas cuentas del sastre y el zapatero.

Pero sus baúles con el cuidadoso archivo y los cofres, quedan bajo custodia de otro de sus amigos, Mr. James Penman, con quien había tenido contactos y había hecho amistad en Charleston. Y, cosa muy curiosa que revela el grado de amistad que tenía con Smith, le confía a éste su diario, tan íntimo como siempre ha sido, para que sea él quien escriba las notas de ese viaje maravilloso. Miranda, como ya se sabe, no conocía Europa, salvo lo poco que había visto de España.

Al llegar a Holanda descubre un país absolutamente diferente a lo que ha conocido. Los canales, los ríos, el comercio y la agricultura floreciente. La gente recuerda los diferentes asedios de las tropas españolas y la sangre derramada por éstos en las diferentes batallas de conquista de España. Existen en museos armaduras españolas, recuerdos de esa época que ellos no olvidaron de Carlos V y Felipe II. En el diario anota que Amsterdan es la ciudad más comercial del mundo. Al frente del hotel donde se hospeda observa los *Musica*n´s, que son los prostíbulos en los que la gente baila y bebe en grandes cantidades y se lleva a la mujer que le atrae.

Pasan por Brunswick y en la ciudad de Magdeburgo conoce al duque Fernando, con quien tiene una conversación que habría de reanudar durante tres horas en Postdam. Es un país de buena cerveza, que surte armas, víveres y princesas para los tronos de Prusia y Alemania, pero brutal en la persecución a sus enemigos. De hecho la esposa de Federico, la reina Elizabeth, es hija del duque Fernando, quien por esos días mantiene prisioneros en la torre del palacio en Magdeburgo a doscientos cincuenta opositores.

Cuando llega a Prusia nota la diferencia con Holanda. Una agricultura abandonada y horcas en todos los caminos con los reos colgados al viento y a la putrefacción. El rey, por quien siente la mayor admiración desde el punto de vista militar y además masónico, es Federico a quien ya llaman el Grande. Es un genio militar, pero un excéntrico. La gente vive en sumisión y terror. Un muchacho se arrodilla ante el carruaje que los conduce y Miranda exclama: *"Qué ideas de sumisión deben estar clavadas en la mente"*.

Vive Federico en el palacio de Sans Souci, cerca a Postdam, pero la capital es Berlín, en cuyo palacio real permanece la reina. Sans Souci, que hoy es como todos los palacios donde vivieron los reyes un museo, es un palacio moderno para aquellos tiempos, sin la construcción fastuosa de Versalles ni el derroche rococó de Schönbrunn, pero de líneas severas, pisos como espejos y arte, mucho arte en todos los sitios y rincones, que recogen la fina y extraña sensibilidad de aquel monarca que tuvo de huésped a Voltaire. Pero extrañamente, como todas las cosas de Federico, en medio de los mármoles y las regias chimeneas, él tiene en su sobrio despacho, tras un biombo, su cama de campaña donde duerme casi con austeridad espartana. En todas las mesas y en el suelo, aparecen planos tirados de lugares, diseños de armas y de varios inventos.

Los guardas y edecanes lucen un uniforme reluciente de galones y charreteras. Ese es su orgullo de guerrero: la indumentaria de sus milicias, incluida la de él mismo. Pero nadie gana suficiente dinero para vivir. Así, pues, los húsares casi deben pedir limosna a los visitantes y buscar por otros medios a la milicia la forma de atender a sus necesidades. En el diario mirandino no se sabe si escrito por él o por Smith, anotan al respecto:

> Quizás la historia no pueda producir otro personaje más extraordinario. A la mentalidad de un filósofo, une el corazón y los sentimientos de un tirano; adorna sus mirmidones con toda la vistosidad y esplendor de sus uniformes mientras que con tres medios peniques por día se morirían de hambre en sus cuarteles, si no fuese porque se las arreglan cuando no están en guardia… El rey ve muy rara vez a la reina, y jamás habla con el príncipe de los asuntos referentes a su reino. Con su mirada pone en movimiento a multitud de espectadores, y con un fruncimiento de seño desalienta y hace temblar a sus súbditos. Pero él también sufre su pesadilla ante la cual tiembla a su vez, y ésta es José, el actual emperador de Alemania.

El desfile que presencian Miranda y Smith es impresionante para dos militares. Dura once días en Berlín. Es recio, vistoso, imponente y marcial.

Al quinto día apareció el rey en persona participando con su uniforme reluciente, montado en briosa caballería. Para esa época Federico es un hombre de setenta y tres años. Había nacido en el 1712 y moriría un año después. Miranda lo describe:

> Durante el ejercicio abandoné el gentío y fui solo a una posición dominante. Muy pronto ví al grupo británico avanzar hacia el mismo lugar, guiado por el Lord Cornwallis y el general Musgrave; avanzaron y pasaron muy cerca de mí por ambos lados; yo estaba demasiado ocupado con las tropas para fijarme en ellos. Al cabo de unos minutos, Lord Cornwallis se adelantó, me saludó y se disculpó por haber pasado sin saludarme. El general Musgrave y el coronel Fox siguieron este ejemplo. (…) El rey mandaba con gran atención, alineando personalmente cada pelotón en la línea de disposición; sus habilidades militares son indudablemente grandes y si contase con el cariño de sus soldados podría ser, quizás, un segundo conquistador del mundo.

Se sabe que el coronel Smith lo acompañó hasta Viena. Debía regresar a Londres, pasando por París, a cumplir con sus deberes diplomáticos. Pero Miranda no tiene en su mente regresar tan pronto. Su viaje habría de suponer un recorrido de estudio por las principales ciudades alemanas y va a Leipzig para recordar a Martín Lutero, de cuya obra es un asiduo estudioso; se traslada a Worms, donde rememora el juicio que le hiciera el propio emperador Carlos V en 1521 a este agustino rebelde que habría de cambiar las costumbres religiosas y de dividir el cristianismo con la Reforma. Pero no tiene afán y por lo tanto, financiado por sus amigos, decide ampliar su viaje que terminaría cubriendo toda Europa y aun Turquía. Por lo pronto, decide irse hasta Bohemia en donde visitaría Praga, y en su plaza principal haría un homenaje a Jan Huss, líder de la libertad de su país, quien había sido quemado como hereje por la Inquisición. Miranda, naturalmente, es un anticlerical.

Luego llegaría a Viena y a Hungría. Pero antes de irse a todo este recorrido, le envía carta tanto a Florida-blanca como a Del Campo, preguntando si ya ha habido respuesta del rey y si se ha dispuesto la devolución de sus ocho mil pesos fuertes. Qué ingenuidad.

Quizás lo que lo determinó al largo periplo por Europa se debió a una circunstancia que no estaba en sus planes: cuando todavía estaba en Postdam le llegó una comunicación muy importante de su amigo James Penman, del que se habló y al que le dejó al cuidado sus cofres de documentos. Es una carta altamente estimulante a la que le acompaña un recorte del importante diario *The Morning Chronicle* del 20 de agosto, en el que puede leerse:

> La llama que fue encendida en Norte América ha hecho su camino, como se previó, dentro de los dominios americanos de España. Esta emulación que encierra los compromisos del gobierno en la América española hacia los españoles nativos y establece otras distinciones entre éstos y sus descendientes del otro lado del Atlántico, ha sido una espada de doble filo y corta dos veces. Si esto ha preservado hasta ahora la soberanía de España en estos lugares, ha sembrado sin embargo las semillas de un hondo resentimiento entre el pueblo.
>
> Se celebran conferencias, se organizan reuniones en secreto entre una raza de hombres que distinguiremos con el nombre de españoles provincianos. El ejemplo de Norte América es el gran motivo de conversación y un magnífico objeto de meditación. En Londres, estamos bien seguros, está en este momento un americano español de gran importancia, que posee la confianza de sus conciudadanos y aspira a la gloria de ser el libertador de su patria. Es un hombre de criterios sublimes y de inteligencia penetrante, diestro en lenguas antiguas y modernas, entendido en libros y conocedor del mundo. Ha pasado varios años estudiando la política general, el origen, progreso y fin de las diferentes clases de gobierno; las circunstancias que reúnen y retienen multitud de hombres en las sociedades políticas y las causas por las cuales estas sociedades son disueltas y engullidas por otras.
>
> Este caballero, después de haber visitado cada provincia de Norte América, viene a Inglaterra, a la que considera como la madre patria de la libertad y escuela del conocimiento político. Como amigos de la libertad, nos abstenemos de dar más detalles respecto a esta distinguida personalidad. Es una prueba notable y un ejemplo del hecho que queríamos ilustrar. Admiramos sus talentos, estimamos sus virtudes y de corazón deseamos prosperidad a los más nobles pronósticos que pueden ocupar el ánimo de cualquier ser humano, otorgando el beneficio de la libertad a millones de sus conciudadanos.

O sea que, para ese momento en las altas esferas londinenses ya se sabía de la presencia de Miranda en Inglaterra, de su personalidad, de su carácter, de su formación y conocimientos y, sobre todo, de su automisión libertaria no solo de su patria sino de todo el continente suramericano. Aunque también se conocía que por ahora andaba de viaje por Europa.

Eso, por supuesto, era bueno; pero no hay duda de que alertaba aun más las iras de los españoles. Del Campo, Florida-blanca y el rey, sabían de cierto y sin ambigüedades, que ese era ciertamente el enemigo. O sea que siendo España aun una potencia, y ligada a Francia por el denominado Pacto de Familia, pero que, *ad portas* de la Revolución está bajo el dominio de los

Borbones, esa publicación se convierte en una voz de alerta que le obliga a tomar medidas de seguridad y precauciones.

Precisamente, cuando Miranda llega a Venecia, su amigo Mr. Smith ha hecho grandes esfuerzos para que le llegue una carta que le ha escrito desde París con gran prevención. Pero no le llega. Sucede que allí en la capital francesa, el diplomático americano se encuentra con Lafayette, su amigo con el que ha peleado del mismo bando algunas batallas de la independencia de su país. Y Lafayette, que recuerda al coronel Miranda, lo alerta sobre el grave peligro que corre si llega a Francia. Solo tres años después Miranda puede recibir en el norte de Europa otra carta de su noble amigo en que éste le dice:

> Visité al marqués de La Fayette, quien apenas tuvo tiempo para saludarme, exclamando: Plegue a Dios, que su compañero el coronel Miranda no haya venido con usted. Diciéndole que no había venido, que yo le había dejado en Viena, entonces dijo que estaba muy contento de oír esto y me suplicó que si escribía a usted, le aconsejase de no venir a París pues si el conde de Aranda sabía que usted estaba en París él (La Fayette) temía mucho por el destino de usted.

El historiador Antonio Egea [83] pinta parte de ese viaje así:

> En Austria el compositor Haydn, para quien Miranda porta cartas de presentación, le sirve de guía en el palacio de Esterhazy, cuyos príncipes protegen al músico. Cuenta el palacio con biblioteca, galería de pinturas y un teatro donde se efectúan representaciones todo el año. Asiste el caraqueño a la ópera, a donde también acude el príncipe junto a su querida. Haydn toca el clave. Al día siguiente pasea con él, y conversan lisonjeramente sobre Bocherini. El mismo afán de ilustración del siglo de las luces es el que abre tantas puertas a Miranda, pues los más quieren conocer a un extranjero de América, quien además recorre el mundo, que sabe idiomas y se desenvuelve con destreza en los más diversos temas. ¿Quién no estará dispuesto a recibirlo con gusto en casa, escucharlo e interrogarle ? Es rara la ciudad a la que llega el caraqueño sin que ya lleve cartas de introducción. El desmedido interés por viajar lo satisface en parte un viajero con muchas leguas andadas y con llamativos proyectos entre sus anotaciones. Miranda se nutre, por tanto, de lo que él mismo busca. Él busca ilustración, y a su vez la proporciona. Es un axioma de su éxito social, cuya progresión es geométrica: cuantas más ciudades visita, más nuevas se le ofrecen. En las tertulias el español de Venezuela aporta un atractivo singular, y de modo aun más acusado entre las damas.

[83] Autor cit. "*Protagonistas de América, Francisco Miranda.*

> En Hungría también existe segregación racial. Unas cuerdas atravesadas son la marca separadora. En tales lugares les está prohibido habitar a los judíos.

El espíritu exquisito de Miranda hace que no sea ajeno a ninguna de las expresiones del arte y la cultura. Ama la historia, la poesía, la pintura y la escultura, al mismo tiempo que aprecia y conoce la arquitectura y la música. Él mismo es un virtuoso de la flauta, y en una de las noches austríacas, en la compañía del gran músico Haydn, interpreta con éste a la flauta una de sus melodías.

Es lo cierto que el héroe caraqueño carece de información sobre las verdaderas intenciones de España contra su persona. Pero en algunas oportunidades, como medida de precaución, toma un nombre falso. Es entonces, ambiguamente como si se tratase de un inglés, el coronel Martin de Maryland. Pero no ha asumido ni la clandestinidad ni está huyendo. Tanto que en Sans Souci, en la recepción que dio el rey, tuvo contacto gentil con el embajador español, don Miguel José de Azanza, quien instruido desde el ministerio español y por Del Campo, estaba al acecho, pero fingiendo cortesía suma con Miranda.

Después de Hungría y Viena, Miranda sube los Alpes y se traslada a Trieste donde se embarca con rumbo a Venecia. Aun existe allí, en decadencia, la vieja y otrora pujante República. Desde el barco, al alba del día 13 de noviembre de 1785, ve como se despeja la visión de la bella ciudad y entra en una cálida emoción. Pero cuando baja del barco y camina por algunas calles, no puede dejar de lado su fastidio, que lleva al diario, por el desaseo en que está sumida tan hermosa y única ciudad.

Como de costumbre, una vez bien instalado Miranda, lleva sus cartas de presentación a sus destinatarios bien escogidos y estudiados, la primera de las cuales es para el encargado de negocios de España, don Ignacio López de Ulloa. El Ministro plenipotenciario o embajador, marqués Leopoldo de Esquilace, había muerto. Este personaje nacido en Sicilia, había hecho una carrera prodigiosa y alcanzó a llegar a ser primer ministro de Carlos III, pero había sido destituido después de un motín y desterrado a Venecia con rango de plenipotenciario. En su reemplazo había llegado el señor de Moñino, nada menos que el hermano del ministro Conde de Florida-blanca. Pero como cosa curiosa, quizás porque en España desconocían los movimientos exactos de Miranda, no le habían dado ni instrucciones con relación a éste antes de su viaje, ni la orden de captura. Miranda por su parte, todavía estaba

bajo en engaño de creer que sus relaciones con la monarquía y el gobierno de España andaban por buen camino.

Así, pues, lo primero que hace es dirigirse a la Delegación española, donde ignorantes los funcionarios sobre el personaje, es bien atendido.

Y no se sabe exactamente cómo, pero por allá extraviaba sus pasos un antiguo abate jesuita, nacido en Madrid, don Esteban de Arteaga, en compañía de otros correligionarios, expulsados de España por don Carlos III. Este jesuita, que era asiduo asistente a la embajada, le fue presentado a Miranda por el encargado de negocios López de Ulloa para que le acompañase en el conocimiento de la ciudad, pues éste se encontraba muy ocupado atendiendo la instalación del nuevo embajador Moñino. Arteaga averiguó quien era, y lo visitó con fe de futuro. Los jesuitas tuvieron una decidida participación en lo que fue la primera chispa de la emancipación americana contra esa España despótica y atrabiliaria que había expoliado todo ese continente y vejado a sus habitantes. Y naturalmente los acompañaba un gran rencor contra el rey que aparentaba pertenecer al Siglo de las Luces, pero, como un déspota ilustrado, guardaba para los territorios sojuzgados una rígida y brutal disciplina de terror.

Miranda oye muy complacido a los catorce miembros de la orden de Loyola y con ellos intercambia opiniones. Son hombres de libros y pensamientos; y mientras toma direcciones y hace anotaciones, piensa que en esos clérigos se edificaba una esperanza. Arteaga, por supuesto, se hace su amigo y lo acompaña por todo el tiempo que dura la visita a Venecia.

El coronel Miranda está fascinado con los nuevos conocimientos de arte y de política que va adquiriendo hora a hora en esa ciudad legendaria; y como de costumbre, todo lo anota, incluso sus críticas especialmente en lo relativo al aseo, que es como una fijación suya. Venecia, por supuesto, siempre ha sido y es desaseada. En esos escritos se explaya en sus conocimientos de arte, y consigna sus observaciones sobre cada obra nueva de los grandes pintores que mira: Vecellio Tiziano, Jacopo Tintoretto, Paolo Veronese, y de las esculturas de mármol y bronce, gran parte de ellas traídas en el saqueo constante de Grecia y aun de otras partes del imperio romano. Los caballos de San Marcos, por ejemplo, hechos a la cera perdida, que le merecen tanta admiración, asegura que fueron obra de Lisipo y estaban adornando el famoso arco de Nerón en la Roma nueva, de donde fueron pasados al famoso Hipódromo de Bizancio.

Un importante senador de apellido Zaguri, a quien le ha entregado una de sus cartas de recomendación, lo invita a muchas cosas, entre las cuales está una visita al Senado. Veamos cómo narra esa experiencia:

> Temprano recibí un recado del Signore Senator Zaguri en que me convidaba a ir a ver el Senado, &c…que en este día se juntava por la primera vez después de vacaciones y que abría gran concurso … acepté efectivamente, y a eso de las diez me hallé en el Palazzo Ducale acompañado del dependiente suio que me embió… él mismo vino luego a recivirme, y hacerme pasear por todas las salas y apartamentos de dicho Palacio en que se notan mui buenas pinturas de Tiziano, Paolo Veronese, Tintoretto, Fran: Zuccari &c… y en los que sirven para Tribunal de varios magistrados, se ven alrededor, y por todas partes unos mascarones de León embutidos en la pared con la boca abierta, y varias inscripciones que denotan la Denuntie Secrette para que son … medio vil e indigno de un tribunal de justicia … en la sala del Maggior Consiglio que es sumamente grande hai mui buenas pinturas a Fresco, mas están maltratadas del polvo, y la humedad, o a mala luz de modo que algunas casi no se ven: la que está sobre él Trono del Doge, representando la gloria celeste con un sin número de predestinados; obra vastísima y singular de Tintoretto; me parece la más bien conservada, en los apartamentos inmediatos está el que sirve para el Consiglio di 3 o la terrible Ynquisición de Estado; donde nada se nota de particular, más que una mesa, sillas tres, y tintero: en el que sirve de paso entre éste, y el gran consiglio, se nota un Quadro curiosísimo de los Sueños de un Pintor (cuio nombre me dixo Zaguri, y io no me acuerdo) en Inglaterra vi una copia in theAuction-Roon of Mr. Cristo in Pall-mall y a mí se me preguntó si savía lo que significava porque no se podía adquirir noticia. –Por aquí encontramos dos franceses abogados del Parlamento de París que se nos unieron, y fue preciso soportarlos porque no tenían nadie que los dirigiese… Llegada la ora de comenzar la sesión se nos dio asiento en un banco alto que está arrimado a la pared en el conmedio de la sala, y es el puesto destinado para los forasteros de distinción… concluido que huvieron la nominación por votos de algunos cargos públicos; pasó el Doge al apartamento inmediato (creo que es el eccelso Consiglio di Dieci) donde se sentavan aun los caballeros de L´Stola d´oro (por una estola con galón de oro que llevan al cuello) que son los que han servido la república en embajadas. … y habiéndose confirmado allí por balotaje la elección antecedente el Doge retornó al Gran Consiglio, y allí se publicó la elección confirmativa de los sugetos nominados anteriormente; el Sr. Labia fue uno de los electos para Podestá di Breshia .. en todas estas asambleas nada se discute; y solo se reduce a balotar el todo … unos niños, o muchachos pobremente vestidos de los hospitales de Caridad llevan la Caseta por toda la sala y cada miembro mete su voto, que después el niño lleva en

> la caseta al secretario o Sabios que se sientan con inmediación al trono del Doge, y allí se ve por quien está la elección –en todas estas asambleas reina más bien la forma que el orden; pues todo el mundo habla constantemente, y está en contínuo movimiento…

El autor Antonio Egea[84] destaca observaciones de Miranda en Italia que llaman mucho su atención —y la de cualquier observador, diríamos nosotros—, sobre una figura social llamada el *chichisveo* . Veamos:

> Pero uno de los fenómenos más curiosos del siglo XVIII italiano es el chichisveo, que es una especie de sirviente que acompaña siempre y a todas partes a la dama. Lo cual denota un signo de prestigio a tal punto que carecer de dicho acompañante supone un baldón para la posición social de la señora. Lo mismo en Florencia, que en Pisa, Venecia o Verona, el chichisveo acude junto a la dama al teatro y a todo lugar público. Un militar le comenta al caraqueño que cuando habían pasado los primeros ocho días casados, un marido ya no debía pretender más exclusión de la consorte. Lo que demuestra las implicaciones, lógicas, que deparaba la existencia del imprescindible acompañante.
>
> En las comidas se toma vino; y tras el almuerzo, café que se consume a todas horas del día. Miranda, que es un hombre frugal, quizás por ello no refiere demasiadas observaciones sobre el tema. Menciona los helados venecianos y la limonada; también los huevos fritos. En el arsenal veneciano le ofrecen un convite, y éste si lo anota: limonada, chocolate, café, bizcochos y ostras que se pescan en las mismas dársenas. Las diversiones consisten en asistir al teatro, comer en compañía, ir al café, o a la botillería, ir a escuchar música, el casino, el paseo, las máscaras, las tertulias, el juego y el prostíbulo.
>
> Las costumbres sexuales registran unas constantes que las convierten en fenómeno social de primer magnitud. Un buen porcentaje de la población femenina ejerce la prostitución como medio de vida.

Solo ha durado nueve días en Venecia que entre otras cosas le bastaron para aprender, con profesora, el italiano; y el 21 de noviembre de aquel año 85, parte por la campiña italiana.

Pasa por Padua, Bologna, Siena y en todos esos lugares observa y anota, conforme su costumbre. Se remonta a la historia de ellas, tan ricas en sucesos y personajes. Recuerda al historiador Tito Livio, nacido en la primera de esas ciudades, que él ha leído con gran asimilación. Entiende que el conocimiento de una ciudad de nada vale si no se tiene fresca su historia. Es un

[84] Antonio Egea, *Protagonistas de América, Francisco Miranda,* edit. Quórum , Madrid

viaje lento, degustado en fondas del camino, comiendo las hogazas de pan recién horneado y la pasta artesanal con todos los sabores del paraíso. Gusta ese vino de la casa que enciende el espíritu del Lacio y maneja en el viajero la perceptible necesidad de no irse de allí jamás.

Y así llega a Florencia el 19 de diciembre, una ciudad de noventa y dos mil habitantes, según apunta, y de la que ha leído toda su historia con especial deleite. Conoce con detalles su florecimiento en el comercio y con él el florecimiento de sus familias principales, que trajo por supuesto abundancia en el pueblo y estimuló de paso su florecimiento político en esa Italia medioeval de pequeños ducados decadentes y feudalistas. Fue tan grande el esplendor de Florencia, que también llegó a dominar el Vaticano y, por supuesto, el mundo. Casi todos los reyes europeos, entre ellos el más poderoso, Carlos V de Austria, I de España, enzarzados en guerras interminables, las financiaban con préstamos y libranzas que les otorgaban los ricos comerciantes florentinos.

Pero especialmente llega inundado de gozo por conocer toda la acumulación del arte renacentista que se depositó para siempre en Florencia, una ciudad austera de costumbres y señorial, como si nada hubiera pasado cuando pasó su viejo esplendor y su importancia política y económica. En Florencia, a diferencia de Venecia, no se ven prostitutas ni se hacen fiestas tendidas en las calles, ni se usa el antifaz o la máscara que a tantas damas venecianas sirven para eclipsar su virtud. No, esta es una ciudad de trabajo y de veneración a su pasado en el que sigue viviendo.

Aquí habrá de permanecer doce días, en los que contrata un profesor que lo lleve al Palacio *dei Ufizzi*, donde se demora parsimoniosamente, al Duomo, al Palacio Pitti y ve pasar las aguas cenicientas del Arno bajo la arcada del Ponte Vechio, mientras recuerda el encendido discurso de Savonarola y su final de iluminado por el fanatismo. Va al teatro –en realidad existen cinco en actividad todos- y ameniza su instinto social con chismecitos de salón y comidilla de señoras, que parece que le deleitan. En su diario escribe el 30 de diciembre, cuando visita la gran biblioteca Laurentiana:

> Temprano pasé a visitar la Biblioteca Medicaen Laurentana que contiene 7.000 volúmenes de manuscritos raros, la mayor parte de estos están atados con cadenas de hierro a los atriles en que reposan donde los pueden ver con comodidad los que gusten –tuve el gusto de ver los escritos de Machiavelo todos de su propio puño (mui buena letras por cierto) y también los de Tetrarca- un Virgilio del V Siglo, con la nota de un Cónsul romano, de

> estar corregido (en pergamino) y algunos evangelios de excelente carácter griego todo en otro fino, y también trabajado que parece hecho aier- A la Academia Florentina (nombre que tiene ahora la de la Crusca) que se junta en la Librería –Magliabechi todos los jueves- tiene esta librería 100-mil volúmenes, y fue formada por un hombre de este nombre, cuia profesión era Platero, y el Cardinal de Médici observando cuando pasava por su tienda que siempre estava aplicado a los libros lo animó, y formó un literato ilustre –exemplo que no se debe olvidar-.

Agotada esta maravillosa escala para él, parte por la vía que los romanos llamaron Flaminia, en la Toscana. Es el 25 de enero de 1786. Esta importante vía del Imperio se halla en pésimo estado, salvo alguno que otro trecho. La estudia con detenimiento y descubre que tiene tres empedrados superpuestos, el último con piedra muy fuerte traída desde muy lejos. Eran los días del esplendor.

Su destino es Roma, pasando en el camino por Pisa. El viajero sigue la ruta del transporte público, con sus dos criados. Va a cumplir próximamente treinta y seis años, que para esa época ya no es la juventud. Es un hombre que como Dante Alighieri cuando comenzó a escribir la Comedia, se encuentra *nel mezzo del cammin di nostra vita* [85]. Su ambición en ese momento es la misma que ha tenido desde hace mucho tiempo: primero adquirir una formación de gabinete, leyendo sin pausa, meditando, y confrontando lo que lee con un conocimiento de primera mano a través del contacto directo con los pueblos, sus costumbres, idiosincrasia, gobiernos, arte, su historia verdadera, todo en una fase de preparación para su segunda gran ambición, ya trazada y definida aunque todavía sin saber cómo lo haría: la libertad e independencia de todo el continente de habla hispana.

Llega finalmente a Roma que describe como tantas veces hace con minuciosidad. Es bueno leer de su propia pluma[86]:

> … A las 10 llegamos a hacer alto a la Storta mala hostería que está a una posta de Roma, donde comimos una fritada de huevos. De una altura inmediata se descubre el mar, y la cúpula de S. Pietro, que despierta en el viajante instruido las sublimes ideas de Roma antigua y de cuanto este país célebre ofrece de sorprendente… En fin después de medio día partimos, y a una milla más adelante se ve una torre rotonda antigua de mármol con bajos relieves, elevada sobre una especie de pedestal moderno, que mi compañero

[85] Se refiere Dante a una edad que marca la mitad de la vida, superior a los treinta y cinco años.

[86] En adelante y cada que se haga una cita directa del Diario de Miranda, el autor lo corregirá en ortografía y redacción actualizada al lenguaje de esta época.

llama el sepulcro de Nerón, no se con qué fundamento. … Luego llegamos al deseado ponte-Molle, antiguamente Pons-Emilius donde se pasa el Tíber renombrado, cuyas aguas están siempre turbias, de color coloraduzco. Pasado éste comenzamos a encontrar varias gentes en coche, y a pie que habían salido por la Puerta dil Populus a pasearse; no faltaban cardenales con sus medias encarnadas y vestido corto de terciopelo. .. Finalmente a las 4 llegamos a la Porta d´ il Populus, antiguamente Porta Flaminia, y ciertamente que ninguna ciudad de Europa tiene un ingreso tan bello y majestuoso como éste, –de aquí nos acompañó un guarda por toda la strada d´´il Corso a la Dogana di terra construída sobre el antiguo Templo de Antonino Pio del cual se conservan aun 11 grandes columnas de mármol canelada que adornan la fachada, con sus arquitraves (de un solo pedazo de mármol todos, friso … de un bonísimo gusto… aquí fue el diablo para dejarme pasar mis cofres, porque en ellos venían algunos libros, que no eran más que la descripción de varias ciudades de Italia que yo había comprado al paso –no hubo remedio, era menester el permiso del Comisario de la Inquisición para entregarlos … En fin, un billete que se le escribió por el Duanero a dicho Comisario que por fortuna estaba en casa, nos facilitó el permiso que no dejó de costar 3 paos[87]: para la chocalata al duanero), y nos marchamos a buscar alojamiento siendo ya de noche –en una casa que mi compañero creía encontrar y no la había, y así nos fue preciso tomar alojamiento en una malísima posada por aquella noche.

Por la mañana fui a ver a mi banquero il Signore Giogia, quien me recibió con suma política, y al instante me habló de materias políticas asegurándome con sinceridad que había conocido particularmente a Grimaldi, y él parecía sujeto de muy inferior capacidad- que por Moñino, y azar era otra cosa.- En fin, yo me marché a mis negocios habiendo tomado cincuenta sequines que necesitaba: pasé por casa a soltar el peso, y tomando un Servitore di piaza que (por 4 paos al día) marché a S. Pietro … No me hizo este edificio a primera vista, aquella sublime impresión que yo esperaba, pareciéndome que le faltaba majestad y sencillez … el obelisco y las dos fuentes no me parecían destituidas de estas dos cualidades, y me agradaban mucho más. En fin, entré por il Pórtico, y a la iglesia sorprendido por la grandeza, y la multitud de cosas que se agrupaban por todas partes, mas sin poder formar juicio, y la imaginación llena de innumerables ideas que no podía digerir; y así después de haber paseado como en confuso toda la Iglesia interiormente por tres horas de tiempo,me salí con ánimo de volver muchas veces a examinar el propio objeto.-

La posada que le ha correspondido es pésima; pero buscando con un compañero que ha conocido en los sorpresivos giros del viaje, encuentra una

[87] Pao moneda popular en la Italia de esa época.

posada en la que habita una familia de clase media, de honorables antecesores, a cuya cabeza se encuentra una viuda llamada Anna, madre de muchos hijos y encarnación de la amabilidad. Él se presenta como el coronel Martin de Maryland. Y como cosa curiosa, le dan una habitación que en una época lejana lo fue de un clérigo que llegó a convertirse en Benedicto XIV y a donde de vez en cuando iba a visitar, ya Papa. Miranda se siente fascinado, además porque después de dormir en lecho blando y limpio en su segunda noche en Roma, a la mañana lo despierta una linda damita con el chocolate y el pan fresco en la cama. Tiene dieciséis años. Y allí conoce a otros personajes con los que hace empatía. Lo mejor de todo, solo paga ocho *paos* diarios incluidas las comidas.

Al otro día va al café donde igualmente conoce a otra gente, hospitalaria y amigable. Esa noche va al teatro, como es su costumbre. Así lo cuenta:

> A las siete marché a Piazza Espagna, inmediato a donde está el Teatro Aliberti uno de los mayores y mejores que hay en Roma; y un telón que representaba la perspectiva de un pórtico con la gran escalera de un palacio. Es uno de los mejores rasgos en su especie que yo he visto jamás: entre los actores solo el soprano Rubinelly es de mérito. El resto no vale nada; y los bailes son insufribles, pues las mujeres son representadas por hombres que con calzones negros, y de todos los colores, hacen ver su cochinas piernas que es una indecencia. … En la representación sucede la mismo, y así da asco ver las damas –el gobierno no quiere sin embargo dejar montar las mujeres al teatro; como si los desórdenes que pueden resultar de la opuesta conducta no fuesen más infames- a las once me retiré a casa donde encontré mi cena, fuego y un magnífico lecho…

Claro que no es cualquier cosa para un hombre como Francisco de Miranda llegar a Roma, la cuna del poder en distintas etapas históricas. El conocimiento de sus poetas y escritores, de sus grandes escultores y pintores, de sus autores de teatro, de sus filósofos y de todo aquello que fue la República y los comienzos del Imperio, la vida de Lucrecia, los dos Brutos, Cayo Muncio, Terencio, Virgilio, Horacio, el eco de los discursos de Cicerón en el Senado, el austero estoicismo de Séneca, y todo aquello que se conoció como la *virtus* romana, surge en un torbellino de sucesos que se desenvuelven a su mente a la vista de aquellos venerables escenarios, mordidos por el polvo del olvido, de los siglos y de la decadencia. Es fascinante hacer ese recorrido por los momentos de la gran presencia histórica, en los que se intuye aun la presencia de los dioses traídos de Grecia con nombres

cambiados, pero los mismos al fin y al cabo, tan poderosos entonces, y hoy despojados por un cristianismo desvirtuado que permitió tantos horrores -y aun los permitía-, bajo el nombre sagrado de la Santa Inquisición y un fanatismo grosero.

Claro, la Roma actual giraba alrededor de su catedral de San Pedro, que Miranda encuentra recargada *sin majestad y sencillez*. Pero allí está el arte congregado de muchos siglos, la Capilla Sixtina, con todo el trabajo inmenso de la historia del hombre concebida por Miguel Ángel, imbuido en un hondo espiritualismo religioso por encima de la sublimidad. Y están las ruinas donde estuvo el Senado, el Coliseo, los palacios imperiales y todos los epicentros del poder. Miranda se explaya en la escritura que, debe repetirse, no tenía pretensiones literarias ni siquiera aspiraba a una publicación en alguna época de su vida. Escribía para sí, para su deleite, para su recuerdo, en fin, para su sensibilidad. Veamos lo que narra en relación con el templo de todos los dioses en la Plaza Novona que encuentra saqueada y maltratada:

> Pasamos por la Piazza Novona, que es la mayor de Roma, y conserva la forma de un circo, que era antiguamente (circus Agonalis), tiene tres fuentes en el medio, la que está en el centro es su mejor adorno, y tal vez la más bella obra del Bernino, llamada la Fontana-Novana; cuatro ríos, el Danubio, el Ganges, el Nilo, y la Plata se apoyan a un escollo, sobre el cual se elevan un pedestal y un obelisco de 73 palmos de altura (el mismo que estaba en el circo de Caracalla)… toda esta máquina produce un bellísimo efecto, la escultura es excelente; y puede considerarse como una de las mejores cosas de Roma. Lástima que no la tengan bien atendida; y lástima aun que una plaza tan hermosa esté siempre tan puerca, y mal empedrada. A la rotonda o sea el antiguo Pantheón; el más hermoso resto de la magnificencia de la antigua Roma, y el solo templo de romanos que se había enteramente conservado; fue frabricado en tiempo de la República, y dedicado a todos los dioses … el Pórtico anuncia el grandor, y majestad del edificio (superior seguramente al de S. Pedro) y es lástima que no le podamos ver de un punto más bajo, pues las ruinas han elevado tanto el piso, que toda la gradería está enterrada. –éste fue elevado por Agripa, yerno de Augusto, como lo indica la inscripción latina que se lee sobre el arquitrave; soportado por unas columnas de extraordinaria magnitud de granito oriental, enteras; y la cúpula que comparece por encima, agrada infinitamente… mas los dos campaniles que le encajó el Bernino, no vienen al caso absolutamente.-el interior iluminado todo perfectamente por aquella claraboya de 38 palmos de diámetro, en la cúpula, sorprende verdaderamente; más no agrada tanto… sea que el segundo orden de columnas no se acuerda con el primero; sea la cantidad de modernos altares que hay alrededor; o sea finalmente el

haberle despojado de la guarnición de bronce incrustado que cubrían los casones de la Cúpula, en cuyo lugar se ha sustituido una lechada blanca, que seguramente disminuye la majestad del edificio y el acorde de los colores que entre sus diversas partes debía haber. Lo cierto es que uno conoce que falta cierta cosa, y se sale disgustado … ¿qué no dejar cada cosa en su lugar ? ¿A qué altares de santos, en un templo de gentiles ? ¿A qué deshacer sus bellos ornamentos de bronce para fundir cañones inútiles, como si faltase hierro y cobre en el mundo ?

En relación con las ruinas del Coliseo expresa sus sentimientos con altiva emoción [88]:

y dirigimos nuestros pasos al celebérrimo Amphiteatro de Flavio, llamado comunmente el Coliseo, seguramente es el más soberbio y más bien entendido edificio del que conozcamos las ruinas!...la parte exterior, con más de la mitad destruida, produce no obstante el efecto más admirable, y gustoso de cuantos edificios se puedan ver en Roma o en el mundo entero, véase de afuera, o dentro de la ciudad y en la distancia que se quiera. Su figura es elíptica, decorado extremadamente de cuatro órdenes de arquitectura dorio, jónico, corintio y compacto, los tres primeros están en columnas embutidas casi por la mitad en el muro; y el cuarto de pilastras poco salientes, pero que sostienen sin embargo un cornizón batiente que termina noblemente la parte superior. Entre estas pilastras no hay sino pequeñas ventanas quebradas; mas entre las columnas de los tres otros ordenes se ven 80 arcos antiguamente adornados de estatuas que dan ingreso a un Pórtico doble que corre por todo el rededor del edificio la parte interna está casi toda destruida, mas sin embargo yo subí hasta su mayor altura, pudiendo formar juicio por el de Verona que justamente conservar las partes que a este le faltan…. Se distinguen aun las escaleras, pórticos, gradas, canelones para desagüe de las orinas, y alojamiento para las fieras, con sus bebederos de mármol; todo con poca diferencia como el de Verona, en gran forma. No se puede retener la indignación contra aquellos que han contribuido a destruir este insigne monumento del poder romano. Vespasiano lo hizo edificar aplicando 12.000 judíos. Podia contener 107.000 espectadores., 20.000 en pie y los demás sentados. hasta los mismos bárbaros respetaron, para formarse después con sus materiales Palacios el Farnese es uno que no pueden parecer mas que chozas en comparación del Colisseo. Donde estaba la Arena, hay ahora un Viacrucis por remate de todo inmediato por la parte de afuera están las ruinas de la fuente en que los Gladiadores iban a lavarse, que se llamaba la meta Sudante, porque tenia la forma de un limite, el agua que bajaba de encima la bañaba toda alrededor. Cerca también está el Arco di Constantino, que según la diferencia de adornos que en él se observa, hace inclinarse

[88] La transcripción del Diario mirandino ha sido corregida a castellano actual.

> a la opinión de que este fue uno de los cuatro arcos del Foro de Trajano, transportado alli, y encargándole una inscripción en honor de Constantino, con algunos adornos de mala manera que descubren el tiempo decadente en que los pusieron… es sin embargo un bellísimo monumento y contiene excelentes obras en bajo relieve, etc. Las ocho hermosas figuras del Daci que allí se ven descabezadas, lo fueron por el cardenal Leopoldo dei Medici.

La descripción que hace de su visita a las catacumbas con don Luigi, un compañero de posada y su criado, tiene humor. La llegada a ese sitio de despojos humanos y la historia recurrente de que allí están expuestos los huesos de 13 Papas y 74.000 mártires de la Iglesia, todos santificados bajo el amparo de la fiesta de Todos los Santos, y el poder de hacer milagros que se tejía alrededor de cada reliquia, había desarrollado durante la Edad Media, que estaba terminando, un gran mercado que producía enormes sumas de dinero. Al llegar al centro de tan fatídica exposición, un fraile de rostro adusto y perfilado se les acercó, y en un tono casi sobrenatural, les advirtió que había excomunión mayor para quien hurtase alguna de tales reliquias sagradas. Avanzado el camino, y no habiendo vigilancia, su compañero de viaje y el criado se llenaron los bolsillos y faltriqueras de canillas y huesos, pensando que se trataba de oro puro. Miranda los dejó hacer con cierta burla. Luego, cuando ya iban a salir, los movió a la reflexión porque tuvo una conversación erudita con otro fraile al que cuestionó que entre la innumerable osamenta de las extensas catacumbas figuraban todos los que ahora podríamos llamar NN de Roma, gente sin nombre ni duelos, paganos por lo demás; y como no había distinción entre el cráneo de un príncipe y el de un mendigo, lo más seguro era que la mayoría de tales huesos pertenecieran a paganos. Su amigo Luigi y el criado, pues, lo que llevaban eran las canillas de oscuros sujetos paganos sin poder alguno. Tanto el criado como el compañero de posada, desengañados, soltaron el fruto de sus hurtos en un rincón.

En relación con la Capilla Sixtina, donde asiste a una misa celebrada por el propio papa, que es Pío Sexto, hace estas interesantes anotaciones:

> Llegamos a tiempo de ver toda la función, que realmente es digna de la consideración de un hombre que piensa. ¡Qué fasto! ¡Qué absurdidades! ¡Cómo es posible que los pueblos hayan prestado veneración y creencia a unas ridiculeces semejantes! Allí estaba el Sumo Pontífice (Pío VI), con sus cardenales y obispos; éstos, sentados por tierra de la manera más humillante, y aquellos en sillas altas con sus laudatorios a los pies. Cuando Su Santidad oficia la misa, le traen la ostia a su silla, para que allí con todo descanso la

> consuma, y así mismo el sangüis, que lo bebe por un tubo de oro, como las limeñas el mate. Todos los días, a la una del día, comparece el papa por la puerta de Santa Marta, que comunica con el Vaticano por un subterráneo, en chinelas carmesíes, bata blanca a modo de "robe de chambre" y empolvado como un petimetre parisién, se dirige a la estatua sedente de San Pedro y de pie, apoya su frente sobre el pie de dicha estatua, bésalo por encima tres veces, cierra los ojos como que reza. Observa esta vida regularmente, según me informaron, dejando todos los monopolios al Nepote (Príncipe Braschi, sobrino del pontífice), que se enriquece enormemente a ojos vistas.

De Roma, donde vivió a plenitud el regocijo de la historia y la cultura, sin dejar de lado el carnaval que como en toda Italia se celebra con pompa y sensualidad, pasó el coronel Maryland, que como se dijo antes era su seudónimo, a Nápoles. Su ruta era hacia el Sur de la península, donde se embarcaría con destino a Grecia y Turquía. Los caminos eran abrumadores de abandono. Jornadas interminables en coche colectivo y en caballos individuales, paso por la Campania y la Calabria y los pueblecitos esmirriados que quedaron al margen de lo que fue el gran florecimiento imperial. Todo esto sería desalentador para cualquiera que no fuese Miranda, inundado de emociones adventicias al paso de monumentos o campos de antiguas batallas y de los fantasmas de hombres de un pasado que ya solo él conocía en aquellos parajes desconocidos.

En Nápoles se detiene con regocijo. Es aun una posesión española. Allí había sido rey don Carlos III. Un buen rey podría decirse, porque llevó progreso y rescató el pasado. Fue él quien hizo que se excavara y salvara todo lo que hoy existe de lo que fue Pompeya y Herculano, las dos maravillosas ciudades que sepultó en fuego y magma el Vesubio. Por supuesto va hasta la Gruta Azul y allí bebe los recuerdos de Tiberio y de Adriano en la cercana isla de Capri.

Existían en una ciudad tan musical como Nápoles tres escuelas de lírica, y en las tres recibían, sin costo alguno, a los castrados desde niños, operación frecuente que se hacían para mantener la voz delgada y afinada de los sopranos masculinos, conocidos como los *castrati,* en la carrera de la música. El más grande de ellos fue Carlo Broschi, cuyo nombre artístico fue Farinelli o Farinello, se paseó en las cortes europeas como el máximo exponente de la voz y luego vivió en España como protegido de varios reyes, hasta que finalmente lo desterró Carlos III.

En Barletta, sobre el mar Adriático, Miranda espera diez días a que salga un barco para Ragusa, sobre territorio dálmata, camino de Grecia. Ragusa

era entonces una pequeña república de la península de los Balcanes, que hoy es Bosnia-Herzegovina. La ciudad-república de Ragusa tenía solo un kilómetro cuadrado de territorio pero una gran importancia en el mar. Hoy es Dubrovnik, bellísima urbe amurallada, varias veces destruida en el pasado, pero siempre reconstruida. Miranda pasa allí encantado veinte días. Luego se hace a la mar nuevamente y va hacia Grecia, donde desembarca en el puerto de Patrás.

De allí se dirige hacia las principales ciudades, Atenas, Corinto, Esparta, Tebas, Salamina, en el mayor desencanto por lo que es hoy esta tierra del pensamiento que tantos hombres grandes produjo y a cuyo aliento floreció la civilización. Los turcos dominan desde hace tres siglos y antes lo hicieron los romanos. Ya no existe la raza griega de bellos rostros y afilados perfiles, pues fue aniquilada en el pasado y en su reemplazo poblaron los turcos y otros pueblos asiáticos. Hoy y siglos atrás, ha estado convertida en una colonia ruin de los turcos. Con gran tristeza escribe Gea [89] en relación con el viaje de Miranda:

> ¿Qué queda en la Grecia que visita Miranda de aquellas sabias lucubraciones de otros siglos? Lo peor. Los clásicos defendieron la homosexualidad, y la Atenas del siglo XVIII, sin fuerza, sin genio, sin ideas, es una manceba que entrega a sus muchachos para que los forniquen los turcos. Hasta aquí había bajado la cima de aquellos filósofos . Los padres entregan a la protección de un turco invasor a sus hijos para que los otomanos los tomen sexualmente, y así reciban parabienes, luego de haberlos degradado.

Y agrega:

> Por las calles atenienses apenas hay mujeres, huyen del turco, que, por muy concurrido que tenga su harén, no escatima añadir otro trofeo a su colección. De ese miedo surge la dificultad para el caraqueño de encontrar mozas con las que refocilarse. Una casada que le hizo una visita, por temor de salir de noche, la pasó entera con él. Claro que los mocitos pederastas gozan hasta de licencia. Bailarinas no se verán pero sí bailarines ricamente ataviados.

Cuarenta días de fascinación habrá de tener Miranda en Grecia, diez de los cuales pasará en Atenas, en la evocación de la Grecia clásica que él ha

[89] Autor y ob. cit.

vivido en su imaginación a través de sus lecturas. Lo primero que visita es la Acrópolis y observa el templo tutelar de Erecteion, con sus hermosas columnas jónicas, consagrado a la diosa de la ciudad, Palas Atenea y a Poseidón, y que recuerda el desafío que los dos dioses tuvieron para disputar democráticamente la protección de la ciudad. Atenea ganó cuando les enseñó a cultivar el olivo.

Con qué irrespeto los turcos lo convirtieron en un arsenal cuando tuvo lugar la guerra con los venecianos; y sobre esa reliquia de la civilización, éstos dispararían un cañonazo que destruyó la parte central.

Su emoción es tanta, que no vacila en comprar en Atenas una casa pensando en regresar y vivir en ella, cuando todo lo que en ese momento pasaba por su mente estuviera terminado. Pero se la deja al vendedor para que siga viviendo en ella. "*Todos los días encontramos varias piezas fuera de sus pedestales, acabadas de romper por los turcos."* anota en su diario. Y encuentra un arco del triunfo semidestruido en cuyo frente se puede leer la consagración "*Esta es Atenas, la ciudad de Teseo"*. Pero en el otro lado, tallado burdamente con el desprecio de los siglos, el aviso: "*Esta es la ciudad de Adriano y no de Teseo"* .

Hace el recorrido obligado por Maratón donde triunfaron heroicamente los griegos sobre los persas después de perder a 2.000 héroes en la acción. Ahora es un campo sembrado de trigo. Buscando bien, dicen los lugareños, se encuentran algunos pedazos pequeños de plomo, que eran utilizados en las flechas. Siempre el plomo.

Va a Corinto y , hace evocación de Cimón, de Pausanias, de Temístocles, cuyas vidas ha leído en Plutarco. Visita el sitio donde estuvo la Academia de Platón. Y ve desde los lejos el monte Olimpo al igual que el Helicón y el Parnaso. En el Pireo se embarca nuevamente.

De Turquía no espera Miranda nada distinto a sus bellos escenarios naturales. La ciudad de Bizancio o Estambul, sobre el Bósforo de azules aguas, en la que reinó e hizo grande el emperador romano de Oriente Constantino I, cuyo nombre llevó por varios siglos, los sucesivos emperadores de Bizancio que llegaron a la cúspide con Justiniano y Teodora, que tanto la enriquecieron e hicieron poderosa, en un engrandecimiento que también el tiempo se llevó. Por allí pasaron los ejércitos de un cristianismo moderno, con los mismos dogmas de la *razzia* o la *jihad* de los musulmanes, que supone el uso de la fuerza brutal en pos de los lugares santos. Iban arrasantes a practicar la guerra santa a muerte, tomando por premio el paraíso. Qué tiempos

de heroísmo, que le valieron al rey francés Luis IX el título de santo por la carnicería terrible de sarracenos en Mansura, "*sin perdonar ni el sexo ni la edad*", según sus propias palabras.

Al lado, en esa Asia Menor, se hallaban como un monumento absolutamente independiente y silencioso, las ruinas de la ciudad de Ilión o Troya, donde discurre el poema a la guerra de Homero, con todos los horrores honoríficos que la capacidad de matar ofrece a los héroes con gloria y poesía.

Pero Miranda tendrá el amor de dos hermanas de sedosos cabellos negros y rostros aceitunados, mientras se informa con aguda perspicacia de la política de los turcos en relación con Rusia, sus seculares enemigos, a donde encamina sus pasos por la ruta del Mar Negro. Estando allí lo sobrecoge una noticia ingrata, Federico el Grande ha muerto.

VII

RUSIA Y CATALINA II. SUS AMORES. MOSCÚ. SAN PETESBURGO. LA PROTECCIÓN DE LA ZARINA Y SU APOYO ECONÓMICO

Durante catorce días navega por el azul brillante del Mar Negro. Al cabo de ese tiempo, y muy maltratado por el viaje, llega al puerto ruso de Kerson, sobre el río Dnieper en donde, de entrada, lo asaltan verdaderos infortunios. En esa región había habido quince años atrás una peste, seguramente procedente de Turquía, y eso obligaba a que a los que llegaban de otros países los sometieran a una rigurosa cuarentena. Eso ocurrió con Miranda, no obstante sus encendidas protestas sin conocer más que unas pocas palabras de ruso. Después lo aprendería con la facilidad con que aprendía las lenguas.

Lo mandaron a una isla en compañía de un francés de apellido Roux, que con él viajaba. Allí le dan una cabaña donde iba a estar treinta y tres días, con piso en tierra y una silla desvencijada. Las ventanas tenían los vidrios rotos y, como era finales del 86, entraba un frío inclemente, del cual solo podía protegerse con un candelabro donde alumbraba una vela de cebo. Fue desesperante para los dos viajeros. Pero nada había qué hacer, como no fuera enviar las cartas de recomendación que le acompañaban pidiendo ayuda, para recibir respuesta al cabo de muchos días, teniendo en cuenta las lejanías de la estepa y las dificultades de comunicación. En fin, el amigo al que aun no conocía, señor van Schooten, le envió una mesa y varios asientos y te, jamones, abrigos, pan, aceite y vinos. La única lectura de que pudo disfrutar, al alcance de su mano, fueron tres obras del escritor francés Restif de la Bretonne, de corte libertino: *El pornógrafo, El mimeógrafo* y *Las ginógrafas*

Pero cuando el tiempo de la cuarentena pasó, se encontró Miranda en un momento muy importante en la ciudad de Kerson, fundada por el príncipe Grigori Añexandrovich Potemkin, mariscal, ministro y favorito de Catalina II. El puerto, a sazón con unos cuarenta mil habitantes, hacía parte de Crimea, el nuevo territorio conquistado por ese príncipe para Rusia en 1783. Se

esperaba a Potemkin que iba a hacer arribo de un momento a otro a fin de adelantar los preparativos para la llegada de Catalina a Kiev, en visita oficial como soberana del nuevo territorio. O sea que alrededor de este príncipe, extraña mezcla de intelectual, guerrero y místico, confluía en fiesta toda la población.

Potemkin ya sabía quien era Miranda por las cartas. O sea que cuando éste se presentó ante él, no obstante la displicencia y el desdén del ministro, fue altamente considerado con el visitante, con el ccual tuvo largas pláticas. Pero como de todas partes reclamaban la presencia del príncipe, Miranda estuvo feliz esos primeros días, porque las damas gozaban de un relativo abandono, muy grato para su galantería, y además porque tuvo un tiempo para leer una biografía de Pedro el Grande de Voltaire, y unas memorias sobre Rusia del general Manstein. Pero el príncipe después de unos días toma a Miranda de su mano. Le pide que le acompañe a todas partes, visita con él la península de Crimea, pasa largas horas nocturnas con él y le cuenta, detalle a detalle, cómo fue la anexión de este importante territorio. De paso le pregunta a Miranda sobre sus experiencias en Estados Unidos, en Cuba, sobre América Latina y sus proyectos de emancipación de España. Hablan sobre sus diferentes lecturas, sobre los viajes.

Potemkin no ha salido de Rusia sino en plan militar, pero, al igual que Catalina, es hombre de profundas y copiosas lecturas de la Ilustración. Es tuerto. El ojo lo perdió en una pelea con uno de los hermanos Orlov, antiguo amante de la zarina. En San Petesburgo lo llaman *El emperador de la noche* , porque es el dueño de las noches de la zarina. Incluso se dice que se ha casado en privado con ésta. Aunque estos aspectos sexuales eran cosa del pasado. Él es un ciclotímico que pasa abruptamente de períodos de gran actividad a períodos depresivos y místicos. Fue un amante voluptuoso que cautivó a la concupiscente Catalina, aunque después de los excesos castigaba la carne con penitencias. Hoy Potemkin es un hombre querido y respetado por Catalina, pero ya no ejerce como amante. Ese lugar lo ocupan otros, que a veces él mismo consigue con una gran comprensión por la avidez sexual de la emperatriz. A él no le importa, porque es un abúlico que al final de su vida termina pidiendo recibo en un convento. Pero siempre fue un hombre de gran inteligencia y de espíritu fino y cultivado. Por el contrario, Catalina que ya no es una jovencita, no ha cesado en su acuciante salacidad.

Catalina llega a Kiev a finales de enero de 1787, año que despunta esplendoroso para la inteligente zarina, a pesar de los veinte grados bajo cero

que marca el termómetro. La recepción es fantástica. Allí se ha reunido todo lo que vale y pesa de la sociedad rusa. Y de Polonia, que Catalina se ha repartido con Austria y Prusia. Ella le escribe una carta a su constante corresponsal el Barón de Grimm a París en que le dice:[90] "*Llegamos aquí el 29 en buena salud y una temperatura de menos 20. La mitad de Polonia está aquí. Han venido también el príncipe Nassau, Grande de España, y un español llamado Miranda…"*

O sea que Catalina ya sabía quien era el español Miranda. Empero, no fue sino el 14 de febrero cuando éste tuvo la oportunidad de ser presentado a la emperatriz. Ese día hubo un gran almuerzo y al entrar al salón, la zarina tuvo la deferencia de hacerle un saludo especial, a este hombre sin más fortuna que su propio talento y su porte de gran caballero galante. Después, ya en el almuerzo y sentados a la mesa, Catalina le enviaría por dos veces un plato de viandas servido por ella misma al caraqueño. Nadie podía recibir un homenaje mayor en esa corte afrancesada y versallesca, de una mujer que era la encarnación del poder y la ilustración. Al terminar la recepción, por petición de la misma zarina, Miranda permaneció y se le unió en un salón contiguo. Ella estaba acompañada de Potemkin y algunos otros grandes señores de su entorno, y naturalmente, el favorito de ese momento que era un general –lo había ascendido a general siendo muy joven- llamado Alejandro Mamonov.

Cuando Catalina tenía en ese momento cincuenta y siete años y viviría otros diez –tuvo amantes hasta poco antes de la muerte-, Miranda tenía treinta y siete, Potemkin 48 y el amante Mamonov solo pasaba de los treinta. La charla, que solo conducía la emperatriz, es decir solo se hablaba de lo que ella propusiera, fue extensa, salpicada de champagne y giró sobre la situación actual del mundo. Un comentario largo, en el que intervino Miranda, mereció la Inquisición española e italiana. Catalina estaba informada de los horrores que en España desplegaba en aquel momento esta abominable institución, bajo el ministerio oprobioso del conde de Florida-blanca. Naturalmente se habló de las extensas colonias americanas y de los proyectos de aquel coronel americano que buscaba ardientemente su independencia. Catalina expresó sus simpatías por ese proyecto; pero más que por el proyecto, por el apuesto hombre que lo exponía lleno de encanto varonil y de inteligencia.

[90] Rumazo, obra citada antes.

Catalina II había sido una princesa llamada Sofía, nacida en tierras polacas arrebatadas por Prusia. La emperatriz Isabel la escogió como esposa del zarevich Pedro, que no era su hijo pero sí el heredero al trono. Hombre mediocre, apocado, sin luces, que no pudo durante mucho tiempo consumar el matrimonio por un problema doloroso en el prepucio que solo al cabo de meditarlo mucho se hizo operar. En realidad se trataba de una simple circuncisión.

La verdad es que nunca tuvo empatías con Catalina, ser de inteligencia mayor, que debió refugiarse en la lectura y en unos cuantos amantes que fueron surgiendo paulatinamente, mientras ella vencía su pudor de extranjera. Así pasaron varios años que Catalina aguantó con fuerzas superiores.

Pedro tenía una amante coja y tan mediocre como él. Cuando murió Isabel y fue coronado como Zar de todas las Rusias con el nombre de Pedro III, la vida de Catalina se hizo insoportable. Pero no se descuidó. Cuando Pedro planeaba asesinarla, o solo repudiarla para encerrarla en un convento, ella trabajó bien sin que importara el sueño o la fatiga; y una madrugada le dio un golpe de estado casi silencioso. Pedro dormía con su amante, cuando llegaron los guardias afectos a Catalina, quien la noche anterior se ha hecho proclamar como Catalina II, Zarina de todas las Rusias, y bajo toda la presión de las armas, su consorte, a cambio de que le dejen estar con su amante, firma una abdicación. Diríase que eran un bello amor.

Fue pues a él al que encerraron. Pero no por mucho tiempo por cierto. Al cabo de unos meses fue estrangulado en la prisión. El boletín oficial decía para toda Europa que el antiguo zar Pedro III había muerto de un agudo ataque de hemorroides.

D´Alambert, que estaba invitado por Catalina por esos días para que fuera como profesor del zarevich Pablo, le escribió una carta a Voltaire, como viejo amigo que era, y al expresarle la excusa para no concurrir a San Petesburgo, con la ironía que le era propia, le decía "*Soy muy propenso a las hemorroides, y esta enfermedad es demasiado grave en Rusia. Quiero enfermarme de mis partes posteriores sin correr riesgos."*

Catalina fue una mujer de armas tomar, trabajaba sin desmayo todo el día, pero sabía recompensarse a sí misma con grandes fiestas y la conquista de amantes sucesivos a los que trataba con munificencia. No era ni cercanamente bella. Tenía el rostro picado de viruelas. Pero la adornaba un encanto muy especial y se movía con majestad y coquetería. A estas virtudes agregaba su picante humor lleno de talento y una capacidad de amar inagotable.

El día que conoció a Miranda, éste llenó todos los requisitos que Catalina miraba en un hombre y los sobrepasaba. De modo que a pesar de estar presente su nuevo favorito, Catalina hizo objeto de muchas deferencias al caraqueño. Luego fue invitado a todas las recepciones que se cumplían casi todos los días, e incluso lo invitó a bailar. En la danza le hizo tocar la seda de su vestido, añadiendo con orgullo que era una seda hecha en Moscú, y luego pasó su mano y su brazo por el torso de aquel galán perdido en la inmensidad de esas tierras exóticas y legendarias.

Naturalmente que, conociendo a Catalina y a Miranda, es fácil pensar que hubo entre ellos una relación de alcoba. Lo demuestran los regalos que le hizo a Miranda y el tratamiento que recibió de todo el aparato del estado. Esa, por supuesto, no era una simple admiración por un proyecto lejano de independencia de unas colonias que buscaban libertad. Nada de eso podía halagar a una autócrata, por ilustrada que fuera, cuyo poder lo montaba sobre una maquinaria de terror y despotismo. Había algo mucho más profundo de ligazón entre ambos, no obstante que se carece, como es natural, de pruebas eficaces. Miranda no lo comentaría de ninguna manera, tampoco los cortesanos, temerosos de Catalina. Empero, hay una carta cruzada entre dos amigos muy íntimos de Miranda que lo aseguran. Sobre ese tema el historiador inglés [91] William Spence Robertson hace este comentario:

> En la carta dirigida a Ogden –amigo de Miranda- el 29 de junio de 1789, Stephen Sayre –amigo aun más íntimo de Miranda y de Ogden-, que a la sazón se encontraba en Londres, decía que Miranda había viajado con mucho provecho. Nada –agregaba- ha escapado a su penetración. Luego, "después de mencionar en términos escandalosos, la intimidad del criollo con la Zarina", el norteamericano expresaba que Miranda poseía cartas tales, para todos los embajadores de la Emperatriz como jamás las recibió hombre alguno de una testa coronada.

Después de una noche ardorosa, no es de extrañar que Catalina haya regalado al coronel dos caballos de hermosa estampa. Lo llama además conde, título que ella, con la mayor facilidad, le habría podido otorgar. Todo es atractivo para él en esa primavera suave y meridional. Pero Miranda debe partir, a pesar de las voces para que no se fuera de Catalina por interpuesta persona y seguramente de ella misma. Inútil porque el coronel advierte el compromiso con su pueblo que es su misión sagrada con la historia, y su deseo antes de abandonar Rusia, de conocer el vasto territorio de ese imperio

[91] Lo cuenta Rumazo, ob. cit.

bicontinental, por lo menos en la parte europea, tan contradictorio y sumido en la opresión. Y en el frío.

Antes de irse, Catalina le obsequia desde ese momento, por si no lo volvía a ver, unas libranzas para varios bancos europeos, por 2.000 ducados, 2.000 libras esterlinas, y otros 500 ducados en efectivo para los gastos de viaje fuera de Rusia. Adicionalmente, Catalina autoriza a Miranda a lucir el uniforme ruso de coronel en los actos oficiales. Un tiempo después, en una nota de agradecimiento al príncipe Potenkim, le habrá de decir Miranda: "*Entre las gracias que me ha colmado S. M. me ha concedido el honor de que vista el uniforme de Coronel de Rusia, el que usaré con mucho gusto cuando me sea necesario."*

Dentro del imperio, también están cubiertos en gran parte sus gastos. Miranda disfruta su viaje por esas gélidas tierras. Se dirige a Moscú, la ciudad misteriosa y casi mística, de horrorosos crímenes ahogados bajo los muros espesos del Kremlin. Él espera volver a ver a Catalina en la capital San Petesburgo, que ahora se llama solo Petesburgo, y así lo promete a la zarina. Y se va por la estepa, rumbo a la antigua capital. Va bien montado y atento a todo suceso. El camino es infinito. Pueblos y aldeas, algunas con grandes distancias entre sí. Hay una gran pobreza en la mayor parte de ellas.

Duerme en fondas de relevo de los caballos y allí toma, como los mujiks, una vodka cualquiera. Pero a veces se arma el jolgorio y danzan los hombres solos con aires de cosacos, otras lo hacen algunas lugareñas, que se mueven al son de la balalaika con sensuales ritmos que evocan los aires gitanos. Miranda come el plato regional que supone presas de caza, incluido el oso, verduras y sobre todo papas o patatas. Es por supuesto un viaje muy largo, pero el viajero lo disfruta apuntando todas las ocurrencias en su diario, escrito a la luz de miserables candiles. A veces lo asalta una terrible jaqueca contra la que no hay remedio pero finalmente pasa sola.

Su criado es el encargado de que su lecho esté calientito y de proveerle la compañía femenina, que Miranda disfruta con ansiedad de libertino, así sea con una mujik o una prostituta. Todo lo anota. Al acto de hacer el amor le da un lenguaje coloquial y lo llama *chapar*. Y cuenta cuántas veces *chapa* cada día. Se jacta de que en una oportunidad *chapó* hasta cuatro veces en una noche. Es por supuesto un amante compulsivo, capaz de enloquecer a cualquier mujer, más si se trata de una como Catalina, tan ardiente como él, y maestra en todas las sutilezas del arte de la conquista y del lecho. Quizás eso explica muchas cosas.

Catalina ciertamente lo llegó a amar en Crimea, amor que renovó intensamente en Petesburgo. Y se diría que en el recuerdo de tales horas, lo amo a la distancia un largo tiempo. Hasta cuando Miranda se hizo general de los ejércitos de la Revolución Francesa.

En prueba de tal amor Catalina misma le entregó una copia original del despacho circular que envió a los embajadores con órdenes terminantes de protección al suramericano. Dice así:

> Queriendo Su Majestad Imperial dar al señor de Miranda una prueba señalada de su estimación y del interés particular que le inspira –hay que subrayarlo-, ordena a V.E. que tan pronto como reciba la presente carta, acoja a este Oficial conforme al aprecio que ella misma hace de su persona, rodeándole de todos los cuidados y atenciones posibles, acordándole su asistencia y protección siempre que de ellas tuviese necesidad y las solicitase, y en fin, de ofrecerle, si llega el caso, como asilo, su misma embajada.
>
> La Emperatriz, al recomendaros a este coronel de una manera tan distinguida, ha querido demostrar cuánto aprecia el mérito donde allí se encuentra, y que para aspirar de preferencia a sus bondades y alta protección, no puede haber mejores títulos que los que posee el señor Conde de Miranda.
>
> *La voluntad de nuestra Soberana es que el contenido de esta carta quede en el secreto más impenetrable.*

Nada podía ser más diciente de ese amor que la orden transcrita. Pero hubo algo más: Cuando Catalina llega a Petersburgo, el embajador de España, don Pedro Macanaz, le habla al canciller solicitándole la extradición de Miranda y quejándose de que éste utilice el título de conde y el grado de coronel. El canciller, siguiendo instrucciones de la emperatriz, le comunica al embajador que el aprecio que ésta le tiene a Miranda es meramente personal y en alto grado. Y de paso le recuerda que no existe tratado de extradición con España.

Miranda conoce en Moscú todo lo que es digno de conocer, incluido el Kremlin y las diferentes catedrales, la basílica de San Basilio, la universidad en la que, bajo Pedro el Grande, se universalizó el conocimiento de las ciencias. Conoce al pueblo moscovita, sus reuniones de placer, sus bailes y danzas, sus comidas típicas y el licor que beben sedientos. Y, como es natural, a las mujeres jóvenes hermosas. Casi todas se entregan por dinero, incluso casi niñas, como ocurre por cierto en gran parte de las naciones donde sus pasos lo han llevado en este extenso viaje. Por supuesto Miranda paga con cierta economía por esos amores fugaces que se escapan en las gélidas sombras de la noche. Pasa allí cerca de un mes.

Luego, entre las largas jornadas de un camino interminable de 730 bersas, llega a Petesburgo el 14 de junio, en el comienzo de un verano suave y prometedor. Allí estará tres meses y se aloja cómodamente en casa del general Levachow, al que había conocido en Kiev. Éste le había entregado una carta de presentación para su hermano, el coronel del mismo apellido, en que le ordenaba que lo hospedara con las mayores consideraciones en su casa o apartamento.

La zarina se encuentra en Chersone, pero habrá de llegar unos días después, como efectivamente ocurre. Él va ansioso hasta la iglesia de Tzarcoie Selo, palacio de verano en el que viven los zares, y espera en el atrio la salida de los feligreses, uno de los cuales es la zarina, que como siempre está acompañada de las damas de la corte y del séquito de edecanes y *gard de corps*. Al verlo ella se alegra, y a pesar del rígido protocolo y de la comitiva, lo saluda con cariño y le cuenta al oído el peligro en que se encuentra con los españoles. Luego lo hace entrar a palacio y esa visita dura veinte días[92]. Se aloja en las alcobas destinadas a la corte, como ocurre en todos los palacios reales. Los cortesanos viven en palacio y acompañan siempre al soberano. Para algo se es un autócrata al que nadie puede censurar ni contradecir.

Como ya se apuntó al comienzo de este libro, se cuenta que entre los arrebatos románticos de Miranda, en alguna oportunidad le dice a la soberana, soñando con su patria, que la bandera que llevará a América será un recuerdo inolvidable de ella, porque tendrá una faja amarilla como el rubio cabello de la emperatriz, otra faja azul como la azul mirada de Catalina y otra roja como sus encendidos labios. Y así lo cumplió.

Cuando abandona el palacio, regresa a Petesburgo donde ha estado alojado. Queda fascinado ante la visión de L´Ermitage, anexo al Palacio de Invierno. Catalina resuelve ir y dar una recepción en el Palacio de Invierno a la que por supuesto es invitado Miranda, con los grandes personajes de la corte y el cuerpo diplomático; y entre ellos Miranda descuella por sus conocimientos y su charla erudita en francés, que es el idioma casi que oficial de la corte.

Luego hay una comida en un regimiento en honor de los altos oficiales a la que Catalina asiste vestida con uniforme militar, y Miranda es invitado con todos los honores de conde y coronel. Pero al lado de estas distinciones gratas, Miranda recorre todo lo que es de interés y naturalmente advierte lo que hay debajo de la fastuosidad de la monarquía y la nobleza. Le toca

[92] Así lo cuenta Rumazo

presenciar una sesión de justicia en que se aplica el *knut*, que es un látigo grueso, flexible y pesado, tradicional en Rusia que se administra para faltas menores. Para las mayores está la deportación a Siberia y la pena de muerte.

En el diario describe el castigo. Al infeliz le quitan la camisa y los pantalones y lo amarran de pies y manos. Desde unos dos metros le lanzan el primer latigazo que cae sobre los hombros y recorre por su extensión hasta las nalgas, levantando la piel que queda tumefacta y sangrante. Luego continúa con cierta lentitud el segundo y el tercero, cuando el desgraciado no resiste más. Pero el castigo se cumple hasta completar diez o más latigazos que lo dejan casi sin vida. Los zares consideraban que era un castigo muy efectivo.

La situación social en Rusia era vergonzosa. Existía la esclavitud a través de la figura de la servidumbre. Los siervos eran esclavos arraigados a la tierra y a los amos. El 94 % de la población campesina eran siervos. Este porcentaje se subdividía así: 14 millones de siervos eran propiedad del Estado y 19 millones de propiedad de los nobles. No hacía mucho tiempo, en 1773, se había producido un levantamiento de éstos, como el de Espartaco en la vieja Roma imperial, que al igual que éste, había sido ahogado en sangre.

Estando en Petesburgo estalla nuevamente la guerra, por lo demás anunciada como una continuación, con los turcos. Miranda presencia la marcha de soldados hacia el frente al mando de Potemkin y el general Rumantzoff.

VIII

REGRESO DE RUSIA. SUECIA Y DINAMARCA. HOLANDA, BÉLGICA, SUIZA. REGRESO A ITALIA BUSCANDO LA CIUDAD DE COLÓN. FRANCIA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN. REGRESO A LONDRES Y PRESENTACIÓN DEL "PLAN MIRANDA" DE INDEPENDENCIA DE AMÉRICA AL MINISTRO PITT

Es septiembre de 1787. En el puerto de Petesburgo Miranda despacha parte de su voluminoso equipaje, compuesto casi todo de libros, hacia Londres, donde lo recibirá su amigo James Penman, que le ha guardado otra parte de su biblioteca, enseres y documentos.

Luego se embarca con destino a Estocolmo. Los españoles le han tendido una urdimbre de seguidores y policías al acecho, al tiempo que intrigan ante las cortes sueca y danesa contra él, al que pintan como un gran bandido e impostor. Como ha estallado la guerra entre Turquía y Rusia y el monarca de Suecia, Gustavo III es amigo de Turquía, es natural que se recele por éste ante los chismes e intrigas y esté listo a poner mano al coronel. Miranda llega de incógnito a la capital, pero todos saben quien es y dónde está. El rey Gustavo escribe a su embajador en Petesburgo, barón Nolken y hablando del venezolano, le dice:

"*Usted sabrá que está aquí cierto conde de Miranda, a quien ha visto usted en Petesburgo, que se mantiene oculto en la casa del ministro de Rusia y que tiene todas las apariencias de un espía. Se oculta sobre todo del ministro de España."*

Efectivamente Miranda, que tiene también sus informaciones, hace uso de la prerrogativa que le dio Catalina y pide esa protección al embajador ruso Rasomusky, quien se la da total. Ante la hostilidad, Miranda espera salir clandestinamente, en esos tiempos agitados de guerra, hacia Dinamarca. Pero es el propio rey Gustavo quien continúa con la vigilancia y prevención. Así, le dirige una significativa carta a su embajador en Copenhague:

> No se ha presentado el Conde de Miranda en mi Corte, pero piensa hacerse presentar en la de Dinamarca. Todo hace creer que se trata de un espía. Ha

> gozado de gran favor cerca del Principe Potemkin, y personalidades suecas que han estado este verano en Petersburgo, lo han visto en la Corte de la Emperatriz y han cenado con él. Yo lo creo un jesuita. De todos modos es necesario que usted haga seguir sus pasos y me comunique su conducta. No creo deba usted desenmascararlo; deje usted que lo haga el Encargado de Negocios de España.

En esa encrucijada, el ministro de España de apellido Del Corral visita al rey siguiendo instrucciones directas de Florida-blanca y le informa, a su manera, de los grandes crímenes que Miranda ha cometido, al tiempo que le suplica que mande a arrestarlo y lo entregue a España. El rey Gustavo, con la obsesión de que se trata de un espía de Catalina, promete que lo apresará. Pero su tiempo se diluye en las cosas de la guerra y no lo hace.

Es entonces cuando Miranda acude a un recurso supremo: va a la Logia y es reconocido por sus hermanos. Allí, en el templo, les cuenta de sus vicisitudes y de la injusticia que anima al gobierno español y a la Inquisición en contra suya. Los masones oyen y abrazan en una cadena fraternal al perseguido, libre pensador al servicio de la libertad. El hermano del rey, príncipe Carlos, era el Gran Maestro de la Masonería, y por supuesto también lo era el rey. Esto, naturalmente, bastó para que el mismo rey, que era hombre muy culto, recibiera en audiencia especial al coronel Miranda, le diera un tratamiento de gran deferencia y lo hiciera objeto de atenciones y garantías para visitar lo que quisiera de su país, que por lo demás había encantado al viajero por muchos aspectos, entre éstos la belleza de sus mujeres.

Miranda, por supuesto, obtuvo entre ellas resonantes conquistas, mientras el ministro español, por el momento, tascaba el freno .

En Estocolmo se admira ante el monumento que se levanta al gran filósofo francés René Descartes, quien falleció en su larga visita a esa ciudad en 1650. Y se sorprende, como lo anota en su diario sin mucho comentario, de que a los pastores cristianos les era prohibido dar la comunión y el vino a los que no supieran leer y escribir.

Cuando se va de Suecia, después de haber tenido otra larga conversación con el rey Gustavo, va a despedirse del embajador ruso Rasomusky. Éste le entrega un pasaporte y una importante cantidad de dinero que le ha enviado su amiga la soberana autócrata desde Petesburgo, pendiente de él.

En Copenague el ministro ruso lo aloja en su casa y le presenta a los personajes más importantes. Entre ellos conoce al príncipe gobernante. Y ocurre que como Miranda tenía por una de sus prácticas visitar las cárceles,

asiste a la Torre Azul, que es una de las prisiones de hombres y mujeres de Dinamarca. Encuentra, como es común, el abandono estatal y el despotismo más acentuado. Él aboga, como habría de hacerlo por esos mismos tiempos el famoso marqués italiano Cesare de Beccaria, por la humanización de las penas y un tratamiento que permita la rehabilitación del delincuente, mitigando la crueldad y el abandono del estado con la creación de lo que después se llamó el derecho penitenciario. Y comunica sus opiniones al príncipe, que ignora esos cuadros de dolor, y le insinúa que los corrija. El príncipe accede y hasta le salva la vida a una joven y bella mujer condenada a muerte por infanticidio.

Conoce también al gran Chambelán Andrés de Suhm, quien además es magistrado de la Corte Suprema y un hombre versado en todos los aspectos de la cultura. Con él dialoga sobre el tema del descubrimiento de América y más concretamente sobre los viajes de Colón. Cuando menciona esta interesante conversación con Suhm en su diario, anota:

> Sobre las expediciones marítimas de los vikingos se declaró –Suhm- convencido de que esos navegantes habían alcanzado el continente americano. Se apoyaba en el hecho de que Colón conoció a Islandia cuando estaba al servicio de Portugal, y que es verosímil pensar que había obtenido allí ciertas informaciones que luego utilizó cuando partió a descubrir el Nuevo Mundo.

Pasa de nuevo a Prusia y a Alemania, próximas a unirse en un solo imperio después de la muerte de Federico. Vive la experiencia de Hamburgo con sus mujeres y una historia de combates y heroísmo, pasa a Holanda donde ya había estado, y preventivamente asume una identidad distinta, en precaución de las constantes amenazas de España. En adelante se llamará por esos lugares el señor de Meroff, "gentil hombre livonio"[93]. Visita museos, casas y castillos antiguos, se empapa de arte y literatura. Conoce a pintores y poetas. En la ciudad de Delf, en el antiguo Flandes que tanto persiguieron los españoles en la época de Carlos V y su hijo Felipe II, va al castillo donde vivía Guillermo I de Orange, a quien llamaban El Taciturno, y allí mismo ve el sitio donde el último rey español nombrado lo manda a asesinar. Escribe en el diario: "*Todavía se ven en la muralla, que es de ladrillo, al comienzo de la escalera, los dos profundos agujeros que hicieron las balas con que el bribón asesinó a Guillermo I (1584)"*

[93] Gentilicio de Livonia, en Estonia y Letonia.

Pasa con el afán insaciable de conocer y asimilar, por Brujas, Bruselas, Aquisgrán y Estrasburgo, en donde le atrae poderosamente la atención el hecho de que por orden de un viejo decreto del municipio y desde muchos años atrás, se toque un cuerno de bronce dos veces al día en recuerdo y repudio a la "*ignominia"* que cometieron los judíos en la Edad Media envenenando el agua de la ciudad, razón por la cual y en venganza, se ajusticiaron de todas las maneras a dieciséis mil de ellos. Después se supo que ese envenenamiento del agua que causó algunas muertes, era producto de la peste negra.

Llega a Suiza y conoce Basilea, pasa a Constanza, donde se efectuó un Concilio católico, el mismo que en 1415 condenó a la pira por hereje al héroe de Bohemia Jan Hus, habiendo sido quemado allí. En Troguen el Landaman de la ciudad, que es el gobernante, lo invita a un almuerzo, y como éste no sabe hablar ni inglés ni francés ni italiano, Miranda le habla en latín y así se entienden.

Se extiende nuevamente hasta Italia para visitar Milán y allí va a conocer el cuadro maravilloso de la *Última cena* de Leonardo en el convento de La Grazia. Esta hermosa pintura se encuentra en el comedor con mucho descuido. Unos años después los franceses convertirán ese refectorio en una caballeriza y hasta recortarán parte del muro para que los caballos pudieran pasar con mayor facilidad. Por supuesto Miranda se extasía en la contemplación del fresco en el que admira la dimensión de profundidad y la definición del color.

Mucho tiempo adelante la mente de un escritor tremendista habrá de ver en esa pintura un mensaje subliminal y absurdo de Leonardo en el terreno de un esoterismo extremo, que le permite recrear una novela incomprensiblemente especulativa, pero de fondo vacía, como el Código Da Vinci.

Estando en Turín se entera de la muerte de Carlos III en el 1.788. No se alegra. Miranda es un hombre cerebral y frío, pero siente que este rey ha sido el acicate de sus desgracias e injusticias, y no puede reprimir una cierta satisfacción. Lamentablemente el sucesor, su hijo, con el nombre de Carlos IV, habrá de ser peor en momentos en los cuales la levadura de la revolución que habrá de vivirse en Francia ha levantado un movimiento que se llama así mismo liberal en España. España vivirá bajo el reinado de este nuevo monarca una época turbulenta de represiones, con algunos altibajos bajo el ministerio del Duque de Aranda. Volverá Florida-blanca y finalmente asumirá el gobierno el fatídico Manuel Godoy, quien se hacía llamar el Príncipe de la Paz, todo bajo el imperio de la concupiscencia de la horrenda reina María Luisa de Parma, de la que era favorito.

Va a Ginebra, donde al lado del lago Leman recuerda y busca la huella de Calvino, cuya doctrina determinista ha estudiado. Y hay algo sorprendente en un hombre que en ese momento viaja con nombre cambiado como el señor Meroff, y es que encuentra allí una especie de club de amigos y admiradores suyos que han leído el retrato del viajero venezolano hecho por la pluma por Juan Gaspar Lavater en Zurich; y llenos de admiración, lo invitan a un almuerzo para conocerlo y dialogar con él, a pesar del nombre cambiado.

Luego pasa a la ciudad de Ferney donde vivió casi hasta su muerte Francois Marie Arouet, más conocido como Voltaire, el brillante escritor que tanto admira y cuya intensa obra ha leído y releído y ha visto escenificada en los grandes teatros. Allí está su biblioteca de más de seis mil volúmenes y una pinacoteca que contiene los retratos de los grandes enciclopedistas, pero igualmente el de Federico el Grande y de Catalina II. Curiosamente el mayor anticlerical de la época, también tiene el de un papa, Benedicto XIV.

Y por supuesto en Ginebra sigue igualmente las huellas de Jean Jacques Rousseau, perseguido y refugiado en una isla sobre el lago, viviendo en la pobreza mayor con su amante y secretaria, en un cuarto insignificante, mientras escribe para mostrar las traiciones de sus propios amigos sus *Confesiones*, y todo esto lo lleva al diario con una serena y casi fría emoción.

Para ese momento Miranda no ha desarrollado una sola acción en su vida que merezca gloria, tampoco ha escrito un libro ni ha descubierto nada. Es un viajero metódico, perseguido por un país importante y todavía muy poderoso en Europa como es España; pero su nombre verdadero y algunos de los nombres utilizados por él, son conocidos en el mundo diplomático en el que se le mira ambiguamente como un personaje extraño y contradictorio, mitad genio y mitad bandido. Empero, quizás por eso y porque en todas partes se ha proclamado como un luchador de la libertad y la justicia, es ya un hombre al que los pueblos y los intelectuales comienzan a admirar como un gran pensador cuyo talento y cultura, a más de su bizarra presencia, son las únicas fortalezas que lo alimentan en un viaje que todavía no termina, y cuyo único destino es su propia preparación para la obra decidida de levantar a América del Sur hacia la conquista de su propio destino.

Lleva las cuentas de sus gastos con severidad de contador público, y en Ginebra escribe en su perenne compañero de viaje, su diario que al final habrá de extenderse hasta 24 gruesos tomos, que hasta ese momento ha gastado 1.225 libras, que entonces es una muy buena suma de dinero; pero ha

recibido un mayor aporte de las manos generosas de su amiga Catalina II, a la que ya Europa y Rusia llaman la Grande.

Miranda se desplaza por los malos caminos con una facilidad de pájaro. De ahí que de Ginebra salta al norte de Italia nuevamente, como a cumplir una promesa con la vida . Rumazo escribe[94]:

> El nuevo año, 1789, durante el cual va a finalizar la gira mirandina, empieza en la ciudad de Génova. Se dirige inmediatamente a la aldea de Cogoletto, de la que dice:
>
> "Es la patria del inmortal Cristóbal Colón. Pero aquí nadie sabe quien es Colón y ni siquiera que nació aquí." El cura le manifiesta que los libros de bautizo se establecieron en el año del Concilio de Trento (1563). Al fin, el capitán Francisco Agnese, poseedor de una pequeña biblioteca, le asegura que no queda nada, fuera de la tradición y de la existencia de una casa que se dice fue la suya. Miranda admiró a un hombre, por sobre todos: a Cristóbal Colón; a él, venezolano –Venezuela significa pequeña Venecia- se le ocurrirá darle el nombre de Colombia a todo el continente americano, y hasta sus cuadernos de diario y de apuntes y archivo llevarán el nombre de Colombeia. Miranda, para la historia, es un nuevo Colón, descubridor de América para la libertad. Su paso por Cogoletto debió de producirle grandes germinaciones espirituales. ¡Admirar es, siempre, comprender a fondo!

Y agotado el viaje en otras latitudes, con mucho recelo entra a Francia con el mismo seudónimo de Meroff o Menroff, cuando ya ha llegado el año 1789.

Grandes acontecimientos habrán de tener lugar en ese país ardiendo en las convulsiones de un gran descontento social, cosa que ocurrirá precisamente en ese año, sin la participación de Miranda. Pero en ese momento el país se encuentra agitado, y Miranda sabe que algo está sucediendo en el aliento popular.

Mas todavía gobierna en Francia el borbón Luis XVI, primo hermano de don Carlos IV de España, y está vigente entre ellos el Pacto de Familia de que atrás se habló. El Lyon, ciudad por la que entra, existe contra él en la municipalidad una orden de arresto desde hace un año, que igualmente debe existir en todas las ciudades fronterizas y en las que no lo son, porque naturalmente tiene el mismo origen.

Toma todas las precauciones y entra en ese país donde visita ciudades de tradición en las que, como en las anteriores, toma nota de todo, pregunta,

[94] Autor cit. obra cit.

compra libros y lee infatigablemente. Y recorre el territorio con la misma avidez de siempre. Se desliza a Marsella, el gran puerto. Sabe que allí reside el famoso abate Guillermo Tomás Raynal y lo busca en su casa. Ha leído con atención su obra *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio con los europeos y las dos Indias*, libro de título larguísimo, pero objetivo en los tratamientos comparativos de las colonias y en el despotismo real, al tiempo que condena a la Iglesia por haber permitido los inenarrables abusos con los pueblos. Precisamente por su contenido inconforme y rebelde, la obra fue quemada públicamente en París.

Raynal le escucha con gran respeto acerca de sus sueños libertarios y aprecia el temperamento y la inteligencia de este hombre ya maduro, con treinta y nueve años de edad, conocedor de toda la cultura acuñada por el hombre; y le invita a que se quede con él algunos meses. Miranda por supuesto declina tan señalado honor. En este momento tiene prisa. Permanecerá en Francia unos dos meses más y partirá para Londres en busca de una ayuda, con un plan bien trazado y definido para entrar en acción.

Prácticamente siente terminado el viaje de estudios y preparación. Ahora llegará la práctica y él sabe cuánto peligro conlleva.

Venciendo pues acechanzas y sabiendo que el círculo de la persecución se estrecha, se va a París. Nada significaría su largo periplo si no se incluyera a París en el año en que se reúnen los Estados Generales y va a tener comienzo la Revolución que el mundo entero espera. El pueblo francés ya no soporta más el despotismo. Además la obra de la Ilustración ha ido calando muy profundo. Hay una generación muy bien preparada filosófica y políticamente, que con fogosidad emprende una lucha decidida por la libertad, así haya terminado enredándose en ella y sacrificándose a sí misma en un furor de sangre, intransigencia y fanatismo, que era precisamente contra lo que iban a luchar.

En París, donde llega como un simple observador -por lo pronto porque poco tiempo adelante cambiarán los papeles-, lo primero que hace es buscar la protección de la embajada rusa, que se la dan de inmediato. Para estar más seguros lo hacen hospedar en un hotel al lado de la sede diplomática; y de allí se desplazará a Versalles y conocerá los centros principales de la cultura. Va al teatro, y fascinado oye los comentarios generales en los cafés y en los corrillos de la calle. Todo es un hervidero. Todo marca la agitación de las grandes vísperas.

Pero solo permanece veinte días, al cabo de los cuales toma ruta hacia el canal de la Mancha. Llega a Londres el 18 de junio de 1789, veintiséis días antes de que se produzca el estallido popular que da comienzo a la Revolución Francesa con la Toma de la Bastilla el 14 de julio.

El regreso a Londres es bien dispendioso. Miranda, que solo había estado unos pocos meses en esa ciudad luego de su permanencia en los Estados Unidos, estuvo cuatro años ausente en su largo viaje por Europa. O sea que en esos cuatro años las cosas han cambiado, mucha gente se ha muerto, otros han desaparecido de la escena y hay diferentes realidades políticas. Pero el embajador Del Campo, con toda su capacidad de perfidia, allí permanece y detrás de él, aun con el nuevo rey, está el nefando Florida-blanca, pendientes ambos de su presencia de nuevo en Londres, y planeando una torva celada para prenderlo.

Miranda, por supuesto, al llegar a esa capital ha hecho contacto con el embajador ruso Vorontzov, quien ya tenía las instrucciones pertinentes de su canciller en relación con el caraqueño. Así, pues, continúa bajo la protección de Catalina.

Entre los muchos amigos que su magnetismo personal conquista, tiene uno español llamado José de Lugo, que hace parte de los altos círculos. Un día, recién llegado Miranda, le cuenta que en una cena en casa de la condesa Castel-Fuerte, sabiendo que aquel está de regreso a Londres, el secretario de la embajada –en esa época se denominaba Delegación- española, Francisco de Mollinedo dijo: "*Que buenos servidores tiene el rey que Miranda se ha andado por donde ha querido , sin que nadie le haya dicho una palabra."* El cónsul en París Ocanaz respondió: "*Seguramente no habrá pasado por París."*

Y así, cuando Miranda se sienta a escribir al ministro William Pitt, el Joven, –tenía a la sazón 31 años- su plan de independencia de Suramérica, el Ministro español maquina con el embajador Del Campo un plan cargado de sórdida perversión, que cuenta y descubre el embajador ruso Vorontzov a su canciller Bezborodko así:

> El embajador de España comisionó a uno de sus religiosos para ir a ver a un español que estaba preso por deudas hacía un año, para prometerle su rescate si prometía jurar que Miranda le debía dinero. Lo que el otro hizo en seguida. Y apareció entonces un abogado, que después de presentar a un juez el reclamo del español, obtuvo la orden de arrestar al señor de Miranda. Cuando dicho funcionario se presentó con su mandato en el domicilio de

nuestro viajero americano, éste declaró, ante los dueños de la casa, que pertenecía al personal de la embajada de Rusia y no pudieron arrestarlo. Pero, temiendo que eso pudiera pasarle nuevamente, en la calle o de noche, me ha pedido lo inscriba en el registro que los ministros extranjeros presentan al Secretario de Estado.

Me ha sido imposible no hacerlo, tomando en consideración la orden de S. M. que S. E. ha tenido a bien transmitirme, estimándose no solo proteger por todos los medios al señor de Miranda, sino también ofrecerle mi casa como asilo, si fuera necesario. He enviado, por lo tanto, al duque de Lids el mencionado registro, habiéndose inscrito en él el nombre del señor Miranda.

Ante estos gestos de enorme aprecio de la emperatriz rusa, Miranda le envía esta carta de gratitud:

Me atrevo a empuñar la pluma para ofrendar a vuestro pies el testimonio de mi profunda gratitud y mi devoción inviolable a la persona augusta de S. M. I.

La corte de España estaba tan resueltamente opuesta, desde la información que dio Normandez de Petesburgo, que me habría sido imposible dar un paso sin hacer uso de la protección que V. M. quiso bien acordarme. Una pequeña parte de ella fue suficiente para conducirme con completa seguridad y sin la menor oposición o desagrado, por todas partes.

El embajador español Del Campo me ha recibido con cortesía y amistad, mientras sé positivamente que sus instrucciones secretas no son nada favorables a mi persona, y que ha hecho ya a escondidas unas gestiones para hacerme daño.

He pedido al señor conde de Vorontsov inscribirme en el séquito de la embajada de V. M. I. aquí, lo que me parece suficiente (con algunas precauciones judiciales) para prevenir los inicuos procedimientos que son capaces de intentar.

Habiendo logrado así, por las bondades de V. M. Imperial, el descanso y la tranquilidad que necesitaba para redactar mis observaciones dispersas y sacar de ellas alguna utilidad en el porvenir, de eso me he ocupado sin cesar, y espero continuar bajo los magnánimos auspicios de V.M. que es el único apoyo que, según creo, me queda actualmente, después de la persecución pérfida desencadenada contra mí en Madrid, y que sordamente me priva de todos mis recursos patrimoniales y aun de la correspondencia con mis padres y familia en América.

> Felices quienes, bajo el gobierno de un soberano ilustrado, sabio y filósofo, pueden, amparados contra el fanatismo y la Inquisición, deslizar dulcemente sus días en el culto de las Letras y el ejercicio de la virtud. Ojalá prolongue el Ser Supremo eternamente la inestimable vida de V. M. Imperial, para felicidad de sus súbditos y consuelo entero del género humano."

Por esos días Miranda agota un último recurso con España. Su situación económica lo lleva a escribir una nueva carta al rey insistiendo en su un poco cándida demanda de que se le devuelva lo que pagó por el grado de capitán y además para que se le hiciera justicia. Y aunque el monarca anterior, es decir su ministro Florida-blanca, tuvo claro que no debía tener consideración alguna con el americano, el nuevo monarca que también tenía de primer ministro al mismo Moñino, conde de Florida-blanca, le contesta en carta dirigida al embajador de modo terminante:

> El rey se halla enterado de cuanto V. E. ha escrito y representado en varias ocasiones, y recordando en 28 de febrero próximo pasado a favor de don Francisco de Miranda. Pero como ese caballero está comprendido en un proceso pendiente, en que conviene se defienda y purifique su conducta, no puede S. M. sin esta circunstancia tomar un partido para hacer uso de él y de su circunstancia; y así me manda el rey lo responda a V.E.

Ante esta respuesta Miranda, enardecido, le envía una respuesta a Carlos IV en la que, entre otras cosas, renuncia a su nacionalidad española:

> Veo claramente que en vez de darse una satisfacción completa a mis agravios y reparar los graves perjuicios que ha sufrido mi hacienda, se traman y se oyen nuevas implicaciones, hasta cuando estoy fuera del país. Se me ha puesto así en la dura precisión de sacrificar todo mi caudal e intereses, y lo que es más, la dulce compañía de mis padres y deudos a fin de escoger una patria que me trate al menos con justicia y me asegure la tranquilidad civil.

Hay allí, por supuesto, una lección de dignidad y decoro.

Y luego, mientras estalla en Francia el volcán, Miranda se hace amigo de ministros, intelectuales, escritores, pensadores y demás líderes, buscando afanosamente que comprendan el momento histórico y vean con simpatía la idea de ayudar a la libertad de esos pueblos sojuzgados de América del Sur. Uno de ellos es Thomas Pownall, hombre de alto vuelo, autor de una obra aguda muy en boga, que Miranda había leído, con el diciente título de

Disertación sobre el arco de Triunfo. Este hombre había sido gobernador de tres estados en la colonia norteamericana antes de la independencia, muy versado en la política exterior del Reino Unido y muy buen amigo del primer ministro William Pitt.

Por esos días Del Campo, que no ceja de estudiar a Miranda –en el fondo lo admiraba en su personalidad- hace una descripción sintética y exacta de lo que es Miranda, ese enemigo al que él hace el juego de una amistad fementida y perversa:

> Desde antes de ahora, tengo pintado el carácter de Miranda: imaginación exaltada; luces y conocimientos más que medianos; fervor y vehemencia en su exterior y, sobre todo, una actividad extraordinaria. Con tal conjunto de cualidades, si este joven llegara a verse exasperado y reducido a abrazar el partido de servicio extranjero, creo que preferiría siempre todo lo que sea acción, movimiento y singularidad, a seguir una vida quieta e indiferente.

Eso realmente es Miranda: un hombre de imaginación exaltada, de una gran creencia en sí mismo y una actividad extraordinaria con altas luces intelectuales.

En verdad que la amistad con Thomas Pownall resultó la más fructífera en su momento para Miranda. La experiencia de éste en punto al funcionamiento interno de la administración del Imperio Británico y, concordante con ese aspecto, la presentación del proyecto y el manejo que debía darse para hacerlo interesante al gobierno inglés, presentaba el punto central del trabajo. En el fondo no era proponer una venganza a los ingleses contra los españoles por haber ayudado éstos en la independencia de la mayor colonia inglesa en América, que eso podría olvidarse fácilmente en el juego de abalorios cambiante de la política exterior, sino que se trataba de proponer un negocio que fuera atrayente para una inversión a largo plazo de un gobierno utilitarista como el inglés.

Miranda tenía claro que a los ingleses había que atraerlos con negocios y esos negocios debían ser fructíferos. Pero fue Pownall quien le dijo cómo proponerlos. Por lo pronto, este importante y perspicaz consejero, con amistad muy cercana a Pitt, estaba convencido de que era necesario dar una ayuda militar en armas, medios de transporte, dinero para pago de tropas que allá mismo se reclutarían y logística. Incluso una vigilancia armada por los británicos desde Panamá y otros dineros para inversión general, a cambio de lo cual la deuda se pagaría conjuntamente con sus réditos durante un

buen tiempo y el Reino Unido gozaría de privilegios en el gran mercado que se abriría para ellos en los vastos territorios a libertar. Para un gobierno imperialista, pero antes que todo comerciante, no era mala la idea. No era el idealismo ni el amor a la libertad el que primara. No. Debía ser la propuesta atrayente del negocio.

Cuando todo estaba pulido, y después de que el propio Pownall había expuesto el proyecto en privado al Primer Ministro, logró que éste le diera una cita a Miranda. Y además, para descomplicarla del atafago del *10 de Downing street* [95] , lo recibiría en su casa de campo de Hollwood. Alto honor para quien llevaba ya ocho meses esperando esa señal, que en verdad nunca habría podido darse si no hubiera sido por ese amigo providencial llamado Thomas Pownall.

Tal como estaba acordado, Miranda se reunió con el jefe del gobierno William Pitt el Joven, forma en que se lo conocía para diferenciarlo de su padre, quien había sido igualmente Primer Ministro, William Pitt el Viejo, o Lord Catham, quien había dirigido la Guerra de los Siete Años en la que golpeó duramente a Francia y a España, como se narró antes. El encuentro tuvo lugar en su casa campestre el 4 de febrero de 1790.

Pitt, a pesar de su juventud, es el Primer Ministro desde hace siete años. Había comenzado en el cargo cuando apenas tenía veinticuatro, y ya antes había sido ministro de Finanzas, tema en el cual era experto. O sea que sin duda alguna era un hombre brillante. Pero irresoluto. El rey al que servía era Jorge III, a quien llamaban El Granjero, por su vocación campesina. A ambos les había correspondido librar la guerra de emancipación americana que perdieron y reconocer al nuevo país. Quizás esa circunstancia había puesto a Pitt en el terreno de la duda y era ya un hombre vacilante ante la audacia de la propuesta que iba a hacerle un hombre muy culto como Miranda, pero para él, sin duda alguna, un aventurero, por no decir según el gobierno español, un bandido. Lo oyó durante tres horas.

La amabilidad discurrió durante todo el encuentro y convinieron en que el americano le haría llegar formalmente una memoria de su proyecto y en que el Reino Unido asumiría una partida importante como parte del mismo para que Miranda viviera de ella. No hay duda que éste, con su brillantez, había logrado mantener el interés de tan importante personaje durante esas tres horas. Pero terminada la entrevista volverían a Pitt las sombras de la duda y la irresolución.

[95] Residencia de los primeros ministros ingleses

Porque había otra circunstancia adicional: el rey Jorge III estaba loco de atar y quien ejercía el poder pleno era el Primer Ministro, pero con un parlamento muy atento a todos los desarrollos que pasaban, engarzado además en la lucha de sucesión, bajo las intrigas del Príncipe de Gales Jorge –habría de ser Jorge IV al paso de los años- , que por el momento no triunfaron. Jorge III pudo recuperar la razón al cabo de un tiempo.

Por lo demás, otro hecho muy importante rodeaba el asunto y era la cuestión francesa, comprometida en una revolución que iba en contra de todas las monarquías europeas. Estas circunstancias, pues, rodeaban el asunto de muchas dificultades naturales que impidieron la toma de una decisión. No obstante, al cabo de algunas semanas Miranda presentó su memoria, el 5 de marzo de 1790, que se llamó *El Plan Miranda* , que recogía lo dicho y lo ampliaba.

Igualmente iba anexo un proyecto de Constitución continental que suponía la existencia tradicionalista americana de un Emperador Inca que tendría dominio desde la Patagonia argentina hasta el Mississippi, comprendiendo Brasil y todos los demás países que hoy componen el mosaico geopolítico latinoamericano, incluyendo México y Cuba. Habría un parlamento al estilo del inglés y otras instituciones que buscarían, dentro de la utopía propuesta, generar un equilibrio de poder. El Inca podría no ser aborigen sino un ser escogido por sus méritos. De otro lado los eclesiásticos no podrían inmiscuirse en los asuntos del Estado y la Inquisición no existiría. Este país se llamaría Colombeia.

Y otros tres meses pasaron para que Pitt le diera una nueva cita al caraqueño. El plan dice:

> PROPUESTA
> EN CONSECUENCIA DE LA CONFERENCIA TENIDA EN HOLLWOOD EL 14 DE FEBRERO DE 1790.
>
> La América española desea que la Inglaterra le ayude a sacudir la opresión infame en que la España la tiene constituida; negando a sus naturales de todas clases el que puedan obtener empleos militares, civiles o eclesiásticos de alguna consideración, confiriéndolos sólo a españoles europeos de baja esfera por lo general, que vienen allí únicamente para enriquecerse, ultrajar, y oprimir los infelices habitantes, con una rapacidad increíble, prohibiendo aun a la nobleza americana, el que pase a España ni a ningún otro país extranjero, sin licencia particular del Rey, que rarísima vez se concede; verificándose así el retenerlos aprisionados sin causa ni motivo alguno, y lo

que es más aún, oprimir también en entendimiento, con el infame tribunal de la Inquisición que prohíbe cuantos libros o publicación útil parezca, capaz de ilustrar el entendimiento humano, que así procuran degradar, haciéndole supersticioso, humilde y despreciable, por pura crasa ignorancia *.

Los pueblos de varias Provincias de la América en la desesperación, con el exceso de tributos, injusticias, y toda suerte de abusos, se han sublevado en diversos períodos; mas sin conseguir el alivio que buscaban, porque viniendo a someterse al fin, han aumentado más bien sus calamidades (a) Caracas se levantó por los años de 1750, Quito en 1764. México trataba su Independencia con la Inglaterra en 1773. El Perú estuvo sublevado en marzo de 1781 y en el mes de junio de este propio año 1781 el Reino de Santa Fe de Bogotá en rebelión, expulsó al Virrey y tropas europeas, quedándose el pueblo dueño del país, Vinieron a una capitulación después en que el rey se sometió a todo, ofreciéndoles cuanto deseaban; y luego que recobró el poder, rompió dicha estipulación, falto a su palabra, y les ha tratado con la mayor crueldad, propasándose aun a hacer aprisionar otros sujetos de primera distinción en aquellos países, por órdenes arbitrarias, o Lettres de Cachet, sin que estas personas hubiesen dado el menor motivo para ello.

En esta situación, pues, la América se cree con todo derecho a repelar una dominación igualmente opresiva que tiránica y formarse para sí un gobierno libre, sabio, y equitativo; con la forma que sea más adaptable al país, clima e índole de sus habitantes, etc. Tanto más que en ello no se usurpa, ni hace la menor injusticia a los Reyes de España, que todo el mundo sabe, cuan poco contribuyeron a los gastos del Descubrimiento del nuevo mundo, y en nada seguramente para las conquistas… por lo cual, sin embargo, se han hecho pagar sobradísimamente; si no es que se quiera alegar por derecho fundamental de los herederos y sucesores de D. Fernando el Católico, la donación curiosa del Papa español Alejandro VI, cuyo asunto más es tratado jocosamente en el día que en una discusión seria.

…..

A ninguna potencia le es esto más fácil que a la Inglaterra, y bajo los principios de justicia, reciprocidad perfecta hacia la España, y propios intereses. La América tiene un vastísimo comercio que ofrecer con preferencia a la Inglaterra; tiene tesoros con qué pagar puntualmente los servicios que le hagan, y aun para pagar una parte esencial de la deuda nacional de esta Nación; por cuyas razones juzgando de mutuo interés estos importantes asuntos espera la América que, uniéndose por un pacto solemne a la Inglaterra, estableciendo un gobierno libre, y semejante, y combinando un plan de comercio recíprocamente ventajoso, vengan estas dos naciones a formar el más respetable y preponderante cuerpo político del Mundo.

> Si se considera la analogía de carácter que hay entre estas dos naciones, y los efectos inmediatos que es necesario produzca la libertad y el buen gobierno, dando una instrucción general a la masa de la Nación, que expela progresivamente las preocupaciones religiosas en que están imbuidos aquellos pueblos, por otra parte honrados, hospitables y generosos *, no se debe dudar que formarán en breve una nación respetable, ilustre, y digna de ser el aliado íntimo de la potencia más sabia y más célebre de la tierra.
>
> El estado adjunto manifiesta la población, riquezas, y productos actuales de la América Española, como asi mismo sus consumos de Europa, etc., y un plano comparativo de la España presentemente; por donde se puede inferir la disparidad que hay a favor de la primera, y la imposibilidad en que está la segunda de hacer una oposición eficaz, siempre que la combinación antecedente se llevase a debido efecto.
>
> La practicabilidad de todas las operaciones militares (para lo cual se requieren sólo 13 ó 15.000 hombres de Infantería y 15 navíos de línea) será asunto para explicarlo después, si fuese necesario. Como asimismo la posibilidad de formar sin mayor dificultad un Canal de navegación en el Istmo de Panamá, que facilite el comercio de la China, y del Mar del Sur, con innumerables ventajas para la Inglaterra, América…
>
> En Londres a 5 de marzo de 1790. (b)
>
> D. FRANCISCO DE MIRANDA.

Muy importante es destacar que Miranda ya tenía en mente la elaboración por los británicos del canal de Panamá, obra redentora que solo pudo realizarse ciento veinte años después por los Estados Unidos.

Después de esto Miranda fue recibido varias veces por Pitt, quien mostraba un interés que no podía disimularse, no obstante los extraños designios de la política. Pesaba en su intuición la posibilidad de una nueva guerra con España, su aliada natural contra la revolución, en la posibilidad inminente de una confrontación con Francia. Obrar precipitadamente podría conducir a que estos dos poderosos países volvieran a unirse, venciendo diferencias como había ocurrido en el inmediato pasado, contra ellos. En realidad no era fácil decidir, a pesar del innegable interés de la propuesta.

Las cosas para Miranda no estaban resultando satisfactorias. Había pedido un auxilio que sería devuelto religiosamente, para poder atender a sus crecientes gastos personales. Vivir cerca al alto mundo de la corte en Londres significaba un alto costo que Miranda mantenía con los pocos ahorros que había hecho de la generosidad de la Emperatriz Catalina, con los préstamos de plazo contra el infinito que le hacía Turnbull, y uno que otro

giro eventual. El Primer Ministro Pitt solo había ordenado, con la mayor cicatería, que le entregaran quinientas libras. Fuera de ese gesto en cierta forma inamistoso, a Miranda comienzan a seguirle los pasos. Un chisme procedente de la embajada de España ha regado la especie de que es agente de Francia. Uno de los seguidores, de apellido Nougé, según dicen perteneciente a la Orden Masónica, le cuenta que a él lo han contratado por cuenta del gobierno inglés, más concretamente de la Tesorería, para seguirlo. Miranda monta en cólera y escribe, reprimido naturalmente, una nueva carta a Pitt. Ya es 28 enero de 1791. En uno de sus apartes dice:

> Mis únicas miras fueron ahora y siempre, promover la felicidad y la libertad de mi país la América del Sur, excesivamente oprimida y ofrecer grandes ventajas comerciales a Inglaterra, según lo expresé en las propuestas presentadas el 5 de marzo de 1790. Arreglos prudentes podrán llevar a la madurez, en un período futuro, dicho Plan generoso y benévolo, para la felicidad y prosperidad de la América del Sur; para la grandeza y opulencia de Inglaterra. Los jesuitas desterrados podrían prestar grandes servicios, tanto para dirigir los nuevos establecimientos y el intercambio comercial que habría de crearse entre los ingleses y los nativos en las costas cedidas en la América del Sur, como para establecer alguna comunicación con las grandes ciudades españolas del continente, por medio de sus propias relaciones y amigo.
>
> (…) Mi situación personal requiere, debo mencionarlo, que se me conceda una renta anual capaz, por hallarme privado de recibir recursos de Caracas. Cualquier suma de dinero que me sea concedida, en cualquier concepto, sea por servicios prestados o esperados de mí en adelante, la restituiré en el momento en que pueda entrar en posesión de mis propiedades en la América del Sur.

Pero pasarán dos meses más para que Pitt lo vuelva a recibir. La carta no es contestada. Y es entonces cuando le hace entregar las únicas quinientas libras de que antes hablamos, que calman breves afugias, pero no resuelven para nada el problema acuciante. Es entonces cuando Miranda, sin caer en un desespero que disimula con gran diplomacia pero en el cual se encuentra, todavía le envía una nueva misiva el 8 de septiembre de 1791 que podría tener los alcances de un nuevo llamado, o de un rompimiento: "*Espero* quiera *usted excusar esta molestia y estar convencido de mis calurosos* deseos *por la prosperidad de Inglaterra, cuya gloria espero todavía ver acrecentada con la ejecución de los Planes propuestos, y aun antes de que ese tiempo llegue, me jacto que tendrá oportunidad de probar mi sincero afecto a este país.*

Pitt, por supuesto, era un hombre muy poderoso. La vida le había sonreído desde la cuna y todo había sido en su entorno un canto a su propia grandeza, aunque un poco menguada por la suerte que corrió en la guerra de independencia de las colonias del Norte de América. Pero era casi un rey por la incapacidad de su monarca. Sereno, pero soberbio, sabía poner la nota aguda donde quería. Así, pues, le responde a Miranda con la única carta que se dignó dirigirle, con un gran desprecio:

> Recibí antier su carta del 8 del corriente septiembre de 1791, en respuesta a la cual debo informarle que no puedo abrigar la menor idea de recomendar a usted para una pensión del monto que indica. Sólo se pensó darle alguna anualidad fija en el caso de reconocerse, después de la debida consideración, que su permanencia aquí, o su empleo, podrían ser útiles para el servicio público. De otro modo, todo lo que tenía usted motivo de esperar era una suma razonable., proporcional a sus gastos necesarios y las molestias o pérdidas de tiempo ocasionadas por su estada aquí. Con ese motivo, y por orden mía, le fueron pagadas 500 libras. Ciertamente no recuerdo haberle dicho jamás que recibiría 1000 libras, ni tampoco entendí, por lo que me dijo Mr. Smith, que hubiese usted manifestado tal espera cuando se le pagó la suma de 500 libras. Recibiré probablemente su respuesta antes de regresar a la ciudad, lo cual ocurrirá en los comienzos del mes próximo y entonces será usted informado de lo que pueda esperar en adelante. En tales circunstancias, imagino que le parecerá más conveniente aplazar su viaje.

La carta es vergonzosa y humillante. Hecha a propósito por quien tenía un concepto menguado del altruismo y de los ideales de un hombre especial cuyo talento no alcanzó a calibrar en su justa dimensión. No siempre Inglaterra fue un país de ideales nobles. Tal vez por eso Julio César la llamó *la pérfida Albión.* Inconcebible que con un criterio tan mezquino, Pitt no solo deje pasar la oportunidad para haber sido mecenas en el juego de la libertad de un mundo, sino que demuestre su miopía para pensar en los grandes beneficios económicos futuros, que una acción como la propuesta podía haber proyectado en el tiempo. Y todo esto lo deje pasar con un derroche de soberbia y de poder.

Miranda le contestará con una altiva dignidad:

> He tenido el honor de recibir vuestra carta del 12 del corriente mes. No me queda después de esto sino, rogaros que tengáis a bien devolverme los papeles, planos y memorias que os he confiado. Un depósito entregado a un

> hombre honrado es una cosa sagrada y que él debe devolver tan pronto se lo pidan. Espero que sea este precisamente el caso entre vos y yo. Y espero que todo sea remitido sin guardar copia, traducción o cosa por el estilo. Tened la bondad de fijarme el plazo de la remisión, puesto que ese plazo debe fijar mi partida.

Y agrega al final:

> Vuestro secretario, Mr. Smith, me dijo que tenía orden de remitirme 800 libras esterlinas. El Sr. Smith ha debido informaros que solo por su negativa no he insertado en el recibo la condición de que devolvería esa suma, con la anterior de 500, tan pronto como mis finanzas me lo permitieran. El dinero no fue jamás el objeto de mis afanes, como debéis estar convencido por el rechazo que hice de los empleos y dignidades que la Soberana Catalina II, la más magnánima y más grande del mundo, tuvo la bondad de ofrecerme si entraba a su servicio; no acepté, por estar ocupado de un objetivo que sobrepasa mi interés personal.

Todavía Pitt dejó llegar y pasar el nuevo año de 1792 sin remitirle, como lo requería Miranda, los papeles. En el mes de marzo lo hizo; y sin más pérdida de tiempo, Miranda tomó el camino. Ha podido regresar a Rusia donde iba a ser recibido con grandes honores y afecto. Pero no lo hizo así pensando solo en su bienestar personal.

Se fue a Francia donde la Revolución había tomado su cauce ya. El rey Luis XVI, bajo la tormenta, fallidamente había intentado huir. Ahora estaba, aunque monarca constitucional, casi prisionero y habría un juicio en su contra. Todo era borrascoso. Pero ya se había expedido una Constitución que el propio monarca había jurado y a ella estaban incorporados los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Eso solamente era suficiente para atraer los pasos en medio de la decepción presente de este hombre americano que, a pesar de la adversidad, no daba el brazo a torcer en la conquista de un ideal inasible y distante.

IX

REGRESO A FRANCIA. MARISCAL DE LOS EJÉRCITOS REVOLUCIONARIOS. SUS LUCHAS Y SUS BATALLAS. CONOCIMIENTO DE LOS PERSONAJES DE LA REVOLUCIÓN. DISGUSTO DE CATALINA. CAMPAÑA EN BÉLGICA. TRIUNFO DE VALMY. ASCENSO A TENIENTE GENERAL. DERROTA DE NEERWINDEN. PRIMERA DETENCIÓN Y LIBERTAD

Ante todo hay que señalar que cualquier entrada en acción de Miranda en una tierra donde él no ha tenido ninguna vinculación, se debió a las conexiones que le permitió la Masonería. Ya llegado a París con cierta amargura por los últimos acontecimientos en Londres, es a la primera puerta donde toca, a sabiendas de que la Revolución es una obra de esta Orden, a la que él pertenece ya hace más de quince años. De hecho ya había estado en los templos masónicos allí hacía tres años, en pleno ambiente prerrevolucionario. En realidad en ese momento los conoce a casi todos los protagonistas de esta nueva era, que él ve con gran complacencia de revolucionario. Es el mes de marzo de 1792 cuando hace su arribo a París en medio de la mayor agitación.

El pueblo está cada vez más enardecido. Ya ha derramado sangre de los nobles y la sed apenas comienza. Ha visto levantadas en picas y cárdenas las cabezas aristocráticas de algunos, y ruge el deseo de que caigan más y más testas nobiliarias, separadas de los cuerpos mútilos que son arrojados a los basureros.

Al lado de estos espectáculos callejeros de rabia, en los clubes de los Cordelier, la Gironde y los Jacobinos se oyen las voces altisonantes y engoladas de oradores revolucionarios que saben que su hora ha llegado y que no pueden dejarla ir. La oratoria inflama y convoca a la ira, combinada con la reflexión sobre la injusticia del *ancien régime* y de los privilegios de una casta explotadora que los desprecia.

Naturalmente que la vigilancia sobre el cumplimiento de los principios revolucionarios por cada uno de los distintos protagonistas, va en aumento por parte de unos dirigentes celosos de cualquier traición, que las hubo. Todo giraba en torno a los postulados de *Liberté, Fraternité, Egalité* que

habían salido de los templos masónicos con su alto contenido filantrópico y político, y a la decisión de avanzar en el camino de una democracia verdadera que eliminara de tajo la monarquía. En ese momento se creía, con fe en la nueva etapa histórica que se abría, que la única manera de defender para el pueblo su auténtica Revolución era eliminando, en un acto que se creía justo, la vida de quienes de alguna manera le hicieran juego a la restauración del poder de la monarquía y la nobleza, agregada con los privilegios y el poder del clero.

Esa era la doctrina verdadera de los actores de la nueva época.

La Constitución ya ha sido aprobada en 1791 con el postulado de que la soberanía reside no en el rey sino en el pueblo; y el propio rey, sin que ese fuera su deseo, la ha jurado. En el preámbulo están consagrados los Derechos del Hombre y el Ciudadano, tal vez la primera de las grandes definiciones de la Asamblea Constituyente aprobada el 26 de agosto de 1789, como el inicio legislativo y transformador de la Revolución.

Los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que tradujo al idioma español don Antonio Nariño en Santafé de Bogotá en comienzos de 1794, significan un avance muy positivo e insustituible de la Edad Moderna. Mezcla ecléctica de filosofía y doctrina, provenía en parte del antiguo *Bill of Rights* de la Revolución Inglesa del siglo XVII y gran parte de la adaptación de la Constitución de Filadelfia. No había quien no hubiere leído el libro de Thomas Payne *Los derechos del hombre,* obra insigne de este gran patriota y pensador inglés, pero revolucionario americano, amigo de Miranda en la época en que estuvo en los Estados Unidos y con quien había tenido extensos diálogos. Se hablaba de modo directo de la eliminación de todas las monarquías y la entronización de la república representativa.

Por cierto que en aquella época vivía en París un hombre todavía muy joven que había sido uno de los patriotas americanos que redactaron aquella Carta Magna, llamado Thomas Jefferson y él prestó sus luces para la redacción del pliego francés.

En toda esa turbulencia social que se vive en París, poco a poco se van acentuando, bajo el influjo de esa oratoria inflamada, las tendencias de quienes quieren solo unas reformas y de aquellos que desean el cambio radical bajo el impulso de una revolución que penetre las instituciones según la concepción de Charles-Louis de Secondat, Barón de Montesquieu, muerto en 1775, en su libro *L´Esprit de Lois* , que ya para entonces todo el mundo conoce, y que, a partir de allí hace parte del derecho público de los estados

modernos. Toda organización política debe dividir el Poder Público en tres ramas: la rama ejecutiva, la rama legislativa y la rama judicial, cada una independiente de la otra, pero conservando la armonía que corresponde a los grandes objetivos y fines del mismo estado.

A través de la masonería conoce a Jérome Petion de Villeneuve, quien en el momento es el influyente alcalde de París. Sinuoso y ambicioso, juega a las dos cartas de ayuda al rey y favorecedor de los excesos y desmanes a que impulsan al pueblo. A través suyo le es presentado el ministro Jean-Marie Rolland y su mujer Jeanne-Marie Rolland, aquella bella importante pensadora de la Gironda a la que se debe la famosa frase : "!*Ah Libertad!, cuántos crímenes se cometen en tu nombre"*. Robespierre, al que había salvado la vida, en nombre de la Revolución, la llevó a la guillotina para hacerle honor a su frase. Conoce también a Gensoné y a Brissot. Mirabeau ya ha muerto de muerte natural y eso lo salvó de ser de los primeros en morir bajo la alta torre de la cuchilla sesgada.

La Gironda gobierna, mientras los Jacobinos y los Cordeliers, con Dantón a la cabeza, hacen una oposición ardiente. Tal vez de todos ellos el más inteligente, en su momento, era Charles Francois Dumouriez, elevado inicialmente por el rey, que todavía tenía algo de gobierno, al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Nadie quiere la Constitución recién promulgada. La mayoría desea la república, sin soberano alguno.

Todo es el caos. Desde la Asamblea, que ha cambiado el nombre original de Asamblea Constituyente por el de Asamblea Legislativa, se inflama al pueblo con los discursos encendidos de Robespierre, Desmulins y Sant Just, que son coreados en el convento de los Jacobinos por los las barras atestadas de proletarios y *sans culottes.* La Asamblea en esos momentos sesiona casi de modo permanente y reclama se traslade al palacio de las Tullerías, donde además se ha instalado el ayuntamiento y viven precariamente el rey, la reina y sus hijos. El escándalo del collar ha desatado hasta el frenesí las iras populares contra la Austríaca, forma despectiva como se denomina a la reina María Antonieta. Los pasquines, las seguidillas procaces y las habladurías en general han creado una atmósfera irrespirable para el monarca.

Miranda busca entre los poderosos e influyentes que aman la libertad, que le den la posibilidad de trasladar la Revolución a los países americanos que luchan contra un monarca de la misma estirpe del que gobierna y ha gobernado a Francia. Ese es su objetivo y a eso ha ido a este país. Y eso pide por todos los medios, aprovechando la coyuntura presente.

Pero ese no es el objetivo de los revolucionarios, comprometidos en el tira y afloje del poder y de la intriga. No hay momento en que no trabaje la traición a espaldas de los demás. Hay lo que después se llamó un estado de asamblea permanente. Y por supuesto, nadie pensaría en extender la terrible situación de una revolución enredada en sus propios odios hacia odios en los que ellos nada tenían que ver. Ni siquiera por el valor de los conceptos metafísicos de la eliminación de las monarquías, de la libertad y los derechos del hombre en otros mundos.

Miranda piensa con serenidad pero con mucha preocupación, que esa no es su batalla y que lo mejor y más próximo para él en el logro de sus objetivos era volver a Londres. Piensa que sus diferencias con el ministro Pitt pueden ser superadas. Inglaterra se ha convertido, sin haberlo meditado ni dicho a nadie, en su segunda patria del exilio. Y por cierto lo será. En su diario escribe:

> Yo me preparaba a partir de París para restituirme a Londres, y en el intermedio ir a Petersburgo a hacer una visita y tributar todo mi reconocimiento a la Emperatriz mi Protectora, la Gran Catalina; cuando, estando para partir, con mi plaza pagada ya en la Diligencia de Londres el 12 de Agosto, cata (sic) que precede el gran evento del 10, que las barreras se cierran y que nadie puede partir.

Y no puede partir, porque desde el 6 de agosto de ese 1792, se venía preparando una segunda toma de la Bastilla. Esta vez era la toma del palacio de las Tullerías. Los discursos de los jacobinos incitan y el alcalde de París se presta en el doble juego para que eso suceda. Atacan a Lafayette, quien ha venido cumpliendo como el comandante de la guardia de París, como traidor y Lafayette huye. Todo es borroso e incierto

Finalmente esa toma violenta tiene lugar el día 10 de agosto; y al final de la jornada habría de constituirse en un golpe de estado directo, esto es, dado por el propio pueblo. Cuando el rey, ofendido y vejado en su persona por el populacho al igual que la reina, frente a la indiferencia del alcalde Jérome Petion, complaciente con todo lo que está pasando, trata de refugiarse en la propia Asamblea, es despojado por ésta de su autoridad, al tiempo que se constituye, como instrumento de poder supremo del momento, la que se denominó la Comuna de París, presidida por George Jacques Danton, el temible orador y líder de la revolución que, poco tiempo después, también habría de sufrir el impacto directo del Terror.

El 13 de agosto el rey y la reina son remitidos presos y procesados por traición y algunos otros crímenes, al Temple donde permanecerán hasta que se cumpla su destino con el desfile en carreta hasta la plaza del Trone, la subida de la escalerilla fatal, el ajustamiento del cuerpo en la tabla batiente y la sujeción de la nuca con otra tabla acanalada. Luego el sonido sordo de la velocidad de la hoja cayendo por gravedad hasta cortar, en un segundo, la testa, antiguamente coronada.

Es de recordar que la familia real se encuentra en el palacio de las Tullerías, donde ha ido a parar el rey, obligado después del fallido intento de fuga, frustrado en Varennes. Fue Dumouriez quien se encargó de conducir de regreso al rey, que aunque disminuido en funciones y en respeto público, de todas manera seguía siendo el rey hasta ese 10 de agosto en que Miranda no pudo viajar por estar cerradas las salidas de todos los caminos que llevaban fuera de París.

George Jacques Dantón, Petion y Dumouriez son los nuevos amos de París, mientras Robespierre, enredado en las mismas intrigas, tasca el freno. Pero nadie tenía seguro su cuello de un día para otro.

Tal vez lo que incentivó mayormente el encono fue la movilización de tropas austro-prusíanas al otro lado de la frontera, en la ciudad prusiana de Coblenza al mando del general Carlos Guillermo, Duque de Brunswich, sobrino de Federico el Grande, con quien Miranda había tenido largos diálogos en su visita a Postdam y Berlín. Es claro que las monarquías europeas, pero especialmente la austríaca por el estrecho parentesco de la reina María Antonieta con la emperatriz María Teresa, ya fallecida –eran madre e hija- y el actual emperador su hermano, velaban con una gran preocupación por los desarrollos franceses. La Asamblea vio en esto una complicidad contra Francia del rey Luis y de María Antonieta, cuadro al cual asociaban su intento de fuga frustrado en Varennes. Por tanto se intimó a los movilizados a la frontera que debían retirarse.

El general en jefe de éstos, altanero y guerrero como era, contestó con un pliego desafiante que se llamó el *Manifiesto Brunswich* con el que amenazaba a los franceses con grandes represalias y castigos si llegaban a tocar a la familia real. A esa razón de fuerza, la Asamblea Legislativa el 11 de julio declaró con gran alarma *la patria en peligro*, al tiempo que después de largos y ardientes debates convocando al patriotismo, contestó declarando la guerra a Austria y a Prusia. En realidad todos querían la guerra, porque en cierta manera desahogaba un poco la caldera hirviente e interna de la Revo-

lución. Entre tanto el Duque de Brunswich jactancioso y prepotente declara que "*esto no será más que un paseo militar."*

Fue entonces cuando de toda Francia fueron llegando a París, listos al combate, guarniciones militares entrenadas y con deseo de pelear. Ese era un buen deporte en aquellas épocas. Entre los cuadros militares que fueron llegando vistiendo el gorro frigio y la escarapela tricolor de la Revolución, hizo su entrada orgullosa un batallón de Marsella al mando del capitán Rouget de Lisle, que con fanfarria y coro entonaba un himno arrobador, compuesto por el mismo capitán y que en ese momento se intitulaba *Chant de guerre pour l´Armée de Rhin.* No mucho tiempo después se lo llamó *La Marsellesa;* y a su aire Francia afrontó con ardor y patriotismo todas las batallas que se le fueron presentando.

Cuando Miranda no pudo viajar aquel 12 de agosto y al otro día se produjo la detención del rey y de la reina, sintió un poco un golpe del destino que lo llamaba. De otro lado Pétion que continuaba como alcalde, le hizo la petición expresa de que se quedara con un mando militar. La fama de Miranda, que como se anotó antes no había cumplido grandes obras, se debía a su recia personalidad, a su cultura y encanto personal. Sobre esa conversación el caraqueño escribe en su diario:

> Mi amigo el Alcalde de París, M Pétion, sabiendo que yo estaba decidido a partir en breve para Inglaterra, donde yo tenía compromisos de la mayor importancia, me preguntó por qué no aceptaba servicio en Francia, por la causa de la Libertad que yo amaba tanto. Le hice ver mi condición de extranjero y la ingratitud que más tarde se experimenta, como yo lo había comprobado en América. (se refiere por supuesto a Cuba) En fín, me pidió que aplazara mi partida.

Y luego agrega en otro lugar:

> Los Diputados y Ministros que he citado me llaman con instancia y me proponen –para el bien de mi Patria, para salvar a la Francia en aquel momento de una invasión extranjera y tal vez a la familia real de una masacre inevitable si los prusianos llegaban a París- que yo parta inmediatamente al ejercito francés , con carácter de General y que reuniéndome a Dumouriez procurásemos ambos detener a los prusianos y austriacos y que logrado este objetivo, la Libertad se establecería en Francia y yo conseguiría también el colmo de mis deseos llevando la libertad y la independencia a mi patria…. Al cabo partí para Reins, en Champagne con el grado de Mariscal de Campo al servicio de Francia… El general Dumouriez me recibió con los brazos

> abiertos; desde aquel día consultaba conmigo todas las operaciones militares, poniendo a mi cargo mucha parte de ellas; seguimos con la mayor armonía toda una campaña y la siguiente.

Pero antes de partir hacia el frente de batalla al Norte, en una carta fechada el día 14 de ese mes histórico de agosto, es decir al otro día de la prisión del rey, y dirigida al señor Ministro de Guerra José Serván en la que acepta el grado de Mariscal de Campo y General del Ejército revolucionario, deja sentada en ella una significativa condición de retiro en favor de la que considera su auténtica misión que es la lucha futura a favor de la libertad de su extensa patria americana. La misiva expresa:

> Como la libertad de los pueblos es un objetivo que interesa igualmente a la nación francesa, y principalmente aquella de los pueblos que habitan la América del Sur (o colonias hispanoamericanas), que por su comercio con Francia hacen un gran consumo de sus mercancías, y que desean también sacudir el yugo de la opresión para unirse a ella; es necesario que su causa sea protegida eficazmente por Francia, puesto que es la de la libertad, y que me conceda permiso, en el momento que presente la ocasión, para ocuparme principalmente de la felicidad de ellas, estableciendo la libertad y la independencia de sus países. Yo me he encargado voluntariamente de ello, y para tal propósito los Estados Unidos e Inglaterra han prometido su apoyo en la primera coyuntura favorable.

Y agrega como una nota adicional:

> Es bajo estas expresas condiciones y en ese espíritu que me he alistado al servicio de la Francia Libre, cuya garantía por parte del Gobierno representativo me ha sido asegurada por los Ministros Servan, Roland, Le Brun y Claviére, también por el patriota Alcalde de París, Pétion, y todos ellos me han prometido testimoniarlo siempre al mundo entero si fuere necesario.

Para Miranda pues la entrada en la historia de Francia no es un objetivo, que podía haberlo sido. Grandes honores y una alta responsabilidad militar le esperaban de inmediato. Pero de ninguna manera le desviarían de sus planes soñados y pensados tan intensamente en pro de la independencia de esa Colombia que él definía cada vez más en su constante delirio.

Naturalmente estos acontecimientos no podían pasar desapercibidos en Rusia. Aunque en ese tiempo las comunicaciones todas dependían de un caballo o de los vientos del mar, el correo viajaba indefectible con la mayor

regularidad y todas las noticias se sabían en el curso de pocos días. Miranda entiende lo que significará para Catalina II, que aunque es amiga filosófica de la Ilustración y los enciclopedistas, odia mortalmente a los líderes revolucionarios, porque es lo que se conoce como una déspota ilustrada, la noticia de su ingreso a la revolución con un alto grado militar. Miranda no se atreve a escribirle a ella, pero lo hace a quien tantas muestras de amistad le dio y tantos servicios, el conde Woronsoff, embajador ruso ante el Reino Unido. Le anota invocando su comprensión:

> En el momento en que esperaba tener el placer de verlo y de conversar con usted, héme aquí general del ejército francés, del ejército de la libertad y a punto de partir para tomar el mando de una división en la frontera. Que yo me haya unido a los defensores de la libertad no debe asombrarle, ya que usted sabe que es mi divinidad favorita, y que yo me he consagrado a su servicio mucho antes de que Francia pensara en ocuparse de ella.
>
> Pero lo que más fuertemente me ha inducido es la esperanza de poder ser un día útil a mi pobre patria, a la que yo no puedo abandonar (…). Mis saludos al general Clark, quien quizás encuentre escandaloso que un viejo castellano se haya hecho un sans-culotte."

El conde Voronsoff contesta una nota glacial a Miranda utilizando el lenguaje en tercera persona, en una misiva que rápidamente hace conocer de la corte en Petesburgo. Secamente le dice:

> El conde Woronsoff cree en los nobles sentimientos del señor Miranda, pero ve en él a un hombre extraviado por una fatal coincidencia de circunstancias: Y aunque no le retira su respeto, se ve obligado a suspender sus relaciones epistolares con él. Como Ministro de nuestra Soberana, que se ha pronunciado en voz alta contra las iniquidades que se perpetran en Francia, no puedo mantener relaciones con un hombre que se hace cómplice de una obra que justamente suscita su indignación.

Esta comunicación merece que uno de los gentiles-hombres de la corte, el príncipe Kochubel, muy allegado a la emperatriz, al recibirla por el correo, le escriba a Voronsoff:

> Me he enterado con indecible amargura del extravagante papel que se propone desempeñar Miranda. Nunca pensé que un hombre como él fuese capaz de hacer cosa tan absurda. Todos hemos aprobado vuestra conducta en relación con él. Grande ha sido el enojo de la Emperatriz por el comportamiento de ese hombre que, de no ser por su amparo, ya haría tiempo que estaría pudriéndose en las mazmorras de la Inquisición.

Miranda parte hacia la frontera. En realidad como ya se ha observado no tenía más experiencia en la guerra que su participación con un grado inferior de capitán –que había comprado- en la leve batalla de Melilla y luego en Pensacola, donde ganó el ascenso a teniente coronel. Todo lo demás lo había logrado leyendo densos tratados sobre lo que entonces se conocía como el arte militar. Había estudiado la estrategia de Epaminondas con las falanges sagradas y de Alejandro, en las cuales se apoyó César para sus batallas de las Galias, que todavía tenían vigencia por la mecánica misma de la guerra, de grandes movilizaciones de infantería y caballería sobre los campos de batalla. Cierto es que las falanges de arqueros se habían sustituido por los fusileros y cañoneros, pero la distribución para el combate seguía la misma dinámica que le habían dado aquellos dos grandes generales de la historia. Y Miranda que había estudiado en todos los campos lo que habían sido las batallas modernas y en los libros de estrategias militares, era ya un experto en esas materias. Su único jefe en el frente, fuera de la Convención que está próxima a instalarse después del golpe de 10 de agosto y los días que siguieron, es Charles Francois Dumouriez.

Miranda llega y de inmediato se produce la invasión de las fuerzas austroprusianas. El primer ataque se efectúa con seis mil hombres y Miranda, al comando de dos mil, responde con gran resolución, haciendo replegar al enemigo. Ese fue su bautismo de fuego al frente de la enseña republicana azul, blanco y rojo.

Claro, ese no era más que un inicio preliminar. Pero Brunswick hizo irrupción por la frontera de Lorena el día 19 del mismo agosto al mando de cincuenta mil hombres que penetraron hacia territorio de Francia con el plan decidido de ir hasta París en una acción directa que ha podido ejecutarse con gran celeridad, como ocurrió en similares circunstancias en guerras del porvenir. París tembló.

Simultáneamente al lado de estos cincuenta mil hombres, llegaron a unírsele, ya en territorio francés, otros quince mil de Austria al mando de los generales Holenlohe Kirberg y Clairfayt, a los que se sumaron las nuevas fuerzas comandadas por los hermanos de Luis XVI, condes de Provenza y Artois, quienes habían armado e iban al comando de dos divisiones. En total, en Coblenza, Brunswick alcanza a reunir ochenta mil hombres experimentados.

En realidad tenía mucho significado para la Revolución un resultado militar. Si por algún motivo las fuerzas invasoras y monárquicas lograban

avanzar conforme a sus planes más lejos de la frontera, es natural que lo que sobrevendría era un gran levantamiento civil, pues la contrarrevolución, que era grande, podía reaccionar y complicarle aun más las cosas a los celosos revolucionarios, movidos a base de discursos y demagogia al pueblo.

De hecho el fenómeno se presentó cuando el general Lafayette que se encontraba en las Ardenas al mando de un ejército, cuando se produjo el asalto a las Tullerías y la prisión del rey el 13, intentó sublevar a las fuerzas bajo su mando y tornar a París para liberar al rey y restablecer el orden en medio de los abusos de la Revolución. Pero sus fuerzas no lo acompañaron, dejándolo solo y en fuga para terminar, como un traidor cualquiera, pasándose al campo de los enemigos.

Puesta en ejecución la estrategia de Brunswick, sitió a Longwy, desatando allí un bombardeo intenso que hizo capitular la plaza. Quedaba libre el camino de avance. Luego tomaron con facilidad a Verdun, desde donde se les despejaba el camino a París.

Las fuerzas francesas, sensiblemente inferiores en número, contaban con treinta mil soldados al comando del general en jefe, Dumouriez, que se había puesto al frente de las tropas leales que comandaba Lafayette antes de su fuga y se encontraba en Sedán, hacia la frontera con Bélgica. En Metz se hallaba el valiente e inteligente general Francois Cristophe Kellerman al comando de otros quince mil hombres. Esas eran las fuerzas republicanas.

Dumouriez, que sin duda fue un gran militar, movilizó con éxito sus treinta mil hombres, y avanzó en la retaguardia del invasor, remontando la cordillera de Los Alpes. Pero cometió un error, según han observado los estrategas de la historia, porque habiendo pasado por el sitio La Cruz de los Bosques, no lo tomó, cosa que sí hizo la retaguardia de los aliados, dejando a las menguadas fuerzas patriotas de Dumouriez prácticamente a dos fuegos. O sea que la situación había adquirido facetas alarmantes.

Empero habría de producirse un hecho, se diría que providencial. La Convención se instala el 20 de septiembre de 1792 y elige presidente a Jérome Pétion. Casi simultáneamente se produce una victoria de verdad en la ciudad de Valmy. Esta es una batalla decisiva que compromete al grueso del ejército invasor. Miranda comanda el ala derecha del ejército nacional, mientras Dumouriez se encuentra al frente del comando general.

Dumouriez, que había cometido el error de no tomar La Cruz de los Bosques y que estaba prácticamente aislado de comunicación con París, se moviliza de noche con gran celeridad y abandona el Argona, donde se en-

contraba. Así cruzó el río Aisne, logrando ubicarse de modo paralelo a las líneas de ocupación, cortándoles de paso el camino a París y rompiendo el cerco donde lo habían metido, para refugiarse en la pequeña aldea de Saint-Menehould. Estando en esta posición Dumouriez buscó el contacto con el general Kellerman, que había sufrido sus propios reveses en los Vosgos, de donde se estaba retirando, y le ordenó que se le uniera en Valmy.

Luego lo que ocurrió fue la sorpresiva marcha de Brunswick, precipitada por los nuevos hechos, a través del río Aisne para recuperar el terreno que había ganado quien él creía era su presa, Dumouriez. Esta vez la lentitud había sido, como en un juego de ajedrez con altibajos y errores recíprocos, de las flamantes y numerosas tropas austro-prusianas al mando de Brunswick.

La batalla de Valmy se dio a punta de cañonazos durante todo el día por parte de las fuerzas invasoras. Y cuando éstas intentaron sucesivamente asaltar a los revolucionarios, éstos los repelieron con valor y decisión. Era el 20 de septiembre de 1792, día memorable de gran resonancia en el continente. Además el día en que se instalaba la Convención. El duque de Brunswick, hasta entonces victorioso en otras guerras, sintió que no podía ganar; y después de disparar incesantemente todos sus cañones, no se había podido mover para ganar un palmo de terreno. Fue en esas precarias condiciones cuando, comprendiendo que la victoria se le había escapado, propuso a Dumouriez un armisticio por medio del cual se comprometieron los aliados a abandonar Francia.

La victoria con sus hermosos ritmos y cadencias, había llegado a los militares franceses. Es decir, a la Revolución. Allí sí había una victoria de resonancia en toda Europa, que todos miraron desde la Convención con una gran esperanza.

Rumazo[96], que comenta el brillante episodio, trae una importante cita de Alfonso Reyes en la que éste trae a colación lo dicho por Goethe, que en Valmy iba a la retaguardia de un batallón prusiano por no poder seguir adelante a causa de la guerra, y por lo tanto testigo de todo lo ocurrido:

> El ejército prusiano –narra Alfonso Reyes [97]- avanzó hasta Champagne entre humaredas de incendios "que cuadraban bien en su paisaje de guerra". Luego volvió hacia Chalone en persecución de Dumouriez, quien logró cortar al ejército prusiano del austríaco y atacó a aquel peleando de norte a sur, en Valmy. Goethe presenció el asalto a la posada de la Luna. El asalto

[96] Autor ob. cit.

[97] Alfonso Reyes, *Trayectoria de Goethe,* Fondo de Cultura Económica, México 1964.

> fue rechazado por la artillería, "y los capotes blancos de los jinetes volaban paralelamente sobre las ancas de los caballos". Las balas se clavaban en el suelo. El fango salpicaba las caras. El pelotón parecía flotar como una masa compacta. Los caballos resoplando se doblaban como pinos bajo la tempestad. Los fugitivos se rehicieron con el esfuerzo de la infantería de Brunswick. La tierra temblaba bajo el disparo de las baterías de Valmy. Goethe había oído hablar de la "fiebre del cañón"; quiso conocerla; se lanzó hacia la colina de la Luna; en vano intentaron detenerlo los oficiales. El aire era un horno. Dumouriez no había cedido; cambiaba la fortuna. Por la noche Goethe, profetizando la futura transformación de Europa, dijo a sus amigos: "Comienza ahora mismo una nueva época del mundo, y podréis decir: yo estuve allí.

Efectivamente, como lo profetizara el genio de Goethe, comenzaba allí, en Valmy, una nueva época del mundo.

Y fue de tal naturaleza el triunfo, que ascendieron a Miranda al grado muy alto de Teniente General. Mariscal, que ya era, constituía una gran distinción consagratoria, en cierta forma independiente del grado en el escalafón. A Kellerman, igualmente mariscal y teniente general, lo hicieron duque de Valmy; mientras Dumouriz se consolidaría como un gran militar. No por mucho tiempo por cierto, porque los dados de la fortuna habrían de jugarle una mala pasada que hizo que terminara como un traidor entregándose al servicio de los austríacos y prusianos.

Pero en ese momento Dumouriez, que habría de ser después enemigo y acusador de Miranda, le escribiría una esquela a éste en la que le decía: "*Su amistad, mi querido Miranda, es mi más preciosa recompensa."*

Miranda agradece el ascenso con una misiva al ministro Serván:

> Acabo de enterarme por la carta que usted ha dirigido al señor Presidente, en la Orden del Ejército de hoy, de que el Consejo Ejecutivo Provisional ha estimado conveniente ascenderme a Teniente General de los ejércitos de la República. Este invalorable honor sería de mayor satisfacción para mí si mis talentos pudieran equipararse con el celo y el amor inquebrantable a la libertad que me unieron firmemente y me hicieron miembro de la República Francesa a la que dedico por entero mi vida y mis modestos conocimientos.

El mismo día la Convención eliminó la monarquía y estableció la República. También queda prácticamente decidida la suerte del rey Luís XVI. Se sabía con antelación que la Convención votaría su muerte. La Gironda triun-

faba. El presidente de la Convención era Pétion. Pero la *Montaña* [98] esperaba con relativa paciencia pero con gran beligerancia, la llegada de su momento.

Al mismo tiempo todas las monarquías europeas, muy temerosas del cauce que estaban tomando los acontecimientos franceses y la resonancia de Valmy, encabezadas por el ministro inglés Pitt y de nuevo Austria y Prusia, han de continuar una guerra que ellos consideraban de supervivencia de su sistema social y de gobierno.

Catalina observa llena de indignación; y cada día odia más a Miranda. El amor que se convierte en odio. España igualmente está sacudida por un furor interior y una gran agitación por parte de los liberales. O sea que la guerra se intensifica. A Miranda le dan mando y toma Amberes el 29 de noviembre de 1792, mientras su jefe Dumouriez triunfa en Jemmapes.

Miranda lleno de optimismo, le escribe a su amigo el Secretario de Guerra de los Estados Unidos, general Knox, una carta plena de ilusiones concretas que ahora ve con proximidad. "Se acerca el tiempo en que nuestra querida patria la América llegará a ser esa gloriosa parte del globo que la naturaleza quiso que fuese y que los proyectos que nuestro patriotismo sugirió a nuestras mentes en nuestro simposio de Boston no están tan lejos de ser realizados."

Y al general Hamilton, Secretario del Tesoro, su amigo de grandes conversaciones en Nueva York, le envía otra carta e información que porta el igualmente amigo común, coronel Smith, quien le acompañó en el viaje a Postdam y Berlín:

> Los acontecimientos y el éxito de Francia toman un rumbo que nos es favorable. Quiero decir, a favor de nuestro querido país, la América. La información que le dará a usted nuestro amigo el coronel Smith, mostrará cómo las cosas han madurado para la ejecución de esos grandes y beneficiosos proyectos que contemplábamos cuando en nuestras conversaciones en Nueva York el amor a nuestra patria exaltaba nuestras mentes con esas ideas para el bien de la desafortunada Colombia."

El obispo Tayllerand, que se encuentra en Londres, le escribe a su gobierno y con fino olfato comenta:

"La independencia de las colonias españolas en América, siendo para esa parte del mundo ejercicio de sus propios derechos y retorno a los principios de justicia y de libertad natural, no debe considerarse como atentado

[98] La Montaña, por su ubicación en el recinto, que era en la parte alta de atrás, se llamaba a los Jacobinos.

a los derechos del gobierno español, por cuanto su hostilidad hacia Francia obliga a ésta a Castigarlo."

Esta opinión también la comparte Brissot, el importante e influyente miembro de la Gironda, y en carta a Servan le anota:

> Estando completamente seguro de asestar golpes a España en todo los puntos vulnerables de la misma, considero que hay que provocar la revolución en Hispanoamérica, y que el hombre más a propósito para ello es Miranda. Su valentía y talento, su propio nombre, todo permitirá sin trabajo romper las cadenas forjadas por Pizarro y Cortés.[99]

Y a continuación, en otra misiva a Dumouriez, el mismo Brissot concreta con un plan específico:

> Hay que provocar la revolución de golpe, en España y en sus posesiones americanas. El triunfo de esta revolución depende de un hombre que usted conoce, respeta y estima: ¡Miranda! ¡Con qué facilidad podría él, al frente de los 12000 soldados regulares que actualmente se encuentran en Santo Domingo y los 10000 o 15000 mulatos, hombres valientes, que le proporcionarían nuestras colonias, disponiendo además de una escuadra, penetrar en las posesiones hispanas, ya que los españoles no tienen con qué ofrecerle resistencia! El solo nombre de Miranda vale por todo un ejercito; ¡ su capacidad, su arrojo y su genio son garantía de nuestra victoria! Mas para alcanzarla no hay que perder el tiempo. Es preciso que Miranda parta en el "Capricieuse", nave que va a zarpar para Santo Domingo. Es preciso que salga antes de que España se dé cuenta de nuestros propósitos. Sé perfectamente que su nombramiento llenará de espanto a España y causará el desconcierto de Pitt con su mezquindad y lenta política. Pero España no podrá e Inglaterra no querrá moverse.

Es evidente que Brissot había leído el Plan Miranda que éste le había presentado a Pitt. Pero Miranda observa allí unos detalles cambiantes de su plan, que siempre supuso llegar de inicio a Venezuela. En Santo Domingo realmente Miranda no tiene conexiones; y lo relativo a Haití, que en esos momentos se está independizando, es un tema que en primer lugar ignora, y en segundo, no podría ser él quien fuese a impedir ese grito de independencia. Así, sin pérdida de tiempo y desde Lieja donde se encuentra en el frente, escribe al amigo Brissot el 19 de diciembre en los siguientes términos:

[99] Cita de Rumazo

> Acabo de leer estimado ciudadano, la carta que usted ha dirigido al General Dumouriez, acerca de mí. Le agradezco la halagüeña opinión que tuvo a bien expresar en relación a mis modestos conocimientos, así como la amistosa influencia mediante la cual indujo al Poder Ejecutivo a que me confiara el Gobierno de Santo Domingo (….) El plan que usted expone en su carta es realmente ingente y magnífico. Sin embargo, ignoro si su ejecución es segura, o incluso probable, En lo referente al Continente hispanoamericano y a las islas adyacentes, estoy perfectamente enterado y en condición de expresar una opinión exacta; desconozco, en cambio, totalmente lo que concierne a las islas francesas y su situación actual. (Santo Domingo es entonces posesión francesa)[100] . Por constituir esto en su Plan de base de cualquier operación y ya que es la de las colonias francesas de donde debe partir la fuerza ejecutora, para poner en movimiento los pueblos del continente, tenemos que estar muy seguros de lo positivo de este dato. Me parece también que tal nombramiento y mi salida para Santo Domingo, obraría como señal de alarma respecto de la Corte de Madrid y de la de Saint James, los efectos se harían sentir en seguida en Cádiz y en Portsmouth, lo cual ocasionaría nuevos obstáculos a tal empresa que, por lo demás, resulta demasiado gallarda, hermosa y cautivante para echarla a perder o llevarla al fracaso por alguna imprevisión al iniciarse (…) Todo lo que tengo el honor de decirle sobre esta materia no debe interpretarse sino como observaciones a tomar en consideración, dentro del marco conceptual del plan general (…) Los papeles que contienen mis planes presentados al Gabinete inglés en 1790 están en poder de mi íntimo amigo Pétion".

Es una carta diplomática, afirmativa, sin emoción y fría, pero cautelosa. Naturalmente que lo que proponía Brissot en un momento de victoria y optimismo francés era lo que había ido a buscar el caraqueño a Francia al apoyar la Revolución. Pero había detalles que no encajaban dentro de su mente, como si se tratase de una inquietud de fino instinto previsor. Esa la razón para que teniendo al alcance de su mano coyunturalmente el apoyo que buscaba, diplomáticamente no acepte la propuesta y retorne con insistencia al plan original, tal como había sido expuesto al primer ministro inglés.

Al entrar el año 1793 Miranda sigue en el frente del antiguo Flandes, donde lo había llevado Dumouriez. Se había movido con cierto éxito después de Valmy. Pero hubo también altibajos. Le dio una ictericia que lo obligó a retirarse a París, mientras el duque de Chartres, su subalterno en ese momento, obtiene victoria en Jemmapes. Chartres es uno de los altos oficiales y además crítico, por emulación, de ese extranjero a quien no veía con

[100] Obviamente se refiere a la isla que comparten Santo Domingo y Haití, la primera colonia española, la segunda francesa.

mérito destacarse en el combate. Empero, ese conde de la más alta nobleza, príncipe de la sangre y futuro rey Luis Felipe I de Francia, fue quien ordenó colocar por los altos servicios prestados a la patria, el nombre de Miranda en el Arco del Triunfo unos años después, cuando era rey.

Luis Felipe era hijo de Felipe Duque de Orleáns, primo hermano de Luis XVI. Éste, en un acto de gran oportunismo se volvió revolucionario y miembro de la Convención. Ningún inconveniente tuvo ni él ni su hijo para apostatar de su propio linaje de nieto de rey. Fue autor de la frase –que algunos le atribuyen a Martí- "*Yo conozco la bestia, pues he vivido en sus entrañas",* refiriéndose a la monarquía y a la alta nobleza, y a la traición que hacía de su clase. Para completar su carrera de felonía se llamó a sí mismo Felipe Igualdad y fue uno de los que votó la muerte del rey. No obstante, fue guillotinado en 1793 en la época del Terror.

Tampoco estuvo Miranda en la batalla de Mons ni en Bruselas, que fueron triunfos franceses que capitalizó a su favor Dumouriez. Pero como ya se dijo, tomó Amberes el 29 de noviembre, para acuartelar sus tropas cerca a la ciudad de Maestricht.

El año 93 realmente se inicia el 23 de enero con la muerte del rey. Nada logró el mundo al tratar de impedir que ese hecho lamentable ocurriera. De pronto se piensa, como lo pensaron los revolucionarios franceses con un criterio utilitarista político, que la única manera de consolidar la Revolución era cortando de raíz la cabeza del monarca, que ahora para el pueblo no era más que Luis Capeto, o mejor, el gordo Capeto. Robespierre había invitado a votar por la muerte en la Asamblea Nacional. Su discurso inflamado decía en la parte final:

> No tenemos que realizar aquí ningún juicio. Luis no es un prisionero ante el tribunal. Vosotros no sois jueces. Sois hombres de Estado y representantes del pueblo, y no podéis ser sino eso. No hay aquí una sentencia que vosotros debáis pronunciar en favor o en contra de un hombre, sino una disposición que debéis tomar y afecta virtualmente al bienestar social. Luis denunció al pueblo de Francia como rebelde. Pidió a los déspotas extranjeros –sus colegas- castigarle. La victoria y el pueblo han decretado que el rebelde es Luis… Si Luis puede ser juzgado, puede ser absuelto. Puede declarársele inocente. ¿Qué estoy diciendo ? Se le presume inocente hasta que se pruebe que es culpable. Pero si Luis es inocente, ¿qué es la Revolución? Si Luis es inocente los defensores de la libertad son difamadores… El pueblo juzga como lo haría un tribunal de derecho. El pueblo no pronuncia sentencia, desata el rayo. No condena reyes, los arroja al abismo.

Y el mundo se estremeció ese día, mientras el desfile macabro del coche recorría el trecho corto del Temple a la hoy Plaza de la Concordia. Allí iba, sin casaca, el ex monarca en medio de las befas de un pueblo enardecido. El escritor Thiers describe el momento:

> Corre la sangre del rey, mojan en ella picas y pañuelos unos cuantos furiosos, que se diseminan corriendo por las calles de París gritando: ¡Viva la República! ¡Viva la Nación!, y llegan hasta las puertas del Temple, manifestando la brutal y falsa algazara que experimenta la multitud con motivo del advenimiento de la caída de cualquier príncipe.

Cuando Miranda se encuentra cerca a Maestricht recibe una orden terminante de Dumouriz de que sitiara la ciudad. Miranda vacila porque no ve prudente emprender esa acción. Y le escribe al ministro de Guerra exponiéndole sus reservas. Pero las órdenes deben ser cumplidas y el sitio se da no con buen suceso. Después de muchas pérdidas, es preciso retirarse. La operación Maestricht ha fracasado y esto servirá para que Dumouriez le atribuya culpas tardías al venezolano.

Y luego habría de sobrevenir el desastre de Neerwinden, batalla en la que Miranda dirigía el ala izquierda del ejército, bajo el comando general de Dumouriez. Allí no solo se reporta una derrota de la que Dumouriez acusa directamente a Miranda ante la Convención, sino que después, con las fuerzas que restan el mismo Dumouriez intenta una sublevación a la que pide sumarse a Miranda. Su plan es retornar a París con todo el ejército y disolver la Convención y el gobierno para reestablecer la monarquía.

Todo esto llega a los oídos de Dantón, en medio de un infierno de intrigas y murmullos. Dumouriez, por supuesto, no se ha cuidado. En el fondo es monárquico y ve llegado el momento de poner fin a todos los desmanes de los revolucionarios, convencidos de que lo único que purifica la Revolución es la sangre. Es más, se ha atrevido a referirse a la Convención afirmando que *"está compuesta por doscientos bandidos y seiscientos imbéciles"*. Y esto lo ha dicho ante los tres delegados jacobinos que fueron enviados desde París al frente de batalla para enterarse de los hechos directamente.

Miranda se niega a participar en la rebelión, y se gana la enemistad de su antiguo amigo y jefe militar. Éste mismo lo cuenta así:

> Dumouriez me dijo que sería necesario marchar a París con el ejército para restablecer la libertad. Yo le pregunté de qué manera. Me respondió: con el ejército. Le dije: creo que el remedio es peor que la enfermedad, y yo

ciertamente lo impediría si pudiera. Me preguntó: ¿combatirías contra mí ¿
Le repuse: Sí, si vos atentáis contra la libertad.

Sin embargo en la Convención creen que la derrota de Neerwinden fue un acto de traición y que en él está involucrado no solo Dumouriez, que fracasado en su intento de sublevar al ejército ya ha escapado el 28 de marzo con el conde de Chartres hacia las fuerzas del enemigo, sino Miranda, ese general criollo al que ha colmado de honores la Revolución. Miranda es citado y acusado ante la Convención, y como consecuencia directa se ordena su arresto el 24 de ese mismo mes de marzo del año 93. A cualquiera se le habría helado la sangre y habría huido. Pero ese no era Miranda, que con valor y altivez se presenta y oye las catilinarias de los jacobinos con gran serenidad, para luego contestar con aplomo, pero con el mismo toque oratorio de los tribunos que agolpan el recinto.

Luego pasa a responder largos interrogatorios de los Comités de la asamblea donde truenan los jacobinos. Ya para ese momento Robespierre es su enemigo más acérrimo. Se le abre causa, que pasa a uno de los fatídicos Tribunales Revolucionarios. El suyo lo preside el ciudadano Dumont. Miranda nombra de abogado al célebre Claude Francois Chaveau Legarde, quien además habría de defender a la reina María Antonieta. El juicio, en ese época sumario, dura dos meses, en los cuales se oye a muchos testigos. Se hacen valer las oposiciones de Miranda a las órdenes de atacar a Maestricht de Dumouriez y su carta en ese sentido al ministro de la Guerra. Es una prueba clave y segura de que Miranda hizo ver anticipadamente lo desacertado de su jefe inmediato, y por supuesto la mentira de su acusación. Se oyen testimonios altamente imparciales sobre la vida de Miranda y su consagración a la causa de la libertad. Uno de esos testigos, víctima posterior del propio Robespierre quien quiso acabar con su vida, fue el propio Thomas Paine, del que antes hablamos, y en ese momento miembro de la Convención. Y Paine dice: *"Yo tuve trato con Miranda en los Estados Unidos y en Inglaterra, y siempre condenó el despotismo y siempre luchó por la sagrada causa de la libertad. Un hombre así no puede traicionar la Revolución."*

Y en ese juicio severo e imparcial, en comparación de los otros tribunales revolucionarios en los que con un solo informe era suficiente para condenar a la guillotina, el tribunal lo absuelve. El presidente Dumont lee la sentencia el 16 de mayo: "*Miranda es un ciudadano ejemplar. Ninguno de los delitos que se le incriminan ha cometido. Es inocente."* En ese momento las

nutridas barras del pueblo que ha presenciado atentamente el desarrollo del proceso, levantan a Miranda y en hombros lo pasean por las calles de París.

Pero el carrusel de los hechos continúa girando frenéticamente. Mientras Miranda trata de acomodarse en las afueras de París, en Ménilmontant, cerca a Belleville, en una residencia normal llena de libros, en su nueva situación, siendo ya una figura entre la gente importante de París, sufre una especie de detención domiciliaria y hay un guardia que lo vigila y lo espía bajo las órdenes de Robespierre. Entre tanto los austro-prusianos, con el apoyo de los ingleses, vuelven a invadir el territorio francés. La guerra, pues, habrá de continuar; pero la fortuna continúa del lado de los franceses y no a favor de los invasores.

X

SEGUNDA DETENCIÓN. ENCARCELAMIENTO EN LA FORCE. CAÍDA DE LA GIRONDA. GOLPE DE ESTADO DE ROBESPIERRE. EL ASESINATO DE MARAT. EL TERROR. INCERTIDUMBRE DE LA MUERTE Y AMORES CON DELPHINE CUSTINE. CAÍDA DE ROBESPIERRE EL 9 BRUMARIO. SU EJECUCIÓN. DE NUEVO LA LIBERTAD. LUJOS DE SÁTRAPA. EL DIRECTORIO. NUEVA DETENCIÓN Y NUEVAMENTE ABSUELTO. PERSECUCIÓN DE FOUCHÉ. LOS COMISARIOS AMERICANOS Y "ACTA DE PARÍS". OTRA VEZ INGLATERRA

No había pasado un mes desde su liberación, cuando se produce el golpe de estado de los jacobinos, con Robespierre y Marat encabezando el nuevo Estado policíaco, brutal y sediento de sangre. Cincuenta y nueve miembros de la Gironda, todopoderosos la víspera, están encarcelados y sometidos al tribunal revolucionario en el que descuella como juez el fatídico Fouquier Tinville, un borracho, instrumento del enigmático Maximiliano Robespierre, a quien ya llaman, para su gran satisfacción, el Incorruptible; y de Jean Paul Marat, el intransigente escritor que desde su bañera[101] y en la Convención, azuzaba y señalaba implacable a tantos para el paseo fatal. Casi todos los girondinos fueron guillotinados. El antiguo poderoso presidente de la Convención y miembro de ella, Jérome Pétion, ha huido; y perdido en los bosques de Burdeos en compañía de Francois Buzot, también diputado, en su desesperación ambos se ahorcan. Cuando los encuentran, no tienen piernas porque las han devorado los lobos.

Marat en su momento de mando, mostró, como en todos sus escritos, la saña fundamentalista que lo caracterizaba. Fue tanta, que sin ningún reparo hizo prender en su laboratorio y guillotinar a un sabio como Antoine Laurent de Lavoisier, gran químico y profesor que había hecho significativos aportes a la ciencia de tan alto valor, que aun lo son para nuestra época. El desprecio por esos valores fue tanto, que el tribunal que lo condenó dejó anotada

[101] Marat tenía una enfermedad de la piel que le producía llagas y para mitigarla debía tomar baños permanentes con yodo y otras sustancias, de manera que se mantenía en la bañera desde donde escribía y atendía a la gente que lo visitaba.

en la sentencia esta significativa frase: "*La República no tiene lugar para sabios."*

El sacrificio de esta pléyade de revolucionarios y tribunos –que apenas comenzaba-, produjo naturalmente una reacción. En la provincia de Caen vivía una mujer que se identificaba con los girondinos, había sido religiosa y era una lectora incansable de Rousseau y todos los enciclopedistas, al igual que del abate Reynal. Esta joven sintió un llamado casi místico interior para cumplir una misión, que ella misma sintió era necesaria. Urdió un plan para dar muerte a Marat, ese incisivo señalador de tantas desgracias. Tal mujer se llamaba Charlotte Corday D´Armont. Y un día de junio de 1793, con todo el engaño y argucias de que se valió a través de cartas, logró ser admitida a la presencia del escritor, miembro de la Convención. Como de costumbre él estaba en la bañera. Conversaron corto tiempo y ella, felina como Judith, extrajo con gran velocidad una pequeña daga que portaba oculta, y asestó un penetrante golpe en todo el corazón. Allí quedó Marat desangrándose y mudo en su bañera, mientras ella salió tranquila de la casa.

En la calle sintió el cálido sol de la libertad acariciando sus rosadas mejillas.

Cinco días después del gran alboroto que se armó, la cogieron. Ella sabía que así iba a ocurrir. La llevaron al proceso ante un tribunal revolucionario. El populacho, tan beligerante, la aborrecía como si hubiera clavado su cuchillo en el corazón mismo de la patria. Pero un círculo intelectual muy grande veía en ella a una libertadora. La defendió con ardentía el mismo abogado Claude Francois Chaveau Legarde, quien igualmente había defendido a la reina María Antonieta. Un abogado valeroso, de gran cultura y verbo, acorde con la oratoria de esos tiempos en que se podía ejercer una dictadura a base de discursos.

Es la dictadura de Robespierre desde el Comité de Salud Pública, que integran primero diez y después doce ciudadanos. Robespierre es el jefe de ellos. A su lado y como una máquina, obra sincronizado el Tribunal Revolucionario, también supeditado a Robespierre. Siempre adusto, no sonríe, es dogmático y no acepta seducción alguna. No hay amor que le sea conocido, ni vicio. No le importa el dinero ni las distracciones. Vive casi monacalmente. Lo único mundano que le caracteriza es su indumentaria de viejo marqués del *ancien regime,* rigurosamente afeitado y empolvado en la cabellera larga recogida atrás, en una delicada *toillet* diaria en la que sus peluqueros gastan más de una hora. Sus zapatos con hebilla de plata, calzón

corto y medias encarnadas, con la levita de telas vistosas y brillantes y los amplios faldones de la aristocrática era de Luis XV. Es el revolucionario intransigente, vigilante, altivo y altanero, desprecia lo que no sea su virtud radical y no tiene escrúpulos en una conciencia que le dice que hay que preservar la revolución por encima de la vida de quienes de alguna manera atentan contra ella.

El Incorruptible, que no tiene amigos ni admira ni respeta a nadie, ordena la detención de Miranda, sin importarle la absolución que cincuenta días antes había hecho un tribunal. Detenido en la prisión de La Force el 5 de julio y sabiendo lo que le esperaba, Miranda recursivamente se dirige a la propia Convención y le pide que le escuche. La Convención accede y le escucha. Pero esa ya no es el mismo cuerpo deliberativo del pasado. Es una asamblea sumisa y temerosa de la omnipotencia del dictador que, cuando quiere grita y gesticula, y en la madrugada se cumple su palabra quemante con las detenciones y ejecuciones a granel. Por lo tanto ningún comentario se hace en relación con el discurso del general venezolano. Y vuelve a La Force, donde encuentra a numerosos amigos esperando el día fatal. Allí están Vergniaud, Condorcet, Thomas Paine, Chatelet, Armand Custine y muchos más.

La cárcel está atestada. Todos saben que existe una lista elaborada por Robespierre que denominan la Lista de 12 Termidor. Y también se sabe que allí, entre muchos, está consignado el nombre de Francisco Miranda.

El que fuera Secretario de Estado norteamericano y autor de la conocida *doctrina Monroe*, Mr. James Monroe, era a la sazón embajador de Estados Unidos en París y aboga por Miranda incansablemente. Seguramente también por Paine. No obstante, lo único que logra es dilatar, lo que ciertamente ya es mucho.

Y entre tanto pasan los días y los meses, el caraqueño conoce en la cárcel a una mujer muy bella que visita con mucha frecuencia y devoción a su esposo, el marqués Armand Custine. Eran tiempos verdaderamente difíciles en los cuales se vivía al día y se practicaba el amor con el último suspiro. Nada dejaba raíces que superaran la ansiedad del día siguiente. Y a pesar de la devoción por su esposo, que pronto haría el paseo de la carreta, Delphine Custine se vio atrapada en las conocidas artes amatorias de ese general venezolano que lucía, con atractiva y exótica personalidad, una argolla de oro en la oreja derecha.

Muerto el marqués en la guillotina, Delphine siguió yendo a La Force a visitar a Miranda y a fornicar con él en el camastro carcelario, sin mucha in-

timidad. Un día, por encargo de Miranda, Delphine busca en su farmacia al doctor Cabanis, amigo de aquel, quien le suministra un veneno que le lleva en provisión, el que guarda celosamente en su faltriquera para el momento aciago que espera con tanta incertidumbre. Ha decidido que no hará el humillante paseo de la carreta ni soportará el escarnio de la guillotina.

Los amores con Delphine fueron ardorosos, pero no por mucho tiempo. Nada en esa época era por mucho tiempo. Ella era veleidosa y casquivana. De los brazos mirandinos pasó a los del célebre marqués de Chateaubriand, y de allí pasó a los oscuros brazos del siniestro personaje de boca apretada, más tarde ministro de policía, José Fouché. Pero siempre tuvo disposición de servir a Miranda en cualquier requerimiento que éste le hiciera.

La poeta inglesa Helen Mary Williams [102], amiga de Miranda a quien visitaba con asiduidad, dejó este apunte en su obra:

> Miranda se sometió a una prisión de 18 meses bajo la contínua expectativa de la muerte, con esa fuerza de ánimo filosófica que poseía en alto grado. Estaba determinado a no ser arrastrado a la guillotina y con tal fin se había provisto de veneno. Armado de ese modo, hizo que le enviaran un número de libros de su biblioteca y los colocó en la pequeña habitación de la cual consiguió medio de conservarse único dueño. Allí me dijo que se empeñaba en olvidar su presente situación mediante el estudio de la historia y las ciencias. Trató de considerarse pasajero de un largo viaje que tenía que llenar el vacío de las horas con la búsqueda de conocimientos, y estaba igualmente dispuesto a parecer o a llegar a la costa.

Y cuando a su compañero de cautiverio Achille de Chatelet, que está lleno de libros en La Force, le llega la noticia de que madam Roland, aquella espléndida mujer pensadora de la que se habló atrás, fue llevada al cadalso, él se suicida con valor y dignidad y hace donación previamente de sus libros –su mayor tesoro-, a ese general americano, también en turno, cuya cultura asombraba aun a los eruditos.

El dominio de Robespierre fue en verdad corto. Pero intenso. Le tocó conjurar la contrarrevolución de La Vendée, mientras los aliados repetían con tenacidad los ataques de la guerra, Pitt se esforzaba en mantener un pie de combate en los mares y en las fronteras. Pero el gobierno no se acobarda y por el contrario convoca un gran reclutamiento de ciudadanos que creen en la Revolución. Trescientos mil hombres nuevos lucen orgullosos el uniforme de la república; y al mando de Nicholas Carnot, emprenden el pie de

[102] Citada por Rumazo, ob. cit.

lucha y hacen retroceder a los coligados en los diferentes frentes, hasta la batalla gloriosa de Wattignies, en la que muerden el polvo de la derrota.

En el asedio por los ingleses de Toulon, los cañones de un joven general que cuenta la tierna edad de veinticuatro años, derrotan a los impecables ingleses. Ese general, desde allí, iría por el camino de la gloria militar en ascenso, hasta llegar a la máxima cima a que puede llegar un hombre, y se llamaba Napoleón Bonaparte.

Entre tanto, la Revolución dicta una nueva Constitución y cambia hasta el nombre de los meses del año. En un estado absolutamente laico, Robespierre abomina de todas las religiones y de los conceptos de Dios, y crea una nueva deidad que debe imponerse por encima de todas las consideraciones espirituales: es la Diosa Razón, a la que consagra el templo tradicional de Notre Dame, en una ceremonia absolutamente atea. En realidad la Diosa Razón es el mismo concepto del Ser Supremo, sin una religión específica.

La insensibilidad de Robespierre y su camarilla lo lleva a extremar el Terror como un fundamento revolucionario de purificación. George Jacques Danton y su entrañable amigo Camille Desmulins, incluso su señora Lucille, amigos muy allegados al dictador, son enjuiciados en un proceso amañado y guillotinados, para sacudimiento de todo el aparato estatal. Felipe de Orleáns o Felipe Igualdad, a pesar de su traición a su propia clase, también hace el desfile macabro. París y Francia tiemblan. No hay nadie seguro, porque basta que alguien pronuncie un nombre con un señalamiento, para que se le prenda, enjuicie sumariamente y se lo condene a la guillotina. El verdugo Samson trabaja con intensidad industrial, todo con el afán sagrado de la defensa de la revolución.

Stanley Loomis [103] hace estas anotaciones:

> Durante los meses que precedieron a la muerte de Danton, pasaron por el Tribunal 116 víctimas. En los dos meses siguientes a la muerte del "Titán", la cifra de las enviadas a la muerte se elevó a 500. Después de la Ley de 22 Pradial (10 de junio), las ejecuciones adquirieron un ritmo vertiginoso. Entre la indicada fecha del 10 de junio y la caída de Robespierre (27 de julio) fueron ejecutadas 1.366 personas. No puede haber duda de que si Robespierre no hubiese sido derribado esa cifra habría ido aumentando después de Termidor.

[103] Autor citado, *París bajo el Terror, Edit. Juventud, Barcelona*

Los horrores no tenían ningún retén que los impidiera. Eran desafuero tras desafuero realizados por gente que creía en los valores fundamentales de los derechos del hombre. Como lo dijera la señora Roland, cuántos crímenes cometidos en nombre de la libertad. Veamos otro aspecto de los comentarios de Loomis[104]

> Paradójicamente, para escapar a la guillotina, se guillotinaban los políticos; pero ¿ y los centenares de seres anónimos enviados a la muerte sin otro cargo que el de "sospechosos" y porque Fouquier[105] tenía órdenes, como él decía, de "conseguir cabezas"? ¿ De qué posible crimen contra el Estado era reo Martín Alleaume, de catorce años, aprendiz de peluquero? ¿ O el anciano de ochenta y cinco Jacques Bardy? ¿ O la domestica, de dieciocho años, Marie Bouchard? Gracias a los minuciosos funcionarios de Fouquier, los nombres y circunstancias de casi todas las víctimas ejecutadas después de la muerte de Danton se conservan en los archivos. El ánimo queda perplejo y en suspenso ante el registro de estas indiscriminadas carnicerias que costaron la vida a monjas, soldados, ex nobles, trabajadores, domésticas y prostitutas por no mencionar a las innumerables víctimas no pertenecientes a clase determinada, pero que parecen haber sido atrapadas como sardinas en las mallas de una red invisible.

Dos días después de la caída de Robespierre, la inercia aniquiladora cobró la cabeza del gran poeta, todavía recordado, Andrée Chenier, confundido con su hermano Salvador, y sin que se hubieran oído razones ni argumentos defensivos.

Collot d´Herbois, el sanguinario colega de Robespierre en el Comité de Salud Pública, comisionado por éste en una misión punitiva a la ciudad de Lyon en compañía de Fouché, al darle cumplimiento cabalmente a lo ordenado, dijo en el informe ante la Convención estas patéticas palabras:

> Hemos liquidado de un solo golpe a doscientos criminales. ¡Y ahora se nos dice que eso ha sido un crimen! ¿Cómo es posible que nadie vea que ha sido un acto de misericordia? Cuando se guillotina a veinte culpables, el último de los ejecutados muere veinte veces; pero los doscientos que nosotros hemos matado murieron juntos y de una sola vez.

Para ese momento la legislación, a instancias del mismo Robespierre, había establecido como crimen el ateísmo, y consecuencia de ello había sido

[104] Autor cit., ob. cit.
ob. cit.
[105] El abyecto juez Fouquier-Tinville, del que antes se habló

la condena a la guillotina a que fue sometido el ciudadano Chaumette, que hacía alarde de su ateísmo. Y en aras a su odio a los ateos, Robespierre mantenía en su levita una nueva lista en la cual figuraban Paul Barras, Fouché, Fréron y todos los que antes, en el ruidoso período del ateísmo revolucionario, abominaban del concepto y el culto al Ser Supremo. En la Convención se había oído la voz implacable y cargada de ira de Robespierre, agazapando sus gafas pequeñas y verdes sobre el arco de su nariz para fustigarlos:

> Decidnos, pues, ¿Quién os comisionó para anunciar al Pueblo que Dios no existe…? ¿Qué derecho tenéis a arrebatarle al inocente pueblo el cetro de las Razón y a ponerle en las manos el del Crimen ? Sólo un villano, despreciable a sus propios ojos y horrible a los ojos de los demás, comprende que la naturaleza no puede hacerle mejor don que el de la aniquilación.

Fouché tembló en la Convención y también temblaron los demás que se sabían en la lista por ateos y traidores. Un viento frío, como un cuchillo, les cabalgó por el lomo. Fouché, que amaba la vida propia aunque despreciaba la ajena, intentó al día siguiente lanzarse a la boca del lobo. Se hizo presente, en la compañía de Fréron, en la vivienda humilde del carpintero Duplay, en la calle Saint Honoré, en la que vivía en una segunda planta recogida la humildad y virtud del Incorruptible. Ya en su presencia, no se dignó dirigirles la palabra. Se sabía omnipotente y despreciaba como a sabandijas a estos seres que no compaginaban con su ser soberbio e intransigente. Los sabía corrompidos y además ateos.

Al cabo de un rato interminable, como pudieron salieron del paso, mientras Robespierre continuaba su dispendiosa *toilette* . Humillados y despreciados, sabiendo que ya no tendrían cabeza en cuestión de horas, como las hienas acorraladas, Fouché salió a trabajar. Se conocía los recursos de la traición y era experto en el conocimiento de la miserable condición de la especie humana. Febrilmente visitó, en lo que le quedaba del día, uno a uno, a los miembros de la Convención; y cuando el día se le acabó, continuó con la noche y luego con la madrugada. El planteamiento era sencillo pero había que saberlo decir con el talento despreciativo de José Fouché: había que escoger entre la vida de cada uno y la del monstruo soberbio que había matado a Dantón y a Desmulins y a su mujer, dejando un hijo huérfano del cual había sido padrino. Nada detendría a este dictador como no fuera una aplicación de sus propios métodos. Y todos convinieron en que era necesario, antes de soportar el golpe, anticiparlo y aplicarlo a Robespierre y a

su camarilla. Febrilmente la conspiración se fue abriendo camino. Todos estaban llenos de temor, pero definitivamente decididos.

La Convención comenzó a sesionar a las once de la mañana del día 8 Termidor -26 de julio- y Robespierre pidió la palabra. Había escrito y pulido casi toda la noche anterior un discurso que resultaba ser como el canto del cisne. En esa pieza retórica prevalece como la premonición de la muerte y su martirio. Casi se palpa el sentido del fin próximo. Sabe que está en marcha una conspiración y conoce los nombres. Pero cuando es preguntado por ellos, guarda silencio. Defiende su misión revolucionaria y su destino y mira con desprecio la posibilidad de morir como parte de él.

> ¿Quién soy ? Soy un esclavo de la patria, un mártir viviente de la república, la víctima del azote del crimen….Las faltas de los otros son disculpadas, mi celo por la patria es vista como un crimen.
>
> (…) Un representante del pueblo no puede renunciar a la obligación de defender los intereses del pueblo. Ningún poder puede arrebatarle esto. Solo la pérdida de la vida podrá acallarlo.
>
> (…) Mi corazón es fuerte, mi alma es decicida. Nunca he sabido doblegarme ante el poder de la bajeza y la corrupción. .. Si algo puede reprocharseme es que nunca he dicho sí cuando mi conciencia me decía que debía decir no… y de no haber dado mi corazón a los poderosos de mi provincia, de quienes siempre me he creído independiente… Ese, queridos compatriotas, es el hombre que os está hablando.

El discurso era reiterativo, siempre alrededor de la defensa de su obra como el vocero del pueblo, su representante en la Revolución. Analiza como un estadista la economía y vuelve a la carga contra los criminales y sus enemigos. Dura dos horas hablando en medio de la expectativa de los convencionistas, que mentalmente maquinan. Pero no es el momento de dar el golpe. Y Robespierre, ligeramente fatigado, abandona el recinto.

En horas de la noche repite el mismo discurso en el Club de los Jacobinos y se va a su casa. Está cansado. Sufría con frecuencia de crisis emocionales internas, en las cuales buscaba el alejamiento. Su gran amigo Sant Just , que también algo presentía, se encierra en la misma Convención, que funcionaba en las Tullerías, en el Salón Verde, y escribe y pule casi toda la noche el discurso que habrá de pronunciar al día siguiente.

Ya para entonces, el 9 termidor -27 de julio de 1794-, todo está orques-

tado y listo. No solo Fouché está en el complot, sino la gran mayoría de la asamblea, que preside el sanguinario Collot d´Herbois, aquel que había ido a la pacificación de Lyon. Ha sido elegido presidente de la Convención hace un mes, y está comprometido hasta el alma en toda la maquinación, sabiendo plenamente que él es uno de los seleccionados para la próxima horneada de la guillotina, que ha sido desplazada de la entonces ya conocida como la Place de la Revolution, antes Place del Trone, a las afueras de París. Por su parte los del equipo del dictador tenían el plan de, pronunciado el discurso de la víspera por el propio Robespierre y digerido el mensaje, hoy debían de iniciarse los trabajos con el discurso de Louis Antoine de Saint Just, miembro así mismo del Comité de Salud Pública. Este Comité estaba en abierta discordia con el Comité de Seguridad Pública. Los de este último estaban resentidos con los primeros que querían ejercer la hegemonía de hecho. Y he aquí que un extremista como Saint Just, en esta ocasión está en plan de restablecer la armonía con sus colegas.

Al iniciarse la sesión, éste pide la palabra, que el presidente Collot le concede. Pero no había realmente iniciado su intervención, cuando, para un punto de orden perfectamente planeado, pide la palabra el diputado Jean Lambert Tallien, que D´Herbois no vacila en concederle. Y muy lejos de proponer el punto de orden reglamentario, Tallien enfoca toda su artillería retórica contra Robespierre y contra Saint Just. La Convención es el reino de la retórica. Todos son oradores portentosos, aunque sus discursos, engolados y cargados de adornos lapidarios, eran previamente escritos y leídos. Muy pocas veces un orador improvisada su discurso. Tallien, por supuesto, era un gran agitador y su discurso se oía en el recinto con especial admiración. Sobre todo de los comprometidos. Es entonces cuando los propios miembros de la Convención gritan airados: *"Abajo Robespierre", "Muera el tirano"*, y levantan los puños con decisión.

Robespierre, que no esperaba que las cosas ocurrieran de esa manera, se levanta de su curul y va a la tribuna que tanto conocía, su escenario natural, y trata de arrebatar la palabra al orador. Pero ocurre un fenómeno muy singular: no puede hablar. No salen las palabras y se anonada. En ese momento alguno le grita: "*Estás ahogado con la sangre de Danton",* y vuelve a sentarse. Es a partir de este momento en que se opera la derrota. La Convención ordena su arresto, sin que sea necesario un juicio. Y lo ponen preso a él y a Saint Just, El hermano de Maximiliano, Agustín, pidió en solidaridad ser detenido igualmente, y fue detenido, al igual que Levas y Couthon, el

dinámico revolucionario extremista que ahora, después de una meningitis, se movilizaba en una silla de ruedas. Mientras se los llevan con destino a la cárcel fuertemente custodiados, los diferentes oradores van desfilando por el estrado produciendo feroces ataques al terrible revolucionario caído. La Convención sesionará toda la noche.

Paralela a la Convención seguía funcionando la Comuna, que era afecta a Robespierre y controlaba todas las cárceles de París. Y cuando van llevando a los presos a algunas de ellas, la guardia se negó a encarcelarlos, de manera que, reunida la Comuna en el Hotel de Ville –es la alcaldía de París-, los prisioneros son llevados allí, en donde los colocan, se diría que cómodamente, en una de las oficinas. Se espera que tanto la Comuna como la guardia municipal de la capital se levanten y restauren en el poder al líder altivo y soberbio de la víspera, hoy un poco atribulado y desorientado. David P. Jordan[106] describe estos sucesos así:

> Los cinco hombres declarados fuera de la ley se mostraron tan incapaces de salvarse como París de salvarlos. Estaban sentados en la sala del primer piso de la Comuna, como pasmados. Saint Just parecía sumido en un estupor impotente; él, que junto con Le Bas había dado nueva vida al ejército de Alsacia, que había instalado la guillotina en Estrasburgo para restablecer la autoridad del Comité de Salud Pública en esa ciudad rebelde, que había destruido a los sátrapas de la región y que había rechazado orgullosamente un pedido austríaco de conversaciones con estas palabras: "La República francesa toma de sus enemigos el plomo y se los devuelve: nada más. " Le Bas parecía igualmente postrado. Couthon, que a pesar de una meningitis paralizante (y progresiva) que lo obligaba a andar en silla de ruedas y le infligía continuos dolores, en su departamento natal de Puy de Dóme, donde había sido enviado por el Comité de Salud Pública, había reclutado tropas y abastecimientos en una región muy alejada de París y sus problemas, que había ejercido su indiscutida autoridad como procónsul revolucionario con un vigor mechado de bondad, Couthon también se mostraba impotente.
>
> (…) A las dos de la mañana las fuerzas nuevamente reunidas de la Convención se dirigieron al Hotel de Ville. Cuando los guardias irrumpieron violentamente en el cuarto donde funcionaba el Comité insurreccional y se habían refugiado los cinco hombres, Agustín Robespierre saltó por una ventana y cayó a la calle, casi matándose. El indefenso Couthon intentó moverse, pero cayó por una escalera de piedra y se hirió en la cabeza. Saint Just, inmóvil, se entregó sin luchar. Le Bas dio una de sus pistolas a Robespierre, se disparó con la otra y murió casi enseguida.

[106] Robespierre el primer revolucionario, Vergara grupo Zeta

Robespierre se disparó en la mandíbula inferior. Quedó vivo, aunque gravemente herido.

Sobre el suicidio frustrado de Robespierre, muchos historiadores están en desacuerdo. Y es de pensarse que si así hubiera sido, éste se habría disparado a la cien o al corazón, pero no a la mandíbula inferior que cualquiera sabía –Robespierre era abogado- que no lo iba a matar y sí a causarle grandes dolores y destrozos. La versión más acogible es la que sostiene que cuando entran al sitio donde se encrontraban los declarados fuera de la ley las fuerzas de Paul Barras, perfectamente instruidas por su jefe, un soldado cuyo apellido o apodo era Merde, le disparó de inmediato al dictador sobre la cara. De hecho este soldado siempre se jactó de haber sido él el autor de ese disparo.

El proyectil destrozó hueso y molares e inundó de sangre la camisa de jubón y la levita brillante. El dolor era intenso y la inflamación llegó de inmediato. Como no había ni botiquín ni medicamentos, solo intentaron detener la sangre con papeles de oficina. En una camilla los llevaron a las Tullerías, en donde los pusieron fuertemente custodiados en un salón. Pero les hicieron curaciones con vendajes a los dos heridos. La Convención seguía en sesión permanente. Ordenaron un registro y unas anotaciones y los mantuvieron en la antesala de la muerte mientras amanecía. La guillotina fue de nuevo trasladada a la Plaza de la Revolución el 28 de julio muy temprano y se dispusieron tres carretas, entre tanto se anunciaba profusamente en todo París la ejecución. Y el desfile se hizo en una mañana gélida. Robespierre había olvidado su dolor y la amargura de ese trance, al que él había mandado a tantos. Eran con él veintidós condenados.

Asumiendo una dignidad confundida con la impotencia, se fueron agotando las cuadras para llegar a la plaza. Lo curioso es que entre toda la muchedumbre que antes ovacionaba los discursos eléctricos de este líder revolucionario, no hubo uno solo que intentara, así fuera con gestos, un acto de liberación. Se diría que rápidamente, en las pocas horas de la caída, el pueblo había cambiado sus afectos por la indiferencia. Al subir las seis gradas de madera hasta la plataforma, el verdugo arrancó de un tirón brutal el vendaje que cubría parte del maxilar inferior de Maximiliano Robespierre; y la herida volvió a doler con toda intensidad y a soltarse en sangre. El reo hizo un gesto de contracción automático y exhaló un grito agudo de dolor que a nadie importó, mientras, con gran premura, el verdugo Samson le sujetó el cuerpo con las correas a la tabla batiente, que inmediatamente se

dobló horizontal y se llevó hasta la curva de la tabla fija, asegurada a su vez con otra movible complementaria; y en menos de quince segundos, la afilada hoja en sesgo cayó sobre la nuca de aquel hombre que hasta ayer había sido tan rígido y frío como esa cuchilla. Su reinado del Terror había durado menos de un año, trescientos días para ser más exactos.

Caído y muerto Robespierre, la Revolución retornó a un período de distensión y tranquilidad. Las cárceles se abrieron para los presos políticos. Pero Miranda, inexplicablemente, continuaba seis meses después en La Force, no obstante todos los memoriales de defensa escritos por él mismo y los buenos oficios de sus numerosos amigos. Es lo más creíble que Fouché, triunfador en la intriga que determinó la caída de aquel, poderoso en el gobierno nuevo en el que llevaba el mando Barras, hubiese mantenido una telaraña de insidias contra Miranda, movido por los celos en los amores de doña Delfina, a los cuales él se asomaba con impulsiva pasión. De hecho esta fue causa para que el siniestro personaje hubiese mantenido siempre un odio perseverante y maligno contra el caraqueño. Solo en enero del año siguiente, 1795, después de haber dirigido varias representaciones a la Convención, logró volver a la libertad reivindicado.

No solo fue la libertad, sino que la Convención, en un acto justiciero, ordenó que se le pagaran los sueldos y pensiones a que tenía derecho. Un mundo de dinero: 24.000 libras en contante y sonante y otras 35.000 en especies. Y a pesar de que no todo se le pagó, de todas maneras Miranda gozó de una abundancia transitoria. Se compró un piso que mantuvo hacia el futuro a pesar de las dificultades que lo asaltaron adelante. Quedaba cerca de las propias Tullerías, y allí pudo instalar todo lo que en sus largos viajes había ido adquiriendo como elementos de arte, fuera de su ya monumental biblioteca. Allí estaba también la vajilla de plata que había traído de Rusia y que él enseñaba con magnificencia en las innumerables comidas y reuniones sociales a las que convidaba a lo más granado de la nueva sociedad francesa. Especialmente, por supuesto, a la intelectualidad con la que el suramericano tenía sus brillantes conversaciones en las que deslumbraba con su cultura ecuménica y su don de palabra.

Se dice, como una murmuración general, que Miranda se ha vuelto un hombre riquísimo. Mencionan que en su misión en Bélgica había encontrado un tesoro –parte del saqueo- que había guardado muy bien y ahora disfrutaba, sin que nadie le pudiese probar nada.

Un poeta danés de nombre Juan Manuel Baggsen, visitante de Miranda,

sale de allÍ a escribir: "Miranda se dedica a las Musas y a las Gracias en una habitación verdaderamente encantadora; tiene la más selecta biblioteca; el visitante puede en verdad creer que está en Atenas en la casa de Pericles."

La inteligente duquesa de Abrantes, de la nueva nobleza, amiga de Napoleón y de Miranda, relata una conversación que tuvo con aquel en la que ese joven general de entonces se refiere a Miranda así:

> Un día nos dijo Napoleón: comí hoy en la casa de un hombre notable. Creo que es un espía de Inglaterra y España a la vez. Vive en un tercer piso que él ha amoblado como la residencia de un sátrapa. En medio de su lujo, se queja de su pobreza, y luego nos ofrece una comida preparada por Keo y servida en platos de plata. Es esta una circunstancia extraña que me gustaría que me explicasen. Comí allí con personas de la mayor importancia. Me gustaría volver a encontrarme con una de ellas: es un Quijote, con la diferencia de que no está loco. Cuando mi madre preguntó su nombre, contestó: ¡Es el general Miranda; ese hombre tiene fuego sagrado en las venas!

Y luego agrega la misma duquesa sus propias observaciones:

> Miranda era de facciones y figura poco comunes, más bien por su originalidad que por su belleza; tenía el ojo de fuego de los españoles, la piel bronceada y labios finos y espirituales, aun en el silencio; su rostro se iluminaba en cuanto empezaba a hablar, cosa que hacía con inconcebible rapidez. En las profundidades de su alma debe anidar la llama de un fuego sagrado.

Se inicia en Francia una nueva era derivada de la Revolución. El Comité de Salud Pública pierde su importancia y en su lugar se erige el Directorio, que preside Paul Barras, quien ha sido el autor de la detención y muerte de Robespierre y su camarilla. Hay una concepción de la vida diferente y se abren espacio la frivolidad republicana de mujeres hermosas y fáciles, que ostentan nuevos títulos nobiliarios, viudas la mayoría de la época del Terror, o jóvenes que se inclinan ante los nuevos amos en una prodigalidad de favores hacia los hombres que han logrado sobrevivir a aquellos meses de terrible furor revolucionario.

Una de esas mujeres, aun hermosa, es una criolla nacida en Martinica, viuda del general y conde Beauharnais, madre de dos hijos, que merodea en la mesa –y en el lecho- del nuevo jerarca, y se llama Josefina Pascher de la Pagierie. Barras, que es disoluto, goza de la veteranía en materia amoro-

sa de la viuda. Otra de tales viudas es Delfina Custine, en la que pone sus ojos el hasta ayer virtuoso marido, José Fouché, hoy poderoso intrigante del Directorio, con título nuevo de Conde de Otranto. Desde ese momento se perfila como nuevo ministro de Policía, cargo que fue suyo durante toda la época de Napoleón y luego en la restauración de la monarquía. La mujer de Pétion, aun bella, también hace parte de esta nueva era. Madame Stäel es una intelectual, escritora brillante, con un salón famoso por sus tertulias literarias, enemiga de Robespierre y luego de Napoleón. Todas, menos Josefina, son allegadas a la tertulia de Miranda, cuyo único mérito en esa época radicaba en el esplendor de su cultura y su charla. Y gran parte de ellas son sus amantes ocasionales, sin compromiso diferente al placer de los sentidos. El mérito de cada uno, por supuesto, era flor de un día, sin que nadie ostentara su pasado.

Por esa época Miranda se prenda de una joven francesa llamada Francoise Potier, a quien hace ama de llaves, como en Londres ocurrió con Sara Andrews. En realidad era la compañera, discreta y complaciente.

En ese ambiente de disipación, los jerarcas se corrompen y tratan de hacer fortunas. Nuevas fortunas a costa de las antiguas fortunas. Se diría que la historia tiene predilección por el caos y la corrupción. Y por supuesto Barras es proclive a todo vicio.

A su mesa llegan los poderosos, las mujeres, los que quieren consolidar un estatus y los que quieren hacerlo. Uno de esos comensales es el general de 26 años, con el vestido un poco raído, que se había distinguido en el sitio de Toulon, Napoleón Bonaparte, quien pacientemente se humilla en espera.

El 5 de octubre de ese 1795, las masas desencantadas de los jolgorios de la democracia, el desorden y los desafueros, se rebelan y se levantan buscando reimplantar la monarquía. Podría ser otra toma de La Bastilla.

Barras, entregado a sus placeres, no está preparado para afrontar este incidente, y piensa en ese general tan joven que está siempre buscándolo en procura de una oportunidad. Conoce bien lo que hizo en Toulon. Lo llama y le da el mando de la guardia que defiende a París. Entonces, sin más miramientos, Napoleón se coloca al frente de las Tullerías, donde todavía sesiona la Convención, emplaza sus cañones y dispara con todo el estruendo hacia la multitud. Todos se desbandan en medio de un reguero de cadáveres y heridos. Se acaba el problema, para satisfacción del Directorio, y todos quedan contentos. En adelante no habrá ninguno que no sepa cómo es la cosa con ese general venido de Córcega.

Consolidado el gobierno, se promulga una nueva Constitución que trata de redimir los excesos libertarios de las anteriores y frenar el desenfreno popular. Llega a tal extremo la nueva Carta, que se prohíbe la Marsellesa y la igualdad entre los ciudadanos. Desaparece el derecho laboral y el de insurrección, conquistas que siguen, aun hoy, siendo fundamentales para la especie humana. El poder ejecutivo, que en un sistema parlamentario antes tuvo la Convención, que se disuelve, pasa a la institución del Directorio, compuesto por cinco miembros; y se instituye en un sistema bicameral, un Senado y una asamblea. Todos tienen un período de cuatro años.

La guerra ha terminado a favor de los franceses, y como consecuencia se firman entonces los tratados de Basilea en el que interviene Prusia y luego España. Ésta, significativamente, hace entrega a Francia de la isla La Española, con Santo Domingo y Haití incluidos, que pasan por supuesto a ser colonias francesas. Con Holanda se firma el Tratado de La Haya.

Y mientras todas estas novedades se van dando en el curso de los acontecimientos históricos franceses sin que para nada cuente el antiguo teniente general americano Miranda, éste, gozando de una relativa fortuna económica, no solo se dedica a las tertulias y a la buena mesa, sino que se convierte en el epicentro de todos los que de Suramérica llegan a París y andan, como él, en el plan de libertar al continente de la sumisión a España, que se halla un poco o mucho debilitada por el nuevo cauce de la política europea. Su apartamento es un laboratorio del pensamiento y de la preparación de la acción. En realidad Miranda nunca estuvo en la molicie o inacción.

Todos los emisarios americanos son llamados por Miranda en su diario Comisarios de América. Son muchos. Rumazo[107] menciona al cubano Pedro José de Caro, que habría de convertirse en un traidor, el chileno Manuel José de Salas; el peruano José del Pozo y Sucre; el quiteño Joaquín de Orellana; los comisarios de Caracas, Manuel Gual, N. Palacios, N. Sorondo y N. Zinsa; Palacio Ortiz y Manuel Trujillo, de Bogotá; N. Capelo, de Guayaquil; Juan Casas, de Paiva, Gabriel Lardizábal, de Potosí; Francisco Ruíz y Juan Ascanio, de Guamanga; N. Lanza, de Panamá; el canónigo Victoria, de México; Bernardo Riquelme (Bernardo O´Higgins), de Santiago de Chile; Pedro Fermín de Vargas, del Socorro Nueva Granada, y Cesáreo de la Torre, de Lima. Muchos otros nombres han quedado en los ámbitos de la reserva: Bejarano, Antepara, Rocafuerte, y tantos más.

[107] Autor, ob. cit.

Miranda pasa el año 96 en París en esta intensa actividad, mientras en América Latina están sucediendo hechos que son hitos o jalones de la maduración del pueblo hacia su independencia, como un fenómeno continental acorde con el conjunto de sucesos que están marcando el advenimiento histórico de una nueva era. Pero no se desentiende de la política ni de la observación del fenómeno francés, en el que va tomando cuerpo la presencia de ese Napoleón que había visto en él la afición al lujo de un sátrapa, pero al mismo tiempo la presencia de un quijote cuerdo, con fuego en la mirada.

Estudioso como es, un día de julio presenta a la opinión pública un pequeño opúsculo que titula "*Opinión del General Miranda sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes para sus males"*. En él hace un estudio muy serio y profundo sobre los efectos de la Revolución y su tránsito al despotismo. Cita datos y cifras de la economía y critica la actual frivolidad del Directorio, como un gran contraste pernicioso entre el Terror y la debilidad. Y por supuesto condena las anexiones hechas en tierra americana. *"Cuan respetable se haría Francia el día en que abandonando todas sus conquistas, estipulase el bien de la humanidad y preparase todas las vías a propagar la sana libertad."*

El escrito es leído por toda la opinión pública. Es época en la cual la libertad de expresión se hace realidad y la gente, sin otra diversión, lee novelas en los propios periódicos y todas las noticias y opiniones. No existe la televisión ni el cine. Y por supuesto las críticas caen mal en el seno del Directorio. Ya para entonces Fouché ha alcanzado el Ministerio de Policía y ha creado una red secreta que en silencio todo lo vigila e interroga y abre las cárceles. Los informes secretos de la policía de Fouché lo vinculan con el plan subversivo de unos monarquistas y se determina su arresto y el de otras personas. Miranda se esconde, pero al cabo de unos días lo capturan. Lo someten en los calabozos a largos interrogatorios y su vivienda es allanada. Pero en su favor interviene su amigo el senador Jean Denis Lanjuinais, que sabe que no es ningún conspirador ni puede ser monárquico un hombre que ama y vive para la libertad. Y nuevamente se comprueba su inocencia y es dejado en libertad.

Pero Fouché, todopoderoso, ordena su expulsión del país como extranjero. Contra esa decisión son interpuestos recursos que van al Directorio; y mientras se desatan, le llega una notificación para el pago de unos impuestos como ciudadano francés. Miranda escribe en los periódicos un artículo en su defensa en el que plantea su extraña situación: "*¿Qué juego es este ? Si*

soy francés por qué se me expulsa como extranjero ? Y si soy extranjero por qué se me cobra un impuesto como francés ?" La cuestión es que no lo pueden expulsar. Pero Fouché la asigna un policía que lo siga a todas partes. Miranda se divierte con él y se le escapa cuando quiere. Así van pasando los años 96 y 97, en los cuales Miranda, fuera de defenderse de la contumelia, trabaja con intensidad en las cosas de su país y en la lectura de los nuevos libros que van apareciendo.

Pero le llega otra orden de arresto. Fouché ni descansa ni olvida. Es tenaz e insistente. Piensan, como lo creía Napoleón, que el dinero de Miranda es a causa de que es un doble espía de Inglaterra y España. Y finalmente lo detienen y es sometido a nuevos interrogatorios. El senador Lanjuinais de nuevo aboga por él, porque lo conoce bien y finalmente es llevado ante un juez que declara, como los anteriores, su inocencia y libertad.

Al salir de la cárcel regresa a su casa y adopta un nuevo modo de vida más austero. Por aquella época conoce a un hombre legendario: un español nacido en el Perú, don Pablo de Olavide y Jáuregui, conde de Pilos, Fue muy rico, como que su padre tenía en el Perú unas minas de oro y plata. Amante de la Ilustración, luchador de la libertad, perseguido y condenado por la Inquisición y refugiado en la Francia revolucionaria. Escritor apasionado, hombre de exquisita cultura, que hizo parte, con otros personajes entre los cuales estaban Manuel Cortés de Campomanes, José Marchena, Mariano Picornell, Ramón de Salas. José María de Lanz, Sebastián Andrés y José Manuel de Hevia, en esa España de Carlos IV, de lo que el escritor José Manuel Fajardo[108] ha llamado la Epopeya de los Locos. Iluminados, resueltos, libertarios. Olavide tiene setenta y dos años, y es un hombre precario de salud. Hace largos encuentros con Miranda y participan sus sueños comunes. Olavide lo alienta para que no desfallezca en la búsqueda de la libertad de su patria y Miranda afianza sus proyectos y promete servir a ellos hasta la muerte.

Por cierto un tiempo después Olavide es reivindicado por al gobierno español. Se reconoce el error cometido con él y se lo invita a volver a España donde se le restituyen sus bienes de los que había sido privado. Y regresa a morir en paz.

Han ocurrido en Venezuela algunos acontecimientos que buscan la emancipación. En el 95, en Coro, se ha levantado el afrodescendiente José Leonardo Chirinos, auxiliado por los haitianos, y busca, a base de machetes

[108] José Manuel Fajardo, escritor español, *La epopeya de los locos*, Ediciones B, S. A. 2002, Bailén Barcelona

y unos cuantos fusiles y mosquetes, derribar al gobierno real e instaurar uno de clase, integrado por los negros y los indios, en una reivindicación contra los mantuanos opresores. Sus acciones llegan a muy poco, porque es aplastado sin misericordia, puesto preso, juzgado para ejemplo de los demás, y descuartizado salvajemente para escarnio público.

Manuel Gual, compañero escolar de Miranda, su amigo y corresponsal hasta la muerte, a su vez soñador impenitente, en compañía del también venezolano José María España, hace un levantamiento muy curioso ayudado por los españoles de la *epopeya de los locos* Mariano Picornell, Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés, que han llegado prisioneros del gobierno español a La Guaira, en un destierro que buscaba retirarlos de la influencia que pudieren tener en la península. Desde la cárcel se levantan y sublevan a los presos, aprisionan a la guardia y entran en acción con los patriotas que logran levantar Gual y España. Todo, por supuesto, un desastre. Gual y Picornell logran escapar a las Antillas. Los demás deben seguir la suerte de Chirinos. Gual huirá a Trinidad, desde donde mantiene un cruce permanente de cartas con Miranda, hasta 1802, año en el que será envenenado por cuenta del gobierno español. Picornell, de isla en isla, logrará sobrevivir hasta la llegada de Miranda a la revolución venezolana y asumirá el cargo público que en esos momentos tiene Fouché en Francia. Ya se hablará más de esto.

Y tiene lugar, precisamente en ese año 97, en la capital de Francia, una muy importante reunión de "comisarios de América". Se dice que el neogranadino Antonio Nariño, el otro gran precursor, que había escapado del barco que lo llevaba prisionero en la bahía de Cádiz, como se vio en la primera parte de esta obra, había llegado hasta París en busca de contactos. Y por supuesto estuvo en comunicación con Miranda, al que conocía de oídas. Nariño era un hombre muy similar a éste. De gran cultura ambos, escritores fáciles, oradores y conversadores de agudo ingenio, atravesando casi toda la vida las amarguras de la calumnia y las falsas acusaciones, pero perseverantes en la lucha inagotable. Marcados por el sino fatal de la desventura, pero pensando sin pausa en la libertad de sus patrias.

Son en realidad dos vidas paralelas al estilo de las que escribió Plutarco. Y solo se vieron esa vez en París, en la reunión de comisarios, que terminó con la sucripción de la que se conoció como la Carta de París.

Rumazo[109] apunta respecto de ella:

[109] Autor, ob. cit.

Parte de esos delegados llega a París, donde se realiza, también en conciliábulo, otra junta y se redacta un documento que consta en la historia como el Acta de París. Se han protocolizado en ella, muy concretamente, la esencia y los fines del espíritu revolucionario que los impele. Programar es entrar ya en acto concreto. A fin de que no haya compromiso sino para pocos, el Acta es firmada únicamente por tres: Miranda, el chileno Manuel José de Salas y el peruano José del Pozo y Sucre (27 de diciembre de 1797). Actuaron los presentes a nombre de "las ciudades y provincias de Suramérica", con sentido americanista general, ya que no citaron su procedencia personal. (…)

El texto del acta fue preparado por el propio Miranda, pero con la cooperación y opinión de Nariño, Iznardi, Caro y Bejarano. Hizo de secretario Dupérou, ¡Un traidor! Los dieciocho puntos pueden condensarse así: instar a la Gran Bretaña para que apoye a las colonias hispanoamericanas, que han decidido proclamar su independencia. La cooperación que se espera del gobierno británico consistirá en fuerzas marítimas y terrestres. América recompensará el beneficio recibido con una suma de millones de libras. Se hará una alianza defensiva entre Inglaterra, los Estados Unidos y la América Meridional; con Inglaterra especialmente se firmará un tratado comercial con las cláusulas de nación más favorecida. Se abrirán los canales de Panamá y Nicaragua. A los Estados Unidos se les garantizará la posesión de las dos Floridas y aun la de la Louisiana; en cambio proporcionarán 5.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería mientras dure la guerra de liberación. De las islas de Las Antillas, se conservará preferentemente Cuba. Las operaciones militares y los arreglos con Inglaterra y los Estados Unidos "serán confiados a la experiencia consumada, a la pericia y al patriotismo de nuestro compatriota y colega don Francisco de Miranda; los importantes servicios que desde hace quince años viene prestando a la causa de la independencia de nuestra patria, le dan títulos y derecho incontestables para ese cargo". El deseo es que comiencen las operaciones militares en el istmo de Panamá, en la Costa Firme. Miranda y Pablo Olavide quedan encargados de nombrar agentes civiles y militares que los ayuden en su misión; de solicitar empréstitos y de obtener de Inglaterra los equipos militares necesarios para 20.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería. Se advierte que Pablo de Olavide hállase en estado precario de salud (tiene 72 años y vive en Orleáns); por su ausencia, actuará Miranda solo. Y se especifica que "el principal agente don Francisco de Miranda ha tenido que vivir en el más absoluto retiro a fin de sustraerse a los efectos del destierro con que se castigaba hoy a todos los ciudadanos que se distinguen por sus méritos y talentos.

Es pues, a partir de ese momento, el 27 de diciembre de 1797, que Francisco de Miranda queda investido formalmente de una representación ameri-

cana. Poco le queda para hacer en París, en donde afronta, no solo el peligro permanente de los odios de Fouché, sino que además, como se ha firmado un nuevo tratado entre el gobierno francés y el de España que garantiza la paz y la cooperación de ambos países, que es el conocido como de San Ildefonso, está en peligro permanente de ser capturado a requerimiento del rey Carlos IV. En virtud de ese tratado el Directorio sabe ya, a ciencia cierta, que Miranda no es un espía de aquel país como lo pensaban sus enemigos, porque precisamente lo primero que ha hecho el gobierno de Godoy es pedir su captura y traslado a España.

Su paso siguiente, pues, es el regreso, con muchas precauciones, a Inglaterra, donde sigue gobernando el Primer Ministro William Pitt. Su apartamento de París continuó abierto y a cargo de la fiel y bella Francoise.

XI

OTRA VEZ EN LONDRES. LA LARGA ESPERA. LA CARRERA VERTIGINOSA DE NAPOLEÓN. ITALIA, EGIPTO, EL CONSULADO. CÓNSUL VITALICIO, EL IMPERIO. TENSIONES EN EUROPA. TEMORES DE INVASIÓN A INGLATERRA

En medio de las tensiones –el miedo no lo conoce-, sabiéndose en grave peligro de ser entregado a los españoles, Miranda se manda a hacer un pasaporte ruso falso, por supuesto con nombre cambiado. Se pone una peluca, en tiempos en que casi todos los hombres la usaban, y se instala unas gafas de color verde. Levanta su equipaje con su archivo personal que ha hecho durante esos activos años de vida en Francia, en el carruaje que lo lleva a Calais. Le acompaña amorosamente su ama de llaves Françoise. En el puerto, rápidamente toma el barco hacia Dover. Al entrar a esta ciudad el 11 de enero de 1798, en los retenes aduaneros del puerto, un policía sospecha del pasaporte y revisa el equipaje. Rápidamente se da cuenta del engaño. Miranda está atrapado con un pasaporte y nombre falso. Grave trance para cualquiera en cualquier lugar del mundo. En Inglaterra, por supuesto, también. Pero Francisco de Miranda no se asusta. Del fondo de su pecho saca una voz persuasiva de mando y le dice el policía: "*Sí, está bien. Soy el general Miranda. Pero necesito de inmediato comunicarme con el Primer Ministro Pitt. Tengo un mensaje muy urgente para él. El gobierno me conoce ampliamente y aprecia. Permítame mandarle un recado."*

El policía lo miró en compañía de los otros y supo que no mentía. Algo en el porte de aquel hombre le infundía esa convicción. Y sin más, le dijo que sacara del equipaje lo que necesitara de urgencia, buscara una posada y enviara el mensaje. Así lo hizo Miranda. Escribió dos cartas, una a su entrañable amigo Jhon Turnbull, y la otra al señor Pitt, para que le fuere entregada por aquel. Sabía que el ministro estaba dispuesto a oírlo una vez más, porque uno de los Comisarios de París, el cubano Pedro José de Caro, en su nombre le había escrito varias representaciones a Pitt y lo había encontrado

receptivo. Los tiempos habían cambiado y ahora estaban nuevamente en guerra con España, aliada de Francia.

Y efectivamente Turnbull realizó las diligencias y el Primer Ministro, a través de su secretario el señor Smith, le hizo envío de un pasaporte. Miranda pues recuperó su equipaje y partió hacia la capital donde se hospedó en casa de Turnbull, quien le tenía preparada la entrevista con el primer ministro en el 10 de Downing street, si era de mañana, o en la residencia campestre de Hollwood, en la que ya había estado Miranda hacía ocho años, si era de tarde. Todo era promisorio.

Miranda llega en horas de la tarde acompañado de Turnbull. El ministro ha dado instrucciones y de inmediato es mandado a seguir hasta la habitación en que éste se encuentra. Ya en su presencia, Pitt lo recibe con un gran abrazo, como si hubieran sido entrañables amigos. En cada uno de ellos se nota por supuesto el paso de los años, con unas canas que amenazan con invadir las respectivas cabezas. Miranda va a cumplir cuarenta y ocho años en medio de una gran vitalidad. El ministro hace recuerdo de la entrevista anterior y le pregunta sobre la situación de Francia. En realidad está enterado de cada uno de los detalles de la vida allá de su interlocutor. Pitt es un hombre minuciosamente informado de todos los acontecimientos europeos. Pero Miranda le informa brevemente de lo que fue la época de Robespierre y de su cautiverio. Incluso le dice que había publicado un folleto sobre la situación actual de Francia, que para su sorpresa, el ministro le dice que ha leído y le ha gustado. A continuación le inquiere sobre América y la clase de representación que ostenta. Miranda contesta diciendo que todo está listo para dar el grito e iniciar la gesta independentista y en cuanto a sus credenciales, presenta el Acta de París, que el Primer Ministro lee con detenimiento y atención. También le da a conocer el proyecto de Constitución.

Los tiempos han cambiado en relación a España, dice finalmente. Ahora nada nos impide dar la ayuda requerida. Usted, por supuesto, goza de la protección del gobierno de su Majestad. Y al cabo de dos horas, le promete que en el curso de poco tiempo le hará conocer nuevas noticias. Se despide con el mismo afecto, y parte.

En su diario Miranda anota:

> Pitt me recibió muy jovial, felicitándome de mi buena llegada y recordándome que nos habíamos juntado en ese mismo sitio ocho años atrás, con el propio asunto de ahora. Me dijo que ahora las circunstancias eran muy diferentes, pues Inglaterra estaba ahora en guerra abierta con España.

> (…) Me preguntó cuál sistema de gobierno se pensaba establecer en América. Muy semejante al de Gran Bretaña, le respondí, pues debe componerse de una Cámara de Comunes y otra de nobles, y un Inca o seberano hereditario. Muy bien me dijo, pues si se intentase introducir en el país un sistema por el modo de la Francia aseguro a usted que más bien querríamos que los americanos españoles continuasen por un siglo súbditos obedientes bajo el opresivo gobierno del rey de España, que verlos sumergidos en las calamidades del abominable sistema de los franceses. Muy bien, dije, y es precisamente para evitar un contagio semejante y precavernos con tiempo del influjo galo, que hemos pensado en emanciparnos inmediatamente, y formar una alianza con los Estados Unidos de América y con Inglaterra, a fin de combatir unánimemente, si fuese necesario, los monstruosos y abominables principios de la pretendida libertad francesa.

Acababa de nacer, más que una nueva esperanza, una espera larga, muy larga, que se prolongaría hasta el año 1806, y en el que Pitt y Addintong, el otro primer ministro, habrían de mantener un juego de tira y afloje que solo la fe y paciencia de Miranda podía soportar.

Se pone en contacto de inmediato con el embajador de los Estados Unidos, señor Rufus King y le hace portador de varios mensajes al gobierno de ese país recalcando lo que ya ha dicho tantas veces.

Pero en verdad nada era fácil en esos momentos para Pitt, como para pensar en distraerse en una empresa, sin prioridad para Inglaterra, como la que proponía Miranda. El continente está sacudido por las noticias francesas que se relacionan con Napoleón. Pitt, desde su isla, lo observa con sumo cuidado. Lo ve cuando defiende a cañonazos al gobierno del Directorio contra los monárquicos y Barras le retribuye con el mando de un ejército en una expedición contra los austríacos que dominan a Italia, fragmentada en un feudalismo de ciudades. Allá reciben a Napoleón como un libertador. Pitt no se equivocaba al ver en él a un peligroso gran caudillo, por encima del libertino Barras.

Por cierto éste permite a Napoleón gozar de una mujer de su entorno, entrada en años y la que él ya no desea ante otras novedades más frescas; y hasta, con cierta sorna, le permite casarse con ella. Es Josefina, la Criolla. Y lo ve fervientemente enamorado de ella, mientras se engaña pensando que en esta forma lo distrae para que no piense en otras cosas más grandes, en las que, por cierto, sí piensa el Corso.

Regresa de Italia victorioso y cubierto de gloria. París y Francia comienzan a ver en ese general tan joven y de tan baja estatura, una esperanza. Ba-

rrás y el Directorio no lo dejan descansar sino que, previsoramente lo alejan de la escena. Lo envían al mando de otro ejército y una flota de 400 barcos a conquistar a Egipto. Pitt no ha perdido detalle y comienza a preparar la flota magnífica que comanda el almirante Horacio Nelson, rey de los mares, para atacar en cuanto pueda.

Napoleón llega a Egipto y galopa al frente de su ejército en la tundra de arena entre las grandes pirámides. Con enorme emoción exclama: "*!Soldados, veinte siglos de historia os contemplan"*; y con facilidad toma Egipto y lo saquea, por cierto.

Gran parte de las riquezas históricas irán a dar a París, entre ellas la famosa Piedra Rosetta, cuyo lenguaje en signos cuneiformes descubrirá el genio de Champollion. Pero su impulso de conquistador no se detiene allí, sino que intenta extenderse por el Asia Menor. Cuando su flota se mueve, los vigías que tiene montados Nelson la persiguen hasta la bahía de Abukir, al este de Alejandría, en donde dan la batalla. La mortandad es inmensa y la flota francesa queda prácticamente destruida. Solo 4 naves se salvan. Todo esto pasa en 1798.

Pero Napoleón vive y continúa su marcha por tierra, pensando llegar a Turquía y de allí a Francia pasando por toda Europa del Este. En Jafa, con cierta facilidad, vence a los turcos. Empero, llega la peste y debe levantar sus toldas y partir de regreso a Egipto. Los turcos, en número superior, lo siguen de cerca ardidos de la ira. En realidad no saben con quien se están metiendo. Cuando llega de nuevo a Abukir, debe darles batalla; y sus cañones trepidantes hacen temblar la tierra. A los tres mil sobrevivientes de los cañonazos y de la bayoneta calada, los pasa a cuchillo en la anchurosa playa, para no compartir con ellos sus provisiones. Luego expresa: "*Una de las más hermosas batallas: ni un solo hombre del enemigo ha escapado."*

Es por este tiempo que el general Junot, su gran amigo, le informa de algo que ninguno otro se había atrevido a mencionar: las infidelidades de su mujer Josefina. Le cuenta las aventuras de ésta desde Italia al lado de un joven soldado llamado Hipólito Charles. Él es apuesto y musculoso; y Josefina vive con el una prolongada aventura en París, en la Malmaison que, con el dinero que le envía, ha comprado y decorado como un palacio.

Napoleón arde de los celos. La fiebre lo lastima y un deseo depresivo de terminar todo. Y lo que es peor, descubre el juego del Directorio de alejarlo de París. Las cartas además le informan que por la incompetencia de éste, Italia se ha vuelto a perder. Es entonces cuando, de manera temeraria y con-

fiado solo en el destino, decide aventurarse en dos fragatas al tránsito por el Mediterráneo, desafiando la poderosa flota británica de Nelson. Llega a Ajaccio, su tierra natal que nunca volverá a ver, sin que los ingleses lo descubran. De Córcega parte dos días después hacia Francia y llega al puerto de Fréjus. No hace la cuarentena a que estaba obligado, y comido por los celos, parte en un carruaje de noche, sin postas, hacia París. La noticia se riega por todo el país y la gente sabe que en medio de la guardia, en la pequeña caravana que lo acompaña, va el joven general Bonaparte, vencedor de los austríacos y de los turcos. Y lo aplauden. Pero Napoleón solo piensa en Josefina.

Ésta, también enterada de la noticia, sale en un coche reventando caminos a encontrarlo a Fréjus. En mi libro *Momentos y personajes de la historia* [110] relato así este episodio:

> Josefina, temerosa, ha salido a su encuentro, pero por camino equivocado. Napoleón llega a su casa y no la encuentra. Se encierra en su estudio, presa de convulsiones. Josefina, pisándole los talones, también llega. Pregunta por el general. Corre a su despacho. Golpea con el corazón en la mano y con gritos de júbilo. Ha reflexionado y comprendido su error. Pero ya es tarde. La puerta no se abre. Ella pone palabras dulces en sus labios. Napoleón se muerde las manos. La puerta continúa cerrada. Ella suplica entonces. Lleva ya una hora. Dentro de la habitación hay silencio. La voluntad se impone a la pasión. Ella llora. Él, silencioso. Ella se arrodilla, él continúa en silencio. Ella se arroja en la alfombra y sus sollozos pasan por debajo de la puerta. Napoleón se coge la cabeza y llora también, pero no se mueve. Han pasado seis horas. Josefina tiene los ojos hinchados y continúa llorando amargamente. El también, pero no se mueve. Por su mente desfilan los recuerdos torturantes. Las caricias, la iniciación en el amor que Josefina había dejado en él como una impronta. Pero ve a Charles en los mismos sortilegios de pasión, y su voluntad triunfa. La puerta no se abre, mientras pasan las horas de la madrugada, Josefina ya no tiene voz. Su súplica se ha apagado, mas el lamento queda ovillado, como el murmullo de un arroyo. El quisiera correr a sus brazos, pero su voluntad grita: No. Entonces Hortensia, su hijastra, también suplica, y estas lágrimas inocentes y tiernas rompen la fortaleza. Lentamente la puerta se va abriendo, mientras el hombre recuesta sobre la pared su cabeza doblegada por el huracán.
>
> Cuatro días estuvieron encerrados. La sangre latina del Corso se sació con renovado ardor en la caricia, mientras los recuerdos humillantes huían como sombras deshechas por el alba.

[110] *Momentos y personajes de la historia,* Armando Barona Mesa, tomo II.

> Su estabilidad emocional se recobra. Sale y recibe la ovación. Y entre tanto los aduladores se inclinan a su luz, intuye con claridad la caída del Directorio corrompido y mediocre, el 18 Brumario.

Allí, pues, ya estaba un Napoleón hecho a los grandes destinos. El Consulado tripartita, el Consulado solo de él, el Consulado vitalicio y, finalmente, el Imperio.

Ante estos hechos Pitt establece una segunda coalición con Rusia, Turquía y Nápoles.

Entra tanto en España gobierna bajo la pantalla de un Carlos IV perdido entre la mediocridad y la incompetencia, don Manuel Godoy Álvarez de Faría Ríos Sánchez y Zarzosa, duque de Alcudia y de Évora Monte, títulos a los cuales agregaría el de Príncipe de la Paz después de firmar el reciente tratado de paz con Francia. Su gobierno lo ejerce desde la alcoba nupcial del rey al ocupar su lugar al lado de la fea reina María Luisa, lasciva e influyente, a la que le sobraba tiempo para jugar con otros hombres a espaldas de Godoy, de todos modos complaciente. Él era el favorito.

Sus antecesores en el ministerio, el conde de Aranda, estaba desterrado y el de Floridablanca había ido a templar a la cárcel de Pamplona. Godoy, pues, tendría una dilatada participación de diez años, hasta cuando el príncipe de Asturias Fernando daría el golpe de estado contra su padre en 1808, y de allí se desencadenarían los sucesos de Bayona que luego veremos. Ninguno de ellos había olvidado a Miranda.

Éste continúa engañando al tiempo de la espera en la lectura y en las cartas y visitas a personas de alguna influencia. A su lado está el cubano Pedro José de Caro, uno de los Comisarios de París, a quien decide enviar, primero a los Estados Unidos con cartas para el presidente Jhon Adams, quien había sido su contertulio de grandes charlas y al también amigo, el antiguo coronel Alexander Hamilton, Secretario del Tesoro. Caro, después de esa misión, debía seguir hasta Santafé de Bogotá a continuar sus contactos con la creciente generación de patriotas neogranadinos. Pero, una vez hecho a la mar, no logra salir de Europa, porque el navío inglés en el que se ha embarcado es interceptado por un barco francés y él, prisionero, va a parar a Algeciras, en tierra española, de donde logra escaparse a Portugal para de allí retornar a Londres a reencontrase con Miranda. Las cartas, pues, se envían por correo y llegan a sus destinatarios. Adams no se digna contestar. No lo convence la empresa mirandina y cree que todo esto es fruto de viejos rencores del caraqueño. Hamilton si da una respuesta cargada de cortesía y amistad, pero

sin compromiso. Siempre mantuvo viva la correspondencia con Miranda, hasta su muerte en un famoso duelo.

La situación entonces no era prometedora de nada para Miranda. Incluso hubo un antecedente muy significativo por esos días. El Secretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña Lord Grenville, primo del Primer Ministro Pitt, a pesar de las expresiones alentadoras de éste a Miranda, no ha tenido ambages para expresarle al embajador americano, Mr. King, que Inglaterra no apoyará a Miranda, pero lo hará permanecer en suelo inglés. Y le agregó que solamente apoyarían la empresa de la independencia suramericana en el evento, que luego sucedió por cierto, de que los franceses subyugaran a España. Rufus King le cuenta a Miranda esa conversación. Es su amigo personal.

Este, realmente, era el juego del señor Pitt. Engañar y engañar al aventurero soñador, por temor sin duda alguna a que la alianza entre Francia y España pudiere devolverse en un ataque directo a Inglaterra.

En el ínterin prolongado un día su amigo Rufus King le hace entrega de un documento de cuarenta páginas escritas por un jesuita nacido en el Perú de nombre Juan Pablo Viscardo y Guzmán, quien desempeñaba su ministerio sagrado en ese país suramericano cuando la pragmática de Carlos III expulsando a los jesuitas del reino español. Fue expulsado y anduvo por varios países europeos, como casi todos los ex jesuitas, hasta que llegó a Londres donde vivió soñando con la revolución americana, solventado pobremente en sus necesidades por el gobierno inglés del propio Pitt –como ahora lo hacía con Miranda-. Viscardo acababa de morir y había legado sus papeles al gobierno de los Estados Unidos. Entre esos papeles soñadores, estaba el documento de las cuarenta páginas, que llevaba por título: *"carta a los españoles americanos"*. El embajador juzga que ese escrito nada tenía que hacer en las manos de los gobernantes estadounidenses, ya libertados, y que mejor estaría en las de su amigo Miranda, angustiado por la misma causa.

El general lo recibe y comienza a leerlo con enorme emoción. Lamenta tanto que, no obstante haber coincidido en la misma ciudad con el paladín fallecido, no haya tenido la oportunidad de conocerlo. El escrito es erudito, de una prosa limpia y directa, bien cultivada. En un aparte se proclama:

> Nuestra historia de tres siglos acá, es tan uniforme y tan notoria, que se podría reducir a estas cuatro palabras: ingratitud, injusticia, servidumbre y desolación (…). Privados de todas las ventajas del gobierno, no hemos experimentado de su parte sino los más horribles desórdenes y los más

> graves vicios. Sin esperanza de obtener jamás ni una protección inmediata, ni una pronta justicia y sin recursos para reclamarlos hemos sido entregados al orgullo, a la injusticia, a la rapacidad de los ministros, tan avaros, por lo menos, como los favoritos de Carlos V (…). La pretensión de la Corte de España de una ciega obediencia a sus leyes arbitrarias, está fundada principalmente sobre la ignorancia, que procura alimentar y entretener, acerca de los derechos inalienables del hombre y de los deberes indispensables de todo gobierno. Ella ha conseguido persuadir al pueblo que es un delito el razonar sobre los asuntos que imparten más a cada individuo y, por consiguiente, que es una obligación continua la de extinguir la preciosa antorcha que nos dio el Creador para alumbrarnos y conducirnos (…). No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía; si sufrimos más largo tiempo las vejaciones que nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece. Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas cuando mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino quererlo. !Ese momento ha llegado!

Miranda manda a publicar el folleto por la primera vez en español. Luego hará otra publicación en inglés y procurará en todas las formas hacer conocer el pensamiento lúcido de Viscardo. Y el tiempo sigue pasando. 1799 es una nueva espera, en la que nuestro personaje se refugia en la Masonería y crea una Logia en Londres con el nombre curioso de Gran Reunión Americana. Es una logia *sui géneris*, porque ésta era un instrumento de trabajo y lucha por un ideal revolucionario, a deferencia de las otras logias que son solamente especulativas. Miranda la integra solo con americanos que van a Londres y lo buscan como el gran comisionado para agenciar todo lo que tuviere que ver con la independencia de las tierras del Sur de América, los integra en un principio masónico y los hace jurar en las iniciaciones que *repudiarán a todos los tiranos y a las tiranías.* Conocedor del pensamiento masónico y muy a fondo de la Enciclopedia –todos los enciclopedistas fueron masones- entiende que ese es un instrumento incomparable para la lucha independentista, como lo había sido en los Estados Unidos y en realidad se convierte en el padre de la Masonería suramericana.

Dentro de esos mismos propósitos habrá de fundar luego en Cádiz, a la distancia porque no podía acercarse, otra logia llamada Lautaro, en homenaje al caudillo mapuche, de la etnia araucana del sur de Chile, que en la época de la conquista luchó y entregó su vida peleando con los conquistadores. La Logia Lautaro o Lautarina, también conocida como la Logia de los Caballeros Racionales, tuvo sus filiales en América del Sur con otras logias que se llamaron igual, de las que fueron miembros los grandes próceres de la gesta

emancipadora, entre otros José de San Martín y Bernardo de O´Higgins. Fueron logias combatientes, a diferencias de todas las otras logias que no pueden participar en política ni asumir combates. Similares a las logias de los Carbonarios italianos, que eran en realidad paramasónicas y lucharon por la libertad de su patria contra los austríacos. Como Napoleón también era masón, se entendieron con él en la campaña de Italia y lo miraron, como atrás se dijo, como un libertador, aunque después se desengañaron.

Va a terminar el siglo. Miranda ya es un hombre de cuarenta y nueve años que rápidamente se acerca a los cincuenta. Tiene el cabello casi blanco. Pero no ha perdido vigor, ni siquiera con las féminas a las que sigue dedicando gran parte de sus noches. Tampoco ha perdido las ilusiones de la juventud, que son identificables con esa Colombia que el intuye en sus sueños, con la lectura y la correspondencia infatigable con todos los personajes que ha conocido y llevó a la amistad. Catalina ha muerto, y también muere George Washington en su retiro de Mont Vernon en Virginia, su finca campestre en donde vivió con austeridad y sencillez después de haber sido el primer presidente y el libertador de su país. Miranda lo había conocido personalmente, como se narró en el comienzo, y profesó por él la mayor admiración

Pero ¿de qué vive en el centro de una ciudad altamente exigente ? El gobierno británico, para mantenerlo a su alcance, le prodiga una pensión variable, a veces de quinientas libras anuales, en otros períodos solo de trescientas. Miranda se resigna. El cuento del tesoro o del saqueo encaletado que han fabulado sus enemigos franceses, se desmiente por sí mismo ante la realidad de un hombre pobre. No ha podido volver a tener contactos con su familia en Caracas y por lo tanto de ayuda económica de la fortuna de su padre, por la vigilancia de los españoles. De manera que, suplementariamente a la pobre pensión, su amigo de siempre Jhon Turnbull, que cree en él y en que el gobierno inglés finalmente le dará la mano, le sigue suministrando préstamos, cosa que hará hasta el final de su vida en la Carraca, como se vio en el inicio de esta obra. Hay una carta significativa de Turnbull en la que, con delicadeza le dice:

> Adjunto un resumen de su cuenta, que asciende a 1.720 libras, para que la examine tranquilamente; pero puede usted estar seguro de que estamos lejos de proponernos causarle el menor inconveniente dejando de ayudarle en la medida en que materialmente podamos hacerlo. Esta suma considerable la hemos adelantado por pura amistad.

No obstante, pues, esa pobreza, Miranda no decae un ápice en todo su entusiasmo y altruismo, y ha logrado mandar a Trinidad al comisario Pedro José de Caro. Allí está Manuel Gual, refugiado, con el que mantiene constante correspondencia. Ambos son iguales de soñadores y creen en la causa republicana. No es así el cubano Caro, imprudente, hablador y quien trata de introducirse en todo. No obstante que Miranda le ha recalcado: "No se puede suficientemente recomendar a usted la gravedad, discreción, prudencia, actividad, cautela, resolución, audacia y valor que, a tiempo y con juicio, es menester emplear en el manejo de un asunto tan delicado, grave e importante como este."

El hombre, desatendiendo esas instrucciones, trata por todos los medios de hacerse notar y de tomar apuntes de todo, hasta que el gobernador inglés, Picton, creyéndolo espía español, lo detiene y expulsa del territorio. Se embarca de regreso a Inglaterra y va a hacer las protestas ante el gobierno de Mr. Pitt. Después de enviar un memorial, parte para Europa, con el asentimiento de Miranda, dizque a hacer contactos.

Pero no hay tal. Llega a Hamburgo y se presenta ante la Delegación de España, Conversa con el embajador don José de Ocariz y le vende todo lo que posee de Miranda que le ha sido confiado por éste. Miranda le había llegado a tener como un amigo y un patriota. Este renegado moriría en Lisboa cuatro años después muy pobre.

Un caso similar ocurre con el francés Dupérou, que había firmado el Acta de París como secretario. Este hombre le vende copias de todos los documentos que posee de Miranda y su organización a un policía francés de apellido Dossonville, quien a su vez parte para Viena y allí vende lo que ha adquirido al embajador español. Miranda se entera de la traición por el silencio cobarde en que luego incurren este par de personajes. Y si bien las dos vilezas le producen un gran desengaño, sabe que ese es el pobre producto de la condición humana.

Pero compensa el año porque un día, antes de salir para las tierras de Escocia en uno de sus viajes de estudio que no ha cesado de emprender, conoce a una mujer joven y bella llamada Sara Andrews, a quien el llamará cariñosamente Sally; y después de enamorarse de ella y convivir, la hace su ama de llaves. Su eterna y discreta ama de llaves, que le dará dos hijos y cuidará su casa y mirará por él.

Y en este mismo año de final de siglo suceden en Venezuela dos hechos de significación: el primero es la llegada de los dos sabios Alejandro de

Humbolt y Aimé Bompland, en un viaje de estudio que será largo y fructífero por todo el subcontinente. Ambos son científicos y observadores que tendrán contacto con todos los personajes importantes, verificarán las costumbres y el grado político a que han llegado los suramericanos.

El otro suceso impactante es el intento de levantamiento en Maracaibo de un grupo de sediciosos encabezados por el criollo Francisco Javier Pirela, que fue descubierto por delaciones antes de que tuviera lugar; y naturalmente, conforme al duro tratamiento usado, a todos los ajustició el gobierno español. En realidad estas ejecuciones iban cargando de rencor a los patriotas a la espera de un verdadero líder. Miranda veía en ello una firme esperanza, a la que se aumentaban las cartas de Gual en las que éste, siempre soñador, advertía que todo estaba maduro. *"Yo deseo que usted se persuada* –le dice en una- *de la facilidad de la empresa; gracias a la opresión atroz de estos monstruos, la santa indignación es general; la cosa no espera sino un ligero impulso; yo quiero esperar que la lanza de Aquiles curará la llaga que abrió ella misma."*

Miranda, con mucha sabiduría, contesta premonitoriamente conforme al juego engañoso de los ingleses:

> Harto pagados quedaremos si no nos resultare a nosotros, personalmente, más gloria que la de haber trazado el Plan y echado los primeros fundamentos de tan magnífica empresa; delegando a nuestros virtuosos y dignos sucesores el complemento de esta estupenda estructura que, si no me engaño, debe sorprender a los siglos venideros.

Por esos meses Miranda se ha dedicado, además de sus funciones de siempre, a dictar clases en su casa de matemáticas. Un día llega un joven de veinte años proveniente de Chile, llamado Bernardo Riquelme. Él sabía de la existencia de Miranda y va en su busca. Es hijo natural nada menos que del virrey del Perú, don Ambrosio de O´Higgins, un irlandés al servicio de España durante mucho tiempo, y de una criolla chilena llamada Isabel Riquelme. El virrey, que lo reconoce como hijo, lo ha mandado a estudiar con una pobre pensión que no le alcanza. Riquelme es un muchacho lleno de ideas e ilusiones, lector infatigable y republicano. Miranda se convierte en su maestro y lo introduce a la Logia, al tiempo que le da una formación intelectual y un adoctrinamiento para que emprenda la lucha en su país por la independencia. Está a su lado casi un año, al cabo del cual, como su padre no le envía más dinero, siguiendo sus instrucciones debe irse a España. Hay

una despedida muy sentimental con su maestro, el cual le entrega un documento que resume la fe masónica y los consejos para la lucha futura. Casi como un padre le dice:

> Al dejar la Inglaterra no olvidéis por un solo instante que fuera de este país no hay en toda la tierra sino otra nación en la que se puede hablar una palabra de política fuera del corazón probado de un amigo y que esa nación son los Estados Unidos. (…) Elegid un amigo, pero elegido con el mayor cuidado, porque si os equivocáis sois perdido. Varias veces os he indicado los nombres de varios suramericanos en quienes podéis reposar vuestra confianza, si llegáreis a encontrarlos en vuestro camino (…) Entre los jóvenes de vuestra edad (21 años) encontraréis fácilmente muchos prontos a escuchar y fáciles de convencer, pero debéis temer los defectos de los jóvenes: indiscreción y actos temerarios, tanto como la timidez y las preocupaciones de los viejos (…) El orgullo y fanatismo de los españoles son invencibles. Ellos os despreciarán por haber nacido en América y os aborrecerán por ser edudado en Inglaterra. Mantenéos, pues, siempre a la larga distancia de ellos (…) No permitáis que jamás se apoderen de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dáis entrada a estos sentimientos, os pondréis en la impotencia de servir a vuestra patria.
>
> Hijo mío, la Divina Providencia desea cumplir nuestras esperanzas de libertad para nuestra patria común, que está decretada en el libro del destino. Mucho secreto, valor y constancia serán la égida que os guardará de los golpes de los tiranos.

La historia de Riquelme es novelesca. Llega a Cádiz según la instrucción de su padre el virrey, y debe ponerse al servicio de un representante suyo, como amanuense y sin recibir salario alguno, como si fuera un esclavo. En esa labor durará seis meses, al cabo de los cuales se embarca rumbo a Chile. En ese lapso, por supuesto, el joven visita la Logia fundada por su maestro y se hace miembro de ella y se adoctrina aun más.

El viaje de regreso no es muy largo, porque al embarcarse en Cádiz en una fragata y hacerse a la mar, en el estrecho de Gibraltar es interceptada por los ingleses, en guerra con España; y como puede el pasajero regresa a Cádiz. Allí, para ganar un nuevo pasaje, debe trabajar otros dos años al servicio del agente de su padre. Por supuesto esos dos años los invierte en trabajos para la Logia. Y hace masón al joven oficial español nacido en Buenos Aires José de San Martín y lo vuelve partidario de la independencia. Lo pone en contacto epistolar con Miranda, aunque nunca lo llega a conocer

personalmente. Y del mismo modo vuelve partidarios de la causa al también chileno José Cortés de Madariaga y al paraguayo Juan Pablo Fretes. En ellos haya una poderosa semilla que tiene origen en el Precursor. Entre tanto el ministro español Godoy, enterado de las andanzas y amistad de Riquelme con Miranda, por ese motivo destituye al virrey del Perú, quien cae enfermo. Como es soltero y sin hijos, nombra en su testamento como heredero universal a su hijo y le da el apellido. De esta manera Bernardo Riquelme pasa a ser legítimamente Bernardo de O´Higgins, futuro libertador de su país en asocio con su amigo de entonces José de San Martín.

Otro día de ese final del siglo el amigo Turnbull recibe una carta del general Manuel de Cagigal, por supuesto con destino a Miranda, cuyo paradero ignora el remitente. Cagigal, el gran benefactor, el hermano masón, el que favoreció que no lo pusieran preso en Cuba y a cambio fue él quien lo reemplazó en un cautiverio de dieciocho años, al fin, muertos sus carceleros e instigadores, los señores José y Bernardo de Gálvez, había obtenido su libertad y su nombre de mariscal glorioso había sido reivindicado ante la opinión pública. Además le iban a pagar una cuenta por perjuicios, enfermo y viejo como se encontraba.

Le transmite todas esta nuevas jubilosas, y con el mayor altruismo invita a Miranda a que se le sume en la ciudad de Valencia, porque a él también le ha caído la misma sentencia absolutoria y está reivindicado. Altamente conmovido, el caraqueño deja escapar unas lágrimas de viva emoción. Cagigal ha sido su maestro y a él debe muchas cosas, entre ellas la vida y la libertad. Pero sabe que en cuanto a la invitación para ir a Valencia es una trampa de Godoy para la cual utilizan a un hombre tan honrado como el general Cagigal. Se sienta a la mesa y le escribe, nuevamente con lágrimas. Pero declina su ida a España porque sabe lo que le irá a acontecer allá, cuando él ya está definitivamente comprometido con la causa de la independencia y eso no tiene vuelta atrás.

Acontecimientos que llenan de alegría a Miranda, pero de desilusión igualmente frente a la callada negativa del gobierno de Pitt. Sabe ya de sobra que por los cálculos de éste en relación con la política internacional no habrá ayuda para la causa americana. Empero, le escribe, tal vez para que quede como parte de su archivo personal, una nueva carta en la que dice:

> El suscrito le recuerda al muy honorable William Pitt la respuesta que éste gentilmente prometió en relación a las propuestas que tuvo el honor de presentarle en Hollwood en nombre de las Colonias Hispanoamericanas de

> la América Meridional. Toda la información llegada al suscrito desde aquel entonces tiende a corroborar la hipótesis de una emancipación cercana de dichas colonias. Mis compatriotas son plenamente conscientes de la valiosa ayuda que Inglaterra y los Estados Unidos de América podrían aportarles en estos momentos, apoyándolos en la instauración de su independencia y en la formación de un gobierno responsable sobre bases sólidas, permanentes y a cubierto de las convulsiones revolucionarias. Pero si, por desgracia y contra sus expectativas, las propuestas, las gestiones y demás nobles ofrecimientos que han venido haciendo Inglaterra y los Estados unidos no reciben la debida acogida a que se han comprometido, se verán obligados por necesidad a lograrlo por vía de la violencia, siguiendo el ejemplo de sus compatriotas del Norte…".
>
> ¿Cuál será el resultado de que, en vez del auxilio esperado tanto tiempo y con tanta frecuencia prometido, se anuncie que Inglaterra dice ahora no poder prestar la menor ayuda o alentar la menor esperanza ? Es difícil juzgar el efecto que la desesperación producirá en tales circunstancias, pero es seguro que las sabias e inteligentes personas que han soñado ver establecido en el continente sudamericano un sistema de orden y moralidad que contrarreste las máximas desorganizadoras sembradas por Francia, se sentirán muy desalentadas y rebajadas en la estimación de la América española (…) Las ventajas comerciales y otras que este inmenso continente ofrece a Gran Bretaña se perderán realmente para ella.

Miranda, cuando no se le contesta esta última carta, pide salvoconducto y pasaporte para viajar. Pero no a Trinidad como había pedido antes, en plan de iniciar la excursión, sino a Francia. Empresa peligrosa, estando en guerra con ese país. Ha mandado de pionero a Pedro Fermín de Vargas, uno de los comisarios de París, neogranadino nacido en la provincia del Socorro, y quien pertenece a la Logia Gran Reunión Americana. Es su amigo de toda la confianza. Vargas debe adelantarse con unas cartas a Francia, especialmente una dirigida al propio Napoleón, todavía en el Consulado. Miranda pide el pago de algunas deudas del Tesoro francés por sus ejecutorias como mariscal y teniente general de ese país, al tiempo que solicita su reivindicación total por los vejámenes de que fue objeto. Esa es una apariencia. Pero en realidad lo que se propone es interesar al gran Napoleón en la causa americana.

Esta misión es el fruto de lo que en la carta anterior el propio Miranda llama el "efecto de la desesperación". Pedro Fermín, finalmente, no logró hablar con una figura tan elevada como Napoleón; pero sí pudo poner sobre alerta al sibilino Fouché, ministro de policía, con su gigantesca urdimbre de agentes regados por toda Francia.

A Gual le escribe una carta el mismo día en que se dispone a viajar y en ella sí le descubre sus verdaderas intenciones:

> Habiendo obtenido al fin los permisos necesarios para salir en paz de este país, cuento embarcarme hoy para Holanda y proseguir de aquí a París, si algún obstáculo mayor no me lo impide. Mi objeto siempre es y será el mismo: la felicidad e independencia de nuestra amada patria, por medios honrosos y para que todos gocen de una justa y sabia libertad. Si consideramos cuán grandes esfuerzos de constancia, riesgos y magnanimidad costó al gran Colombo el descubrimiento del Nuevo Mundo, veremos amigo mío lo poquísimo que han hecho aun los hijos de América para darle lustre, felicidad y gloria a que la naturaleza parece haberla destinado.

Esta carta no pudo llegar a su destinatario, porque, para gran tristeza del general Miranda, Manuel Gual acababa de morir envenenado en Trinidad por un agente del gobierno español de apellido Valecillos.

Marcha a La Haya desde donde se traslada a Amberes. Allí está Pedro Fermín de Vargas esperándolo. Le informa de sus gestiones, todas negativas. El tiempo ha pasado y ya es otoño del 1800. Tiene cincuenta años. Es, sin lugar a dudas, un viaje desatinado. En medio de su desesperación, desde Amberes le escribe a Fouché, y a su amigo el senador Lanjuinais, a Delphine Custine y a la viuda de Pétion. Al otorgarle la visa en la frontera, el funcionario de inmigración, para no reconocerlo como el alto oficial francés que era, le pone con cierto desprecio, pero un tanto premonitoriamente: "Ciudadano de América".

Y entra finalmente a París, donde se instala de nuevo en su antiguo departamento, que ha dejado estos años al cuidado de la dulce Francoise. Pero a los encargados de la inmigración en la frontera con Bélgica les ha dado una dirección falsa en París.

En París repite las cartas a Fouché informándole que está allí para reclamar sueldos y pensiones que no le habían cubierto. Fouché, con sus labios delgados dibuja una leve sonrisa, mientras da la orden de arresto y registro de su domicilio, para que se cumpliera lentamente, después de seguimientos constantes. Nadie le saca de la cabeza que es un espía inglés. Napoleón, por supuesto, no se da por enterado de la presencia del suramericano. Y pasan los días, en un ocio que Miranda disfraza con visitas a los viejos amigos y lugares. Al cabo de tres meses, en los días finales de diciembre, la orden de detención y de registro se cumple inexorablemente, y Miranda va a parar a

la prisión del Temple, donde había estado la familia real y habían desparecido para siempre al hijo mayor de Luis XVI, heredero al trono. También antes habían estado los templarios, prisioneros de Felipe el Hermoso. Prisión sombría, llena de presagios siniestros, aun para un hombre templado en las buenas y en las malas. En el registro de su residencia han encontrado dos retratos, uno del rey y otro de la reina sacrificados y numerosos documentos con nombres como el de Pétion

Sus pocos amigos se mueven, cuando Françoise les lleva la noticia. Lanjuinais hace valer su posición ante el propio ministro de Policía, y así logran que al cabo de seis días de detención e interrogatorios, sea conducido ante un juez. Éste le pregunta por los retratos y él contesta que eran de su criada, a la que despidió. En relación con Pétion y otros personajes de la revolución, dice que son héroes a los cuales la historia se encargará de poner en sitio de preeminencia. En relación con Dumouriez afirma que es un traidor al que escupiría la cara y del que carece de toda información en el presente. En relación con su vivienda en Londres que lo pone como sospechoso de ser espía, responde con altivez y persuasión que allí busca apoyo para la libertad de su patria, única razón de su existencia. El juez justo no encuentra en Miranda ningún motivo de reproche penal y ordena su libertad inmediata. Ya es marzo de 1801. *"Milagrosamente salí de esa prisión* –escribiría en su diario- *después de haber estado detenido seis días, gracias a las vigorosas gestiones de mis amigos, especialmente Lanjuinais."*

Seguramente en esta nueva estancia en París vendió el apartamento y se aprovisionó de algún dinero, de que bien necesitado estaba, cuando, absuelto por el juez, el siniestro ministro Fouché da la orden terminante de su expulsión del país. Sin más dilaciones, Miranda, acompañado de su fiel amigo Pedro Fermín de Vargas, deja a París por el Norte. De hecho nada más tenía que hacer allá.

Este Pedro Fermín de Vargas, por cierto, es un gran personaje. Nacido en Charalá o en Socorro, departamento colombiano de Santander, fue un erudito y pensador. Se dice que fue el último economista de la Colonia y primero de la República. Escribió muchos estudios que aun tienen actualidad. Su obra más conocida fue "*Pensamientos políticos sobre la población del Nuevo Reino de Granada."* Enamorado de una mujer casada llamada Bárbara Forero, huyó con ella desfalcando el tesoro de Zipaquirá, donde era corregidor y, por supuesto, se le siguió causa. Luego participó con Miranda en la primera fallida excursión libertaria de 1806. También conoció a Nariño en

París en el 97, luego habría de tomar parte en los sucesos del 20 de julio de 1810 en Santafé de Bogotá. Posteriormente, en extrañas circunstancias, fue enjuiciado en Nueva York y asesinado allá.

Otto Morales Benitez[111], apunta:

> Pedro Fermín de Vargas es uno de los personajes más interesantes dentro de la historia colombiana. Deja libros, ensayos, estudios, que nos permiten acercarnos a la realidad nacional. Y coger el hilo de la historia económica de nuestro medio social. Igualmente dentro de la política jugó un papel primordial. Sus cargos fueron modestos: "oficial en la Secretaría del Virreinato; miembro de la Expedición Botánica y corregidor de Zipaquirá". Su actitud de beligerancia, contra la opresión, le ha dado el título de Precursor.
>
> Su tránsito humano fue una peripecia extraordinaria. La aventura parece ser su signo y su destino. "Ascético, letrado y libertino", lo llama Alberto Miramón. En su personalidad, por lo tanto, se conjugaron los más extraños caracteres psicológicos. Mientras escribía sus "Pensamientos", gozaba de las complacencias de una dama querenciosa, protagonizando un escándalo social que aún recuerdan cronistas e investigadores curiosos de las anécdotas de las delicias del amor. Y cuando huía en compañía de Bárbara Forero, recitando versos y agudizando los goces sensuales, también se le acusaba de haber dilapidado los fondos públicos de Zipaquirá. Pero su mundo seguía girando detrás del amor, y cada nueva alborada se encendía en líricos arrebatos y en graves meditaciones que le daban un acento romántico a sus palabras sobre la patria. Entre el amor, la aventura y los sueños de libertad, el mundo se le iba volviendo representación fantástica a los ojos iluminados de su espíritu. Su corazón se estremecía de pasión por una mujer o por la revolución. Su inteligencia estaba puesta para los goces y para el descubrimiento del impulso heroico, que hace comprender la intensidad humana que sacude el alma del hombre.
>
> Pedro Fermín de Vargas tuvo mucha participación en cada uno de los hechos de su época. Pudo analizar los problemas, porque tenía un directo conocimiento de ellos. El territorio lo había cruzado en sus afanes de investigador y en sus clásicas escapadas de romántico aventurero, con la sombra amorosa dándole un encendido color a los paisajes y a las palabras. Algunos le acusan de falta de bizarría, pero todos concluyen aceptando que su existencia se iba contra quienes tenían el poder y ellos supieron de sus juicios certeros y de sus palabras enconadas".

Y recuerda este mismo autor que Napoleón, al que le ofreció sus servicios en París, dijo de él que era "*el mayor pícaro que salió de España"*.

[111] *Revolución y Caudillos*, Otto Morales Benítez.

Amberes, Rótterdam y luego La Haya. En Holanda se queda un mes y luego, a finales de abril, se embarca con destino a Dover. Allí se entera que Pitt ha dejado de ser Primer Ministro. Tras un debate en los Comunes, el gobierno se cae y el rey encarga la integración de un nuevo gabinete a Mr. Henry Addington. Éste es conocido de Miranda. Ha compartido con él sus disciplinas en el campo del arte y la escritura, y hasta se cree poeta. Son buenas nuevas de las cuales Turnbull lo entera plenamente, y lo pone de inmediato en contacto directo con el que sería en adelante un gran amigo, el señor Nicholas Vansittart, quien es Secretario Adjunto del Departamento del Primer Ministro.

Es una reunión preliminar a la que habrá de tener con Mr. Addington, pero altamente satisfactoria porque de entrada Vansittart le entrega una pensión de quinientas libras para que pueda vivir un año. Parece que todo está cambiando, porque se le dice directamente que ahora sí va a haber apoyo de verdad y se estudiarán los planes que permitan la excursión militar a América. Miranda se entusiasma, naturalmente, pero se le exige de entrada la mayor prudencia, hasta el punto de que ni siquiera puede usar su nombre verdadero. El nuevo gobierno actuará en esa materia casi que secretamente, y él deberá pasar desapercibido, cosa verdaderamente extraña para un hombre de mundo y relaciones. No obstante se amolda, en aras al ideal, y vuelve a usar el seudónimo que uso en Italia de Francis Martin. Un hombre cualquiera.

Luego viene la entrevista con Mr. Addington, quien le ratifica lo dicho por Vansittart, y de entrada, lo pone en contacto con Mr. Jhon Jervis, conde de Saint Vincent, quien es nada más y nada menos, que el Primer Lord del Almirantazgo. O sea que es quien conduce la poderosa marina de guerra británica. Éste le pide a Miranda que exhiba los planes de acción, que Miranda ha venido puliendo intensamente en las horas interminables de su ocio monotemático. Presenta, pues nuevamente el proyecto de Constitución y su plan militar, que consiste en una primera excursión militar hasta Coro, probada ya en la acción con Chirinos, y de allí se tomarían Caracas y seguirían hasta Maracaibo, también probada en la lucha de Javier Pirela. De esta ciudad pasarían a Santa Marta y Cartagena y de aquí a Panamá, Entre tanto otras fuerzas ocuparían Santafé de Bogotá. Casi simultáneamente otras dos excursiones militares deben ocupar Buenos Aires para pasar a Chile y de aquí al Perú, mientras la segunda gran expedición debe llegar a México. Un plan, ciertamente, demasiado ambicioso y se diría que utópico. Pero en

verdad nada es una utopía para ese hombre en quien Napoleón advirtió el fuego sagrado en la mirada.

Vansittart lo cita para trabajar intensamente un fin de semana y Miranda se ilumina *de* fogosidad y elocuencia. Tiene una respuesta para todo. Enseña sus proclamas, y la carta de Viscardo. Cita a Horacio: *"Dulce et decorum est pro patria mori"*[112]. Y se explaya con viva emoción que transmite a los ingleses. Como Miranda carece de cualquier experiencia naval, Jervis aporta sus conocimientos de gran marino y calcula el número de barcos y de hombres que deben componer las tres excursiones.

El Primer Lord del Almirantazgo, Mr. Jhon Jervis, es en el momento el marino más temible que existe para los españoles. Hace solo tres años, en el cabo San Vicente, al sur de Portugal, derrotó de manera humillante a la flota española y hundió el barco más grande que se hubiera construido hasta entonces, el Santísima Trinidad. Precisamente el título de conde de Saint Vincent, que hoy ostenta, se debe a esa gloriosa acción naval. En esa batalla, por cierto, el segundo comandante era Horatio Nelson. Este Mr. Jervis, hacía pocos días y ante el temor de una invasión francesa, había declarado en un discurso en la Cámara de los Comunes de manera tajante: "*No digo, señores, que los franceses no llegarán a Inglaterra. Lo que digo es que no llegarán por mar."* Y así fue, jamás llegaron a Inglaterra por mar. Y no había otra ruta.

Es de destacar que en la importante reunión, para darle el mayor secreto, todos hablaban en francés, a fin de que nadie del personal inferior que atendía a los altos personajes, entendiera lo que hablaban.

Miranda llevaría a su diario este comentario sobre esas reuniones:

> Los nuevos Ministros me han atendido amistosamente y con mucho agrado. Tras discutir detenidamente sobre los planes políticos y militares, estamos para llegar a una decisión definitiva. (…) Se me pidió un proyecto de gobierno provisional y otro para el gobierno constitutivo que se creyera conveniente. Han sido remitidos, al igual que la proclama que debe anteceder al conjunto.

Por supuesto, Miranda era el comandante en jefe. Pero habría un jefe naval, cargo para el cual se propuso, después de varias propuestas, al capitán Picton, actual gobernador en Trinidad, como marino de guerra experimentado.

[112] Dulce y honroso es morir por la patria.

Tanto para el gobierno provisional, como para el institucional, lo primero que se hacía era eliminar el odioso Tribunal del Santo Oficio. Nunca habría más Inquisición en la tierra americana, que debía ser tierra de libertad y respeto a la dignidad del ser humano. En toda rama del gobierno habría una representación hasta un tercio, de la raza aborigen. Se repetía lo del gobierno del Inca y la democracia representativa de las dos cámaras. El nombre de Colombia se extendería por todo el Imperio Americano con capital en Colombo, Panamá, y su bandera, ya iluminada por los sueños mirandinos, sería en tres fajas, rojo, amarillo y azul.

Existiría libertad de comercio con cualquier país y no se pagarían los altos tributos arancelarios. Los súbditos se llamarían ciudadanos, como en el comienzo de la Revolución Francesa. Las asambleas regionales se llamarían "Concilios colombianos"; y lo más importante, al estilo anglosajón, la justicia se haría adoptando la institución de un jurado selectivo. Entre el material de guerra e intendencia que hace parte del plan, debían incluirse dos imprentas completas para divulgar el pensamiento y tener comunicación con el pueblo.

La proclama era muy importante en el plan estratégico, pues buscaba la insubordinación del pueblo. Era una manera de mostrar la verdad que permanecía a la fuerza oculta y de la que nadie podía hablar sin ir al patíbulo. La de Miranda estaba imbuida por el discurso de la carta del ex jesuita Viscardo.

> Tres siglos ha que los españoles se apoderaron por fuerza de este continente. Los horrores que cometieron en su conquista son conocidos de todo el mundo, mas la tiranía que han ejercido después, y que continúan ejerciendo hasta hoy, no es conocida ni sentida sino por nosotros.

Y agregaba con patético acento:

> Es un crimen para España el nacer en América. A los ojos de su gobierno todo americano es sospechoso de incapaz para obtener ningún empleo; está hecho solo para sufrir. (…) El mundo está ya muy ilustrado para que suframos tantos ultrajes; somos demasiado grandes para vivir en una tutela tan ignominiosa. Rompamos las cadenas y hagamos ver al mundo que no somos tan degradados como la España piensa. Sigamos las huellas de nuestros hermanos los americanos del Norte. (...) Seremos libres, seremos hombres, seremos nación. (…) Pues que todos estamos injuriados del mismo modo, unámonos todos en la grande obra de nuestra común libertad.

Esta y otras reuniones en tan alto nivel, fueron absolutamente exitosas. Pero un ingrediente nuevo se estaba sumando al tablero de ajedrez: la paz, que derrota a todos los generales. Una paz propuesta por el propio Napoleón, que primero se firma en un protocolo casi que secreto con Inglaterra, y de la que Miranda ignora todo. Su gran amigo Thomas Pawnall, quien había sido gobernador en las colonias del Norte en América, hombre muy experimentado y de influencia ante Pitt y Addington, consejero de Miranda a quien admira, le cuenta la verdad: Inglaterra está en paz con Napoleón. Es una paz de tiempo, de preparación para lo que necesariamente vendrá, dado el temperamento y la ambición de éste, ya consagrado por un plebiscito como Cónsul Vitalicio, que es el ataque a Inglaterra.

El protocolo inicial se convierte en el Tratado de Amiens, que se firma en esa ciudad en marzo de 1802. Francia, por primera vez en muchos años, gusta los efectos de la paz. Pero en verdad, nadie cree con sinceridad en esa paz, que se extiende a España, país que habrá, además, de declararse neutral.

Miranda está desolado. Sus planes son de guerra. Una guerra como la *ultima ratio*, y ésta ya no tiene cabida para Inglaterra y menos contra un país neutral, piensa en voz alta con abatimiento. Le escribe una carta a su amigo Vansittart y allí le consigna esta frase: *"El sorpresivo acontecimiento que acaba de producirse me ha sumido en un espantoso estado de desolación y pesimismo."*

Pero Vansittart lo cita y le devuelve los ánimos perdidos. Nada va a cambiar, le dice. Nuestros planes seguirán, porque nadie esta pensando en la paz. Un hombre de la ambición y el genio militar que ostenta Napoleón no puede conformarse con la paz. Y ciertamente los ingleses, grandes conquistadores del mundo, tampoco se iban a amoldar mucho tiempo a esta paz que les caía del cielo. Por otro lado su amigo Jhon Turnbull, previendo el desarrollo de los planes para muy corto tiempo, ha comenzado su inversión en el material logístico y ya ha gastado la respetable suma de 21.000 libras esterlinas.

Miranda, restablecidas sus esperanzas, se traslada a la que sería su casa en Londres, al lado de su silenciosa y admirable compañera Sara, cariñosamente Sally, de solo 26 años frescos y hermosos. Es un cómodo inmueble de cuatro pisos en la 27 Grafton street, por el que pagará un renta alta. Miranda llega a la ternura y siembra un hijo en el vientre nacarado de la hermosa mujer; y luego se entrega a la dulce espera de la germinación, más grata y esperanzadora que la que debe tener con el gobierno inglés, que es como el tejido de Penélope. Y efectivamente, aguanta su impaciencia mientras pasan

los meses del 1802 y entra el 1803, cuando nace el niño Leandro, en la vida del hogar y en una reactivación de los contactos y las cartas que viajan a Estados Unidos, a Europa y América, sin que se olvide de nadie. Era asombroso que en medio de todas las dificultades y lentitud de la comunicación, la gente gastaba días enteros escribiendo cartas que a lomo de vela o de mula, llegaban a su destino con la mayor puntualidad.

En esa casa Sara viviría hasta su muerte, después de haber sobrevivido treinta años a su único y gran amor; y le daría dos hijos: Leandro y Francisco, de los que hablamos atrás.

Cuando nace su hijo el 6 de octubre, recibe un llamado del ministro del Interior, Sir Home Riggs Pophan. Este ministro, entusiasta, bebedor y alegre, lo invita a un almuerzo ceremonial opíparo en el que ruedan primero los oportos y luego los brandys. El ministro, encantado con Miranda, le ofrece de una vez incorporarlo, con el rango de Teniente General, al ejército de su Majestad. Tendrá mando en el Nuevo Continente. Miranda, inundado de la sorpresa, balbucea una respuesta inquiriendo sobre la confiabilidad de tal ofrecimiento. Pophan responde que es tan confiable como que está hecho por el ministro del Interior. Miranda, diplomáticamente, le dice que lo deje pensar el asunto, y se va a escribir a todos los norteamericanos que están en el gobierno y a los amigos de allí mismo.

Está decidido a aceptar, pero solo sobre la complementación de que se apruebe simultáneamente la expedición de guerra. No es un burócrata. El es un libertador en plan de acción y no debe haber más dilaciones. Mas el asunto es, ciertamente, más de fondo. Él observa que, a partir de una aceptación de la propuesta, automáticamente Miranda se convierte en funcionario de un gobierno extranjero, si se mira desde América y, por lo tanto, la empresa de la independencia deja de ser independiente y autónoma de las colonias contra los opresores españoles para supeditarse al yugo de los ingleses. Es realmente un juego peligroso en el que Miranda no va a caer.

Entre tanto, sucede la extraordinaria gesta independentista de Haití que se inició hacia el 1794 y se fue prolongando en el tiempo con todos los altibajos propios de una guerra larga, unas veces al lado de los españoles que deseaban causarle problemas a los franceses, otras dirigida contra los propios españoles en una isla compartida. Para este entonces, en virtud del tratado de Basilea, la isla Española se había vuelto a dividir entre Haití, que entonces se llamaba Saint Domingue, de los franceses, y Dominicana de los españoles.

Pierre Dominique Toussaint L´Overture –este último no es un apellido sino un apodo que significa el Iniciador- dentro del proceso revolucionario ha reclutado un ejército de descamisados, armados inicialmente de machetes para cortar caña y luego de armas de fuego cuando el enemigo francés es derribado y despojado de ellas. Con ese ejército se pasa a la parte dominicana de la isla donde recibe el apoyo de los generales españoles contra los franceses. Les dan instrucción militar y apoyo de intendencia y regresan a Haití como un ejército regular. Toussaint ostenta el rango militar de general del rey español.

La carnicería fue anonadante, pero se impuso un nuevo estado libre y soberano, que haciendo suyas las instituciones de la Revolución Francesa inicial, proclamó la república, dictó una constitución tripartita y abolió de tajo la esclavitud. En ese momento Toussaint era el líder indiscutible.

Miranda se regocijó por el formidable acontecimiento. Era el primer país de centro América en proclamar su independencia. Y por supuesto no se equivocaba en pensar que de allí saldría un centro de apoyo para la gran causa continental de independencia.

Empero, tales hechos, buenos para unos, no pasaban en vano para un hombre ansioso de poder como Napoleón. La matanza de ciudadanos franceses con grandes intereses en la desafortunada posesión del Caribe, al igual que los planes trazados bajo la influencia de su ministro de relaciones, Charles Maurice de Talleyrand, de darle una gran expansión al imperio francés en el Caribe y un gran desarrollo a la Luisiana que se proyectaba hasta los grandes lagos americanos, tornaban en una cuestión de honor para él la reconquista de Haití.

Estas posesiones las había adquirido Napoleón, muy a desgano de los españoles a los que se las había impuesto, en virtud de los tratados de San Ildefonso de 1800 y de Aranjuez de 1801. El Primer Cónsul, pues, reacciona con gran energía y ordena que se organice una gran expedición punitiva a Haití.

Entonces, al mando de su gran amigo el general Charles Leclerc, casado con la bella Paulina Bonaparte, armó un ejército de 25.000 hombres disciplinados, bien armados y veteranos de grandes batallas para someter a los insolentes esclavos. El ejército llegó en 1802 y de entrada barrió a los patriotas haitianos. A base de un engaño, puso prisionero a Toussaint L´Overture y lo mandó con grillos a aquella Francia, cuna de la libertad. En la famosa prisión de Fort de Joux estuvo aislado, vejado y enfermo, y allí falleció un año después.

Pero la lucha continuó desde las montañas donde se refugiaron los rebeldes. Fue también una lucha encarnizada y cruel, de parte y parte. Empero, más cruel que la ira patriótica de los nativos, lo fue la malaria que mataba diariamente cientos de soldados de la gloriosa Francia. Según una carta de Leclerc, la guerra había dejado sesenta mil franceses muertos, por ciento cincuenta mil haitianos. El propio imbatible general Leclerc también cayó presa de las altas fiebres. A éste lo reemplazó el general Rochambeau, el que fue derrotado por el nuevo líder, Jean-Jacques Dessalines en la famosa batalla de Vertieres. Desmoralizados, enfermos, humillados y maldicientes, los que quedaron, en número solo de seis mil hombres, regresaron a lamer sus heridas en el lar maternal. Cerca de veinte mil hombres de la reluciente fuerza punitiva de Leclerc quedaban sepultados en suelo antillano.

Y la revolución triunfante permaneció en el poder y allí se quedó hasta hoy. El 1º de enero de 1804 se proclama la independencia absoluta y es elegido presidente el antiguo esclavo Dessalines. Éste, envanecido por el poder, en 1805 se proclama, un poco a ejemplo de Napoleón, como emperador haitiano bajo el nombre de Jacques I. Pero lo cierto es que, a pesar de estos delirios un poco folclóricos, los haitianos fueron definitivos, sobre todo en la época del presidente Alexandre Pétion, para la independencia de la que en su momento se llamó Colombia, que eran Venezuela, la Nueva Granada y Ecuador, bajo la égida de Bolívar, ya muerto Miranda.

Y en medio de estos sucesos, los ingleses, que jugaban a la madrugada de nuevos hechos, asaltaron la isla de Malta y provocaron la ruptura del tratado de Amiens, después de sólo catorce meses de paz . El año 1803, es un año de guerra entre Francia contra los aliados, bien dispuestos por Addington. Naturalmente que toda esta congestión de sucesos no dejaban a éste ni tiempo ni interés para pelear la guerra distante y ajena que proponía Miranda, muy ocupado como estaba en preparar la guerra propia contra Napoleón. Y fue una larga guerra de diez años.

Napoleón, ante los acontecimientos de Malta, indignado, habría de advertir: "!Los ingleses quieren la guerra! Pero si son los primeros en desenvainar la espada, yo seré el último en volverla a la vaina. ¡Los ingleses no respetan los tratados!

Perdida Haití en una derrota tan humillante y vergonzosa, es obvio que el plan de Talleyrand sobre el imperio francés en América se venía abajo. En otros términos, la Luisiana en manos francesas quedaba desprotegida al no poder enviar las tropas que se habían perdido en Haití; y en esas con-

diciones tan precarias, Napoleón, que no quería perder la amistad con los Estados Unidos, vio que lo único que convenía hacer era venderla a este país. El negocio se hizo por la irrisoria suma de sesenta millones de francos. La Luisiana –en inglés Lousiana- en esa época contaba con los actuales territorios de Lousiana, Mississippi, Arkansas, Oklahoma, Missouri, Kansas, Nebraska, Iowa, Illinois, Indiana, Michigan, Wisconsin, Minnesota, South Dakota y North Dakota.

Y mientras estos hechos se van desarrollando, Miranda siente que el momento es el más propicio para su causa. Ya no estarán los franceses en el Caribe, entre tanto los ingleses se crecen y ocupan ese vacío. Las cosas, parece, al fin toman el cauce de los proyectos a los hechos. El ministro del Interior Pophan, convertido en irreductible amigo de Miranda, se reúne con el Primer Ministro Addington y el jefe de gabinete Vansittart y expone un plan de acción inmediato, bien asistido por el venezolano. El entusiasmo es tal, que el constructor de barcos, Alexander Davidson toma la iniciativa, estimulado por Pophan, para construir cuatro barcos de guerra con destino a la expedición.

En el mes de abril Miranda, lleno de emoción, le escribe a su amigo norteamericano Christopher Gori una misiva terminante y decidida, caminando ya en el terreno de los hechos:

> Un buque está comprado y su armamento se terminará en ocho días. Así pues, lo único que le pido muy seriamente es que antes de mi llegada a Trinidad , que será a mediados de junio próximo, se provea usted de pólvora y 4.000 fusiles para el uso de guerra. El resto podrá enviarse más despacio, pero esos artículos tienen que estar en Trinidad en la época mencionada, porque son indispensables de acuerdo con mis cálculos. El gobierno inglés está encantado con esta operación. El color del uniforme es azul y amarillo.

Y así, cuando todo está listo, sobreviene un hecho sorpresivo e inesperado: Addington le ordena a Davidson que pare la construcción de los barcos y le pide a Vansittart que hable con Miranda y le diga que la operación no se va a llevar a cabo.

Cuando éste se reúne con Miranda y le comunica con términos muy comedidos tan inusitada decisión, Miranda estalla incontrolable. No puede comprender que el hado de infortunio lo persiga implacable, cuando todo lo tiene listo, porque así lo ha querido el gobierno inglés, y sobre todo cuando considera que no podía haber un mejor momento. En su diario había escrito: *"Todas las circunstancias actuales* –escribe en su diario-, *y la cesión de*

la Luisiana a los Estados Unidos por parte de Francia, hacen el momento sumamente favorable para la ejecución de la empresa. Prefiero la decisión menos favorable a la más plausible y ventajosa de las dilaciones."

Que triste final, cuando todo está listo. Pedro Fermín de Vargas hace un tiempo se encuentra en Trinidad en los preparativos iniciales y ha escrito cartas a Miranda. Los contactos están abiertos y, como lo acabamos de ver, Miranda ha adquirido compromisos de campaña, todo lo cual cuesta un dinero grande del que carece si las cosas se paran.

Pero los hechos son los hechos. ¿Qué había provocado tan radical decisión del ministro Addington ? La emoción patriótica de Miranda no le permitía ver el entorno de otros hechos políticos en Europa. El 1804 fue muy rico en acontecimientos. El poderío político de Napoleón había crecido con el dinero que le dieron los americanos del norte. Y había apostado en el puerto de Boulogne sur Mer la escalofriante flota de 1.300 barcos de guerra listos a atacar a Inglaterra. Los ingleses quisieron la guerra.

Cuando William Pitt se documentó sobre este asunto, y supo además que la escuadra española estaba lista a unírsele a los franceses en el mismo sitio y con el mismo propósito, armó un vibrante debate en la Cámara de los Comunes y criticó a Addington por no hacer nada y distraer la atención en otras causas inferiores, no obstante el gravísimo peligro que se desvelaba sobre Inglaterra. Como consecuencia de este debate, se repitió la historia con la caída de Pitt ante un discurso del actual Primer Ministro; y Addington, a su vez, cayó para retornar aquel a su puesto natural, que había conservado por veinte años. Terrible golpe a Miranda.

Entre tanto, el Cónsul Vitalicio, que ya ha entregado como símbolo de su obra de nuevo gobernante el Código Civil, en el que él personalmente ha trabajado y aun con vigencia en los códigos civiles del mundo contemporáneo, hace convocar un referendo para que se lo consagre como Emperador de los franceses. Y en esa consulta popular vence abrumadoramente. Los referendos casi siempre sirvieron a los dictadores para legitimar popularmente sus delirios de poder. El 2 de diciembre de 1804, siete días después de que Pitt se ha posesionado como Primer Ministro inglés, en Notre Dame, con todo el fasto que se pueda pensar y la asistencia del Papa Pío VII, Bonaparte se corona a sí mismo como el Emperador Napoleón I y corona a su mujer Josefina como emperatriz. Se inicia así una nueva época que es la del Imperio. Europa tiembla, mientras Pitt, en un acto reflexivo de legítima defensa, reinicia sus contactos y gestiones diplomáticas en orden a fortalecer

una coalición contra el advenedizo monarca de los franceses. En ella están, fuera del Reino Unido, Rusia, Austria, Nápoles y Suecia.

Entre tanto Miranda no se da por vencido ante el nuevo gobierno. Conoce a Pitt y éste lo conoce a él suficientemente; y a pesar de todas las circunstancias del debate que dio al traste con el anterior gobierno, y de haber padecido la larga indecisión del Primer Ministro, le escribe de inmediato una carta:

> El suscrito se toma la libertad de dirigirse con prontitud a los nuevos Ministros de S. M. …porque los preparativos organizados para la independencia americana, tanto acá como en Nueva Cork, Boston y Trinidad ya están listos, así como la gente reunida para este fin, la cual está aguardando ansiosamente la señal o la llegada del suscrito en los puntos establecidos, por tanto debe evitarse que la misma no vaya a caer en confusión o en desorden, al no llegarle cualquier decisión… El suscrito abriga la esperanza de que le sea concedida a la mayor brevedad posible la audiencia que solicita a tal efecto, o por lo menos el nombramiento de una persona del gobierno que, en lugar de Mr. Vansittart, esté en capacidad de llevar este delicado e importante caso por buen camino, en momentos tan apremiantes como críticos.

Unos días después, mientras se digiere el engreimiento napoleónico y la amenaza general contra los aliados, aun sin recibir respuesta alguna de Pitt, con insistencia le envía una nueva representación en la que apunta:

> Me parece que ya ha llegado el momento en que debo recurrir a la sagrada promesa de usted de ayudar y prestar un apoyo benévolo, con el objeto de obtener la emancipación e independencia americanas. … Vengo a suplicarle a usted con toda deferencia su permiso para dirigirme a Trinidad donde me esperan mis compatriotas y amigos reunidos en esa isla con el mismo objeto.

No obstante esta súplica y la urgencia de un plan parado en plena ejecución, reina el silencio por los lados del gobierno. Pitt se ha enterado a través del embajador en España Sir Hookham Frere, llamado a consultas, que el gobierno de Godoy apresta su flota para fortalecer los 1.300 barcos de guerra franceses listos a invadir a Inglaterra. Era realmente un momento sumamente crítico. Pero Pitt, lejos de bajar la guardia, ordena al capitán de navío Thomas Alexander Cochrane, que comanda una escuadra en el Mediterráneo, que bloquee el puerto español El Ferrol, mientras que al almirante Cornwallis le envía órdenes de que cumplida esta misión por Cochrane, se unan ambos y ataquen un pequeño convoy de cuatro corbetas que vienen

cargadas de oro y plata proveniente del Perú y se dirigen a Cádiz. Los ingleses, desde la época de Isabel I eran expertos en los asaltos corsarios en alta mar. El asalto se da el 5 de octubre de 1804 a la altura de Santa María, en aguas portuguesas; y después de hundir a la *Nuestra señora de las Mercedes,* las corbetas españolas se rinden, entregando todo su valioso cargamento. Eran estos, por cierto, actos de la mayor provocación para un enemigo tradicional como España, en esos momentos declarada neutral y con una economía ya quebrantada por una acumulación errores del gobierno y el pago de reparaciones de guerra impuesto por Francia.

Miranda conoce todos estos hechos, que observa con la mayor esperanza. Sabe que muy pronto habrá declaratoria de guerra de España a Inglaterra. Y en esta expectativa, se reúne con el entusiasta almirante Popham, en casa de éste, que también ve una inminencia en la guerra con los peninsulares y reexaminan el plan de acción. Ha de haber una simultaneidad en la invasión: una fuerza saldrá de Trinidad al mando de Miranda y debe penetrar por el Orinoco y la costa venezolana, hasta salir a Maracaibo y de allí a Santa Marta, el río de la Magdalena, Cartagena, Santafé de Bogotá, Chagres y Panamá. La otra fuerza, al mando de Pophan, debe penetrar por el Río La Plata, ocupar Buenos Aires y luego seguir a Chile y el Perú. El plan, sin lugar a dudas, es muy bueno.

Luego, a iniciativa de Popham, se reúnen en el despacho del nuevo Primer Lord del Almirantazgo, Sir Henry Dundas, Lord Melville, y con mapas sobre la mesa, tanto Miranda como Popham exponen sus proyectos y logran interesar a Melville, que por supuesto está enterado de lo que ha pasado con las corbetas españolas y espera igualmente, de un momento a otro, la declaratoria de guerra de España.

Pasan nuevamente los días y los meses, sin que se produzca novedad, no obstante que todos en Inglaterra esperan de un momento a otro la reacción española, que no puede ser otra sino la guerra. Finalmente, el 12 de diciembre de 1804, esa declaratoria se produce. Ahora son legítimas las acciones propuestas por Miranda, y además, necesarias.

Pero no era tan sencillo. Así Pophan, Melville, Vansittart, que está de ministro en Irlanda, Pownall y otros muchos fueren partidarios de una acción inmediata en Suramérica que debilitaría las fuerzas españolas, no pensaba lo mismo el meditativo señor Pitt. Curioso que el mismo que no vaciló en provocar la guerra con Napoleón y ahora con España, estando creadas ya las condiciones, siga vacilando y vacilando en torno a las propuestas del gene-

ral venezolano, hasta terminar el juego con la orden de suspender cualquier plan gubernamental que tuviere que ver con América meridional.

Miranda oye con angustia a Melville, quien le resalta el peligro en que está Inglaterra de la invasión francesa, reforzada con la flota española. Éste le hace ver que la suspensión de las acciones es temporal, y para mostrarle la buena voluntad del Primer Ministro, le da las seguridades de que, fuera de la pensión que se le ha asignado y que se le seguirá pagando aun en ausencia, para los gastos, le incluirán una partida adicional de mil seiscientas libras. Sin embargo le advierte que en el caso de viajar a Trinidad, deberá informarle al gobernador de todos sus actos, sin posibilidad de acción alguna. Ese viaje se convierte en una especie de destierro voluntario.

Miranda, indignado pero bajo control, agradece el gesto, mas le agrega al Primer Lord del Almirantazgo que si el gobierno no le suministra los medios, los buscará en otra parte, incluso en el sector privado de los hombres de negocios. Y le solicita oficialmente, ya que su viaje a Trinidad es una irrisión, un pasaporte para viajar con el embajador Rufus King, que ha terminado su misión en Londres y regresa a Estados Unidos. Está absolutamente decidido a partir a Estados Unidos, incluso con un pasaporte falso.

Ante esta decisión terminante, Pitt le envía el pasaporte como nacional inglés a nombre de Mr. George Martin.

Pitt, que obra así por razones de estado, no dejaba de tenerle una alta estima y admiración a este obstinado patriota. En una conversación posterior con Sir Evan Nepean, quien era el secretario del Almirantazgo y acababa de ser nombrado ministro en Irlanda en reemplazo de Vansittart que regresaba, le hace un inmenso homenaje, que Miranda lleva al diario:

> Estuve con Sir Evan al siguiente día, y me dijo que el Ministro Mr. Pitt, cuando oyó mi resolución de partir, dijo: "Si el dinero fuere de consideración para con él, lo detendríamos a toda costa; mas sus pensamientos son tan por encima de ello, que sería inútil en pensarlo". Así dejó absortos a los demás colegas que estaban presentes.

Al terminar el año 1804 y avanzar el año 05, Miranda a través de Turnbull se dedica a averiguar las posibilidades de apoyos privados y los obtine. Pero una noticia infausta sobreviene y lo sacude: su gran amigo, el antiguo Jefe del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, Alexander Hamilton, influyente político de Nueva York, acaba de morir en un duelo a pistola, nada menos que con el Vicepresidente de ese país en la administradición

Jefferson, Aaron Burr, por motivos políticos. Hamilton se había opuesto a la elección de Burr, que terminado su período vicepresidencial, aspiraba a la gobernación de Nueva York, y lo había hecho derrotar. El duelo había tenido lugar en Weehauken, New Jersey, el 11 de julio de 1804. Hamilton, caballerosamente, había disparado al aire. No así su enemigo, que le disparó al cuerpo pasándole el hígado. Al día siguiente murió Hamilton consecuencia del disparo certero que le asestó Burr. Precisamente Hamilton era uno de los amigos influyentes con que contaba para su viaje el Precursor.

Para ese momento Miranda es un hombre de cincuenta y cinco años. Su hijo Leandro tiene un año y medio y su ama de llaves, Mrs. Sara Andrews, espera un nuevo niño. El amor a su familia y el nacimiento de su siguiente hijo, sin duda alguna habría sido un poderoso motivo, para cualquier hombre, de aplazamiento del viaje. No para Miranda interesado solo en el ideal. Y es así que prepara un testamento y manda a empastar su diario y archivo con el nombre de Colombeia, que de una vez dona a la Universidad de Caracas. Sesenta y tres volúmenes alcanzó a editar.

Es significativo lo que anota en esos días finales en Londres:

> Me informo Nepean que Mr. Pitt queria que yo recibiese de la tesorerìa 1600 libras para mis gastos, y que esto no era en compensación de mi pensiòn de 700 libras, pues siempre que yo volviese a Inglaterra tendrìa mi pensión corriente en los mismos términos que al presente, y que esto debía convencerme de la sana intención de los ministros y del favorable concepto que yo les merecía … . A esto repliqué que la guerra recomenzaba con más vigor ….. Me confirmé a la idea de que Mr. Pitt ha estado negociando con mi persona largo tiempo, y que en el día tiene ofrecido a Portugal que con tal de que la España se mantenga en su neutralidad o independencia, la Inglaterra le asegura a la España de no perturbar sus colonias.

Ese doble juego de Pitt, propio de la política quizás, era ya inaguantable para Miranda. Y así, con el pasaporte en el bolsillo, después de arreglar las cosas personales, viaja el 2 de septiembre de 1805 en el barco de velas *Polly*. Lleva una buena provisión de dinero y unas letras de cambio en blanco firmadas por Turnbull y Vansittart. Este último, que es un hombre adinerado y de la alta nobleza, se ha vuelto, de modo personal e independientemente del gobierno, un amigo y admirador tan cercano de Miranda, que no vacila en comprometer su patrimonio personal al firmarle en blanco los instrumentos cambiables que se mencionan.

XII

VIAJE A ESTADOS UNIDOS. ENTREVISTA CON LOS VIEJOS AMIGOS. CON EL PRESIDENTE JEFFERSON. COMPRA EL LEANDRO Y DOS EMBARCACIONES PEQUEÑAS. PRIMERA EXCURSIÓN A HAITÍ, TRINIDAD Y VENEZUELA. EL FIASCO

Hacía veinte años había hecho este recorrido, de ida para Londres, en mes y medio surcando el Atlántico norte, helado y agitado. Ahora el *Polly* gastó dos meses en las mismas encrespadas aguas del otoño, para regresar a ese Nueva York tan lejano. Los vientos del polo cortaban como cuchillos helados. "*Una travesía de perros"* , escribió en el diario.

Le acompañaban un joven librero inglés llamado Thomas Molini, que enamorado de la causa de Miranda había dejado su trabajo para emprender con él la primera salida de Don Quijote. Ya era su secretario particular. Y dos nobles británicos en pos de aventuras: el conde Rouvray y Lord Belhay. En el muelle le esperaba un frío prematuro de la estación, que helaba hasta el cabello. También estaba allí, ansioso por verlo después de los veinte años que pasaron, ese amigo de largas conversaciones al que participó sus sueños, el coronel retirado William Smith, veterano de la independencia americana, y quien fuera su gran compañero en el primer viaje que hizo a Prusia. El coronel Smith es ahora el jefe del puerto de Nueva York.

Smith, que lo abraza efusivamente, lo encuentra ennoblecido por los años, ágil y de cuerpo todavía atlético. El cabello absolutamente blanco, la frente surcada de experiencias, un gran porte en sus maneras y la conversación fluida y elegante de siempre. Ese es el mismo Miranda, enamorado y seductor, que ha conquistado a la emperatriz más poderosa de su época y ha ostentado sobre sus solapas los distintivos de mariscal y general de Francia. Nadie tenía más mundo que él, pero igualmente nadie lo igualaba en el hermoso sueño por la libertad de ese otro mundo inmenso y oprimido, que era su patria. Smith, desde ese momento, le expresa su deseo de vincularse a la expedición libertadora, si el gobierno americano se lo permite.

Durante el viaje de Miranda algo trascendental ha ocurrido en Trafalgar.

La flota integrada por los franceses, al mando del almirante Villeneuve, y por los españoles al mando de los almirantes Gravina, Churruca y Alcalá Galiano, ha librado una de las más terribles batallas navales de la historia del mar, cerca a Gibraltar. La flota inglesa está comandada por el gran almirante Horatio Nelson. Éste pierde la vida, pero como el Cid, gana la batalla, hundiéndole al enemigo 33 buques con pérdida de 6.000 hombres. La armada inglesa confirma su señorío sobre el mar.

En adelante Napoleón no tratará, ni en pensamiento, de invadir navalmente a Inglaterra. En relación con la marina española, tardaría muchos años en reponerse de las enormes pérdidas sufridas en Trafalgar.

Tomas Jefferson es el presidente. Miranda sabía de él desde París. en los días iniciales de la Revolución, cuando éste había sido el representante de los recién fundados Estados Unidos de América en Francia. Ambos eran masones y demócratas. Miranda decide, desde los muelles de Nueva York, que lo mejor es, después de permanecer algunos días allí, ponerse en contacto con el ex embajador Rufus King, a quien le entregará una carta analítica muy importante de Vansittart, al tiempo que le pedirá que le solicite una entrevista con el presidente.

En Filadelfia conoce a Aaron Burr, el ex vicepresidente que acaba de dar muerte en un duelo, como se narró antes, a su querido amigo el ilustre Alexander Hamilton. Le parece un ser *detestable e infame*. Y lo era de verdad. Este Burr, al conocer de la actividad y propósitos de Miranda, lo primero que hace es ir a enterar al embajador español, marqués de Yrujo, de la presencia y los propósitos mirandinos. O sea que de inmediato se entera el gobierno de Godoy y se le pone una red de espionaje invisible que sigue todos los pasos del general Miranda e informa de todos sus movimientos.

Y efectivamente, después de estos iniciales movimientos de rigor, lo primero que hace el caraqueño es ir a reunirse con King, quien prácticamente lo estaba esperando. Miranda no había podido viajar con él, como era su deseo inicial, pero allí estaba el diplomático y amigo ofreciéndole hospitalidad y amistad. Le entrega la carta de Vansittart, también su amigo, que lee con mucha atención. Sabe King que éste es un hábil político. En la misiva Vansittart expresa las dificultades que la enmarañada política europea obligaron a su gobierno a no continuar con la ayuda a Miranda, pero realza la seriedad de los planes y su gran viabilidad y conveniencia.

King le envía al otro día la carta al Secretario de Estado, el gran patriota James Madison, quien habrá de ser el siguiente presidente de los Estados

Unidos, y éste la lee con gran atención e informa al presidente Jefferson. Éste, por su parte, enterado por la misma carta de la presencia de Miranda en Washington, accede a conceder la audiencia que le es solicitada para Miranda. Y sin mayores esperas, lo recibe en la Casa Blanca, recién construida, donde vive. Washington como ciudad es entonces casi que un proyecto.

Cumplido el día, Miranda con su brillo de siempre, argumenta, expone, vuelve a recordar cómo él mismo ayudó en la gesta libertadora de ese gran país bajo la bandera de España. Sostiene cómo el destino de los hombres es la libertad. El presidente lo escucha con agrado. Pero luego le argumenta que la política de los Estados Unidos, determinada por el Congreso y por los presidentes anteriores, incluido Washington, es la de neutralidad y aislamiento. Vemos con gran simpatía su causa, pero seré como el espectador de un teatro viendo el desarrollo de los hechos.

La entrevista termina en nada, mas Jefferson le muestra al ilustre visitante su deferencia y lo invita a comer. En la cena dialoga de literatura con Miranda, recorren los caminos de la historia, lo oye hablar en latín y en griego y moverse por todo el conocimiento humano, que también comparte el humanista que hay en el gran presidente norteamericano. En la cena están Madison, Smith, King y hombres de alta connotación que se encantan con el caraqueño, tan respetable en su apariencia, pero absolutamente cautivador con la charla amena y erudita. La cena por supuesto se repite. Pero el presidente, con toda cortesía, sigue aferrado a su política de Estado. Miranda, finalmente, aboga simplemente porque le dejen hacer en el territorio americano las gestiones necesarias para armar la primera excursión.

Smith, que conoce a mucha gente dada su posición al frente del puerto de Nueva York, le ha presentado a un comerciante armador de nombre Samuel Ogden y al Comodoro Thomas Lewís, *a* los que entera de los planes y del propósito de actuar de inmediato. Cuando las gestiones en busca de la ayuda gubernamental fracasan, Ogden es el primero que aporta en calidad de préstamo veinte mil dólares, que en esa época eran mucho dinero. Y muchos otros hacen aportes menores, pero de todas maneras sumas importantes. Con ese dinero Miranda no vacila en comprar un barco grande, naturalmente con la asesoría de Ogden y de Lewis, al igual que de Smith. Al barco recién comprado Miranda le pone el nombre de su pequeño hijo. Va a ser el barco emblema. Es una fragata mercantil; y a partir de ese momento, los carpinteros e ingenieros navales la tratarán de convertir en fragata de guerra que llevará el nombre de *Leandro*. Y habrá otras dos goletas que son em-

barcaciones menores: el *Indostán* y el *Emperor*. Ambas están bajo alquiler y están casi listas. Solo demandan algunas adaptaciones para la larga travesía y la adecuación a naves de guerra.

Mientras tanto le llega un mensaje de su ama de llaves y compañera Sara, que pone de manifiesto cómo ella, frente a Miranda, no obstante ser algo más que su amante, no dejó de ser en la realidad más que una empleada con temores reverenciales y un gran respeto por su señor:

> Mi querido Señor: Siento más que nunca su ausencia. Recuerdo con pena mi ingratitud en varias ocasiones, y su bondad en perdonarme. Le recompensaré con mi fidelidad y cumplimiento de todo lo que he prometido. Mi querido Leandro es todo lo que una madre puede desear: todos los días está más hermoso, sano y agraciado… Espero que dentro de poco tendré grandes noticias de mi querido General. Mil bendiciones lo acompañen a usted.

La humildad de ella ante su hombre, padre de su hijo y del que viene en camino, asombra. Ella no le habla al ser amado, así lo ame intensamente, sino a un hombre superior al que llama Señor y muy lejos está de tutear. Él, por su parte, contesta con afabilidad, pero con distancia. Se diría que entre ellos existía una barrera de clase social, que se advierte en el desprecio por su familia, especialmente su hermano, que debió ser, a lo que parece, una especie de crápula peligroso. El le dice en una carta y en muchas otras, que la aprecia, le da consejos, vela por su hijo, pero muy lejos está de ser una carta de amor, no obstante que la ausencia podría ser definitiva, dado el riesgo que corría la empresa de Miranda.

> Anhelo recibir tus cartas, mi buena Sally. Te he escrito tres veces desde que llegué aquí; espero que todo esté bien por la casa y que tu prudencia y celo remediarán el pequeño descuido de los otros. Pon especial cuidado en la salud y educación de Leandro; trátalo con suavidad y severidad, de modo de hacer dócil su temperamento sin quebrar su espíritu y vivacidad. Cuida su salud por el bien de todos nosotros. Te necesito tanto como a nadie más, para llevar a ejecución y terminar con éxito mis planes. Oye consejos del señor Barry, si lo necesitas; no dejes que tu hermano se acerque a la casa. He tenido éxito aquí y navegaré en el curso de unos pocos días al sitio de mis deseos… Ten paciencia por unos tres meses más, solamente, cuando probablemente tendrás un resultado satisfactorio. Molini está bien, y probablemente te verá pronto; mantén comunicación con sus allegados y evita los tuyos, excepto tu hermana. Adiós mi querida Sally. Tuyo Martin.

Smith recomendó gente de los muelles para ser reclutada. Se compraron más de quinientos fusiles, sables y machetes, se hicieron los uniformes, las banderas azul amarillo y rojo estaban listas, se adquirieron cañones, que se montaron sobre el casco unos, otros se guardaron en bodegas. Igualmente se adquirieron trabucos y culebrillas y una imprenta, imprescindible al desarrollo de la invasión. Miranda portaba cartas personales de amigos ingleses de alta representación como Vansittart, que lo identificaban como amigo del gobierno inglés y señalaban la nobleza de su empresa.

A los reclutados se les habla de un destino diferente o se les dice que solo en pleno viaje se les anunciará hacia dónde se dirigen, todo por precauciones propias de una misión tan importante, que no debe despertar ni sospechas ni preparativos del enemigo. Es, por supuesto, un convoy muy pequeño que solo aspira a levantar los ánimos en las tierras a libertar, para ir aumentando bajo el embrujo de la palabra libertad. Como Smith, contra su voluntad no pudo viajar, sí lo hizo su hijo William Steuben, quien se convierte en el edecán del general almirante Miranda.

No obstante todas las precauciones y reservas, el marqués de Yrujo, embajador español, se entera de todo y da cuenta a Madrid. De manera que cuando el 2 de febrero de 1806 deja el puerto de Nueva York la pequeña expedición, España está avisada. El Indostán, por circunstancias varias de desacuerdos, no zarpó. En la tripulación viajan norteamericanos, franceses, ingleses y un polaco.

La travesía es normal. El comando naval está a cargo del Comodoro Thomas Lewis. Miranda es el jefe superior. Se dirigen a Haití. Rumazo [113] cita a uno de los reclutados, un tal Jhon Edsall, que escribió un libro *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*, en el que describe al Miranda de esa época:

> El primer ser extraño que ví, ya en la travesía, fue un hombre de seis pies de estatura (1.80 m.), metido en una roja bata de mañana y en zapatillas. Hubiera podido ser calificado de robusto, a no ser por su palidez, su cabello tenía la blancura de la plata. Ha sido la persona más inquieta que yo haya conocido: al hablar movía constantemente las manos y los pies… Súpose entonces que él era el famoso general Miranda,y que esta expedición era el primer intento por la causa de la independencia de Sur América.

[113] Autor, ob. Cit.

Al pasar diez días de navegación, una fragata inglesa que ostenta el nombre de *Cleopatra,* los intercepta. El Leandro lleva la bandera de Estados Unidos, pero también ostenta una bandera extraña, nunca vista en ningún océano: la bandera tricolor colombiana, que ya tiene el orden actual de Amarillo, azul y rojo. Al ser detenidos, Miranda pide ser llevado al Cleopatra y allí dialoga con el capitán, al que se le identifica y enseña los documentos que porta. El capitán reconoce en él a un amigo y se le cuadra en señal de respeto y admiración por la empresa que va a acometer. Lo atiende con gran cortesía y además, al instruirlo con las nuevas noticias, le cuenta que el Primer Ministro Pitt ha muerto.

Y llegan al puerto Haitiano de Jacmel. Es el 18 de febrero de 1806, o sea dieciséis días después de haberse hecho a la mar. En ese momento todos están uniformados como el ejército de Colombia, con sus grados e insignias. Miranda es el gran general y todos han jurado bandera. En este puerto habrá de pasar en abastecimientos y entrenamientos treinta y ocho días. El gobierno haitiano está presidido por el general Dessalins, del que antes se habló y ha asumido el título de Emperador Jacques I. Presta todo su concurso a la excursión mirandina. Aquí se desintegra la escuadra, pues el barco Emperor se niega a continuar. Miranda alquila otra goleta llamada Bee.

Y a bordo del Leander se suscribe un acta que consagra al incipiente ejército y renueva el juramento que antes habían prestado en alta mar:

> Los suscritos convenimos en aceptar del General Don Francisco de Miranda las diferentes comisiones y rangos que aquí se especifican, en el Ejército de Colombia que se está formando o será formado por él, para el servicio del pueblo libre de Suramérica, independiente de España (…) Reconocemos haber prestado el juramento que aquí se anexa, a saber: "Juro ser fiel y leal al pueblo libre de Suramérica, independiente de España, y servirle honrada y lealmente contra todos sus enemigos y opositores, cualesquiera que sean, y observar y obedecer las órdenes del Supremo Gobierno de aquel país legalmente nombrado, y las órdenes del General y los Oficiales que me sean dadas por ellos." A bordo del Leander, Jacmel, 24 de marzo de 1806.

España, por supuesto, no se ha quedado quieta ni se quedará. El embajador español Yrujo en Washington ha elevado una protesta contra el gobierno sin que de ella se escape el propio presidente Jefferson y su Secretario de Estado James Madison por haber propiciado, o por lo menos consentido, las actividades del renegado Miranda en contra de un país neutral como el suyo.

Como consecuencia de tal nota el gobierno niega su participación, pero destituye a Smith, cuya actividad se ha demostrado claramente. Y aun más: lo acusan criminalmente a él y a Samuel Ogden por las mismas acciones. No obstante, instaurado el juicio penal, un jurado los absuelve.

Igual protesta, sin validez alguna, ha formulado el embajador español en París ante el canciller Talleyrand, como si Napoleón hubiere prestado alguna ayuda.

Y precisamente en las acciones preventivas de España, llega al puerto de Jacmel la goleta Baccus, en la que viaja un espía español de nacionalidad italiana llamado José Covachivich, que es descubierto por el gobierno haitiano y puesto en confesión. El gobierno de Dessalins, que dos años antes ha proclamado la independencia total de Francia y ha proclamado, como se dijo, emperador a éste, adopta sus medidas represivas de rigor y obliga al dueño del Baccus a vendérselo a Miranda. Por supuesto éste lo incorpora de inmediato a su pequeña flota.

Por cierto que los haitianos editaban en francés un periódico en Londres bajo el nombre de *Ambigú*. En la edición del 10 de junio de ese año 1806, aparece una nota en la que registraba la visita oficial de Miranda con Dessalins y agregaba que: "*El futuro emperador Miranda concretó planes con su colega el Emperador Dessalins de Haití; compró dos barcos que añadió a su expedición y el general negro Pétion que comandaba los departamentos meridionales del país le ha proporcionado recursos y le ha permitido reclutar gente de la isla con toda libertad*."[114]

Miranda, después de estas ayudas, salió de Haití hacia Aruba el día 28 de marzo, día en que está cumpliendo cincuenta y seis años. Entre tanto recibe noticias del nacimiento de su segundo hijo que lleva su nombre Francisco. Todo esta bien; y en este puerto, tan cercano a la costa venezolana, prepara su invasión definitiva durante una semana. Ya en Jacmel ha instalado su imprenta, y con ella edita rápidamente consignas y proclamas. Finalmente, con mapas sobre la mesa, comunica a los jefes el objetivo, secreto hasta ese momento. Van a desembarcar en Ocumare. Miranda les duplica el sueldo a todos y, con la mayor emoción levan anclas en unas aguas claras y azules. Ha llegado el momento.

Es el 27 de abril, cuando se acercan al litoral. La pequeña escuadra tiene órdenes de permanecer muy cerca del Leander. De pronto, al frente de las playas de Puerto Cabello, fueron saliendo del horizonte dos poderosos bar-

[114] Rumazo, ob. cit.

cos de guerra españoles, que sin más, abrieron fuego de todos sus cañones. Hubo, por supuesto, alguna confusión y desconcierto.

Fermín Goñi[115] transcribe el escrito de James Biggs, segundo teniente de la armada colombina enrolado en el Leander, a manera de memoria, en el que describe de vivencia propia estas acciones:

> La primera tentativa resultó un fracaso. Cuando estábamos frente a Puerto Cabello, el 27 de abril, avistamos un bergantín y una goleta, que podrían ser españoles, pero el general dio la orden de preparar el desembarco. El piloto equivocó el lugar escogido a causa de la oscuridad y la similitud de las marcas de tierra a lo largo de la costa, y tuvimos que suspender la operación. Al día siguiente, de noche, los barcos españoles fueron vistos de nuevo y también las señales entre ellos y el fuerte de Puerto Cabello. Ya de mañana izaron la bandera española y nosotros ninguna, aunque la Bee y la Bacchus llevaban la norteamericana, y uno de ellos comenzó a disparar sus cañones. La Bacchus, muy cerca de la costa, arrió y ancló ante nuestra sorpresa. Y Miranda habló con el capitán Lewis, que a continuación dijo lo siguiente a los marineros para motivar los ánimos: -Si capturáis los barcos enemigos, serán para vosotros. Todo para la tripulación y los soldados, nada para los oficiales. Se escucharon tres vivas y nos pusimos al combate, sin que el fuego de los españoles nos intimidara. El general embadurnó el pelo de su cabeza con grasa de ballena, se colocó un pañuelo con el nudo atrás, la capa de protección sobre sus hombros y desde el puente comenzó a dirigir las operaciones como si fuera el primer soldado, con gran valentía y arrojó. El capitán quería abordar las goletas enemigas bajando la vela pero no se daba la oportunidad física de acercarnos. Entonces hicimos una maniobra de despiste semejando una huida con el fin de que nos siguieran y poder combatirlas separadamente, pero ellos se apercibieron y tomaron hacia nuestras goletas, pero se habían separado de la Leander. Y fuimos condenados a la inexpresable angustia de ver caer a nuestros amigos en manos de nuestros enemigos, nosotros mismos, aunque preparados para el combate, quedamos privados de poder ayudar a rescatarlos.

En este relato, por supuesto, no es la superioridad y fortaleza de los españoles la que imprime el resultado, sino la inexperiencia en el mando naval de Miranda, aunque no hay duda que esa superioridad de los ibéricos era manifiesta. Lo que siguió después con los pobres prisioneros en manos de aquellos es doloroso y cruel en exceso. Tal vez por eso resulta conveniente citar una vez más a Rumazo[116] en la descripción de la escena por alguien que la vivió: Edsall y Molini describen la escena:

[115] *Los sueños de un Libertador,* Fermín Goñi, Roca Editorial de Libros S. L. Barcelona
[116] Autor ob. cit.

Al nacer el nuevo día hay densa bruma; es forzoso esperar que claree; todos están alerta, listos. Sorpresivamente, como saliendo de detrás del horizonte, se presentan dos buques de guerra españoles. "Tan pronto como los avistó el Leander, ordenó a los otros dos barcos atacar por sotavento; el Leander lo haría por barlovento, a fin de proceder luego al abordaje" (Edsall, Memorias de un recluta de la expedición mirandina) El diario de Molini -iba con Miranda-, dice: "Hubo un duelo de artillería; la acción duró alrededor de cuarenta minutos, sin que sufriéramos baja alguna; por fin se consideró prudente declinar el combate, a causa de la superioridad del enemigo, en peso de metal y número de hombres. Se hizo la señal de que las dos goletas se reunieran con nosotros". Pero éstas habían sido interceptadas; el Leander partió enseguida; uno de los buques españoles le persiguió, sin lograr alcanzarlo; las goletas quedaron atrapadas; sus hombres lucharon con extraordinario coraje, como héroes; se rindieron solo al anochecer. Eran gentes aptas para la epopeya, a pesar de que pasaban únicamente por mercenarios. Se les llevó a Puerto Cabello, a donde llegaron a la media noche. Sombras en la naturaleza; sombras en el espíritu de los prisioneros; sombras en los hombres que se preparan a la venganza, ¡al crimen! Cuenta Jhon Edsall: "Nos subieron al puente y nos amarraron las manos a la espalda; entonces fuimos lanzados por la borda del barco, para caer como fardos en el bote". ¡Eran unos sesenta! "Luego se nos encadenó por parejas y se nos llevó a los calabozos del Castillo de San Felipe… ; tan reducidos eran esos dos departamentos, que teníamos que acostarnos todos al mismo tiempo; la memoria rechaza la relación de su asquerosidad, nauseabundo hedor e inmundicia, enfermedad, sofocación, muerte." El capitán Durning se suicidó al tercer día. Empezaron a volverse esqueletos por la casi nula comida. Después de dos largos meses, los sacaron para juzgarlos, es decir para condenarlos. A los 15 días, se les puso afuera de los calabozos en dos filas, obligándoles a arrodillarse para escuchar la sentencia. Se leyeron diez nombres: "Sois sentenciados a ser colgados por el cuello hasta que halléis muerte, después de lo cual vuestras cabezas serán separadas de vuestros cuerpos, clavadas en estacas y repartidas para ser expuestas en los sitios más públicos del país". Edsall exclama: "Jamás ví hombres que escucharan su sentencia de muerte con tanta calma. Consumidos y escuálidos no demostraron el más leve temor y oyeron pronunciar su sentencia con altivez y firmeza." Luego, a 14 de ellos: "Deberéis ser encerrados con grillos en el Castillo de Omoa, cerca de la bahía de Honduras, para cumplir durante diez años y meses trabajos forzados." Los demás, a trabajos forzados, en otras cárceles y en las mismas condiciones que los anteriores. A seis negros se les rebajó la pena a ocho años. ¡Estos fueron los primeros sacrificados por la independencia americana.

Lo que Edsall anota fue cumplido por los fieros y crueles españoles. Naturalmente que cada uno de los comprometidos en esta empresa, incluido Miranda, sabía que así era la "justicia" abominable de España. En realidad no eran los primeros en soportar esa ignominia. Ya el sacrificio venía de antes, porque invariablemente así se había cumplido con los de la revolución de los Comuneros en Nueva Granada y en otros lugares, como lo vimos en otra parte, y así fue con Chirinos y Pirela, y con los de la revolución de Gual y José María España. Y seguiría siendo durante los largos y cruentos años de la revolución.

A lo anterior se sumó una actitud miserable de parte del embajador español en Estados Unidos, marqués de Casa Yrujo, con el destituido y noble coronel William Smith. Ocurrió que en una de las goletas capturadas iba un joven de apellido Smith, que en un principio se creyó que era el hijo del coronel. Ante esta sospecha y obrando con un instinto oportunista e infame, el marqués le envió una carta, aparentemente bondadosa, en la que le decía que él, Yrujo, estaría presto a partir a Caracas a buscar la salvación del muchacho, pero a cambio el veterano coronel debía contarle de todos los planes y contactos de Miranda. El coronel respondió, en medio de su dolor de padre, con toda la dignidad: "*Si yo estuviese en la situación de mi hijo, no consentiría esas proposiciones para salvarme; y yo no puedo causar tan grande indignidad sobre mi hijo."*

Hermosa lección contra el chantaje. Y afortunadamente para el coronel, se trataba de otro Smith de nombre Hugo. Su hijo, William Steuben, iba en el Leander con Miranda y con él se encontraba en el Caribe.

Entre tanto el general Francisco de Miranda había dado vuelta a su embarcación y logró, maltrecho y escaso de provisiones y agua, llegar a Bonaire para proseguir a Trinidad. En la travesía es interceptado por el navío inglés Lilly, cuyo capitán Donald Campbell lo trata con la mayor consideración. En verdad estaba hacía unos días buscándolo para ofrecerle ayuda. Lo invita a comer a bordo del Lilly. Los ingleses patrullan, como los amos del mar, todo el Caribe. Campbell le confirma la noticia de la muerte de Pitt por consecuencia de un ataque de gota combinado con problemas renales, que ni alegra ni entristece a Miranda, y le agrega que Lord William G. Grenville ahora es el Primer Ministro. En el gabinete, como ministro del Tesoro, está su amigo Vansittart.

Luego se despiden, Miranda regresa al Leander, y por una cortesía muy especial, el Lilly lo escolta hasta Bridgetown en la isla de Barbados, pose-

sión británica, en la que Miranda recibe las mayores atenciones de los oficiales y tropas inglesas que lo saben amigo de su país. Miranda escribe cartas al Primer Ministro Grenville y a su amigo Vansittart, los felicita y les reitera sus pedidos de ayuda. Y allí conoce al capitán de navío Thomas Alexander Cochrane, muy joven y ya famoso –tiene 30 años-, sobrino del también famoso almirante Alexander Forrester Cochrane. Thomas, ha de recordarse, fue el mismo que bloqueó el puerto de El Ferrol y conjuntamente con el almirante Cornwallis asaltaron las corbetas españolas en Santa María, aguas territoriales de Portugal, que atrás se vio. En el futuro inmediato habría de ser político, miembro del parlamento inglés, almirante como su tío, Primer Lord del Almirantazgo, y uno de los libertadores de Chile, héroe de Brasil y personaje de gran significación en la historia.

El encuentro ha sido providencial. Miranda dialoga largo con este marino de extraordinarias energías e inteligencia. Éste le promete ayuda a una causa que le simpatiza tanto, y a la que, pasado un tiempo, habrá de comprometer su vida futura. De inmediato celebra con Miranda un convenio para entregar al Reino Unido unos privilegios comerciales, de los que tanto ha ofrecido Miranda al gobierno inglés. Firman y Cochrane escribe a sus superiores informando de sus movimientos y los acuerdos hechos con el general rebelde. Parece ser que la situación es bien diferente ahora que ha despararecido Pitt y la guerra con España continúa. Él, Cochrane, precisamente, fue uno de los que, con la acción sobre las goletas españolas, hizo precipitar la declaratoria de hostilidades.

Luego, la pequeña flotilla se va a Trinidad donde Miranda se encuentra con su caro amigo Pedro Fermín de Vargas. Al fin se vuelven a ver, después de tantos intentos fallidos de comenzar allí, en Trinidad, donde los españoles mandaron a envenenar a Manuel Gual, la epopeya. Lo acompañan Cochrane y Campbell. Han reparado y mejorado al Leander y han reclutado a algunos nativos de Barbados. En ese momento van en un convoy de diez barcos, incluidos el *Lilly*, el *Atentive,* el *Express,* el *Prevost* y varias cañoneras y, por supuesto el *Leander;* y en la ruta se les une la *Bacchante*.

En Port Spain reclutan otros hombres. El capitán Lewis, por diferencias de opinión e incompatibilidad de caracteres que han venido aflorando de tiempo atrás, renuncia al comando de la Leander. En su reemplazo Miranda designa a un joven, sin mucha experiencia, de apellido Jhonson, que había sido uno de los que aportó dinero en Nueva York.

Difícilmente se puede imaginar una acción tan desastrosa como lo fue

esta segunda acometida de Miranda en tierra americana. La inexperiencia y las flacas fuerzas que trataban de hacer creer que eran superiores, marcaron el fracaso, tanto en la llegada a La Vela, como a Coro. Veamos el testimonio de James Biggs, antes citado[117] , en que expone su vivencia personal con patético acento:

> El día de gloria fue el 3 de agosto de 1806, cuando el general dio la orden de desembarcar en La Vela y avanzar después hacia Coro, invadiendo por vez primera en la historia los dominios de la España en América. En nuestras manos por si caía en las del enemigo, llevábamos copias de la orden del día, con las cifras falseadas (les sobra el cero de la derecha):
>
> Primera División, bajo el mando del coronel conde de Rouvray: Segunda División, del coronel Kirkland, primer regimiento de voluntarios norteamericanos: 660
> Ingenieros, del capitán Allison: 100
> Voluntarios de Trinidad, bajo el coronel Downie: 320
> Españoles e indios en las cañoneras: 300
> Guías, con el capitán Sánchez: 150
>
> Así hasta completar más de 2.200 efectivos, que en realidad éramos 220. La orden de ataque indicaba que el primer punto a destruir era la batería de La Vela, tomar la posesión y colocar un destacamento de marinos para luego marchar hasta la ciudad de Coro. Así lo hicimos prontamente, porque los españoles opusieron poca resistencia y huyeron mientras nuestros barcos disparaban en dirección a la batería. Con la aduana y el polvorín en nuestro poder, izada a mástil la nueva bandera colombiana, comenzamos la caminata hasta Coro, a donde habíamos despachado emisarios pidiendo que los habitantes mantuvieran el orden porque nada debían temer. El general Miranda vino poco antes del mediodía desde la Leander y cuando se hacía de noche marchábamos rumbo a Coro, a donde llegamos una hora antes del amanecer. La mañana estaba insitantemente serena, plácida, y el más solemne, casi terrible silencio, llenaba el lugar. La ciudad, como pudimos comprender enseguida, había sido completamente evacuada con la excepción de una diminuta guardia que protegía el presidio, mujeres y pocos niños. Parece que nos esperaban y, lo que es mejor, nos temían (por eso habían huido).
>
> Cuando el general Miranda avanzaba por la avenida principal para dirigirse al ayuntamiento, se organizó un tumultuoso y desorganizado fuego que nadie sabe cómo se inició. Los efectivos de la Primera División creyeron

[117] Citado por Goñi, ob. cit.

que les disparaban desde el presidio y comenzó el fuego, que resultó ser entre nosotros mismos, a resultas del cual el coronel Kirkland y el secretario del general resultaron heridos de gravedad. Cuando se hizo el silencio nadie sabía quién había dado la orden y todos pensábamos que eran los españoles quienes habían comenzado a disparar. Pero en el presidio no había guardia sino que estaba únicamente el carcelero con su ayudante, y malamente podía haber organizado él solo este tiroteo."

(…) Permanecimos en Coro cinco días, durante los cuales el general hizo colocar en las paredes de las casas una proclama que dirigía como comandante general del Ejército Colombiano a sus compatriotas en la que decía que, obedeciendo al llamamiento y a las repetidas instancias y clamores de la patria, había desembarcado en Venezuela para hacer posible que América recobrase su soberana independencia, bajo los auspicios y protección de la Marina británica. Finalizaba así: "La salud pública es la ley suprema". Un gran aserto, pienso yo.

Pero he de decir que nadie esperaba al general, ninguna persona nos estaba esperando, nadie había por aquellos lugares. Quizás eso hizo que Miranda mostrara un carácter agrio y exhibiera su poca humanidad con todos nosotros, especialmente cuando dio la orden de salir de Coro y nos fuimos retrasando en la marcha a causa de unos heridos que transportábamos penosamente. Para no perder tiempo el general dijo, a voz en grito, que si el paso se hacía más lento dejásemos a los heridos en las cunetas y que se les disparase. Se armó un gran revuelo y el general afirmó que él mismo estaba dispuesto a rematar a los heridos con su pistola.

Creo que todo se debió al pavor que sentía por si los españoles le capturaban, habida cuenta de que desde hacía dos días veíamos sus caballos, escuchábamos sus disparos y sentíamos su hostigamiento; teníamos un enemigo a veces invisible que nos soplaba el aliento en el cogote.(…)"

Todo fue terrible en esta expedición que suponía, porque así se lo habían imaginado Gual y Vargas, a más de la convicción soñadora del propio Miranda, que bastaba con tocar el cuerno de la libertad para que fueran saliendo de todos los caminos y rincones los hombres y las mujeres a celebrar la llegada de los libertadores y a robustecer sus débiles fuerzas, sin calcular que era tanto el terror que infundían las autoridades, que la gente no quería sobresaltos ni disparos, menos el estruendo de cañones y la destrucción de sus burgos. Todos creían, con fe de carboneros, que España era su destino y que los curas realistas, que invocaban con igual unción el nombre del rey que el nombre de Dios, eran el camino de la salvación.

El gobernador y comandante militar de Coro, don Juan Manuel de Salas, inicia en el momento de la llegada del ejército colombiano un diario que comienza: "*Diario puntual y exacto de la invasión del Puerto Real de la Vela de Coro y ciudad de Coro, hecha por el infame, pérfido, traidor Francisco Miranda, desde el 1º de agosto de 1806 hasta el 13 del mismo mes y año."*

Esa, en general, era la opinión que se tenía entre el pueblo de la acción del *pérfido* e *infame traidor* Miranda. Por supuesto todos toman el camino de la evacuación del pueblo llenos de temores. Cuando Miranda entra y encuentra una población vacía, hace disparar los mosquetes, según él por saludo a la población. Según los españoles y los criollos, que la alcanzan a oír, por amedrentamiento.

Empero de la soledad, el general coloca a la puerta del templo su proclama, que conjuntamente con una carta y la misiva del ex jesuita Viscardo, también le envía al obispo para que entienda lo que es la causa de la independencia. El obispo contesta reafirmando su fe en el rey. Sabe además que Miranda es masón y eso, por sí solo, es signo de malignidad demoníaca.

La proclama en sus puntos principales decía:

> Obedeciendo a vuestro llamamiento, y a las repetidas instancias y clamores de la patria, en cuyo servicio hemos gustosamente consagrado la mejor parte de la vida, hemos desembarcado en esta provincia de Caracas (…) Cuantas personas componen este ejército, son amigos o compatriotas vuestros, todos resueltos a dar la vida si fuere necesario por vuestra libertad e independencia, bajo los auspicios y protecciòn de la marina británica. (…) Llegó el día por fin en que recobrando nuestra América su soberana independencia, podrán sus hijos libremente manifestar al universo sus ánimos generosos.
>
> El opresivo isensato gobierno que oscurecía estas bellas cualidades, denigrando con calumnia nuestra modestia y carácter, consiguió también mantener su abominable sistema de administración por tres siglos consecutivos, mas nunca pudo desarraigar de nuestros corazones aquellas virtudes. (…) Valgámonos, pues, de estas mismas inestimables prendas, para que expelidos los pocos odiados agentes del gobiernos de Madrid, podamos tranquilamente establecer el orden civil necesario a la consecución de la honrosa empresa. (…) Que los buenos e inocentes indios, así como los bizarros, pardos y morenos libres crean firmemente, que somos todos conciudadanos, y que los premios pertenecen exclusivamente al mérito y la virtud. (…) Las personas timoratas o menos instruidas, lean la Epístola adjunta de D. Juan Viscardo de la compañía de Jesús, dirigida a sus compatriotas.

La incursión duró, como lo anota el comandante Salas, del 1º de agosto hasta el 13, cuando se embarcan y abandonan el territorio. Todavía el general caraqueño deja otra proclama justificativa a lo que parece más bien un asalto que una obra bienhechora:

> Deseoso aun de dar pruebas de moderación y afecto hacia mis compatriotas y paisanos, hemos resuelto retirar de la ciudad de Coro el corto número de tropas que habíamos hecho venir a ella; a fin de que, desvanecidos los vanos temores con que el fugitivo comandante Salas de su distrito y otros agentes del gobierno español han procurado alucinar a las gentes incautas, y particularmente las mujeres y niños, puedan éstos restituirse tranquilamente a sus domicilios sin temor ni sospecha alguna. En consecuencia transferimos nuestro cuartel general a las inmediaciones del mar. (…) La carta anexa, dirigida al Cabildo y Ayuntamiento de esta ciudad, prueba nuestras sanas intenciones, y que no era en las ciudades sino en el campo donde deseábamos combatir únicamente a los opresores del pueblo colombiano.

Desastre tras desastre, al momento en que las tropas con los heridos, que afortunadamente a ninguno han rematado, urgidos por la pavura logran ganar de nuevo el sitio donde habían dejado fondeadas las embarcaciones, hay nuevas noticias igualmente malas, que Biggs narra así en su relato:

> Cuando llegamos de nuevo allí, supimos que el inexperto capitán de la Leander, Johnson, había muerto cuando trataba de llegar con barcazas hasta un río distante cuatro leguas de la Vela para aprovisionar agua, en el segundo intento de nuestra marina. Todos los integrantes de este piquete, al igual que el anterior, murieron o fueron hechos prisioneros por los españoles, que les estaban esperando. Con estas nuevas el general Miranda, tras un consejo de guerra, dio la orden de regresar a los barcos y marchar a la vecina isla de Aruba, que está a dieciséis millas de la costa de Venezuela, abandonando La Vela con la nueva bandera colombiana izada al tope del mástil que levantamos frente a la aduana. Habíamos invadido la América del Sur y en pocos días abandonábamos las posiciones conquistadas sin tener gran conocimiento de por qué lo hacíamos."

Por su parte el comandante Salas, que no era muy valiente por cierto, consigna en el diario el resultado cruento de las escaramuzas producidas el día décimo así:

> Como a las tres de la madrugada se oyó un tiroteo que fue aumentando. Vega (uno de los oficiales realistas) dio parte de que varios botes y canoas,

> sin distinguir su número , se hallaban en la Boca y que estaba empeñado en la acción con dichos botes que se defendían con obstinación. Amanecido ya, volvió Vega a reiterar su parte de que el enemigo dirigía una columna por la playa y otra por dentro de los médanos, con un cañón. Envió a Echauspe con ochenta caballos, por si defendían al llano. La acción duró tres horas.
>
> Vega se portó con el mayor valor. Perdió el enemigo 20 muertos, cinco prisioneros, tres canoas y un bote lleno de barrilerías y pipas. Después han aparecido ocho o nueve cadáveres en la costa de Paraguaná. En las columnas auxiliares de la Vela tuvieron también pérdida de hombres, enterrados por los mismos enemigos. Después de la acción, entró la segunda división de Casicure con seiscientos hombres.(…)

Al día 13 embarcaron y los funcionarios españoles celebraron alborozados y ofrendaron *Te Deum* solemnes con asistencia de toda la población. El gobernador general de Caracas, Manuel Guevara Vasconcelos y Oidores reunió entre los españoles privilegiados y los mantuanos no adictos a la revolución, que eran los más, la apreciable suma de treinta mil pesos para pagarlos al que diere muerte a Miranda o permitiese su captura vivo.

Muerto el capitán Johnson en las circunstancias que se anotaron y sin un capitán experimentado, la excursión con sus once embarcaciones llega a Aruba en donde tratan de instalarse y se toman la isla, a pesar de la advertencia de Miranda en una proclama de que no van en plan beligerante ni de conquista, sino de paz. Pero unos días después un navío inglés con el nombre en la proa de *Elephant*, con *74 bocas de fuego* , ha llegado hasta Aruba para decirle al general que abandone la isla, o no tendrá en adelante ayuda británica alguna.

En medio de la frustración del líder, no obstante que no ha sido en verdad derrotado, emprenden un nuevo recorrido hasta Grenada, trayecto en el cual las embarcaciones usan a veces el pabellón británico, otras el de los Estados Unidos, y en otras ocasiones van sin bandera. Finalmente, siguiendo órdenes, recalan en Trinidad nuevamente, donde se disuelve la pequeña escuadra. Veamos cómo termina su patético relato el testigo Biggs:

> El general se ha hospedado en la hacienda del comandante inglés Cochrane, donde sigue confiado en regresar a su patria. Los integrantes de la expedición, que antes éramos colombianos, mirandinos o mirandonianos, ahora somos aventureros o truhanes y el populacho se mofa de nosotros en las calles. El general ha desaparecido, como su ejército, y la Leander ha sido vendida a Jhon B. Littlepage y William Dickinson para hacer frente a las

> deudas, que son muy cuantiosas, aunque por menos de la mitad de lo que podría valer. Como los demás, yo no he cobrado lo prometido, y tras vagar por Port of Spain hasta febrero de 1807, he regresado a Nueva York. Atrás quedan las aventuras, pero también muertos, heridos, encarcelados y algunas amistades.

Rumazo [118] agrega a este amargo momento un comentario que, aun en las dolorosas circunstancias que vive un general después de esta malhadada aventura, rescata el temperamento indoblegable de Miranda:

> Al almirante Cochrane –Miranda- le dice, en confidencia de amigo, cuál es su verdad, después de Coro: "He comprobado con precisión lo que son los sentimientos favorables de los habitantes para con nosotros, y cuánto detestan el opresivo gobierno bajo el cual gimen ahora." Al otro amigo, Lord Melville, también le expresa sus conclusiones: "Gracias a la experiencia que hemos adquirido ahora en el país mismo, por el intercambio y las comunicaciones que tuvimos durante algún tiempo con los habitantes, el éxito coronará nuestros presentes esfuerzos." Su captación es solo relativamente precisa; su fe, sin embargo, vale más que su esperanza.

En realidad es una triste historia. No es la epopeya de los locos, de que hablaba el escritor español José Manuel Fajardo, sino la aventura de los ilusos. Mejor, de un nuevo Don Quijote cuerdo, como lo llamó Napoleón, golpeado por los eternos molinos de viento. Y en esa desolación no le era posible esperar la mano amiga del gobierno británico con auxilios, porque cuando Cochrane firmó con Miranda aquel pacto que antes vimos y fue sometido a la aprobación del Primer Ministro Grenville, antes del viaje a La Vela, éste rotundamente lo desaprobó. Cochrane le ha notificado, como amigo ciertamente, esa decisión: "*Tengo orden de limitar la asistencia que recibirá usted de mí a la protección contra las fuerzas navales del enemigo. Considero conveniente darle esta información para que no sea usted inducido a esperar que llegue una fuerza militar en su auxilio."*

Lo que quiere decir que tajantemente estaba notificado de que no habría ayuda de ninguna otra clase. Empero, con la tozudez de un iluminado, desde Grenada envía a Londres con cartas al coronel Rouvray. Lleva mensajes al Primer Ministro Grenville, a Turnbull, a Melville, a Nepean, al conde de San Vincent y a Vansittart. A este último, su gran amigo, le dice que haga de cuenta que el portador es su misma persona y por lo tanto le de el mismo

[118] Autor, ob. cit.

tratamiento que a él le daría. Su pedido de auxilio era de 4.000 hombres y por supuesto logística. Las deudas lo agobian y carece de todo.

Pero cuando Vansittart va a hacer algo, cae el gobierno del Primer Ministro, en un sistema parlamentarista sometido a los vaivenes de la política especialmente la internacional, con el desbordado crecimiento de Napoleón, dentro de una Europa cuyo mapa va siendo pequeño a la ambición del emperador. El nuevo jefe del gobierno inglés es el duque de Portland, Sir William Cavendish-Bentinck.

Miranda, como lo anotaba Biggs, va a Barbados y allí dialoga en busca de ayuda con el capitán Cochrane, inútilmente, porque las órdenes que éste ha recibido han sido terminantes. De nuevo se va a Trinidad, distante a unas diez millas de la costa de Venezuela. Aquí se hospeda en la la hacienda Williamfield del almirante Alexander Forrester Cochrane, tío del capitán de navio ya nombrado y gran personaje, quien gentilmente aloja a Miranda. Lo admira por su temple, y siendo el almirante un hombre curtido en muchas batallas navales que le valieron el sobrenombre de Lobo del mar, sabe que la del venezolano no ha sido una derrota sino una primera prueba indenne que tendrá resonancias al futuro. De la hacienda del almirante Miranda pasa a hospedarse en casa del gobernador Thomas Hislop y luego regresa donde Cochrane y así pasa un año en espera de respuestas a su infatigable batalla epistolar tocando la puerta del gobierno. Y no hay respuesta.

Sin embargo, en Londres se sabe de la hazaña, aparentemente frustrada de Miranda. El *Times* ha publicado puntualmente sus movimientos, resaltando la desigualdad de fuerzas con que éste acometió la empresa y señalan la acción como un paso decisivo hacia la conquista de la independencia americana. Al lado de esta valiosa opinión, y como quiera que Napoleón, no pudiendo invadir directamente la isla británica ha establecido un cerco que impide a ésta el comercio con los paises europeos, juego al cual se ha prestado intonsamente España, se va generando un criterio de admiración y apoyo a la empresa mirandina. Y parte de él es la publicación del folleto editado por William Burke titulado *La independencia de la América del Sur.* Brillante y aguda pluma, en él se analiza el gran peligro que significa para Inglaterra que España se convierta en una provincia francesa y por lo tanto también sus colonias, como habría de acontecer un año largo después. De ahí la urgente necesidad de que el Primer Ministro se adelantara a esos temores y le diese una ayuda adecuada a la empresa de la emancipación de esos vastos territorios allende el océano, al frente de la cual era

insustituible el general Francisco Miranda, ese gran patriota y líder de la libertad.

Por cierto, para ese tiempo, el gobierno británico había llegado hasta privar al valiente general caraqueño de la pensión que se le otorgaba, que era como decir que sitiaba a Sara y a sus dos pequeños hijos, que eran quienes la recibían.

El efecto del folleto fue impactante. En la opinión pública, absolutamente temerosa de las tortuosas acciones napoleónicas, sobre todo cuando se han producido las victorias de los franceses de Eylau con la que prácticamente desaparecía Prusia, y la de Friedlan, donde cayeron los rusos y fueron obligados a firmar la paz de Tilsit, con la que los rusos practicaron el principio maquiavélico de que si no puedes con tu enemigo, únete a él; y así ocurrió con este antiguo aliado de Inglaterra.

Conjunto de circunstancias que hacían que la opinión pública mirara, como un acto de autodefensa necesario, que se le diera el gran apoyo que necesitaba Miranda. Este Burke se adelantó con certera visión a la creación de cuatro grandes estados latinoamericanos: Venezuela, la Nueva Granada y Quito, Perú y Chile y las Provincias de la Plata.

Y en tanto tienen desarrollo estos sucesos, ha ocurrido coetáneamente otro hecho significativo: cuando Miranda parte de Trinidad hacia Coro, su amigo el gran marino Sir Home Pophan ha sido enviado a someter al Cabo de la Buena Esperanza en África, que toma fácilmente con una escuadra muy poderosa y un contingente de 1.600 hombres. Cumplida esa misión y de su propia iniciativa, Pophan atraviesa el Atlántico y se va a La Plata. Toma Buenos Aires el 27 de junio de ese año 1806, como alguna vez había planeado con Miranda. En posesión de esos territorios, desde allí le envía una carta a éste, que no le llegó oportunamente porque ya para ese momento Miranda también navegaba hacia su patria la tierra de Venezuela. En lo pertinente el mensaje, lleno de emoción, decía:

> Aquí estamos en posesión de Buenos Aires, el más bello país del mundo y por lo que yo veo de la disposición de sus habitantes, no tengo dudas de que si los ministros accedieran a sus proposiciones y le enviaran a usted aquí el plan suyo arrancaría también de este lado como del otro. Trate mi amigo de venirse. Me gustan prodigiosamente los suramericanos.

Solo que los planes de Miranda eran por la emancipación de Suramérica, en tanto el gran marino inglés pensaba solo en el sometimiento por la fuerza

de esos grandes y hermosos lugares. Lo de Pophan no era la libertad sino un cambio de amos. La acción intrépida provocó, por supuesto, la reacción patriótica de los argentinos, a cuya cabeza estaba el valeroso virrey don Santiago Liniers. Esta ocupación, pues, solo duró dos meses.

Hubo un factor nuevo, muy importante y acorde con la nueva visión a que obligaban las circunstancias políticas internacionales. Sir Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, nacido en Dublín, muy joven pero el hombre más importante de la Inglaterra de su tiempo, ha meditado largamente sobre los escritos de Burke e intuye con claridad el peligro de que Francia se apodere del vasto continente meridional de América. Las fuerzas napoleónicas han superado ya un formidable ejército de más de un millón de hombres muy bien equipados y adiestrados. No volverá a verse una fuerza tan poderosa como la *Grand Armée* de Napoleón.

Por supuesto el bloqueo impuesto a los ingleses anuló el comercio de éstos con el continente y el único sucedáneo que quedó fue el tráfico con las colonias de ultramar dependientes de España, en esos momentos con un comercio quebrantado y una gran crisis económica. De los países europeos, sumidos casi todos en el temor al gran Corso, el único que opuso algunas reticencias al bloqueo a la isla británica fue Portugal. Ello significó que, ante la amenaza de Napoleón, aliado con España, el rey portugués decidiera trasladar su corte a Río de Janeiro, mientras España y Francia se repartían su territorio.

Wellesley, el esforzado militar y astuto estadista que tan grandes victorias en la India ya había conseguido y conseguiría en el futuro, entre ellas la de Waterloo, vio que era imprescindible que, antes de que Napoleón diera el sarpazo a España y se apoderara de las colonias, se propugnara por la emancipación de las mismas, maduras como estaban para ello. Y el hombre tenía que ser Miranda, quien acababa de tener una primera aventura sin apoyo alguno y, aunque sin haber triunfado, había iniciado indenne el camino. Esta política debía ser una política oficial inaplazable. Y así lo comunicó a los ministros George Canning de Relaciones Exteriores y a Robert Steward, Lord Castlereagh, de Guerra; y éstos a su vez al Primer Ministro Lord Portland.

El asunto pues llegó a un punto tan culminante, que cuando Miranda, después de la traumatizante experiencia de Coro se encuentra lamiéndose sus heridas durante un año en Trinidad, por instrucciones del Primer Ministro William Cavendish-Bentinck, duque de Portland, el vizconde de Cast-

lereagh, Ministro de Guerra y Colonias, le hace entrega a Vansittart de una carta con destino a Miranda. Vansittart se le entrega a Turnbull y éste se la envía a su amigo. La carta en lo principal dice:

> Mucho desea el Ministro verle y conversar ampliamente con usted sobre el tema de la independencia de América… Y parece apreciar debidamente la importancia de impedir que la América del Sur cayese en manos de los franceses, lo cual solo puede conseguirse procurándole la independencia, y por medio del general Miranda. [119]

Ya, pues, era una política de estado. Miranda, naturalmente alborozado, se alista con su amigo fiel y secretario Molini y el coronel americano Downie y parten hacia la isla de Tórtola, donde los espera la *Alexandria,* una fragata de guerra del gobierno británico. Entre la oficialidad se encuentra su emisario ante Londres, el coronel igualmente americano Rouvraray, a quien había enviado hacia unos meses. El viaje es placentero. Salen a mediados de noviembre y llegan a Portsmough el 31 de diciembre de 1807. Las campanas de las iglesias se echan al vuelo en honor al héroe, cuya aureola ha crecido en silencio. Ya no tiene que usar el seudónimo de Francis Martin ni ninguno otro. Es el general Miranda que viene de un pequeño infierno, pero erguido en sus convicciones. Cómo le habría gustado que esta escena la viviera su amada emperatriz Catalina, en cuyo recuerdo había creado la bandera de sus sueños y anhelos.

[119] Rumazo, ob. cit.

XIII

EL HOGAR, LOS HIJOS, LA ABNEGACIÓN DE LA COMPAÑERA. DE NUEVO LOS SUEÑOS Y LA ESPERA. LA ENFERMEDAD MIENTRAS SUCEDEN EN ESPAÑA LOS HECHOS QUE SE HABÍAN TEMIDO. LA AMISTAD CON WELLINGTON. TODO LISTO PARA LA EXPEDICIÓN A VENEZUELA CUANDO SUCEDE LA INVASIÓN A ESPAÑA. INGLATERRA ENTRA CON LOS PATRIOTAS ESPAÑOLES. MIRANDA ARRECIA SUS OPERACIONES Y ENVÍA DESPACHOS. FUNDA EL PERIÓDICO EL COLOMBIANO. LAS JUNTAS DE GOBIERNO AMERICANAS. LA DE CARACAS ENVIA COMISIONADOS A LONDRES AL CORONEL SIMÓN BOLÍVAR, A LUIS LÓPEZ MÉNDEZ Y A ANDRÉS BELLO. VIAJE DE MIRANDA A VENEZUELA CON BOLÍVAR

¡Cuan bello es regresar al hogar! Allí estaban, en la generosa casa de Grafton street, esos brazos cálidos y blancos detrás de los cuales unos ojos azules, como las aguas del Caribe, lo miraban con la dulzura de un amor recatado pero tan inmenso como el mar; un niño de más de cuatro años, cuyo nombre puso a la nave emblemática de su pequeña escuadra, luciendo su mejor vestido, que se lanza a abrazar a ese padre que no veía hacia casi dos años; y otro niño de brazos, que no conocía y al que su madre le ha puesto su nombre. Ahí está su biblioteca, sus muebles, el salón de los mapas y planos, su escritorio, su diario empastado, sus cuadros traídos de Italia, en fin, todo ese conjunto de elementos materiales que significan el universo de los recuerdos de los viajes, las gentes que se conocieron y que desfilan por la memoria como fantasmas sueltos que sujetan la vida.

Con tan buenos auspicios s*e* inicia ese año de 1808. Tres días después de llegar a Londres, el general caraqueño se entrevista con el ministro de Guerra y Colonias, Lord Castlereaght. Ambos saben que el tiempo apremia. Miranda, tal vez influido por los escritos de Burke, cuando el ministro lo invita a que le presente el plan de acción, pone sobre la mesa uno diferente al que antes había presentado a Pitt. Habrá cuatro gobiernos para el contienente colombiano, que es como decir cuatro grandes países federados en un solo gran país llamado Colombia. Y deberán salir tres excursiones navales

con todo el equipamiento militar, integrada cada una por diez mil combatientes. Una irá a Venezuela y penetrará a la Nueva Granada y Panamá, otra irá a Guayaquil y Quito, desde donde pasará al Perú, y de aquí a Chile y el Río de la Plata. Otra irá a México y Centroamérica. Miranda cree que esas fuerzas, por generación espontánea, habrán de crecer con el enrolamiento de los americanos. Durante el año que ha estado en Trinidad ha mantenido un estrecho contacto con los venezolanos y sabe con certeza que al interior del país existe una levadura creciendo en la masa alrededor de la independencia. Es realmente cosa de empezar.

El gabinete inglés estudia sobre la marcha el plan de Miranda y surgen los primeros reparos: la fuerza expedicionria les parece muy pequeña. Es preciso tener en cuenta que Napoleón, simplemnte para cuidar el territorio de Portugal, ha dejado en España un contingente de cien mil hombres al mando de su cuñado el mariscal Joaquín Murat, con los cuales, de hecho, inició con el consentimiento del rey Carlos IV, la invasión a ese país. De paso hay que advertir que Inglaterra permitió el descuartizamiento de Portugal, solo por ser su amigo, sin hacer absolutamente nada en su defensa. El temor a enfrentar al ejército napoleónico era realmente paralizante.

Mientras discuten, se van dando dos hechos: el primero es que Wellesley se ha hecho amigo de Miranda. A la sazón el joven aristócrata, veinte años menor que el venezolano, y ministro para los asuntos irlandeses, visita a Miranda en su casa o lo invita a la suya y tienen grandes conversaciones. Hablan en francés, no solo de los asuntos de la guerra, sino que comparten su afición a la cultura. Wellesley ha leído al abate Raynal y ama la música. El mismo toca el violín y, como se recordará, Miranda ejecuta la flauta. Hacen conciertos juntos y lo disfrutan por largas horas. El temple, la sagacidad y la perspicaz intuición política de aquel, hacen ver a Miranda lo que será el futuro de este militar humanista. Pero ninguno de los dos podría haber calculado que seis años después Wellesley habría de vencer al propio Napoleón, el temible guerrero al frente de la *Grand Armée,* en el sitio de Mont Saint Jean, en Bélgica, mejor conocido como Waterloo. Sir Wellesley le ha participado que para finales del año estará lista la expedición a Venezuela y que en ella irán los dos.

De otro lado, Miranda ha entrado en contacto con Sir William Burke, e igualmente se han hecho grandes amigos. Después de largas conversaciones éste prepara un segundo opúsculo que llevará el título de *Razones adicionales para que nosotros emancipemos a Hispanoamérica.* Miranda ha con-

tribuido directamente en él, haciendo un relato de su experiencia militar en Coro e incorporando la carta de Viscardo.

El segundo gran suceso de los comienzos de este año crucial de 1808 radica en que, a imitación de lo que ocurrió en Portugal, el rey Carlos IV, sintiendo invadido su país por los cien mil franceses, pensó con temor, como más tarde lo haría su hijo Fernando, en emigrar, primero a Andalucía y posterioremente a México para gobernar desde allá. El desconcierto por supuesto era inmenso.

A esto había que agregar el enorme descontento que entre el pueblo existía con el rey, que vivía aislado en su palacio de Aranjuez. Ese descontento se había convertido en odio que se irradiaba contra su impúdica mujer María Luisa, descocada y fea, y sobre todo contra el poderosísimo amante de ésta, Manuel Godoy, Príncipe de la Paz y permisivo a las arbitrariedades napoleónicas.

Miranda, seguramente como consecuencia de la malaria que pudo traer de América, repentinamente cayó enfermo de unas fiebres muy intensas que le duraron cincuenta días y lo dejaron convaleciente otros días más. Mientras tanto, en España se iban a producir unos hechos trascendentales para la historia:

La noche del 17 al 18 de marzo, después de la llegada a Aranjuez de una cantidad de gente rara, según cuentan las crónicas, tuvo lugar el golpe de estado. A Godoy lo pusieron preso y hasta le dispararon hiriéndolo levemente en la frente. El rey Carlos IV, bajo las presiones de su hijo y la toma de los cuarteles auspiciada por los liberales, que ya eran muchos en España, abdicó. El Príncipe de Asturias, con diecisiete años, asumió como Fernando VII. En el país se recibió con simpatía el cambio realizado. Empero, el reinado del nuevo monarca, por el momento, solo iba a durar dos meses.

En el mes de mayo Napoleón se trasladó a la ciudad francesa de Bayona. Desde aquí mandó sendas invitaciones al nuevo rey y al antiguo para que lo visitaran. Era el soberano más poderoso del mundo. Ambos pensaron que eran actos de cortesía de los cuales podían sacar ventajas individuales. Y llegó primero Fernando acompañado de una corte. Después arribó su padre en compañía de Godoy, la ex reina y otros personajes cortesanos.

Napoleón los recibió por separado, en medio de la mayor cortesía. En mi obra *Momentos y personajes de la Historia* [120] relato esos sucesos así:

[120] Tomo II, ob. cit.

Por su parte, el ex rey Carlos IV, acompañado de Godoy, había anunciado su llegada con las demás personas de su familia, para los próximos días. Napoleón recibió con las cordialidades palaciegas al joven Fernando; pero al despedirlo, le dijo a Escóiquiz[121] que permaneciera un rato más, pues se proponia tratarle un asunto. El rey se fue.

Escóiquiz fue recibido más tarde por el Emperador, quien le dijo que, para sus intereses políticos, consideraba la presencia de un Borbón en el trono de España como un peligro relevante. Que en esa atención, requería que el rey Fernando le hiciera cesión a perpetuidad de todos sus derechos al trono, a cuyo cambio él le daría el de la Etruria -con título de rey-, una gruesa pensión y le entregaría la mano de una princesa de su sangre, tal como era su deseo. Además, añadía que, de negarse, su padre, Carlos IV, así lo haría, con lo que Fernando quedaría sin nada.

Llegó entonces Carlos IV y llamó a su hijo y le exigió que le devolviera la corona. Fernando se acobardó ante el rey, quien en esos momentos adquirió una autoridad que nunca tuvo. "Padre mío -le dijo- yo no os he exigido la corona, vos me la entregásteis voluntariamente en Aranjuez. Dime ¿por qué lo hiciste y por qué ahora intentas quitármela?". "Os la entregué porque me dio la gana, y ahora os la reclamo porque también me da la gana". Tal fue el diálogo doméstico entre el muchacho regañado y su padre.

Por supuesto, Fernando, sin chistar, le devolvió simbólicamente la diadema que ninguno de los dos ostentó más por el momento. Al otro día Carlos IV, después de hechas las actas de rigor, firmó el tratado de Napoleón, por medio del cual se le hacía la cesión de los derechos para él o la persona que a bien tuviera

Triste epílogo, no por previsto menos sorprendente. Fernando, sin la corona de España, y ni siquiera la de Etruria, ni la mano de la princesa real bonapartista, salió prisionero hasta un castillo en la ciudad francesa de Valençais en donde permaneció hasta el año 1814. El ex rey Carlos IV, por cretino, también salió prisionero hacia el castillo de Fontanebleau. Lo que siguió fue la entronización de José I Bonaparte en el trono de España en ceremonia a la que asiste el Emperador, celebrada en Madrid el 6 de junio de 1808, y una lucha heróica del pueblo español contra el usurpador, que, a la postre, derivó en una alianza con Inglaterra. Y, además, en la formación de juntas revolucionarias en América Latina que, aprovechando la coyuntura, y

[121] Juan de Escóiquiz era un canónigo, que había sido el cerebro del motín de Aranjuez y muy adicto a la persona del joven Fernando.

aun conservando la monarquía solo a favor del verdadero rey Fernando VII al que llamaron El Deseado, se daba un gobierno autónomo que se convertiría a la postre en un verdadero gobierno nacionalista.

Pero es precisamente el mismo 6 de junio, día de la coronación de José Bonaparte, cuando sale un nombramiento para Sir Arthur Wellesley en el que se lo designa como comandante de la expedición que habrá de llevar a cabo el plan de Miranda y a éste se lo designa como segundo comandante. Esa expedición debería salir a más tardar el 1º de julio desde el puerto de Falmouth o el de Cork hacia Venezuela.

Todo pues parecía dispuesto al gran paso histórico, razón por la cual Miranda acepta un cargo subalterno, no obstante que se trata de su empresa, de sus planes, de su patria. Pero el destino juega malas pasadas. Estando todo listo y ordenado, curiosamente el mismo 6 de junio llegan al mismo puerto de Falmouth, de donde debía salir la expedición, dos españoles enviados por una junta patriótica, que son los señores don Andrés de la Vega y el vizconde de Matarrosa. Son asturianos comisionados por una junta reunida en Oviedo que, con todo el valor y el patriotismo, le ha declarado la guerra a Francia.

A los dos días los comisionados plenipontenciarios en busca de auxilio oficial de Inglaterra como aliados, se entrevistan con el ministro de Relaciones Exteriores Canning. Al otro día este ministro se presenta ante la Cámara de los Comunes y pronuncia un discurso: *"Nosotros procederemos según el principio de que cualquier nación de Europa que salga a oponerse a una potencia enemiga común de todas las naciones, cualesquiera que sean las relaciones política existentes de esa nación, se convierte instantáneamente en nuestra esencial aliada.*

Y agregaba tajantemente: "Hemos decidido ir en auxilio de España, contra Napoleón que es nuestro verdadero enemigo, sin que tomemos en cuenta ahora las anteriores diferencias con España."

A partir de ese momento ha quedado cancelado el proyecto de la emancipación de Suramérica. El gobierno inglés piensa que se le ofrece una oportunidad magnífica de luchar contra Napoleón a través de España; y este país invadido y en lucha por su independencia, enemigo la víspera, hoy es su aliado. Las órdenes ya dadas a Wellesley de partir del puerto de Falmouth o del de Cork, con Miranda de segundo comandante hacia Venezuela son canceladas. Sir Arthur Wellesley debe salir con la misma flota hacia España. Y otra orden adicional, muy molesta por cierto, se le extiende: debe ser él mismo el que le comunique al general Miranda estas novedades.

El gran general irlandés, que por supuesto tenía un sentimiento de amistad y admiración por el venezolano, cuenta de su propia pluma este episodio en los siguientes términos:

> Creo que nunca tuve tarea más difícil que cuando el gobierno me pidió que dijera a Miranda que nada queríamos saber de su plan. Creí conveniente caminar con él por las calles y decírselo allí, para impedir que estallara. Pero aun así gritó tanto y se mostró tan enfurecido, que le dije que siguiera caminando adelante, para no llamar la atención de todos los que pasaban. Cuando volví a su lado se hallaba más tranquilo. Me dijo: "Van a pasar ustedes a España (esto fue antes de Vimeiro[122]), están perdidos, nada puede salvarlos; esto sin embargo, es cosa de ustedes. Lo que más me duele es que jamás se desperdició una oportunidad mejor.

Y cuando Gran Bretaña expide un comunicado informando que ha cesado la guerra con España, al lado de la cual lucha ahora contra los franceses, un Miranda al que los golpes del azar no derriban de su fe y tozudez, le envía una carta llena de clarividencia al gran patriota marqués Francisco del Toro a Caracas, en la que fija instrucciones y análisis, para dar comienzo, autónomamente, a lo que Inglaterra les negaba:

> España se ha quedado sin monarca y se ve desgarrada por la guerra civil. Francia e Inglaterra luchan por la Península, que con toda probabilidad será conquistada por la primera. No puede permitirse que ese conflicto, con todas sus calamidades, se extienda al continente colombiano. Nosotros no tenemos por qué participar en esas pendencias; pero sería juicioso aprovecharlas para sacudir el yugo extranjero. (…)
>
> Suplico a V.S. muy de veras que, reuniéndose en un cuerpo municipal representativo, tomen a su cargo el Gobierno de esa Provincia; y que, enviando sin dilación a esta capital personas autorizadas y capaces de manejar asuntos de tanta entidad, veamos con este gobierno lo que convenga hacerse para la seguridad y suerte futura del Nuevo Mundo. De ningún modo conviene se precipiten, por consejo de partes interesadas, en resoluciones hostiles o alianzas ofensivas que puedan traer tratos tan funestos para nuestra Patria, como los señores españoles han traído sobre la mía ….. Las visitas o intereses de las Juntas actuales de Oviedo, Sevilla, Madrid, etc. tienen muy poca compatibilidad con los intereses y autoridades de nuestras Provincias de América. Sírvanse ustedes igualmente enviar copia de este aviso a las demás provincias limítrofes: Santa Fe y Quito, a fin de que, haciendo el debido uso, marchemos unánimes al mismo punto.

[122] En Vimeiro, Portugal, Wellington derrotó a los franceses en esta guerra

> Rumazo [123] agrega que: "La copia se envió a la ciudad de Buenos Aires, con el propio objeto. El gobernador de la Trinidad o el Almirante de la Escuadra Británica de las Islas de Barlovento, sir Alexander Cochrane, darán pase y auxilio a la respuesta de esta carta.

Simultáneamente envía la misma carta a Buenos Aires, al tiempo que felicita a los dirigentes por el rechazo que hicieron a la invasión de su amigo Home Pophan, cuya intención de subyugar por la fuerza a los americanos del sur ha sido rechazada. Se trata de buscar una emancipación honorable y no una nueva esclavitud. Y también es enviada la carta a Lima.

A propósito, a Pophan en esos momentos lo están juzgando por el desobedecimiento que cometió al tomar una iniciativa tan trascendental sin autorización alguna.

Como se observa, Miranda se da cuenta de la ocurrencia de lo que podría llamarse una coordenada histórica favorable a un desenvolvimiento independentista. Ha pensado tanto tiempo en todo esto; lo ha analizado en todos los sentidos y como en un juego de ajedrez ha visto las posibilidades de los alfiles y el avance de los caballos. En fin, su perspicacia monotemática y obsesiva le hace advertir con la mayor claridad la coyuntura que vive la metrópoli, sin rey, para emprender la acción inmediata con la creación de juntas de gobierno, precursoras de una verdadera lucha por la libertad. Hay pues en la carta una instrucción muy clara y precisa que se extiende a todo el continente. Y así, tal como lo preve en esta carta iluminada, terminó de ocurrir, aunque con el sangriento epílogo de la reconquista cuatro años después, cuando cae Napoleón bajo el genio guerrero de Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington y es liberado un Fernando VII punitivo y feroz.

A los cabildos de Méjico y la Habana les envía igualmente sus mensajes y es aun más afirmativo y terminante:

> Las últimas noticias venidas de España y Portugal indican suficientemente cuál será el resultado de mis bien fundadas conjeturas. El Continente colombiano no puede ser ya gobernado por la Europa, cuyo sistema político, moral y civil es enteramente diverso y acaso incompatible con nuestro reposo y bienestar en la América.

Rumazo[124] narra lo que empieza a ocurrir en Caracas así:

[123] Autor, ob. cit.
[124] Autor, ob. cit.

A mediados de ese año de 1808, llega a Caracas un ejemplar del Times de Londres, con la noticia de la abdicación de los reyes de España y el nombre del nuevo rey peninsular: José Bonaparte. El Consejo de Gobierno de Caracas consideró falso todo eso y encaminado a favorecer sublevaciones. Pero diez días más tarde ancla en la Guaira la corbeta francesa Serpiente, en la que han llegado el teniente Pablo de Lemanon y su segundo Courtay, quienes se hacen presentar al gobernador y capitán general, coronel Casas, con este saludo altanero:

Doy a V.S. mis felicitaciones y las recibo por el advenimiento al trono de las Españas y de las Indias de su Majestad José Bonaparte, hermano del Emperador de los franceses. Estos pliegos impondrán a V.E. de todas las circunstancias de tan importante acontecimiento.

Al conocerse la noticia, fòrmase rápidamente un agresivo tumulto popular, dirigido por el alférez Diego Melo, el capitán Ignacio Juárez y el capitán retirado Manuel Matos, muy amigo de Simón Bolivar. Esa ultitud creciente alza el grito de la consigna: " Viva Fernando VII y mueran Napoleón y los franceses". Vitorear a Fernando VII equivalía a desconocer a su padre Carlos IV; había, por tanto un sedimiento sedicioso. Y ni siquiera se advierte que Fernando VII, en el pliego que traían los comisionados bonapartistas, ordenaba a todos sus súbditos obediencia a Napoleón. Los dos emisarios huyen a La Guaira esa misma noche. Pero el Capitán general toma sus medidas: los agitadores Matos, Juárez y Melo son deportadosd también a La Guaira. Y a Bolívar le llega la visita del hijo del capitán general, quien le dice que "le mortificaría verle mezclado en esa especie de conspiración contra la autoridad" Explica el capitán general que tanto Simón Bolívar como su hermnano Juan Vicente están recibiendo con frecuencia amigos en la Cuadra Bolívar: "a tales reuniones se les ha dado el nombre de Congreso Criollo del que figuran como vocales el marqués Del Toro, los Sojos, los hermanos Montilla, el doctor Tejera, el licenciado Salías". La Conspiración caraqueña ha entrado en actividad.

El rechazo a los franceses significa que Miranda ha sido oído y acatado. Les habla de esto el líder a los cabildos de Caracas y Buenos Aires. Su conclusión es una sola:

Trabajemos unánimes y con empeño el buen ejemplo que nos da el pueblo español; y ya que por tanto tiempo hemos copiado servilmente sus vicios, imitémosle ahora con complacencia sus virtudes reclamando con dignidad y juicio nuestros Derechos e Independencia.

Es así, pues, que mientras España da muestras de su gran coraje y he-

roísmo en defensa de su dignidad como nación, en una guerra que termina derrotando a los gloriosos soldados franceses, ayudada por supuesto por los ingleses, en Suramérica se inicia la gesta libertadora con la constitución de las juntas de gobierno y los cabildos abiertos, casi simultáneos en las ciudades importantes. Esa simultaneidad se debe, en primer lugar a la madurez del pensamiento de los grandes patriotas americanos, y por supuesto a las instrucciones de Miranda, tan hábilmente dadas en el momento en que se despejó la gran coyuntura. Vale la pena continuar con el relato de Rumazo[125]:

> El mensaje fundamental de Miranda, "tomen a su cargo el gobierno de esa provincia", empieza a cumplirse en América casi enseguida. Se forman juntas de gobierno, que se toman el poder en desconocimiento de las juntas que se han constituido en España, por ausencia del rey.
>
> La cronología se establece así: Junta de Montevideo, del 21 de septiembre de 1808, que tuvo un sentido autonomista solo relativo, y no duró sino pocos meses. En México se produjo un levantamiento popular, también efímero, en el que fueron víctimas el padre Talamantes y el licenciado Verdad. La Junta que se creó en Chumisaca (Bolivia actual) el 25 de mayo de 1809, mostró más energía y radicalismo, apresó al presidente de la Real Audiencia, García Pizarro, con el liderazgo de. Monteagudo, Sudanés y Lemoine. La Paz coincidió enseguida con Chumisaca y estructuró la suya, presidida por José Domingo Murillo, le declaró lealtad a Fernando VII, que es lo que hicieron varias Juntas, por arte político, a fin de derivar así hábilmente a la insurrección. La de La Paz duró pocos meses: las tropas españolas procedentes del Cuzco derrotaron a sus integrantes y fusilaron a Murillo. Quito siguió el rumbo mirandino el 10 de agosto de 1809: la Junta se formó presidida por Juan Pío Montúfar, que era el elemento de enlace de Miranda. Las tropas peruanas del virrey de Lima Abascal asesinaron a los líderes y al pueblo de esta ciudad valerosa. Como en Coro, poco a poco los mártires de la libertad van sembrando el germen de su sangre, que da siempre la germinación fecundida.

En Santafé de Bogotá se conformó un Cabildo Abierto y luego la Junta de Gobierno el 20 de julio de 1810. Sin solución de continuidad habrá de nombrarse el primer presidente Jorge Tadeo Lozano. En ese mismo mes lo había hecho Cali (3 de julio), Cartagena y otras provincias.

En Caracas se conforma la Junta el 19 de abril de 1810 y asume el gobierno, desplazando al Capitán General don Vicente Emparán, de afinidades bonapartistas, es decir, partidario del usurpador al que había prestado

[125] Autor, ob. cit.

juramento. Vale la pena mirar en detalle cómo ocurrieron estos hechos, trascendentales para la revolución latinoamericana, de la pluma de Salvador de Madariaga [126]:

> La situación inquietante creada por las noticias que se recibían de España allanaba el camino a los separatistas caraqueños. Dos regidores, Tovar y José de Anzola, persuadieron al alcalde de primer voto José de Llamosas que convocara una reunión del cabildo puesto que, ya que sus propios bandos y edictos confirmaban la extinción del supremo gobierno en España, era menester constituirlo en Caracas. Se reclutó una especie de coro popular mediante una derrama de dinero por los arrabales. A las ocho de la mañana del día 19 de abril de 1810, el cabildo se hallaba ya en sesión. Su primera decisión fue solicitar de Emparán[127], como presidente de la Audiencia, que acudiera a "resolver los negocios que ocurrían". Aquí pudo haber observado Emparán que la única autoridad capacitada para convocar a cabildo extraordinario era el Capitán General; pero se avino a lo que se le proponía, acudió a presidir el cabildo y se limitó a observar que, puesto que ya habían desembarcado en la Guaira los emisarios de la Regencia, se aguardase su llegada a Caracas. Ambos emisarios, don Carlos de Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre y don Antonio Villavicencio, oficial de Marina, eran criollos de Quito y separatistas. La mayoría del cabildo de Caracas, sin darse cuenta de lo que la minoría activa tramaba, aceptó la proposición de Emparán. Como era Jueves Santo, todo el mundo se trasladó a la catedral. Parece que el público que se agolpaba ante el atrio de la catedral, aunque escaso, se componía de gente que estaba en el ajo y cuando Emparán, con su séquito de regidores, iba a llegar al pórtico, los conspiradores salpicados por entre el público lanzaron el grito clásico español: ¡A cabildo, a Cabildo! Pronto lo repitieron en la multitud los esclavos de los primeros que habían gritado. Uno de los jóvenes conspiradores, Francisco Salías, asió del brazo al Gobernador exclamando: "!Os llama el pueblo a Cabildo, Señor!" Emparán se desconcertó. Hubiera bastado un leve gesto de su mano enguantada, un movimiento de la vara con puño de oro, para que la compañía de granaderos que le hacía escolta, formada junto a la puerta de la catedral, hubiese dispersado a los alborotadores sin derramar una gota de sangre. Pero el Capitán don Luis Ponte (otro de los ricos nobles de Caracas resentidos contra la tiranía española que les confiaba el mando de las tropas por cuyo medio se ejercía), sin esperar orden alguna del tirano, retiró la compañía, por cuya acción fue recompensado días más tarde con el mando de todo el batallón. Emparán y los regidores se volvieron a las Casas Consistoriales.
>
> Dos letrados, don Félix Sosa y Don Germán Roscio, habían entrado a

[126] Salvador de Madariaga, *Bolívar I, edit. Gràficas Futura, Fuenlabrada, Madrid.*
[127] General Vicente Emparán, Capitán General de Venezuela.

> formar parte del nuevo cabildo como "represenantes del pueblo" por obra y gracia del canónigo Cortés; quien también se había dado maña para que las autoridades eclesiásticas designaran a dos representantes. Pero cuando los dos clérigos designados por el arzobispo llegaron a la Casa Capitular, se dieron de bruces contra la puerta; porque Cortés, a quien no había agradado la selección episcopal, había decidido por sí y ante sí que al clero lo representarían él y un hermano de José Félx Ribas. Ello no obstante, Cortés permaneció lejos del cabildo, rondando por los aledaños de la catedral. Tímidos al principio, los dos representantes del pueblo, Roscio y Sosa, propusieron al cabildo ampliado que se constituyera una Junta presidida por el Capitán General; pero, cuando Roscio se disponía a redactar el acta de acuerdo con esta proposición, los conjurados de la minoría mandaron aviso al canónigo. Cortés Madariaga acudió a las Casas Consistoriales, entró en la sala y sentándose frente a Emparán le espetó un discurso pidiendo un gobierno con poderes propios y la deposición del Capitán General. Desconcertado al principio, declaró luego Emparán que apelaría al mismo pueblo y salió al balcón. La multitud comenzó por gritar "Viva, viva nuestro Capitán General". Pero Cortés salió también al balcón y arengó al pueblo, terminando preguntándole si quería ser gobernado por Emparán. A espaldas del Capitán General y del canónigo, el regidor Dionisio Palacios (cuñado de Bolívar) hacía gestos negativos. Un doctor Villareal, pariente y amigo de algunos conjurados, comenzó los gritos de ¡No! El pueblo los repitió como hubiera repetido lo contrario. En aquel instante terminó un régimen que había durado trescientos años y comenzó una guerra civil devastadora.

Cuando el cabildo adoptó esta decisión, el general Emparán hizo entrega de su bastón de mando al llamado institucionalmente alcalde de primer voto, don José de Llamosas, y se despojó del mando. La Junta creada, que se dio a sí misma el título de Alteza, asumió como Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII. Pero en los prolegómenos de su formación hubo definiciones de mayor alcance. Después de argumentar la imposibilidad de gobierno directo del rey prisionero, o de la Regencia en su nombre, invocando el derecho natural, sentaban el principio y la decisión de "*elegir del seno mismo de estos países un sistema de gobierno que supla las enunciadas faltas, ejerciendo los derechos de la soberanía que por el mismo hecho ha recaído en el pueblo."*

La Junta la integraban el patriota mestizo don Juan Germán Roscio, hijo cruzado de padre italiano y de nativa, quien al mismo tiempo fue designado Secretario de Relaciones Exteriores; el canónigo José Joaquín de Madariaga, nacido en Santiago de Chile de familia de abolengos, pero vinculado a la revolución en Venezuela y don José Félix Ribas, muy allegado y familiar

cercano de Bolívar. También la Junta, como poder central, integró un gabinete y se crearon las secretarías de Hacienda, Guerra, Marina y Justicia.

El prócer Juan Germán Roscio tuvo una larga participación en la política y fue gran amigo en el futuro de Bolívar. Murió cuando fue designado por el Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta como Vicepresidente de la Gran Colombia en1821.

Cuando esta Junta pidió ser reconocida y acatada por las demás provincias, la Junta que igualmente se había formado en Coro, ciudad tradicionalmente monárquica y enemiga de cualquier acto separatista, se mostró irreductible alrededor de su respaldo a la Regencia y a la Junta Central de España con sede en Cádiz. De ahí que decidieron continuar como Junta Suprema en abierta oposición a la de Caracas. Con una Junta cada una de estas ciudades, es decir, Coro y Caracas, se abría paso la guerra civil.

A favor de la Junta de Caracas se pronunciaron Barcelona el 27 de abril, Cumaná el día 30, Margarita el día 4 de mayo, Barinas el 5, Guayana el 11, Mérida el 4 de septiembre y Trujillo el 9 de octubre. En memoria a estas seis provincias originales de respaldo a la autonomía de gobierno, aunque dependientes de los derechos de Fernando VII, el pabellón venezolano sobre el tricolor mirandino lleva seis estrellas una por cada una de ellas.

Rápidamente se organizó en Carora un ejército de tres mil hombres, a cuya cabeza fue puesto como comandante el prestigioso marqués del Toro. Los Toros, parientes políticos de Bolívar y muy amigos suyos, eran tres hermanos: el marqués que era Francisco, Fernando y Juan. Este ejército debía marchar a someter a Coro y luego a Maracaibo. Mas no tuvo un buen suceso, por cierto, pues los militares mantuanos, más allá de ponerse vistosos uniformes, no tenían ninguna formación marcial ni experiencia. Habían ganado sus títulos militares, como los nobiliarios, simplemente por designio de privilegios y casta. El marqués perdió la batalla ante los de Coro; pero ni el triunfo ni la derrota tuvieron mayores consecuencias en el inmediato futuro.

En Buenos Aires se organiza la Junta el 19 de mayo y nombra presidente a Cornelio Saavedra, hasta el Congreso de Tucumán de 1816. Los chilenos, harán lo propio el 18 de septiembre del mismo 1810.

Fueron, sin lugar a dudas, hechos encadenados los que se iban desprendiendo, enderezados todos al mismo objetivo autonomista, aunque con la cortapisa, en la mayoría de ellos, de que eran juntas conservadoras de los derechos de Fernando VII.

Miranda, por supuesto, incentiva sus actividades en procura de coadyuvar desde la distancia tales hechos, en espera de una oportunidad propicia que directamente reclame su presencia física. Tiene ya formada una red americana de patriotas, todos los cuales acatan su liderazgo. Y funda además, en la compañía de José María Antepara, un intelectual patriota nacido en Guayaquil, y de otro de los de la *Epopeya de los locos*, el español liberal y rebelde Manuel Cortés Campomanes, evadido de la cárcel de La Guaira, un periódico quincenario que edita en Londres de su propio peculio y envía a todos los corresponsales de América, que circula de mano en mano. El periódico, orgullosamente, se llama *El Colombiano.* Dura solo dos meses, desde el 15 de marzo al 15 de mayo, tiempo en el cual edita cinco ediciones, al cabo de las cuales, por presiones del gobierno inglés a instancias del representante de España en Londres, don Juan Ruiz de Apodaca, es cerrado.

Pero circuló con gran impacto por todos los países americanos. La carta remisoria enviada con el periódico, dice:

> Muy señor mío: el objeto del adjunto impreso es comunicar a nuestras Américas aquellos documentos oficiales y noticias que parezcan más conducentes a su interés y seguridad; y para que, tomando las medidas más prontas y necesarias en la crisis actual, pueda con instrucción y cordura evitar los riesgos inminentes que las amenazan. Con el propio motivo tengo ya escrito hace más de un año, a los Cabildos y Ayuntamientos de las distintas capitales de estos Reynos a fin de que previendo con tiempo las funestas consecuencias de los manejos e intrigas de los distintos Gobiernos de España, mirasen por si, su seguridad y Emancipación. Puntos esenciales y que no admiten la menor duda en el día. Mi casa en esta ciudad, como en cualquier otra parte, es y será siempre el punto fijo para la Independencia y libertades del Continnete Colombiano. (Londres, 24 de marzo de 1810).

Los cinco números de El Colombiano son altamente polémicos y argumentativos. Son verdaderas catilinarias contra el proceder de lo que ha quedado de legitimidad en España, que es la Suprema Junta Central y el Consejo de Regencia, que se han auto erigido desconociendo los derechos del intruso José Bonaparte, a quien el pueblo llama por su afición a la bebida Pepe Botella. En una parte del primer número Miranda argumenta con lógica:

> El decreto de creación del Consejo de Regencia, dado por la Suprema Junta Central, actuante ahora en la Isla de León, nos prueba evidentemente la demencia y la ambición que la autoridad ha producido en los miembros de

> la Junta: estos hombres que en el momento mismo en que la opinión pública los declaraba ineptos, malversadores de los caudales públicos, déspotas y traidores, cuando por libertarse de la muerte tienen que huir y esconderse, en este mismo momento acusan al pueblo de tumultuario y faccioso, se titulan los legítimos soberanos de España y de las Indias, olvidando que Jovellanos y el marqués de la Romana habían hecho conocer su ilegalidad."

En el segundo número recarga Miranda:

> La soberanía reside únicamente en el pueblo, y cuando él la deposita en un individuo, este individuo no adquiere el derecho de desposeerse de ella y de transferirla, sin el consentimiento del pueblo (…) Bonaparte pretende ser el legítimo soberano de España, en virtud de la cesión en su favor hecha por Carlos IV y Fernando VII; pero los españoles le hacen la guerra, porque no quieren acceder a esta cesión.

Desde luego que Miranda sigue subvencionado por la pensión que le han asignado los diferentes gobiernos. De eso vive y de las esperanzas. Empero, es realmente un hombre superior que no se ocupa de esas pequeñeces. Y de hecho los ingleses, ocasionalmente afectos por otros intereses a los españoles, mantienen en reserva los proyectos de Miranda pensando en un futuro que ven claro y prometedor. En esas crisis con España siempre ganaron los ingleses. Se hicieron dueños a la fuerza del Peñon de Gibraltar que nunca pudieron recuperar los españoles. Y cuando tuvo lugar la guerra anterior, en el 1797, los ingleses le metieron el sarpazo, hasta el día de hoy, a Trinidad Tobago, perdiendo de esa manera Venezuela un extenso territorio que le estaba adscrito y que, de no haber habido esa apropiación, aun sería suyo.

El mismo Miranda anota en su diario que el ministro Castlereagh, aunque amigo, le amonesta por su extensa correspondencia a los países meridionales de América, que el gobierno vigila y controla. Sabe que todo ese despacho de cartas es subversivo contra España, su nueva socia, y le recuerda la subvención que le mantiene.

Pero Miranda no se inmuta; y en la febril actividad que mantiene, no le es escaso el tiempo aun para devaneos galantes. Una sobrina del difunto ministro William Pitt, mujer hermosa y de atrayente personalidad, de la más rancia nobleza y fortuna, de nombre Lady Hester Stanhope, se enamora de él y le pide que viva a su lado. "*Es la mujer más deliciosa que yo he conocido. Está dispuesta a seguirme así no fuera sino para dirigir escuelas y hospitales.",* anota Miranda. Mujer fascinante, independiente, bella y culta, por la que culquier hombre perdería la cabeza. Pero Miranda ya ha perdido

la suya en los vericuetos de un ideal inasible e incierto, asaz de peligroso.

Napoleón, no obstante el desatino soberbio de tomarse a España y Portugal, continúa su racha de victorias, sin importar que en su contra se levanta una quinta coalición integrada por Inglaterra, Austria, Portugal y España. Vence a los austríacos en la batalla sangrienta de Wagran, muy cerca de Viena. Y es precisamente allí cuando, decepcionado Beethoven por el imperturbable desprecio por los pueblos de Napoleón, habría de tachar el nombre del Emperador de su Tercera Sinfonía, llamada antes la Heróica, hecha precisamente en su homenaje.

Napoleón victorioso, como el más refinado príncipe absolutista, se hospeda en el palacio Schöembrunn y aprovecha su estancia allí para pedir la mano de una archiduquesa de Austria, María Luisa, teniendo en mente la separación de Josefina porque no le dio un hijo y él ya pensaba con preocupación de monarca en la dinastía. Por supuesto el kaiser austríaco se sentía incapaz de negar tal privilegio al dueño del mundo.

Empero de tan brillantes victorias, la estrella comenzó a declinar en Bailén, España, donde los españoles por la primera vez lo derrotan heroicamente. En esa batalla habría de participar un joven oficial nacido junto al Río La Plata llamado José de San Martín.

Estas circunstancias y algunas otras más, sumadas a la reacción en cadena de los países sometidos de América Hispana, incluso Brasil, hicieron que Napoleón enviara un mensaje a la Asamblea Francesa en el que se refiere a la independencia de las colonias españolas, que él juzga inevitables. Dice:

> Si España pierde sus colonias, nadie sino ella tendrá la culpa. El Emperador nunca se opondrá a la independencia de las naciones continentales de América. La independencia, que es un fenómeno muy natural, responde a la justicia y a los intereses reconocidos de todas las naciones. Si los pueblos de México y el Perú desean quedar unidos a su metrópoli o elevarse a la cumbre de la noble independencia, Francia jamás ofrecerá resistencia a tal deseo, siempre y cuando esos pueblos no mantengan relaciones algunas con Inglaterra.

Miranda entiende este mensaje como una intención de ayuda. Precisamente de la ayuda por la que tanto luchó en Francia en medio de la incomprensión y la perfidia. Pero en fin, la ayuda es buena en cualquier momento, venga de donde viniere. Por lo menos eso creía él. Claro que esa no fue la ayuda que anhelaba casi con desesperación, como no lo fue la de los ingleses, siempre bailando en la cuerda floja y aparentando amistad.

Y ocurrió que cuando menos lo pensaba o esperaba Miranda, la Suprema Junta Gubernativa de las Provincias de Venezuela, movida por el deseo mediático de crear una república federativa, no obstante su juramento de fidelidad a Fernando VII, envía dos delegaciones a los países que considera más importantes para iniciar unas relaciones internacionales: Estados Unidos e Inglaterra. En la delegacion a Estados Unidos viaja Juan Vicente Bolívar Palacios, el hermano mayor de Simón, quien de regreso muere en el fatídico Triángulo de las Bermúdas al naufragar su embarcación.

En la delegación a Inglaterra son nombrados el Coronel Simón Bolívar y Palacios, Luis López Méndez y secretario Andrés Bello, hombre muy joven, brillante cultura y patriotismo, quien a pesar de su poca edad había sido profesor de Bolívar. Los miembros de la delegación reciben instrucciones de Roscio sobre la labor que deben desempeñar y los alcances de sus poderes diplomáticos, pero no reciben viáticos ni siquiera el pasaje, por la carencia total de recursos. Todo el viaje lo financia el joven de veintiseis años que ostenta un grado militar que no ha alcanzado ni en estudios ni en acciones, pero ya definido en su ambición política y en su misión, que había jurado ante Simón Carreño Rodríguez, o Robinson, su maestro y mentor espiritual en el Monte Sacro de Roma.

Entre las instrucciones que les dan, se les ha dicho por escrito, en relación con Miranda:

> Miranda, el General que fue de la Francia, maquinó contra los derechos de la monarquía que tratamos de conservar, y el Gobierno de Caracas, por la tentativa que practicó contra esta Provincia en el año de 1806 por la costa de Ocumare y por Coro, ofreció 30.000 por su cabeza. Nosotros consecuentes en nuestra conducta debemos mirarlo como rebelado contra Francia VIII y bajo de esta inteligencia si estuviese en Londres o en parte de las escalas o recaladas de los Comisionados de este nuevo Gobierno y se acercase a ellos sabrán tratarle como corresponde a estos principios y a la humanidad del territorio donde se hallare, y si su actual situación pudiese contribuir de algún modo que sea decente a la Comisión no sea menospreciado.

No tenían, en líneas generales, en buena estima los mantuanos a Miranda, salvo algunas excepciones. En verdad habían aportado los treinta mil pesos por su cabeza que ahora recordaban las instrucciones secretas a los comisionados.

Empero, Bolívar tenía otra opinión sobre aquel hombre al que su propio padre y otros más se habían dirigido muchos años antes manifestándole su

esperanza de que él fuera el que llevase adelante la emancipación. Bolívar, a pesar de que la Junta era conservadora de los derechos del joven rey español prisionero, no era partidario de conservar la sujeción a la monarquía como lo pretendían ellos. Ya era un radical, y sabía que España jamás consentiría en darle la emancipación a un filón tan grande para su economía como lo constituían los extensos y ricos territorios americanos subyugados donde mandaba omnímodamente. O sea que para Bolívar estaba claro que a la autonomía nacional y política solo se podía llegar con la guerra. Y es allí en donde, conocedor como era de toda la trayectoria de Francisco de Miranda y Rodríguez, de su vasta experiencia militar y de sus talentos en todos los campos, ve imprescindible para su país la presencia al frente de un gobierno, balbuciente y comprometido hasta allí con Fernando VII, pero iniciado y decidido en el camino largo de la libertad. Sabía él mismo de sus propias limitaciones en el campo militar, en el que carecía de toda experiencia. Ninguno en Venezuela, ni en América, podía mostrar la formidable trayectoria militar y política de Miranda y el sufrimiento y perseverancia en una causa única para sí, que era la libertad de su patria.

Se embarcaron en mayo de 1810 en una barco de guerra inglés, invitados por el almirante Cochrane, enterado del viaje de los comisionados a entrevistarse con su gobierno. Desembarcaron en el puerto de Portsmouth el 10 de junio del mismo año. Ninguno, por supuesto, conocía a Miranda, y a pesar de las instrucciones oblicuas y peyorativas, iban preparados para verlo. Le llevaban muchas cartas, entre ellas una de su cuñado José María Fernández, muy querido del general, casado con su hermana Rosa, recientemente fallecida.

Los comisionados llegaron a un hotel y pidieron ser recibidos en el Foreing Office. Allí uno de los empleados de menor rango les sugirió que se entrevistaran con Miranda, pues todo el que trataba asuntos latinoamericanos debía tener contacto con él. Así Bolívar, que era como el jefe de la delegación, pudo verse con Miranda inicialmente en el hotel, y luego lo visitaron los tres en el 27 de Grafton street, la residencia de Miranda. Goñi [128] describe la escena refiriéndose a Bolívar:

> … al joven de 26 años, estatura menguada y mirada mustia, que era Bolívar, le deslumbró la vivienda, los bustos de Homero, Apolo y Sócrates de su salón, un grabado de Mercator –el mapamundi- colocado cerca de la chimenea y la soberbia biblioteca, que ocupaba una planta de las cuatro

[128] Autor cit. *Sueños de un Libertador*

> que tenía la residencia del general. No se habían visto con anterioridad, eran de generaciones diferentes, el uno de 26 años, huérfano desde joven y viudo hacía siete, el otro de sesenta abriles y formación mucho más que enciclopédica. Dos visiones de la vida, dos mundos.

La charla con Miranda fue deslumbradora para aquellos hombres. Miranda, como ya es sabido, era arrollador en cualquier escenario en que la vida lo pusiera. Hecho a los grandes ambientes, se desenvolvía con gran propiedad y soltura. No era un tímido. Tenía una respuesta para todo. Sobre todo si de lo que se hablaba era de la independencia de su patria, tema sobre el cual llevaba pensando más de treinta años. Sabía èl, como lo intuía el joven paisano, que la independencia del continente solo podría lograrse por las armas y que lo que ahora se vivía en la Junta de Caracas no era más que un breve remanzo a la reacción española, que inexorablemente llegaría cuando estuviera en condiciones de reaccionar. Ya conocían de sobra cómo eran los castigos de los españoles a los réprobos que aspiraran a la libertad de la tierra americana. Ese era un gran peligro personal al que debían enfrentarse si de veras querían la libertad.

Miranda les dio a los comisionados una relación social de altas esferas, incluso los puso en entrevista con el duque de Glousester, de la familia real inglesa, los relaciona con el gran filosofo y educador Jeremías Benthan, y el educador Joseph Lancaster, con los que dialogan ampliamente. Bolívar, como un dandy, mientras la prensa londinense movida por Miranda los llama "los Embajadores de América del Sur", se pasea elegantemente vestido, acompañado de sus dos esclavos negros que infaltablemente le acompañan. Son recibidos finalmente por el Ministro de Relaciones Exteriores, el marqués Richard Wellesley, hermano del héroe y gran guerrero Sir Arthur, futuro duque de Wellington, quien antes de ocupar este cargo había sido embajador en Madrid y hablaba el idioma castellano. A propósito, aun sigue de rey Jorge III, el Granjero, con períodos de lucidez y otros con la mente perdida en las oquedades de la locura.

El 16 de junio son recibidos por el ministro, no en el Ministerio, sino en su casa particular de Apsly House, para no darle el carácter oficial a la visita, ante las miradas ardientes del señor Ruiz Apodaca. A petición del marqués, y convenido por los comisionados para llevar memoria a su Junta, don Andrés Bello, el secretario y gran cultor del idioma, escribió la memoria de la entrevista, que transcribimos aunque abreviada por su señalada importancia:

El marqués [129] dijo que juzgaba inoportunos los procedimientos de Caracas, como que todos estaban apoyados sobre un supuesto falso, que era la pérdida absoluta de la España; que jamás los asuntos de España habían presentado un aspecto más favorable; que la animosidad de los españoles contra los franceses era en el día mayor que nunca. (…) Don Simón Bolívar contestó a S.S. que una exposición breve y sencilla de los hechos que habían sobrevenido en Caracas haría conocer mejor que todo el verdadero espíritu de su Gobierno; y recorrió la historia de los últimos acaecimientos (…) Dijo que el nuevo Gobierno pronunció solemnemente su separación del Gobierno de Regencia, declarándolo nulo en su establecimiento y arbitrario en sus disposiciones. Este era el espíritu del Gobierno actual de Venezuela; estos los principios que se hallaban profundamente arraigados en el corazón de sus habitantes, y que no podrían jamás desmentir. (…) Entonces observó S. S. que este desconocimiento de cualquier modo que se la pintase era un acto verdadero de independencia, y que los tratados existentes entre la Gran Bretaña y la España no permitían al Gobierno de su Majestad aprobarla; no podría autorizar la Gran Bretaña ni reconocer de modo alguno lo que ofendiese directamente a la integridad e independencia de la España. (…) Replicó S. S. que el fundamento de todo Gobierno era el depósito central de una autoridad, y que todo acto dirigido a sustraer de ese poder central a cualquiera de las partes, atacaba radicalmente la Constitución; que un acto de esta naturaleza solamente podía apoyarse sobre aquellos principios que con el nombre de Derechos del Hombre había producido la Revolución Francesa y se hallaban en el día completamente desacreditados. (…) El marqués insistía en la necesidad de prestar alguna especie de reconocimiento real y verdadero a la Metrópoli; tenía por justas las medidas tomadas por el pueblo de Caracas para deshacerse de unos magistrados sospechosos, pero no podía ver bajo el mismo aspecto su absoluta sustracción del Gobierno de la Península; convidó a los Comisionados a que hiciesen proposiciones más propias para conciliar todos los intereses. (…) Los Comisionados contestaron que no les era posible desentenderse de las instrucciones de su Gobierno, en que se les prevenía estrechamente cerrar sus oídos a todo acomodamiento con la Regencia; que estaban seguros de que sus compatriotas consentirían primero en perecer, que en someterse a una dominación tan dura como peligrosa. (…) El marqués dijo que Don Simón Bolívar tenía bastante talento y conocimiento para no comprender que la independencia a que aspiraba Caracas era una cosa sin ejemplar en los anales del pueblo español y de sus colonias. (…) Don Simón Bolívar repuso que aun conviniendo en que la dependencia de América fuese un punto de tanta entidad, era demasiado duro que se exigiese a los americanos un desprendimiento absoluto de sus intereses esenciales; que nadie mejor que el Marqués podía deponer contra los vicios de la administración española. (…) El Marqués sonrió haciendo un

[129] Se refiere al marqués de Wellesley, hermano de Sir Arthur Wellesley, ministro de Relaciones Exteriores.

cumplimiento al Comisionado por el ardor con que defendía la causa de su país; y Don Simón Bolívar le contestó que S. S. lo manifestaba mucho mayor en sostener los intereses de España.

La conferencia se hizo bastante animada, pero por una y otra parte no se hizo más que presentar las razones anteriores bajo diferentes formas. Dijo S. S. que si la misión no tenía otros objetos ulteriores, pensaba que se hallaba concluida. (…) Los Comisionados contestaron que venían particularmente encargados de solicitar los auxilios de la Gran Bretaña para asegurarse contra las tentativas de la Francia; insinuaron también los comisionados, aunque no en términos expresos, el interés de su Gobierno en que la Gran Bretaña la dispensase alguna especie de reconocimiento. Dándose por entendido el Ministro de toda la extensión de esa solicitud, opuso dificultades que en su concepto la hacían inadmisible. Añadió que eran imposibles al Gobierno británico aprobar expresa y solemnemente el establecimiento de Venezuela; pero que S. M. no tomaría tampoco la medida de desaprobarlo; que la conducta del Gobierno de S. M. había sido constantemente desentenderse de la legitimidad de los Gobiernos establecidos, auxiliando siempre los esfuerzos de los pueblos que querían resisitir a la Francia. Expuso que el Gobierno británico emplearía gustosamente su influencia para que no fuese turbado por las hostilidades de la Metrópoli el nuevo establecimiento de Venezuela.

Como se ve, a lo único a lo cual se comprometió el gobierno inglés fue a utilizar sus buenos oficios para impedir que España declarara hostilidades contra Venezuela. Tampoco desaprobó oficialmente el paso dado hasta allí por Caracas, que la sutil inteligencia del ministro veía como un acto de separación. Resultaba obvio que la condición de que solo fuera el propio rey Fernando, desterrado y prisionero, el que fuera a gobernar, en persona, resultaba ser una disculpa, o mejor aun un gran pretexto que adoptaba una apariencia de fidelidad para consolidar la emancipación. Pero mantuvo el ministro su lealtad con España, y una distancia con los países que buscaban afanosamente el derecho de ser pueblos soberanos e independientes. Siempre el juego inglés fue ese; y ni siquiera cumplió en la promesa de impedir esas hostilidades que pronto llegarían con la mayor crudeza.

Es posible que Bolívar entendiera más que de sobra que era muy poco lo que adicionalmente pudieran lograr en el objetivo de su misión, mientras pensaba que su presencia física en Caracas era más productiva, no obstante las diferencias que le separaban del criterio de los miembros de la Junta Suprema. Y había algo más que surgía nítido para él: la revolución, que aun

no había comenzado, deberían hacerla por sus propios medios los patriotas americanos, decididos ya a emprender la larga batalla aprovechando la feliz coyuntura de la invasión napoleónica. En eso estaba absolutamente de acuerdo con la mente lúcida de su compatriota Miranda.

Pero había algo más. A pesar de que las instrucciones secretas que habían recibido los comisionados mostraban una gran reticencia de los miembros de la Junta que gobernaba a Venezuela en relación con Miranda, su genio veía con destellos luminosos que la persona llamada en ese momento para orientar y dirigir las acciones en todos los campos era ese general de tan preclara inteligencia y conocimientos, que llevaba treinta años luchando en la distancia -y aun en el terreno como en Ocumare y Coro-, por esa independencia a la que, sin escrúpulo alguno, estaba dispuesto a entregarle sus últimos años, incluso su propia existencia.

Bolívar le propuso una vez a Miranda que lo acompañara a Venezuela. Como Miranda se sorprendiera y vacilara, se lo propuso otra vez y muchas más. Él era el hombre indicado y no los trastabillantes miembros de la Junta, inexpertos en todo sentido.

El paso ya dado de asumir el gobierno pero con sujeción a la corona de Fernando VII era absolutamente inocuo, si de lo que verdaderamente se trataba era de la emancipación. No podía caber duda acerca del hombre indicado para ser el gran líder. Miranda volvió a vacilar. Tanto tiempo había luchado buscando que le facilitaran auxilios para inciar la acción bélica, que él entendía debía ser solo para la iniciación, que lo demás sería la reacción misma de los patriotas americanos, que cuando vio de frente que el paso inicial ya se había dado y que la acción toda estaba sobre la marcha y se lo llamaba a que la dirigiera, su sorpresa le estableció las dudas propias que debían llegar al cerebro de todo ser humano, incluso el de él: su familia.

Esa mujer abnegada y fiel, que silenciosa siempre a su lado le había dado dos niños, el mayor de siete años y el menor ya de cuatro que eran su alegría, en una intimidad de reposo y aliento, similar a la del gigante Anteo, que para tomar fuerzas le bastaba solo el contacto con su madre Gaia. Pesaba de momento el dejar el círculo de sus amistades transcontinentales e inglesas. Y había algo más, recóndito, que no acertaba a identificar en medio de su sorpresa y que era como una alerta, aun para un hombre resuelto de grandes decisiones y sin amarras, como era él. Solo dos años después descubriría de qué se trataba en medio de las tortuosidades del destino.

Aun sabiendo que el tiempo apremiaba y que era menester que los comi-

sionados Luis López Méndez y Andrés Bello permanecieran un poco más en Londres, como que las entrevistas con el ministro Wellesley continuarían en busca del empréstito que primordialmente habían ido a buscar, para lo cual ofreció hospedarlos el tiempo que fuere necesario en su casa, pidió a Bolívar que lo dejara pensar un poco más, y se encerró a escribir cartas de despedida al coronel Smith, a Trurnbull, a Vansittart y a muchos otros. Luego le escribe al ministro Wellesley y le solicita, con su gratitud, permiso para partir a su patria al tiempo que le suplica que su pensión le sea transferida a su fiel ama de llaves y a sus hijos y le pide finalmente que le autorice al viaje a Bolívar y a él en un buque de guerra hasta Curaçao.

Escribe igualmente, como hiciera antes cuando partió en el 1806 a la primera excursión armada, su testamento que es más o menos el mismo. Y cuando lo tiene todo listo, le escribe a la Suprema Junta de Caracas:

> Sean para siempre loados los varones ilustres que tan santa e inmortal obra ejecutaron, ¡y que sus nombres vivan en los siglos venideros hasta la más remota posteridad ! (…) He presentado al Gobierno británico un memorial, poniendo así término a las negociaciones que desde veinte años a esta parte tenía establecidas a favor de nuestra emancipación, y solicitando al mismo tiempo el permiso debido, para regresar a mi amada patria en calidad de uno de sus ciudadanos.

Es pues una decisión tomada. Ni quería ni habría podido decir que no. Empero, su actividad de los últimos días se acentúa. Escribe notas que publican los periódicos, habla de la independencia de Venezuela, hace reproducir en el *Morning Cronicle* recortes de los diarios caraqueños y profusamente anuncia su viaje. Nada oculta y alardea de los grandes triunfos que los esperan, hasta el punto de que don Juan Ruiz de Apodaca, representante de la Regencia española, protesta ante el gobierno inglés, que debe atender las diferentes notas verbales. Por esa razón, y para impedir que uno de los comisionados, el coronel Bolívar, salga en compañía del odiado sedicioso –para los españoles- Miranda, el ministro Wellesley facilita que viaje en el *Zaphire* , una goleta de guerra, en la que acompañan a Bolívar, fuera de sus dos esclavos, José Tovar Ponte, pariente suyo, y el patriota José María Antepara, con el que había fundado Miranda *El Colombiano* y Pedro Antonio Leleux, muy amigo de aquel. Pero no Miranda que deberá viajar aparte para no dar pábulo a la estrecha vigilancia de Apodaca. A Bolívar le hace entrega de los sesenta y tres tomos editados de su Diario, aumentados con los recientes

hechos. Esos libros tan valiosos, único legado escrito de Miranda, viajaron a Caracas de la mano de Bolívar. Allá están en la Universidad de Venezuela. El viaje se produjo el 16 de septiembre de 1810. Otros dicen que fue el 21.

Miranda saldría el 10 de octubre, es decir, veinte días después, en un barco mercante rumbo igualmente a Curaçao. Le acompaña su fiel secretario Tomás Molini. Bolívar le ha dado por cuenta del tesoro público venezolano la cantidad de mil libras esterlinas para gastos de viaje, que finalmente debieron pagarlos sus herederos.

Miranda no es un sentimental. Es un hombre cerebral y se diría que frío. Pero al despedirse de Sara, Leandro y el pequeño Francisco, llora en silencio. La escena la presencian conmovidos Andrés Bello y Luis López Méndez. Son su pequeña familia y nunca más los volvería a ver y él lo sabía. Un instinto indescifrable se lo decía interiormente. Empero, como alguien que camina hacia el abismo de la gloria, partió presuroso y altivo.

XIV

LA GUAIRA Y CARACAS. RECELOS DE LA JUNTA. DIPUTADO AL CONGRESO POR EL DISTRITO DE PAO. LA SOCIEDAD PATRIÓTICA Y EL NUEVO JACOBISTA. EL PODER Y LA DICTADURA. LA FIEBRE FEDERALISTA. LA INDEPENDENCIA ABSOLUTA Y LA CONSTITUCIÓN. BATALLA EN VALENCIA. EL TERREMOTO. LLEGADA DE MONTEVERDE A CORO. NOMBRADO MIRANDA GENERALÍSIMO Y DICTADOR

Don Francisco de Miranda, como un ciudadano cualquiera, va en un barco mercantil que llega a Curaçao donde se vuelve a encontrar con Bolívar. Dialogan unos días y ultiman preparativos. Los planes son muy amplios y apasionantes. Ambos escriben muchas cartas. Está terminando noviembre. Bolívar se embarca y llega a La Guaira el 5 de diciembre. De inmediato sigue a Caracas. Debe gestionar ante el doctor Juan Germán Roscio, quien cumple el oficio de Canciller de la Junta Suprema republicana, una especie de invitación a Miranda, que deliberadamente demora. Cuando Miranda llega al caluroso puerto, es el 10 de diciembre. Hay numerosas personas esperándolo, entre ellas su amigo Simón Bolívar. El gobernador inglés de Curaçao, Layard, anota en un informe al ministro de Colonias inglés Lord Liverpool sobre esta llegada:

> El Avon ha vuelto aquí el 13 de La Guaira, donde recibieron al general Miranda con muchas demostraciones de aplauso; al zarpar el Avon todavía no había seguido camino a Caracas, pero sus Altezas, la Suprema Junta, en cuanto recibieron noticias de su llegada a La Guaira delegaron para recibirle y manifestarle su extrema satisfacción al Coronel de Bolivar y al señor Tovar, hermano del Presidente.

A pesar de las prevenciones del gobierno británico, Miranda ha viajado en el barco militar inglés *Avon*. Al llegar al puerto luce con toda la gala el uniforme de Teniente General francés que compró en París en los años de la victoria de Valmy, levita azul turquí, pantalón blanco, sable dorado, sombrero tricornio. Muy elegante para un pueblo tosco de pescadores y de

comercio. Pero él seguramente siente reivindicado a su padre, al que no dejaron los mantuanos lucir el uniforme ni permanecer en el servicio por su oficio poco noble de tendero. El 12 llega la invitación cordial de Roscio y se traslada a Caracas montando un brioso corcel blanco y en medio de una larga comitiva de admiradores que han ido a recibirlo. La Junta lo recibe sin afanes, pero lo trata con alta cordialidad. Él sigue luciendo el uniforme y despierta, como era natural, sentimientos encontrados en esa ciudad que ya no conocía y en la que casi era un extranjero. Empero, los jóvenes ven en él a un revolucionario, al igual que lo ve Bolívar, los hermanos Toro y el canónigo Cortés Madariaga. Una gran parte de los mantuanos, celosos de su alcurnia y privilegios, lo siguen viendo como el hijo del canario que vendía mercancías en una tienda. Pero Miranda sabe para dónde va.

Bolívar lo lleva a su casa y lo hospeda con todas las comodidades. Unos días después se celebran elecciones, pues la Junta las ha convocado para integrar un primer Congreso constituyente que dicte una Constitución, acorde con los nuevos tiempos. En Cádiz los liberales expedirán la suya el 19 de marzo de 1811, casi simultánamente con la expedición de la venezolana. Pero a Miranda, por supuesto candidato, no lo han propuesto ni por Caracas ni por ninguna de las ciudades importantes. Solo lo elijen por Pao, un distrito sin mayor significación cercano a Barcelona. Bolívar, que no le atribuye importancia a su propia figuración en el Congreso, no se presenta. Se ha ido a su hacienda de San Mateo.

Empero, antes de irse, pide a la Junta que nombren a Miranda Teniente General de la fuerza pública con sueldo y todas las dignidades, cosa que hace el gobierno. Cuando esto ocurre, por un acto de delicadeza personal, le escribe al ministro de relaciones exteriores inglés Richard Wellesley una carta en la que le da cuenta de tal hecho, al tiempo que renuncia, por incompatibilidad de intereses, a la pensión que le ha dado el gobierno de su Majestad Jorge III durante tanto tiempo. Es de suponer que también le escribe al entrañable Turnbull solicitándole que le siga suministrando el dinero a Sara y a sus hijos.

La Junta así mismo ordena la incineración de todos los documentos en que se acusó a Miranda en el 1806 por el intento de rebelión en Coro, cuando se ofreció un precio por su cabeza.

El Congreso de treinta y un miembros se instala el 11 de marzo de 1811. El día 28 de marzo la Junta entrega el poder ejecutivo al Congreso. Ha cumplido bien con su deber . Luego el Congreso elige un triunvirato, para el cual

no tiene en cuenta a Miranda. En la votación éste solo alcanza ocho votos. Después de la elección, con gran elegancia dice: " *Me alegro que haya en mi tierra personas más aptas que yo para el ejercicio del poder supremo."* Las personas designadas fueron: Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltazar Padrón.

En realidad en la sociedad pacata de una Caracas que solo sobrepasaba los cuarenta mil habitantes, reducida a los terrores infundidos por el púlpito, la fama de un masón ateo y librepensador, como Miranda, tenía que generar un sentimiento de desconfianza general y de temor.

Por esos días el inglés William Burke, amigo del general desde Londres, como se vio atrás, llegó a Caracas. Burke hablaba y escribía en castellano y produjo una serie de escritos revolucionarios, partidario como era de la independencia americana, y radical en sus concepciones filosóficas influidas por los escritores franceses. Tocó, según los prelados, la perniciosa y oscurantista influencia de la Iglesia, pero en realidad lo que estaba proponiendo no era otra cosa que la libertad de cultos. Y eso fue motivo de gran escándalo al cual asociaban indefectiblemente el nombre e influencia del masón Miranda. De nada valió que el propio general visitara al arzobispo para presentarle disculpas y darle explicaciones sobre su no participación en el asunto. La gente entendió que estas satisfacciones tenían un alcance simplemente diplomático que no cambiaba la manera de pensar de este general que vestía y actuaba como un jacobino francés.

En realidad sabía Miranda que estas cosas iban a pasar. Conocía de sobra la influencia de un clero en su mayoría realista en medio de un pueblo ignorante y sometido al temor de dios, es decir, al temor a los curas. Era imperioso hacer un adoctrinamiento permanente, sobre todo a las clases inferiores, para despojarlas de los prejuicios religiosos y abrirles sus mentes a los postulados de la Edad Moderna y de la democracia.

Y he aquí que por decisión de los liberales españoles de la Suprema Junta de Cádiz, a semejanza de las Sociedades Económicas de Amigos del País con que éstos habían iniciado el cambio en la Península, se había ordenado conformar una Sociedad Patriótica que convocara a mantuanos e intelectuales en esa Caracas deliberante. Miranda, como era natural, se introdujo en ella y la hizo escenario de sus discursos, semejantes a los de los grandes tribunos franceses que él había conocido, incluido Robebespierre, en el Club de los Jacobinos.

Ya era un jacobino en su patria necesitada de sus luces y adoctrinamien-

to. Los enemigos, es de lógica, iban aumentando. Pero también el grupo de adeptos, dentro de los cuales estaban Bolívar y los hermanos del Toro. Miranda, por supuesto, intentó que lo eligieran presidente con resultados negativos. Empero, después de un tiempo de mayor acción, esa elección se logró y así fue presidente de la Sociedad Patriótica.

Cuando entra al Congreso el 28 de junio, ya tiene un partido formado. Vale la pena ver la descripción que hace Madariaga en su biografía de Bolívar [130] sobre este momento histórico:

> La creciente influencia de Miranda precisamente sobre el sector demagógico de Caracas le granjeó un escaño en el Congreso. El 28 de junio de 1811 entraba en la Cámara como diputado por el Pao. Roscio, su tenaz advesario, escribía poco después a Bello: "Entró Miranda en el Congreso (…) y su conducta en este encargo le granjeó mejor concepto. Se portaba bien y discurría sabiamente". Con todo, se cuidaba con esmero de su partido –mezcla de hombres no muy bien tratados ni por la amistad ni por la confianza-. Bolívar era uno de ellos, pero sus dos enemigos, Cortés Madariaga y Sanz, pertenecían también al partido; así como José Félix Ribas, Salías, Tejera, Espejo y los hermanos Carabaño; hombres todos que en la Sociedad Patriótica abogaban vehementemente por la independencia e inflamaban a la multitud con fogosos discursos. El Congreso se reunía en la capilla de la Universidad, procurando que sus debates transcurrieran con la serenidad que requerían su propia dignidad y el lugar en que se celebraban. Las sesiones eran públicas y la multitud no respetaba siempre ni aun siempre entendía el decoro que procuraban mantener los diputados. La prensa contribuía a la excitación general, a tal extremo que el Congreso tuvo que delegar a Roscio cerca del Ejecutivo para que se refrenara a la prensa mediante censores oficiales, medida que se adoptó (18-VI-11) Caracas fue así llevando al país hasta la Declaración de Independencia.

Es fácil imaginarse a Miranda, con su gran bagaje cultural y su deseo de triunfar en lo que sabía hacer y para lo que se había preparado toda la vida, en un Congreso que funcionaba en la que había sido su Universidad, formadora inicial de su portentosa cultura y donde había aprendido latín y griego, pronunciando un discurso cargado de emociones y de sabiduría. Naturalmente ese Congreso no era homogéneo, es decir, no todos pensaban lo mismo, como debe ser un congreso. La democracia es el respeto al pensamiento de cada cual y finalmente el respeto al pensamiento y decisión de las mayorías. Muchos de los diputados eran partidarios de mantener los lazos con España.

[130] Autor, ob. cit.

Pero el partido de los separatistas, alimentado por los grandes debates de la Sociedad Patriótica a la que pertenecían Bolívar, Cortés Madariaga, José Félix Ribas, Espejo, Tejera, Salías y muchos otros, eran combatientes por la libertad desde el punto de vista dialéctico y retórico.

En el inicio del mes de julio, en respuesta a los que se habían atrevido a presentar sus recomendaciones como actos que debían conducir a una nueva tiranía, pronunció un discurso lapidario en el que afloró su magia de la palabra y su cultura: Dijo Miranda:

> No puedo permitir que se diga en esta asamblea que es imposible que puedan cuarenta hombres abusar de la autoridad. Es muy indecoroso para nosotros que se choque tan abiertamente con hechos históricos tan notorios y tan recientes. Hasta los niños que han leído la historia saben que 1.200 hombres escogidos en Francia –como lo hemos sido nosotros aquí- se arrogaron todos los poderes, se volvieron unos malvados, e inundaron de sangre, de luto y desolación a su patria. Nadie duda de que hubo 30 tiranos en Atenas, y que el largo parlamento inglés, ese antemural del despotismo, fue el que dio la autoridad a Cromwell para tiranizar a la nación. Esta ignorancia de la historia no puede ser muy ventajosa para un legislador; si se oyese mejor a la opinión pública, y se atendiese a la de esa Sociedad Patriótica tan injustamente denigrada, se vería que no se incurría allí en semejantes errores. Es falsa la opinión que se ha propagado de que el Congreso de la América del Norte tuvo todos los poderes y que dio el ejecutivo en comisión a George Washington. Yo quiero que me citen las fechas y los hechos. Presente estaba yo mismo, cuando el jefe de las armas entregó su autoridad al Congreso al concluirse la guerra; ninguna otra autoridad tuvo sino la militar. Nuestros argumentos deben apoyarse sobre hechos verdaderos. Hemos dividido los poderes, porque los hemos creído necesarios; debemos ser muy cautos en sostener esa división; con ella no hubiera abusado César de la libertad de Roma, y Atenas hubiera peligrado antes, si hubiese sido menos severa.

Es fácil imaginarse que con una pieza oratoria de estas los contradictores debieron de sentir el peso apabullante de la razón de ese compatriota tanto tiempo ausente, mientras se formaba con una cultura que nadie en Caracas podía igualar.

El 3 de Julio Miranda pronunció en el Congreso otro discurso memorable, que por fallas técnicas de secretaía no pudo recuperarse en su texto. Pedía elocuentemente la independencia definitiva. Contra ese discurso cargaron los monárquicos, entre ellos el padre Maya, que recordó que ese Congreso había sido citado para conservar los derechos de Fernando VII.

Miranda volvió a encender los ánimos con una posición radical que respaldaban las numerosas barras, entre las cuales se encontraban los miembros de la Sociedad Patriótica que no eran miembros del Congreso, como Bolívar. El debate fue largo y candente frente a la actitud timorata de los no radicales, entre ellos Roscio. Cuando Miranda respondió con elocuencia las objeciones y las diatribas de los contrarios, el padre Ramón Ignacio Méndez, diputado realista, se le lanzó a tratar de abofetearlo. En ese momento el presidente levantó la sesión

En la misma forma en que ocurría en París con el Club de los Jacobinos y los otros clubes, al otro día en la Sociedad Patriótica se reunieron sus miembros para continuar el debate del Congreso de la noche anterior. Esa noche Bolívar pronunció un gran discurso que la tradición ha podido salvar –Madariaga dice que fue imitado- y que refleja bien lo que era su estilo. Dijo el Coronel ante las afirmaciones de que lo que se buscaba era dividir el Congreso y ante los argumentos de los realistas [131]:

> No es que haya dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el sisma los que conocen más la necesidad de la unión ? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. Unirnos para reposar, para dormir en los plazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido, y ¿qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos decididos a ser libres ? Estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. Que los grandes proyectos deben prepararse en calma. ¿Trescientos años de calma no bastan ? La Junta Patriótica respeta como debe al Congreso de la Nación; pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad Sudamericana; vacilar es perdernos. Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos.

Esa comisión se designó con una sola persona: el doctor Miguel Peña. Es curioso, como lo anota Madariaga, que el promotor del debate había sido Miranda, que el orador en la Junta Patriótica fue Bolívar y el comisionado ante el Congreso Peña . Y no había pasado un año sin que estos últimos hubieren entregado prisionero a Miranda a los españoles.

[131] Madariaga, ob. cit.

Al día siguiente Peña hizo entrega de la resolución de la Sociedad y pronunci*ó* un vibrante discurso en el que abominaba de Fernando VII y refutaba el temor a los ingleses como aliados de España, argumento con el que habían estado escudándose los tibios. Finalizó con una proposición que fue aprobada, en la que se pedía oir la opinión del Ejecutivo. El mismo día el ejecutivo integrado por Cristóbal Mendoza, quien lo presidía, y por Baltazar Padrón y Juan Escalona expresó su opinión favorable a la declaración de independencia. Como era el 4 de julio, el pueblo celebró esa noche con gran alborozo la independencia de los Estados Unidos. Al otro día, 5, al iniciarse la sesión, Miranda propuso que se votara la declaración de independencia y se abrió un intenso debate para luego entrar a la votación, en medio de unas barras deliberantes que aplaudían a los radicales independentistas y abucheaban a los que tenían temores. La votación afirmativa fue casi unánime, con la excepción del presbítero Maya que votó en contra.

Aprobada la declaración de independencia, se comisiona a Roscio y al español gaditano Franciso Iznardi, secretario del Congreso, para redactarla. Mientras esto ocurre, el pueblo se lanza a las calles encabezado por Miranda, quien ese día toma en sus manos el pabellón amarillo, azul y rojo y con él se pasea por diferentes lugares públicos en espontánea manifestación de júbilo. Incluso llegan al palacio del arzobispo español don Narcizo Prat y Coll, quien se estremece de la ira.

El día 7 fue acogido el documento con el título de "Declaración de Independencia de la Confederación Americana de Venezuela" y se nombró una comisión integrada por Germán Roscio, Francisco Iznardi y Fernando de Toro para llebarla al triunvirato ejecutivo para su promulgación . El 8 de julio de 1811 fue promulgada solemnemente. La gran celebración pública, ya adoptada la bandera y la escarapela donde se advierte el nombre de Colombia de Miranda, se lleva a cabo el 14 de julio, día de la toma de La Bastilla. Es una celebración a todo nivel, que comprende actos especiales de recuerdo a los sitios en donde habían sido ajusticiados patriotas, entre ellos José María España sacrificado en 1799, en presencia de sus hijos, y al sitio donde se quemó con gran escarnio el retrato de Miranda cinco años atrás.

Por supuesto que todos estaban conscientes de que la declaratoria de independencia conllevaba en sí misma una declaración de guerra contra España y naturalmente contra las ciudades como Coro, Valencia, Maracaibo y otras que eran de opinión absolutamente favorable al rey prisionero y a Es-

paña. Y la reacción la hubo inmediata. Veamos cómo describe esos sucesos el historiador Rumazo[132]:

> Los primeros en sublevarse fueron los españoles canarios, a las puertas de Caracas. "¡Viva el rey¡, ¡Mueran los traidores!", gritaban por las calles, tratando de azuzar, y se lanzaban a la violencia. Fueron dominados y dieciséis de ellos cayeron ajusticiados. ¡Había que ejemplarizar! Ese mismo día 11, a una semana de la declaración de Independencia, y en coordinación con los canarios, se alza por el rey la ciudad de Valencia. ¡Hay que marchar contra ella! Los mantuanos del Congreso votan por el comando del marqués del Toro. ¡Toma la vanguardia y le derrotan! Entonces, solo entonces, acuden a Miranda; los mantuanos no le toleran al gran general de Valmy y de Amberes; la política chica del pequeño pueblo que es entonces Caracas, asume constantemente su pobre predominio. En las poblaciones tradicionalistas no mandan los valores sino el cacicazgo. El general Miranda va, combate, vuelve a combatir, impone una disciplina muy severa a las tropas –se quejarán de ella ante el ejecutivo-, y triunfa al fin; Valencia es recuperada. Miranda le informa al ministro de Guerra:
>
> Todas las personas que se alzaron en armas contra Caracas están subyugadas o pacificadas. En despachos posteriores enviaré la lista del pequeño número de muertos y heridos que hemos sufrido en esta acción. El coronel don Simón Bolívar, que con sus compañeros de armas se ha distinguido en esta patriótica ocasión, y mi edecán el capitán Francisco Salías, que surgió de una prisión para servir a su patria, informarán a V. E. de otros detalles que el tiempo no me permite explicar en este despacho.(agosto 13 de 1811)
>
> Esta de Valencia es la primera victoria de Bolívar en su vida militar, que comienza ahora. Para Miranda, es la última gran victoria militar de su larga carrera de oficial que empezó en Madrid cuarenta años atrás."

También esa fue la primera victoria para un joven que se había unido al ejército, proveniente de Cumana, llamado Antonio José de Sucre.

Unos días después el ejecutivo envía en misión diplomática a Santafé de Bogotá al canónigo Cortés Madariaga para comunicarles los nuevos hechos. Miranda, ya con suficiente influencia en las decisiones, envía igualmente con el canónigo una importante carta al Congreso neogranadino, que en esos momenos preside Camilo Torres y al presidente de Cundinamarca que es don Jorge Tadeo Lozano. Ese mensaje decía:

[132] Autor, ob. cit.

> Permítame que un ciudadano de la Provincia de Venezuela, penetrado de admiración, respeto y reconocimiento por los ilustres trabajos que a favor de nuestras libertades y derechos, tiene ejecutados la Junta Suprema de Santafé de Bogotá llegue respetuosamente a darle las gracias por tan altos y benéficos favores. (…) El canónigo Dr. Don José Cortés Madariaga, que hace poco tiempo salió de esta ciudad para esa capital y va encargado de una importantísima comisión dirá a V. A. cuanto yo podría sugerir en ésta, acerca de una reunión política entre el reino de Santafé de Bogotá y la Provincia de Venezuela, a fin de que formando juntos un solo cuerpo social gozásemos ahora de mayor seguridad y respeto, y en lo venidero de gloria y permanente felicidad.

Ese era un sueño de Miranda: el de la unión física y política de los dos territorios y naciones en un ente que Bolívar después crearía, en 1819, con el nombre a secas de Colombia, pero que después de separados, por los vaivenes y avatares de la política, se conocería como la Gran Colombia, de estirpe absolutamente mirandina.

El Congreso, después de muy largos debates y exámenes, aprueba y expide la primera Constitución de Venezuela el 21 de diciembre de 1811. Como Miranda no ha participado en las últimas sesiones por haber estado ausente en la operaciones de Valencia, expresa una inconformidad o reserva con la redacción de parte de la Carta que deja al firmar, a manera de constancia. Dice así:

> Considerando que en la presente Constitución los poderes no se hallan en un justo equilibrio, ni la estructura u organización general suficientemente sencilla y clara, para que pueda ser permanente, que por otra parte no está ajustada a la población, usos y costumbres de estos países, de que puede resultar que en lugar de reunirnos en una masa general o cuerpo social, nos divida y separe, en perjuicio de la seguridad común y de nuestra independencia, pongo estos reparos en cumplimiento de mi deber.

No se trataba de una monserga impertinente. Miranda veía con nitidez los defectos que engendraban en la Carta los intereses de una casta dominante que no se resignaba fácilmente a no sacar un partido de las nuevas instituciones. Es muy significativo que con ese pensamiento coincida el eminente jurista e historiador venezolano J. L. Salcedo Bastardo [133], como se puede ver en este párrafo:

[133] J. L Salcedo Bastardo, "*Historia Fundamental de Venezuela",* cita de Rumazo, ob. cit.

> La Constitución que el Congreso promulga el 21 de diciembre contempla de modo primordial lo que interesa a la nobleza criolla. En lo formal se concilia la inspiración norteamericana con la francesa, dentro de un sistema mixto. Se adopta la estructura federativa… Proclámanse todas las libertades política y las garantías ciudadanas: igualdad ante la ley, abolición de títulos y privilegios, cese de discriminaciones entre las castas; respeto a la persona humana y libertad de pensamiento. Se acuerda la prohibición del comercio de esclavos y de la trata de negros, pero se deja en pie la esclavitud. El Estado se compromete a proteger la propiedad; así mantiene una institución claramente cimentada sobre la usurpación de la conquista y los siglos de coloniaje. Se estatuye, en fin, una democracia más o menos exótica y abstracta, incomprensible y remota para las masas, ninguna de cuyas sentidas aspiraciones aparece reconocida con franqueza. Los sectores populares no pueden amar el orden que ha nacido; no lo sienten suyo.

Hay algo más que demuestra una mezquina maquinación, directa, contra Miranda. Esa Constitución establece que para ejercer el poder ejecutivo se requerían largos años de residencia en el país. O sea que las puertas del poder le son cerradas. Y en medio de la agitación e intransigencia federalista, que también perdió a los patriotas de la Nueva Granada y a los argentinos, el Congreso decide, al iniciarse el año 1812, irse a sesionar a Valencia, a fin de limar las asperezas y extender una prenda de confianza con los habitantes de esa importante ciudad.

Y el Congreso en pleno, sin Miranda, se trastea el 6 de marzo de ese año, que también lo fue de la derrota de Napoleón en Rusia, anticipo de su derrota definitiva, a Valencia. Y designa al nuevo ejecutivo que recae en los señores Francisco Javier Eustáriz, Francisco Javier Maíz y Antonio Nicolás Briceño. Miranda, que por delicadeza personal ya no vive en la casa de Bolívar y ha tomado una amplia casa en arrendamiento, no está de acuerdo ni con los federalistas ni con el traslado del parlamento a la ciudad realista de Valencia y se excusa de asistir. Las cosas definitivamente no van bien, engarzados en una guerra de contumelias y odios personalistas.

Cuando estas cosas se desarrollaban con mucha tensión, a Miranda le han llevado noticias sobre una expedición española que vendría de Puerto Rico. La noticia se fue extendiendo como una esperanza para los que aun albergaban un sentimiento monárquico y al mismo tiempo como una maldición para los liberales que creían en la independencia y en los dones de la libertad. Él habla y se mueve, invita a dejar de lado la discordia y a unificar fuerzas con un objetivo común absolutamente imperioso: la defensa de la patria.

Pero no había terminado ese mes de marzo, precisamente el 26, un Jueves Santo, a las cuatro de la tarde, cuando un terremoto de máxima intensidad, que duró más de dos minutos, sacudió a Caracas desde sus cimientos en las entretelas mismas de la tierra. En una ciudad que no llegaba a cincuenta mil habitantes, el sismo sepultó en las iglesias cuando asistían a las celebraciones religiosas y en las viviendas, a una quinta parte de la población y destruyó casi en su totalidad la hemosa y pujante urbe. El terrible fenómeno telúrico también se extendió, con los mismos efectos destructores, a La Guaira y a Puerto Cabello.

La casa donde vive Miranda queda casi destruida. Bolívar no estaba en Caracas a donde se encaminó al otro día para presenciar los cuadros desoladores de la muerte y la destrucción de viviendas y monumentos. Y en medio de tanto dolor, con la pompa de sus ornamentos morados de Semana Santa, el señor arzobispo español, don Narciso Prat y Coll, quien había llegado de España en el 1810, cargado con el báculo y el peso de su autoridad espiritual, elevando su voz al tono más potente, clamó con la misma voz de Cristo ante Lázaro: "*¡Este es un castigo de Dios por haber profanado el juramento de lealtad al Bienamado Rey Fernando VII !"* Y tras su voz sagrada, siguieron las voces igualmente sagradas de todos los curas. Allí estaba palpitando la abominación por el gran pecado cometido contra la sagrada autoridad del rey, que es la misma autoridad de Dios.

Bolívar hizo su aparición por toda la ciudad ayudando a rescatar heridos y muertos. Obviamente él era uno de los réprobos a los que se refería el arzobispo y sus curas. Cuando estaba en esa labor, en la plaza de San Jacinto y ante el templo y convento de los dominicos destruido, un fraile se había parapetado en una columna y desde allí atacaba a los patriotas señalando con su voz furiosa que era la ira de Dios vengando el gran crimen cometido contra España. Bolívar se subió al mismo parapeto y de un empujón bajó al fraile. Entonces esclamó como un caudillo: " *¡La naturaleza conspira con el despotismo y pretende atajarnos el paso! ¡Pues bien, si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!"*

Siguieron cuatro meses de desolación. El Congreso permanece en Valencia y está para clausurarse. Antes de hacerlo dota de muy amplios poderes al ejecutivo. Empero, sucedió algo extraordinario: El capitán de fragata Domingo Monteverde y Rivas, canario de nacimiento y veterano sobreviviente, primero de la batalla contra el almirante inglés Jervis en San Vicente, que atrás vimos, en la que España perdió, y luego, seis años

después, de Trafalgar donde quedaron destruidos casi todos los barcos españoles. Monteverde, cuando se produjo la noticia de la independencia de Venezuela, en las precarias condiciones en que se encontraba España, fue destinado a San Juan de Puerto Rico para que estuviera atento allí a recibir las órdenes de recuperar a Venezuela. A su lado estaba el nuevo gobernador general que había designado la Junta de Cádiz para reemplazar a Emparán, don Fernando Miyarés González, quien no se había atrevido a cumplir su misión.

Seguía siendo la primavera de ese 1812, cuando Monteverde, atrevido y valiente, zarpa de San Juan rumbo a Coro, la ciudad realista en la que Miranda había emprendido su incursión.

Hay un hecho Curioso: Miranda, precario de logística y personal que no llegaba, como también se vio, a trescientos hombres, esperaba robustecerse con personal venezolano afecto a la causa de la independencia, que espontáneamente ofreciera sus servicios, cosa que no ocurrió. Monteverde dispone de 230 soldados, unos cuantos cañones, diez mil cartuchos, pocos fusiles, un cirujano, un poco de galletas como manducamiento, un cura y el gobernador Miyarés, cuando llega a Coro, recién ocurrido el terremoto. Y la gente de Coro lo respaldó y aumentó su avituallamiento, equipo y personal. Qué diferencia a lo ocurrido con Miranda.

Monteverde toma a Siquisique donde el cura Torrellas y el indio Reyes Vargas, que mandaba unos doscientos indios, lo reciben con grandes honores, que se repiten en Barquisimeto. Luego ganó fácilmente en Carora a trescientos criollos que se le opusieron. Y mientras Miyarés ha regresado a Puerto Rico a buscar refuerzos, Monteverde, ya con un ejército aunque irregular, se apresta a tomar Valencia con aire triunfante y la palabra de los curas hablando de la ira vengadora de Dios.

Es entonces cuando, en el más terrible desespero, el Congreso, que ha ofrecido la dictadura al marqués del Toro quien la declinó, el 23 de abril de 1812 inviste a Miranda del cargo de General en Jefe de todas las fuerzas armadas de tierra y mar, con plenitud de poderes, y el manejo total de los recursos del Estado. Es generalísimo y Dictador, con el incinerante encargo de salvar la gravísima situación.

"*No consultaréis más que la ley suprema de salvar la patria,"*Le dice en sus órdenes el Congreso como la máxima autoridad de la República. Miranda vuelve a lucir su flamante uniforme de mariscal de Francia y escribe a to-

dos sus amigos ingleses y norteamericanos informando lo que ha sucedido, sus dificultades y pidiendo desesperadamente ayuda.

Así asume el mando; y lo primero que hace es nombrar a su amigo, el coronel Simón Bolívar, como comandante de la plaza de Puerto Cabello, la más importante de Venezuela, en la que se almacena el mayor parque y la mayor fortaleza, tanto para la defensa como para el ataque.

Algunos historiadores de la época, muy allegados a Bolívar, escribieron después, cuando ya éste era el Libertador, que las diferencias entre Miranda y Bolívar se originaron en esta designación que, según ellos, suponía cierta quietud y pasividad, contrarias al temperamento de éste, que requería de acción y dinamismo. Madariaga [134] rechaza esa sugerencia, cuando sostiene que: "*Todo esto es disparatado; porque Puerto Cabello era tan servicio activo y tan campo de honor como cualquier otro puesto a las órdenes de Miranda, tal como el propio Bolívar reconoció en sus cartas a Miranda al perderlo; y sobre todo cuando en Cartagena, al dirigirse a la opinión, firma el Manifiesto: "Simón Bolívar, coronel del ejército y comandante de Puerto Cabello", cinco meses después de haberlo perdido, lo consideraba todavía como un título militar valioso."*

Se iniciaban los días de la realidad. Hasta allí todo había sido como un letargo de acontecimientos precipitados y de rencillas sin sentido entre los mismos venezolanos. Ahora vendría la furia española de un veterano con rabia, que nunca había conocido la victoria de la cual estaba ansioso, en medio de una causa incierta e inasible en la que casi todos estaban dispuestos, por miedo o por infamia, a la traici*ón.*

134 Autor, ob. cit.

XV

EL BREVE MANDATO DE MIRANDA. LA PÉRDIDA DE PUERTO CABELLO EN MANOS DE BOLÍVAR. EL ARMISTICIO. LA ENTREGA DE MIRANDA POR RAMOS, PEÑA Y BOLÍVAR. EL PREMIO DE BOLÍVAR Y ELOGIO A SUS SERVICIOS POR MONTEVERDE. LA CAMPAÑA ADMIRABLE Y GENIO DE BOLÍVAR. LONGANIZA

En la primera proclama -que fueron muchas- como Dictador, Miranda convoca a los venezolanos así:

> Ciudadanos: dejad vuestros hogares si queréis conservarlos para vuestros hijos. Venid a triunfar o a disputaros el honor de morir. Vale más esto que caer en manos de asesinos. Vuestro generalísimo os invita y os muestra el camino de Valencia que otra vez pasasteis con gloria. Los muertos os llaman de su tumba para que vengueis su sangre derramada, los enfermos para señalaros las heridas que han sacado de acciones gloriosas . Los viejos, las mujeres y los niños , para que los escapéis del cuchillo asesino. Y nosotros para que tremoléis en Valencia, Coro y Maracaibo el pabellón de Venezuela.

Ordena con severas penas la mayor disciplina en las tropas. Sabe que ésta y el amor a la patria son fundamentales cuando percibe el momento de terrible peligro para la incipiente república. Pero también conoce que gran parte de los habitantes de una ciudad destruida por el terremoto, necesitada de víveres y escéptica en relación con los dones de la independencia, se halla proclive al retorno al gobierno de los españoles.

Quizás es preciso acotar que la llegada de Miranda al mando ese 23 de abril fue tardía. Ya Monteverde, sin tener en cuenta a su jefe el general Ceballos, había hecho una carrera vertiginosa de triunfos y saqueos.

Como estratega de una causa desesperada, el generalísimo consideró que seguramente el triunfo estaba de su lado entretanto pudiere conservar Valencia, ciudad a la cual intento inútilmente trasladarse, y Puerto Cabello. Mantener esas dos posiciones claves y agotar al enemigo que finalmente quedaría sin municiones ni alimentos, era su estrategia, sin arriesgar inútilmente sus precarias fuerzas en batallas o escaramuzas menores. No podía

jugarse, como en un juego de dados, de una vez la suerte de la República en escaramuzas que él consideraba secundarias. Empero de esos cuidados, tal vez demasiado conservadores, ambas posiciones las perdió en muy poco tiempo. Veamos como describe el historiador español Madariaga lo relativo a las acciones de Monteverde: [135]

> El avance de Monteverde, rápido, brutal y triunfante, se debía al entusiasmo general por la causa del rey, a la deserción de las tropas republicanas y a la propia ligereza con que Monteverde arrostraba los riesgos de la campaña sin dársele un bledo ni la prudencia ni la disciplina militar. El 2 de abril tomó a Barquisimeto, otro montón de ruinas; el 19, a Araure, desobedeciendo las órdenes de Ceballos de que se quedara en Barquisimeto. Tuvo entonces que retroceder a Araure, por temor a las tropas republicanas de San Carlos; pero el jefe de la caballería republicana, Montalvo, le mandó recado secreto de que desertaría, y cumplió su palabra. Esta traición abrió a Monteverde las puertas de Valencia, donde entró sin oposición el 4 de mayo, "en medio de miles de aclamaciones". En Valencia recibió Monteverde a su jefe Ceballos, que venía a encargarse del mando. Pero Monteverde se negó a entregárselo. Y ahora es cuando se aclara su táctica de permitir a las tropas el saqueo de las ciudades que iba tomando. Tenía órdenes estrictas de prohibirlo. Ceballos, su jefe inmediato, declaró "que dio a Monteverde las órdenes más terminanes para que por ningún título se permitiese el terrible saqueo de los pueblos". Ceballos prohibía el saqueo, Monteverde lo autorizaba. Por eso, al reclamar el mando Ceballos pudo Monteverde negárselo y quedarse con él, porque no se hallaba a la cabeza de tropas regulares, sino de una turbamulta de combatientes improvisados."

A partir de este momento la situación, ya bien difícil, se tornó crítica. De ahí que Miranda saliera con tres divisiones que había logrado reunir, a la reconquista de Valencia, cosa que no era ni fácil ni posible como ya lo había sido unos meses atrás. De hecho Miranda no pudo llegar y tuvo que replegarse a La Victoria, donde estableció su cuartel general con todo el grueso de su ejército. Sus planes eran dejar que Monteverde se quedara sin municiones, sin posibilidad de auxilios de su jefe Ceballos, con el que en un acto de soberbia aquel se había peleado. Una situación adicional se agregaba: contra Miranda en Caracas se confabulaban gentes del gobierno, del Congreso y, por supuesto, de los mantuanos. Incluso se descubrió un plan para ponerlo prisionero y darle muerte. No se podía tener confianza en nadie, porque la traición salía de todos los lugares y por distintos motivos, que a la postre no eran sino uno: la infamia.

[135] Madariaga, Bolívar I, citado.

Uno de los más conspicuos historiadores de Venezuela, el señor Parra Pérez[136] ha descrito la situación en relación con los monárquicos de Venezuela en 1812 así:

> A partir de abril o mayo de 1812, habría sido necesario enviar a la cárcel o fusilar, por realistas, a las tres cuartas partes de los habitantes de Caracas, entre los cuales gran número de empleados de la República. Abundan los textos demostrativos de que la opinión general fue en Venezuela, hasta 1820, hostil a la Independencia.

Miranda sabía todo esto y lo padecía con horror. En Francia había mandado un ejército de patriotas que entregaban su vida o su sangre con emoción y gloria. Aquí ni siquiera se tenía un ejército que soportara el tránsito de un día al otro sin que se operaran deserciones masivas que aprovechaba el enemigo.

Es posible que en esa situación desesperada ya Miranda estuviere pensando en llegar a un arreglo con España, bajo el amparo de la Constitución liberal y garantista de Cádiz, que acababa de promulgarse el 19 de marzo de ese mismo año 1812 y a la que popularmente el pueblo llamó *La Pepa*, que él como liberal compartía. Los autores de esa Constitución eran masones y liberales con una mente abierta, contraria al abolutismo que siempre rigió en la Península. En la Constitución, que subrogó Fernando VII como uno de sus primeros actos al recuperar el trono en 1814 e introducir el absolutismo nuevamente en España, se le dotaba al Nuevo Mundo de derechos de igualdad que antes carecía. Y fueron esos constitucionalistas y militares los que apoyaron años después a Nariño y le dieron libertad, como se vio en la parte primera de esta obra. Vale la pena resaltar a algunos de ellos: Antonio Quiroga, Antonio Alcalá Galiano, Francisco Espoz y Mina, Juan Díaz Porlier, Felipe de Arco-Agüero y otros. De hecho ellos mismos buscaron que a Miranda se le diera un mejor trato en la Carraca, como se vio al comienzo.

Pensó igualmente en reclutar en los Cayos unos contingentes de negros que pudieren reforzar su menguado ejército.

Del 18 al 19 de mayo se reúne el generalísimo en la hacienda Trinidad de Tapatapa con representantes de los tres poderes, ampliamente facultados. Se analizan las deserciones y el avance de Monteverde, cuyas fuerzas correlativamente crecen en comparación de las patriotas. Se le aumentan los poderes a Miranda, como si se tratase simplemente de aumentar el poder sobre el

[136] *Historia de la Primera República de Venezuela,* Caracciolo Parra Pérez

papel, a sabiendas de que eran medidas desesperadas para no cruzarse de brazos. Miranda crea condecoraciones que buscan estimular el heroísmo de los soldados y escribe un manifiesto que termina así:

> Se me confieron facultades dictatoriales. Yo os empeño mi solemne palabra de no dejar la espada que me habéis confiado, hasta vengar las injurias de nuestros enemigos y restablecer una racional libertad en todo el territorio de Venezuela. Yo no abandonaré jamás el puesto importante en que me habéis colocado, sin dejar satisfecha vuestra confianza y vuestos deseos.
>
> Algunos pueblos de la provincia de Caracas, alucinados por una multitud de malvados, y en especial por algunos isleños, se han separado de la unión de sus hermanos; ellos han despedazado la corona de la libertad que ceñía sus sienes y han presentado sus manos a la cadena de la esclavitud. La patria, conmovida con esta baja ingratitud, ha llamado algunos centenares de los muchos hijos fieles que le quedan. Muchos han corrido ya para satisfacer tan bellas intenciones; pero algunos permanecen tranquilos espectadores de las glorias de sus hermanos o de los reveses de una guerra que tiene el funesto carácter de civil. ¡Ciudadanos: esta indolencia es criminal! (…) Marchemos, compañeros míos, a Coro, Maracaibo y Guayana. Destruyamos estas madrigueras de bandidos que infestan el país de los hijos primogénitos de la libertad colombiana.

La pluma de Madariaga, con gran imparcialidad describe estos momentos trágicos de los finales de esta primera república, cuando Miranda, con alguna esperanza en su propósito de retomar Valencia, ha logrado detener al enemigo, pero no logra su objetivo. Debe recogerse entonces en La Victoria sin perseguirlo, a pesar de las voces de sus subalternos que le piden que lo haga y lo extermine. El no se distrae de la estrategia ya trazada de no entrar en batallas secundarias. Solo obrará a la defensiva para no arriesgar nada. Anota Madariaga:

> El generalísimo decidió retirarse a La Victoria a unas sesenta leguas de Caracas; pero tuvo que sacrificar "los grandes y bien provistos almacenes de la proveeduría del ejército". El día 20 Monteverde atacó La Victoria, pero fue rechazado; aunque Miranda no se lanzó a perseguirle, como lo hubiera hecho de seguro si hubiera podido contar con sus tropas. La situación de Monteverde era tan precaria que llegó a pensar en retirarse. No le quedaban más que cuatro mil cartuchos y no tenía derecho a esperar auxilio alguno de jefes a quienes había desacatado. A retaguardia, el único puerto útil, Puerto Cabello, estaba en manos de una guanición republicana al mando del coronel Simón Bolívar

> A Monteverde no le podía salvar nadie más que Miranda. Y así fue. En esta coyuntura, el generalísimo adoptó una actitud fabiana que venían a interrumpir de cuando en cuando súbitos accesos de efímera energía. Proclamó la ley marcial y prometió la emancipación de todos los esclavos que vinieran a servir bajo sus banderas. Venían a distraerle preocupaciones financieras, y el marqués de Casa León, designado por el gobierno de la República para administrar el Tesoro, le informaba que no había fondos ni medios de procurárselos. Se urdían en torno suyo intrigas y más intrigas. José Félix Ribas, nombrado gobernador de Caracas, perseguía cruelmente a los españoles europeos y hasta a los mantuanos, confiscándoles los bienes y reduciéndolos a prisión en grillos. Por último se alzaron los negros de Capaya y Curiepe, amenazando a la capital con horrores y recordaban los de la revolución de Haití. (…) Parece que por esta época Miranda comenzó a pensar en la posibilidad de llegar a un acuerdo con España, bajo la impresión que le produjo la Constitución del año 12. (…) El 5 de julio de 1812, el Generalísimo, para celebrar el aniversario de la independencia de Venezuela, invitó a su mesa a los oficiales de su Estado Mayor.
>
> Hallábase Miranda gustando la taza de café que cerraba el ágape, y conversando con su habitual locuacidad, cuando llegó un correo, con el cual se encerró en su despacho. Traíale una carta: "Puerto Cabello, 1º de julio de 1812. Señor General Francisco Miranda. Mi General: Un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado, con los prisioneros, del castillo de San Felipe, y está haciendo un fuego sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza es perdida. Yo la mantendrá entretanto todo lo posible. Simón Bolívar.

La carta, con fecha 1º de julio, relataba que el ataque había comenzado el 30 de junio y fue recibida por Miranda el 5, primer año de la Constitución. Estaba pues retrasada cinco días, de modo que cuando Miranda la recibe, ya era un hecho la pérdida irredimible de Puerto Cabello.

La fortaleza de Puerto Cabello, la más importante que tenía Venezuela, se componía del castillo de San Felipe, que dominaba el puerto y la ciudad. En ese castillo tradicionalmente se hallaban los prisioneros de más alta peligrosidad, inicialmente contra la monarquía, ahora contra la República. O sea que allí había un número importante de españoles presos desde 1810, que fueron liberados por Vinoni e incorporados a las armas. Fue un plan bien estudiado. Tenía asiento en el mismo castillo, el arsenal y los depósitos de pólvora, al igual que unas fuerzas suficientes para mantener a raya a los españoles y garantizar la victoria de los patriotas.

Bolívar era el comandante en jefe de la plaza; pero el mando de San Felipe estaba adscrito al comandante Ramón Aymerich, un pundonoroso militar que estaba próximo a contraer matrimonio y, por desgracia, ese día fatídico había salido a pedir la mano de la que iba a ser su esposa. Cosas de un destino trágico. El segundo al mando era el infame traidor, un subteniente de nombre Francisco Fernández Vinoni. Todo lo tenía preparado buscando un momento propicio. Lo primero que hizo ese 30 de junio fue cambiar la bandera tricolor colombiana que tremolaba en lo alto del castillo, por la bandera roja española. A continuación liberaría y armaría a los presos y a renglón seguido desataría sobre la ciudad un fuego de artillería constante, que generó la huida de todos los habitantes y un gran terror generalizado.

Para mejor ilustración leamos lo que cuenta el propio Bolívar en las numerosas cartas que le envió a Miranda como su comandante para explicar la caída de Puerto Cabello, clave en la pérdida de la primera república. En esas misivas se advierte el derrumbamiento de Bolívar, presa en esos momentos de un estado anímico sumamente depresivo. En el informe de 14 de julio en su nota de presentación anota[137]:

> Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a V. el adjunto parte, que apenas es una sombra de lo que ha sucedido. Mi cabeza y mi corazón no están para nada, así que suplico me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario. Depués de haber perdido la mejor plaza del Estado ¿cómo no he de estar alocado, mi general ? ¡De gracia no me obligue V. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.

Luego en el informe dirá entre otras cosas [138]:

> La causa que tuvo, según las conjeturas, el subteniente Vinoni para vender la fortaleza, fue hallarse quebrado de fondos de su compañía, por una parte, y la seducción de mando o riqueza que esperaba este traidor por recompensa de su felonía, luego que los reos de Estado estuviesen en libertad y su paisano Monteverde se apoderase de la plaza. Este oficial, indigno de serlo, es un hombre de una conducta detestable, sin honor y sin talento. Yo ignoraba todo esto. El comandante del castillo, Ramón Aymerich, que vivía en él, es inculpable: además de ser un oficial de honor e inteligencia, es tan prolijo en el cumplimiento de sus deberes, que es dudoso se halle otro alguno tan capaz de gobernar el castillo de San Felipe, con el celo y vigilancia que él.

[137] *Simón Bolívar, obras completas,* volumen I, Librería Piñango, Caracas
[138] *Simón Bolívar,obras completas*

Al cabo de exponer lo que fue el inclemente ataque de artillería contra la ciudad y de contar sus movimientos desesperados buscando una defensa, cuenta la manera como debió huir ante la terrible realidad que se le presentaba, sin tropa ya a su mando, pues todos se habían evadido a su propia conveniencia en el imperativo de salvarse. Bolívar agrega [139]:

> En la mañana del 5, ya mi situación era tan desesperada, que nadie juzgaba pudiera mejorarse, y por esta causa me instaban de todas partes para que tratase de proporcionar una retirada, aunque mi resolución no varió jamás un punto de batirme mientras tuviera un soldado. (…) Después de habernos embarcado se reunieron sobre cuarenta soldados de Aragua que se hallaban dispersos y se embarcaron en los transportes y lanchas, como también más de doscientos fusiles, municiones de boca y algunos paisanos. (…) En cuanto a mí, yo he cumplido con mi deber; y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello y soy inculpable y he salvado mi honor; ojalá no hubiera salvado mi vida y la hubiera dejado bajo de los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela.“

Sobre momentos tan dramáticos y la actitud de Bolívar, el historiador y humanista venezolano Tomás Pérez Teneiro[140] hace la siguiente anotación:

> Bolívar da muestras de su inmensa capacidad de reacción, presiona al enemigo con los fuegos de su artillería, envía propuestas, se bate con las tropas acorridas de Valencia, pero todos sus esfuerzos son inútiles, y se ve obligado a huir el día seis de julio de 1812. La suerte le deparó la posibilidad de embarcarse en el bergantín Celoso, en el que, con unos cuantos oficiales, pudo llegar a La Guaira (…) En las fuerzas patriotas: el desgano, la insubordinarición de los cuadros superiores, la falta de voluntad de combatir en el jefe y en los soldados, las pugnas y rivalidades que se centraban alrededor de la señera figura del Generalísimo, al cual le atribuían todos los males y no le daban mayor colaboración. Y, parejamente: la actitud de los grupos políticos que ya desconfiaban de la practicidad de imponer el sistema republicano y dentro de cuyos grupos ya había individuos aprestando correspondencia para pedir el real perdón.

Hay otra carta de Bolívar a Miranda, fechada el 12 [141], en la que su abatimiento es aun más agudo. Dice:

---

[139] *Simón Bolívar, obras completas*

[140] Tomás Pérez Teneiro escribió un ensayo *La pérdida de Puerto Cabello*, publicado en el boletín de la Academia de Historia de Caracas.

[141] *Simón Bolívar, obras completas*

> ¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a usted habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello ? Mi corazón se halla destrozado (…) Mi General, mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirán en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a usted, o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien me de algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insmnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal.

Diecisiete años después, en el mes de agosto de 1819, cuando culmina victoriosamente la campaña de la Nueva Granada con el triunfo de Boyacá, al pasar revista Bolívar a las tropas realistas vencidas, encontró a Vinoni tratando de ocultar un rostro que el ya Libertador jamás olvidaría. Y sin más procedimientos, salvo su palabra quemante que recordaba todo lo que había sufrido por su traición, la pérdida de Venezuela y la entrega a los españoles de Miranda, ordenó que fuera ahorcado en el propio campo de batalla.

En medio de tanta confusión y desesperanza, cuando se ve derrumbarse la obra para la que se ha preparado la vida, por traiciones y más traiciones, cualquier estructura humana también se derrumba. Miranda, en su grandeza perdida, igual que Bolívar en ese momento, siente el cuchillo helado de la miseria humana recorrerle todos los cimientos de su vida. Sabe que ha llegado al fondo del que no es posible salir y que lo que menos interesa hacia delante es la vida. El gran patriota Pedro Gual, que se encuentra a su lado en el cuartel general en La Victoria, cuando Miranda recibe después del almuerzo la primera nota de Bolívar, relata en un artículo publicado en Santafé de Bogotá en 1843 el patético cuadro:

> En la Secretaría, al recibir la noticia de la caída de Puerto Cabello, el General se paseaba aceleradamente de un extremo al otro de la pieza; el doctor Roscio se pegaba fuertes golpes con los dedos de la una mano a la otra; el señor Espejo estaba cabizbajo y absorto en una meditación profunda y Sata y Bussy parado como una estatua. El General Miranda me dijo en francés: "Le Venezuela est bleseé au coeur", y añadió poco después: "Hace poco lo teníamos todo seguro; ahora, todo es incierto y azaroso. Ayer Monteverde no tenía ni pólvora ni fusiles; hoy puede contar con 400 quintales de pólvora, plomo en abundancia y 3.000 fusiles."

Perdido Puerto Cabello en las deplorables condiciones que se han expuesto, con todo el telón de fondo de la traición, un coronel orgulloso, de genio – y otras cosas- indomable, sumido en la depresión y el complejo de culpa, le confiesa a Miranda sus sentimientos de indignidad en las cartas que le envía, y sicológicamente espera que como un sacerdote éste, al que tanto ha admirado, lo absuelva de tales fardos dolorosos. Pero en la soberbia de Miranda y sus decepciones frente a la pobre condición humana de sus compatriotas, se acumula un rencor que no trasciende con palabras. Que se guarda en un silencio más humillante que el reproche. Y solo le manda, a aquel Simón Bolívar que tanto lo ha querido y admirado, en momentos tan dramáticos en que tanto necesitaba una voz de aliento, una nota insignificante que nada le dice y en la que se advierte cierto desprecio: *"Mi querido Bolívar: Por su oficio del 1º del corriente me he impuesto del extraordinario suceso ocurrido en el castillo de San Felipe. Esto hace conocer a los hombres. Espero con ansia nuevo aviso de usted, y mañana le escribiré con más extensión."*

La otra carta jamás se la escribió, mientras Bolívar, por sí mismo, se iba recobrando de sus alifafes. Es humano entender que el fracaso de uno era el fracaso del otro, del de mayor edad, ya sin tiempo de la vida para recobrarse. No así del primero con todas las ventajas de una juventud impetuosa. De manera que en Miranda lo que seguiría sería un sentimiento de reproche profundo contra Bolívar que, agregado con los nuevos sucesos que vendrían, lo acompañaría por siempre. Moriría Miranda seguramente envenenado por un rencor convertido en odio feral contra este gran hombre, en cierta forma su discípulo y hermano masón.

Pero en Bolívar, respuesto de tales dolamas, también se había incubado visceralmente el mismo odio de aquel, como el de alguien que escarba defectos e imperfecciones en el otro para descargar contra él culpas, que de otra manera serían las suyas propias. Indalecio Liévano Aguirre [142] apunta sobre este tema:

> Esta situación no podía durar mucho tiempo, pues la actitud ruda y despiadada de Miranda, al destacar con su petinaz silencio ante Bolívar su fracaso, si agudizó por algún tiempo su honda pena, al cerrarle todas las salidas y esperanzas de reinvindicación, poco a poco le fue dejando más tranquilo y un nuevo sentimiento, alimentado por el recuerdo de los desaires de que fue objeto, dio paso a una pasión furiosa contra Miranda. La

[142] Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar,* Editorial Oveja Negra, Bogotá

> admiración por el ídolo de ayer se convirtió en odio profundo,que extraía sus combustibles de las más sensibles fibras de esa alma soberbia, afrentada por la más seria humillación. Por eso no tardaría en llamarlo "jefe aborrecido y déspota arbitrario hasta el exceso.

Lo que siguió después fue tan devastador como el terremoto. El 12 de julio, es decir, cuando Bolívar estaba enviando sus cartas de congoja, Miranda sabiendo que todo se ha perdido, casi que el honor también, le envía una carta al señor capitán de fragata Domingo Monteverde que dice:

> El generalísimo de los ejércitos de Venezuela, Francisco de Miranda, como encargado de la salud y prosperidad de sus provincias y deseando evitar la efusión de sangre y otras calamidades que son consiguientes a una guerra obstinada y sangrienta, como es y debe ser la que se mantiene entre los ejércitos de la confederación y los de la regencia Española, propone al comandante general de estos últimos, don Domingo de Monteverde, un armistico o suspensión de armas para conferenciar sobre estos asuntos importantes, a cuyo efecto se le piden dos pasaportes necesarios para dos personas autorizadas que irán con ese objeto, y los correspondientes rehenes conforme a los usos establecidos por el derecho de guerra.
>
> Cuartel general de La Victoria, 12 de julio de 1812.
>
> *Francisco de Miranda.*

Previamente el mismo día había tenido lugar una reunión muy importante de estado mayor, cuando en La Victoria se valoraba en forma casi unánime que ante el fracaso de Puerto Cabello no había forma de continuar la guerra; y que siendo desastroso y fatal, era mejor capitular que ser definitivamente derrotados. Esta idea, clara en casi todas las mentes, más lo estaba en la del señor Antonio Fernández de León, quien ostentaba el título de marqués de Casa de León, traidor no declarado y Director General de Rentas. Tenía un gran poder de persuasión y era un hombre muy rico y letrado. De esta reunión se levantó un acta inmediata, que era como la justificación para la historia, que ya mordía los talones de sus participantes. Tal acta declara:

> En Cuartel General de La Victoria, a 12 de julio de 1812, segundo de la Independencia, el Generalísimo de las armas de Venezuela, ciudadano Francisco de Miranda, teniendo presentes en su alojamiento a los ciudadanos infrascritos, miembros del Poder Ejecutivo Federal, diputado del Honorable

Congreso y Mayor General de este Ejército, ciudadano José de Sata y Bussy, funcionario del Poder Judicial de la Provincia de Caracas, Francisco Paúl, y el Director General de las Rentas de la Confederación y de la misma Provincia de Caracas, ciudadano Antonio Fernández de León, les manifestó el crítico estado de las cosas militares y políticas consecuente con la pérdida de la Plaza y Puerto de Cabello y costa de Ocumare y Choroní, ocupadas por el enemigo, menos por la fuerza de las armas que por el influjo de las perfidias, del fanatismo y de la falacia, que en lugar de disminuirse se aumentan y ofrecen nuevas ventajas al enemigo, sin que de las Provincias confederadas se haya recibido auxilio alguno, ni se espere fundadamente su recibo, estando las unas en poder del enemigo y las otras poco instruidas en los deberes del pacto federal, o preparadas en cuanto al verdadero estado de las cosas, o sin armas suficientes para auxiliar el ejército de la Confederación, que casi todo se compone de tropas y oficiales de estas provincias cuyas dos terceras partes, antes más que menos, se hallan en poder de los contrarios, con inclusión de todos sus llanos y haciendas de ganado, en tales términos que apenas queda libre de la invasión y ocupación del enemigo el partido capitular de la capital de Caracas y La Guaira, sin contar con los de las costas de Barlovento y valles de Capaya, a donde también ha penetrado el mal de la subversión a favor del enemigo. Por todas estas razones, por la penuria del armamento y ninguna esperanza de auxilios extranjeros, consultó en medio de la negociación con el comandante de las fuerzas enemigas, como necesario en las peligrosas circunstancias en que se halla la libertad de Venezuela para asegurar las personas y propiedades de todos los que aun no han caído en manos del enemigo; proponiéndole un armisticio y la correspondiente estipulación que hiciese cesar el derramamiento de sangre, y trajese la paz conforme a la mediación ofrecida y publicada por la generosa nación inglesa, o su gobierno. Contestaron todos, adhiriéndose a la proposición del Generalísimo dejando a su prudencia pericia militar y política la ejecución y cumplimiento. Se discurrió igualmente sobre el estado de las provincias de boca, y sobre otros puntos conducentes a la salud pública; y firmaron todos los concurrentes con la mayor recomendación del sigilo:

Francisco de Miranda, Antonio Fernández de León, Francisco Espejo, Juan Germán Roscio, Francisco Paúl, José Sata y Bussy

Es de resaltar que Inglaterra, con la que tenía como siempre contacto epistolar permanente el Generalísimo Miranda, aliada y libertadora de España, se había ofrecido con gestora y garante del cumplimiento honorable de un tratado de paz o armisticio, que dicho de una vez, jamás cumplió el bribón de Monteverde. Miranda, de otro lado, tampoco creyó nunca en la honorabilidad de los españoles y en la paz que de allí nacería.

Al día 13 de Julio, o sea al día siguiente del recibo de la invitación de Miranda a la paz, Monteverde contestó con otra breve esquela que decía:

> El comandante general del ejército de S. M. Católica, don Domingo Monteverde dirigido a las operaciones de esta provincia, en contestación al oficio del de las tropas caraqueñas, dice que es muy conforme a sus intenciones y a la de las Cortes Generales y Extraordinarias que representan al Rey nuestro Señor don Fernando Séptimo el evitar la efusión de sangre y las graves consecuencias de una guerra obstinada, por lo que conviene en la conferencia que se le propone, estando pronto a enviar al pueblo de la Victoria en rehenes dos oficiales y dar el pasaporte correspondiente a los que de allí se dirijan con la misión, lo cual se verificará cuando esté de regreso en su cuartel general de San Mateo, y entretanto quedará suspendido por una y otra parte todo acometimiento militar, en que no debe comprometer la marcha de las tropas a tomar sus posiciones por mar y tierra frente a Caracas como está dispuesto. Valencia, 13 de julio de 1812. Domingo de Monteverde."

Doce días duraría la negociación del armisticio. Monteverde estaba montado en el poder que le daban las victorias fáciles que había obtenido, más en el campo de la perfidia estimulando traiciones, que en el campo militar, y eso lo hacía arrogante y perdonavidas, hasta el punto de que varias veces tuvo Miranda que devolverle, a la distancia, las proposiciones muy ventajosas que hacía. Incluso, en su soberbia, desconoció las directrices de la Regencia, que había designado al señor Miyarés como Capitán General con sede en Caracas. Éste, como se recordará, había viajado a Puerto Rico a pedir refuerzos y ya estaba de regreso.

Como Monteverde sabía esto y exigía en el armisticio que se le entregara la ciudad de Caracas, hizo poner en el documento que tal obligación se cumpliría solo con él, a su nombre propio, para excluir, como finalmente ocurrió, la autoridad de Miyarés, un criollo que era más intransigente con los republicanos que los propios españoles, al que obligó, con el subterfugio de que así lo reclamaban los venezolanos, a irse a Coro mientras él era una especie de soberano en la capital.

Pero al cabo de superar esas diferencias, con el auxilio de las luces del señor marqués de Casa de León y del propio Sata, se firmó el 25 de julio el corto documento entre Domingo Monteverde y en representación de Miranda José Sata y Bussy, quien era, además de general, secretario de Guerra de la República. Sata Bussy, siguiendo el mal ejemplo de tantos otros, también se había pasado al enemigo.

Las estipulaciones del armisticio eran normales, propias de un documento de esa clase. Se garantizaba la vida, bienes y libertad de los vencidos. Como garantías de respeto y cumplimiento, Monteverde hizo colocar: "*No se exigen otros rehenes, ni seguridades de una parte y otra, que la mutua fe y palabra de ambos, fiándose tanto el ejército y pueblo de Caracas de la del señor Domingo de Monteverde, que no duda que por ella sola, se cumplirán religiosamente todas las promesas."* Juego fementido de grosero irrespeto a su palabra, pues nada cumplió y nada conservó de lo acordado.

Al otro día de firmado el armisticio, Miranda, después de dar las órdenes correspondientes, pues Monteverde según lo acordado iba a tomar el campamento de La Victoria con todo lo que hubiera allí, salió temprano en su caballo blanco hacia Caracas. Llegó a esa ciudad un día después, el 27 de julio. Se entrevistó con todos los que componían el gobierno y dio las informaciones correspondientes al acuerdo que se había hecho con Monteverde, quien debía entrar a Caracas muy seguramente al otro día o al siguiente. El tiempo corría con más velocidad.

Por supuesto todo, en medio de las ruinas de la ciudad, estaba transtornado. Había escasez de alimentos y montones de prisioneros, bien por ser españoles realistas recalcitrantes, otros aun siendo amigos del gobierno. Se detenía sin fórmula de juicio y la detención se podía prolongar de hecho. De otro lado los negros de Capaya en el Oriente y los pardos del Occidente venían en marcha vandálica a tomarse a Caracas, sin que hubiera forma de enfrentarlos por el gobierno constituido hasta ese día, que cesaba en sus funciones al siguiente.

El gobernador de Caracas, nombrado por el propio Miranda, era el primo de Bolívar José Féliz Ribas. Éste también era recalcitrante y pedía a Miranda que incurriera en excesos con los españoles. "*No perdone usted, mi general, estos pícaros españoles que están aquí presos; ellos tienen en sus manos los pocos millones de pesos que hay en el país de numerario y ésta es la llave de oro de Filipo."* Miranda se horrorizó y destituyó, así fuera por un día, a Ribas. En su reemplazo nombró a uno de apellido Quero, que fue peor y además entró de inmediato en traición.

Miranda, desde hacía varios días, había mandado con su archivo de guerra desde La Victoria al francés Leleux, su fiel amigo del que ya se ha hablado, y había ordenado a su secretario Molini que dispusiera todo su equipaje con libros y todo. En el armisticio se había comprometido a entregar las armas, municiones y demás logística, pero deliberadamente había dejado

por fuera las naves pertenecientes a la República. Así, pues, su propósito era embarcarse hacia Curaçao en el bergantín Watson, rescatar veintidós mil pesos del tesoro que le iba a entregar el marqués de Casa de León, e irse con lo que pudiera salvar del ejército a comenzar una nueva etapa a Cartagena de Indias en la Nueva Granada, desde donde intentaría el regreso.

El escritor español Fermín Goñi cuenta este momento:

> El general entonces viajó a Caracas y ordenó sus documentos con energía febril. A continuación marchó para La Guaira con un pensamiento único: salir hacia Curaçao, recabar desde allí ayuda por vez enésima al gobierno británico y desembarcar con flamantes tropas en Nueva Granada, quizás por Cartagena, para reiniciar la lucha por la gran Colombia. Según había reconocido en un anexo de la capitulación, su ejército estaba formado por 3.979 efectivos de infantería, 473 de caballería y 89 desertores del campo realista; una tropa superior a la que tenía Monteverde. Pero él no lo sabía. Solo veía que con un ejército de desharrapados, sin formación y a veces carente de disciplina, apenas apoyado por la población, no era posible conquistar ni Valencia ni Puerto Cabello y en esas condiciones la guerra era un ejercicio de desgaste cruel…

Podía tener razón Miranda en lo que pensaba, aunque alguien podría objetar que no se justificaba entregarse ante un enemigo menor y en peores condiciones. Pero eso era lo que él pensaba en la soledad del mando. Miranda era sigiloso y distante, infatuado con su larga trayectoria y méritos personales, y eso lo volvía un ser odioso y arrogante ante las gentes de su entorno, que entendían que tales actitudes obedecían a orgullo y hasta despotismo. *Déspota arbitrario,* como lo llamó Bolívar al final.

Así, desconociendo sus planes, que él previsivamente no pregonaba tal vez por miedo a la traición, había dado lugar a que se pensara lo peor de su conducta. Huía dejándolo todo tirado, pero llevándose los veintidós mil pesos del tesoro público en sus alforjas. A Bolívar en el futuro le ocurriría algo similar muchas veces, en medio de la fragorosa contienda y entre los innumerables triunfos y derrotas que debió afrontar, pero especialmente por las suspicacias y maledicencias de los émulos y enemigos.

Miranda sale muy temprano de Caracas rumbo a La Guaira el 30 de julio, y ese mismo día entra Monteverde. En horas de la tarde podía haber salido en el bergantín Watson, en el que ya estaba acomodado su equipaje y tenía camarote y todo listo, incluidos sus dos secretarios Leleux y Molini, rumbo

a Curaçao, como era su propósito, o en el *Celoso,* otro bergantín que Miranda tenía contratado para llevar lo que se pudiera del resto de su ejército. Pero le informaron que la corbeta *Zaphire*, en la que Bolívar había viajado de Londres a Curaçao llevando sus libros y gran parte de su equipaje, ya estaba en puerto, lista a levar anchas con el mismo destino.

El capitán Haynes, al mando de dicha nave, se puso a disposición de Miranda y lo invitó a que hiciera trasladar su equipaje, que él lo esperaría. Se recordó entonces su amistad con los principales líderes del gobierno inglés y el capitán le mostró la mayor amabilidad que un inglés pueda mostrar ante un personaje altamente apreciado en la corte británica.

Luego el capitán Haynes le expresó a Miranda que un oficial suyo estaba en el Celoso para trasladar lo que fuera al Zaphire y advertirles que no se necesitaba tal transporte. Miranda insistió que no lo hiciera, como quiera que ese barco significaba mucho para las personas de su ejército que estuvieran dispuestas a viajar. Por la importancia del tema debemos transcribir lo que posterioremente escribió el mencionado capitán Haynes [143] sobre esos momentos:

> En cuanto conseguí separar la multitud que lo rodeaba –a Miranda en el puerto- le informo de hallarse a bordo del Celoso un oficial mío con tripulación y que, puesto que ya las cosas estaban organizadas, era mejor retirarlos. Me suplicó no lo hiciera, diciéndome que tenía razones para temer que habría ocasión para que yo ejercitara plenamente mis sentimientos humanos; que como no había pensado que llegaría por casualidad un navío de guerra inglés, había reservado aquel bergantín como la tabla de salvación para los desdichados aventureros que se habían lanzado a la causa de la independencia bajo sus órdenes."

Es preciso resaltar de este importante testimonio que Miranda, muy al contrario de lo que se argumentó para justificar la traición que esa misma noche se iba a cumplir, como en una tragedia griega contra él en la vivienda del torcido personaje donde se fue a alojar, señor Manuel María Las Casas, Miranda estuvo pendiente de que se embarcara el mayor número de patriotas pertenecientes al ejército. Porque se dijo como uno de los argumentos para justificar la traición, que Miranda en su felonía había cerrado la puerta para que otros pudieran ponerse a salvo como él, afirmación que, como se ve, desmiente tan conspicuo testigo.

[143] Citado por Madariaga

El Generalísimo ha debido viajar esa tarde, como lo insinuó el capitán. Pero Miranda, tal vez con el ánimo de despedirse con una cena cordial de los que creía eran sus amigos, declinó la insistente insinuación del inglés. Se hospedó en la casa del comando, conocida como la Casa de la Aduana, en la que vivía Manuel María de las Casas, quien había sido nombrado por el propio Miranda como gobernador militar de La Guaira. Era el principal comprometido en la traición, planeada fríamente con el doctor Miguel Peña, gobernador civil al que también había nombrado Miranda; y con el propio Bolívar, quien no asistió a la cena, igual que Casas.

Los tres, con otros más, organizaron con meticulosidad el escenario, sus distintos elementos de engaño y las seguridades armadas que impidieran un escape de la víctima. Aun así, Haynes que algo temía, llegó a proponerle que asistiera a la cena, que él mismo compartiría, pero que terminada la misma, dormiera en el Zaphire, que bajo el concepto de la extraterritorialidad, era territorio inglés.

Miranda no aceptó la última propuesta de Haynes, como movidos sus pasos por una fatalidad. Sus enemigos, naturalmente, ya habían tenido contactos con Monteverde; y así, cuando el general dijo que dormiría en la casa del comando, que antes había sido de la antigua compañía Guipuzcoana que en el siglo anterior bajo el reinado de Carlos III había sido muy importante, los conjurados sintieron alivio para sus planes traidores. Miranda sentenció que saldría al amanecer.

La cena estuvo concurrida. Allí estaban don Pedro Gual, el coronel francés Carlos Suoblette, ayudante de Miranda, el capitán Haynes y otros. Bolívar, se repite, no estuvo presente ni Casas. El brillante escritor venezolano doctor Mariano Picón Salas[144], ha anotado:

> Un áspero debate se encendió mientras comían, cuando el honesto Pedro Gual y el coronel Juan Paz del Castillo exigieron de Miranda que explicara todo el alcance de la capitulación. El generalísimo respondió con despectivo orgullo. (…) Como buen inglés, el capitán del Zaphire, Haynes, quien asiste a la comida, quiere apaciguar la acalorada discusión, y otra vez invita a Miranda a acompañarle al barco. Pero él le replica que pasará la noche en tierra, y solo se embarcará al amanecer. Se para de la mesa, y el joven edecán Carlos Soublette lo guía con su linterna a través del corredor, hasta el dormitorio. De la cena donde Las Casas –doblemente traidor a su jefe y a su huésped- y algunos de los que ya tramaron la conjura salen a finalizar sus preparativos.

[144] *Miranda,* Mariano Picón Salas, Editorial Aguilar, citado por Rumazo.

Si Soublette estuvo comprometido o no en la traición, no está probado del todo. Seguramente sí lo estuvo. Y es él quien describe con gran frialdad la escena de este último momento de libertad del Precursor Miranda:

> Dormía profundamente Miranda, cuando Soublette llamó a la puerta del aposento. ¿No es demasiado temprano?, contestó el general equivocándose sobre el objeto de aquel llamamiento. Advertido luego de su error, agregó tranquilamentre: "Diga usted que esperen; pronto estaré con ellos" Una vez trasmitida esta respuesta, los jefes no tuvieron inconveniente en esperar, pues todas las precauciones habían sido tomadas, y la casa como la calle entera estaban con vigilantes. Algunos minutos después se presentó el Generalísimo: estaba vestido de pies a cabeza, y en su semblante como en sus ademanes se revelaba la firme tranquilidad de su ánimo. Impetuosamente y sin preámbulos de ningún género, intimidóle Bolívar que se diese prisionero. Miranda entonces, tomando con su mano izquierda el brazo derecho de Soublette, que tenía en la mano una linterna, la levantó en alto, como para auxiliar su mirada, y después de haber reconocido uno a uno, a los circunstantes, profirió sencillamente estas palabras. " Bochinche, bochinche, esta gente no saber hacer sino bochinche". Y sin más, fue a entregarse a la guardia que lo esperaba en la puerta y que lo condujo, como estaba previsto, al Castillo de San Carlos.

A pie se lo llevó Bolívar, sin que se cruzaran una palabra entre ellos, con unos guardas que le había suministrado el comandante militar Casas hasta la fortaleza prisión del puerto, en donde lo dejó prisionero fuertemente custodiado. Miranda se ensimismó en un silencio que era el mayor desprecio para el traidor que iba caminando a su lado. Entre tanto, en ese amanecer tomaba ruta hacia Caracas el traidor Casas con el fin de rendirle cuentas, con detalles de todo lo ocurrido, a su nuevo jefe Monteverde. En el camino se encontró a un correo especial que éste le mandaba, urgente, en que con gran suficiencia le advertía a Casas que si no cerraba el puerto de inmediato, se daban por no válidos los acuerdos de la traición.

Es triste tener que reconocer que Simón Bolívar, tal vez el hombre más grande que haya nacido en el continente sudamericano y Padre de seis Patrias, haya cometido una traición abierta, sin tapujos, contra un hombre que en ese momento era más grande que él, su maestro además y a quien él mismo había traído a Caracas para que asumiera como el jefe de la revolución. Y es todavía más triste que esa traición se haya hecho en arreglos directos y traidores con el enemigo español más despiadado, Domingo Monteverde.

Magariaga, que ha ahondado y documentado suficientemente estos dolorosos cuadros de la historia americana, recoge lo que escribe Heredia y anota[145]:

> Bolívar entregó a Miranda con el propósito deliberado de consagraciarse con el Gobierno español y pasarse al otro campo, exactamente como Casas, Peña, Juan Toro y docenas de los prohombres del partido republicano de su tiempo." Heredia[146] –continúa Madariaga- sienta el hecho sin la menor reserva. Bolívar salió convertido y resuelto a alistarse, no en el ejército británico, así, a secas, sino en el ejército británico de Wellington, es decir, el que estaba luchando por la libertad de España. Y añade Heredia que los amigos íntimos de Bolívar le aseguraron ser sincera esta decisión. Queda, pues, fuera de duda que Bolívar expresó esta su intención en conversación con su amigos. Encuadra perfectamente esta intención en la trayectoria que ya se dibuja en la correspondencia de Simón Bolívar con su hermano Juan Vicente, más arriba relataba y analizada, sobre la conveniencia de entenderse con España; y volverá a enlazarse también con otro episodio que va a surgir en 1813. Existen además otros dos textos del propio Bolívar que confirman los asertos de Heredia.

Muchos historiadores, entre ellos O´Leary, han querido disculpar a Bolívar o negar simplemente esa traición. Es un sentimiento de lealtad plausible en un subalterno, pero no en un historiador. Tal vez el mayor reproche –y castigo- a esta felonía, haya sido la propia conciencia de Bolívar, de la que no pudo jamás alejar las imagenes horrendas de esa madrugada del 31 de julio de 1812, ya irremediables en su recuerdo.

Que fue culpable, sin lugar a dudas, de este suceso amargo, lo dice el propio Monteverde en una carta a manera de informe dirigida a sus superiores de España. Ocurre que el día 18 de julio el marqués de Casa de León, con destino a Miranda, entregó al comerciante inglés Gage Robertson la cantidad de diez mil pesos de oro. Robertson, el día 30 de julio debía viajar con Miranda en el *Celoso* a Curaçao donde le haría entrega de ese y algún otro dinero; y de hecho estuvo embarcado allí y viajó finalmente, aunque sin Miranda. De todo esto estaba informado Monteverde por el propio León, quien ya se había pasado al bando español. Madariaga [147] transcribe una car-

[145] *Bolívar I*, aut. cit.

[146] Se refiere al español José Francisco Heredia, quien fuera en esa misma época Regente de la Real Audiencia de Caracas, historiador, autor de *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela.*

[147] Autor, ob. cit.

ta documentada del líder español a sus superiores en un comentario global que dice:

> El 19 de agosto de 1812 Monteverde escribía a Hodgson reclamándole el dinero que Miranda se había llevado de la Tesorería Real.
>
> "Muy afortunadamente –escribe Monteverde- el comandante militar don Manuel María de las Casas, que había sido nombrado por Miranda al mando de la Guaira pero que ya correspondía conmigo sabiendo que venía a tomar posesión de dicha ciudad desde la villa de La Victoria, tuvo la precaución muy sabia y prudente de pedir dos obligaciones a Mr. Robertson por dicha suma"

> De modo que ya el 19 de julio –continúa Madariaga- Casas estaba en relación con el campo realista y obrada de acuerdo con sus deseos. El 26 de agosto Monteverde escribía desde Caracas al Gobierno español:

> Los que fueron contagiados, pero de algún modo obraron opuestamente a la maligna intención de los facciosos, deben ser perdonados de su extravío y aun tenerse en consideración sus acciones, según la utilidad que haya resultado de ellas al servicio de S.M. En esta clase se hallan Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar. Casas y Peña eran los que estaban encargados del gobierno de la Guaira: el primero de lo militar y el segundo de lo político, cuando los facciosos de esta provincia trataron de escaparse por aquel puerto con su dictador Miranda, llevándose consigo los restos del erario de S. M. en los días que inmediatamente precedieron a la entrrada de mi ejército en Caracas. En el momento que pisé esta ciudad, di las órdenes más perentorias para la detención de aquéllos en la Guaira; pero afortunamente cuando llegaron, aunque dirigidas con la mayor rapidez, ya Casas con el consejo de Peña y por medio de Bolívar habían puesto en prisiones a Miranda y asegurado a todos los colegas que se encontraron allí. Operación en que Casas expuso su vida, que habría perdido si se hubiese eludido su orden, del mismo modo que habrían corrido un riesgo Peña y Bolívar. Casas completó su obra de las órdenes del Déspota dadas para poner en un pontón los europeos e isleños de aquel vecindario y echarlos a pique al menor movimiento (más servicios de Casas). Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al seguro sus pasaportes para países extranjeros, pues su influencia y conexiones podrían ser peligrosas en estas circunstancias.

De este testimonio no se puede dudar, porque es fidedigno. Es más, En esos momentos de oscuridad para Bolívar, que acaba de cumplir 29 años,

nada que pueda saber a revolución ni a independencia le atrae. Abomina su corto pasado. La victoria tiene muchos padres, pero la derrota es huérfana, tal como lo recordara Kennedy. Además, sus bienes todos, incluso la herencia de su hermano Pedro Vicente cuya entrega a sus sobrinos ilegítimos y a su mujer María Josefa Tinoco, ha dilatado, están en grave riesgo de perderse por la inflexible mano dura de los españoles y por sus actividades separatistas. Bolívar en esos momentos no quiere arriesgar a perder esos bienes, herencia paternal.

Y tiene un amigo español muy allegado, que es don Francisco Iturbe, quien es el Tesorero de Diezmos, amigo a su vez estrecho del capitán de marina Domingo Monteverde. De hecho don Francisco Iturbe ha sido el enlace para la negociación de Bolívar con Monteverde que busca separar el peligro que se ve venir sobre tales bienes, e incluso sobre su persona. Heredia, citado por Madariaga [148] con conocimiento pleno de documentos de la época, en la cual vivió, hace esta declaración:

> Domina el tema un texto de Heredia –dice Madariaga-, que se hallaba en Venezuela y conoció a las personas a que se refiere. Era hombre de honor. Puede equivocarse; es incapaz de mentir. He aquí sus palabras:
>
> Estando en la Guaira cuando bajó Miranda para embarcarse (Bolívar) fue uno de los que tramaron y ejecutaron la prisión de este hombre desgraciado, íntimo amigo suyo, y a quien se gloriaba antes de haber persuadido que viniese a Venezuela; acción infame, de cuya negra mancha no podrá jamás lavar su reputación. Por mediación de don Francisco Iturbe, tesorero de diezmos, consiguió pasaporte de Monteverde, y salió para Curazao a principios de agosto de 1812, manifestándose convertido de las ideas revolucionarias y decidido a pasar a servir de voluntario en el ejército inglés de lord Wellington, para volver a la gracia del Gobierno de España. Esta disposición de su ánimo, que sus amigos más intímos me han asegurado que era sincera, se mudó enteramente luego que supo en Curazao que a pocos días de su salida mandó Monteverde secuestrar sus bienes, con cuyos productos contaba para sostenerse decorosamente en la nueva carrera.

Y es así como lo dice, luego no hay duda. Bolívar cometió esa grave falta y adjuró en esa hora de tinieblas de sus creencias patrióticas independentistas. En Curaçao, donde efectivamente le embargaron su equipaje, debió padecer enormes estrecheces de las que hay abundantes testimonios y nutrida correspondencia con el señor Iturbe, en súplica de ayuda. Y es verdad tam-

[148] Autor, ob, cit.

bién que el Libertador intentó a través de los ingleses en el propio Curaçao enrolarse como oficial en el ejército de Wellington que defendía a España; y si finalmente no se enroló, fue porque el pérfido Monteverde, a pesar de los reconocimientos que le hizo a Bolívar, a Casas y a Peña, le jugó sucio e incumplió las promesas de no atentar ni contra su persona ni sus bienes.

Se torna necesario verificar lo que, en carta de interés personal, escribe Bolívar al presidente del Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta el 26 de agosto de 1821 en relación con su gran amigo Francisco Iturbe, a quien en esa época iban a confiscar sus bienes:

> Permítame V. E. que ocupe, por la primera vez, la bondad del gobierno de Colombia en una pretensión que me es personal.
>
> Cuando el año de 12, la traición del comandante de la Guaira, coronel Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano (Monteverde), porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: "aquí está el comandante de Puerto Cabello, don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya. ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar ? ¿Y sin ingratitud podrá Colombia castigarlo ? Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la república, y aun cuando lo fuera, él ha contribuido a librarla de sus opresores sirviendo a la humanidad, y cumpliendo con sus propios sentimientos (…) Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía…

Es realmente una hermosa carta que conmueve. Pero no es ni convincente ni razonable en el punto que dice que sus compañeros no se atrevieron a acompañarle a castigar a aquel traidor o a vender caras sus vidas; y que además establezca que por esa razón fue presentado al tirano.

En verdad que, conociendo las pruebas que se han reseñado sobre la participación del gran Libertador Bolívar en hechos que son realmente vergonzosos y que solo se explican por la imperfección humana, no puede el observador de la historia establecer una conformidad con una verdad absolutamente deformada que, por lo mismo, deja de ser verdad. No es cierto que, por no haber podido castigar a Casas, Bolívar debió ser presentado a

Monteverde. Es realmente un absurdo que no puede convencer a nadie, si se tienen en cuenta las pruebas.

Ahora, lo cierto es que el que lo introdujo directamente a la presencia de Monteverde fue don Francisco Iturbe, quien le hizo un exordio a tal presentación, en presencia misma de Bolívar, circunspecto y quizá un poco corrido de la escena. Esto ocurre el 26 de agosto, cuando Miranda está cargado de grillos en la fortaleza de La Guaira. Pero aquellas son palabras del propio Bolívar, sin que a su versión se agregue el comentario de Monteverde acerca del importante servicio que le prestó al rey de España con la entrega de Miranda, tema sobre el que el Libertador pasa como por sobre piedras ardiendo. Madariaga adiciona el cuadro con este comentario:

> Pero Larrazábal[149] va más lejos. Comienza donde Bolívar lo dejó, y sigue contando: " Monteverde contesto: Esta bien, y volviéndose a su secretario, don Bernardo Muro, le dijo: Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar), en recompensa del servicio que ha hecho al rey con la prisión de Miranda. Hasta entonces Bolívar había estado callado; mas al oír las palabras que dirigía Monteverde al secretario Muro, repuso con prontitud, que "había preso a Miranda para castigar un traidor a su patria, no para servir al rey." Tal respuesta descompuso el ánimo de Monteverde, pero Iturbe, excediéndose en generosidad, insistió en que se le había ofrecido el pasaporte y que su garantía estaba empeñada, terminando sus buenos oficios por decir jocosamente a Muro, con quien le unía buena y fiel amistad: "Vamos, no haga usted caso de este calavera. Déle usted el pasaporte y que se vaya

Madariaga rechaza el comentario de Larrazábal porque es falso que Bolívar haya agregado que hizo el servicio a España para sancionar la traición de Miranda. Esta fue un agregado de Larrazábal en bien de la reputación de Bolívar.

No es necesario continuar con el doloroso asunto, vista la abrumadora contundencia probatoria que lleva a la convicción plena de que en verdad Bolívar y los otros dos, Casas y Peña, cometieron con Miranda una acción vil de entrega al gobierno de España, así aquel trate de justificarla cuando califica a Miranda de "traidor a su patria".

Pero es que no es posible olvidarse que la capitulación de Miranda se produjo inmediatamente se perdió Puerto Cabello, y que esa pérdida ocurrió

[149] Se refiere a Fernando Larrazábal, quien escribió una importante obra con el título de *La vida de Bolívar,* que critica Madariaga afirmando que comete a favor del Libertador deformaciones y falsedades.

en las manos de Bolívar. Porque son sus propias palabras las que así lo declaran. En la carta de 12 de julio, escrita con el corazón y dirigida al propio Miranda, finaliza: " *Yo hice mi deber, mi general, y si un solo soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron* no fue por mi *culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria; pero ¡ah!, ésta se ha perdido en mis manos."*[150]

Sí, la patria estaba perdida, y se había perdido en las propias manos del Libertador. Entonces, al reconocer ese hecho desgraciado para negociar el armisticio, Miranda no era un traidor.

La secuencia de los hechos posteriores muestran a Bolívar, al otro día de la entrevista con Monteverde, 27 de agosto y ya con su pasaporte en las manos, embarcándose rumbo a Curaçao. También se sabe que viajó en un barco mercantil de segunda clase llamado *Jesús María y José.* El viaje no fue bueno. Hubo retardos y movimientos duros en el oleaje, fuera de la incomodidad. A tierra llegó el 2 de septiembre. Con él iban su tío político muy allegado, José Félix Ribas que siempre lo acompañaría, un sobrino de éste de nombre Francisco, Vicente Tejera y Manuel Díaz Casado, quien tenía gran fama de tunante. Leamos cómo lo cuenta el propio Libertador en una carta a don Francisco Iturbe:

> Mala navegación, peor a bordo y detestable recepción. Digo que mi recepción fue detestable porque todavía no había llegado, cuando ya estaba mi equipaje embargado por dos causas muy raras: la primera porque mis efectos y trastos estaban en la misma casa en que estaban los de Miranda; y la segunda porque el Celozo contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora he de pagar yo, porque yo era comandante de la plaza cuando las contrajo"[151](…) ésta es la exacta verdad"; (…) De esto resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimentar mi vida que ya comienzo a ver con demasiado hastío y hasta con horror.

Bolívar, el 2 de septiembre, empieza una nueva vida. Ha mordido el polvo de la derrota y ahora muerde el de la pobreza. En la desolación y el desamparo, se arrepiente de muchas cosas del pasado y muy seguramente de haber querido darle un viraje a su vida de ciento ochenta grados pasándose al bando español, aunque al lado de los ingleses por los cuales siempre al-

[150] Todas las citas de cartas y discursos de Bolívar pueden verse en *Simón Bolívar, obras completas,* t. I, Publicaciones Reunidas, impreso en España

[151] El Celoso era un barco del gobierno venezolano que Miranda se había reservado en el armisticio.

bergó un sentimiento de admiración y amistad. Ese sentimiento, que se advertirá en sus escritos y proyectos en el resto de su existencia, por cierto se lo había comunicado Miranda, quien lo introdujo en los círculos del poder y de la sociedad londinense. Pero no solo será esa inclinación hacia Inglaterra la que ha dejado como una resaca en su recuerdo Miranda, sino todas sus enseñanzas que en adelante palpitarán en su cerebro incesantemente, aun en medio de las tempestades que lo asediarán con triunfos efímeros y derrotas largas y amargas, sino en todo lo demás: La bandera de la patria, el nombre de Colombia y la idea de unir a estos países latinoamericanos, así fuera nada más que con cuatro de ellos en una sola patria y con el mismo estandarte amarillo, azul y rojo.

Con el equipaje embargado y sin recursos, presa del huracán de los tiempos, cuando ha dejado de lado la idea de enrolarse con los ingleseses para la defensa de España, le escribe otra carta a Iturbe el 10 de septiembre, en la que con acento filosófico describe su situación penosa y, lector de las tragedias griegas, se sabe cogido en esos momentos por la diosa Eris. Anota:

> (…) En una palabra: yo se muy bien que V. M. hará por mis bienes lo que ha hecho por mi persona: quiere decir que V. M. los protegerá como si fuesen propios suyos, y quizás más aun, porque V. M. ama a sus amigos con preferencia a sí mismo; que es cuanto puede decirse, y hacerse en el mundo, por el hombre más generoso que honre la humanidad.
>
> Yo estoy aquí, cuanto bien puede ser, en mi actual situación. Es verdad que me han quitado inicuamente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme en mi corazón, porque se que cuando el infortunio persigue por algún tiempo, todo se conspira contra el infeliz. Pero como el hombre de bien y de valor, debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia, y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia: esta se encuentra tranquila, y así no le inquieta cosa alguna.¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas ? Lo necesario nunca falta para alimentar la vida. Jamás se muere el hombre de necesidad en tierra. Jamás falta un amigo compasivo que nos socorra y el socorro de un amigo, no puede ser nunca vergonzoso el recibirlo.[152]

En ese crisol del dolor Bolívar se da cuenta que, aunque ha cometido la traición y ha entregado a su maestro, es ese mismo maestro quien le ha dejado imborrable la pasión compulsiva por la independencia americana, que

[152] *Obras completas,* tomo I, antes cit.

le dará las fuerzas para, aun desde los deprimentes momentos de la humillación que debe vivir en ese agosto de 1812, se levante con tesón y voluntad infatigable, sin importar que de nuevo caiga cuando todo estaba ganado, pero volviendo a levantarse así mismo cuando todo estaba perdido. Y así, hasta culminar su obra en Junín y Ayacucho.

De Curaçao se irá a Cartagena, donde recibe la mano amiga de los patriotas que creen en su genio derrotado. En realidad todos han sido derrotados y lo serán en los años siguientes. Y de la nada, a base de su propio esfuerzo e imaginación, sacará un ejército con el que recorrerá victorioso medio país del extenso territorio de la Nueva Granada. Luego recibirá el apoyo y hasta el grado de general que le dará el Congreso de este país en ebullición, con su presidente Camilo Torres; y emprenderá una marcha de penetración en Venezuela, después de haber vencido en el río Magdalena y en la cordillera oriental, en una campaña que se conoce como Admirable.

Así llega a Mérida, en Venezuela, desde donde escribirá el 26 de mayo al Congreso de la Nueva Granada una carta muy importante solicitando autorización para ir en ayuda de sus compatriotas de Caracas. En la misiva incluye una carta del presbítero Luis Oballe en la que se refleja la cambiante situación en Venezuela, donde ya no está más Monteverde. Los franceses han desembarcado y han cambiado todo el panorama. Era la invasión napoleónica que tanto se temía. La carta dice en su comienzo:

> Al Exmo. Señor Presidente de la Unión.
> Exmo. Señor:
> Tengo el honor de incluir a V. E. la adjunta declaración que el presbitero C. Luís Oballe, cura del pueblo del Morro en esta Provincia, ha dado sobre el estado de Venezuela, que como V. E. verá es el más favorable que puede presentar la fortuna: Monteverde prófugo; Cumaná en manos de mil franceses; los pueblos en insurrección y las fuerzas españolas en el último grado de debilidad. ¡Oh, Exmo. Señor, quién no vuela a socorrer nuestros hermanos que luchan por la libertad! Y¿ cual no será nuestro dolor si llegamos tarde, después de tantos sacrificios o si sucumben ellos por falta de nuestros oportunos auxilios? (…).

La variante fortuna había abandonado en menos de un año a Monteverde, quien ahora huía entre las columnas de la noche. Había otro enemigo, es cierto, los franceses; pero era mejor luchar contra ellos, sin ningún arraigo en América, que contra los españoles que si lo tenían por los trescientos veinte años de dominación. El Congreso autorizó el ingreso del libertador

a Venezuela, ante las nuevas circunstancias pintadas por el general; y todo en adelante fue un brillante desfile de victorias hasta llegar a Caracas, entrar allí sin derramamiento de sangre y borrar de una plumada –por ahora- el mal sabor de la derrota de 1812.

De ahí que, por un sarcasmo del destino, al cumplirse el año del fracaso de Puerto Cabello y el armisticio de Miranda, Bolívar se había levantado como el ave Fénix de su desgracia; y poniendo a prueba todo su genio militar, se hallaba triunfante en La Victoria, precisamente el sitio donde Miranda debió firmar el armisticio.

De ese sitio tan significativo, rinde cuentas a quienes le habían dado todo su apoyo y le habían confiado esa misión, y con satisfacción informa cómo la víspera de su carta lo habían ido a buscar unos comisionados españoles en busca de un nuevo armisticio, esta vez a favor de los republicanos y detrás del cual se vislumbraba el rostro de la paz. Es de la mayor importancia leer la carta que Bolívar le escribe al Congreso de la Nueva Granada:

> Cuartel general de la Victoria, 5 de agosto de 1815.
>
> Excmo.SEÑOR PRESIDENTE, ENCARGADO DEL SUPREMO PODER EJECUTIVO DE LA UNIÓN.
>
> Excmo. Señor:
>
> Por fin tengo la satisfacción de participar a V.E. la terminación de la campaña, con la ocupación de Caracas y la Guaira por nuestras tropas vencedoras, siendo mucho más satisfactoria esta noticia por el modo con que ha sucedido la entrega de aquella ciudad, sin efusión alguna de sangre, y sin los desastres que indispensablemente habría sufrido, si hubiese sido tomada por la fuerza de las armas.
>
> Ayer 4 del corriente se me presentaron en esta villa cinco comisionados por el gobierno español que oprimía a los pueblos comprendidos en el partido capitular de Caracas, para tratar conmigo sobre una transacción o capitulación que pusiese fin a la guerra: me presentaron la credencial que los autorizaba para entrar en los ajustes, y en virtud de ella los llamé a una conferencia, de la que resultó el tratado que en copia incluyo a V. E., acompañado del oficio con que fueron enviados y del que contesté a sus comitentes.
>
> Yo creo excusado hacer presente a V. E. las consideraciones que me movieron a adoptar esta medida, pues es bien conocida la utilidad que de

ella resulta, para que pueda dudar de que será aprobada en todas sus partes. Por este medio, además de que se asegura el objeto principal de mi misión, que sólo se dirige a redimir a Venezuela de la servidumbre, conseguimos también tomar las armas y las municiones que tenían allí los enemigos, y que seguramente habrían extraído, no dejándoles otro arbitrio para salvarse que el de la fuga.

Tiene V. E. cumplida mi oferta de libertar a mi país, y tiene V. E. la prueba más clara que puedo haber dado de que no era aventurada la empresa, como pretendían algunos hacer creer a ese gobierno. Tan lejos estuvo de ser aventurado, que no es posible haya una campaña más feliz: durante los tres meses que he hecho la guerra en Venezuela, no he presentado acción que no haya sido ganada por nosotros, y de cada una de ellas he sacado todas las ventajas imaginables, logrando con la actividad y rapidez en las marchas, desconcertar a los enemigos, al paso que el valor de mis tropas los aterraba.

Sólo me falta para completar la obra, la plaza de Puerto Cabello, que no resistirá mucho tiempo si no se rindiera a la intimación que pienso hacerle desde Caracas, para donde parto en este instante, a poner en ejecución los tratados y organizar las cosas de manera que pueda ocurrir a donde la necesidad me llame.

Desde allí hablaré a V.E. con extensión sobre la guerra concluida, y sobre los nuevos objetos que deben ocupar nuestra atención.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Excmo.señor

Simón Bolívar.

Empero, no fue así de fácil. Bolívar se llamó a sí mismo el *Hombre de las dificultades,* porque le acompañaron aun en momentos que parecían definidos y absolutamente despejados como este. Monteverde, que en algunos momentos desapareció de la escena y huía, volvió a aparecer y a apoderarse de Puerto Cabello; y venía otro más sanguinario y temible, que fue Tomás Boves y el jefe de la *pacificación,* don Pablo Morillo. En el carrusel de una guerra de grandes altibajos, hoy se tenía todo, mañana no se tenía nada. En La Grita se perdió dos veces la República; y este hombre providencial debió emprender nuevamente el camino del infortunio y el destierro, golpeado sin clemencia por el destino. Pero todas esas dificultades, asistido por una perseverancia de años llena de obstinación, serían vencidas en esa guerra

plagada de crueldad y odio, que se volvió a muerte y se extendió por gran parte del territorio sudamericano.

Hay cosas que llenan de horror y que solo se explican dentro del odio moldeante de procederes y acciones bélicas, cada vez más audaces y dementes. Por supuesto de los dos lados en contienda, sin que Bolívar se sustrajera a la emulación sanguinaria. El 8 de febrero de 1814 Bolívar, triunfante en Caracas, había hecho conducir a prisión a todos los españoles, guerreros o no, que estuvieran al alcance de la mano. Y, contra toda humanidad y respeto a la dignidad del ser, ordenó que fueran pasados a cuchillo para escarmientos futuros de la guerra a muerte. Ante tanta brutalidad el arzobispo de Caracas monseñor Coll y Pratt, conocido y hasta amigo de aquel, le envió una carta pastoral instándolo a la razón frente a un genocidio anunciado friamente como una acción de beligerancia. Bolívar, degradado a los extremos de la inclemencia, contestó al prelado [153]:

> Lo hago no solo para vengar a mi patria, sino para detener el torrente de sus destructores… Uno menos que exista de tales monstruos es uno menos que ha inmolado e inmolará a centenares de los nuestros.El enemigo viéndonos inexorables, a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá impunidad que lo aliente. … Pequeños sacrificios ahora evitarán mayores en lo sucesivo.

Y se escribió una página negra, dentro del libro negro de aquel conflicto. Fueron pasados a cuchillo, en las cárceles, 818 prisioneros indefensos solo por ser españoles, sin importar sus súplicas ni sus esposas e hijos.

La lucha sería larga, muy larga y al final de tantos años, se diría que el premio era la libertad consolidada de un continente. No obstante no fue así, porque aun ganada la gloria, las dificultades continuaron surgidas como sombras chinescas de una política enconada de grandes odios y pugnacidades banderizas, que había quedado de la lucha de las armas y ahora reiniciaba, con un nuevo rostro que era el de la pasión política y la lucha por el poder. Una cadena de acontecimientos llenos de incomprensión y sectarismo, criminales casi siempre, sobrevendría a lo que debía ser la paz. Los partidos no eran organizaciones políticas de emulación, sino cuerpos combatientes cargados de rencores. A Bolívar, el padre de la independencia, se lo llegó a abominar como al causante de todas nuestras desgracias.

[153] Víctor Paz Otero, *Bolívar, delirio y epopeya,* Villegas Editores.

La noche del 25 de septiembre de 1828 un grupo de conjurados penetró al palacio de San Carlos en Santafè de Bogotá, donde Bolívar vivía como presidente de la república de Colombia, que entonces comprendía a Venezuela, la Nueva Granada, Ecuador y Panamá, con intenciones de asesinarlo. Lo salvó su amada Manuela Saenz, quien le indicó como podía huir hasta guarecerse debajo del puente del río San Francisco, donde permaneció durante un tiempo de horror en el intenso frío de la noche septembrina. En adelante todo fue desilusión y odio contra él, a lo cual se sumaría la pérdida de la salud y de la alegría de vivir. Con dolor salió de Bogotá en una mañana fría y brumosa de comienzos de 1830, desprendido del mando, mientras los muchachos le gritaban en las esquinas, con sorna e irrespeto, un apodo que le había puesto la canalla: *Longaniza.* La ruta por el río Magdalena, que antes había recorrido triunfante, ahora era cansina y llena de desilusión. Solo los recuerdos caían sobre aquel ser vencido por la enfermedad, mientras a sus espaldas se disputaban a dentelladas un poder que él había creado. La gran Colombia se desintegraba por las ambiciones de líderes menores, henchidos de vanidad.

En Cartagena le dan la infausta noticia del execrable asesinato de Antonio José de Sucre en una montaña sombría donde atalayaban el paso del justo los criminales embozados. Era un crimen político contra el hombre noble y puro que no había cavado rencores ni injusticias. Este hecho lo hace sucumbir en un desengaño aun más hiriente que los anteriores. Y bajo la canícula tropical, avanza con lentitud por esas tierras que antaño recorrió lleno de gloria, hasta alcanzar el remanso final, la última estación de su viaje en el recodo de San Pedro Alejandrino el 17 de diciembre de 1830.

En Venezuela celebraron su muerte. Antes le habían dictado un decreto prohibiéndolo su entrada. Y ya bajo la jurisdicción de la muerte, le hicieron unas seguidillas grotestas sobre lo que debía ser su epitafio:

> Aquí yace el famoso Longaniza,/ payaso imitador de don Quijote; frenética ambición fue su divisa…

> El filosofo colombiano Fernando González [154] anota cómo en medio del escarnio miserable, le hicieron un gran homenaje sin querer, porque "*Quijote fue. Frenética ambición tuvo. Aun al querer insultarlo se le glorifica."*

[154] Fernando González, *Mi compradre,* Editorial Bedout, Medellín Colombia

XVI

CAUTIVERIO DE MIRANDA. SAN FELIPE Y LA CARRACA. DERROTA DE NAPOLEÓN Y LIBERTAD DE FERNANDO VII. DESCONOCIMIENTO DE LA CONSTITUCIÓN. NUEVO ABSOLUTISMO Y LA RECONQUISTA. PLANES DE FUGA DE MIRANDA Y LA APOPLEJÍA. SU MUERTE

En cuanto a la suerte en cautiverio de Miranda, permaneció desde la madrugada del 31 de julio de 1812 en la cárcel fortificada de La Guaira, pero únicamente por dos días.

El 2 de agosto llegó por mar a ese puerto, para reforzar las fuerzas de Monteverde, el capitán Francisco Javier Cervériz, quien de inmediato, pensando en la posibilidad de que los patriotas venezolanos intentaran una liberación del Generalísimo, ordenó e hizo cumplir el traslado de éste al Castillo de San Carlos, distante un kilómetro en el piedemonte empinado que alejaba del mar, sitio especial de aflicción, en que debió permanecer por espacio de ocho meses muy duros, comiendo el pan negro y el caldo amargo y escaso de la cárcel y sujeto por una larga cadena que los arropaba a él y a los otros presos por la cintura, mientras el agua entraba hasta los tobillos.

El capitán Cervériz fue uno de los más sanguinarios y déspotas agentes españoles en Venezuela. Quizás por sus crueles acciones en el año siguiente fue por lo que Bolívar, al regresar en la Campaña Admirable, decretó la guerra a muerte y desató igual o mayor saña en el castigo a los españoles que el que éstos mismos le daban a los criollos, como se vio atrás.

Ocho meses estaría en incomunicación, en los cuales solo la capacidad de creer en sí mismo y en su destino, lo mantuvieron en estado de sobrevivencia. Sabía él, por experiencia militar, que nada existe más sagrado que el respeto a las cláusulas de un armisticio, especialmente en lo que respecta a los derechos del vencido. Ir más allá y profanar las cláusulas del armisticio de La Victoria de 25 de julio, suscrito a la luz del derecho internacional y el derecho de gentes y avalado por la palabra de honor del jefe español, constituía una la arbitrariedad incalificable de Monteverde, propia de las épocas del más grosero absolutismo.

Y así, cuando al cabo de esos largos días y noches de soledad, le permitieron escribir, redactó el 8 de marzo de 1813 un extenso memorial de más de veinte páginas a la Real Audiencia de Caracas, al amparo de la Constitución de Cádiz vigente, que elaboró y pulió con su estilo directo de fino y constante escritor:

> A los dos días de restablecido en Caracas el gobierno español, y en los mismos momentos en que se proclamaba la inviolabilidad de la capitulación, se procedía a su infracción, atropellando y conduciendo a las cárceles a varias personas arrestadas con arbitrariedad (…). Se abren las listas de una proscripción casi general (…). Todas estas víctimas fueron conducidas al puerto de La Guaira: unos montados en bestias de carga con albarda, atados de pies y manos; otros, arrastrados a pie, y todos amenazados, ultrajados, expuestos a las vejaciones de los que los escoltaban (…). Yo vi entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: vi llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos estados, clases y condiciones, tratados como unos facinerosos; los vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; vi la venerable ancianidad, vi la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin al propio sacerdocio, reducidos a grillos y a acadenas y condenados a respirar un aire mefítico que, extinguiendo la luz artificial, inficionaba la sangre y preparaba una muerte inevitable (….).
>
> (…) Proumulgada en Caracas la sabia y liberal Constitución de las Cortes de Cádiz, del 19 de marzo último, se ejecutan nuevas prisiones del mismo modo que las anteriores, y se llenan de presos las bóvedas de La Guaira y las Cárceles de Caracas hasta el extraordinario número de mil quinientas personas según estoy informado (…). En Cumaná Barcelona y Margarita, son arrastradas, embarcadas y sepultadas en las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello infinidad de personas de todas clases y jerarquías, sin perdonar las repetables canas de la edad octogenaria, ni el venerable carácter del sacerdocio. (…)
>
> (…) La capitulación ha sido pública y evidentemente violada. Es casi tenido por delito de Estado el haber nacido en este continente. Yo reclamo el imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mundo entero. A. V.A. dirijo mis clamores por la primera vez, en defensa de los habitantes de Venezuela. Así lo exige la rigurosa justicia, mi propio honor, comprometido altamente para con ellos a favor de su seguridad y libertad. La nueva Constitución me autoriza para reclamar su inviolable cumplimiento (…).
>
> Me presento a mi nombre y en el de todos los habitantes de Venezuela,

> por la vía que me permite mi situación oprimida, para protestar cuanto de protestar sea, como y contra quien corresponda, todos los daños, perjuicios, atrasos y menoscabos que se han seguido y siguieren a cada uno de los presos en particular y a todos en general. Elevo mis quejas hasta el trono augusto de la nación (…). Suplico a V.A. (así se dirige a la Real Audiencia) se sirva en mérito de lo expuesto y en uso de sus superiores facultades, mandar que se ponga en libertad inmediatamente a todos los que se hallan en prisión con este motivo, declarando que no ha habido causa para semejante procedimiento, y que en lo sucesivo no puedan ser molestados ni pertubados en el goce de los derechos que respectivamente les concede la Constitución.

Allí hay una denuncia erguida de todas las infamias que se cometían aun bajo el imperio de una Constitución Liberal que estaban obligados a cumplir. Miranda, con su altivez de siempre, denuncia. Pero al mismo tiempo concibe, en la serenidad de su cautiverio, que es necesario parar esa guerra con todos los ingredientes de una conflagración civil, y pensar en la construcción de un futuro con la metrópoli en el que, dentro del criterio del respeto a la autonomía de los pueblos, se pudiese constituir una gran confederación que integrara el comercio y los factores comunes de religión, idioma, costumbres, y demás aspectos que legara España, entre el mestizaje de los nuevos pueblos. En esto Miranda es un adelantado, o mejor, un precursor igualmente de lo que necesariamente ocurrió después y se mantiene en los tiempos modernos.

Nariño, unos años después, cuando pierde su libertad en Pasto, también estará abogando por la terminación de la guerra y lograr un entendimiento con España, muy similar al que proponía con visión futurista Miranda. Solo que ambos no eran libres y eso limita su deliberación y voluntad.

Era necesaria una nueva visión que asumiendo los elementos de unión, superase los de la desunión:

> …reconciliarse a los americanos y europeos para que en lo sucesivo formasen una sociedad, una sola familia y un solo interés, dando Caracas al resto del continente un ejemplo de sus miras políticas y de que prefería una honrosa reconciliación a los azarosos movimientos de una guerra civil y desoladora".

Y agregaba:

> Yo protesto que jamás creí haber cumplido mis encargos con mayor satisfacción que cuando ratifiqué con mi firma un tratado tan benéfico y

> análogo al bien general, estipulado con tanta solemnidad y sancionado con todos los requisitos que conoce el derecho de gentes; tratado que iba a formar una época interesante en la historia venezolana; tratado que Gran Bretaña veria igualmente con placer por las conveniencias que reportaba a su aliado; tratado, en fin que reportaría a los españoles de ultramar un asilo seguro y permanente, aun cuando la lucha en que se hallaren empeñados con la Francia terminase de cualquier modo.

Con gran clarividencia Miranda proclama la necesidad de unir al mundo latinoamericano en un entendimiento de convivencia con España, con la que existen tantas cosas comunes. Miranda lo expresa con grandes argumentos, quizás por su nueva condición de cautivo a pesar de que los radicales ven en esos planteamientos un acto de traición. Madariaga cita un comentario de José Francisco Heredia[155] que sobre ese mismo particular comenta:

> La severa imparcialidad de la Historia deberá confesar que la España y la humanidad son deudoras de este beneficio al general Miranda, que teniendo en su mano el impedirlo o dilatarlo , cedió a los impulsos de su razón, para proporcionarlo sin demora, sacrificando las pasiones más halagueñas que puedan tener los hombres.

De respuesta a tan justo y brillante memorial, no hubo sino silencio de la Real Audiencia. Silencio y algo más, pues a los pocos días, en junio 4 de 1813, por temor a la escalada del ejército patriota al comando de Bolívar, lo embarcaron rumbo a San Juan de Puerto Rico, donde lo llevaron a la imponente fortaleza de San Felipe del Morro, en la que, con imaginación y buena ingeniería, se habían ideado casamatas con ergástulos donde hacinaban a los prisioneros. Allí estuvo realmente poco tiempo, si es que se hace la abstracción de la existencia del tiempo en cautiverio. Él mismo escribió memoriales a la Junta de Regencia solicitando su traslado a Cádiz o a la Isla de León, donde estuviera más cerca del poder central ante el cual ejercitar su defensa y lograr recuperar la libertad, al tiempo que proponer sus tesis de un nuevo orden.

El político y periodista venezolano, realista en los comienzos de la era emancipadora y gran escritor Andrés Level de Goda[156] cuenta en sus Memorias que visitó a Miranda en San Felipe y habló con él. Miranda era

[155] *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela,* autor cit.

[156] Andrés Level de Goda, personaje venezolano de dilatada trayectoria en el siglo XIX, afecto al rey Fernando VII, después republicano de agitada vida, desterrado varias veces, fue muy activo como periodista. Escribió unas *Memorias.*

un hombre de gran nombradía en su época y esto movía la curiosidad de personajes inquietos como de Goda. Lo vió uncido a la cadena y la cadena al muro. Con gran amargura, en situación tan penosa, dijo una frase que no quiso terminar: "*Cuando pienso que el primer eslabón de esta cadena ha sido forjado por mis propios paisanos…"*

Tal vez este importante personaje convenció al gobernador general, don Salvador Meléndez, para que le quitaran los grillos y le dieran el buen trato, que en adelante ciertamente se le dio, facilitándole papel y tinta para escribir y escribir, como era costumbre del Precursor. Goda y Meléndez eran liberales igual que Miranda.

El Precursor escribe a la Junta de Regencia:

> Pido, Señor, a nombre de los pueblos capitulantes de Venezuela, y del mío personalmente que se nos oiga, en reclamación de nuestros derechos, honor y perjuicios; mas que esto sea ante hombres imparciales, y de ninguna manera nuestros infractores y opresores, bien sea pasando yo personalmente a España o al mismo Venezuela ante jueces que V. M. nombrase. (…)

Unos días después, accediendo a su propio pedido, Miranda fue trasladado a la que habría de ser su última morada, la cárcel del Arsenal de la Carraca en Cádiz, como se vio en el inicio de este libro. Llega el 10 de enero de 1814. El director de La Carraca, don Juan de Carranza, apunta en la bitácora: "*Queda depositado en el piso alto de las cuatro torres y en cuadra separada el preso Francisco de Miranda, del que se ha hecho entrega al capataz mayor, y que dos individuo en clase de sirvientes observen su conducta, poniendo además un centinela a la puerta de la mencionada cuadra*."

Uno de esos sirvientes, muy fiel como ya se ha comentado, era Pedro José Morán. Solo que cuando llegó a Cádiz, ya el gobierno y las cortes no estaban en esa importante ciudad ni en la isla de León. Las cosas de la guerra con Napoleón habían cambiado en Europa. Ya se había producido el gran fracaso de la campaña rusa que dejó como pérdida todo el ejército de la *Grand Armée*, derrotado por la nieve interminable de la tundra y el frío intenso tradicional de Rusia en el invierno.

Había empezado el declive del Corso, cuyo comienzo, ciertamente, había sido España. Los partisanos peninsulares hicieron entrega de un valor formidable enmarcado en su heróico patriotismo. Fue una epopeya a la que se asociaron los ingleses comandados por Wellesley, ya duque de Wellington, y para esos momentos, ya se había producido la fuga del usurpador José

Bonaparte y del ejército de ocupación francés. Por tanto la Regencia y las Cortes se habían trasladado a Madrid y ansiosamente esperaban el regreso de Fernando, liberado por los nuevos sucesos, tras la firma en diciembre de 1813 del tratado entre Francia y España que puso fin a la guerra en el mismo castillo de Valençais, en el que actuó como plenipotenciario don José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos y Antoine René Charles Mathurin, conde de La Forest y ministro de Exteriores de Francia.

La libertad del rey coincide con la liberación del papa Pío VII, también prisionero de Napoleón. Son, por supuesto, estas nuevas circunstancias políticas las que obligan a éste a permitir la ocurrencia de estos dos hechos políticos, que son recibidos con alborozo en España, en donde se espera con ansiedad la paz y un curso histórico nuevo, acorde con las tiempos modernos.

Pero eso no es lo que ocurre. El rey llega y, sin reconocer nada de lo que su pueblo había hecho por él, desconoce la Constitución y reasume el absolutismo total, al tiempo que reimpone, con el concurso del papa, el Santo Oficio con todas sus cárceles secretas y su atrocidades inquisitoriales; y aunque decreta una amnistía general, sobre todo para los presos políticos en el territorio peninsular y en Indias, que ha debido favorecer a Miranda, la desconoce y en su lugar hace organizar rápidamente una expedición pacificadora a cargo de un gran militar, don Pablo Morillo, quien va a restituir el orden colonial, como si nada hubiere cambiado, en la Nueva Granada y en Venezuela.

La presencia de Morillo y de otros jefes como Tomás Boves, en una campaña de punición, acaba con el esfuerzo que había adelantado Bolívar en el año 13, y de un día para otro, lo pierde todo y debe salir derrotado y perseguido hacia Jamaica. Es allí en donde, en medio de las privaciones, volverá a intentar con el apoyo del gobierno inglés y luego el del gobierno haitiano de Pétion, una nueva etapa libertadora. Pero sobre todo es allí en donde escribe, como un delirio, la premonitoria y monumental Carta de Jamaica que revela su genio político y su grandeza.

Miranda, es evidente, en esos momentos de La Carraca carecía de todo peligro para España. Había sido entregado por Bolívar, y era éste el que había continuado la batalla sediciosa por la independencia y casi había logrado el triunfo. Ahora mismo se hallaba vencido, pero estaba suelto en Jamaica. Ese sí era el enemigo; pero no Miranda, viejo, sin recursos y perdido el apoyo de sus propios amigos. Claro que había sido en el inmediato pasado el enemigo número uno de España; pero ahora era un ser sin regreso alguno.

Nadie lo seguía ni a nadie dolía su suerte. Eso estaba claro. Incluso en una de sus cartas inanes de súplica por su libertad, había prometido salir de la cárcel y tomar el camino lejano de Rusia, donde afirmaba tener posesiones, para no regresar de allá.

En realidad las pequeñas grandes consideraciones de que se le había hecho objeto en el penal, por órdenes superiores, emergían de la única consideración de que los nuevos jefes de España, aparte el rey por supuesto, eran en esos momentos liberales y masones que sabían de la desgracia del hermano y de su deber de ayuda. Pero a pesar de esas consideraciones, el instinto del carcelero los lleva a ser estrictos con ese ser sin peligrosidad. Saben que es un preso sin causa, al que no se le ha instruido un expediente, no obstante sus súplicas constantes. Solo el 29 de marzo de 1815 el gobierno de Madrid impartiría una orden al comandante militar de Cádiz, capitán General Juan de Villavicencio[157], para "*Formar competente causa a Miranda, nombrando fiscal a propósito."* Y esa orden nunca fue cumplida porque sencillamante Monteverde jamás despachó los documentos que se le pidieron.

Miranda también conoce todo esto y sabe que no lo dejarán salir de ese presidio por las buenas. Pero sí tiene esperanzas y cree en el futuro. Es, aparentemente, un hombre invencible.

Y asì, cuando el general logra encontrar a una mujer que visita el penal y vive de las propinas que recibe a cambio del tránsito clandestino de correspondencia, con residencia en Isla de León y cuyo nombre, Antonia de Salis, él manejará con la mayor reserva, es a través suyo como puede reiniciar su epistolario con el antiguo ministro Vansittart, el noble e inteligente amigo, pendiente de él aun en la desgracia y todavía hombre influyente en Londres; y con su paño de lágrimas de siempre, Jhon Turnbull. Ambos le facilitan dinero y aun creen en él.

A Vansittart le envía una extensa carta en la que da cuenta de sus últimos movimientos en Venezuela y de lo que son las restricciones en que se le tiene. *"No me dejan leer ni siquiera la Gaceta de Madrid. El miedo es el que atormenta el espíritu de estos bárbaros."*; y procura que le ayude con el gobierno inglés para que se de cumplimiento a la capitulación solemne que firmó con el forajido de Monteverde. Descubre su alma atormentada y dice: "Soporto con paciencia esta execrable injusticia, porque ella debe siempre revertir en honor y en beneficio de mi patria, cuyos intereses fueron siem-

[157] Rumazo, ob. cit.

pre altamente apreciados por mí, dejando de lado las fechorías de algunos individuos."

En esa primera carta, con cierta humildad, le pide además que entregue una carta anexa a su "*ama de llaves, en la que confío plenamente; y no sobra recomendarle a mi pequeña familia."* También l*e* habla de su equipaje y libros perdidos en Curaçao y del dinero que allí había enviado para no dejárselo a Monteverde y continuar con él, de haber ganado la libertad, la batalla por la independencia de Venezuela.

"Todos mis papeles –dice- *están a salvo en Curaçao, en la casa inglesa de los señores Robertson, Belt y Cìa, así como mis libros, equipaje, 22.000 piastras de plata y 1.200 D. de oro. Le ruego recoger esto como se pueda."*

A propósito de ese dinero, Rumazo[158] cita una carta de A. I. Leleux, el francés antiguo secretario de Miranda, del que se ha hablado muchas veces, en la que se refiere a esos aspectos:

> El gobernador de La Guaira, Casas,parecía resuelto a seguir al General, si éste hubiese ordenado que le entregaran 4.000 pesos en oro de los 22.000 que el general había embarcado como de su propiedad particular; esto le fue negado y solo le ofrecieron 800, por la razón de que teniendo el General que proveer para un gran número, él no podía darle sino poco a cada uno. Casas no respondió; pero desde aquel mismo momento resolvió quedarse y hacer las paces con Monteverde. Conspiró, intrigó con algunos descontentos en el preciso momento en que él General se fue a acostar; y a las tres, en la madrugada, arrestó al General y lo trasladó a un castillo.

Ese dinero terminó apropiándoselo el súbdito inglés Mr. Gage Robertson, a pesar de los esfuerzos que hizo el propio Monteverde para recuperarlo, argumentando que era dinero del rey. El inglés fingió deudas que dizque se le debían y se alzó con todo. Los libros, que incluyen el gigantesco diario de Miranda, sí volvieron a Londres donde permanecieron un tiempo largo hasta que ya en la república de Venezuela, fueron llevados a la Universidad de Caracas.

Por su parte Turnbull, en la mayor señal de amistad, le envía a su propio hijo Peter para verificar las condiciones en que se encuentra, y el hijo lo visita con dolor y dialoga con Miranda y con los carceleros. Le envía una respuesta inmediata a su padre, el viejo comerciante:

> Le he encontrado en esta cárcel de Cádiz, donde probablemente

[158] Autor, ob. cit.

> permanecerá toda su vida, a menos que se encuentren medios para conseguir su evasión. Le escribí hace unos días una carta en que me limitaba a darle noticias de la salud de sus amigos de Londres y que envié abierta, por intermedio del gobernador de esta plaza. Y se me ha comunicado, de fuente auténtica, que podré mencionar cuando llegue a Inglaterra, que por 1.000 libras esterlinas se conseguiría su libertad."

De manera que cuando el propio Miranda escribe a Duncan Shaw y Compañía una carta para Turnbull, la misiva que en el comienzo de esta obra se transcribió, aquella en la que habla del *viajecito*, ya éste era consciente de que lo único que podía salvar a ese entrañable y valioso amigo era un plan de fuga, que se había adelantado detalladamente valiéndose de los servicios de la señora Antonia de Salis. Y existía la garantía de que todo iba a salir bien, previamente endulzada la mano de los guardianes comenzando por la parte de arriba de La Carraca. En realidad no era poco dinero el que se irrigaba entre los corruptos carceleros; pero muy poco si se consideraba el precio de la libertad de un hombre tan grande.

Turnbull lo facilitó y habría entregado más de ser necesario. Miranda tenía contratado el barco y se había entrenado, a pesar de sus sesenta y seis años, para el descendimiento por la ventana utilizando una soga de esparto, mientras los guardianes se harían de la vista gorda.

Los inconvenientes de última hora –todos requerían dinero para los sobornos-, que narra en las dos cartas que vimos al comienzo, fueron superados con fe. Pero mientras lo hacía y aguardaba los nuevos recursos, pasaba las horas de esa espera oteando desde la azotea a la que estaba confinado, el anchuroso mar que, a la manera del hombre, es libre y grande, pero sometido a la carcel de un espacio, siempre el mismo, del que no puede trascender. El mar ejerció siempre sobre Miranda un hechizo de nostalgia, que ahora le asaltaba en esas dilatadas tardes del verano, sobre todo cuando moría el crepúsculo e invadían las sombras en su entorno.

Un día quiso levantarse de su camastro pero no pudo hacerlo. Algo le fallaba en sus largas piernas. Morán, atento como siempre estaba, trató de auxiliarlo, pero falló. El general estaba desmadejado y su boca comenzaba a torcerse en un rictus, mientras los sonidos de las palabras se diluían en el silencio. Era el comienzo de la primavera. Miranda había estado sufriendo de unas migrañas que eventualmente había padecido desde joven. Ese terrible dolor de cabeza que atenazaba sus sienes hinchadas, había vuelto desde hacía unos días. Morán gritó pidiendo ayuda y entre varios lo transportaron

a la enfermería. El general estaba sin habla y hemipléjico. Su cabello blanco desordenado, la camisa abierta, y un nudo en la lengua sin control. El médico dijo: "*Es una apoplejía cerebral que puede repetir."* Y desde luego se repitió mientras estaba en observación en la enfermerìa. Pero a veces despertaba de un sopor delirante y retrocedía su pensamiento limpio a los recuerdos. Habìa presencia ademàs de fiebres y vòmitos que fueron dejando a aquel ser invencible sumido en la inconsciencia premonitoria de la muerte.

Escribió, como se vio en el primer capìtulo, una carta para Sara Andrews, que era igualmente una carta de despedida a sus hijos. En ella ratificaba un testamento que había escrito dos veces atrás, en los momentos en que sabía que iba a jugarse la vida por su patria. Ahora era de verdad. Y es entonces cuando Pedro Morán, en el agobio de su soledad, escribe su conmovedora y sencilla carta dirigida a los amigos de su amo, que él conocìa de referencia:

> Mis venerados señores: Me obligan a dar a ustedes parte de la situación en que se halla mi amado amo, el Excmo. Señor Francisco de Miranda, las instancias del mismo para que se lo comunique a ustedes, a fin de que inmediatamente lo participen, sin la menor dilación, al señor Turnbull y demás señores de la plaza de Gibraltar. El día 25 en la noche, a las 11 de la misma, le acometió un ataque apopléjico que pensamos se lo llevase; volvió en sí, quedándole de resultas de esto una calentura pútrida con demasiada malicia; a las 48 horas acudió una inflamación a la cabeza y una fluxión a la boca, que le tienen en los últimos trances de la vida; le asisto con el mayor cuidado, pues en su salud consiste mi felicidad; tengo recogidos sus papeles para en caso de que fallezca remitírselos a ustedes, a fin de que a su vez lo hagan a la plaza de Gibraltar. He hecho celebrar ya cuatro juntas de facultativos, y en todas ellas no me dan esperanza ninguna. Es cuanto tengo que comunicarles hasta esta hora, que son las 12 del día. Pedro José Morán.
>
> Nota: Tendrán ustedes la bondad de contestar con el sobre a la señora consabida en la isla de León.

En esas cuatro juntas médicas Morán gastó el dinero de reserva para el viaje.

Sara Andrews, la ejemplar ama de llaves que en esos momentos todavía era una mujer joven y de encantos, viviría hasta los setenta y cuatro años en la misma casa grande de Grafton street, como también se dijo en el comienzo. Sin recursos pudo levantar a sus hijos que la dejaron en el año 24, como arriba se vio. Y cuando la pobreza la apretó, tuvo que vender la biblioteca de Miranda en pùblica subasta.

En esos intervalos libres que tenía, el día 13, en una forma entre juguetona y con rencor, hablando de su soledad, de la pérdida de los amigos, del fracaso y de la muerte encima, le dijo al insomne Morán sus últimas palabras[159]:

> "Ya no creo en nada, ni en este gobierno que me tiene preso sin juzgarme, ni en los amigos de fuera. Que se jodan los que me traicionaron y la muerte los llene de pena."

Y agregó filosóficamente:

> "Que gobiernen las putas. A sus hijos ya los conocemos. Dejadme morir en paz."

Y se murió Miranda una madrugada del día de la libertad, el 14 de julio, conmemoración de la toma de La Bastilla, ya sin poder hablar ni sentir nada, ni siquiera el rumor del mar que también moría entre las sombras.

[159] Fermín Goñi, *Los sueños de un libertador*

BIBLIOGRAFÍA

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ, *Biografía de Francisco Miranda,* Edit. Intermedio, Círculo de Lectores S. A. 2006 Bogotá

WILLIAM OSPINA, *AURORAS DE SANGRE,* Grupo Edit. Norma

LEOPOLDO ZEA, *FILOSOFÍA DE LA HISTORIA AMERICANA,* Fondo de Cultura Económica, México 1978

MARIO H. SANCHEZ BARBA, *FRANCISCO DE MIRANDA, DIARIO DE VIAJES Y ESCRITOS POLÍTICOS,* Editora Nacional, España

RICARDO CARRASCO, *FRANCISCO DE MIRANDA,* Buenos Aires Edit. Bell, 1951

GERMÁN ARCINIEGAS, *LOS COMUNEROS,* Edit. ABC, Bogotá

FRANCISCO DE MIRANDA, *AMÉRICA ESPERA,* Edit. Ayacucho, Caracas

MANUEL HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Francisco de Miranda y su ruptura con España,* Ediciones Idea, Tenerife, España

ANTONIO EGEA, *PROTAGONISTAS DE AMÉRICA, FRANCISCO MIRANDA,* Edit. Quórum, Madrid

ALFONSO REYES, *TRAYECTORIA DE GOETHE,* Fondo de Cultura Económica, México 1964

STANLEY LOOMIS, *PARIS BAJO EL TERROR,* Edit. Juventud 1967

DAVID P. JORDAN, *ROBESPIERRE EL PRIMER REVOLUCIONARIO,* Ediciones B.S.A., Javier Vergara Editor, A. Bailén, Barcelona España

JOSÉ MANUEL FAJARDO, *LA EPOPEYA DE LOS LOCOS, Ediciones B.S.A., Bailén, Barcelona España*

ARMANDO BARONA MESA, *MOMENTOS Y PERSONAJES DE LA HISTORIA, t. I ,* Edit. Ideas Gráficas, Cali, Colombia, 1996

OTTO MORALES BENÍTEZ, *REVOLUCIÓN Y CAUDILLOS,* Bogotá

FERMÍN GOÑI, *LOS SUEÑOS DE UN LIBERTADOR,* Roca Edit. De Libros S. L., Barcelona

SALVADOR DE MADARIAGA, *BOLÍVAR I,* Edit. Gráficas Futura, Fuenlabrada, Madrid

J. L. SALCEDO BASTARDO , *HISTORIA FUNDAMENTAL DE VENEZUELA*

CARACCIOLO PARRA PÉREZ, *HISTORIA DE LA PRIMERA REPÚBLICA DE VENEZUELA*

SIMÓN BOLÍVAR, OBRAS COMPLETAS, Vol. I, Librería Piñango, Caracas

TOMÁS PÉREZ TENEIRO, ensayo titulado *La pérdida de Puerto Cabello,* publicado en el Boletín de la Academia de Historia de Caracas

INDALECIO LIÉVANO AGUIRRE, *BOLÍVAR,* Edit. Oveja Negra. Bogotá

MARIANO PICÓN SALAS, *MIRANDA,* Editorial Aguilar, Caracas

VÍCTOR PAZ OTERO, *BOLÍVAR, DELIRIO Y EPOPEYA,* Villegas Editores, Bogotá

FERNANDO GONZÁLEZ, *MI COMPADRE,* Editorial Bedout, Medellín, Colombia

ANDRÉS LEVAL DE GODA, *Memorias,* Caracas

INDICE

PARTE 1 NARIÑO		7
I	La primera gran desgracia	11
II	La detención y el juicio	19
III	Sus pasos en España y Francia	25
IV	Sus pasos en Inglaterra y el regreso	29
V	Los nuevos años de dolor y la Milagrosa	35
VI	El comienzo de nuevas desventuras	45
VII	Su reincorporación a la vida pública y los negocios. Nuevas luchas. La Bagatela, el poder	53
VIII	La dictadura, la elección de presidente en propiedad y las banderías partidistas. Lo llaman tirano	63
IX	El gobierno, el congreso, los carracos y los pateadores. La guerra civil. Comienzo de la desventurada campaña del sur	73
X	La campaña del sur: victorias del alto Palalacé y Calibío, el triste paso del Juanambú. Cebollas y Tacines. Ejidos de Pasto y casi la victoria. Traición del Mosca Rodríguez y el gran desastre. entrega a los pastusos	93
XI	El nuevo cautiverio: Pasto, Quito, Lima, Cádiz. La revolución de Riego y los liberales.	111

Las cartas publicadas de Enrique Somoyar. Viaje a Londres y a París. El regreso en 1821

XII Encuentro con bolívar, la vicepresidencia. 125
El congreso de Villa del Rosario de Cúcuta.
El lío de Mary English y el general Devereux.
La renuncia. De nuevo la enfermedad. Batalla de Carabobo.
La ley fundamental y la Constitución

XIII Enfermedad. Elección de Santander como vicepresidente 141
en oposición a Nariño como candidato. La lenta recuperación del precursor.
Regreso a Bogotá, la familia, paseos a algunos pueblos, la Milagrosa.
Elección como senador. Odio de Santander hacia Nariño.
Polémicas entre los dos personajes y publicación de Los Toros de Fucha

XIV Acusación ante el senado. Discurso de Nariño en su defensa 153

XV Días finales, viajes por el campo, Villa de Leyva. La muerte. 177
Los funerales que no dejó practicar el general Santander

PARTE 2 MIRANDA 193

I Miranda en la encrucijada final. Su muerte En presidio, 195
su destino y el comienzo de una Intensa vida

II Los primeros años y el ambiente americano. 203
Viaje a España e ingreso al ejército. Sus Lecturas y viaje a Gigraltar. La Masonería.
Primeras frustraciones e intrigas

III Conoce a Cajigal y se prepara Para ir a Cuba. La independencia norteamericana. 219

La guerra de los siete años. El «pacto de familia» entre Francia y España.
Intrigas y arresto. Viaje a Cuba

IV Traslado a cuba con Cagigal. Campaña de Pensacola. Una nueva misión clave a Jamaica. 225
Las acusaciones. Apresamiento de Cagigal y Fuga de Miranda que marcará su vida

V Estados Unidos, notas de viaje. La trashumancia y las aventuras de un caballero de la ilusión 243

VI Londres y Europa. Sus largas aventuras. La corte de Federico el Grande. Italia, Grecia Y Turquía. 261

VII Rusia y Catalina II. Sus amores. Moscú. San Petesburgo. La protección de la Zarina y su apoyo económico 287

VIII Regreso de Rusia. Suecia y Dinamarca. Holanda, Bélgica, Suiza. 297
Regreso a Italia buscando La ciudad de Cristobal colón. Francia en vísperas de la Revolución.
Regreso a Londres y presentación del «Plan Miranda» de independencia de América al Ministro Pitt

IX Regreso a Francia, mariscal de los Ejércitos revolucionarios. Sus luchas Y sus batallas. 315
Conocimiento de los personajes de la revolución. Disgusto de catalina.
Campaña en Bélgica. Triunfo de Valmy. Ascenso a teniente general.
Derrota de Neerwinden. Primera detención y libertad.

X Segunda detención. Encarcelamiento en la Force. Caída de la Gironda. 335
Golpe de estado de Robespierre. El asesinato de Marat. El Terror.

Incertidumbre de la muerte y amores con Delphine Custine.
Caída de Robespierre el 9 Brumario. Su ejecución. De nuevo la libertad.
Lujos de sátrapa. El directorio. Nueva detención y nuevamente absuelto.
Persecución de Fouché. Los comisarios americanos y «Acta de París». Otra vez Inglaterra.

XI Otra vez en Londres. La larga espera. 355
La carrera vertiginosa de Napoleón. Italia,
Egipto, el Consulado. Cónsul vitalicio, el Imperio.
Tensiones en Europa. Temores de invasión a Inglaterra

XII Viaje a Estados Unidos. Entrevista con los viejos amigos. Con el presidente Jefferson. 385
Compra el Leandro y dos embarcaciones pequeñas.
Primera excursión a Haití, Trinidad y Venezuela. El fiasco

XIII El hogar, los hijos, la abnegación de la compañera. De nuevo los sueños y la espera. 407
La enfermedad mientras suceden en España los hechos que se habían temido.
La amistad con Wellington. Todo listo para la expedición a Venezuela cuando sucede la invasión a España. Inglaterra entra con los patriotas españoles.
Miranda arrecia sus operaciones y envía despachos. Funda el periódico El Colombiano.
Las Juntas de Gobierno Americanas. La de Caracas envía Comisionados a Londres al coronel Simón Bolívar, a Luís López Méndez y a Andrés Bello. Viaje de Miranda a Venezuela con Bolívar

XIV La Guaira y Caracas. Recelos de la junta. Diputado al congreso por el Distrito de Pao. 431
La sociedad patriótica y el nuevo jacobista.
El poder y la dictadura. La fiebre federalista.

La independencia absoluta y La Constitución. Batalla en Valencia. El terremoto.
Llegada de Monteverde a Coro. Nombrado Miranda Generalísimo y dictador

XV El breve mandato de Miranda. La pérdida de Puerto Cabello en manos de Bolívar. 445
El armisticio. La entrega de Miranda por Ramos, Peña y Bolívar.
El premio de Bolívar y elogio a sus servicios por Monteverde.
La campaña admirable y genio de Bolívar. Longaniza

XVI Cautiverio de Miranda. San Felipe y la Carraca. 475
Derrota de Napoleón y libertad de Fernando VII. Desconocimiento de la Constitución.
Nuevo absolutismo y la reconquista. Planes de fuga de Miranda y la apoplejía.
Su muerte

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2010
en los talleres gráficos de Anzuelo Ético Ediciones
Cali - Colombia